



4 MILLONES
de ejemplares
vendidos en todo
el mundo

TRUDI CANAVAN

EL ÁNGEL DE LAS
TORMENTAS

LA LEY DEL MILENIO II



Lectulandia

Un oscuro peligro acecha...

Tyen se ha convertido en profesor de magia en una respetada escuela. Aunque no va a ejercer durante mucho tiempo. Corre el rumor de que el temible Soberano de Todos los Mundos ha vuelto y que piensa imponer las antiguas leyes que incluyen la prohibición de las escuelas de magia. Asustados, alumnos y maestros huyen, pero Tyen debe cumplir la promesa que le hizo a Vella, la joven hechicera que alguien convirtió en libro: debe liberarla.

Por su parte, Rielle, que empezaba a acostumbrarse a su nueva vida como artista del tapiz, tendrá que renunciar a ella por culpa de una terrible guerra que amenaza con destruirlo todo. Cuando la derrota empiece a ser evidente, el poderoso Ángel de las Tormentas hará acto de presencia e invitará a Rielle a unirse a la corte de artistas de su reino celestial. Pero ¿qué querrá a cambio de tan extraordinaria oferta?

Lectulandia

Trudi Canavan

El Ángel de las Tormentas

La Ley del Milenio - 2

ePub r1.1

Titivillus 02.11.2017

Título original: *Angel of Storms*
Trudi Canavan, 2015
Traducción: Carlos Abreu Fetter

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

Rielle

Cuando Betzi se fue a la cama antes que nadie con la excusa de que le dolía la cabeza, Rielle supo que su amiga tramaba algo. Algo muy peligroso. Y dudaba mucho que pudiera convencerla de que lo dejara estar.

Así que no dijo nada. Antes de retirarse a dormir, entró a escondidas en el estudio, cogió dos cardas y las colgó del viejo tapiz que cubría la puerta de la habitación que compartían. Cuando la despertó un tintineo metálico seguido de una maldición proferida por Betzi, Rielle se incorporó como un resorte.

—No pensarás en serio que te dejaré salir sola —murmuró.

Se oyó el roce de la falda de Betzi cuando se volvió. «Y tampoco me equivocaba respecto a eso —se dijo Rielle—. Se ha acostado con la ropa puesta para no hacer ruido al vestirse».

—No puedes impedirme que vaya —repuso Betzi, descolgando las cardas.

—Betzi, es demasiado peligroso para...

Pero, sin hacerle caso, la muchacha pasó con sigilo al otro lado del tapiz. Rielle se levantó para perseguirla. La tenue luz del alba penetraba por los resquicios entre los postigos, surcando el aire polvoriento. Cuando se percató de que Rielle la había seguido, la joven se detuvo unos instantes en lo alto de la escalera de mano que conducía a la planta inferior.

—¿Cómo es que tú también estás vestida?

—Porque no pienso permitir que andes por ahí fuera sola.

La expresión ceñuda de la chica desapareció.

—¿Vas a acompañarme?

—Como bien has dicho, no puedo impedirme que vayas.

El entrecejo de Betzi se frunció de nuevo.

—Maese Grasch te ha dicho que lo hagas, ¿verdad?

—Puede que sea ciego, pero no tiene un pelo de tonto.

Encogiéndose de hombros, Betzi comenzó a descender. Sus zapatos no hacían el menor ruido... porque los llevaba colgados del hombro por los cordones. A Rielle no se le había ocurrido esta solución. Dormir con las botas puestas había resultado de lo más incómodo.

Bajó en pos de Betzi hasta la sala. El taller de los tejedores constaba de tres plantas: el cuarto de trabajo principal, a ras de calle, la sala de estar, situada encima, y los dormitorios, en el piso superior. La expresión «sala de estar» describía bien el recinto, pues era allí donde sus ocupantes llevaban a cabo todas las actividades salvo dormir y trabajar. La intimidad y el espacio eran bienes escasos en los hogares

schpetanos. Solo la puerta delantera de la casa y la del retrete eran sólidas; las demás consistían en tapices o colgaduras; los de encima del taller estaban demasiado desteñidos para que se distinguiera el dibujo original.

Se sentaron en un banco, junto a la estufa, y la muchacha comenzó a atarse los cordones de las botas. A Rielle la corroyó la envidia al ver los delicados pies de su amiga, y no era la primera vez. Betzi se acercaba más al ideal de belleza schpetano que a la mujer schpetana típica. Menuda y curvilínea, de manos y pies pequeños y un rostro pálido en forma de corazón enmarcado por una mata de rizos rubios, atraía admiradores por doquier. A su lado, Rielle se sentía larguirucha, desgarbada y morena, pese a que en su lugar de origen había sido simplemente una mujer «del montón», aunque Izare la consideraba «agradable a la vista» e «interesante».

Izare. Hacía mucho tiempo que Rielle no pensaba en el que había sido su amante. El dolor que la había embargado tras su terrible separación se había atenuado, si bien aún la escocía en ocasiones, cuando yacía despierta en la cama, rememorando el pasado.

«Después de cinco años supongo que piensa en mí tan poco como yo en él... y sin duda preferiría olvidarme del todo».

De vez en cuando se preguntaba qué estaría haciendo él. ¿Vivía aún en Fogo? ¿Seguía ganándose la vida con la pintura, o su relación con ella había arruinado su reputación? «En cinco años pueden cambiar muchas cosas. Quizá se casó y ha tenido los hijos que tanto anhelaba. Eso espero. Es posible que ya no lo añore tanto, pero tampoco le deseo una vida de infelicidad».

Betzi se puso de pie y se dirigió hacia la pequeña habitación entre la sala de estar y el estudio de tejido donde maese Grasch recibía a las visitas. Deslizó la mano detrás de uno de los pequeños tapices de muestra, sacó un paquetito atado con un cordel y se lo colgó de la pretina. Tras regresar a la puerta principal, descorrió con cuidado la pesada barra que la atrancaba por la parte de atrás. Sin pararse a pensar a qué se exponía o cerciorarse de que la calle estuviera desierta, cruzó el umbral. Rielle salió tras ella y se sintió aliviada al ver que no había nadie alrededor. Introdujo la cadena sujeta al extremo de la barra en un agujero de la jamba y, después de cerrar la puerta, tiró de ella hasta colocar la tranca de nuevo en su sitio.

Era imposible hacer esto de forma silenciosa, y Betzi chistó al oír el ruido.

—No podemos dejarlos desprotegidos —señaló Rielle.

—Ya lo sé, Rel, pero ¿no podías atrancarla sin tanto estrépito?

—Si lo creyeras posible, lo habrías hecho tú misma —replicó Rielle, pasando la cadena por el agujero hasta que repiqueteó contra la parte interior de la pared. En el interior del edificio, un bebé rompió a llorar. Betzi agarró a Rielle del brazo para apartarla de allí y atravesó la calle hacia las sombras de una calle lateral. Se detuvo un momento con el fin de asegurarse de que estaban solas antes de soltarla y proseguir su camino.

Su forma de andar destilaba seguridad en sí misma. De no ser porque Rielle la

conocía bien, habría visto en ello la arrogancia ingenua de una joven bonita y consentida que conseguía lo que quería con demasiada facilidad. Esa era desde luego la imagen que se había formado de Betzi en un principio. Sin embargo, aquella audacia no era signo de debilidad e ignorancia, sino de fuerza y determinación. Su corta vida no había sido nada fácil, pero cada revés que sufría la motivaba a aprovechar al máximo todos los momentos de felicidad.

Incluso si eso implicaba aventurarse a salir a las calles de una ciudad en la que reinaba la desesperación porque llevaba demasiado tiempo sitiada.

—Vamos, Rel —la apremió Betzi, dando zancadas más largas—. No nos dejarán acercarnos a la muralla si se reanudan los combates.

Rielle dio media vuelta y se levantó la falda lo suficiente para apurar el paso y alcanzar a su amiga, que arqueó las cejas pero se quedó callada, pues no había nadie que pudiera verla. La chica tenía la ventaja de que estaba acostumbrada desde pequeña a enfundarse en las múltiples capas de ropa que los schpetanos consideraban un atuendo decoroso. Rielle nunca había aprendido a moverse tan ágilmente con esas vestimentas como las mujeres del lugar. Le había costado menos adoptar la costumbre local de ir con el cabello descubierto en público, pues siempre le había molestado la obligación de llevar velo, aunque el pelo negro y liso la delataba como forastera.

Ambas aminoraron la marcha cuando un soldado apareció al doblar una esquina. No alzó la vista mientras se aproximaba, cojeando y bamboleándose. ¿Estaría ebrio, quizá? En teoría no quedaba una gota de licor en la ciudad. ¿Habían descubierto alguna bodega oculta?

Cuando se cruzaron, ella oyó que se le cortaba la respiración cada vez que apoyaba el peso sobre la pierna derecha. Al volver la vista atrás, vislumbró una mancha oscura y reluciente en la parte posterior del pantalón del hombre.

—Está herido —susurró.

—Está caminando —repuso Betzi.

Tras intercambiar una mirada sombría, siguieron adelante a toda prisa.

Los rumores sobre las vejaciones cometidas contra los ciudadanos habían empezado a circular no mucho después de la llegada del rey con su ejército. Al principio, Doum estaba atestada de soldados. Conforme el asedio se prolongaba, el hastío y el hambre se agravaban, y el familiar laberinto de calles se había transformado poco a poco en una clase distinta de campo de batalla. La falta de comida convertía a las personas desesperadas en ladrones. Hombres curtidos en batalla y temerosos de estar viviendo sus últimos días salían en busca de cualquier placer disponible.

Lo más seguro era quedarse bajo techo. Por fortuna, los tejedores más viejos aún recordaban historias sobre cómo sus abuelas habían sobrevivido al asedio anterior cultivando alimentos en los tejados. Habían hecho subir a las azoteas a los tejedores jóvenes con brotes de tubérculos y puñados de semillas valiosas.

«Casi todos creíamos que el cerco finalizaría antes de que esas plantas dieran fruto —recordó Rielle—. Las cultivamos solo para tranquilizarlos. Y fue una suerte».

El asedio había durado más de tres mediatemporadas, o cuatro series, según el sistema local de medir el tiempo. Cincuenta días. Las pocas hortalizas que crecían en macetas y grietas eran su único sustento, aparte de los animales pequeños que los niños cazaban y que antes consideraban alimañas.

La mayoría de los tejedores soportaba esa vida de confinamiento. En cambio, Betzi, dado su temperamento inquieto, había empezado a salir a hurtadillas. Había adquirido esta costumbre después de que unos capitanes del ejército visitaran a los creadores de los famosos tapices de Doum. Más tarde le confesó a Rielle que, en el instante en que su mirada se había cruzado con la del capitán Kolz, se había enamorado de él..., y él de ella.

Como los había visto juntos, Rielle no tenía motivos para dudar que su afecto fuera sincero. Y, puesto que en el pasado se había visto devorada por una pasión similar, comprendía que Betzi corriera semejantes riesgos para verlo.

«Al menos tiene una amiga que la protege».

Conforme se aproximaban a la muralla, Betzi comenzó a caminar más deprisa. Tras torcer una esquina, enfilaron una calle bloqueada por tres soldados. A diferencia del militar herido con el que se habían cruzado, aquellos hombres repararon de inmediato en su presencia. Al ver primero a Betzi, se enderezaron ligeramente, pero en cuanto sus ojos se posaron en Rielle, arrugaron el entrecejo. Ella estaba acostumbrada a que la gente del lugar la mirara con expresión ceñuda. Sabía que, en general, el gesto no reflejaba hostilidad, sino desconcierto. No sabían qué pensar de ella. Era forastera, y sin embargo saltaba a la vista que no procedía de ningún país que los schpetanos conocieran u odiaran. Esa era la razón por la que había viajado a una tierra tan distante de la suya, para iniciar una nueva vida en un lugar donde nadie tuviera conocimiento de los crímenes que había cometido.

Verse atrapada en una guerra civil no formaba parte de sus planes.

Betzi había vacilado unos instantes, pero entonces echó a andar de nuevo hacia ellos.

—¿Alguno de vosotros, valientes soldados, sabe dónde está el capitán Kolz?

Los tres intercambiaron una mirada.

—Qué va —respondió uno.

—No lo he visto —dijo otro, volviéndose hacia ella.

—Me parece que está muerto —añadió el tercero.

—No está muerto. —Betzi alzó la barbilla—. De lo contrario, me habría enterado. Esto pareció divertir a los hombres.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

Ella cruzó los brazos.

—Simplemente me habría enterado. ¿Podría uno de vosotros llevarnos hasta él? Tengo una cosa de suma importancia que entregarle.

Rielle soltó un gemido imperceptible.

—¿Y qué es eso tan importante? —preguntó el hombre de menor estatura, insertando los pulgares en los bolsillos de las caderas y acercándose a ella con paso tranquilo.

—Algo que le concierne a él, no a ti.

«Oh, Betzi —pensó Rielle, tendiendo la mano hacia el brazo de la chica—. Confías demasiado en que el nombre de Kolz te sacará de cualquier apuro». No todos los soldados apreciaban al capitán, que castigaba con más frecuencia los ataques contra civiles desde que conocía a Betzi.

—Vámonos —susurró.

Betzi retrocedió un paso mientras el hombre se aproximaba.

—Bueno, si no vais a...

Él se abalanzó hacia delante y la agarró por los brazos, que ella alzó de forma instintiva para protegerse.

—¿Qué regalito le traes al apuesto capitán? —inquirió el hombrecillo. Al ver el pequeño bulto que llevaba atado a la cintura, le soltó la muñeca y lo cogió—. ¿Es esto? —El envoltorio de tela se rasgó cuando intentó arrancarlo de un tirón de la pretina, y del interior cayó la bufanda que Rielle había visto tejer a Betzi: se había pasado horas hilando lana extraída de su propia almohada y enlazándola por medio de una aguja de hueso con una técnica que Rielle aún no había conseguido dominar.

—¡Devuélvemela! —exigió Betzi al ver que el hombre recogía la bufanda. Cuando extendió el brazo para intentar recuperarla, Rielle la agarró por el talle.

—Deja que se quede con ella —le aconsejó—. Ya tejerás otra con la lana de mi almohada —agregó mientras los otros soldados se acercaban.

Betzi hizo caso omiso de ella.

—Al capitán Kolz no le hará ninguna gracia cuando se entere... ¡Ay, Rel! —A pesar de todo, no se resistió cuando Rielle tiró de ella hacia atrás. El hombrecillo la había soltado con el fin de examinar la bufanda, y Rielle comprobó aliviada que Betzi aprovechaba la oportunidad para empezar a desandar el camino. Su expresión pasó del desafío y la rabia al miedo cuando se volvió hacia Rielle. Los ojos se le desorbitaron, y algo los hizo detenerse con una sacudida. Al echar un vistazo por encima del hombro de su amiga, Rielle advirtió que la mano del hombre aún sujetaba el cordón que estaba atado a la pretina de Betzi.

Los otros soldados se aproximaban con grandes zancadas para rodearlas.

—¡Rielle! —jadeó Betzi, intentando apartar los brazos del hombrecillo a manotazos—. ¡Este es uno de esos momentos!

A Rielle le dio un vuelco el estómago. Betzi tenía razón. Si la amenaza de denunciar a los soldados ante el capitán no les preocupaba, era o bien porque Kolz había muerto y ellos estaban bajo el mando de alguien más poderoso, o bien porque pretendían impedir que se formulara denuncia alguna.

—Ángeles, perdonadme —musitó. Tras enlazar el brazo con el de Betzi, giró en

redondo para encararse con el más cercano de los dos hombres que se disponían a agarrarla. Absorbiendo un poco de magia, le asió la mano y pensó «¡Calor!», esperando no haber olvidado el truco que su amiga le había enseñado.

El soldado reculó con un grito de dolor. Cuando ella se volvió hacia el segundo, oyó una maldición detrás de sí. De pronto, Betzi la arrastró hacia delante, hacia el sitio en el que se encontraban originalmente los tres hombres. Confiando en que su amiga sabía lo que hacía, Rielle giró sobre los talones y arrancó a correr con ella.

No oyeron pasos a sus espaldas. Cuando llegaron al final de la calle, Rielle miró atrás y vio a los tres hombres juntos, fulminándolas con la mirada. Sus sentidos captaron dos destellos de Mancha, la oscuridad que habían dejado Betzi o ella al consumir parte de la magia que flotaba en el ambiente.

Una magia que pertenecía a los Ángeles. Rielle se estremeció. En Schpeta la gente creía que a los Ángeles no les disgustaba que alguien utilizara la magia en circunstancias extremas, para defender el pellejo. El Ángel que había conocido en el templo de la Montaña le había expresado algo similar antes de enviarla al otro lado del mundo para empezar de cero: «Te doy permiso para usarla si tu vida corre peligro y no te queda otra opción».

Estas palabras habían resonado en su mente muchas veces desde que se había declarado el asedio.

«No sabemos con certeza si tenían la intención de matarnos —caviló Rielle—. Pero no pienso esperar a que un cuchillo me rebane el cuello para estar segura. —Demasiadas mujeres habían aparecido forzadas y muertas en las calles de Doum como para correr ese riesgo—. Además, si los Ángeles fueran tan despiadados como afirman los sacerdotes de mi país natal, mi alma ya estaría condenada de todos modos. La verdad es que no tengo mucha prisa por averiguar quién tiene razón».

Salieron a una calle más ancha que separaba las casas de la ciudad de la muralla. La muchacha, que aún iba del brazo de Rielle, se detuvo un momento y luego la guio hacia una escalera de piedra que ascendía hasta las almenas. Los soldados del ejército del rey que aún se hallaban en condiciones de combatir estaban apostados en lo alto de la muralla o bien descansaban abajo, jugando alguna partida, charlando, ocupándose de sus armas, su armadura o sus heridas. Sus filas habían menguado desde la última vez que Rielle había estado allí, y casi todos llevaban algún vendaje.

«Parecen cansados —observó ella—. Asustados. Enfadados. O todo a la vez».

Betzi se paró en seco.

—Allí está —dijo por lo bajo—. ¡El capitán Kolz!

Al seguir la dirección de su mirada, Rielle divisó más adelante a un joven que parecía exhausto apoyado en el antepecho almenado de una torre en lo alto de la muralla. Su amiga la obligó a acelerar casi hasta correr, ansiosa por reunirse con su amante. Algo en su mano oscilaba adelante y atrás. A Rielle se le escapó una carcajada cuando vio que se trataba de la bufanda: Betzi había rescatado la prenda, además de a sí misma.

El capitán bajó la vista a la calle, y a Rielle no le sorprendió que se fijara en ellas, ya que llamaban la atención por ser las únicas personas que caminaban con brío. La sonrisa que le iluminó el rostro levantó la moral de Rielle, pero acto seguido la desanimó un poco. Era posible que la atracción entre Betzi y él no durara mucho una vez que pasara aquella situación tan dura —si es que sobrevivían—, pero no podía ahuyentar de su mente la certeza de que su única amiga acabaría abandonándola por él.

Betzi le soltó el brazo, entró a la carrera en la torre y subió con agilidad las escaleras del interior. Rielle la siguió con más parsimonia y, cuando llegó arriba, se encontró a la chica y al capitán totalmente embelesados el uno con el otro, mientras varios soldados divertidos fingían no darse cuenta. Se percató de que Kolz ya llevaba la bufanda al cuello.

—¡... han dicho que habías muerto! No les he creído —aseguraba Betzi. Le dedicó una sonrisa de oreja a oreja a Rielle cuando llegó junto a ellos—. Hemos...

Sus palabras fueron interrumpidas por un fuerte sonido, que resonó por toda la muralla. Del exterior de la ciudad llegó el ruido del toque de una trompa seguido de un ruido que ella solo había oído durante las festividades: el rugido de muchas muchas personas que gritaban a la vez. La sonrisa del capitán se desvaneció y, junto con los otros guerreros, se dirigió rápidamente al borde exterior de la muralla para echar una ojeada cautelosa por entre los huecos del almenaje.

—Nos atacan. —Se volvió hacia ellas—. Marchaos a casa.

Sin embargo, Betzi se le acercó, manteniéndose apartada de las aberturas. Rielle fue tras ella.

—Estaré más segura aquí que en la calle mientras duren los combates —replicó Betzi, con una seriedad impropia de ella.

Kolz reflexionó unos instantes.

—En ese caso, bajad al interior de la torre y quedaos allí hasta que pueda acompañaros a casa.

La joven asintió y, tras hacerle una seña a Rielle para que la siguiera, corrió hacia las escaleras. Cuando empezaron a descender, un silbido en el aire a poca altura por encima de sus cabezas las impulsó a agacharse. Se precipitaron hacia el interior del hueco de la escalera y se detuvieron para mirar hacia arriba. Varias líneas oscuras destellaban en lo alto. Se oían gritos procedentes de abajo, amortiguados por las paredes de la torre.

Pero esas voces pronto quedaron ahogadas bajo el clamor de las huestes que se aproximaban. Mientras Rielle y Betzi bajaban a toda prisa, se cruzaron con varios soldados que subían abriéndose paso a empujones. Cada una se acurrucó en un rincón del recinto superior. Allí solo quedaba un arquero que se desplazaba de una aspillera a otra, apuntando con el arco flechado.

Fuera, el rugido de los asaltantes se sumó al vocerío de los sitiados, para luego fragmentarse en gritos y alaridos, la estridencia de los clarines y el entrechocar de las

armas cuando el enemigo llegó frente a la muralla. El arquero disparó una flecha tras otra hasta que el carcaj quedó vacío y entonces se marchó precipitadamente, dejándolas solas. Betzi se volvió hacia Rielle con los ojos muy abiertos. Sosteniéndole la mirada, esta se percató de que llevaba un rato paralizada de terror. Cuando su amiga se acercó a la ventana que daba al campo de batalla, Rielle recuperó la movilidad de las piernas. Con el corazón martilleándole el pecho, se dirigió a la ventana por el otro lado.

—Procura que no te alcance una flecha —le advirtió a Betzi, aunque ya estaba asomando la cabeza.

Rielle también echó un vistazo al exterior. Ante ella se abría un paisaje que conocía bien. Cumbres rocosas escarpadas se elevaban detrás de las colinas abovedadas. La primera vez que había visto esas montañas, le habían parecido dientes negros engastados en encías verdes, y, en efecto, el nombre con que los schpetanos se referían a ellas significaba «dientes de los Ángeles».

Las colinas ya no eran tan verdes, pues los campos de cultivo habían sido pisoteados hasta quedar reducidos a barrizales o cosechados para alimentar a las tropas del Usurpador. El campamento enemigo se encontraba a varios cientos de pasos de distancia. Lo separaban de la muralla de la ciudad varios montículos alargados y rectos que antes no estaban allí.

Rielle proyectó los sentidos y respiró aliviada al no percibir el menor rastro de Mancha. Aunque la guerra civil había sido brutal e implacable, ni el rey ni el Usurpador se habían atrevido a ordenar que se utilizara la magia, pues no deseaban incurrir en la ira de los Ángeles. Todo el mundo había elucubrado acerca de si uno u otro bando caería tan bajo en algún momento, pero ella dudaba que llegaran a ese extremo. Solo los sacerdotes tenían permitido adiestrarse en la magia, y era poco probable que el rey o el Usurpador encontraran a alguno que estuviera dispuesto a usarla en la guerra.

Otro toque de trompa sonó al otro lado de la muralla, pero esta vez con un timbre distinto. El estruendo en el exterior de la torre se atenuó unos instantes y luego cambió de tono. Una voz de aviso se transmitió desde abajo y se repitió una y otra vez, en los alrededores de la torre y también a lo lejos. Los soldados subían y bajaban la escalera a la carrera, lo que obligó a Rielle y a Betzi a regresar a sus rincones.

—Se retiran —bramó alguien en lo alto de la torre. Rielle reconoció la voz de Kolz. La expresión atribulada de Betzi desapareció.

—¿No será una trampa? —inquirió una voz más débil desde la calle.

—Es posible. ¿Ha sobrevivido alguien a la apertura de la brecha?

—Iré a comprobarlo.

Betzi y Rielle se acercaron de nuevo a la ventana y vieron que las fuerzas del Usurpador se replegaban y los soldados se perdían de vista tras los montículos antes de reaparecer al otro lado. De pronto, una de las estructuras puntiagudas del campamento enemigo se vino abajo, y luego otra.

—¿Están desmontando las tiendas? —se preguntó Rielle.

—¿Quiénes son esos que se acercan por el camino? —señaló Betzi.

Rielle escudriñó el paisaje con los ojos entornados.

—¿Dónde?

—Tres hombres, uno con una casaca dorada, y dos con ropa extraña. Forasteros, quizá.

—Tienes una vista mucho más aguda que yo —dijo Rielle—. Tal vez si se acercaran... —Se le cortó la respiración cuando vio al trío.

—El de la casaca dorada podría ser el Usurpador —oyó decir a Betzi—. Los otros dos...

Rielle abrió la boca para hablar, pero le faltó el aliento.

—... tienen un aspecto que recuerda un poco el de los sacerdotes —continuó Betzi—. ¿No me habías comentado que en el norte visten de azul oscuro? ¿Rel?

A Rielle empezaron a arderle los pulmones. Cuando relajó la garganta, el aire entró a grandes bocanadas.

—¿Qué te ocurre, Rel?

Ella sacudió la cabeza, pero no podía apartar la mirada de los tres hombres que se aproximaban a la ciudad. Su corazón se debatía entre la esperanza y el miedo. «Si se trata de... Si ellos son...».

—... escolta a estas dos mujeres de las almenas a su casa —dijo una voz arriba, en la entrada de la escalera.

—Pero, mi capitán... —empezó a protestar Betzi.

—Vete a casa, Bet —dijo Kolz—. Echa el cerrojo. Te enviaré un mensaje cuando sepamos cuál es exactamente la situación.

Una mano asió a Rielle por el brazo y tiró de ella, apartándola de la ventana. Un recuerdo que había atado firmemente al pasado se liberó, despertando en ella ecos de un miedo profundo y la visión de un hombre desesperado que blandía un cuchillo. Cerró los ojos, apresó el recuerdo y lo arrumbó de nuevo. Cuando abrió los párpados, lo que vio fue el rostro de Betzi.

—Vamos, Rel. —Esta la tomó del brazo y la condujo escaleras abajo.

Entonces la torre le recordó a Rielle otro edificio. «Un presidio en las montañas. Un sacerdote joven de mirada lasciva. Un sacerdote con una cicatriz. Un Ángel más hermoso de lo que un mortal podría aspirar a ser...».

La intensa luz del sol hizo que crispara el rostro y la devolvió al presente. Betzi se detuvo. El joven arquero, a un paso de distancia, arrugó el entrecejo al fijarse bien en Rielle por primera vez. Respirando hondo, esta reprimió los recuerdos y el impulso de regresar corriendo a la ventana de la torre para confirmar que se había confundido.

Porque tenía que tratarse de una confusión.

—¿Te encuentras bien, Rel? —preguntó Betzi.

—Sí.

La joven se volvió hacia el arquero.

—Ve tú delante —dijo en tono alegre, y los tres echaron a andar por las silenciosas calles de Doum.

De pie frente al telar, Rielle contemplaba el tapiz a medio terminar y dejó que sus recuerdos se superpusieran al dibujo.

Las canillas que aún pendían de la superficie estaban recubiertas de polvo. Hacía más de un año que ella no trabajaba en el tapiz. Había sido su labor de práctica, en el que probar y pulir las técnicas que le habían enseñado. A esas alturas ya tendría que haberlo terminado y desocupar el telar, pero la vieja estructura de madera estaba demasiado torcida para tejer tapices valiosos con ella, y la única discípula que Grasch había admitido desde que Rielle había finalizado su instrucción aún no había completado siquiera su primer año de aprendizaje sobre la elaboración y tintura de la lana.

La tela presentaba errores propios de una novata, pero esa no era la razón por la que ella la había abandonado. Hasta el inicio del asedio, el taller había estado muy solicitado y mantenía ocupados a todos los tejedores, pero no era por eso por lo que ella no se había guardado unas horas para acabarlo. Betzi y otras chicas la habían instado a sentarse frente al telar, pero no habían conseguido convencerla de que trabajara con él.

El problema era que tejer la parte que faltaba entrañaba un enorme riesgo. Tanto el karton —el dibujo que se colgaba detrás del tapiz y que servía como guía— como el diseño pintado mostraban formas vagas en la zona sin terminar, porque ella no se atrevía a añadir los detalles que revelarían el sujeto de la obra. A menudo se preguntaba por qué había elegido ese tema precisamente, sobre todo después de prometer que nunca volvería a hablar de ello. No obstante, sus manos habían dibujado el karton casi como si las controlara otra persona.

Tal vez así había sido. La posibilidad de que un Ángel la hubiera guiado era lo único que le había impedido cortar en pedazos y quemar la obra inconclusa.

—El primer tapiz de un tejedor dice más sobre él de lo que cabría imaginar —había asegurado Grasch cuando los otros tejedores habían empezado a hacer conjeturas acerca de por qué ella no había continuado tejiendo.

—O sobre otra persona —había añadido Betzi—. Sea quien sea ese hombre. ¿Un ex amante, quizá?

—Es un sacerdote —había señalado Tertz.

—¿Y qué? Los sacerdotes no están obligados a permanecer célibes en todos los países.

Rielle sonrió al recordar la conversación. «En esa época Betzi me odiaba. Y yo a ella». La joven había sido la favorita en la tejeduría, aunque Grasch se declaraba

enemigo de favoritismos. Rielle había estado ansiosa por demostrarle su valía al maestro tejedor después de que el maestro pintor de la ciudad la rechazara tras poner a prueba sus habilidades con una actitud de mofa y desprecio.

Las manos le temblaban tanto cuando Grasch examinó sus aptitudes artísticas que a duras penas había conseguido pintar algo, y los tejedores habían intercambiado miradas y palabras que ella no entendía pero que ponían de manifiesto su escepticismo. Aunque le habían proporcionado alimentos y un lugar donde dormir, ella creía que había fracasado porque el maestro tejedor le encargaba las tareas más sencillas y humildes. Tardó varios meses en aprender lo suficiente de su idioma para descubrir que aprender a hilar y a teñir el hilo constituía la primera etapa de su formación, y que cocinar, limpiar y atender a los tejedores eran faenas que se asignaban a todos los aprendices nuevos.

No había sido un único incidente el que había transformado en amistad la antipatía entre Betzi y ella, sino una sucesión de pequeños momentos en que se habían ganado su respeto mutuo. Aunque tenían personalidades muy distintas, a Rielle le gustaba pensar que sus almas eran similares. Antes de entrar en el taller, ambas habían llevado una vida que les había curtido el carácter. Cada una respetaba la necesidad de la otra de guardar ese pasado en secreto.

Al oír un sonido tras ella, Rielle se sobresaltó.

—¿De modo que ha llegado el momento? —preguntó una voz sibilante por la edad.

Rielle se volvió en la dirección de la que procedía, entornando los ojos. Había acercado el telar a la única ventana que no tenía los postigos clavados al marco para disuadir a los intrusos. Como tenía los ojos adaptados a la luz, tardó un rato en ver al anciano sentado en un rincón oscuro del taller.

—Maestro tejedor —dijo—. Creía que estaría en el piso de arriba. Si le molesto...

—No, en absoluto —replicó él—. Es un placer para mí escuchar de nuevo los sonidos del telar. Me llevaría una desilusión si interrumpieras tu trabajo.

Ella bajó la vista para contemplar las canillas que había estado alineando en las bandejas.

—Entonces supongo que debo continuar. —Curiosamente, su tono denotaba mayor seguridad de la que ella sentía en realidad.

—En efecto. —Suspiró—. Siento el mundo girar.

Un escalofrío le bajó a Rielle por la espalda. Percibía el atisbo de verdad en la frase hecha, la conciencia de que estaba produciéndose un gran cambio en el mundo, pero se negaba a reconocerlo. Aun así, le infundía una sensación de urgencia. Tejer era un proceso lento. No sabía cuánto tiempo le quedaba.

Tras colocar un taburete frente al telar, se sentó, sopló el polvo que cubría los hilos y las canillas, y estudió los colores. Aún conservaban sus tonos intensos. De unas bayas locales se obtenía un tinte casi tan vibrante como el pigmento de gemazul que se empleaba en su país natal para pintar los espirituales. Ella había intentado

elaborar pintura a partir de ellas, pero el resultado había sido decepcionante, carente de brillo. Una buena base para un tinte no siempre lo era también para una buena pintura, y viceversa.

Los tonos negros se conseguían con una mezcla de estiércol y barro del lugar. Los rojos se extraían de pieles vegetales y metales oxidados; los amarillos de una flor de los prados, todas ellas materias primas fáciles de conseguir, por lo que disponía de abundante hilo de las tonalidades de color carne que necesitaba. El hecho de que los schpetanos fueran casi tan pálidos como el sujeto de su obra representaba una ventaja.

Cogió una canilla y comenzó a enganchar con la punta los hilos alternos de la urdimbre y a pasar el carrete entero cuando consideraba que el color debía ser distinto, para luego continuar tejiendo en la dirección contraria. Unos golpecitos bastaron para empujar el hilo nuevo entre los viejos, de forma que quedaran bien ajustados. Trabajando por secciones pequeñas, rellenó el hueco entre el cuello y la mandíbula, siguiendo el ángulo que guardaba en la memoria más que el dibujo del karton. Unas puntadas adicionales aquí y allá, mezcladas con el siguiente tono, creaban la ilusión de sombra.

Una vez que había empezado, sus manos no tardaron en encontrar su ritmo. A medida que el rostro cobraba forma, ella tejía a una velocidad cada vez mayor. Ahora que había tomado una decisión, solo quería asegurarse de terminar el tapiz antes de... Tal vez solo antes de que los otros tejedores descubrieran lo que estaba haciendo. De modo que eligió los colores con cuidado. Cualquier error la retrasaría aún más.

Conforme trabajaba, iba abriendo las puertas del pasado y preparándose para lo peor.

Pero el dolor que había creído que sería siempre demasiado intenso para soportarlo no pasó de un leve malestar. Solo quedaban la tristeza y un ligero sentimiento de culpa. ¿Se habría apagado tan rápidamente su amor por Izare aunque hubieran seguido juntos? ¿No habría debido durar más de cinco años su pesar por haberle roto el corazón a su amante y haber frustrado las aspiraciones de su propia familia? Los tapices de mayor calidad tardaban siglos en desteñirse. En comparación con eso, el tiempo que ella llevaba en el exilio era una insignificancia.

Por otro lado, nada menos que un Ángel la había perdonado por utilizar la magia, la causa de todo ese sufrimiento. Así pues, ¿no debía perdonarse a sí misma? Pero había hecho algo mucho peor: había matado a un sacerdote por medio de la magia.

Se estremeció al recordarlo. Sa-Gest era un hombre vil y manipulador que se valía del chantaje para obligar a las mujeres a acostarse con él. Sin embargo, no lo había conseguido con ella, y todo hombre merecía la oportunidad de defenderse antes de recibir sentencia. Aun así, la horrorizaba más la idea de haber matado a alguien y lo fácil que había resultado, que haberlo matado a él en particular.

«Estaba allí, y al momento siguiente ya no estaba». Lo había despeñado al arrojarlo del camino que discurría al borde de un precipicio, y para ello había

consumido la magia de una extensa zona del valle.

Estaba convencida de que, si hubiera visto el cadáver, su recuerdo no dejaría de atormentarla. En vez de ello, era la imagen de un hombre con una piel de una palidez extrema —del color del hilo con el que estaba tejiendo— la que asaltaba sus sueños, mientras dormía y durante la vigilia.

«Quedas perdonada, Rielle Lázuli. Y te hago una propuesta: si juras no volver a emplear la magia, salvo para defenderte, te ofrezco una segunda vida. No podrás regresar a tu hogar. No deberás comunicarte con aquellos a quienes has dejado atrás. Viajarás a una tierra lejana donde serás una forastera y una desconocida».

Sus labios eran... ¿de qué color? Se quedó vacilante, con las manos quietas, intentando hacer memoria. Si el tono no destacaba, debía de ser porque armonizaba con el resto de la cara. «Así que seguramente sus labios eran más rosados que la piel, pero no lo bastante oscuros para parecer pintados».

Eran más carnosos que la línea fina que formaba la típica boca schpetana, más semejantes a los de la raza a la que Rielle pertenecía. Continuó tejiendo despacio hasta que el resultado le pareció adecuado. Retrocedió unos pasos y se sobresaltó al percatarse de que había algo muy similar a una sonrisa en esa boca. No recordaba si lo había visto sonreír en algún momento, aunque tenía la sensación de que sí. Tal vez era solo por la indulgencia y la bondad que había mostrado hacia ella, cualidades que no le habían enseñado a esperar de un Ángel que lidiaba con los impuros: personas que habían robado y utilizado magia que pertenecía a los Ángeles.

No fue la única de sus creencias que descubrió que eran erróneas ese día.

«Te doy permiso para usar la magia si tu vida corre peligro y no te queda otra opción».

Se le hizo un nudo en el estómago al pensar en la magia que Betzi y ella habían empleado para librarse de los soldados. Costaba dejar atrás una vida entera de cautela. No había recurrido a la magia cuando, poco después de que la admitieran como aprendiz, uno de los portadores de literas de palacio la había acorralado y manoseado. Solo había conseguido escapar porque el hombre, presa de un ataque de tos, había dejado de sujetarla con fuerza. Como aún no se llevaba bien con Betzi, le había sorprendido que esta, al adivinar lo ocurrido, le manifestara por primera vez su solidaridad sin el menor asomo de burla.

—¿Se te da bien tejer la oscuridad? —le había preguntado la chica. Para entonces, Rielle conocía lo suficiente el idioma local para entender la pregunta y sabía que los schpetanos tenían inclinación a pasar por alto las transgresiones menores y ocasionales—. Si es así, puedo enseñarte un par de trucos para ahuyentar a hombres como ese —le había ofrecido—. Y no esperes a que te acorralen de nuevo para aprenderlo. Como todo en la vida, requiere práctica.

Rielle no había aceptado la oferta hasta que había comenzado el asedio. Aunque el Ángel le había dado permiso para usar la magia, ella no podía demostrarlo. Era cierto que él había parado los pies a los sacerdotes del templo de la Montaña que

obligaban a las mujeres impuras a concebir y criar a clérigos más poderosos, pero habían transcurrido años de sufrimiento antes de su intervención. Rielle no quería averiguar cómo se castigaba en ese país a los impuros, ni confiar en que los Ángeles la salvarían, a menos que no le quedara otra salida.

Betzi le había enseñado a crear una llama diminuta haciendo vibrar el aire para calentarlo, así como a endurecer y desplazar el aire para apartar objetos. La había animado a practicar el truco, alegando que si los Ángeles querían acaparar la magia para sí pero permitían su uso en defensa propia, sin duda lo mejor sería utilizarla del modo más eficiente posible.

Aun así, el empleo de la magia había llevado a Rielle a soñar que caminaba por las calles principales de Fogo vestida con harapos, mientras la multitud le lanzaba inmundicias. Se le revolvían las tripas de miedo cada vez que se encontraba cerca de un sacerdote schpetano.

Y ahora el Ángel estaba allí, si los rumores que había oído tras su llegada al taller confirmaban de verdad lo que ella había visto en la muralla. ¿Había acudido a castigarla? Sintió un escalofrío al imaginar la desaprobación en los intemporales ojos del Ángel; ojos tan oscuros que a ella le había costado distinguir el límite entre el iris y la pupila. «¿Cómo plasmar eso? Tal vez con un negro cálido y uno frío. ¿Y si hago lo mismo con el pelo?».

Se detuvo unos instantes para llevarse la mano al cabello. Cuando había llegado a Doum, le llegaba ya a los hombros. Había hecho creer a la gente del lugar que las mujeres de Fogo siempre llevaban el pelo corto, y que más tarde ella se lo había dejado crecer porque le gustaba la costumbre local. Negro y brillante, tenía fascinada a Betzi, a quien le encantaba hacerle trenzas.

El Ángel tenía el pelo negro, pero con reflejos azulados allí donde le daba la luz. Cuando Rielle terminó de tejer la frente, observó la bandeja de canillas y el tono de azul que había elegido. Era un color poco común, pero ella lo había reconocido esa mañana bajo la muralla de la ciudad, y no solo en las túnicas de los sacerdotes.

Frunció el entrecejo. «Puede que no se trate de él. A lo mejor es un sacerdote normal con un tocado azul oscuro muy ceñido. —Sin embargo, algo en su forma de caminar le había puesto la carne de gallina—. Tonterías. Nunca lo vi de pie en el templo de la Montaña. ¿Cómo iba a reconocer sus andares?».

Oyó que Grasch suspiraba detrás de ella. Al cobrar conciencia repentinamente de la habitación en la que se encontraba, todos los sonidos que hacía le parecían más fuertes y definidos de lo habitual. Echaba en falta oír un murmullo de voces alrededor mientras trabajaba. Otras labores de tejido eran solitarias: solo una persona por vez podía manejar el telar de ropa. En cambio, la confección de tapices permitía que trabajaran al mismo tiempo todos los que cupieran uno al lado del otro frente a la máquina. A veces, cuando se aproximaba un plazo de entrega, los tejedores se arracimaban en el taller. Los que tenían buena voz se ponían a cantar, y los demás coreaban, tarareando.

Sin embargo, el lugar se tornaba cada vez más silencioso conforme se prolongaba el asedio. Los encargos habían mantenido ocupados a los tejedores, pero cuando llegó un momento en que se había acabado el hilo de un color esencial y ya no quedaba tinte, no habían tenido otra opción que dejar sus tapices inacabados. Todos los aumes de los que se obtenía la lana habían sido sacrificados por su carne. Cuando les llegaron rumores de que se agotaban las reservas de combustible, los tejedores temieron que la gente acudiera a llevarse la madera de los telares para usarla como leña, o que los obligaran a ellos a quemarla. Razón de más para que Rielle finalizara su tapiz cuanto antes. Era más probable que decidieran prescindir de un telar defectuoso que de uno bueno.

La cabeza por fin quedó terminada. Ella continuó tejiendo hacia el borde, alargando las líneas radiales que partían de la figura. Eran negras, en vez de blancas, como de costumbre. Ella sospechaba que esto, más que una manera poco convencional de representar a un Ángel, era la decisión más peligrosa que había tomado. Pero no podía negar lo que sus ojos y su mente habían percibido. Sabía que las líneas blancas que se apreciaban en las pinturas de los templos eran una ilusión creada por la negrura de la Mancha que irradiaba un Ángel cuando absorbía magia. Pero dar a entender que un Ángel generaba Mancha al utilizar la magia podía considerarse una blasfemia.

Cuando remetió el último hilo en su sitio, cortó la última punta y depositó la última canilla en la cesta, sintió que se había desprendido de un peso antiguo y que uno nuevo ocupaba su lugar sobre sus hombros.

«Bien, helo aquí. Mi secreto, revelado. No es más que una cuestión de si lo he hecho bien o no». Se levantó de su silla, dio media vuelta y se acercó a Gräsch. El anciano dormía, roncando con suavidad, pero tenía el sueño ligero y se despertó al oír los pasos de Rielle. Ella se volvió y alzó la vista hacia el Ángel que la miraba con fijeza desde el telar. El corazón le dio un vuelco.

«Es él. Quizá lo he idealizado con el tiempo, pero la esencia está ahí. Sobrenatural. Eterna. Bondadosa».

—Has terminado —adivinó Gräsch—. ¿El resultado es el que esperabas?

Rielle respiró hondo.

—Sí —respondió en voz baja, exhalando.

—¿Y quién es?

—Valhan.

Él frunció el ceño al no reconocer el nombre.

—El Ángel de las Tormentas.

El anciano arqueó las cejas.

—No es el nombre por el que lo conocemos. —Volvió la cabeza hacia el tapiz—. Ojalá pudiera verlo.

—Lo siento. He esperado demasiado.

Él sonrió.

—No lo sientas. Sé muy bien que hay cosas que no deben hacerse de forma precipitada.

—¿Quiere que se lo describa?

—No. —Sonrió de nuevo, como si hubiera visto la expresión de sorpresa de Rielle—. Háblame de la visión que tienes en la mente. Otros me hablarán del tapiz que has tejido. A menos que no estés preparada para mostrarlo.

Ella contuvo un estremecimiento.

—Estoy tan preparada como puedo estarlo.

—En ese caso, díles que vengan.

Ella giró sobre los talones, caminó hasta la puerta y apartó el tapiz que la cubría. La luz de la entrada principal inundaba el zaguán, iluminando a las personas que se encontraban allí de pie.

—¡Rielle! —Betzi dio un salto y rodeó al grupo—. ¡Estás aquí! Ha venido alguien a... ¡Oh! ¡Lo has terminado! —Agitó la mano para indicar a Rielle que regresara al taller y se detuvo en la puerta, sujetando el tapiz que colgaba del dintel mientras contemplaba la imagen del Ángel.

—Yo... —titubeó Rielle.

—Benditos Ángeles de la misericordia y el Juicio Final —exclamó una voz masculina.

Rielle se quedó sin respiración cuando una figura apartó con delicadeza a Betzi y entró en la habitación. Su túnica de sacerdote schpetano le rozó la piel cuando pasó por su lado. Otra figura lo siguió, y, a la luz de la ventana, Rielle vislumbró el azul intenso de una túnica que le resultaba mucho más familiar, así como la cicatriz que le surcaba el rostro. Su miedo cedió el paso a la incredulidad, después a la esperanza y, por último, a la alegría.

—Sa-Mica —dijo.

—¡Es él! —dijo el sacerdote schpetano. Por el sonido de sus pasos, ella supo que se acercaba al tapiz y se preparó para una reprimenda. En vez de ello, el hombre añadió, en tono de asombro—: Es increíble. ¡No cabe duda de que ella lo conoce!

Sa-Mica no apartó la mirada de ella.

—Doy gracias a los Ángeles por verte sana y salva, Rielle Lázuli —le dijo en lengua foguiana—. Hemos recorrido un largo camino para encontrarte.

—Un largo camino, en efecto —respondió Rielle—. Yo también he realizado ese viaje, por si no lo recuerdas. —Sonrió—. ¿Cómo estás, Sa-Mica?

—Bien. —Adoptó por unos instantes una expresión contradictoria que al instante causó desazón en Rielle, quizá porque rara vez lo había visto esbozar una sonrisa, y solo de forma fugaz. Aunque Sa-Mica nunca le había hablado de su infancia transcurrida en el templo de la Montaña, ella sospechaba que lo atormentaban recuerdos desagradables y remordimientos terribles. Sin embargo, la incertidumbre que percibía en su mirada era algo nuevo. Tal vez era su propio temor a lo que pensaran los demás cuando vieran el dibujo de su tapiz lo que la movía a interpretarla así. Cuando dirigió la vista hacia el sacerdote local, el corazón le dio un brinco en el pecho. El corte de su túnica revelaba que no se trataba de un clérigo corriente, sino de alta jerarquía.

«Sa-Mica podrá responder por mí —se dijo—. Podrá confirmar que este era el aspecto que ofrecía el Ángel».

Por otro lado, Sa-Mica también se hallaba presente cuando ella había prometido no hablarle a nadie del Ángel. Al volverse para averiguar qué había alterado tanto al otro sacerdote, su expresión cambió, y la conciencia de la insensatez que había cometido le cayó encima como un jarro de agua fría. ¿Cómo explicaría el impulso que la había llevado a terminar el tapiz? De pronto esa excusa le parecía ridícula.

—Creía que te encontraríamos en el taller de los artistas —dijo él, sin el menor deje de desaprobación—. Pero veo que has encontrado otra disciplina digna de tu talento.

—¿Se enfadará el Ángel? —preguntó ella, aliviada porque el sacerdote schpetano no entendía el foguiano.

—¿Por esto? No veo motivo. Es un retrato justo y favorecedor —contestó Sa-Mica, divertido, pero al advertir el nerviosismo de Rielle, arrugó el entrecejo—. Hay algo más que te preocupa.

—Prometí no hablar de él —reconoció ella con voz débil. Cuando él enarcó las cejas, extendió las manos a los costados—. No pensaba terminarlo, pero hoy ha ocurrido algo... algo que me ha impelido a ello.

Él asintió.

—El capitán Kolz dice que nos has visto llegar.

En ese momento, ella se acordó de Betzi. La joven desplazaba la vista entre el sacerdote local, Rielle, el sacerdote extranjero y el tapiz, con los ojos desorbitados y la boca abierta en una mueca de desconcierto y emoción.

—No estaba segura de que fueras tú —admitió Rielle, dirigiéndose a Sa-Mica—. Aun así..., eso no es excusa. Lo prometí.

Sa-Mica quitó hierro a sus temores con un ademán de la mano.

—Creo que eso pronto carecerá de importancia. —La expresión de inquietud asomó de nuevo a su rostro y él señaló la puerta, mirando al otro clérigo—. Será mejor que regresemos.

El semblante del sacerdote local no reflejó el menor atisbo de comprensión, y Rielle se percató de que ambos religiosos desconocían sus respectivos idiomas. A pesar de todo, el schpetano asintió, pues había captado el tono y los gestos pese a no entender las palabras. Extendió la mano hacia la puerta, observando a Rielle con expectación.

—El Ángel solicita que te reúnas con él en palacio —dijo en schpetano.

El Ángel. Valhan. A Rielle la asaltó la sensación de que su estómago se tornaba ingrátido. Él estaba allí y quería volver a verla. Tragó en seco y se volvió hacia Sa-Mica.

—¿De verdad habéis venido por mí?

—Él ha venido por ti —repuso el sacerdote.

Rielle le dedicó una sonrisa nerviosa a Betzi al pasar junto a ella, antes de posar de nuevo la vista en Sa-Mica.

—¿Por qué?

Otra vez la expresión atribulada.

—No lo sé, pero nada de lo que él ha dicho o hecho me da motivos para creer que está enfadado contigo.

Su tono era de disculpa. Quizá lo que le preocupaba era su desconocimiento de lo que sucedía. Debía de preguntarse si el Ángel no se fiaba de él, o si guardaba un secreto peligroso. Ella sintió un escalofrío al pensar en esta última posibilidad, pero no tuvo tiempo para reflexionar sobre ello porque enseguida llegó al zaguán. Estaba repleto de tejedores curiosos. Durante el breve trayecto hasta la puerta principal respondió «no lo sé» tres veces a las preguntas que le lanzaban y, cuando salió, se encontró rodeada por un pequeño grupo de artesanos del barrio que habían acudido a ver al sacerdote extranjero. Sa-Mica la alcanzó, el clérigo schpetano apareció tras él y, tras ejecutar una leve pero respetuosa reverencia, les hizo señas para que lo siguieran.

Rielle comprobó sorprendida que ya había anochecido, si bien la calidad de la luz parecía indicar que el sol aún se cernía sobre el horizonte, en algún lugar tras las densas nubes. El sacerdote generó una llama pequeña y la hizo flotar por delante de ellos para que iluminara el camino. La ruta para llegar a palacio era sinuosa y, en su mayor parte, cuesta arriba. Rielle estaba acostumbrada a recorrerla, y Sa-Mica estaba habituado a viajar, por lo que era el sacerdote local quien marcaba el ritmo, pues iba jadeando y se detenía a menudo para recuperar el aliento. Saltaba a la vista que no solía relacionarse con los habitantes de la zona baja de su ciudad natal. O tal vez eran

ellos quienes iban a hablar con él.

Cuando enfilaron la calle principal, una multitud de espectadores alineados a los lados los obligó a caminar por el medio, lo que despertó en Rielle recuerdos desagradables de su expulsión de Fogo que le provocaron un estremecimiento. «Ellos no son hostiles», se dijo cuando se sorprendió a sí misma buscando frutas y verduras podridas en las manos de la gente. Pero, naturalmente, ya hacía tiempo que todas las verduras, tanto las podridas como las sanas, habían sido desechadas o consumidas.

Rielle había visitado el palacio en cuatro ocasiones a lo largo del último año, pero antes de eso nunca había estado allí. Había acompañado a Grasch a entregar tapices al rey y otros schpetanos poderosos. Él siempre llevaba consigo a algunos de los tejedores que habían colaborado con él en la confección de la pieza, después de instruirlos en los protocolos que regían el trato entre los tapiceros y sus clientes ricos.

Un patio se extendía frente a la fachada labrada del edificio. Era el espacio más amplio de los que se encontraban dentro de las murallas del castillo, y ese día estaba abarrotado. Soldados y ciudadanos contemplaban con atención una carreta situada ante las puertas del palacio o, más bien, al grupo de hombres que se encontraban junto a ella. Algunos vecinos gritaban airados, agitando los brazos como para ahuyentar a los hombres. Al fijarse mejor, Rielle vio vainas de espadas vacías, desgarrones en las chaquetas donde antes debía de haber insignias de rango cosidas. Los hombres procedían del ejército del Usurpador.

«¿Qué hacen aquí?».

Un sacerdote se hallaba de pie frente a la puerta del palacio, con los brazos extendidos en actitud imperiosa pero pacificadora. El gentío estaba tan distraído con él y los soldados que no reparó en Rielle y Sa-Mica hasta que estos se acercaron al grupo. La muchedumbre prorrumpió en un grito, y los rostros giraron hacia el extraño sacerdote de túnica azul. El clamor se redujo de inmediato a un murmullo apagado. Los soldados se volvieron para ver qué había ocasionado este cambio y observaron a Sa-Mica con perplejidad hasta que lo reconocieron.

—Solo deseamos servir al Ángel —declaró en alto uno de los soldados enemigos, aprovechando el repentino silencio.

El sacerdote que estaba ante la puerta asintió.

—Todos lo deseamos. He hablado con el Ángel. Os da las gracias por vuestra ofrenda y os exhorta a distribuirla entre la gente de Doum. Yo me quedaré para mantener el orden.

Tras dedicarle una reverencia, los soldados se volvieron hacia la carreta. Mientras Sa-Mica y Rielle pasaban junto a ellos, los hombres retiraron la cubierta del vehículo. Rielle entrevió sacos de cereales, toneles de vino y aceite, incluso cajas de fruta. Todo ello fruto del saqueo de los territorios colindantes con Doum, seguramente. Lo último que ella presenció de la escena antes de entrar fue a la multitud que, habiendo perdonado rápidamente a los soldados, se abalanzaba hacia delante, y al sacerdote que salía a su encuentro con grandes zancadas.

Avanzaron por un largo pasillo, desierto salvo por los guardias apostados a intervalos regulares.

—El hombre que habéis traído a la ciudad —dijo Rielle mirando a Sa-Mica—, ¿era el Usurpador?

Él movió la cabeza afirmativamente.

—¿Y su ejército?

—Se ha retirado. Con la excepción de esos valientes de allí atrás que aspiran a seguir a Valhan. —Suspiró—. Ha ocurrido lo mismo en todas las etapas de nuestro viaje. Valhan siempre les ordenaba que regresaran a sus casas y siguieran adelante con sus vidas. De no haberlo hecho, imagino que habríamos llegado acompañados por nuestro propio ejército.

—¿Tan malo habría sido eso?

Él la miró y torció el gesto.

—Un ejército requiere alimentos y organización. Atrae a personas que pretenden sacar provecho de él y explotarlo.

—Además, no es que él necesite protección —añadió Rielle. Entonces ¿qué lo había llevado hasta allí? Encontrarla a ella no podía ser el único motivo.

«Pronto lo sabré. A menos que el Ángel decida tenerme en ascuas como a Sa-Mica». Cuando se aproximaban al final del pasillo, notó un hormigueo en el estómago. Estaba más nerviosa que en su primer encuentro con él, pero en aquel entonces no tenía ni idea de a quién o a qué iba a conocer. ¿Sentía lo mismo Sa-Mica cada vez que acudía a la presencia del Ángel, o se había acostumbrado?

Cuando salieron por una puerta abovedada a una estancia varias veces más grande que todas las habitaciones de los tejedores juntas, un guardia situado junto a la entrada hizo sonar una campana. La sala estaba llena de gente, hombres y mujeres, jóvenes y viejos que tenían en común la suntuosidad de sus ropajes. Todos los ojos se posaron en los recién llegados, con un brillo de curiosidad. El rumor de voces se atenuó y se sumó a él el golpeteo suave de calzado delicado sobre madera pulida cuando los presentes se apartaron para formar un pasillo hasta el estrado del rey. El corazón de Rielle latía con fuerza. Inspiró profundamente.

Sin embargo, sobre el estrado no había nadie. El rey se encontraba de pie, a un lado de la multitud. Recorrió el pasillo creado por sus súbditos, sonriente y con los brazos abiertos.

—¡Bienvenidos, bienvenidos! —exclamó, indicándoles por señas que se acercaran, de modo que se encontraron en mitad del camino—. ¿Así que esta es la joven que busca el Ángel? —Rielle se agachó para comenzar a ejecutar la complicada reverencia con que la gente del lugar saludaba a la realeza, pero él se lo impidió tomándola de las manos—. Rielle Lázuli, te brindo una bienvenida tardía a mi país. ¿Por qué no viniste a verme en cuanto llegaste? Es un honor para mí conocer a una amiga de los Ángeles.

Ella consiguió esbozar una sonrisa.

—Gracias, majestad. ¿Me habríais creído, si os lo hubiera dicho?

Él soltó una risita.

—Seguramente no. Tienes razón. Es un relato demasiado increíble. Aun así, me alegra que eligieras mi país para instalarte. Y ahora todos formamos parte de tu historia, pues nos ha salvado de una derrota segura aquel que te busca.

Rielle no pudo evitar desplazar la vista por la estancia.

—No está aquí, pero volverá más tarde —le aseguró el monarca—. Se está preparando un banquete en tu honor. Ven, te llevaré al comedor.

«¿Un banquete? —Rielle pensó en la carreta del patio y en los habitantes de la ciudad que se morían de hambre—. ¿Dónde almacena la comida para un banquete? ¿Habrá enviado provisiones el Usurpador? ¿O quizá sean ciertos los rumores de que se guardan reservas de alimentos en el palacio?». Sin decir nada, aturdida y con un poco de náuseas por los nervios, salió de la sala en pos del rey.

A continuación, todo se desarrolló como en un sueño. Ella cenó junto al monarca schpetano, diversas personas cuyos nombres le resultaban familiares pero a quienes no había conocido en persona le encargaron que transmitiera varios mensajes al Ángel y la interrogaron sobre su encuentro anterior con él. Sa-Mica permanecía sentado a su lado, en silencio, hasta que alguien cayó en la cuenta de que ella podía traducir sus palabras, y entonces las preguntas se centraron en la relación de él con el Ángel. Para alivio de Rielle, el sacerdote habló de su pasado con la misma vaguedad que ella.

«Sin duda tiene tan pocas ganas de revelar la clase de lugar que era el templo de la Montaña cuando se crio allí como yo de contarles que me desterraron por utilizar magia y que soy una asesina —pensó—. Pero ¿por qué no está aquí el Ángel? ¿O es que... él no come?».

Los platos constaban de ingredientes sencillos debidamente condimentados y decorados para que resultaran más sabrosos y atractivos. La única carne era de aume, asada y bastante correosa. El rey se disculpó, aduciendo que la res era vieja pero la única que quedaba en la ciudad. El hambre de Rielle se calmó enseguida, pues estaba acostumbrada a comer poco y tenía el estómago más inclinado a encogerse de ansiedad que a digerir la comida. En cierto momento, Sa-Mica se excusó y se fue. Cuando regresó, tenía una expresión tensa y pensativa.

—Está a solas, sentado, contemplando las montañas —le informó a Rielle.

—¿Por qué no se une a nosotros? —preguntó ella.

—No le gusta estar rodeado de tanta gente. —Sa-Mica se encogió de hombros—. Pasaba así casi todo el tiempo en el templo de la Montaña.

—¿Sucedió algo fuera de lo normal antes de que decidiera venir? —apuntó, con la esperanza de que él le diera alguna pista sobre las intenciones del Ángel.

Sa-Mica negó con la cabeza.

—No, pero no hemos venido aquí directamente. Viajamos hacia el norte, hasta la más lejana de las ciudades de hielo, y cuando llegamos... —Hizo una pausa y

sacudió la cabeza de nuevo.

—¿Qué? ¿Qué hizo él?

El sacerdote suspiró.

—Debo decírtelo. No quiero inquietarte, pero ¿y si algún día necesitaras saberlo? En el punto situado más al norte, absorbió toda la magia antes de encaminarse de vuelta hacia el sur. No dejamos atrás la Mancha hasta que pasamos Llura.

Ella lo miró fijamente. Recordaba que en Llura hacía un calor insoportable. Si esta población estaba tan lejos de las ciudades del hielo en el norte como de la fría Schpeta, la Mancha debía de ser inmensa.

—¿Qué hizo con ella?

—Nada, hasta donde yo sé.

—O sea, que se prepara para algo.

Los hombros del clérigo subieron y bajaron. Tras su mirada se traslucían muchos días de preocupaciones acumuladas en silencio. Ella abrió la boca para preguntarle de qué tenía miedo, pero la cerró otra vez. Si él hubiera estado dispuesto a hablar de ello, lo habría hecho. «¿Por qué iba un Ángel a despojar a medio mundo de magia? — Pensó en los ejércitos que se habían apostado frente al castillo el día anterior. Aunque estaban desesperados, no habían infringido la ley del Ángel que prohibía el uso de la magia en un conflicto—. Pero ¿y si lo hubieran hecho?».

¿Qué mejor manera de impedir que la gente utilizara la magia que hacerla desaparecer del mundo? Si bien esto también privaría de magia a los sacerdotes, los fieles seguirían respetándolos por sus conocimientos sobre los Ángeles y su contacto con ellos.

«Pero ¿qué tiene que ver todo esto conmigo?».

Después de esta reflexión, no fue capaz de probar bocado. El vino la invitaba a armarse de un falso valor, pero ella hizo caso omiso de él. Cuando paseó la vista por la estancia, advirtió que los comensales desviaban la mirada de inmediato. Debían de preguntarse por qué esa extranjera morena, que había conocido a un Ángel, llevaba tanto tiempo viviendo entre ellos... y por qué merecía su atención especial. «Yo también me lo pregunto». El tiempo transcurría con lentitud, pero la propulsaba hacia un futuro desconocido e inminente que, muy a su pesar, imaginaba catastrófico, aunque a la larga resultara beneficioso para el mundo.

Cuando el sacerdote que había acudido a la tejeduría entró en el comedor y se acercó al rey con paso veloz, una mezcla de temor y esperanza se apoderó de ella. De pronto se había hartado de esperar, quería que aquello acabara ya. Fuera lo que fuese.

—Él, el Ángel, aguarda en la sala de audiencias, majestad —barbotó el hombre mientras se imponía el silencio en la estancia—. Desea ver a Rielle Lázuli.

—En ese caso, no debemos hacerle esperar. —Tras dedicarle una sonrisa a Rielle, el rey se puso de pie. La tomó de la mano y la ayudó a levantarse de la silla.

Ella respiró hondo y exhaló despacio, lo que no alivió su sensación de tener el estómago revuelto ni la ayudó a recuperar su pulso normal. «Tal vez debería haberme

bebido el vino». Le flaqueaban las piernas mientras, caminando junto al monarca, salió del comedor y enfiló el pasillo que conducía a la sala de audiencias. Tras ellos se oía el susurro de las pisadas de los cientos de comensales que los seguían con sus delicados zapatos.

Él esperaba de pie, en la parte interior del banco circular sobre el estrado del rey. Líneas radiales —finísimos hilos de Mancha— brotaban de él, destellantes, antes de desvanecerse. Ella apartó la vista, pero entonces le vino a la memoria algo que Sa-Mica le había dicho tantos años atrás. «No le gusta que la gente oculte la mirada. Pues bien. Alzaré la vista cuando llegemos ante él. No sería un buen momento para tropezar con la falda y caerme de bruces». El tacto cálido de la mano del rey bajo la suya mientras la guiaba hacia delante le resultaba extrañamente tranquilizador. Cuando el monarca se detuvo frente al estrado, ella miró hacia arriba.

Al principio, lo único que podía pensar era que el rostro de su tapiz era un retrato mucho más fiel de lo que cabía esperar después de tanto tiempo, aunque no era del todo exacto. El Ángel tenía los labios mucho más finos y la frente menos inclinada. Entonces ella se preguntó si él le habría leído el pensamiento y se le encendieron las mejillas. Sin embargo, su vergüenza se evaporó cuando él la miró a los ojos. Sus extraños ojos oscuros le recordaron a Rielle de una forma poco agresiva que se hallaba ante un ser que no era humano. Que, si quisiera, podría destrozarle el alma.

A pesar de todo, ella lo amaba. No del mismo modo en que había amado a Izare, con el cuerpo y el corazón. Lo amaba con el alma.

El Ángel suavizó su expresión de forma casi imperceptible. Alzó un brazo para indicarle que se acercara. Ella subió al estrado, ya sin rastro de debilidad en las piernas.

—Rielle Lázuli. Te concedí una segunda vida —dijo él en schpetano, y un grito ahogado multitudinario resonó en la sala—. La has aprovechado bien. Has repuesto con creces la magia que consumiste.

Estas palabras infundieron ánimos a Rielle, además de alivio y una ligera sensación de triunfo. «¡Es verdad! ¡He generado más magia creando tapices de la que robé para matar a Sa-Gest!». Y en un lapso de solo cinco años. Había creído que le llevaría una vida entera, y eso suponiendo que lo consiguiera.

—Has forjado una vida aquí, una vida que podrás reanudar cuando esta ciudad se recupere de la guerra. Pero tienes la capacidad de ir mucho más allá. Voy a regresar a mi mundo. Te invito a acompañarme para unirme a los artesanos que viven allí, creando belleza y magia. ¿Vendrás conmigo?

Un jadeo colectivo escapó de la boca de los presentes. Rielle contempló al Ángel mientras daba vueltas a sus palabras en su cabeza.

«¿Viajar a su mundo? ¿Allí donde habitan los Ángeles? ¿Para pintar y tejer?».

O quedarse donde estaba, en una tierra que no era la suya, trabajando en tapices que representaban escenas elegidas por otros. Pero ¿cómo iba a abandonar a Betzi...? Aunque sin duda Betzi se marcharía con el capitán Kolz. En cuanto a los tejedores...

los echaría de menos, sobre todo a Grasch.

Pero no tanto como para rechazar la oferta del Ángel. «Jamás volvería a ver a Izare ni a mi familia, pero esa posibilidad me está vedada de todos modos, y además dudo que quieran verme. En el reino de los Ángeles viviría entre personas que me comprenderían. Creadores y servidores de los Ángeles, como yo».

—Sí —respondió con voz débil y se aclaró la garganta—. Sí —repitió con firmeza. Un susurro de entusiasmo recorrió al público.

Valhan sonrió.

—¿Hay algo que desees hacer antes de partir?

Ella desplazó la vista por la sala hasta localizar a Sa-Mica. Este tenía el ceño fruncido, pero cuando sus miradas se encontraron, relajó las cejas, con una expresión que a Rielle le pareció de alivio. Todas sus preocupaciones habían resultado infundadas.

—Solo... despedirme —respondió en foguiano—. ¿Podrías hacer llegar mensajes a mis familiares? Para que sepan adónde voy, aunque dudo que lo crean. —Él inclinó la cabeza. Ella miró al rey y cambió al idioma schpetano—. Os ruego que transmitáis mi agradecimiento a Grasch y los tejedores, y a Betzi y al capitán Kolz mi deseo de que vivan felices juntos. —El monarca asintió, sonriendo. Ella se dirigió de nuevo a Valhan—. Eso es todo.

—En ese caso, no hay motivo para demorar más la partida —declaró él.

Dio unos pasos hacia ella y la tomó de las manos. Tenía la piel fresca. «De modo que esto es lo que se siente al tocar a un Ángel». Alzó los ojos y vio que él tenía la mirada fija en un lugar lejano, más allá de las paredes de la habitación.

De pronto, todo se volvió negro.

Sus sentidos se adaptaron casi de inmediato. La ausencia de magia que captaba su mente era tan absoluta que ya no engañaba a sus ojos de modo que percibieran oscuridad. Sin embargo, su pensamiento la buscaba de forma instintiva, en vano, y recordó lo que Sa-Mica le había contado respecto a cómo el Ángel había sustraído la magia de una parte tan grande del mundo. ¿Se había apropiado del resto? Al dirigir la vista más allá del Ángel, vislumbró a los sacerdotes schpetanos, boquiabiertos y conmocionados.

—Respira hondo —le indicó Valhan.

Ella así lo hizo, y mientras sus pulmones se llenaban hasta el máximo de su capacidad, una luz empezó a inundar la estancia. Al mirar alrededor, ella vio asombro en los rostros del rey, sus invitados e incluso Sa-Mica. Todos se desvanecían bajo la luz. Sin embargo, no se trataba de un resplandor deslumbrante. Era como si algo blanqueara el mundo que la rodeaba, que se decoloraba como un tapiz a lo largo de los siglos, pero en un espacio de unas pocas respiraciones.

La figura del Ángel, en cambio, permanecía sólida y definida. Cuanto más se difuminaba su entorno, más se agudizaba su conciencia de Valhan. Cuando hasta el último detalle de la sala se había fundido en un blanco uniforme, él era, aparte de ella

misma, lo único que podía ver. Y tocar. Bajó la mirada hacia sus manos. La palidez de los dedos de él contrastaba con la piel bronceada de ella. El Ángel tenía las manos delgadas pero masculinas. ¿Estaba escuchando sus pensamientos? Ella desvió la vista hacia el blancor y descubrió que alcanzaba a entrever sombras. Empezaban a aparecer formas, y su expectación creció cuando cayó en la cuenta de que estaba a punto de ver el reino de los Ángeles.

Solo entonces se preguntó si eso significaba que había muerto.

¿Qué importancia tendría, si el resultado era el mismo? Por lo menos habría sido una muerte indolora. Antes de que ella asimilara del todo las posibles implicaciones, el mundo de los Ángeles emergió de la blancura y reclamó toda su atención.

Era de lo más extraño.

La pared de un inmenso precipicio se perdía en la distancia, con árboles singulares que sobresalían de la pared hacia los lados. Al bajar la mirada, ella divisó la continuación de la pared, muy por debajo de ellos, y la emoción cedió el paso al vértigo y al miedo instintivo a caer.

La escena cambió, el suelo se allanó, y los árboles, aunque seguían teniendo formas caprichosas con las ramas en abanico, crecían en un sentido vertical normal. A Rielle le sorprendió la sequedad y el aspecto quemado del terreno, un erial que ni siquiera a ella, que se había criado en un desierto, se le antojaba acogedor.

El aire cálido la envolvió. Notó la presión del suelo contra las suelas de sus botas. Sus pulmones se estremecieron y ella comenzó a respirar a grandes bocanadas para combatir el mareo repentino. El Ángel, que no parecía en absoluto afectado, oteó el panorama con los ojos entornados y luego se enderezó, relajando los hombros como si le hubieran quitado un peso de encima. «Tal vez la vida en el mundo de los mortales les resulte difícil de soportar», pensó Rielle. Él no le soltó las manos. Esperó a que ella recuperara el aliento y entonces apareció un fulgor de líneas negras en torno a él. El erial comenzó a desvanecerse, esta vez con mucha mayor rapidez. La blancura los rodeó de nuevo, y otro paisaje se materializó. Un cuerpo de agua se extendía de un horizonte al otro, una masa líquida y turbia que fluía de forma lenta pero incontenible. Aquí y allá emergían rocas y árboles delgados, lo que daba la impresión de que aquello no era un mar, sino una inundación. Sin embargo, ella no se zambulló cuando el aire la envolvió nuevamente. Una fuerza invisible bajo sus pies sostenía su peso.

Esta vez, no se quedó sin aliento. La inundación se desvaneció. La siguiente escena que se desplegó ante sus ojos era un paraje sombrío y aterrador, con negras peñas retorcidas que sobresalían de ríos fulgurantes de un líquido espeso y rojo. Un calor abrasador la golpeó por un instante antes de que el lugar inhóspito comenzara a desaparecer.

A partir de ese momento, los paisajes mejoraron; bosques y campos se sucedían hasta que, para sorpresa de Rielle, llegaron a una amplia explanada rodeada de edificios y poblada por centenares de personas. «¿Estarán muertos?», se preguntó. Cuando se fijó mejor, la perturbó ver mendigos entre la multitud, así como hombres y

mujeres que soportaban pesadas cargas. Le costaba creer que ese pudiera ser el reino del Ángel. A menos que... «A menos que estas personas estén recibiendo un castigo por alguna mala acción cometida en vida». Los sacerdotes siempre habían dado a entender que los Ángeles trataban mejor a los bondadosos, lo que quizá significaba que trataban con mayor crueldad a los crueles.

Ella esperaba sentir los adoquines bajo los pies, pero, en vez de ello, cuando el entorno aún no estaba definido del todo, el Ángel y ella empezaron a desplazarse por él. Atravesaron a la gente, luego los edificios que circundaban la plaza, y se elevaron por encima de las azoteas con velocidad creciente. A pesar de todo, ella no tenía la menor sensación de movimiento. Llegaron a las afueras de la ciudad y surcaron el cielo como un bólido sobre un enorme mosaico de campos sembrados.

Al frente, montañas bajas sumían el horizonte en sombras. Rielle avistó un edificio de tres pisos varias veces más grande que el templo principal de Fogo. El Ángel puso rumbo hacia allí. Atravesaron varios muros de nuevo y se adentraron en la tercera planta. Mientras se desplazaban de una habitación a otra, Rielle alcanzó a ver muebles y paredes de colores intensos primorosamente adornados. Hombres y mujeres alzaban la vista, pues claramente percibían la sombra del Ángel y Rielle al pasar, pero no parecían sorprendidos. En una habitación, una mujer estaba arrellanada en un asiento en el que habrían cabido cinco personas más. De una belleza extraordinaria, comía de un cuenco de oro con una cuchara de mango largo.

Cuando Valhan se detuvo ante ella, la mujer levantó la mirada y frunció el ceño. De pronto, se le desorbitaron los ojos. Se puso en pie de un salto, dejó el cuenco a un lado en el mismo movimiento y se llevó las manos a la cara. Se le saltaron las lágrimas. Cuando el sonido y el aire cálido envolvieron a Rielle, la mujer habló, y aunque sus palabras eran incomprensibles, el júbilo que la había invadido al ver al Ángel resultaba evidente.

Este le respondió, y se inició una breve conversación. Rielle se percató de que unas diminutas líneas radiales de Mancha se formaban en torno a la mujer y se esfumaban tan deprisa que al principio le pareció que se las había imaginado. Entonces el Ángel se volvió hacia Rielle y le soltó la mano para hacer un gesto en dirección a la mujer.

—Se llama Inekera —dijo en foguiano—. Es la soberana de este mundo. Te llevará al mío una vez que me haya asegurado de que todo esté tal como lo dejé. — Retrocedió un paso y desapareció.

Rielle contempló parpadeando el espacio vacío que él había ocupado hasta ese instante. Si aquel no era su mundo... ¿cuántos mundos había? Devolvió su atención a Inekera. Según Valhan, era la soberana de ese mundo. ¿La convertía eso en una reina? «¿Debería inclinarme ante ella?».

Con una carcajada, la mujer le indicó con señas que se acercara.

—Rielle —dijo, y dio unas palmaditas en el sillón—. Siéntate.

Rielle así lo hizo, preguntándose cómo había aprendido foguiano la mujer.

Entonces se le ocurrió la respuesta, tan obvia que se sintió como una tonta. «Me ha leído la mente, por lo que debe de ser un Ángel también. Ninguna mortal podría ser tan hermosa».

La sonrisa de Inekera se ensanchó. Señaló a Rielle.

—Tú... —Agitó una mano, y Rielle detectó un destello de Mancha. Entonces su mente captó otra cosa. Algo increíble.

—¡Magia! —exclamó, dilatando sus sentidos—. ¡Cuánta magia! —La energía lo impregnaba todo, una energía tan intensa y condensada que a Rielle le extrañó que el aire no brillara.

—Sí —dijo Inekera. Con aire vacilante, se llevó el dedo a la sien y luego apuntó con él a Rielle—. Tú percibe —le indicó—. Ahora.

En cuanto Rielle obedeció, perdió de vista la habitación conforme su conciencia se expandía. La maravillaba que hubiera tanta magia a su alcance. No era capaz de imaginar qué podría hacerse con semejante cantidad de energía. ¿Hasta dónde llegaba? ¿Era así el mundo entero? Miró al Ángel femenino.

—¡Proyecta! —le ordenó Inekera, abriendo los brazos de par en par.

Rielle así lo hizo, y sus sentidos se dispararon hacia el exterior, libres de ataduras. Ella no sabía hasta dónde estaba extendiéndolos; solo que su percepción nunca había llegado tan lejos. De pronto, alcanzó una zona donde la magia era más débil. Comprobó que tenía un límite... y una forma.

—¡Ah! —dijo—. Es curva, como un cuenco... ¡No, como una cúpula hueca! O supongo que podría tratarse de una esfera...

Al oír un jadeo a su lado, atrajo su conciencia hacia la mujer que estaba junto a ella. Inekera la miraba con fijeza, pero su expresión cambió con tal brusquedad que Rielle no supo distinguir si reflejaba asombro o espanto. Se decantó por la primera posibilidad, pues el Ángel la contemplaba ahora con una sonrisa afectuosa.

Inekera le dio unas palmaditas en la rodilla y señaló el asiento.

—Quédate aquí. —Acto seguido, desapareció.

Al encontrarse sola de repente, Rielle aprovechó la oportunidad para examinar el lugar. El sillón estaba tapizado en una piel tan bien curtida que todos los pelos tenían justo la misma longitud, y estaba teñida de un verde brillante. Cuando deslizó los dedos sobre ella, entrevió unas fibras tejidas por debajo del pelo. No era piel, sino tela. «Una factura admirable».

Si bien los brazos del sillón eran dorados, seguramente eran de madera recubierta de pan de oro, pues no habrían soportado su propio peso si hubieran estado hechos de metal macizo. La mesa sobre la que el Ángel había depositado su cuenco hacía juego con el sillón, al igual que el recipiente en sí. Resistió la tentación de levantarlo para sopesarlo.

Al pasear la mirada por la sala, Rielle reparó en la fastuosidad de la decoración y el mobiliario. Inekera vivía bien. Pero ¿y el resto de los habitantes de ese mundo? ¿Y los mendigos y trabajadores que ella había visto en la plaza a la que había llegado con

Valhan? «Tengo tantas dudas, tanto que descubrir...

»Sé muy poco del reino de los Ángeles —comprendió de pronto—. O reinos, mejor dicho. —Resultaba evidente que los conocimientos de los sacerdotes respecto a los Ángeles que adoraban era bastante limitado. O quizá no tenían permitido compartirlos con la gente de a pie—. Tal vez se supone que debemos descubrir todo esto cuando muramos». Con la salvedad de que ella no había muerto. O eso creía. Otra duda más que consultar a los Ángeles.

Valhan había mencionado que había artesanos en su mundo. Ella no era la primera elegida para trabajar a su servicio. ¿En qué consistía su trabajo? ¿A qué se dedicaban? Sin duda eran los mejores en su especialidad. Ella tendría mucho que aprender.

Sacudiendo la cabeza, se levantó, se acercó a una ventana y descorrió las gruesas cortinas del mismo tono intenso de verde. Le estaba costando no perder la paciencia.

—Rielle.

Se volvió y sonrió al ver que Inekera había vuelto. Regresó al sillón mientras la mujer iba a su encuentro con las manos tendidas.

—Ven conmigo.

Rielle le dio las manos al Ángel, suponiendo que la sala desaparecería. En vez de ello, la casa se difuminó ligeramente, y ellas empezaron a desplazarse hacia un lado. Regresaron a la ciudad, pero no permanecieron en ella lo suficiente para que Rielle viera si los mendigos seguían allí. La plaza se desvaneció, y un paisaje distinto ocupó su lugar, seguido de otro, y luego de otro más. Imágenes de lugares extraños se sucedían ante sus ojos de un modo tan fugaz que ella apenas tenía ocasión de asimilarlas.

Apenas paraban durante el rato suficiente para que Rielle recuperara el aliento, por lo que empezó a sentirse mareada. Era evidente que los mortales no podían respirar cuando viajaban entre mundos. Durante la siguiente parada, se apresuró a inspirar todo el aire posible.

—Tengo que... —intentó decir, pero la frase quedó cortada cuando la blancura las envolvió de nuevo. Hablar le resultaba imposible. ¿Cómo iba a articular palabras si le faltaba la respiración? Miró a Inekera con la esperanza de transmitirle su angustia con su expresión.

Inekera le dirigió a su vez una mirada severa, fría y calculadora. Ante la conmoción y el desconcierto de Rielle, las facciones de la mujer se suavizaron, pero recuperaron la severidad enseguida. Aflojó la fuerza con que le sujetaba las manos.

En cuanto comprendió lo que el Ángel se disponía a hacer, Rielle intentó asirle las elegantes manos en un acto reflejo y consiguió agarrar dos dedos de forma poco firme. Cuando se los apretó, Inekera abrió mucho los ojos y la boca. Acto seguido, arrugó el entrecejo, se acercó a Rielle, le posó la otra mano en el pecho... y le propinó un vigoroso empujón.

Los dedos de Inekera se le resbalaron de los suyos. En cuanto dejaron de tocarse,

el Ángel se fundió rápidamente a blanco.

De repente sola, Rielle agitó las extremidades, tratando instintivamente de hundir los dedos de los pies en el suelo y extendiendo los brazos para aferrarse a algo, pero no encontró asideros ni puntos de apoyo. Pugnó por contener el pánico, sin más conciencia que la de aquel vacío blanco y la de que no tenía la menor idea de cómo llegar al mundo siguiente. ¿Se había quedado atrapada allí?

Pero algo le decía que estaba moviéndose. Logró tranquilizarse y concentrarse en la sensación, que se intensificaba por momentos. Cuando el Ángel la había empujado, el impulso la había lanzado hacia... algún lugar.

Quizá todo estaba previsto. Rielle recordó la última expresión de Inekera y sacudió la cabeza. «Temía que yo no la soltara. No sé adónde pretendía enviarme, pero está claro que ella no quería ir allí conmigo».

Aliviada, vislumbró unas figuras definidas en la blancura. Mientras colores y formas se materializaban, todo empezó a cobrar sentido.

«Un desierto».

Inekera la había devuelto a su hogar.

Rielle supo que había llegado de nuevo a su mundo en el preciso instante en que un dolor punzante le atenazó la cabeza. De pronto, notó en los pulmones la acuciante necesidad de respirar lo más profunda y rápidamente posible. Las piernas se negaban a sostenerla, así que se desplomó sobre la arena. Era como si hubiera contenido el aliento durante demasiado tiempo. O, más bien, como si alguien hubiera intentado asfixiarla; ella habría sido incapaz de aguantar tanto rato la respiración.

Le palpitaban las sienas. Tenía los músculos entumecidos o temblorosos. Sus pulmones emitían un sonido sibilante y áspero al respirar. Se quedó tumbada sobre la arena caliente, boqueando como un animal marino al que un pescador había sacado del agua y tirado en una cesta para que muriera allí. Al cabo de un rato, pudo tragar saliva, lo que le ocasionó un ataque de tos. Cuando se recuperó, la mente dejó de darle vueltas y el dolor remitió lo suficiente para dejarla pensar.

«¿Por qué me ha enviado Inekera a casa? —se preguntó—. ¿Por qué no me ha llevado al mundo de Valhan, como había prometido?». ¿Había encontrado él su mundo en un estado deplorable y había concluido que lo mejor sería que ella regresara al suyo?

«Habría podido transmitirle a Inekera un mensaje para mí, explicando el problema —pensó Rielle, enfadada. Ladeó la cabeza y tendió la vista sobre las dunas—. A menos que... a menos que no hiciera falta».

Tal vez aquel era el mundo de Valhan.

Rielle irguió el cuello y examinó lo que parecía la cima de una duna. Tras incorporarse apoyándose sobre los codos, se puso de pie lentamente. La arena se extendía en todas direcciones. No había rastro de caminos, ni montañas a lo lejos. Se sacudió los granos de la ropa. Diferían en tamaño y color de los que el viento arrastraba hasta la tintorería de su familia durante las tormentas. Si se encontraba en el mundo de los mortales, debía de estar muy lejos de Fogo, su ciudad natal.

Como se había criado al borde de un desierto, en el seno de una familia de mercaderes cuyos miembros masculinos se encargaban del transporte de tintes y telas, había aprendido algunas cosas acerca de la supervivencia en parajes desérticos. Sabía que iba peligrosamente mal equipada para estar allí. No tenía agua. Una persona podía sobrevivir varios días sin comer, pero solo unas horas sin beber.

«¿Por qué no me ha llevado Inekera a Fogo, Schpeta, o algún otro sitio donde estaría a salvo?».

Pensó en el miedo que había demostrado cuando Rielle se había aferrado a ella. ¿Qué le habría ocurrido si se hubiera materializado en el mundo de Rielle? «¡Pero

claro...!»). La respuesta le pareció obvia en cuanto se le ocurrió. Inekera había absorbido gran parte de la magia, si no toda. Tal vez se habría quedado atrapada en el mundo de los mortales, sin magia para transportarse a otra parte. La única manera en que podía enviar a Rielle a casa sin acompañarla era propulsarla hacia allí. Quizá, al empujarla en aquella dirección, no había podido apuntar a una zona concreta de ese mundo.

Rielle había llegado a un desierto por pura mala suerte.

El sol brillaba implacable, y ella había empezado a sudar. Se masajeó las doloridas sienes. Tenía que intentar pensar a pesar de la jaqueca y el aturdimiento. Una mala decisión podía condenarla a una muerte lenta.

La posición del sol indicaba que o bien había amanecido hacía solo unas horas, o bien faltaba poco para el atardecer. Esperaba que fuera esto último y que el cielo siguiera despejado cuando cayera la noche. Conocía unas cuantas constelaciones y podría guiarse por ellas.

Aunque llevaba ropa demasiado gruesa y en muchas capas para estar cómoda, la protegían del sol. Aun así, no las necesitaba todas y debería cubrirse la cabeza con algo. Se quitó la enagua y probó diferentes combinaciones de nudos hasta conseguir una toca que le tapara la cabeza, el cuello y buena parte del rostro sin entorpecerle la vista. Se sentó y se despojó de las botas, las medias y la casaca. La blusa que llevaba debajo le cubría bastante los brazos y, una vez aflojada, permitía que corriera el aire en torno a su torso.

Sus pies requerirían protección contra el calor del suelo, pero las botas que le llegaban al tobillo se llenarían de arena y constituirían un peso adicional que ella no necesitaba. Una buena solución habría sido practicar agujeros en los zapatos por donde pudiera salir la arena que entrara por arriba, pero no llevaba consigo ningún instrumento que sirviera para cortar la piel. Podía recurrir a la magia..., aunque no se trataría precisamente de un uso en defensa propia. Miró alrededor... y soltó un grito ahogado. Estaba rodeada de una magia tan abundante y densa como en el mundo de Inekera.

—Pero ¿qué...? —dijo, y se le heló la garganta cuando cayó en la cuenta de lo que esto significaba.

«¡No estoy en el mundo de los mortales!».

Y eso quería decir que se encontraba en el mundo de Valhan o en algún otro. A menos que... después de que ella vaciara su mundo de magia, este se hubiera vuelto a llenar de algún modo. Rielle suspiró, rendida por la fatiga. Estaba harta de preguntas sin respuesta. «Sabré si estoy en mi mundo cuando salgan las estrellas. Mientras tanto, será mejor que me concentre en cuestiones prácticas».

Como las sombras se habían alargado, ella sabía que eran las últimas horas de la tarde. No tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido desde su marcha de Schpeta, pero en el momento de partir, estaba anocheciendo. Había pasado un día entero, aunque ella no tenía esa sensación. Decidió descansar y esperar a la noche

para orientarse con las estrellas. Se recostó a la fresca sombra de una duna, se colocó las manos bajo las axilas para protegerlas del viento y cerró los ojos.

Se despertó tiritando, y tras parpadear varias veces, vio una bóveda negra salpicada de estrellas. Era como si alguien hubiera arrojado un cubo de arena rosa y morada sobre un manto con un agujero en el centro en torno al cual los granos formaban una espiral, como un líquido al irse por un desagüe.

Sacó las manos de debajo de los brazos, se las llevó a la cara y se frotó los ojos. La constelación imposible seguía allí. Era lo bastante luminosa para alumbrarle los dedos. Tal vez aún dormía y estaba soñando. Sin embargo, todo parecía real. Se dio una bofetada suave, luego otra más fuerte. Nunca había soñado con un dolor tan convincente.

El cúmulo de estrellas ocupaba la mitad del cielo. Además, una ancha franja de ellas lo surcaba de un horizonte al otro.

Aquel no podía ser su mundo.

Entonces ¿era el del Ángel? Recordó lo que él le había dicho: «Te llevaré a mi mundo una vez que me haya asegurado de que todo esté tal como lo dejé». ¿Le había comunicado a Inekera que todo iba bien por medio de un mensaje indetectable para Rielle? ¿Se habían reencontrado los dos cuando ella había desaparecido? Si todo estaba en orden, y ese mundo era rico en magia, ¿por qué Inekera no la había llevado a un lugar seguro en él?

«Sea cual fuera la razón, ahora da igual. Lo que importa es sobrevivir». Se le había secado la boca y lamentó no disponer de agua al notar los primeros signos de sed. Se incorporó, apoyada en las rodillas. ¿Qué debía hacer? Aún temblaba de frío. Cogió la casaca, se arrebujó en ella y se enfundó las medias. Tras quitarse la enagua de la cabeza, deshizo los nudos y se la puso también. Incluso con toda la ropa puesta seguía teniendo frío, aunque no estaba tan aterida como antes.

El Ángel no sabía que ella estaba allí. ¿Habría alguna manera de ponerse en contacto con él? La única forma que conocía de comunicarse con los Ángeles era por medio de la oración.

«Muy bien, oremos, pues». Arrodillada sobre la arena, rezó, con una voz ronca que sonaba extraña en medio de aquel silencio. Aguardó. No obtuvo respuesta. Ningún Ángel apareció. Quizá Valhan tenía puesta su atención en otra parte. Tal vez ella debía volver a intentarlo más tarde. Mientras tanto, buscaría un lugar menos inhóspito. Aunque en los desiertos podía llegar a hacer un frío mortal por la noche, caminando conseguiría entrar en calor.

Abrazándose el torso y con las botas bajo el brazo, echó a andar por la cresta de la duna. Las estrellas despedían un brillo más tenue que el sol, pero bastaba para alumbrar el terreno que la rodeaba. Este presentaba el mismo aspecto en todas direcciones, por lo que ella continuó alejándose de las huellas que había dejado el día anterior. En lo alto de las dunas, miraba continuamente alrededor, buscando indicios de poblaciones o caminos. Valhan le había hablado de los artesanos que vivían en su

mundo, y en el de Inekera había visto a mucha gente.

Frunció el ceño al recordar a los mendigos y trabajadores en la plaza. ¿Estaban expiando faltas cometidas en vida? Ella era una impura. Tal vez cuando Valhan la había invitado a su mundo, abrigaba en el fondo la intención de castigarla. Tal vez la habían abandonado allí a modo de penitencia. Tal vez, en lugar de romper las almas en pedazos, los Ángeles las enviaban allí para que sufrieran una segunda muerte, lenta y penosa.

Tal vez ella no moriría y su castigo consistiría en un tormento eterno de sed y quemaduras por el sol.

«No, él dijo que podría unirme a los artesanos de su mundo para crear cosas hermosas. Simplemente no se ha enterado de mi llegada, o no ha podido averiguar dónde estoy».

De vez en cuando elevaba una plegaria, por si acaso él estaba escuchando. Además, alzaba la vista hacia el cielo nocturno para asegurarse de que avanzaba en línea recta y no en círculo. Conforme el tiempo se alargaba, intentaba distraerse un poco de las preocupaciones recordando las historias que Sa-Mica le había contado durante el largo viaje de Fogo al templo de la Montaña. Historias de impuros que habían utilizado mucha más magia que ella en toda su vida, y que habían recibido el perdón. De impuros que habían generado más magia de la que habían robado a los Ángeles dedicando el resto de su existencia a crear. Tal como había hecho ella, aunque solo le había llevado cinco años.

Se preguntó cuánta magia había producido al tejer tapices. Solo en una o dos ocasiones le había parecido percibir energía mientras trabajaba, pero bien podían haber sido imaginaciones suyas. Por lo general estaba demasiado concentrada para fijarse en otras cosas. De cuando en cuando se quedaba observando a los otros tejedores frente a sus telares, con la esperanza de captar la magia que creaban, pero nadie pasaba mucho rato ocioso en el taller, y pronto le asignaban alguna tarea.

A la larga, los artesanos del lugar de donde ella procedía generarían magia que acabaría por reponer la que había consumido Valhan, pero, por el momento, su mundo había quedado desprovisto de ella. Esto la entristeció. Aunque la magia le había ocasionado tantos problemas a ella y a otros, los sacerdotes la empleaban para sanar a los enfermos. Tendrían que echar mano de los remedios y elixires que las mujeres elaboraban en sus cocinas y que no resultaban igual de eficaces. Morirían personas. «Aunque seguramente no tantas como en las guerras que se libran con magia», se recordó.

El aire del desierto estaba frío, pero seco, de modo que cuando a Rielle se le espesó la saliva, dejó de rezar en voz alta y se limitó a formular las palabras en la mente. Las medias se le agujerearon; primero le entró arena en un pie, luego en el otro. Las plantas, acostumbradas a suelas interiores blandas, pronto empezaron a dolerle.

También las pantorrillas. Andar sobre la arena blanda costaba mucho esfuerzo. Se

detenía a menudo, pero solo durante el rato suficiente para desentumecerse con masajes. El ambiente gélido, aunque pronto la hizo tiritar, la impulsaba a seguir adelante. Cuando un resplandor apareció en el horizonte, la invadió una mezcla de alivio y aprensión. Su cuerpo ansiaba un poco de calor, pero su mente temía el día tórrido que se avecinaba y que agravaría su persistente sed. Decidió dormir a la sombra de una duna mientras fuera lo bastante amplia para guarecerse en ella, pero primero quería ver qué revelaba el alba sobre el paisaje que la rodeaba.

Una radiante curva de fuego asomó por el horizonte y comenzó a crecer, emitiendo a través del desierto rayos de luz roja, luego naranja y por último de un blanco amarillento. Esto trajo consigo un aumento constante de la temperatura, y Rielle notó un picor en la piel conforme esta empezaba a producir sudor. El sol se alargaba, con el borde combándose hacia el exterior antes de curvarse hacia dentro para formar un círculo, hasta que llegó un momento en que mirarlo hería la vista. Ella desvió los ojos y escudriñó el terreno.

Las dunas se extendían en todas direcciones. El panorama no era distinto de aquel con que se había encontrado el día anterior. Si no hubiera estado segura de que avanzaba en línea recta, habría creído que había estado caminando en círculo.

Suspiró, rezó en voz alta y encontró una sombra en la que dormir.

Al soñar que tropezaba con la hoguera de un campamento, se despertó con un sobresalto. Bajó la mirada y advirtió que los agujeros de sus medias eran tan grandes que buena parte de sus pies sobresalía de ellos y quedaba expuesta al sol. A juzgar por la posición del sol, solo había dormido un par de horas. El hambre se sumó a la sed implacable. Tenía la boca tan reseca que apenas podía tragar, y se le habían formado costras en los labios endurecidos. Al abrirlos, se le partieron, y ella soltó un grito ahogado que no hizo más que tensarlos de un modo aún más doloroso.

El miedo la atenazaba. Miedo a no encontrar agua. Miedo a morir antes de que el Ángel la encontrara.

«Si en este mundo viven artesanos, tiene que haber agua en algún lugar — reflexionó—. El desierto debe de tener fin».

Repitiendo este pensamiento una y otra vez, se levantó con rigidez y reanudó la marcha. Si se quedaba quieta, la sed empeoraría; si se movía, la sed empeoraría más deprisa, pero por lo menos habría una posibilidad de que encontrara agua. Aunque perdería aún más humedad al caminar en el calor del día, dudaba que lograra sobrevivir un día más incluso si descansaba.

Ahora no podía guiarse más que por el sol. Si lo mantenía a su espalda, al menos tendría el rostro protegido por su propia sombra. Se dejó la chaqueta puesta, pero volvió a anudarse la enagua a la cabeza. Se calzó las botas, ciñéndoselas con las medias a los tobillos quemados por el sol para evitar en la medida de lo posible que les entrara arena, y lamentando que esto no se le hubiera ocurrido antes.

El sol se elevaba en el cielo. Su resplandor se reflejaba en las dunas, lastimándole los ojos. Le dolía la cara por mantener los ojos entornados, e incluso la piel que tenía

tapada con tela se le calentaba. Experimentó alivio cuando el sol por fin empezó a descender, pero entonces pasó a tenerlo enfrente, abrasándole el rostro y reavivando su dolor de cabeza.

Mucho antes de que alcanzara el horizonte, empezó a oír un murmullo de agua. Al percibirlo, se despabiló por completo, convencida de que por fin había encontrado un riachuelo, pero siempre resultaban ser recuerdos que le venían a la mente de aquello que más anhelaba. También le parecía oír voces. Unos susurros la hicieron detenerse, solo para descubrir que se había levantado una ligera brisa que removía la arena. Rielle no había cobrado conciencia de lo opresivo que era el silencio del desierto, interrumpido solo por su respiración y sus pisadas. El sonido de la brisa acabó por extinguirse, pero para entonces necesitaba centrar todas sus fuerzas y atención en mover una pierna detrás de otra.

Por consiguiente, cuando el frío y la oscuridad la envolvieron de nuevo, tardó un rato en darse cuenta. Mirando en torno a sí, musitó una maldición. Hacía horas que no comprobaba si aún avanzaba en línea recta o si había señales de civilización en los alrededores. Hasta donde alcanzaba a ver, no había más que dunas por los cuatro costados. La imposible y delirante espiral de estrellas estaba surgiendo del resplandor del sol ya oculto, que se desvanecía rápidamente. Presa de un mareo repentino, se le doblaron las piernas y cayó de rodillas sobre la blanda arena.

«Ángel Valhan, ¿por qué no me escuchas? —Tal vez porque su voz sonaba demasiado débil en aquel inmenso espacio—. En ese caso, debo hablar más fuerte». Pero ¿cómo? Dudaba que fuese capaz de articular palabra, y mucho menos de gritar. Además, aunque él la oyera, ¿cómo la encontraría en el vasto desierto?

«Necesito encender una luz». Podía quemar su ropa, pero temía que el fuego no resultara visible desde lejos debido a la intensidad del brillo de las estrellas. Betzi le había enseñado a crear una luz pequeña con magia. ¿Podía crear una ahora? ¿Estaba permitido el uso de la magia en el mundo del Ángel?

«Bueno, si no lo está, será una buena forma de captar su atención».

Cerró los ojos, proyectó ligeramente sus sentidos y absorbió un poco de magia. Se estremeció al notar que acumulaba en su interior más energía de la que esperaba.

«¿Bastará con eso? Necesito producir una luz muy brillante. —Percibió Mancha que florecía alrededor de ella mientras absorbía más magia. Se redujo con rapidez cuando la energía circundante fluyó hacia el hueco hasta rellenarlo.

»¿Qué me dijo Betzi que debía hacer? Generar una vibración en el aire. Empezaré con suavidad...».

Un fulgor blanco le castigó los ojos, pero era una blancura distinta de la que había visto al viajar entre los mundos. La acompañaba una oleada de calor ardiente que se esfumó en cuanto ella cesó de generar la luz. Demasiado deslumbrada para ver la constelación delirante, perdió el equilibrio, cayó de espaldas y se deslizó por la pendiente de una duna.

«Ups», pensó.

Permaneció tumbada sin moverse hasta que empezó a recuperar la vista. Entonces se concentró en hacer vibrar el aire a una altura considerable por encima de ella. Aunque la luz que surgió volvía a ser demasiado brillante y la obligaba a taparse los ojos con las manos, por lo menos no se los quemaba. Desde donde se encontraba, no podía determinar cuán grande o visible resultaba desde lejos, pero a ella le parecía un espectáculo perversamente placentero. Iluminó el cielo dos veces más antes de liberar la magia que le sobraba.

Esperó. Recobró la vista de forma gradual, pero solo alcanzó a vislumbrar el borde de las dunas, con la arena arrastrada hacia una vertiente por el viento. Observó la constelación moverse despacio a través del cielo. Poco a poco llegó a la conclusión de que el Ángel no había visto las luces. Estaba perdida y sola. Únicamente le quedaba la esperanza de encontrar agua, y necesitaba dar con ella antes de que saliera el sol, pues dudaba que pudiera sobrevivir más horas bajo su calor.

El ascenso hasta la cima de la duna requirió toda su fuerza de voluntad y la dejó mareada. Doblada en dos, con las manos apoyadas en las rodillas, aguardó a que la cabeza dejara de darle vueltas antes de comprobar su posición respecto a las estrellas.

Cada paso exigía concentración y un enorme esfuerzo. Cada paso la obligaba a hacer caso omiso del dolor en las piernas, la sequedad de la boca, el martilleo que sentía en la cabeza. Todos los pensamientos que era capaz de concebir los dedicaba al Ángel. «Fíjate en mí —le imploraba—. Estoy aquí, en tu mundo. Ayúdame. Guíame hacia donde haya agua». Se ensimismaba en las palabras y los movimientos, sin que le importaran ya el porqué, el cuándo o el cómo de las cosas.

La primera vez que cayó de espaldas por la ladera de una duna a causa de la debilidad, el susto le despejó la cabeza, pero cuando ocurrió de nuevo no le quedaban fuerzas para asustarse. Se puso de pie y siguió andando porque ese era su único objetivo. El único que había tenido nunca. El único que tendría. Había perdido la cuenta del número de veces que se había venido abajo y levantado con dificultad. Pronto se había convertido en una parte normal de caminar.

Cuando se despertó y notó el calor que se extendía por sus entumecidas piernas y su frente, no pudo hacer otra cosa que quedarse tumbada, contemplando el cielo. Presentaba una hermosa combinación de morados, rojos y naranjas. «Qué bonito».

Intentó levantarse, pero los músculos, acalambrados, se negaban a obedecerla. Cerró los ojos y se recostó de nuevo sobre la arena.

«Ha llegado mi hora. Estoy acabada. Al Ángel le da igual, o quizá no me oye. — Se le entrecortó el aliento, presa de un repentino impulso de reír—. Bueno, si puede olerme no me extraña que prefiera dejarme aquí».

Cerró de nuevo los párpados para luchar contra las náuseas, el calor y el dolor punzante en las sienas... y el suelo empezó a inclinarse debajo de ella. Cuando abrió los ojos, comprobó que sus sentidos la engañaban. Pugnó por mantenerlos abiertos, pero se resistían. Al notar que se le cerraban y el vértigo se apoderaba otra vez de ella, se rindió y, dando vueltas y más vueltas, se dejó engullir por la oscuridad.

Un líquido fresco le resbalaba por las mejillas y se le colaba en la boca. Rielle frunció el ceño y al hacerlo notó tirantez en la piel de la cara. «¿Será otra ilusión? ¿Qué más da? Bienvenida sea el agua, real o imaginaria. Al fin y al cabo, si no es real, tampoco me hará daño».

Su garganta reseca resistió su intento de tragar. Un hilillo de líquido le rodeó la lengua y fue succionado por los pulmones cuando ella inspiró. Se atragantó. Tosió. El flujo de agua se interrumpió. Aunque Rielle tenía los ojos abiertos, no veía más que el delirante cielo nocturno... y la silueta de una cabeza sumida en sombra.

Aun así, ella alcanzaba a vislumbrar los suficientes detalles para saber que no se trataba de Valhan.

El desconocido habló. Tenía la voz de un hombre joven. Aunque la palabra que pronunció no le resultaba conocida a Rielle, esta entendió el significado. «Bebe». En cuanto sus oídos la captaron, un eco le susurró en la mente. «¿Será otro Ángel?».

—Bebe —repitió la voz, esta vez en la lengua materna de Rielle.

«Eso intento», contestó ella con el pensamiento. Una mano le levantó la cabeza. Notó un objeto duro contra los labios, y la grieta que tenía en ellos se abrió. Torció el gesto por el dolor. Sin embargo, se olvidó de la molestia en cuanto el agua fresca y deliciosa le inundó la boca. La mantuvo allí, dejando que su lengua se empapara en ella y se suavizara antes de obligar a su entumecida garganta a tragar.

Llegó otro sorbo, y luego otro. Como no hubo más, ella formuló una protesta muda. «¿Eso es todo? ¡Necesito más!».

—Más tarde. Si bebes demasiado deprisa, te pondrás enferma —le dijo el desconocido en aquel extraño idioma cuyo significado reverberaba en su mente. La mano que le sostenía la cabeza la soltó con suavidad—. Descansa. Te llevaré con los míos.

Rielle vio la imagen de carromatos con los costados de madera y no de tela, arrastrados por unas bestias enormes y de aspecto singular. Había gente que vivía en ellos. Gente común y corriente. Al hombre le divertía que ella lo considerara algún tipo de ser mágico. Ella percibió su alivio por verla despierta. Su estado de deshidratación le preocupaba, pero creía que con los cuidados que le dispensarían los suyos, se recuperaría antes de que tuvieran que reanudar su camino. No obstante, tendrían que decidir dónde la dejarían. Aquel mundo desértico quedaba descartado.

El torrente de información disminuyó, y ella se quedó dormida durante un rato hasta que el murmullo de muchas voces —dentro y fuera de su cabeza— la despertó de nuevo. Cuando abrió los ojos, vio que se encontraba en una habitación abovedada.

Alguien le dio de beber más agua, esta vez aderezada con un sabor raro. Era una mujer de la edad de su madre con la tez tan morena como la de un foguiano, pero de rostro más ancho y mentón estrecho. «Qué extraño que los Ángeles envejezcan también».

Cuando se despertó de nuevo, se sentía más alerta. Al advertir que estaba sola, paseó la vista por la habitación en penumbra. La cama ocupaba un espacio delimitado por tres paredes y en ella habrían cabido dos personas. Una colgadura gruesa le impedía ver el resto de la habitación. Una estructura de arcos de madera unidos por paneles también de madera componía los muros y el techo. A su izquierda tenía una pared plana con un mural que ella sospechaba que estaba pintado en colores vivos que se revelarían cuando la habitación estuviera mejor iluminada.

Empezaba a preguntarse qué había detrás de las cortinas cuando estas se movieron y alguien las abrió. La mujer que recordaba haber visto antes apareció, y se le formaron arrugas en las comisuras de los ojos al sonreír. A Rielle le pareció divertido que su anfitriona llevara pantalón debajo de un vestido suelto de manga corta que le llegaba a los muslos. Nunca había visto a una mujer con pantalones. Ambas prendas llevaban delicados motivos bordados.

Al otro lado de las cortinas había un espacio en el que habría cabido otra cama. Después de pasar entre ellas, la mujer las cerró. Un punto de luz entró flotando con ella. Rielle recordó que el joven creía que su pueblo estaba integrado por mortales comunes. ¿Tenían permiso de los Ángeles para usar la magia? Él no tenía ni idea de qué eran los Ángeles, así que quizá su pueblo entero ignoraba que no debía usarla. Pero ¿cómo podían vivir en un mundo de Ángeles sin saber de su existencia?

A menos que no se tratara del mundo del Ángel.

—Bienvenida —dijo la mujer en el extraño idioma en que le había hablado el joven, produciendo un eco similar en la mente de Rielle. Se posó la mano en el pecho—. Me llamo Ankari. Estás entre los viajeros.

Viajeros. Mercaderes. Una nación de mercaderes. «Yo también provengo de una familia de mercaderes —pensó Rielle, asintiendo en señal de que comprendía—, así que tenemos algo en común».

El asombro se impuso sobre esta idea cuando ella se percató de algo. «¡Le estoy leyendo la mente! ¿Cómo es posible?».

—Tú también eres hechicera —contestó Ankari, demostrándole que ella podía leerle el pensamiento a su vez. La palabra se aplicaba a quien sabía utilizar la magia. Rielle crispó el rostro—. Todos los hechiceros pueden leer la mente —añadió Ankari—, a menos que se trate de la mente de un hechicero más poderoso. Yo soy hechicera, pero te abro mis pensamientos para que me entiendas.

En la mente de Ankari se desarrolló una explicación más compleja. Aunque un hechicero más poderoso podía aprender a ver más allá de la barrera que la mayoría de los magos mantenía para ocultar sus pensamientos, se consideraba una descortesía. Ankari solo le leía la mente a Rielle para comunicarse con ella, y dejaría de hacerlo

cuando ya no fuera necesario, o si esta se lo pedía.

Rielle se incorporó despacio y deslizó las piernas sobre el borde de la cama. «En el lugar de donde vengo nunca fui capaz de leer la mente a nadie —pensó—. ¿Esto se debe a que los sacerdotes eran más poderosos que yo? Pero ellos tampoco podían leérmela a mí, pues de lo contrario se habrían enterado antes de que yo era impura. —Rielle advirtió que la mujer no tenía respuesta—. Tal vez la magia sea distinta aquí, por ser el mundo de un Ángel».

Ankari sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Ocurre lo mismo en todos los mundos..., y en este no vive nadie.

Rielle fijó la mirada en ella, oyendo y calibrando la certidumbre en su voz y en su mente. Ankari creía que ese mundo era uno entre muchos. Aunque en su mayor parte estaban poblados por humanos, aquel había quedado abandonado mucho tiempo atrás. Ella nunca había oído hablar de seres llamados «Ángeles».

Rielle se estremeció. Si Ankari tenía razón, era evidente que Inekera no la había enviado al mundo de Valhan. Pero Ankari podía estar equivocada... Rielle contempló la luz. «Después de todo, nunca ha oído hablar de los Ángeles, ni sabe que el uso de la magia está prohibido».

Ankari sonrió de nuevo.

—La magia no está prohibida en la mayor parte de los mundos. Nadie te castigará por usarla, siempre y cuando obedezcas las leyes locales.

Rielle comprendió entonces que ninguno de los hechiceros con los que se había topado aquella mujer —y habían sido muchos— tenían vedado el uso de la magia. La empleaban con absoluta libertad, lo que los convertía en objeto de admiración, respeto o en ocasiones miedo, según el mundo en el que se encontraran y la fama que los rodeara.

Ankari le ofreció una taza de madera llena de agua. Rielle la aceptó y, al recordar que el Ángel —¿o era solo un hombre?— le había advertido que no bebiera muy deprisa, se limitó a tomar un sorbo. El agua tenía un sabor curioso. Salado. Rielle alzó la vista hacia Ankari.

—Contiene las sales que has perdido al sudar —le aclaró esta—. Te ayudará a recuperarte.

«Qué raro que ella no supiera que era posible leer la mente —pensaba la mujer—. Tal vez proceda de un mundo muy débil, pero, en ese caso, ¿cómo ha conseguido abandonarlo? ¿Cómo ha llegado hasta aquí? —Ankari arrugó el entrecejo mientras Rielle rememoraba la invitación del Ángel y la expresión atemorizada de Inekera en el momento en que la impulsaba hacia ese mundo—. ¿Señales de una rivalidad cruel entre los aliados del Raen? —se preguntó Ankari, confundiendo a los Ángeles con seres humanos».

La mujer vaciló al caer en la cuenta de que Rielle reparaba en su error y decidió que sería una desconsideración insistir en el tema. Señaló con una inclinación de cabeza la taza que sostenía Rielle.

—Bebe. Descansa. Vuelvo enseguida. —Apartó las cortinas para salir entre ellas, y Rielle oyó sus pasos alejarse y el sonido de una puerta que se abría y se cerraba.

Reflexionó sobre los últimos pensamientos que había captado. Ankari consideraba probable que los Ángeles fueran dos hechiceros poderosos que debían lealtad a un hechicero aún más fuerte, el tal Raen. No había tenido oportunidad de explicárselo, pero tal vez surgiría más tarde. Hizo caso del primer consejo de la mujer y vació la taza. Su estómago, lejos de revolverse, empezó a gruñir de hambre. Cuando ella bajó la vista hacia su cuerpo, descubrió que no llevaba la chaqueta, los zapatos ni la toca que había improvisado con su enagua, sino únicamente un sencillo vestido suelto. Tenía la piel ligeramente oleosa y fragante. Sentía un calor incómodo. Debía de ser de día.

Mientras tomaba nota de todo esto, su mente bullía de emoción. ¡Le había leído el pensamiento a alguien! Y a ella se lo habían leído también. ¿Qué significaría eso? ¿Era un don concedido por los Ángeles?

La puerta se abrió otra vez. Ella alzó la mirada, pero nadie apartó las cortinas. Sin embargo, no cabía duda de que allí había alguien. Notó un picor en la piel. Proyectó la mente en busca de quienquiera que estuviera acechando.

Era un joven en actitud vacilante, porque entrar sin ser invitado habría sido de mala educación y Ankari, su madre, le había advertido que no la molestara. Por otro lado, estaba lleno de curiosidad. A juzgar por las imágenes que acudían a su memoria, era él quien había encontrado a Rielle. Quería saber si era igual de hermosa a la luz del día que por la noche. Sorprendida, sin poder evitar sentirse halagada en su vanidad y consciente de que él sin duda había leído esta reacción en su mente, se quedó sin habla, muerta de vergüenza.

—¿Puedo pasar? —preguntó una voz desde el otro lado de la cortina.

Ella se aclaró la garganta. «¿Cómo se dice “sí” en el idioma de esta gente?». La mente de él le proporcionó la respuesta de inmediato.

—*Ka* —respondió ella.

Reprimió una sonrisa bobalicona. La facultad de leer el pensamiento iba a resultarle muy útil.

Las cortinas se abrieron. El muchacho tenía el rostro ancho y atezado, como su madre, rasgos masculinos y bien equilibrados, y el cabello negro y rizado. Ella vio en su mente que los miembros de su pueblo lo consideraban apuesto, además de un buen partido, ya que era hijo del patriarca de la familia y de dos hechiceros poderosos. Solo faltaba que una joven viajera de un linaje aceptable le llamara la atención. Rielle se llevó la mano a la boca para ocultar su sonrisa, pero aun así el muchacho se ruborizó al percatarse de que ella había percibido su valoración sobre sí mismo. Su sonrisa se ensanchó.

—Me llamo Baluka —dijo.

Ella leyó en su mente que era de buena educación hablar en voz alta, aunque pudieran transmitirse los pensamientos.

—Me llamo Rielle —contestó, copiando la estructura de la frase y sustituyendo el nombre de él por el suyo.

—Tienes suerte —aseguró él, poniéndose serio—. Si te hubieras quedado ahí fuera mucho tiempo más, habrías muerto.

Ella asintió. ¿Cómo se decía...? Ah.

—Gracias —respondió en su lengua.

—En fin, ¿cómo llegaste a perderte en este mundo? —inquirió él—. Aquí no hay gente. ¿Puedes viajar entre mundos?

—No —dijo—. Un Ángel me trajo..., al menos, parte del camino.

Los ojos se le desorbitaron a Baluka cuando le leyó la mente.

—¿Esa mujer te transportaba entre mundos y te dejó a medio camino?

«Me empujó hasta este mundo», pensó ella, sabiendo que no encontraría las palabras en la mente de él dada la rapidez con que se desarrollaba la conversación.

—Eso no tiene ningún sentido. —Baluka irradiaba compasión y rabia a partes iguales. Era evidente que sospechaba que Inekera había intentado hacerle daño. «¿Por qué si no iba a dejarte en el espacio entre mundos cuando podía llevarte sana y salva hasta uno de ellos? —pensó—. A menos que pensara que este era un mundo muerto. Pero, en ese caso, ¿por qué te envió a un mundo muerto y despoblado donde seguramente morirías? Si quería matarte, ¿por qué no lo hizo directamente?».

«Yo también me lo pregunto», pensó Rielle. Era cierto que los actos de Inekera habían estado a punto de costarle la vida. Prefería creer que no habían sido deliberados, pero ¿y si Baluka estaba en lo cierto? Tal vez Inekera simplemente carecía del valor suficiente para asesinar a alguien.

Si lo había hecho a propósito, quedaba claro que los Ángeles no estaban tan unidos como los sacerdotes creían. «Y si no, Inekera cometió un error y aún es posible que el Ángel se entere y venga a buscarme».

La mirada de Baluka se tornó más intensa.

—¿Quién es el otro, esto... Ángel?

—Valhan. El Ángel de las Tormentas —dijo ella, y notó que estas palabras reavivaban el asombro y el temor reverencial. Evocó una imagen del rostro del Ángel y respiró hondo para empezar a describirlo, pero en ese momento se oyó una voz al otro lado de la pared.

—¡Baluka!

Los dos dieron un brinco. Baluka agachó la cabeza y ella leyó en su mente que tenía órdenes de no molestarla. Él le dirigió una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, Rielle. Debo irme...

Ella asintió en señal de comprensión y lo observó retirarse entre las cortinas. Al cabo de un momento oyó que una puerta se abría y se cerraba, y unas voces fuera de la habitación: la de un hombre mayor, la de Ankari y la de Baluka, que hablaban atropelladamente en el idioma de los viajeros. Rielle ya no captaba pensamiento alguno. El tono del hombre mayor destilaba autoridad. Ella recordó haber visto en la

mente de Baluka que era el hijo del jefe del grupo.

Tras una breve conversación, la puerta se abrió y se cerró otra vez. Ankari apartó las cortinas y le dedicó una sonrisa fugaz antes de adoptar una expresión más severa. Llevaba una jofaina con agua y, bajo el brazo, un hatillo. Dejó el recipiente sobre la mesa y el fardo sobre la cama. Rielle no podía escuchar sus pensamientos. La mujer articuló una palabra, le puso un paño en la mano y simuló con gestos que mojaba la tela en la jofaina y se la pasaba por los brazos. Acto seguido, le entregó un pequeño frasco de aceite y señaló las quemaduras que Rielle tenía en la piel y los pies por el sol. Esta movió la cabeza afirmativamente para mostrarle que había entendido y recuperó de la memoria una palabra recién aprendida.

—Gracias.

El semblante de Ankari se relajó con una sonrisa. Asintiendo, cerró la cortina. La puerta que Rielle había oído antes no se abrió, lo que sin duda significaba que la mujer aún estaba en la habitación. Las voces del exterior, aunque más numerosas, sonaban más tenues. Ella intentó percibir la de Baluka, pero no logró identificarla entre las demás, por lo que quizá se había marchado o estaba callado.

«Podría tratar de leerles el pensamiento...». Pero si aquella gente lo consideraba una descortesía, sería una ingratitud por su parte infringir el tabú después de que ellos le salvaran la vida. En vez de ello, se desprendió de la ropa y se concentró en lavarse, frotándose la piel para eliminar el sudor y la arena. Esto despertó en ella el recuerdo de aquella ocasión en que se había limpiado las inmundicias que le habían arrojado cuando... «No, no pienses en eso; pueden oírte».

De pronto cobró plena conciencia de los inconvenientes que traía consigo la capacidad de leer el pensamiento. Como tenía la mente desprotegida, no podía evitar que aquellas personas descubrieran que se había visto desterrada de su ciudad natal como una criminal. «¡Basta! Piensa en otra cosa». Tal vez el uso de la magia no estuviera mal visto entre ellos, pero Rielle no quería revelarles recuerdos de aquella experiencia tan humillante.

Manteniendo la vista apartada de su cuerpo desnudo, se vistió en cuanto estuvo limpia y seca. En lo alto del montón de ropa había un conjunto de prendas interiores ajustadas muy distintas de las que Rielle conocía. Por fortuna, eran fáciles de poner. Después había un pantalón que le pareció una auténtica rareza como parte de la indumentaria femenina, pero en absoluto incómodo. Al igual que el vestido holgado de manga corta que iba encima, era de colores vivos, como el traje tradicional que ella vestía en las festividades de Fogo, aunque solo tenía bordados decorativos a la altura de los tobillos, en los puños y en el discreto escote.

Hizo una pausa para untarse un poco de aceite. Dejó los pies para el final. Las plantas casi no le dolían ya. No sabía de qué era el aceite, pero había resultado de lo más eficaz. Completaban el atuendo unas sandalias de largas correas que Rielle tuvo que ceñirse a los tobillos con varias vueltas para no tropezar con ellas. Llevaban unos cascabeles atados a la punta pero, para su alivio, solo emitían un suave tintineo al

caminar.

Las cortinas se abrieron, y esta vez Ankari las apartó a los lados y las sujetó a la pared con unos cordones. El resto de la habitación estaba revestido de armarios y estantes. Dos sillas bajas flanqueaban una mesa con un extremo empotrado a la pared y el otro sostenido por una sola pata. Sobre la mesa había un plato, y a Rielle volvieron a gruñirle las tripas cuando vio qué contenía. Ankari soltó una risita y señaló la silla.

—Come —le indicó, haciendo gestos para asegurarse de que Rielle la entendiera.

La comida consistía en un trozo de pan, un embutido denso, correoso y pálido que ella no fue capaz de identificar y una fruta de una acidez inesperada. Había también un grumo blando y amarillento que no se asemejaba a nada que hubiera comido antes pero que supuso que era comestible puesto que estaba en el plato. Estaba bueno, y ella tenía demasiada hambre para andarse con remilgos.

Cuando terminó, vació otra taza de agua y exhaló un suspiro de alivio y satisfacción. Ankari le dio unas palmaditas en el brazo, expresándole su solidaridad y comprensión sin necesidad de palabras. Inclino la cabeza en dirección a la cama.

—Descansa —dijo.

Rielle arrugó el entrecejo, pensando que ya había dormido suficiente y que hacía demasiado calor, aunque, con el estómago lleno, le había entrado un poco de sueño. Se recostó en la cama mientras Ankari abría unos postigos para revelar ventanas a ambos lados. Entró una brisa que, aunque cálida, redujo un poco el ambiente cargado de la habitación. La mujer salió por una puerta estrecha situada en el otro extremo de la habitación.

Una vez sola, Rielle no resistió la tentación de levantarse para contemplar la vista. Al otro lado de la primera ventana se alzaba una duna más alta que la habitación y que le impedía ver otra cosa que la ladera de pendiente suave. Desde la segunda descubrió varios carromatos. Al fijarse en su forma y tamaño, supuso que ella se encontraba en el interior de uno de aquellos extraños vehículos.

Estaban dispuestos en círculo. Había un toldo tendido entre ellos, a cuya sombra se encontraban sentadas varias personas. Rielle contó dieciocho, incluidos un bebé y varios niños. Aunque el sonido de sus voces llegaba hasta sus oídos, no entendía una palabra. Captó un pensamiento fugaz de uno de los niños, impaciencia porque alguien estaba en otro sitio cuando él quería algo. Esto le reveló dos cosas: que había más gente allí de la que tenía a la vista y que a los niños no se les daba bien proteger sus pensamientos. Una vez saciada su curiosidad en la medida de lo posible, regresó a la cama, se quitó las sandalias y se acostó.

Cuando volvió a abrir los ojos, estaba oscuro y una brisa fría le helaba la piel. Prestó atención y oyó un rumor de voces más fuerte que parecía indicar que había más personas charlando que antes. Se puso de pie y, al acercarse a la ventana, comprobó que estaba en lo cierto: el grupo era ahora más numeroso. Cuando percibió el olor a comida asada, notó que se le abría el apetito, pero no sabía qué hacer.

¿Cómo iba a abordar a esos desconocidos para pedirles alimentos que no podía pagar? Aunque no le cabía duda de su carácter acogedor, no dejaban de ser extraños con capacidades extrañas...

Dio un salto cuando la puerta se abrió y una llama pequeña entró flotando en la habitación. Baluka la saludó con una sonrisa traviesa.

—Ni siquiera sabes cómo crear una simple luz —dijo, y el significado de sus palabras quedaba claro en su mente—. Eso tendremos que remediarlo. —Hizo una pausa—. Aunque veo que aprender magia va contra tus creencias. Tranquila, no te enseñaré nada que te parezca indebido.

Le preocupaba haberla ofendido, pero al mismo tiempo le indignaba la idea de que alguien prohibiera el uso de la magia. Le parecía una medida tan cruel y atrasada como prohibir el canto o el baile. Miró a Rielle con expectación.

—Puedo... —comenzó a decir. Iba a explicarle que el Ángel le había concedido permiso para emplear la magia solo en defensa propia, pero él aún no creía en los Ángeles. «El Ángel me aseguró también que algún día la magia será restituida a mi mundo, y que todos podrán usarla sin restricciones. Si en este y otros mundos abunda la magia, quizá sus pobladores son libres de emplearla».

Baluka se mostró complacido y esperanzado al captar este pensamiento. Ella sacudió la cabeza. No le correspondía a ella decidir qué significaba todo. Solo un Ángel podía confirmar si alguien estaba autorizado para utilizar la magia.

—Ven y come. —Baluka aguantó la puerta para dejarla pasar.

El aroma de la comida hizo rugir el estómago de Rielle. Se agachó para recoger sus sandalias, alegrándose del cambio de tema.

—No las necesitas —dijo él con impaciencia—. La arena está limpia y aún conserva el calor del sol.

Ella se examinó las plantas de los pies. Ya no las tenía enrojecidas ni irritadas. Encogiéndose de hombros, caminó descalza hasta la puerta y descendió por unos escalones empinados hasta el suelo. La envolvió un aire frío que le resultaba familiar. Bajo el toldo, la gente estaba sentada en esterillas colocadas en círculo. Todos se volvieron para verla acercarse. Una pandilla de niños que jugaban por allí corrió hacia ella, con los ojos brillantes de curiosidad, los más tímidos medio escondidos tras los más intrépidos. Ella les sonrió, un poco nerviosa porque sabía que los adultos tardarían más en aceptarla si los niños la rechazaban de forma instintiva.

—Venid al círculo, chicos —los llamó una voz.

Rielle entendió las palabras porque aún podía leerle la mente a Baluka. Consciente de que ella estaba observando, él le comunicó con el pensamiento que lo habían elegido para que hiciera las veces de intérprete. El resto de la familia continuaría escudándose con las barreras mentales.

Los chiquillos ocuparon su sitio mientras Baluka la guiaba hacia el círculo. Su llama flotante se unió a muchas otras bajo el toldo. Una hoguera que ardía en el centro despedía un calor reconfortante. Un animal se asaba en ella, dando vueltas

despacio, aparentemente sin que nadie hiciera girar el espetón. Ella se preguntó dónde habrían encontrado madera en el desierto y se enteró por Baluka de que siempre que viajaban allí, llevaban leña desde el último mundo que habían visitado.

—Bienvenida, Rielle Lázuli —dijo un hombre, poniéndose de pie. Lucía una barba bien recortada y entreverada de canas, como su pelo. Era el padre de Baluka—. Me llamo Leyikh, y soy el patriarca de esta familia. Te doy la bienvenida a nuestra hoguera.

Ella se resistió a mirar a Baluka mientras leía en su mente la respuesta apropiada.

—Gracias por ofrecerme un lugar al amor de vuestra hoguera —dijo. «Y gracias por salvarme la vida y proporcionarme ropa y alimento», añadió para sus adentros, con la esperanza de que todos oyeran las palabras en su cabeza. Al ver que sonreían e inclinaban la cabeza, supo que las habían oído.

Sin embargo, percibió algo más en la mente de Baluka.

El saludo «Te doy la bienvenida a nuestra hoguera» solía dirigirse a los invitados que acompañaban a los viajeros durante una comida o pasaban unos pocos días entre ellos. «No será suficiente para enseñarle a usar la magia —estaba pensando él. Le parecía una lástima y quería protestar—. Pero ella no puede quedarse más tiempo con nosotros. Solo hay una manera en que un forastero puede prolongar su estancia».

—Siéntate, por favor —dijo Leyikh, señalando dos esterillas desocupadas junto a Ankari.

Baluka condujo a Rielle hasta allí.

En cuanto se acomodaron en ellas, la familia reanudó su animada conversación. Unos platos de metal que formaban una pila junto al fuego ascendieron en el aire y se desplazaron hasta las manos de cada comensal. El animal asado dejó de dar vueltas, se elevó de su soporte y se posó sobre una fuente. Unas cazuelas pequeñas surgieron entre las brasas, se depositaron junto a ella y las tapas se deslizaron hacia un lado. Pero nada permaneció mucho rato en su sitio, pues la carne comenzó a desprenderse sola del asado, y unos cucharones extraños desprovistos de mango transportaron la comida a los platos que los presentes sostenían con los brazos extendidos. Rielle contempló la escena llevándose la mano a la boca, asombrada y un poco desconcertada al ver tanta magia empleada en tareas tan sencillas.

Buscó rastros de Mancha, pero solo percibió unos breves destellos de líneas finas en torno a los viajeros que desaparecían en cuanto la magia rellenaba los huecos. El plato se le escapó de las manos y quedó suspendido frente a ella. Al volverse, vio que Baluka la miraba con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué quieres comer?

—No... no lo sé. —«De todo», respondió su mente mientras su estómago vibraba con expectación.

Los cucharones volaron por el aire. Él no le devolvió el plato hasta que este quedó cubierto de más comida de la que ella se creía capaz de ingerir. Le pasó un utensilio en forma de cuchara pero con filo en un lado y púas cortas como las de un

tenedor en la punta. Rielle se fijó en cómo los usaban los viajeros antes de proceder a imitarlos. Facilitaba mucho la operación de comer mientras se sostenía el plato con una mano.

Aunque la comida le parecía común y corriente a Baluka, cada bocado suponía un descubrimiento para Rielle. Lo que había tomado por unos tubérculos pequeños y redondos eran en realidad bolas esponjosas de pan cocidas en una succulenta salsa. Unos brotes alargados y verdes resultaron ser mariscos macerados en una salmuera con un fuerte sabor a vinagre. Unas tortas gruesas y planas eran, de hecho, hojas amarillas con una corteza crujiente y el interior dulce y almibarado. Unos conos de bayas rojas dulces contenían un corazón incomible como de madera que los viajeros arrojaban al fuego. La carne era el alimento menos exótico en cuanto a sabor y textura. Todo estaba delicioso.

Consiguió dar cuenta de todo. Saciada, tal vez demasiado llena, observó a los niños recoger los platos y llevarlos a algún sitio detrás de los carromatos para lavarlos. Se distribuyeron tazas y se sirvieron bebidas, otra agua aderezada con el fin de combatir la sequedad del aire del desierto. Entonces ella reparó en las líneas y puntos oscuros que tenían hombres y mujeres en los brazos. Baluka se lo explicó: las líneas representaban momentos cruciales en la vida de un viajero, desde el primer período de una mujer y la mayoría de edad de un joven hasta los matrimonios y el nacimiento de los hijos. Los puntos marcaban cada ciclo, una medida de tiempo similar a un año. Ambos se trazaban con un utensilio que inyectaba tinta bajo la piel. Aunque se trataba de un procedimiento doloroso, poseía un significado profundo para ellos.

Leyikh paseó la vista por el círculo y, cuando la posó en Rielle, ella leyó en la mente de Baluka que había llegado el momento de la noche reservado para la conversación y la discusión, que debían centrarse primero en la invitada, y luego en los asuntos de la familia.

—Rielle Lázuli —comenzó a decir Leyikh—. Mi hijo es tu intérprete y guía. Él cuidará de ti mientras estés con nosotros, y responderá a tus preguntas de la forma más detallada que pueda. Sé que hay varias que te gustaría plantearnos ahora. El diálogo resultará más sencillo y ágil si empleas tu propio idioma y Baluka te traduce nuestras respuestas.

Rielle reflexionó antes de decidir por dónde comenzar.

—Conocí a un Ángel en mi mundo muchos años... ciclos atrás. Es Valhan, el Ángel de las Tormentas. Hace unos días, me ofreció un puesto entre los artesanos de su mundo. Acepté y él me sacó de mi mundo y me llevó a través de otros... —Imágenes de los paisajes por los que habían pasado desfilaron en su mente—. Y me dejó en manos de un Ángel femenino llamado Inekera antes de proseguir su viaje para comprobar el estado de su mundo. Inekera se marchó poco después y, cuando regresó, me llevó por muchos mundos tan deprisa que empecé a quedarme sin aliento. Se detuvo entre este mundo y otro, y... en fin..., me empujó, de modo que llegué

aquí. —«A punto de morir por asfixia», agregó en silencio—. Creí que estaba en casa, pues me crie en una ciudad próxima a un desierto, pero la arena era distinta. Entonces pensé que me encontraba en mi mundo, pero en otro desierto, hasta que vi las estrellas. Entonces supuse que estaba en el mundo del Ángel.

Leyikh sacudió la cabeza.

—Este mundo está deshabitado. No hay agua suficiente para mantener a mucha gente, y la que existe se halla a gran profundidad bajo la arena. Dudo que este sea el mundo de tu Ángel. —Frunció el ceño—. He oído hablar de Inekera. No es un Ángel, sino una hechicera poderosa. Me extraña que no conociera este mundo, ya que se encuentra cerca del suyo, y que ignorase que no podrías sobrevivir aquí. No acierto a imaginar cuáles eran sus motivos, pero todo parece indicar que pretendía frustrar los planes que tu... benefactor tenía para ti.

A Rielle se le cayó el alma a los pies. Si Inekera había abrigado la intención de matarla, era improbable que le revelara al Ángel lo que había hecho o adónde la había enviado. No tenía sentido aguardar a que él la rescatara.

—¿Qué deseas hacer? —inquirió Leyikh.

—¿Podéis llevarme al mundo de Valhan? —preguntó ella.

El hombre entornó ligeramente los ojos en una mueca de pesar casi imperceptible.

—No sabemos dónde está —repuso—. Podría averiguar la localización del mundo de Inekera, pero no te aconsejaría que volvieras allí.

Ella asintió.

—No, no sería prudente. ¿Podéis llevarme a mi mundo?

—¿Serías capaz de indicarnos el camino de vuelta?

Rielle juntó las cejas, intentando recordar la secuencia de paisajes. Inekera la había transportado tan deprisa...

—Tal vez sí, si partiésemos de su mundo.

Él se rascó la barba.

—Aunque consiguiéramos localizar tu mundo, tal vez no nos sea posible llevarte hasta allí. He visto en tu mente que el Ángel lo despojó de magia antes de marcharse. Si cualquiera de nosotros viajara a tu mundo, quizá no podría abandonarlo jamás.

Ella agachó la cabeza.

—No puedo pedirlo eso.

—Ni nosotros lo haríamos aunque nos lo pidieras. Sin embargo, si aprendieras a viajar entre mundos, podrías transportarte a casa tú misma.

Rielle alzó la vista hacia él, preguntándose si había comprendido las consecuencias que ella tendría que afrontar si aprendiera a usar la magia con fines no defensivos.

—Adquirir esa habilidad y llegar a utilizarla de forma segura lleva un tiempo —prosiguió él—. Más tiempo del que podemos permanecer en este mundo, o el siguiente, o incluso en varios mundos consecutivos. Si nos acompañaras en nuestros viajes, te alejarías cada vez más de tu mundo, así que te convendría encontrar a un

instructor en alguno de los mundos que visitemos después de este.

—¿Y si no aprendo magia?

—Te encontraremos un nuevo hogar.

Rielle se miró las manos. «De modo que, o aprendo magia, o me quedará atrapada en algún mundo que no es el mío». Más valía que se olvidara de llegar a ser una artesana en el reino de Valhan.

—Elijas lo que elijas, te ayudaremos —le aseguró Leyikh—. Nos aseguraremos de que encuentres un hogar seguro entre buena gente.

Rielle movió la cabeza afirmativamente.

—Gracias. —Abrió la boca para expresar su voluntad de ofrecerles algo a cambio, pero en la mente de Baluka saltó la advertencia de que los viajeros se tomarían como un insulto la insinuación de que su hospitalidad podía tener un precio—. ¿Cuándo partiréis hacia el siguiente mundo?

—Esta noche, en cuanto hayamos hecho el equipaje y estemos listos.

Mientras el hombre mayor desplazaba la mirada por el círculo de viajeros, Rielle echó un vistazo a Baluka. Tenía el ceño fruncido y sus pensamientos no resultaban tan fáciles de leer como antes, pero ella captó lo suficiente de ellos para descubrir que esta decisión había sido tomada recientemente, que ningún miembro de la familia estaba conforme y que, aunque él ignoraba el motivo, estaba convencido de que tenía algo que ver con ella. Por lo general, no se apresuraban a encontrarles un hogar a los vagabundos con los que se topaban en su camino. Por otro lado, no era habitual que se toparan con personas perdidas en mundos deshabitados.

Aun así, Baluka sospechaba que le ocultaban algo, lo que inquietó a Rielle de inmediato. En cuanto él la miró, su expresión ceñuda desapareció.

«No te preocupes, Rielle. Seguramente lo único que ocurre es que no quieren que me encariñe demasiado contigo. —Las palabras afloraron a su mente con tanta claridad como si las hubiera pronunciado en voz alta, pero en segundo término Rielle detectó un pensamiento más discreto—. Ya que se supone que debo casarme con una viajera...».

Ella contuvo una sonrisa y apartó la vista. Baluka se sentía atraído por ella. En una familia como aquella, esa clase de sentimientos debía de ser imposible de disimular. «Eso me halaga —pensó—. Y el chico es guapo, a su manera. Muy diferente de Izare...». Se apresuró a reprimir este pensamiento. Compararlo con su ex amante era una desconsideración, aunque no estaba segura de si algún día podría juzgar el aspecto de un hombre sin contraponerlo al de su primer amor.

Baluka había dirigido su atención a las personas que los rodeaban, que estaban poniéndose de pie y quitándose la arena de la ropa con la mano. Todos pasaron a ocuparse de sus respectivas tareas o responsabilidades, aparentemente sin recibir instrucciones de Leyikh o de nadie. Desmontaron el toldo, sacudieron las esterillas, las guardaron en los carromatos y apagaron la hoguera con arena.

Aun así, a Rielle no le hizo falta leer mentes para percibir la irritación y la tensión

en sus ademanes y semblantes, por muy parsimoniosos y estudiados que fueran sus movimientos. Cuando Baluka la guio de vuelta al carronato de su madre, ella resistió la tentación de proyectar su mente hacia los viajeros. Fuera cual fuese la razón por la que los viajeros iban a partir esa noche, resultaba evidente que no se alegraban de ello.

Condujeron hasta allí a unos animales enormes y lentos desde detrás del extremo más apartado del círculo de carromatos. Los hombros de las bestias alcanzaban la altura de un hombre, y su grueso y corto cuello sostenía una cabeza tan grande que las mandíbulas habrían podido abarcar fácilmente el cuello de una persona. Tenían las patas musculosas, y los callosos dedos bien separados para soportar su peso. La piel, del color de los juncos secos, contrastaba con una franja de pelo oscuro recortado y erizado como las cerdas de una brocha gorda que empezaba en la nariz, rodeaba un cuerno mocho y rayado que sobresalía entre las orejas, y discurría a lo largo del espinazo hasta un rabo cómicamente corto.

Baluka los llamaba «lomes», y aunque su función principal era tirar de los carromatos, su leche se empleaba para cocinar y a su pelo se le daban diversos usos. Ankari había guiado a dos lomes hasta situarlos frente a su carromato y los había sujetado a los lados de una vara central. Juntos, sus hombros, vientres y grupas eran casi tan anchos como el vehículo.

Olían a tierra, estiércol y algo más que Rielle no supo identificar. Guardó las distancias mientras los demás viajeros conducían los animales hacia los arneses de los carros, y reparó en que los niños, aunque no temían a aquellos seres, se mantenían alejados de sus gigantescas patas.

Los críos se habían separado en grupos más pequeños, y los padres procuraban mantenerlos a la vista mientras se preparaban para marcharse. Al mirar alrededor, Rielle se fijó en qué niños se iban con qué adultos, así como en los grupos asignados a cada carromato. Contó a las familias; eran cuatro, más una pareja joven y dos mayores, además de un par de hombres jóvenes que compartían vehículo.

Una vez enganchados los lomes, los viajeros estrecharon el círculo de carromatos hasta que cada lome casi tocaba con el morro el vehículo que tenía delante. A continuación, todas las personas se reunieron en el centro y formaron un círculo en torno a Leyikh. Rielle acabó entre Baluka y Ankari.

—Todos están presentes —aseveró Leyikh tras girar despacio en redondo para inspeccionar el grupo—. Viajaremos a Kezel. ¿Alguna pregunta o advertencia?

Nadie respondió. Cuando Leyikh se unió al círculo, cada viajero extendió el brazo hacia la persona situada a su izquierda y le posó la mano en el hombro o la parte superior del brazo. Cuando Rielle notó que Baluka la tomaba del brazo, colocó la mano sobre el hombro de Ankari, que sonrió.

Acto seguido, todos alargaron la otra mano hacia atrás para agarrarse del carromato situado a su espalda o apretar la palma contra la piel de un lome. Rielle

tenía una rueda detrás, así que la asió y se volvió para ver qué sucedería después.

Una vez que todos se quedaron quietos, Leyikh desplazó la mirada por el grupo y asintió.

—Ha llegado el momento de emprender el viaje. Si no estáis listos, decidlo. —Se impuso el silencio—. Permanezcamos juntos, permanezcamos fuertes —añadió.

El resto de la familia repitió sus palabras, salvo el niño más pequeño, que dormía en un chal, junto al pecho de su madre. De pronto, todos empezaron a cantar en voz baja. Era algo a medio camino entre una salmodia y una canción, y Rielle leyó el significado de las palabras en la mente de Baluka. Los versos describían el destino de la travesía y detallaban el trayecto que recorría la familia entre los mundos. Era una ruta sin principio ni final, pues viajaban en bucle por la misma serie de mundos.

Rielle vio recuerdos del mundo siguiente en la mente de Baluka: un bosque de árboles altos y delgados que crecían a una velocidad insólita, un castillo de madera rodeado de altas murallas, muchos grupos pequeños de personas que vivían en comunidades de no más de mil habitantes, cada una de ellas gobernada por una familia poderosa.

El producto máspreciado que ofrecían era el «tuk», una resina extraída de los árboles que poseía muchas cualidades útiles: saborizantes, aromáticas, medicinales y embriagantes. A cambio, la gente del lugar codiciaba especias, joyas, baratijas y telas exóticas.

Era un lugar muy diferente del mundo desértico que iban a abandonar. Rielle irguió la cabeza para contemplar por última vez la gran masa de estrellas en forma de espiral en lo alto. «Me pregunto cómo será el cielo nocturno allí».

—Respira hondo —le aconsejó Baluka.

Ella obedeció.

Y entonces sintió que el mundo se alejaba.

Era una sensación sutil que no recordaba haber notado mientras los Ángeles la transportaban entre mundos. ¿Estaba demasiado abrumada por su presencia para reparar en ella? Tal vez se había vuelto más sensible a ese movimiento tras haberlo experimentado varias veces.

Aunque la imagen de los carromatos y los viajeros se mantenía nítida, el desierto se desvanecía. El cambio resultaba muy notorio, pues estaban dejando atrás una escena nocturna y adentrándose en la blancura. Mirar hacia abajo resultaba desconcertante, pues el concepto de dimensión se perdía en el blancor, sus ojos no acertaban a determinar si era sólida o no, y ella no sentía presión en las plantas de los pies. Aunque no caía, decidió concentrarse en los huecos entre los carromatos en busca de indicios del siguiente mundo.

Unas franjas de luz y oscuridad verticales y discontinuas empezaron a emerger. Se prolongaban hacia arriba hasta unirse en una vorágine de formas. Algunas estaban mucho más cerca de ella que los carros. Habría podido alargar el brazo y tocar una de ellas si no hubiera tenido las manos ocupadas. La asaltó la preocupación de que,

cuando llegaran, los árboles se interpusieron entre los vehículos, los lomes e incluso las personas.

Las franjas cambiaron de posición y se difuminaron, y una nueva sensación le indicó que se desplazaban por el paisaje como había hecho ella con el Ángel en el mundo de Inekera. Sin embargo, ahora avanzaban más despacio. De pronto aceleraron y, con la misma brusquedad, redujeron la velocidad, como si hubieran atravesado un lugar por donde era más fácil pasar. Los árboles dejaron de deslizarse rápidamente por su lado, y los viajeros comenzaron a retroceder. Otra sacudida le reveló que se encontraban de nuevo en una zona de menor resistencia. Esta vez permanecieron en ella y tomaron un nuevo rumbo. No se produjo cambio alguno de velocidad, y ella supuso que estaban siguiendo una especie de cauce recto e invisible.

Se detuvieron en una extensión de terreno despejado. Los pies de los viajeros quedaron suspendidos sobre grandes piedras planas, separadas por grietas en las que crecían enredaderas. Mientras descendían despacio, los alrededores se tornaron más definidos, y Rielle sintió el aire fresco en la piel. Cuando se encontraba a escasa distancia del suelo —quizá medio paso—, cayó de golpe, lo que la obligó a soltar a Ankari y extender los brazos para recuperar el equilibrio. La mayoría de los viajeros hizo lo mismo, y los carromatos se bambolearon con violencia. Los lomes, al parecer los únicos a quienes no les había afectado el brusco aterrizaje, bajaron la cabeza para olisquear las plantas.

—Siento lo de la caída —dijo Leyikh, mirando a Rielle y hablando de forma pausada a fin de que ella tuviera tiempo de sobra para leer el significado de sus palabras en la mente de Baluka—. A veces es la única manera de asegurarnos de que nada acabe en el interior de otra cosa o, en este caso, enmarañado con las enredaderas. —Miró alrededor—. ¿Estáis todos bien?

Se oyeron varias respuestas afirmativas.

—Por lo visto, hace tiempo que los habitantes del lugar no limpian el terreno para facilitarnos la llegada —observó Ankari.

—Hemos venido antes de lo previsto —razonó Baluka—. Aquí todo crece tan deprisa que seguramente solo se toman la molestia de despejar el lugar cuando faltan pocos días para que lleguemos.

Ankari se volvió para mirar el carromato que tenía detrás. Estaba inclinado hacia un lado en un ángulo alarmante. Ella sacudió la cabeza.

—Espero que tengas razón y que las cosas no hayan cambiado a peor en Zun.

—Dudo que haya sucedido algo peor que la muerte del astrónomo del jefe Ghallan y la designación del necio de su aprendiz como su sucesor —farfulló uno de los hombres mayores—. Pero es lo que pasa cuando eliges la nobleza de la sangre por encima de la capacidad.

—Ghallan ha aprendido un poco de nuestro idioma a lo largo de los ciclos, y es posible que haya enviado a su gente a esperarnos aquí —les recordó Leyikh—, así que más vale que mantengáis ese tipo de opiniones en vuestra cabeza y apartadas de

vuestra lengua. —Se dirigió al resto de la familia, que se ocupaba de los carromatos y los animales—. Arrancad las plantas, pero no rompáis el círculo hasta que estemos seguros de que somos bienvenidos. —Alzó la vista. Al seguir la dirección de su mirada, Rielle entrevió un cielo rosáceo más allá del follaje en lo alto—. Pronto oscurecerá. ¿Algún voluntario para avisar de nuestra llegada?

Uno de los jóvenes dio un paso al frente.

—Gracias, Derem. Ve volando por el espacio entre los mundos, a ras de suelo, pero no aparezcas en el interior de las murallas.

El joven asintió. Tras desvanecerse hasta convertirse en una figura fantasmal, se alejó como una exhalación. Rielle se preguntó si ese era el aspecto que ofrecían todos unos momentos antes, cuando atravesaban el bosque. Miró a Baluka.

—Cuántas precauciones —dijo en su lengua materna—. ¿Hay alguna posibilidad de que no seáis bienvenidos?

Él se encogió de hombros, pero asumió una expresión seria.

—Siempre. Los mundos como este, o, más bien, la zona en la que nos encontramos, son muy cambiantes. Comerciamos con el jefe más poderoso del lugar, pero los reinos de por aquí son pequeños. Por lo general, hay dos o más que están en guerra entre sí. Incluso en tiempos de paz, las rencillas entre familias desembocan en asesinatos y duelos a muerte.

—¿Duelos a muerte? —repitió ella. Estaba captando una imagen aterradora en la mente de Baluka.

—No te preocupes —se apresuró a añadir él—. Todos somos hechiceros, menos los niños pequeños. No permitimos que nuestros invitados sufran daño alguno. —Le escudriñó el rostro—. Sabes que puedes confiar en nosotros, ¿verdad?

Ella movió la cabeza afirmativamente. Vio en el pensamiento de él que estaba convencido de ello y que, hasta donde sabía, su padre nunca había faltado a la tradicional hospitalidad de los viajeros.

—Sí.

—No te apartes de mi lado —le dijo él—. Cuidaré de ti y te explicaré cómo debes comportarte y hablar en este lugar.

—¿Encontraré un instructor aquí?

Él negó con la cabeza.

—Que yo sepa, ningún hechicero local posee los conocimientos suficientes para enseñarte lo que debes saber. Es más probable que encuentres un instructor en el mundo siguiente. Allí la sociedad es pacífica y está acostumbrada a acoger a extranjeros, aunque tardarás un poco en habituarte a que la gente haga las cosas de forma distinta que en el sitio donde te criaste, y tendrás que aprender el idioma.

—Ya me he adaptado antes —dijo ella, evocando sus primeros meses en Schpeta—. Estoy segura de que podré volver a hacerlo.

—Cuando te estableciste en un nuevo país, no fue por gusto, ¿verdad?

—No. —Posó la vista en él, preguntándose cuántos detalles había averiguado

sobre su pasado explorando su mente. Supuso que ninguno en el que ella no hubiera tenido motivo para pensar aún. Al recordar la cena de la noche anterior..., de hacía unas horas..., cayó en la cuenta de que los viajeros no le habían hecho muchas preguntas. Había dado por sentado que no les hacía falta porque le habían leído en el pensamiento todo lo que necesitaban saber sobre ella. Pero si no había pensado en algo, tal vez ellos no lo habían descubierto todavía.

Si esto era cierto, las preguntas que le plantearan podían llevarla a pensar en cosas que prefería guardar en secreto. Quizá por eso no habían intentado obtener más información.

¿Sería igual de considerado un instructor? Tal vez no. «Supongo que tendré que aprender a ocultar mis pensamientos lo antes posible. —Un escalofrío la recorrió cuando se percató de que estaba razonando como si hubiera decidido aprender magia—. Pero si no lo hago, nunca podré volver a mi hogar».

Por otro lado, ¿cuál era su hogar? ¿Fogo, donde la consideraban una impura, una criminal desterrada? La gente de allí jamás creería que un Ángel la había perdonado por utilizar la magia, ni que le había dicho que ella había creado más energía de la que había robado. No sabrían por qué había desaparecido toda la magia del mundo. Tal vez culparían a los impuros de su pérdida. No, no podía regresar a Fogo.

Entonces ¿era Schpeta su hogar? Quizá Betzi y los tejedores la recibirían con los brazos abiertos, pero Rielle sabía que su amiga se marcharía con el capitán Kolz una vez que finalizara el asedio, y nadie en el pueblo la trataría como antes sabiendo que había conocido a un Ángel. Allí había sido y siempre sería una forastera. No se sentía como en casa.

«A lo mejor podría rehacer mi vida en otro lugar». Si esa era su intención, ¿por qué plantearse siquiera la posibilidad de regresar a su mundo natal? Podría encontrar uno nuevo donde establecerse.

Uno donde el uso de la magia no estuviera prohibido, incluso.

Al percibir la exasperación de Baluka, fijó la vista en él. El muchacho sacudió la cabeza como disculpándose y desvió la mirada. Entonces ella advirtió que, aunque él no quería ofenderla poniendo en duda sus creencias, pensaba que los Ángeles que había conocido eran hechiceros. No como los viajeros, sino hombres y mujeres que gobernaban mundos enteros, a veces varios, y que por lo general eran más temidos que amados. Hechiceros que... «No la asustes más de lo necesario»... Fuera como fuese, no tenían derecho a engañarla para hacerle creer que eran seres superiores y que ella no podía emplear la magia. ¡Qué desperdicio de su capacidad! Pero resultaba evidente que a ella le costaría mucho desprenderse de los tabús de su mundo, y habría sido injusto esperar lo contrario de ella.

«Cambia de tema», se dijo él de nuevo. Rielle se lo agradeció de todo corazón. Observó a las personas que la rodeaban.

—¿Tiene tu familia un mundo de origen?

Él negó con la cabeza.

—Hay lugares que consideramos nuestros solo en el sentido de que nuestra familia es la única que los visita. Como el mundo que acabamos de dejar. Es un sitio seguro donde podemos parar a descansar porque abunda en magia y está deshabitado. Lo más parecido a un hogar que tenemos es el mundo donde se reúnen todas las familias de viajeros cada ciclo.

—¿Ciclo?

—Una medida de tiempo basada en el ciclo de fertilidad de los lomes hembras. Se ha convertido en un método para medir el tiempo en muchos mundos, en combinación con las estaciones de cada uno de ellos, porque siempre dura lo mismo, a diferencia de estas, que varían de un mundo a otro y de hecho no existen en algunos de ellos. Los viajeros se reúnen en un mundo concreto en la época fértil de los lomes para que podamos cruzar a nuestros animales. Intercambiamos noticias y nos reencontramos con miembros de la familia que se han casado con alguien de otra familia, concertamos ma... ¡Ah! Derem ha vuelto.

Al mirar en la misma dirección que él, Rielle vio al joven, que hablaba con Leyikh. Sonreía, lo que Baluka interpretó como señal de que todo iba bien en su lugar de destino. El patriarca se situó en el centro del círculo y reclamó la atención de todos.

—Los kezelinos saben que estamos aquí —anunció—. Nos invitan a un banquete. El jefe Ghallan recibirá a un líder rival y quiere impresionarlo presumiendo de su relación con nosotros. Debemos ponernos en marcha ahora si queremos llegar a tiempo.

Baluka desplegó una gran sonrisa.

—Vamos. El carromato de mis padres avanzará en cabeza, y te conviene ir en él. El camino a Zun es siempre muy accidentado. Por otro lado, no es un trayecto muy largo... Espero que no te marees. —Rielle vio en su mente que el carromato podía dar tantos bandazos como un barco. Todos los pasajeros del barco a Schpeta habían sufrido fuertes mareos, incluida ella, y cinco años después aún tenía ese recuerdo grabado en la memoria. Esperó que el viaje en carromato no fuera tan duro.

Tras seguirlo hasta el vehículo, se detuvo al darse cuenta de que la escalera ya no estaba allí, por lo que solo quedaba el estribo bajo la puerta. Antes de que se le ocurriera una manera de subir sin perder la compostura, unas manos la asieron por la cintura y la levantaron. Se le escapó un chillido de sorpresa.

—Arriba esas rodillas —dijo Baluka, visiblemente divertido.

El estribo se encontraba ahora a la altura de los muslos de Rielle. De algún modo, consiguió elevar los pies hasta él, agarrarse de las jambas de la puerta y auparse hasta el interior. Aunque él la había soltado, ella aún notaba la presión de sus manos en el talle. No estaba segura de si debía sentirse molesta por verse tratada como un fardo, o agradecida por su ayuda. En ese momento, el carromato dio una sacudida, y ella buscó rápidamente un asidero. La palma de su mano topó con el marco de la puerta y, aferrándose a él, consiguió mantenerse en pie. En el exterior, Ankari conducía uno de

los lomes sujetándolo por el largo ronzal que este tenía atado a la cabeza.

Baluka y Leyikh avanzaban por delante del carro. Los espacios entre los árboles estaban ocupados por enredaderas, pero conforme ellos dos se aproximaban, las plantas parecían encogerse para apartarse de ellos, dejando al descubierto la tierra oscura en la que crecían. Rielle buscó rastros de Mancha en torno a ellos, pero el bamboleo del vehículo le impidió fijarse bien. «De todos modos, debe de ser un mundo rico en magia, pues de lo contrario la Mancha sería muy notoria».

En cuanto el carromato llegó a la zona despejada, el bamboleo cesó. Ankari soltó el ronzal del lome y, con una agilidad que Rielle esperaba tener cuando alcanzara su edad, se encaramó al vehículo, girando el cuerpo de tal manera que quedó sentada en el estribo de la puerta, mirando hacia fuera. Volvió la cabeza hacia atrás, alzó la vista hacia Rielle y le sonrió. Acto seguido, apuntó con el dedo a una de las sillas bajas que había dentro, luego a sus ojos y por último a la ventana más cercana. Asintiendo, Rielle acercó la silla a una abertura y tomó asiento.

El bosque se deslizaba despacio al otro lado de la ventana. Al cabo de un rato, ella empezó a reparar en detalles más pequeños. Unos seres diminutos con pinzas y alas brillantes planeaban entre los árboles. Unos brotes de colores se desplegaban en abanico desde la corteza. Las enredaderas se estiraban hacia arriba, entretejiéndose, trepando por los árboles y en ocasiones formando redes entre ellos.

A través de la puerta, detrás de Ankari, Rielle vislumbró un verde uniforme, ensombrecido por el ocaso, más adelante en el camino. El bosque llegó a su fin de forma abrupta y cedió el paso a colinas cultivadas a ambos lados. Ankari se puso de pie para dejar entrar a Baluka y le entregó las riendas a Leyikh, que se acomodó en el estribo. Baluka se sentó en el borde de la cama, y su madre en la única silla libre que quedaba.

Al divisar a unas personas por la ventana, Rielle se volvió para ver cómo eran. Figuras agachadas dispersas trabajaban en los campos. Los habitantes del lugar eran pálidos como los schpetanos, pero en su mayoría llevaban el ondulado cabello cortado a la altura de los hombros, y todos los hombres se dejaban crecer la barba. Eran de baja estatura. Una se enderezó para estirar la espalda, mostrando unos brazos delgados y mejillas hundidas. Al ver los carromatos frunció el ceño, antes de inclinarse para seguir trabajando.

Sorprendida, Rielle se concentró para explorar sus mentes. En casi todas percibió curiosidad, pero nadie parecía concebir la posibilidad de entablar trato con los viajeros.

«... si no terminamos el trabajo, no nos quedará nada para pasar la estación seca después de pagar el diezmo...».

«... ahora el jefe usará el dinero de la cosecha para comprarles más bagatelas bonitas e inútiles a esos viajeros en vez de alimentar a su pueblo...».

«... siempre se queja de que tiene hambre. De que el jefe de su tierra natal alimentaba mejor a su pueblo. Pues nadie la forzó a casarse conmigo. Supongo que

una vez que tenga al niño...».

Rielle sacudió la cabeza. Aquella gente estaba famélica y cansada. Estaban obligados a trabajar para el jefe. Creían que le pertenecían. «¿Son esclavos?». Apartó la vista y advirtió que Ankari la observaba. Con una expresión sombría, la mujer le susurró algo a Baluka. Este se volvió hacia Rielle.

—A la mayoría de la gente no le gusta saber que le pueden leer la mente —le dijo—. Tenemos el acuerdo de que ningún viajero le explorará el pensamiento a nadie sin permiso del jefe. Como eres nuestra invitada, no estás obligada a respetar esta promesa, pero sería mejor para todos que también lo hicieras.

Se le encendió el rostro.

—No lo sabía. Os pido perdón.

—No pasa nada —la tranquilizó él—. Es una habilidad nueva para ti, y cuesta reprimir el impulso de usarla cuando sabes cómo. Solo te pido que, cuando llegemos allí, intentes no reaccionar a lo que veas.

Ella asintió.

—Será difícil, sobre todo si no dejas de ver cosas que no me gustan.

Ankari sonrió, y a Rielle le sorprendió ver aprobación en su mirada.

—Estoy segura de que en la sociedad en que vivías hasta ahora, o incluso en aquella en que te criaste, había aspectos que no te gustaban y que no podías hacer nada por remediar —dijo la mujer, y Rielle leyó el significado de sus palabras en la mente de Baluka—. También estoy segura de que aprendiste a disimular tu desagrado para evitar ofensas y conflictos. Tanto si percibes con los ojos como con la mente, ese mismo sentido de la cortesía o de la supervivencia es igual de válido en todos los mundos.

Rielle echó un vistazo por la ventana.

—Pero no me parece bien mirar para otro lado, como aparentando que sus problemas no existen.

—Te entiendo —le aseguró Ankari—, pero hay mil millares de personas en casi todos los mundos, y los mundos son innumerables. Si te asomaras a la mente de todas las personas, no siempre verías dolor o sufrimiento, pero en conjunto los encontrarás en grandes cantidades. En la mayoría de los casos no puedes hacer nada por ayudar, y ser consciente de eso mientras lo observas todo...

—Puede llevarte a la locura —concluyó Baluka. Ahora hablaba como un hombre mucho mayor y más sabio, hasta tal punto que Rielle no pudo evitar clavar los ojos en él—. Ningún mundo es perfecto. Algunos son terribles. Aquí solo comerciamos con los jefes más benévolos para incitarlos a tratar mejor a sus siervos, pero cualquier otra medida que tomáramos se consideraría una interferencia inoportuna. —La seriedad se esfumó del semblante de Baluka—. A pesar de todo, siempre hay algo agradable en cada lugar, aunque solo sea una pequeñez. Por ejemplo, aquí hornean unos postres deliciosos, como el bulbul. Es un tipo de pastel hueco por dentro que rellenan con un almíbar espeso con sabor a tuk.

A Rielle se le escapó una sonrisa al ver la expresión nostálgica y golosa del muchacho.

—¡Pero si hemos comido hasta hartarnos!

—Sí, pero siempre queda hueco para el postre. —Desplazó la vista de ella a su madre, que sacudió la cabeza con exasperación fingida.

—Pues tendrás que esperar al final del banquete —le recordó la mujer.

Él torció el gesto.

—Ojalá más culturas sirvieran primero los platos dulces —se lamentó. Echó una ojeada por encima del hombro de Leyikh—. Ya casi hemos llegado.

Más allá del lomo de los animales, el camino ascendía por una colina baja hacia una franja horizontal oscura. Conforme se acercaban, esta creció hasta convertirse en una muralla de madera varias veces más alta que el viajero de mayor estatura. Tan alta como los árboles del bosque al que habían llegado, advirtió ella.

El camino conducía a una abertura en la muralla apenas más grande que el carromato. Mientras la atravesaban con un lento traqueteo, Rielle alcanzó a ver por un momento una especie de mecanismo en la parte interior de la muralla. Desde allí se elevaban unas cadenas, quizá hasta una puerta suspendida encima de la entrada.

Más adelante se alzaba una fachada la mitad de alta que la muralla, pero en la que habían tres filas de ventanas pequeñas y estrechas. La habían pintado de un color negro brillante. El patio que se extendía en medio estaba rodeado de faroles de hierro con manchas de oxidación. Había personas corriendo de un lado a otro, transportando fardos en los brazos o a la espalda, o cargando mercancías sobre carros. Ella supuso que estaban dejando espacio libre para los viajeros y resistió la tentación de buscar la respuesta en sus mentes. La fachada y el ambiente de ajeteo producían una impresión sombría y poco acogedora, y cuando los carromatos formaron un círculo en el patio, Rielle sintió aprensión ante la idea de salir. Unas voces captaron su atención y, cuando miró por la ventana que daba al edificio, parpadeó a causa de la estupefacción y la incredulidad.

Un torrente de hombres y mujeres sonrientes con atuendos vistosos brotó por la puerta entre exclamaciones de sorpresa y alegría. Las mujeres tenían las mangas tan abullonadas y largas que las manos se perdían entre los pliegues, y se sujetaban las faldas para no arrastrarlas por el suelo. Los hombres se ceñían con cinturones anchos unas camisas que les llegaban hasta las rodillas, y debajo llevaban unos pantalones tan holgados que bien habrían podido pasar por faldas. «Si es que no lo son», pensó Rielle. Su líder, un hombre con numerosas canas en el cabello y la barba, se aproximó con los brazos abiertos.

Los viajeros se apearon de los carromatos y se apiñaron frente a la pintoresca multitud. Rielle siguió a Ankari al exterior, bajando de un salto sin la ayuda de Baluka. Percibió la desilusión del muchacho.

—Viajero Leyikh —dijo el hombre de barba entrecana antes de embarcarse en un discurso largo y formal de bienvenida al que Baluka pronto dejó de prestar atención

por aburrimiento, por lo que Rielle solo entendió la primera parte.

Baluka la miró y sonrió. «Debería advertírtelo: no aceptes ni des nada si no quieres quedarte atrapada en una espiral de regalos de la que no podrás salir sin cometer una grosería imperdonable. Lo digo en serio. Se han declarado guerras por cosas tan nimias como una flor ofrecida a un niño. Ni siquiera abandonar Kezel pone fin al asunto, pues el intercambio se reanuda cuando regresas. Mi abuelo se vio envuelto en uno que duró cincuenta ciclos».

Ella frunció el ceño. «¿Cómo cerráis los tratos, entonces? ¿No se trata precisamente de intercambiar regalos?».

«Por fortuna, su actitud respecto al comercio es distinta. Este implica el trueque inmediato de bienes. Deben intercambiarse exactamente al mismo tiempo; las entregas de mercancía deben empezar y finalizar de forma simultánea».

«¿No llevan la cuenta de lo que deben para pagarla más adelante? ¿No hay compras a crédito?».

Él sacudió la cabeza. «Si te invitan a una cena, debes “aceptar” la comida. Si alguien te la sirve, se considera que te “da” algo. Si alguien te pone algo en las manos, no lo cojas. Si tiene que darte algo, debe sostenerlo ante ti con actitud considerada, para que puedas aceptarlo sin compromiso».

«Parece muy complicado».

«No lo es cuando te acostumbras. ¡Ah, por fin han terminado!».

La mayoría de los viajeros había echado a andar hacia el edificio, pero un puñado se quedó atrás. ¿Estaban vigilando los carromatos? La madre joven y la pareja de más edad se encontraban entre ellos, por lo que tal vez solo querían descansar. Habían partido del mundo desértico después del anochecer, por lo que, a efectos prácticos, era como una segunda tarde para ellos. «Pero no estoy cansada —se dijo Rielle—. Supongo que he dormido durante la mayor parte del día».

Al otro lado de las negras puertas de la fachada se apreciaba una profusión de color. Las paredes y el techo estaban pintados de tonos intensos y encendidos de rojo, verde, morado y azul, con motivos, figuras de factura tosca y adornos dorados encima. El suelo, negro y lustroso, estaba cubierto casi del todo por alfombras gruesas y brillantes. Muchas tenían diseños tan elaborados como los tapices, y Rielle se estremeció de gusto cuando cayó en la cuenta de que imitaban suelos naturales, con hojas dispersas, insectos y enredaderas, como en el bosque, o con hierba, flores, árboles e incluso masas de agua en las que nadaban pequeños animales.

«¡Ojalá maese Grasch pudiera ver esto!», pensó con una punzada de tristeza. Aunque ella hubiera podido llevarlo hasta allí, él había perdido la vista casi por completo. Lo más probable era que no volviera a verlo si decidía establecerse en otro lugar, ya fuera en su mundo o en uno distinto. Este pensamiento la hizo sentirse perdida y nerviosa. Se acercó ligeramente a Baluka. «Tengo la certeza de que puedo confiar en él. Debe de ser porque le he leído la mente». Si él hubiera sido una mala persona, ella estaba convencida de que no habría podido disimularlo.

Entraron en una sala enorme con una alfombra que representaba varios alimentos. «Esta no es muy sutil». Varios extraños cojines en forma de cuña estaban dispuestos ordenadamente a lo largo de los bordes. Había un grupo de personas sentadas en ellos. Un joven se levantó y se lo presentaron a Leyikh.

«Es el otro jefe al que Ghallan desea impresionar», le informó Baluka a Rielle.

Todos se quedaron un rato de pie, esperando a que se cumplieran las formalidades de rigor, se intercambiaban bromas y el joven jefe adulara a su anfitrión intentando convencer a Leyikh de que le vendiera sus mercancías a él, pese a que sabía que no tendría éxito. El proceso se alargó debido a la dificultad de las traducciones y la complejidad de las normas de cortesía locales. Cuando por fin pudieron sentarse, Rielle reprimió un suspiro de alivio.

Varios sirvientes entraron empujando carritos sobre los que había apilados trozos de tela plegados. Pasaron primero junto al jefe y su séquito, que cogieron uno cada uno y se lo extendieron sobre las rodillas para proteger la alfombra y a sí mismos de posibles salpicaduras. Los viajeros siguieron su ejemplo. Poco después, tomaron cubiertos de otros carros y se sirvieron del contenido de calderos humeantes y cestas bien surtidas.

La emoción de las visitas por conocer a los viajeros zarandeaba el extremo de los sentidos de Rielle, invitándola a explorar más a fondo, pero ella mantuvo su mente a raya en la medida de lo posible. Un hombre no le quitaba los ojos de encima, pero ella no captó el menor asomo de pensamiento procedente de él. Cuando él por fin desvió la mirada para responder a su líder, Rielle aprovechó la oportunidad para observarlo con detenimiento. Era casi tan delgado como los siervos que había visto durante el viaje.

En cuanto él posó de nuevo la vista en ella, devolvió su atención al diálogo entre Leyikh y el jefe Ghallan. Negociaban animadamente. El padre de Baluka extrajo varios artículos de entre los pliegues de su ropa, sobre todo gemas.

—Es una cuenta de la noche —afirmó Leyikh, tendiéndole un abalorio diminuto—. Aunque al principio parece negra, dicen que, si te fijas mejor, verás que refleja todos los colores que han existido jamás, aunque muestra principalmente los colores que hay cerca, como los que llevas en la ropa.

Rielle sonrió. Vender una cuenta negra a unas personas tan aficionadas a los colores parecía un reto imposible, pero la descripción de Leyikh despertó en ella el deseo de ver ese efecto por sí misma. Un tipo de negro que reflejaba el color. Como el pelo del Ángel...

Ankari le tocó el brazo y señaló otro carrito que circulaba en torno a los comensales. Baluka enderezó la espalda de inmediato.

—¡Bulbul! —exclamó por lo bajo con los ojos desorbitados.

Ella contuvo el impulso de reírse de aquel entusiasmo infantil mientras el carro se aproximaba. En el último momento, uno de los viajeros pidió al sirviente que lo llevaba que se acercara de nuevo, y Baluka soltó un resoplido de frustración, lo que

arrancó carcajadas a quienes lo rodeaban. Por fin el carro se detuvo frente a ellos y, pese a las protestas de Rielle por lo llena que estaba, el criado sirvió dos raciones enormes.

El pastel le pareció insulso y decepcionante hasta que llegó al centro, un estallido de dulzor atenuado por sabores tanto ácidos como suaves. Después de pasar el resto de la velada dando cuenta de la porción entera, siguió a Baluka de vuelta al carromato con una incómoda sensación de hartazgo, pero segura de que no habría podido evitar tratar de comer más.

Comprobó aliviada que habían vuelto a colocar en su sitio la escalera para subir al carromato. Baluka no entró detrás de Ankari y de ella. Rielle pasó la vista alrededor buscando a Leyikh, pero no había rastro de él.

—Mi padre negociará durante unas horas más —dijo él desde fuera—. Que descanses. Nos vemos por la mañana.

Cuando Ankari cerró la puerta, la mente de Baluka se alejó y desconectó de los sentidos de Rielle, que se sintió desorientada y muy sola por unos instantes. Al dirigir la vista a la ventana más cercana, vio que todos los postigos se cerraban. Ankari extendió el brazo debajo del lecho y tiró de algo. Una cama más pequeña salió, deslizándose sobre ruedas pequeñas. Ella la colocó donde antes estaba la mesa, ahora plegada y sujeta a la pared. Dio unas palmaditas a las mantas, sonriéndole a Rielle.

Esta vaciló, pensando que le sería imposible conciliar el sueño después de pasar buena parte del día durmiendo. Por otro lado, Ankari llevaba muchas muchas horas despierta y seguramente estaba agotada, por lo que Rielle se sentó en el borde de la cama. La mujer desató las cortinas de modo que quedaron colgando y desapareció tras ellas. Sin otra cosa que hacer, Rielle se recostó y reflexionó sobre todo lo que había visto. El bosque. Los siervos. El castillo. Sus ocupantes de coloridos ropajes.

«No creo que me gustara vivir aquí —pensó de forma difusa mientras el sueño se apoderaba de ella—. Aunque sería casi tentador, por los postres».

Una palabrota despertó a Rielle. No sabía por qué la había identificado como una palabrota, salvo porque había sido proferida con el grado de vehemencia indicado. Entonces se preguntó si lo que había oído formaba parte de su sueño sobre... no alcanzaba a recordarlo. Miró en torno a sí, parpadeando. Yacía casi a ras del suelo, en una cama..., la cama con ruedas, en el carromato de Ankari y Leyikh. Entre los viajeros, en una tierra poblada por jefes ricos y siervos hambrientos. En un mundo muy alejado del suyo. No era el mundo del Ángel, adonde se suponía que debía viajar pero no lo había conseguido gracias a Inekera, que tal vez había intentado matarla...

Tardó un buen rato en rememorarle y aceptarlo todo de nuevo, en superar la desorientación. «Estoy a salvo —se dijo—. No te preocupes por lo demás». Se le ocurrió entonces que había sido una suerte por partida doble que Baluka la encontrara. No solo le había salvado la vida, sino que la había llevado con su familia que era buena gente.

Sonaron unos pasos rotundos al otro lado de la cortina que dividía la habitación, seguidos del leve chirrido de los postigos al abrirse. La tela se iluminó por detrás. Rielle oyó de nuevo la palabrota. Se levantó, se dirigió a la ventana más próxima y echó un vistazo por el resquicio entre los postigos. Alguien estaba de pie junto al carromato; el hombre delgado que no apartaba la vista de ella la noche anterior. La miraba directamente, como si sus ojos atravesaran las paredes del vehículo, con los labios torcidos en una sonrisa en absoluto amigable.

La cortina se abrió de golpe y apareció Leyikh. Parecía enfadado, pero suavizó su expresión al verla e hizo un gesto con las palmas abiertas hacia abajo, indicándole que se quedara donde estaba y mantuviera la calma, o eso supuso ella. El patriarca pasó junto a ella en dirección a la puerta, descorrió el pestillo, la abrió y salió.

Cuando la puerta se cerró, Rielle se acercó de nuevo a los postigos y echó otra ojeada por la rendija. El hombre ya no estaba allí. Vio a Leyikh, que, tras escudriñar el patio, girando despacio, frunció el ceño y se alejó con grandes zancadas.

«¿Qué está pasando? —Rielle fue hacia la ventana contraria, pero no vislumbró nada por el resquicio entre los postigos salvo los otros carromatos—. Si Leyikh está preocupado, yo también lo estoy». Al fin y al cabo, si era lo bastante poderoso para transportar de un mundo a otro a todas aquellas personas, animales y carromatos con su contenido, cualquier cosa que él considerara una amenaza debía de ser muy preocupante.

Oyó que la cortina se movía otra vez y, al volverse, Rielle vio que Ankari la atravesaba. Esta empezó a ir de aquí para allá por la habitación, recogiendo la cama,

colocando la mesa en su sitio, preparando con la ayuda de Rielle un desayuno sencillo que acto seguido sirvieron y se comieron. Dada su aparente despreocupación, o habilidad para fingir que todo iba bien, Rielle se relajó un poco. Pero era evidente que algo no iba bien, pues de lo contrario la mujer no se habría esforzado por distraerla. Incapaz de preguntarle qué ocurría, Rielle se armó de paciencia.

Las dos se quedaron paralizadas al oír unos golpecitos en la puerta.

—Soy Baluka —dijo una voz conocida.

Rielle le exploró la mente, en vano. Ankari descorrió el pestillo; Rielle supuso que lo habían cerrado con magia cuando ella no estaba mirando. Baluka, sonriendo de oreja a oreja, le dijo algo a Ankari que provocó que esta pusiera cara de exasperación. A continuación, se volvió hacia Rielle y comenzó a hablar de forma entrecortada en foguiano, impulsándola a pensar las palabras que necesitaba. Se señaló a sí mismo.

—Voy a... —cogió un cuenco y lo abrazó contra su pecho— llevarte... —La señaló a ella e hizo una pausa.

«¿Fuera del carromato?», le preguntó ella con la mente. «¿Al castillo? ¿No? ¿Fuera del castillo?». Él asintió y gesticuló con las manos. «¿Más lejos? Sí... ¿de vuelta al lugar al que llegamos? Ah... ¡Al mundo siguiente!».

—Al mundo siguiente —confirmó él. Lo único que ella sabía de ese mundo era que los viajeros lo consideraban lo bastante seguro para dejarla allí. Pero ¿y el resto de la familia? «¿Nos acompañarán?». Él negó con la cabeza. «Entonces, se quedan aquí. ¿Podré despedirme de ellos?». Él asintió—. Leyikh los llevará allí más tarde.

Ella asintió.

—¿Tiene esto algo que ver con ese hombre que nos espiaba?

Baluka miró a su madre, que se encogió de hombros y movió afirmativamente la cabeza.

—Sí. Es un hechicero. Está al servicio del otro jefe. Creemos que estaba leyéndote el pensamiento. No sabemos por qué. Es mejor que nos marchemos sin conocer la explicación a que nos quedemos para descubrir que era algo malo.

—Sabia decisión —convino ella—. Bueno, ¿cuándo nos vamos?

Él sonrió.

—Ahora.

Tendió las manos hacia ella. «Tal como hizo el Ángel», pensó ella, y la imagen del rostro de Valhan acudió fugazmente a su memoria. Sin embargo, Baluka tenía las manos cálidas, no frías. Tomó aliento de forma ruidosa.

—Respiración —dijo—. Respira. Entre los mundos... no hay aire.

Al recordar que había llegado casi asfixiada al mundo desértico, ella se preguntó qué habría sucedido si hubiera tardado más tiempo en alcanzarlo. «¿Me habría muerto?».

—Sí —dijo Baluka con expresión seria—. Ahora, respira.

Ella aspiró hondo y retuvo el aire en los pulmones. El mundo comenzó a desvanecerse de inmediato. Solo la figura de Baluka permanecía nítida. Y la de ella.

Él le habló de nuevo con el pensamiento, aunque esta vez fue más bien como si ella oyera su voz en la mente.

«Esta es una de las razones por las que seguimos un camino establecido. Si llegas a un lugar donde las circunstancias son peligrosas, puedes desplazarte hacia delante, hacia atrás o a los lados hasta un sitio más seguro, o retroceder hasta el mundo anterior. Pero si no dispones de magia o aire suficientes para ello, puedes morir, junto con las personas que lleves contigo. Viajamos por rutas conocidas para evitar esa clase de riesgos».

Ella se estremeció. «¿Y qué ocurre si te mueres entre los mundos?», le preguntó mentalmente.

«La gravedad de algún mundo acaba por atraer tu cuerpo. —Sonrió otra vez—. Pero conmigo estás a salvo. Tengo magia de sobra, y hemos recorrido este camino muchas veces».

«¿Lo siguen otros también?».

Él sacudió la cabeza. «No con frecuencia. Hasta donde sabemos, no hay hechiceros en Kezel con la capacidad o el conocimiento para viajar entre mundos, y es un lugar menos desarrollado que los mundos vecinos, por lo que los forasteros tienen pocos motivos para visitarlo». El interior del carromato había desaparecido por completo. La sensación de movimiento cesó, y Baluka asumió una expresión distante, como si se concentrara en un sonido muy débil. «¿Notas eso? —preguntó—. ¿Sientes la gravedad del siguiente mundo?».

Ella cerró los ojos y buscó en su interior la sensación que había percibido cuando se aproximaba al mundo desértico. Una fuerza leve que tiraba de ella en cierta dirección.

«Se volverá más intensa conforme nos acerquemos».

Tenía razón. Pronto la sensación se tornó más tangible, y luego muy notoria. «La percibo», le informó a Baluka.

«Concéntrate en ella. Dime qué sientes».

Empezaron a moverse en dirección a la fuerza que la atraía. Baluka los impulsaba hacia delante.

«Tú nos estás desplazando. —La dirección cambió de un modo sutil—. Nos movemos de lado. —Cambió de nuevo—. Ahora nos dirigimos hacia el lado contrario. —Su desplazamiento se volvió más rápido y se ralentizó de nuevo—. ¿Acabamos de atravesar algo?».

Desaceleraron, invirtieron el sentido, y su velocidad aumentó y se redujo otra vez. Habían pasado por una zona de menor resistencia. «Como antes de encontrar el lugar de llegada en el bosque», pensó.

«Es un camino —confirmó él—. La primera vez que un hechicero se desplaza por el espacio intermedio, debe abrirse paso por la fuerza. Esto crea un camino que facilita el paso de los viajeros siguientes, que suelen seguir la misma ruta una y otra vez. Cuando nadie utiliza un camino, este se rellena de nuevo, del mismo modo que

el agua tiende a fluir hacia allí de donde es desalojada, solo que con mucha mayor lentitud. Este camino no ha sido recorrido recientemente, lo que parece indicar que solo mi familia lo usa».

Rielle miró alrededor en busca de pistas sobre cómo sería el siguiente mundo. Como no habían partido junto al resto de los viajeros, estos no habían entonado un canto que describiera su lugar de destino. Empezaba a filtrarse algo de color en la blancura; un matiz general de verde amarillento turbio. Ella habría supuesto que estaba llegando a otro bosque de no ser porque el color estaba distribuido de una manera demasiado uniforme. Comenzó a aparecer una línea divisoria entre el cielo y la tierra al tiempo que se formaban zonas más oscuras en el verde; se aproximaban a un espacio abierto en su mayor parte. Alcanzó a distinguir árboles de múltiples tamaños y formas. Crecían arropados por un valle poco profundo, en hileras que trazaban arcos y curvas delicadas que subían y bajaban por las suaves laderas.

Otro círculo pavimentado se materializaba bajo sus pies. Estaba integrado por muchos cuadrados diminutos que formaban un motivo repetido. De él arrancaba un camino que conducía a un edificio de tres plantas con un patio. Ella nunca había visto una casa de tales dimensiones. Incluso la vivienda de Inekera era la mitad de grande.

Notó el ambiente húmedo en las mejillas. Sus pulmones comenzaron a expandirse en el acto, pero el aire estaba tan cargado de vapor de agua que la hizo toser. Le consoló constatar que a Baluka le pasaba lo mismo. En cuanto se recuperó, alzó la mirada. El cielo, en efecto, era verde. A menos que...

—¿Eso es el cielo o una nube?

Baluka le soltó las manos y miró en torno a sí. Para alivio de Rielle, él volvía a tener la mente abierta para que ella se la leyera.

—Ambas cosas. Nunca he visto otra cosa ahí arriba que un verde nebuloso, y siempre hace este tiempo, cuando no llueve. —Posó los ojos en ella y sonrió—. No suena muy acogedor, pero por lo menos nunca hace frío.

Ella dirigió de nuevo la mirada hacia la casa. Allí se alojaría, o bien para siempre, o bien hasta que aprendiera cómo viajar de regreso a su mundo. ¿Qué clase de personas vivirían en un edificio como ese?

—Lord Felomar —respondió Baluka—. Con su familia y sus criados.

—¿Es el gobernante de este lugar? —preguntó ella, sin saber muy bien cómo interpretar la palabra «lord» que había captado en la mente de Baluka.

Él se rio.

—En parte sí, y en parte no. Es un primo lejano del emperador, pero tiene un montón de sirvientes y de dinero, así que supongo que podrías considerarlo su gobernante tanto como su patrón, aunque sería más preciso llamarlo el propietario de la finca por herencia. Comerciamos con su familia desde hace cinco generaciones. —Se volvió hacia ella—. También es un hechicero. Te daré unas clases antes de que vayamos a reunirnos con Felomar —dijo Baluka—. Tienes que saber ocultar tus pensamientos, tanto si decides aprender a viajar entre mundos como si no. También

puedo enseñarte primero las técnicas para realizar estos viajes, si quieres, aunque sería más fácil si empezáramos por la ocultación del pensamiento.

Rielle asintió, aunque una parte de ella se sentía amedrentada ante la idea de aprender otras formas de usar la magia. Baluka arrugó el entrecejo, y ella advirtió que estaba pensando, otra vez, que sería una lástima devolverla a su mundo despojado de magia o renunciar a instruírla en la magia. Ansiaba mostrarle los lugares maravillosos que visitaban cada ciclo. «Pero no puede quedarse con nosotros —se recordó a sí mismo—. Y mi padre dice que estará más segura en su mundo». Resultaba evidente que Baluka no compartía esta opinión.

Pero era joven, razonó ella, y su padre seguramente conocía mejor los mundos.

—Sí, pero en ellos hay tantas maravillas como peligros —le aseguró Baluka—. Siempre he anhelado explorar aquellos que no forman parte de nuestro ciclo, pero está prohibido. La capacidad mágica de las familias de viajeros se debilitaría si sus hijos más fuertes se dejaran llevar por sus deseos de conocer nuevos horizontes.

Entonces ella captó otro dato en un nivel más profundo de su mente. De vez en cuando aceptaban a forasteros entre ellos si de ese modo fortalecían las aptitudes mágicas de su descendencia.

—Mantengamos abiertas tus opciones —dijo él—. Tal vez deberíamos empezar por poner a prueba tu fuerza. Sería inútil que intentaras aprender algo si no poseyeras la fuerza necesaria para ello.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Cuando hablas de fuerza te refieres a la distancia a la que puedo absorber magia, ¿verdad? —inquirió, recordando que Inekera la había instado a alcanzar el límite de su mundo. Un brillo de interés asomó a los ojos de Baluka.

—Sí. Proyecta los sentidos, pero sin absorber magia. Podré leer en tu mente hasta dónde eres capaz de estirla.

Ella cerró los ojos y extendió su voluntad. Conforme ensanchaba su conciencia hacia el exterior, se quedó asombrada por la cantidad de magia que percibía. Si comparaba la magia con agua, su mundo era un desierto, mientras que en el que se encontraba era más que una selva: un océano.

—En todos los mundos... —susurró Baluka, y acto seguido soltó una carcajada breve y tensa. Al oír el extraño sonido, ella le escrutó el rostro, temerosa de que hubiera descubierto algo que no iba bien. Él no le devolvió la mirada.

—¿Es suficiente?

—Sí. De sobra. —«Casi da miedo la fuerza que tiene», estaba pensando él. «Que no la utilice representa un desperdicio aún mayor del que imaginaba».

—Así que ¿soy más poderosa que tú? —aventuró ella.

Él asintió, mirándola a los ojos.

—Eres la hechicera más poderosa que he conocido. —Se encogió de hombros—. Que yo sepa, claro. Los hechiceros no se dedican a comparar sus habilidades cada vez que se reúnen. Es posible que me haya encontrado con alguien más poderoso sin

darme cuenta.

Rielle apartó la vista. Que le dijeran que poseía una gran fuerza mágica era como un elogio a su belleza: satisfacía su vanidad de un modo vago y gratuito, y sin embargo sabía que utilizar una u otra cosa en beneficio propio estaría mal.

¿Emplearla para regresar a su mundo sería utilizarla en beneficio propio? Por supuesto. Pero si Leyikh estaba en lo cierto, ella quizá necesitaría la magia para sobrevivir aunque decidiera no volver a su lugar de origen.

¿Qué diferencia había entre eso y las técnicas que le había enseñado Betzi para defenderse? No tenía prohibido el uso de la magia siempre que fuera en defensa propia. Si para garantizar su seguridad tenía que regresar a su mundo, eso era defensa propia.

Baluka se esforzó por no sonreír al leer sus pensamientos. Rielle respiró hondo.

—Bueno, y ahora, ¿qué?

—Lo más difícil es encontrar la manera de impulsarte hacia el espacio entre mundos, así que por lo general lo primero que hacemos es llevar a los principiantes allí y dejamos que ellos mismos descubran cómo mantenerse inmóviles. Así que... respira hondo y absorbe un poco de magia antes de que empecemos.

Ella obedeció y volvió a tomarlo de las manos. Su entorno se difuminó ligeramente.

«Ahora dejaré de resistirme a la atracción que ejerce este mundo sobre nosotros —le avisó Baluka—. Intenta tomar tú las riendas».

Ella notó la atracción de inmediato. Baluka la había llamado «gravedad». Para resistirse a la gravedad natural, normalmente ella habría tenido que agarrarse a algo. Pero no había nada a lo que agarrarse. Cuando el aire húmedo la envolvió, se percató de que habían llegado de nuevo.

Baluka sacudió la cabeza.

—En el espacio intermedio no existe nada físico, en el sentido habitual de la palabra. Busca la conciencia del mundo que te atrae, no de la atracción en sí, e intenta ejercer presión contra él. —Sonrió—. ¿Lista?

Ella inspiró profundamente y asintió.

Él la llevó un poco más lejos del mundo esta vez. La atracción era menor. Ella buscó con los sentidos el mundo que habían abandonado, pero no percibió más que la fuerza que la atraía. A menos que... Expandió la conciencia como cuando intentaba alcanzar los límites de la magia en uno de los mundos. Un mundo era algo muy grande. Se produjo un cambio en su mente cuando su percepción se alteró, y de pronto comprendió que la atracción en sí era el mundo.

Pero ¿cómo ejercer presión contra él? No podía sujetar un mundo entero e inmovilizarlo. La atracción aumentaba a medida que ellos se aproximaban. Se suponía que ella debía hacer algo relacionado con la magia, pero no de forma física. Desesperada, lanzó magia, pero esta simplemente se perdió en el vacío. Las sombras se tornaron más definidas hasta convertirse en tierra y el extraño cielo, y ella pudo

respirar de nuevo.

Lo intentaron una y otra vez. Después del quinto fracaso, Baluka le soltó las manos y echó a andar de un lado para otro, pensando.

—A lo mejor todo esto te resulta más difícil porque no has aprendido a usar la magia en general. ¡Claro! Apenas habías intentado darle forma salvo en contadas ocasiones en las que seguramente no sabías qué estabas haciendo. —Juntó las cejas antes de volver junto a ella—. Intentémoslo una vez más. Solo puedo aconsejarte ahora que hagas lo que te resulte más natural. Déjate llevar solo por el instinto.

Al poco rato, cuando la presión del aire los rodeó de nuevo, ella exhaló un suspiro de frustración. Baluka le apretó las manos con suavidad y sonrió.

—Tranquila. No te criaste entre hechiceros que viajaban entre mundos cada pocos días, así que muchos conceptos son nuevos para ti. Incluso si hoy lo hubieras conseguido, te quedaría mucho por aprender para poder viajar de forma rápida y segura. De lo contrario, no haría falta que buscáramos un instructor para ti. Tendremos que empezar por enseñarte más conocimientos básicos sobre el uso de la magia.

«¿Más? —Rielle reprimió otro suspiro—. ¿Hasta qué punto tendré que impurificarme?».

—¿Ahora mismo? —preguntó.

Él dirigió la vista a la casa en la lejanía y sacudió la cabeza.

—No. Mi familia no tardará en llegar, y se supone que debo empezar a enseñarte también a ocultar tus pensamientos. —La miró y se mordió el labio—. Hay dos formas de hacerlo. Una lenta y benévola, y una rápida y cruel.

Ella frunció el ceño.

—Intuyo que si te sientes obligado a decirle esto a alguien es porque planeas hacerlo de la forma rápida y cruel.

Él hizo una mueca de disculpa.

—Tenemos un poco de prisa.

—¿Por qué es tan terrible, pues?

—Te pediré que pienses algo que no quieras que yo lea en tu mente. Algo vergonzoso o de lo que te arrepientas.

Al instante, le vino a la memoria el recuerdo de la mano de la corruptora sobre su vientre y del dolor que la atenazó. Había estado a punto de pensar en ello varias veces desde que se había unido a los viajeros, pero había logrado distraerse a tiempo.

Baluka abrió mucho los ojos mientras desviaba la vista, pero era demasiado tarde. Lo sabía. «No puedo concebir hijos. —Sin embargo, se percató de que eso no era lo peor. Aquella insensatez no había perjudicado a nadie más que a ella. ¿Se enfriaría el afecto que él le tenía si se enteraba de lo que le había hecho a Sa-Gest?—. ¡No! No pienses en ello. ¡No pienses!».

Respiró hondo, fijó la mirada en un árbol cercano y se obligó a sí misma a observar las formas caprichosas y retorcidas de las ramas.

—Creo que ya entiendo cómo funciona la técnica —dijo.

—Me temo que consiste en algo más que eso —repuso él—. No basta con que apartes la atención de tus pensamientos: debes aprender a ocultarlos. Los viajeros descubren la manera cuando son niños, al igual que todo aquel que posee aptitudes mágicas y se cría entre hechiceros.

—Entonces... ¿cómo se consigue?

—Con magia, pero en una cantidad tan pequeña que apenas notes que la estás utilizando. Lo mismo ocurre cuando lees la mente, y creemos que no habías aprendido a hacerlo porque vivías en un mundo con una cantidad de magia demasiado limitada. —Soltó una risita—. Por desgracia, es imposible para mí mostrarte lo que hago cuando te oculto mis pensamientos, precisamente porque en esos momentos te impido que los leas. Solo puedo obligarte a aprenderlo de forma instintiva. Cuando ya no pueda explorar tu mente, te avisaré. ¿Estás preparada?

Ella torció el gesto.

—Supongo...

—¿Por qué te hizo eso la corruptora? —inquirió él.

Surgió el destello de un recuerdo que ella se apresuró a desterrar. «Pero él ha dicho que no se trata de no pensar. Lo malo es que estoy acostumbrada a dejar de pensar en ello».

—¿Querías que te lo hiciera? —insistió Baluka.

«En parte. Y en parte no».

—Solo intentaba...

—No me lo expliques. Trata de impedirme que capte tus pensamientos.

No obstante, ella quería explicárselo. Solo pretendía ayudar a los sacerdotes a localizar a la corruptora. Y esta le había enseñado a invertir el proceso a fin de que pudiera... «No. No dejes que él vea eso». Apretó los dientes. Si hubiera percibido de algún modo que él estaba leyéndole la mente, habría tenido algo a lo que oponer resistencia.

—No se trata de ahuyentar nada —le dijo él. «Es más bien como envolverte la cabeza con un paño», añadió—. ¿Así que intentaste remediar el daño que te hizo la corruptora?

De golpe, la mente de Rielle retrocedió al día en que, en aquella callejuela oscura, había robado magia a los Ángeles para... «Un paño en la cabeza. Un paño en la cabeza. Es una protección. Un escudo». Absorbió magia y se imaginó que le envolvía la mente, impidiendo cualquier intrusión desde el exterior o proyección desde el interior. Dentro de su cabeza, era libre de...

—¡Lo has conseguido! —La exclamación de Baluka rompió su concentración. Tomó conciencia de lo abierta y vulnerable que tenía la mente, una sensación de lo más incómoda. Mantener los pensamientos acorazados y protegidos pasó a ser su estado preferido, aunque implicaba un ejercicio de atención agotador.

«A nadie le gusta tener que moderar lo que piensa continuamente —reflexionó—, aunque sigue habiendo muchos episodios de mi pasado en los que preferiría no

pensar».

—Le has cogido el truco enseguida —comentó él—, así que nos queda tiempo para probar algo más. —Cuando la tomó de las manos, ella se tragó una protesta—. Absorbe aire y magia.

Rielle suspiró, hizo lo que él le indicaba y notó que ambos abandonaban el mundo una vez más. Baluka se volvió hacia la forma borrosa del edificio.

«En vez de intentar luchar contra la gravedad, trata de desplazarnos hacia la casa».

Ella tendió la vista hacia la construcción lejana. Él no le había proporcionado ninguna pista sobre cómo hacer lo que le pedía. Quizá el instinto la ayudaría de nuevo. «Quiero estar allí. Quiero que esa casa esté más cerca». De repente, las manos de Baluka la soltaron. Al darse la vuelta, Rielle lo vio sonreír y despedirse con un gesto. El pánico se apoderó de ella. «¡No! ¡No me dejes aquí!». Extendió el brazo hacia él, pero sus dedos lo atravesaron sin tocarlo. Aunque se encontraba a su lado, estaba a la vez en otro lugar.

Algo surgió del resplandor cegador. La imagen de Baluka se tornó más nítida de pronto. Le aferró las manos.

«Es hora de irnos».

De inmediato, el valle comenzó a moverse rápidamente. Aunque volaban hacia la casa a una velocidad de vértigo, ella no notaba que los azotara el viento, y, cuando se detuvieron de golpe en el patio, no experimentó sacudida alguna. Unas personas salían de la casa. Baluka los desplazó hacia un hombre que se detuvo a otear el camino que conducía al lugar de llegada de los viajeros. Delgado, de piel oscura y una larga cabellera lacia, llevaba el atuendo más extraordinario que Rielle hubiera visto jamás. Las mangas de suave tela blanca brotaban de un chaleco abrochado y tan ajustado como los pantalones, que le llegaban justo por debajo de la rodilla, donde asomaban unas abombadas perneras de la misma suave tela blanca antes de desaparecer bajo unas botas con vuelta ancha.

El hombre les echó una ojeada antes de volverse con los párpados entornados. Cuando el aire envolvió otra vez a Rielle, él sonrió, dio unos pasos hacia ellos y se inclinó por la cintura.

—Viajero Baluka. Te doy la bienvenida de nuevo —dijo en la lengua de los viajeros—. Me preguntaba cuándo bajarías a visitarnos, pero ya veo que esperabas a que llegara el resto de tu familia.

Baluka sonrió.

—Lord Felomar, es un honor visitaros a vos y vuestro hermoso hogar. —Correspondió a su reverencia—. Estáis en lo cierto. No me sorprende que me hayáis descubierto entrenando a nuestra invitada. Nada escapa a vuestra atención en vuestras tierras, en este país y posiblemente en todo este mundo, si no en todos los mundos. —Se dirigió a Rielle—. Os presento a Rielle Lázuli, nuestra invitada.

—Un placer. —Cuando el lord le dedicó otra inclinación, ella obró tal como

Baluka le había enseñado.

—Al parecer, mi padre ha despachado sus asuntos en Kezel antes de lo esperado —dijo Baluka. Al seguir la dirección de su mirada, Rielle avistó una fila de carromatos que descendía hacia la casa—. Os pido perdón si nuestra llegada antes de tiempo trastorna vuestros planes.

—En absoluto —replicó Felomar—. ¿Tenéis la intención de marcharos temprano también?

—No, a menos que a vos así os convenga.

—De ninguna manera: podéis quedaros cuanto os plazca. Así dispondremos de tiempo para disfrutar de nuestra compañía mutua. —El lord enlazó las manos. Rielle vio que tenía dedos largos y elegantes. Su rostro era estrecho y de huesos finos. No solo poseía una belleza considerable, sino que irradiaba una calidez seductora. A Rielle la asaltó el deseo nostálgico de dibujarlo.

Cuando el hombre la miró, ella leyó en su expresión una advertencia sutil que recordaba muy bien de la época en que había vivido entre las familias importantes de Fogo. «No olvides cuál es tu sitio —le decía esa expresión, aunque, en el caso de Lord Felomar, con un asomo de sonrisa que añadía—: pero podemos ser amigos».

Ella apartó la vista, avergonzada porque él había malinterpretado su interés, y esperando no haber dado al traste con sus posibilidades de encontrar un hogar allí, aunque solo fuera temporal.

—Así que os ofrecen succulentos banquetes todas las noches, ¿no? —le preguntó Rielle a Baluka.

Él soltó una risita, masticó deprisa y tragó.

—No, no todas. Hay clientes que no pueden permitírselo, o que no tienen la costumbre de agasajar a sus invitados; algunos incluso cuentan con que nosotros organicemos banquetes para ellos. Visitamos algunos mundos por sus mercados, donde no nos tratan como a invitados sino como a unos simples mercaderes entre muchos otros. En ocasiones nos reunimos con otros viajeros y comerciamos con ellos, y aunque compartimos mesa, las comidas rara vez son opíparas.

Ella alzó la vista cuando unos criados se llevaron los platos sucios y otro les colocó delante unos limpios.

—¡Oooh! ¡Jarabe con nueces de bel! —exclamó Baluka con entusiasmo.

Rielle esperó a que los sirvientes salieran del comedor y cerraran tras de sí las puertas doradas.

—Aquí por lo menos tratan bien a la servidumbre.

Él asintió.

—No todos los lores de Diama son bondadosos con su pueblo, pero la mayoría cuida de sus criados. Todos reciben un jornal, a diferencia de los siervos en Kezel. Pero incluso los siervos viven mejor que los habitantes de otros mundos. Son libres de casarse con quien les plazca, de formar una familia, de marcharse y establecerse en otra parte, si así lo desean.

—¿Hay lugares donde estas libertades no existen?

Él arrugó el entrecejo.

—¿Nunca se ha practicado la esclavitud en tu mundo?

Rielle se estremeció.

—Supongo que sí, puesto que los Ángeles consideraron necesario prohibirla.

Baluka asintió, con los labios reducidos a una fina línea.

—La esclavitud se practica en muchos mundos, entre ellos varios con los que comerciamos. Si la influencia de vuestros Ángeles llegara más allá de vuestro mundo, pondría fin a mucho dolor y muchas injusticias.

—Los viajeros sois hechiceros todopoderosos. ¿No podéis hacer nada para acabar con todo eso?

Él torció el gesto.

—Es una pregunta que nos hemos planteado muchas veces a lo largo de cientos o quizá miles de ciclos. La ley de los viajeros nos prohíbe inmiscuirnos en política.

Unos pocos viajeros han abandonado sus hogares para intentarlo... Familias enteras han quemado sus carromatos y comprometido su futuro y su fortuna por tratar de salvar a un pueblo con el que simpatizaban o mejorar sus condiciones de vida. Pero incluso la situación de los siervos de Kezel es demasiado complicada para que la arregle un puñado de forasteros. Además, el intento no sería bien recibido.

—Hace falta algo más que magia para cambiar un mundo —dijo una voz al otro lado de Rielle. Al volverse, esta vio que Ankari la observaba.

Rielle frunció el ceño.

—Si no estáis de acuerdo con la esclavitud, ¿por qué comerciáis con esos lugares?

—Seguimos una ruta que ha pasado de generación en generación —respondió Baluka—. Cualquier modificación entrañaría grandes riesgos. Ya te he hablado de algunos. Nuestro camino nos lleva a mundos fuertes que contienen magia suficiente para que podamos marcharnos de ellos, un ciclo tras otro. Por supuesto, es imprescindible que a la gente con la que comerciamos le interesen nuestras mercaderías y que cuenten con productos de valor equivalente que ofrecer a cambio. Nos conviene que les interese el género que hayamos adquirido recientemente, pues tenemos espacio limitado en los carromatos. El negocio más provechoso para nosotros es cuando vendemos lo que hemos comprado en un mundo a alguien del mundo siguiente. Preferimos los productos pequeños y no perecederos, así como aquellos que no transmiten enfermedades ni bichos perjudiciales entre mundos. No queremos que, al volver a un lugar al ciclo siguiente, nos culpen de una plaga o de la pérdida de cosechas, sobre todo si esas cosechas son lo que pretendíamos comprar. Por eso, una vez que tenemos un itinerario establecido, no lo cambiamos a menos que surja una razón muy poderosa.

—Además podemos ejercer una influencia positiva sobre los pueblos con los que comerciamos —agregó Ankari—. No solo aportamos mercancías, sino también ideas. Contamos historias sobre lugares donde la gente prospera sin recurrir a la esclavitud, leyes opresivas o guerras.

—¿Ha conseguido esta familia mejorar la situación de algún lugar?

Baluka se encogió de hombros.

—Sí, pero no tan a menudo como quisiéramos. Cambiar a la gente requiere mucho esfuerzo. A veces se consigue muy poco, y por lo general los cambios son fruto de una gran cantidad de trabajo realizado a lo largo de muchos ciclos.

—Nadie puede solucionar todos los problemas del universo —terció Ankari—. Ni siquiera... —Adoptó una expresión sombría—. Ni siquiera los viajeros.

—Tú posees el don de la magia, Rielle —señaló Baluka—. Podrías ayudar a la gente si aprendieras a utilizarlo.

Ella se disponía a negar con la cabeza, pero se contuvo. ¿Cómo podía esperar que los viajeros hicieran algo que ella misma ni siquiera se planteaba hacer? «¿Verían con buenos ojos los Ángeles que yo aprendiera magia para darle un buen uso?». Mientras

meditaba sobre ello ante la silenciosa mirada de Baluka y Ankari, oyó que Leyikh pronunciaba su nombre. Al volverse, lo vio conversando con Lord Felomar.

—... en el penúltimo mundo, perdida en un desierto. Un hechicero la convenció de que dejara su mundo prometiéndole que en el lugar del que él procedía se convertiría en una artesana muy apreciada, pero la dejó al cuidado de una amiga que la abandonó en un mundo deshabitado y árido.

Rielle juntó las cejas ante la inexactitud de la explicación, y Baluka la miró. «Aquí nadie conoce a esos seres que llamas Ángeles —le dijo—. Los habitantes de Diamo son amables y su sociedad es justa, pero tienen una religión propia, y todo aquello que contradice sus creencias los incomoda, los pone a la defensiva e incluso a veces...».

—Si ha de regresar a su mundo, necesitará adiestrarse en la magia —prosiguió Leyikh—. Esperábamos que vos pudierais ayudarla.

Felomar dirigió la vista hacia Rielle desde el extremo opuesto de la enorme mesa del comedor con expresión comprensiva.

—¿No podéis adiestrarla vosotros mismos? —le preguntó a Leyikh.

—No. Su mundo es pobre en magia. He enviado a Baluka aquí por delante para que empezara a instruirla. —El patriarca miró a su hijo—. ¿Qué tal os ha ido?

Baluka puso mala cara.

—No tan bien como esperaba. —Evocó todos los detalles en su mente para comunicárselos a su padre—. Pero no del todo mal —añadió al recordar lo fuerte que ella había demostrado ser y la rapidez con que había aprendido a ocultar sus pensamientos.

Leyikh se volvió de nuevo hacia Felomar.

—¿Hay alguien en este mundo que pueda hacerse cargo de su entrenamiento cuando nos hayamos marchado?

El lord frunció los labios.

—Conozco a algunas personas que poseen los conocimientos suficientes, pero no sé si están dispuestas a compartirlos. —Posó otra vez los ojos en Rielle—. Es posible que tengas que pagar un precio. ¿Estás dispuesta a ello?

Ella lanzó una mirada a Baluka.

—No tengo dinero...

Felomar sonrió.

—No sería un precio en dinero; es más probable que te pidan que trabajes a cambio de tu instrucción. En cuanto a la naturaleza de ese trabajo... Bueno, tendría que ser aceptable para ti. Pero no te preocupes: soy un negociador estupendo. Me encargaré de que se alcance un acuerdo satisfactorio para ambas partes. Sin embargo, cuanto más sepas de magia, en mejor posición estarás para... —Guardó silencio durante unos instantes, arrugó el entrecejo y fijó la vista en Leyikh—. ¿Ha roto vuestro pueblo su antiguo compromiso de no enseñar a forasteros a viajar entre mundos, o se trata de una decisión personal tuya y de tu familia?

Leyikh arqueó las cejas.

—¿Por qué lo preguntáis?

Felomar se acodó sobre la mesa y bajó la voz.

—Me he enterado, esta vez por una fuente fiable, de que el Raen ha vuelto.

Se impuso un silencio más largo que cualquier pausa natural en una conversación. Rielle agudizó los sentidos, resistiendo la tentación de explorar las mentes que la rodeaban. Leyikh, impasible, le devolvía la mirada a Felomar. Ankari desplazaba la vista entre uno y otro, con los párpados entornados. Baluka se había quedado paralizado, con la cuchara frente a la boca. Aunque un brillo de diversión había asomado a los ojos del lord, tenía los labios apretados en un gesto adusto.

«No sé qué significa eso, pero augura posibles problemas para los viajeros», supuso Rielle.

Leyikh bajó la vista hacia su cuenco, cuyo contenido estaba intacto.

—¿Fiable, decís?

—Sí. Esta mañana he recibido un mensaje de mi primo, que no es dado a fanfarronear o mentir, en el que me informaba de un encuentro entre el príncipe de Liema y el Raen ante muchos testigos. —Las cejas de Felomar se elevaron—. Nada menos que en este mundo. Hace unos días.

Leyikh cogió su cuchara.

—No hemos oído nada acerca de este retorno.

Felomar se reclinó en su asiento y asintió.

—Ha habido numerosos falsos avistamientos en los últimos... ¿qué?... veinte años, desde que él desapareció. Muchos lo creían muerto e introdujeron cambios que no le gustarán.

—Quienes eran demasiado jóvenes para acordarse de él, o los que nacieron tras su desaparición, son adultos ya. No comprenderán el peligro que corren si, en efecto, él vuelve a estar entre los mundos, y les disgustará que se reinstauren las leyes de antaño.

Baluka escuchaba con tanta atención que sus pensamientos estaban fragmentados y muchos de ellos no consistían en palabras. «¡El Raen, aquí! Hace unos días. Tan cerca. —Irradiaba miedo y emoción—. Mi padre coincidió con él en una ocasión. Debo pedirle que me cuente esa historia otra vez...».

Incapaz de aguantar más, Rielle se inclinó hacia él.

—¿Quién es el tal Raen?

Él le clavó la mirada con una intensidad que disminuyó mientras cavilaba cómo explicárselo sin asustarla más de lo necesario.

—Un hechicero. El más poderoso que haya existido jamás; más poderoso que todos los demás juntos, según se dice. Puede desplazarse entre los mundos como... con tanta facilidad como si caminara, dando un paso en cada uno. En algunos mundos lo veneran como a un dios benévolo. En otros, lo consideran la manifestación humana del mal. Ha vivido mil ciclos y no puede morir.

—Puede morir —lo corrigió Felomar—, o al menos eso han afirmado y escrito los más sabios. Poseo una colección de libros sobre el tema.

Baluka sonrió.

—Al igual que unas cuantas buenas bibliotecas, aunque ninguna es tan completa ni guarda tantos tesoros como la vuestra. Durante su visita al príncipe, ¿ha revelado el Raen dónde ha estado?

Felomar sacudió la cabeza.

—No. Yo esperaba que tu familia me facilitara más información. —Devolvió su atención a Leyikh—. Me temo que mi explicación favorita, la de que viajó hasta el límite del universo habitado y se quedó atrapado en un mundo muerto, no puede ser cierta.

Leyikh se encogió de hombros.

—Dudo que alguna vez sepamos la verdad, y hacer conjeturas sobre ella no servirá de nada.

Felomar enarcó las cejas, y Rielle percibió la perplejidad de Baluka. A su padre siempre le había gustado discutir sobre asuntos misteriosos con el lord.

—¿Y la nota que dejó uno de los rebeldes? —inquirió Baluka para que no decayera la conversación—. ¿Aquella en la que declaraba su intención de atraer al Raen hasta un mundo muerto?

—Si consiguió llevar la delantera durante el tiempo suficiente para llegar a un mundo muerto, es imposible que este estuviera muerto de verdad —respondió Felomar—. Si estaba habitado, sus ocupantes acabarían por generar magia que le permitiría marcharse. Aunque quizá él moriría de viejo antes.

Baluka asintió.

—Tal vez solo le llevó veinte ciclos. Y al partir, seguramente ha tenido que... — Se interrumpió y miró a sus padres con los ojos desorbitados. Ankari hizo un gesto sutil.

La mente del muchacho quedó en silencio de golpe. Rielle se sintió confusa al encontrarse aislada e incapaz de entender lo que Leyikh le decía al lord. Baluka se inclinó hacia ella con expresión de disculpa.

—No te preocupes —le dijo en un foguiano entrecortado—. Tengo que... —se señaló la cabeza— pensar.

Aunque las palabras de Leyikh le resultaban ininteligibles, su actitud y la de Felomar dejaban claro que el banquete tocaba a su fin. El lord se levantó de su silla, y cuando los viajeros lo imitaron, Rielle se puso de pie también. Siguiendo a Felomar, del comedor pasaron a un amplio vestíbulo en el que unos sirvientes salieron a su encuentro. Uno de ellos, tras dedicarles una reverencia a Leyikh y a Ankari, los guio hacia sus aposentos. Otro se acercó a Baluka. Cuando el joven viajero echó a andar en pos del criado, volvió la vista atrás.

—Nos vemos... mañana —dijo, antes de sonreírle a una muchacha que se había inclinado ante Rielle e intercambiar unas palabras con ella. La sirvienta asintió y le

indicó por señas a Rielle que la acompañara.

Mientras avanzaba, esta se dijo que su sensación de abandono se debía solo a que se había acostumbrado a disponer de acceso a la mente de Baluka. «Pero de pronto me resulta evidente que lo único que me hace sentirme como una más es la capacidad de entender lo que dicen».

Pero no era una más. Era una forastera. Tal vez debía agradecer que se lo recordaran, sobre todo teniendo en cuenta que pronto la dejarían atrás.

Mientras tanto, más valía que hiciera caso del consejo de Lord Felomar, y aprendiera los rudimentos de la magia para poder serle de utilidad a un instructor, a menos que encontrara alguna manera de pagarle con sus habilidades como artista y tejedora de tapices.

Se frotó las sienes, suspirando. El futuro era un espacio vacío que contenía peligros que ella no era capaz de predecir ni entender. Por otro lado, también albergaba oportunidades. A fin de estar preparada para ambas cosas, era imprescindible que aprendiera mucho lo antes posible. Que aprendiera magia. La idea solo le provocaba una ligera aprensión. El razonamiento de Baluka prácticamente la había convencido de que era necesario.

La criada se detuvo frente a una puerta y la abrió. Al echar un vistazo en torno a sí, Rielle se percató de que estaba tan ensimismada que apenas se había fijado en lo que la rodeaba. Se encontraban en un largo pasillo. Puertas labradas situadas a intervalos regulares a lo largo de paredes adornadas, y el techo estaba recubierto de lo que parecían planchas de plata perforadas y tan bruñidas que semejabán espejos. Cuadros de paisajes colgaban en las paredes. En el comedor de Lord Felomar, decorado de forma aún más profusa, había pinturas de un realismo intrigante que representaban alimentos exóticos. Rielle sacudió la cabeza. Aunque el futuro se presentaba ante ella con toda su crudeza, su entorno seguía teniendo un aspecto irreal y de ensueño.

—Viajeros —dijo la sirvienta, señalando las otras puertas. Sin duda creía que la vacilación de Rielle se debía a su inquietud por verse separada de la familia.

Asintiendo, Rielle pasó junto a ella y entró en la habitación. Era incluso más espectacular que el vestíbulo. Una estructura construida en torno a la cama estaba ornamentada con telas relucientes. Varios cuadros enmarcados en oro mostraban a mujeres de cabeza diminuta con vestidos enormes y abullonados. La sirvienta entró detrás de ella e hizo gestos en dirección a otra puerta. Al echar una ojeada por el vano, Rielle vio una gran bañera empotrada en un hueco de la pared del fondo, revestida con un complejo motivo de azulejos.

La criada accionó una palanca, y la bañera empezó a llenarse de agua humeante. Le señaló unos frascos colocados sobre un estante cercano, y luego una porción generosa de tela gruesa y absorbente. Cuando Rielle asintió en señal de que entendía, la sirvienta ejecutó otra reverencia y se marchó.

No necesitaba un baño, pero ignoraba qué ideas tenían los habitantes del lugar

sobre la limpieza. Si la invitaban a bañarse, con toda seguridad se esperaba de ella que así lo hiciera. Tras desnudarse, examinó los frascos, que estaban llenos de aceites aromáticos. Eligió uno, vertió unas gotas en el agua y se metió.

«¿Qué se supone que debo hacer ahora? —se preguntó—. ¿Dormir?».

No tenía ni idea de qué hora era en su mundo de origen. Después de hacer girar la palanca hasta que el agua dejó de salir, se recostó e intentó calcularlo. Había salido de Schpeta por la tarde y llegado al mundo desértico al anochecer. A partir de ese punto, le costaba recordar los detalles. ¿Había caminado durante uno o dos días?

Cuando los viajeros se habían marchado de allí era de noche, pero habían llegado a Kezel a última hora de la tarde, lo que se había traducido en un día más largo. Al día siguiente, Baluka y ella habían partido hacia Diama a última hora de la mañana, lo que había acortado la jornada.

De modo que, aunque en el lugar donde se encontraba había llegado la noche —o la penumbra más densa que en Kezel pasaba por tal—, había sido un día corto para ella. Lo que explicaba por qué no tenía sueño.

Los viajeros probablemente tenían la intención de adaptarse a la rutina local, ya que iban a quedarse unos días. A ella le convenía adaptarse también. Sin embargo, aunque al salir de la bañera se sentía reconfortada y tranquila, su mente no se relajó cuando se puso el sencillo camisón que le habían dejado encima de la cama y se deslizó bajo las mantas. En vez de preocuparse por el futuro, su cabeza no dejaba de dar vueltas a la conversación que había ocasionado que Baluka le cerrara el acceso a su mente durante la cena.

«El “Raen” —se dijo—. Es un título, no un nombre. El hechicero más poderoso de todos los mundos y, por lo visto, no solo desde el punto de vista de la magia». Ankari parecía haber recibido la noticia con consternación. Leyikh no tanto. «O, más bien, con temor, pero también con una curiosa resignación». ¿Y Baluka? Irradiaba emoción, casi como si se hubiera enterado de que había estado a punto de conocer a un Ángel.

Este pensamiento provocó que un escalofrío le recorriera todo el cuerpo.

«Ha estado ausente más de veinte ciclos», había dicho Felomar. Aunque Rielle no sabía con exactitud a cuántos años de su mundo equivalían veinte ciclos, había percibido en la mente de Baluka que el Raen había desaparecido cuando él era un niño pequeño. Y Baluka no era mucho mayor que ella.

«Si estaba habitado, sus ocupantes acabarían por generar magia que le permitiría marcharse», había dicho Lord Felomar.

«Tal vez solo le llevó veinte ciclos. Y al partir, seguramente ha tenido que...», había empezado a decir Baluka. Ella había leído en su pensamiento lo que se disponía a señalar: que si el Raen había partido en cuanto había acumulado la energía suficiente, había despojado al mundo de toda su magia.

Tal como había hecho el Ángel con el mundo de ella.

Se volvió de costado. «Baluka debe de pensar ahora que Valhan es el Raen. —

Creía que los Ángeles eran hechiceros comunes—. O, en este caso, un hechicero extraordinario». Entonces recordó la explicación de Baluka: «En algunos mundos lo veneran como a un dios benévolo».

Se tendió boca arriba. «Por eso impidió que yo siguiera leyéndole la mente. No quería ofenderme o asustarme».

Ahora Baluka, y quizá también Leyikh y Ankari, debían de estar preguntándose qué hacer con ella. Tal vez les preocupaba que el hechicero poderoso les exigiera que se la entregaran a él. Posiblemente temían que Inekera los castigara por salvar a alguien a quien ella quizá había intentado matar.

Pero Valhan no era un hechicero. Se parecía a los ángeles pintados en los espirituales y los templos del mundo de Rielle. Además, ¿por qué iba a prestarle la menor atención un hechicero importante y peligroso? Sin duda entre tantos mundos había artesanos con más habilidad y talento que ella. ¿Por qué habría él de tomarse la molestia adicional de llevársela consigo?

Se incorporó. Tenía que tranquilizar a Baluka y a sus padres, pero ignoraba por completo dónde estaban y no le resultaría fácil pedir a los criados que se lo indicaran. Por otro lado, ¿le creerían los viajeros? No sabían quiénes eran los Ángeles ni estaban dispuestos siquiera a plantearse la posibilidad de que existieran. De todos modos, pronto nada de ello importaría, aunque ella se habría sentido mejor sabiendo que no les había dado motivos de intranquilidad. Se recostó de nuevo y se quedó contemplando la parte inferior del dosel.

Al cabo de un rato, desistió de conciliar el sueño. Se levantó y examinó todo lo que había en la habitación. Unas cortinas pesadas ocultaban altos ventanales. Cuando apartó una de ellas, descubrió asombrada que el edificio era aún más grande de lo que creía, con un espacioso patio interior rodeado por los cuatro costados por paredes y ventanas.

Un centelleo atrajo su mirada hacia arriba, y contuvo un grito. Antes, cuando se dirigían hacia el comedor, ella había vislumbrado el cielo y advertido que, aunque la nebulosa atmósfera se había ensombrecido, la noche allí no era tan oscura como en otros mundos. Ahora, sin embargo, bajo el denso manto de nubes, se movían unas enormes luces de colores. Atenuadas por la bruma, iban del azul al verde, y de vez en cuando se intensificaban hasta alcanzar un tono cercano al amarillo.

«Ahora seguro que no podré dormir».

Tras acercarse a la silla sobre la que había tirado su ropa de cualquier manera, se cambió rápidamente. Tal como esperaba, una de las ventanas era una puerta que se abría al patio. La abrió y salió, con la cabeza echada hacia atrás para admirar el firmamento. «Pase lo que pase, y a pesar de todo, me alegro de haber tenido la oportunidad de ver esto».

Poco después, el sonido de unos pasos captó su atención. Dos hombres caminaban hacia ella. Reconoció de inmediato a uno de ellos como Lord Felomar. El otro era un criado. Cuando llegaron junto a ella, el lord sonrió, pronunció unas

palabras y señaló la frente del anciano. Este habló y se quedó esperando, en silencio, mirando a Rielle con expectación. Ella desplazó la vista del uno al otro. El lord repitió el gesto, y Rielle comprendió por fin lo que intentaba comunicarle. Estaban invitándola a leerle la mente al criado.

Ella proyectó los sentidos con timidez. Comprobó en el acto que su suposición era correcta. El lord había elegido a Pel, el viejo, como intérprete. Felomar habló de nuevo.

—La Sombra nos está ofreciendo todo un espectáculo esta noche —tradujo el anciano. Ella dedujo que se referían a la deidad venerada por su pueblo.

«¿Será un Ángel?», se preguntó, mirando hacia lo alto. Leyó en los pensamientos de Pel que se trataba de un ser distinto.

—¿Lo habéis visto alguna vez? —inquirió ella.

—No. Carece de forma física —contestó Felomar.

«Extraña religión —pensó Rielle—. Por otra parte, yo creía en los Ángeles mucho antes de conocer a uno, y la mayoría de los habitantes de mi mundo nunca los han visto».

—¿No podías dormir? —preguntó Felomar. Ella sacudió la cabeza—. Yo tampoco. ¿Te gustaría que te mostrara otras partes de la casa?

—Me encantaría. —Recordaba que Baluka había mencionado una biblioteca repleta de tesoros.

Felomar la guio al interior del edificio. Avanzaron con paso tranquilo por un pasillo que discurría a lo largo de una de las descomunales alas, visitando varias habitaciones. Algunas estaban destinadas a reuniones formales, otras a la diversión. Todas estaban decoradas con adornos y muebles suntuosos. Ella formulaba preguntas con voz titubeante, extrayendo de la mente de Pel las palabras que necesitaba. El viejo estaba lleno de recuerdos: de personas que abarrotaban la sala de baile, tan espaciosa que habría podido albergar el templo principal de Fogo; de Lord Felomar entreteniéndose en una habitación repleta de juegos cuando era niño; de visitas importantes, como la del emperador; y de diversas tareas llevadas a cabo por los hombres y mujeres al servicio del lord.

Llegaron frente a dos puertas gigantescas que Pel sabía que daban a la habitación favorita de Felomar. Contenía una colección de cuadros reunidos en el transcurso de muchas generaciones y en múltiples mundos. A Rielle se le aceleró el pulso, y, cuando entró en la estancia detrás de él, se le cortó la respiración. Era casi tan amplia como la sala de baile, aunque el techo no era tan alto. Algunos cuadros tenían un tamaño similar al de la fachada de la tintorería de su familia. El suelo estaba poblado de estatuas. Pel se dirigió a un lado e hizo girar un disco en un panel. Los faroles colocados entre las pinturas se encendieron con un parpadeo y bañaron la habitación en una luz suave que reveló los detalles de las obras de arte.

Felomar comenzó a explicarle los orígenes y la antigüedad de cada pieza mientras la conducía con parsimonia a lo largo de una pared. En ocasiones le hablaba también

de los artistas o talleres que las habían creado. Rielle vio paisajes más exóticos y espectaculares que todos los que había percibido en la mente de Baluka. La diversidad de bestias, plantas, personas y vestimentas representadas parecía infinita.

Pero lo que más la fascinó fueron los medios empleados en la creación de las obras. Había composiciones sencillas realizadas con unos pocos trazos colgadas al lado de otras compuestas con tal finura que no se alcanzaba a distinguir una sola pincelada. Unas veces la pintura estaba aplicada con brochazos gruesos, y otras resultaba traslúcida o formaba varias capas. Descubrió, entre desencantada y divertida, que el invento de Izare de la pintura oleosa se empleaba de forma habitual en casi todos los mundos. Tuvo que reconocer que, en cuanto a las técnicas artísticas, su propio mundo estaba muy atrasado respecto a la mayoría.

Hacia el fondo de la sala se encontraba la colección de retratos. Felomar le refirió quién era cada uno de los representados. Un cuadro en particular dominaba la pared del fondo, pero ella no dejó que la distrajera de las explicaciones de su anfitrión y guía. «Sí, ya sé que eres importante —le dijo en su fuero interno—, pero tendrás que esperar a que llegue tu turno». No fijó la vista en él hasta que se hallaron cerca del rincón.

Una mirada sombría y familiar le heló la sangre.

«¡Es él!».

Y, sin embargo, no lo era. Había algo en la imagen que no le cuadraba del todo, como si el artista no hubiera conseguido reproducir sus rasgos con fidelidad, o los hubiera pintado basándose en una descripción. Al estudiarlo con atención, Rielle captó las diferencias. No se apreciaban reflejos azulados en el cabello negro. La tez no era ya de un blanco absoluto y fantasmal, sino simplemente pálida. Por otro lado, los finos contornos de la mandíbula, pómulos y cejas estaban bien conseguidos. En cuanto a los ojos...

—¿Lo habías visto antes? —preguntó Lord Felomar.

Aunque su tono era desenfadado, no conseguía disimular del todo la tensión. La respuesta que ella le diera tendría consecuencias. Cuando exploró los pensamientos del criado, se le cayó el alma a los pies. De todas las personas que había en todos los mundos, ¿por qué tenía que asemejarse el Ángel justo a aquella?

—No —respondió—. Se parece un poco a alguien, pero no se trata de él.

—¿A quién te recuerda?

—A un hombre venerado en mi mundo.

Se volvió hacia el cuadro que habían estado a punto de examinar antes de que ella reparara en el enorme retrato. Felomar, en vez de seguir su ejemplo, dio unos pasos hasta detenerse ante la pintura de aquella persona que no era Valhan. De mala gana, Rielle lo siguió. Apartó la vista del rostro y estudió el fondo. Se trataba de una habitación que no tenía elementos destacables: paredes, una mesa, una planta que crecía en un cuenco achatado.

—Me cuesta imaginarlo posando para esto —comentó Felomar—. No parece esa

clase de persona. El artista seguramente lo pintó de memoria. Me han dicho que es un retrato extraordinariamente exacto, pese a sus doscientos ciclos de antigüedad. Sin embargo, ninguna representación de él puede considerarse del todo fiel, ya que en ocasiones cambia de apariencia.

A Rielle se le revolvió el estómago. «De modo que me resultará aún más difícil convencer a los viajeros de que ese no es Valhan. ¿Seré capaz de persuadir a Felomar para que no les muestre este cuadro? ¿O se lo habrá mostrado ya?».

La mirada fría del hombre del retrato empezaba a erizarle el vello. Suspiró, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué ocurre? —quiso saber el lord.

—Tengo muy claro que no es la persona que conozco. A veces, te topas con alguien que es idéntico a un conocido tuyo y no te cabe la menor duda de que son gemelos. Luego, cuando se colocan uno al lado del otro, descubres que no se parecen en absoluto. Solo percibes las semejanzas al verlos por separado, y las diferencias al verlos juntos.

Él arrugó el entrecejo.

—¿Percibirías las diferencias si ambos se encontraran aquí?

—Las percibo a pesar de que uno de ellos no se encuentra aquí.

Él asintió.

—Hay otra cosa que quiero enseñarte.

Rielle lo siguió hasta un armario que le llegaba a la cintura situado a un lado de la pintura. La parte superior era de una sola plancha de vidrio impecable, una maravilla en sí misma. Debajo había tres libros cuidadosamente colocados y abiertos por páginas que contenían otros retratos. Rielle se estremeció al reconocer el rostro. Impreso en tinta negra sobre papel, era blanco, lo que realzaba su asombroso parecido con el Ángel. En el borde de una de las imágenes estaba escrita una palabra. El criado se percató de que ella la miraba con fijeza y el significado afloró a sus pensamientos: «el Raen».

—Hay otro libro —declaró Felomar—. No se lo he mostrado a mucha gente. —Inclinado sobre el pequeño armario, apretó algo en la parte posterior, y un panel se abrió de golpe, girando hacia delante sobre sus goznes. Del compartimento que quedó al descubierto, el lord extrajo otro tomo, amarilleado por el tiempo. Las hojas crujieron levemente cuando lo abrió por una página del principio, marcada con una cinta azul descolorida. Apareció otra versión del mismo rostro, de una familiaridad chocante.

En el margen de arriba, Rielle vio las palabras que constaban en el otro libro: «el Raen». En el inferior, otra palabra; ella supuso que era el título escrito en otro idioma, hasta que lo leyó en la mente del sirviente. Era un nombre.

—Valhan —susurró Pel. De pronto, contuvo la respiración y alzó la vista hacia su patrono.

Rielle se quedó contemplando la palabra. Se le había helado el corazón. «¿Cómo

pueden llamarse igual?». Las dudas se agolparon en su cabeza. Era demasiada casualidad.

«Pero si es verdad que son el mismo...».

Entonces la habían engañado. A ella, a Sa-Mica y a todos los sacerdotes que creían que Valhan era un Ángel.

Pero, fuera o no un Ángel, el hombre que ella había conocido la había tratado con consideración y bondad. Había puesto fin a los terribles abusos que se cometían contra los impuros en el templo de la Montaña. Se había mostrado cordial e indulgente. Sus ojos no eran tan fríos como los del hombre del cuadro.

«Tal vez esté ocurriendo justo lo contrario. Tal vez el hombre al que ellos consideran un hechicero sea en realidad un Ángel, pero como no les han enseñado la verdad, son incapaces de verlo como a un ser superior a los humanos».

Lo que significaba que ella nunca conseguiría convencer a los viajeros o a Lord Felomar de que el Ángel que la había invitado a su hogar no era un hechicero poderoso y temido. Concluirían que ella era víctima de un engaño y la compadecerían si se mantenía fiel a sus creencias y recuerdos.

No le importaba. Rielle respiró hondo, exhaló despacio, y dedicó una sonrisa forzada a Lord Felomar.

—No conozco a este hombre.

Después de contemplarla con aire pensativo, él asintió.

—¿Te gustaría ver más cuadros?

—Sí, pero... ¿podría ser en otro momento?

Felomar movió la cabeza afirmativamente.

—Por supuesto. Será un placer para mí. Se nota que eres amante del arte y me hace feliz ver disfrutar a otros con mi colección. —Miró alrededor—. Yo debería intentar dormir un poco también. ¿Te importa que Pel te acompañe de regreso a tu habitación?

—No, en absoluto.

—En ese caso, te deseo unas buenas noches. —Realizó una reverencia antes de dar unos pasos hacia su criado e inclinarse para acercarle la boca al oído—. No temas, viejo amigo —murmuró—. Nadie ha escrito o dicho que esté prohibido saber su nombre. Aun así, sería aconsejable que no volvieras a pronunciarlo en voz alta.

Pel asintió y, mientras el lord se enderezaba, se volvió hacia Rielle y le indicó por señas que lo siguiera. Tal como Baluka le había enseñado, ella efectuó una reverencia ante Felomar y salió de la sala detrás del sirviente.

Al cabo de un rato, la luz que se colaba entre las cortinas se hizo más intensa. Rielle se levantó de la cama, se acercó a la rendija y separó las colgaduras para ver el patio bajo lo que en ese mundo constituía la luz del día. Todo parecía distinto, y sin embargo nada había cambiado. Cayó en la cuenta de que el cambio se había producido en su interior. «¿Creo ahora que Valhan es un hechicero con una edad de mil ciclos?»

»No. —Pero los viajeros sí lo creían. Al igual que Lord Felomar, que se había ofrecido a ayudarla cuando ellos se marcharan—. Creemos en cosas diferentes, y tendré que habituarme a ello».

Baluka le había advertido que los habitantes de Diama se ofendían con facilidad con quienes no compartían sus ideas religiosas. Ella había supuesto que verían con malos ojos que tuviera una fe distinta de la suya. La situación era la contraria. «De hecho, no me ofende que no crean en los Ángeles, pero me ofendería que intentaran persuadirme para que abandonara mis creencias». Al fin y al cabo, ella tenía todas las pruebas que necesitaba de la existencia de los Ángeles: había conocido a uno.

No obstante, una idea perturbadora la asaltó, como ya había ocurrido varias veces desde que había vuelto a acostarse, cuando recordó las palabras de Felomar: «Ninguna representación de él puede considerarse del todo fiel, ya que en ocasiones cambia de apariencia».

Unos golpecitos en la puerta la sobresaltaron. Al abrirla, se encontró frente a un criado que sostenía varias prendas limpias del estilo de las que llevaban los viajeros. El hombre le señaló la frente, como había hecho Pel, de modo que Rielle le exploró la mente. Leyikh quería que fuera a verlo. El criado la guiaría hasta él una vez que estuviera vestida y lista.

La fatiga se apoderó de Rielle en cuanto cerró la puerta. No había pegado ojo desde que había regresado a su habitación, o en todo caso había echado unas cabezadas sin darse cuenta. Se cambió a toda prisa y se dirigió de nuevo a la puerta. Tras ejecutar una reverencia, el criado la condujo hasta el final del pasillo y luego enfiló otro. Se detuvo frente a una puerta abierta, hizo otra reverencia y se alejó.

Rielle vio a Ankari sentada en el interior de la habitación. Vaciló por unos instantes, haciendo acopio de fuerzas para encarar la conversación que sin duda iba a producirse. Leyikh se encontraba de pie junto a una ventana, y Baluka ocupaba una silla frente a su madre. Estaban callados, abstraídos de lo que los rodeaba, y aparentemente todos tan desvelados como Rielle.

Entonces Baluka reparó en ella y se levantó de un salto, sonriente.

—Rielle —dijo—. Adelante.

Le abrió la mente, y ella comprobó que sus expectativas no eran infundadas. Querían hablar con ella sobre Valhan. Ella arrugó el entrecejo, y la sonrisa de Baluka se desvaneció. Le hizo señas para que entrara. Cuando ella cruzó la puerta, Leyikh sirvió un líquido rojo en un vaso.

—Bébetelo esto —le sugirió, y el significado afloró con claridad a la mente de Baluka—. Te ayuda a despabilarte cuando estás cansada. Todos nos hemos tomado uno.

Ella aceptó el vaso y probó un sorbo. Un sabor amargo suavizado por un toque dulce le inundó la boca. Notó una opresión en las sienes, pero al cabo de un momento se le calmó el dolor, y la fatiga remitió. El patriarca se sentó junto a su esposa. Rielle se acomodó en una silla, cerca de la de Baluka.

—Tengo algo que contarte —anunció Leyikh. Para sorpresa de Rielle, advirtió de pronto que el hombre le había abierto sus pensamientos. Él hizo una pausa para poner en orden sus ideas y decidir por dónde empezar—. Cuando era niño, había un mundo en nuestro ciclo que me hacía una ilusión especial visitar. La familia con la que comerciábamos no era tan rica como Felomar, pero la madre era hermana del gobernante local. Nos alojábamos con ellos durante varios días, y los niños viajeros jugábamos con los tres hijos de los anfitriones.

»La mayor, Roslie, aunque era un poco más joven que yo, siempre tomaba la iniciativa e inventaba los juegos con que nos entreteníamos. Cada ciclo me asaltaba la preocupación de que, cuando volviéramos a encontrarnos, algo hubiera cambiado y no nos lleváramos tan bien, pero, por el contrario, cada ciclo nos cobrábamos más afecto. Conforme nos hacíamos mayores, empezamos a tener puntos de vista distintos sobre la vida, pero nos prometimos que eso no afectaría a nuestra amistad.

»Un día, cuando llegué, ella me trató con desdén. Los forasteros pueden casarse con viajeros, y los viajeros pueden dejar a su familia para casarse con forasteros, pero ella pertenecía a la realeza y era la primogénita, por lo que, para sus padres, su valor residiría tanto en la persona con quien contrajera matrimonio, como en el uso que hiciera de su poder y su fortuna. En modo alguno le permitirían desposarse con un viajero. —Leyikh esbozó una sonrisa torcida—. Sin embargo, cuando volvió a verme y me explicó los planes que tenían para ella, empezamos a desear lo que no podíamos conseguir. Cuanto más inalcanzable se volvía, mayor era nuestro anhelo. —Ankari murmuró algo, y el hombre sonrió—. Claro que creíamos estar enamorados. Tal vez lo estábamos. Todo es distinto cuando uno es joven. —Se encogió de hombros—. Pedí ayuda a mis padres, pero, aunque se mostraron comprensivos, no pude convencerlos de que consintieran nuestro matrimonio. Eso habría destruido las relaciones comerciales con aquel mundo y nos habría obligado a modificar nuestra ruta. Me ofrecí a acometer la peligrosa empresa de encontrar otro mundo con habitantes fiables que ofrecieran mercancías valiosas, pero aun así se negaron.

»Entonces acudí a los padres de Roslie y les aseguré que estaba dispuesto a

quedarme en su mundo y poner mis poderes a su servicio, siempre y cuando me concedieran su permiso para casarme con ella. Ellos también se negaron, pues no querían romper sus acuerdos con los viajeros ni el compromiso de Roslie con el aliado de la familia. —Leyikh sacudió la cabeza, y el rostro de una joven apareció en su memoria—. Ella se puso furiosa. Dijo que ninguna de las dos familias nos merecía, y que lo mejor que podíamos hacer era fugarnos. Yo no veía ninguna otra alternativa para estar juntos. Cuando nuestro itinerario nos llevara de nuevo a ese mundo, ella ya no estaría allí, por lo que teníamos que marcharnos de inmediato. La alejé de su mundo y del camino de mi familia. Viajábamos entre mundos una y otra vez para burlar a nuestros perseguidores. —Asumió una expresión nostálgica—. Era más fácil de lo que me había imaginado, aunque, por otro lado, nos movíamos en una zona de mundos ricos en magia y en los que era poco probable que nos quedáramos atrapados.

»Seguimos así durante muchos días, hasta que Roslie empezó a echar de menos los lujos de su hogar. Se le había metido en la cabeza que fundaríamos un pequeño reino, y no me creía del todo cuando yo le decía que no sería tan sencillo como presentarnos en un lugar y confiar en que todos nos obedecieran. Comprendí que tendríamos que intentarlo y fracasar antes de que ella se conformara con llevar una vida más austera. Me avergüenza reconocer que yo estaba dispuesto a ello, por complacerla.

Leyikh hizo una pausa y respiró hondo, mientras el miedo que traían consigo los recuerdos le ensombrecía la mente.

—Buscábamos un lugar apropiado cuando el Raen nos encontró. —Alzó la vista hacia Rielle—. Valhan.

Rielle vio una cara en la mente de Leyikh, pero él no esperaba que la reconociera. Habían transcurrido demasiados años para que el recuerdo fuera nítido. A pesar de todo, un escalofrío la recorrió, pues lo había reconocido. Los ojos, la forma del rostro..., muy similares a los del hombre del retrato.

—Se abatió sobre nosotros como una sombra en el espacio entre mundos, nos capturó y nos arrastró hasta el mundo siguiente. Supe al instante quién era, pero Roslie no. Él me miró a mí y luego a ella, leyéndonos la mente.

»Solo dijo dos cosas. Primero me ordenó que regresara con mi familia. Después, clavó la vista en Roslie y... —Leyikh se estremeció al rememoralo—... le cambió el semblante. Cuando me volví hacia ella para intentar comprender por qué, vi en su mente que ni siquiera era consciente de ello. Él la tenía total y absolutamente embelesada. Le parecía un ser perfecto. Yo nunca había percibido en ella una atracción comparable hacia mí, y no me sorprendió que, cuando él le tendió la mano y le pidió que se fuera con él, ella lo obedeciera sin vacilar. —En el recuerdo de Leyikh, Rielle vio una expresión de triunfo en el rostro del hechicero.

Advirtió que el dolor por aquella traición se había mitigado con el tiempo, pero no así el miedo. No era tan agudo como el sentimiento de culpa que le producía el no

haber plantado cara por Roslie. Lo había embargado la ira al ver que ella no oponía la menor resistencia a los encantos del Raen. «Era muy joven», se recordó a sí mismo.

—Mis familiares me aceptaron de nuevo entre ellos solo porque tal era el deseo del Raen y no querían comprometer el pacto entre los viajeros y él que nos permite comerciar con los diversos mundos. —Alzó la mirada hacia Rielle—. Reconocí su nombre en tu pensamiento el primer día que pasaste con nosotros. No podíamos abandonarte a tu suerte en el desierto, pero tampoco poner a nuestro pueblo en peligro. Yo tampoco quería asustarte o disgustarte revelándote la verdad sobre él. Habría sido mejor que regresaras a tu mundo sin enterarte de las mentiras que él te había contado.

»Cabe la posibilidad de que no se trate del mismo hechicero que te arrancó de tu mundo, pero no es probable. Sería demasiada casualidad que se parecieran tanto, tuvieran el mismo nombre y que la llegada y la partida de tu mundo del Ángel coincidieran más o menos con las fechas en que el Raen se marchó y reapareció. Además, debemos considerar a efectos prácticos que él es el Raen, por el peligro que se cernería sobre todos nosotros si resultara serlo y te localizara.

A Rielle empezó a dolerle la mandíbula. Se dio cuenta de que estaba apretando los dientes e intentó relajarse. El relato de Leyikh le había helado la sangre. «Aunque indica que el Raen podría haberse cambiado el color del cabello y de la piel, no demuestra que sea el Ángel. El Ángel es cordial y bondadoso. —El corazón le dejó de latir un instante—. ¡Precisamente por eso sé que el Raen no es el Ángel!».

—Una historia circula entre los viajeros desde hace más de veinte ciclos —prosiguió Leyikh—. Sobre el mensaje que había dejado un rebelde conocido. En él declaraba su intención de atraer al Raen a un mundo muerto, deshabitado. Nadie lo volvió a ver. Tampoco al Raen. La gente concibió la esperanza de que el plan del rebelde hubiera tenido éxito, pero como no había señales de una gran batalla, ni, mejor aún, un cadáver, pasó mucho tiempo antes de que alguien reuniera el valor suficiente para desobedecer las leyes del Raen. A la larga, lo han hecho. Los hechiceros han empezado a viajar entre mundos otra vez, y a enseñar esta técnica a otros. Se han establecido escuelas de hechicería. Todo ello contraviene las leyes del Raen. Tendrán problemas si no se enteran a tiempo de que él ha regresado. Tendrán que esconderse, o jurarle lealtad..., e incluso es posible que esto no salve a los más fuertes.

Según Rielle leyó en su mente, él creía que el Raen los masacraría por el mero hecho de ser lo bastante poderosos para representar una amenaza. Esto reforzó su certeza de que el Ángel y el Raen no eran el mismo. El Ángel no era un asesino despiadado. Había perdonado a los impuros y liberado a los presos del templo de la Montaña.

—Solo sus aliados y los viajeros gozan de la libertad de viajar entre mundos —añadió Baluka en voz baja. Volvían a brillarle los ojos, y Rielle vio que las leyendas sobre el Raen lo fascinaban desde niño. No se había criado con miedo a un encuentro

con el hechicero inmortal. Sin embargo, estaba preocupado por Rielle.

Ella se estremeció al comprender el porqué. Baluka creía que el Raen la mataría si descubría que seguía con vida.

—¿Por qué querría matarme? —balbuceó ella—. Quería que yo viviera en este mundo.

Ella vio la respuesta en la mente de Baluka. Se había fijado en que Inekera la había abandonado en el mundo desértico después de que Rielle demostrara su poder absorbiendo toda la magia posible.

—Posees mucha fuerza —señaló Leyikh—. Dudo que el Raen se percatara de lo poderosa que eres, y cuando Inekera lo descubrió, decidió deshacerse de ti como un favor hacia él. —Torció el gesto—. Él suele delegar las tareas más desagradables en sus aliados.

Rielle se quedó sobrecogida.

—¡No sería capaz de algo así! —Al reparar en las expresiones sombrías de los demás, sacudió la cabeza—. Además, ¿por qué en vez de matarme, sin más, ella me dejó en un desierto?

—Seguramente porque eres más poderosa que ella —respondió Baluka—. Atacarte directamente habría sido arriesgado. Debió de suponer que no podías viajar entre mundos, o quizá lo sabía. Dejarte a medio camino entre ellos para asfixiarte o abandonarte en un desierto deshabitado era la forma de desembarazarse de ti que entrañaba menos peligro para ella.

Rielle desplazó la vista entre los viajeros. Estaban tan convencidos de que el Ángel era el Raen y albergaba intenciones perversas que, al margen de lo que dijera ella, encontrarían una explicación acorde con sus ideas.

Y en realidad no podía reprochárselo. Solo querían ayudarla y mantener a su familia a salvo.

—Entonces ¿qué debo hacer?

Leyikh se acarició la barba.

—No puedes quedarte aquí. Lord Felomar no correrá el riesgo de ayudar a una hechicera tan poderosa como tú ahora que el Raen ha vuelto. —Frunció el ceño—. Los viajeros también estamos sujetos a la ley dictada por él que prohíbe enseñar a otros a trasladarse entre mundos, así que no podemos continuar con tu entrenamiento. Tendrás que encontrar a un instructor dispuesto a infringir la ley del Raen para regresar a tu mundo de origen, o bien un hogar en otro mundo donde permanecer oculta.

»Estarás más a salvo en tu mundo —aseveró Leyikh—. Es el único lugar al que puedes estar segura de que nunca volverá, pues se quedaría atrapado de nuevo.

—Pero no es un lugar seguro para una hechicera —observó Baluka—. Tal vez encontrar a un instructor no sea tan difícil como parece. Más de un hechicero se llevará un disgusto cuando se restablezcan las leyes del Raen. Algunos las han desobedecido siempre. —Hizo una pausa, mordisqueándose el labio inferior—. Sin

embargo, no será fácil localizarlos cuando se enteren del retorno del Raen.

Ankari se inclinó y le dio unas palmaditas en la mano a Rielle.

—Tranquila. Te ayudaremos a encontrar un lugar agradable, decidas lo que decidas.

Rielle dedicó una sonrisa de agradecimiento a la mujer y se volvió hacia Leyikh como si se le hubiera ocurrido otra posibilidad.

—Pero si el Raen se topa con alguno de vosotros, ¿no averiguará mi paradero leyéndole la mente?

Leyikh asintió.

—Podemos saber quién te está entrenando, pero no hace falta que sepamos dónde.

—El mercado de Worweau es un buen lugar donde buscar a un instructor —dijo Ankari, mirando a Leyikh—. Quizá encontremos a uno entre los metrios. Su aspecto y su cultura son similares a los de Rielle, pero no tienen leyes contra el uso de la magia. Además, valorarían sus habilidades como artesana.

Leyikh reflexionó unos instantes, con expresión ceñuda, y asintió, no del todo convencido.

—Metri es una buena opción, pero el mercado de Worweau se halla a muchos mundos de distancia. —Dirigió la vista hacia Rielle—. Muy lejos del mundo del que ella procede.

—Y también del último lugar donde sabemos que ha estado el Raen —señaló Ankari—. Más vale que ella esté lejos de su hogar, pero a salvo, que cerca pero en peligro. Y a lo mejor Metri le gusta lo suficiente para instalarse allí. —Miró a Rielle—. Deberías poner por escrito lo que viste en todos los mundos por los que recuerdas haber pasado antes de llegar al de Inekera, por si en algún momento te falla la memoria.

Rielle asintió. Leyikh posó la vista en su mujer, luego en su hijo, y por último en ella.

—Es la mejor opción que tenemos por ahora. Rielle, no conviene que nadie más se entere de que aceptaste la invitación de servir al Raen, o de que Inekera intentó matarte. Desde este momento, debemos mantener todos la mente cerrada a menos que la necesidad de traducir sea urgente. Sobre todo tú, Rielle.

—Pero ¿cómo os entenderé sin que me traduzca Baluka? —preguntó ella.

El patriarca sonrió.

—Tal como hacen todos los que carecen de poderes mágicos. Aprender nuestra lengua, la de los viajeros, te resultará más útil de lo que imaginas. Se emplea en casi todos los mundos como idioma comercial, así que te permitirá comunicarte con más gente que con mi familia y mi pueblo.

—Y además te conferirá respetabilidad —añadió Baluka—. El conocimiento del idioma de los viajeros te distingue como una persona culta e importante.

—No demasiado importante, si quieres pasar desapercibida —le advirtió Leyikh

—. ¿Tienes más preguntas que hacernos antes de que Baluka bloquee su mente?

Rielle meditó sobre ello.

—¿Cuándo partiremos?

—En cuanto tomemos un desayuno rápido. Si has dejado pertenencias en tu habitación, será mejor que vayas a recogerlas ahora. ¿Algo más?

Ella negó con la cabeza.

La mente de Leyikh se desvaneció de sus sentidos, y después la de Baluka. Todos se pusieron de pie, y la pareja mayor fue la primera en salir de la habitación. Baluka le indicó a Rielle que lo siguiera. Caminaron en silencio. Cuando llegaron al pasillo que conducía a la habitación de ella, él le abrió su mente de nuevo.

—Sé que sigues creyendo que el Ángel y el Raen no son la misma persona —murmuró—. No me hace falta leerte el pensamiento para darme cuenta. Yo en tu lugar no querría reconocer que me han engañado. Pero sé que para ti no se trata solo de eso. —Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas para expresar lo que quería decir—. Tal vez no seas consciente de ello, pero puede que una parte de ti tema que eso signifique que los Ángeles no te han perdonado.

Una punzada de horror la atravesó. Él tenía razón. Un destello de rencor se encendió en su interior, pero se extinguió enseguida, cediendo el paso a la gratitud. Por lo menos había alguien que la comprendía, aunque ese alguien no creyera en la existencia de los Ángeles.

Baluka la observaba con expectación, así que ella rebuscó entre las pocas palabras en idioma viajero que había aprendido para dar con la adecuada.

—Gracias —dijo en la lengua de él.

Él desplegó una sonrisa luminosa, y a ella la asaltó el pensamiento —no por primera vez, aunque nunca antes había podido recrearse en él— de que era un joven apuesto. «Y de buen carácter —añadió para sus adentros mientras entraba con sigilo en su dormitorio para recoger su ropa—. Algún día hará muy feliz a una chica viajera».

SEGUNDA PARTE

Tyen

El insectoide de mayor tamaño se abalanzó sobre su rival, abriendo y cerrando sus enormes pinzas delanteras con unos chasquidos que resonaban en el aula. Un tenue murmullo de expectación y temor escapó del corro de alumnos que presenciaban la lucha. Conocido como el Kroche, el insectoide había partido en dos al combatiente anterior con esas pinzas... y había estado a punto de pellizcarle el dedo al creador de la víctima, que había saltado al cuadrilátero para retirar los restos.

Esta vez su objetivo era un pequeño insectoide con el dorso redondeado, una cúpula cubierta de hoyuelos con una cabeza rechoncha y acorazada, sostenida por numerosas patitas. Tyen observó con aprobación que tenía el cuerpo demasiado grueso para que el Kroche pudiera abarcarlo con las pinzas y que, aunque le arrancaran algunas patas, podría continuar moviéndose. Pero ¿dónde estaban las armas ofensivas? Para ganar, debía inutilizar a su oponente.

Cuando el Kroche atacó, saltando sobre el dorso del insectoide nuevo para intentar desprenderle la cabeza, los hoyuelos se tornaron negros. «No —se corrigió Tyen—. Son agujeros». Innumerables púas brotaron de la cúpula metálica. Casi todas resbalaron al rozar el grueso caparazón del Kroche, pero una de ellas topó con un punto débil entre los segmentos del cuerpo y se hundió en él.

Otras dos púas salieron despedidas hacia arriba desde el dorso redondeado y se clavaron en el techo. Tyen frunció el ceño. Los espectadores estaban protegidos por una barrera de magia invisible, por lo que no le preocupaba que alguien resultara herido, pero el uso de proyectiles por parte de un insectoide era motivo de descalificación inmediata. Se suponía que aquellos combates debían fomentar la inventiva y el ingenio, no convertirse en un intercambio de objetos arrojados o explosivos. Sin embargo, las otras púas se habían retraído al interior de la cúpula, por lo que, si una inspección posterior demostraba que no estaban diseñadas para salir disparadas, el creador aún podría proclamarse vencedor.

Los otros alumnos profirieron exclamaciones de entusiasmo cuando el Kroche, ganador de los últimos tres torneos de insectoides, cayó rodando de la cúpula y quedó tumbado, retorciéndose con impotencia. En cuanto el vencedor alcanzó un círculo trazado en la esquina más apartada, prorrumpieron en gritos y aullidos de júbilo, mientras algunos se aglomeraban en torno a la sonrojada creadora para propinarle palmadas en la espalda. Ella miró a Tyen, intentando reprimir una sonrisa mientras aguardaba la confirmación de su victoria.

Tyen esperó a que su silencio moviera a todos a callarse, y entonces desplegó una gran sonrisa.

—¡Tenemos a una nueva ganadora! ¡Declaro a Dalle Brokeer Artífice Primera del Duodécimo Torneo de Insectoides! —Estallaron nuevas aclamaciones.

—Te lo dije. Si alguien podía lograrlo, era ella —aseveró una voz a su izquierda. Al volverse, vio acercarse a Zeke, el hermano de Dalle. Aunque tenía los brazos cruzados, los ojos le brillaban de orgullo.

—Es verdad —respondió Tyen—. No podías ocupar el primer puesto eternamente.

—Con el Kroche, no —admitió Zeke—. Me sorprende que haya durado tanto. Pero el diseño de Dalle no será difícil de derrotar. Está concebido con un único propósito.

—No estoy tan seguro de eso —repuso Tyen—. Supongo que lo modificará para adaptarlo a una gama más amplia de adversarios antes de meterlo en otro combate. Además tendrá que arreglar algunos problemas de diseño. —Alzó la vista hacia las púas incrustadas en el techo, y Zeke soltó una risita.

Por encima del ruido de la sala se oyó un repique lejano que indicaba el final de las clases. Dalle se apartó de los otros estudiantes, recogió a los insectoides y volvió junto a Tyen y Zeke.

—Lo siento —dijo al entregarle el Kroche a su hermano. Tyen advirtió que su tono no era en absoluto de disculpa.

—Enhorabuena —contestó Zeke, con una voz igual de convincente.

Tyen rio entre dientes.

—Fuera de aquí, los dos. Estoy ansioso por ver qué se os ocurre para el siguiente ciclo.

Al contrario de lo que esperaba, los hermanos intercambiaron una mirada de preocupación.

—Creo que no lo sabe —le dijo Zeke a Dalle.

—¿Qué es lo que no sé? —preguntó Tyen, desplazando la vista de uno a otro y fijándose en sus expresiones sombrías—. ¿Os marcháis?

—Pues... —titubeó ella—. ¿Has oído el rumor de que el Raen ha vuelto?

Tyen sacudió la cabeza.

—¿Quién?

Dalle arqueó las cejas.

—¿Ni siquiera habías oído hablar del Raen?

—No.

—Es el Soberano de Todos los Mundos —explicó Zeke—. O más bien lo era hasta hace unos veinte ciclos, cuando desapareció.

—Será otro falso avistamiento —le dijo Dalle a Zeke. Volvió los ojos hacia los otros alumnos, que estaban apiñados, esperándolos a ellos, sin duda con la intención de ir a celebrar el triunfo de ella—. Cada pocos ciclos se corre entre los mundos la voz de que él ha regresado, y entonces cunde el pánico. —Retrocedió un paso—. Vamos, Zeke. Tengo hambre.

Su hermano se encogió de hombros y los dos fueron a reunirse con sus amigos. Tyen los observó alejarse antes de ordenar el aula con rapidez y encaminarse hacia su habitación.

Los pasillos estaban más abarrotados que nunca. Pequeños grupos de estudiantes se interponían en su camino, obligándolo a carraspear con fuerza para que repararan en él y se hicieran a un lado. Alumnos solitarios iban y venían a toda prisa, como de costumbre, pero todos parecían más consternados que contentos porque las clases del día habían terminado.

Cuando subió a la planta superior también encontró a profesores que le obstruían el paso, hablando en susurros. Cuando lo veían aproximarse, se quedaban callados hasta que pasaba de largo. Cuando conseguía acercarse sin que se dieran cuenta, escuchaba con atención y oía el nombre que había pronunciado Dalle.

«Sea quien sea, o haya sido, el tal Raen —pensó—, debía de ejercer un poder inmenso para que todo el mundo siga teniéndole tanto miedo».

Cuando llegó a su habitación, siguió la rutina habitual de después de clase: se quitó el uniforme y se puso una ropa más parecida a la que llevaba en su lugar de origen; abrió una vitrina grande en la que guardaba sus libros, varios insectoides y otras creaciones mecánicas desde que había ingresado en Liftre. En el centro había un reloj de tamaño considerable. El primer juego de manecillas indicaba la hora y la fecha en Leracia. Se había acostumbrado a llamar a su mundo como a su país natal, ya que, a diferencia de la mayoría de los mundos, no tenía un nombre propio. Solo gracias a que algunas piezas de Bicho solían emplearse en la fabricación de relojes había conseguido crear uno ajustado a la hora leraciana.

Un segundo juego de manecillas marcaba la hora de los viajeros. Puesto que el paso de los días y los años —o incluso de las horas— no se medía del mismo modo en los diferentes mundos, la hora de los viajeros se usaba como una segunda medida común en gran parte de ellos.

«Dejé mi mundo hace más de seis años leracianos, lo que equivale a cinco ciclos y un cuarto». Aunque ese período no se le había hecho corto, ahora le daba la impresión de que había transcurrido en un abrir y cerrar de ojos. Había pasado casi todo ese tiempo en Liftre, inmerso en sus estudios, tras vagar por los mundos durante medio ciclo.

Lo más difícil había sido aprender un idioma nuevo. Al menos allí había habido solo un idioma que aprender. El de los viajeros se hablaba como segunda lengua en casi todos los mundos, aunque en general solo lo conocían los mercaderes, hechiceros y nobles. Era un requisito que Liftre exigía a todos los nuevos alumnos. Por fortuna, en el momento de ingresar en la escuela, había aprendido lo suficiente leyendo mentes durante ese medio ciclo de vagabundeo para alcanzar un dominio básico del idioma.

La parte superior del marco del reloj estaba decorada con un mapa de aquel mundo. Por medio de la magia, Tyen desplazó, calentó y enfrió elementos de la

cerradura hasta que la tapa se abrió sobre sus goznes. En el hueco que había debajo encajaba a la perfección un libro pequeño encuadernado en piel.

«Vella». Tyen la sacó. Desprendía una ligera calidez, como siempre. Mientras la sostenía entre las manos, sabía que ella estaba absorbiendo toda la información reciente que se había almacenado en su memoria desde la última vez que él la había tocado. En una ocasión, Tyen la había puesto a prueba con el fin de averiguar si ella sería capaz de asimilar todo lo que él había aprendido ese día aunque el contacto durara muy poco. Descubrió que, por muy breve que fuera, ella siempre lo absorbía todo.

Él la abrió por la primera página.

—*Hola, Tyen. ¿Quién ha ganado el torneo?*

Ella conocía la respuesta, desde luego, pero se lo preguntaba para darle conversación.

«Dalle, con un diseño engañosamente sencillo».

—*La hermana de Zeke. Al principio, dudabas de su capacidad. No volverás a subestimarla.*

«No. Pero... ¿entre los datos que tienes figura alguien conocido como el Raen?».

—*Sí. Supe de él a través de Tarren. El Raen era muy poderoso y se cree que tenía casi mil ciclos de edad en la época en que desapareció. No se han producido avistamientos creíbles desde hace más de veinte ciclos, por lo que la mayoría lo da por muerto.*

Seguramente por eso Tyen no había prestado demasiada atención a lo que se contaba sobre él ni recordaba su nombre. Desde que había llegado a Liftre, rellenar las lagunas en sus conocimientos sobre hechicería, así como desarrollar y enseñar la «magia mecánica» habían ocupado casi todo su tiempo. Había supuesto que ya tendría oportunidad de instruirse mejor sobre la historia de los mundos más tarde. Tarren, que había sido su mentor durante casi todos sus ciclos como estudiante y se había convertido en un buen amigo, no había hecho mención especial de alguien llamado «el Raen», por lo que Tyen había dado por sentado que no era nadie importante.

«A menos que Tarren tuviera otros motivos para no mencionarlo».

Una campana sonó a lo lejos. Tyen alzó la mirada hacia el reloj. Estaban a punto de servir la cena para los profesores. Incluso era posible que Tarren se uniera a ellos si se había enterado del jugoso rumor que circulaba por ahí.

«Debo irme, Vella. Como todo el mundo hablará de esto, vendrás conmigo».

La cerró y se acercó al escritorio. Al hurgar bajo unos papeles sueltos repletos de notas, encontró la bolsa plana que había confeccionado para llevar a Vella. Tenía una correa con la que colgársela del cuello y agujeros que permitían que la cubierta le tocara la piel, para que ella pudiera ver y oír lo mismo que él. Tras deslizar a Vella dentro, se echó la correa al cuello y se ocultó la bolsa bajo la camisa, de modo que

quedó apoyada contra su pecho.

Bajó la vista hacia Bicho, posado inmóvil sobre una esquina del escritorio.

—Bicho —dijo Tyen. El insectoide cobró vida con un runruneo y se volvió hacia él, haciendo vibrar las antenas—. Vigila la habitación.

El animalillo emitió un gorjeo de asentimiento, y sus alas se pusieron en movimiento, zumbando y tornándose borrosas mientras lo elevaban en el aire. Voló hasta la cabeza disecada de un animal que colgaba encima de la puerta de Tyen — regalo de un ex alumno— y se posó detrás de los cuernos desmochados.

—Así me gusta, Bicho —dijo Tyen. Las alas del escarabajo vibraron a modo de respuesta, una de las muchas pequeñas mejoras que él había introducido en el mecanismo desde que había abandonado su mundo. Las personas que veían con cierto recelo al insectoide se tranquilizaban al comprobar que se comportaba como una mascota bien adiestrada. Además, cuando lo reñían agachaba la cabeza con aparente vergüenza, y era capaz de reproducir cualquier sucesión rítmica de golpecitos con zumbidos, así como de silbar varias melodías sencillas.

Al salir de su habitación, Tyen encontró los pasillos casi desiertos. Los pocos profesores que quedaban lo saludaban a su paso con una cortés inclinación de la cabeza. Aunque él era su colega desde hacía menos de un ciclo, había aportado a la escuela conocimientos de la tecnología más avanzada que ellos habían visto jamás. Se había pagado los estudios desarrollando e impartiendo clases de magia mecánica a las que a menudo asistían profesores entre los alumnos. Hechiceros ya titulados habían vuelto a la escuela al enterarse de aquella nueva forma de magia para aprender a utilizarla, y Tyen contaba con una lista de personas que esperaban obtener una plaza en su clase.

A cambio, él había recibido una formación sólida en todas las demás modalidades de magia. Aunque en la Academia había aprendido los principios básicos —que todo constituía una variación del movimiento o de la inmovilización—, solo le habían enseñado las aplicaciones que eran posibles en un mundo pobre en magia. En los mundos donde abundaba, que al parecer eran casi todos, podían hacerse muchas más cosas.

Le había llevado un tiempo abandonar la costumbre de absorber y usar demasiada energía para realizar una tarea. Los combates eran muy distintos cuando el Hollín, el espacio vacío que dejaba la magia consumida, desaparecía tan deprisa porque la energía circundante rellenaba el hueco rápidamente. Para que una zona desprovista de magia llegara a suponer un problema, la batalla tenía que alcanzar dimensiones colosales. Ninguno de los profesores de Liftre permitía combates a esa escala, más que nada porque era una desconsideración despojar mundos de magia, pero también porque cuanto más se utilizara, mayores serían los daños que se producirían cuando se cometieran errores. Creían que las luchas de baja intensidad enseñaban a los alumnos todas las habilidades necesarias de cualquier modo. Tyen sospechaba que estaban equivocados, pero para demostrarlo haría falta una catástrofe enorme, algo

que no deseaba a nadie.

Bajó las escaleras y alcanzó a los profesores rezagados que se dirigían a paso veloz hacia el comedor. Era una sala espaciosa con varias mesas dispuestas en forma de cuadrado. Cuando Tyen entró, un hombre de cabello corto y cano alzó la vista, sonrió y le hizo señas, apuntando al asiento vacío que tenía al lado.

—Tarren —saludó Tyen cuando llegó junto a su viejo amigo—. ¿Qué? ¿Otra vez cenando con la chusma?

—¿Por qué no? Con todas las interrupciones que he tenido hoy... —refunfuñó Tarren—. ¿Cómo ha ido el torneo?

—Bien. Dalle, la hermana del vencedor del ciclo pasado, ha ganado con un diseño interesante.

El hombre mayor sonrió y contempló a Tyen, ladeando la cabeza.

—Fue muy generoso por tu parte quedarte aquí como profesor en vez de irte a perseguir tus sueños a otro sitio. Pocos ex alumnos de Lifre son tan leales.

Tyen se encogió de hombros. Su decisión de quedarse no tenía nada que ver con la lealtad. Admiraba la escuela y su filosofía de instruir a todo aquel que buscara formación, pero no había llegado a establecer un vínculo tan fuerte con ella como con la Academia. El profesor Kilraker, al incriminarlo como ladrón y más tarde matar a miles de personas ocasionando el derrumbamiento del Castillo de la Torre con su egoísmo y estupidez, le había enseñado que los maestros y las instituciones educativas podían volverse contra uno en cualquier momento. Aunque Lifre era un sitio maravilloso, Tyen tenía expectativas más realistas respecto a la supervivencia de la escuela y la suya propia.

«Me quedo porque, según me dicen, no existe mejor fuente de conocimientos de magia que este lugar, que es donde tengo más probabilidades de encontrar la solución para el problema de Vella. —Un ligero sentimiento de culpa que conocía bien lo invadió al recordar la promesa que había hecho de ayudarla a recuperar su estado normal. La demanda de clases sobre magia mecánica le había impedido buscar el modo de devolverle su forma humana—. En cuanto encuentre a un asistente o a alguien que se haga cargo de mis clases, dispondré de tiempo para ello», se dijo, como había hecho ya muchas veces.

Tarren se había ofrecido a colaborar en la búsqueda de un remedio para Vella. Era el único en Lifre que sabía de su existencia. Tyen le había dejado examinarla poco después de su graduación, preparado para recuperarla y salir corriendo si percibía la menor intención de robarla en la mente del anciano, ya fuera en beneficio propio o de la escuela. Había decidido que valía la pena correr el riesgo para que Vella pudiera absorber la considerable sapiencia de Tarren.

Royahna, una de las criadas, se acercó para enumerarles los platos de la noche. Tyen eligió uno y pidió una copa de vino, antes de enfrascarse en una conversación sobre el torneo con el profesor que tenía sentado al otro lado.

—Estoy deseando ver qué hará el hermano menor de los dos cuando ingrese en

Lifre —concluyó Tyen.

El otro profesor vaciló antes de asentir en señal de conformidad.

—Esperemos que tenga la oportunidad.

Al recordar cómo habían reaccionado Dalle y Zeke a su mención del ciclo siguiente, Tyen se volvió hacia Tarren.

—A los alumnos les preocupa un rumor que circula por la escuela sobre un hechicero llamado el Raen. ¿Quién es?

La sonrisa de Tarren se desvaneció.

—Ah. Sí, claro. No sabes gran cosa sobre él. Nunca visita mundos tan pobres en magia como el tuyo. —Miró en torno a sí—. Se supone que no debemos hablar de él, para no dar pie a rumores como ese.

La puerta de la cocina se abrió y varios sirvientes entraron en fila, cada uno con tres platos en una mano. Comenzaron a repartirlos sobre la mesa con una destreza que Tyen siempre había admirado.

—Gracias —dijo Tyen cuando Royahna le colocó uno delante.

Le puso también una copa y le sirvió un vino espeso de color morado de una botella de vientre abultado.

—Vino Bel de R'parne. —Royahna se enderezó y lo observó alzar la copa.

Él tomó un sorbo y asintió al percibir el sabor agradable y aromático. Con una sonrisa, ella se alejó para servir al siguiente comensal.

Tyen empezó a comer. Lifre poseía una colección extraordinaria de bebidas de muchos mundos, de modo que cuando Royahna le había asegurado que podía llevarle uno distinto cada noche durante toda la vida, él la había desafiado a hacerlo. Hasta la fecha no recordaba haber bebido el mismo dos veces, aunque no llevaba un registro y dudaba que, después de haber catado tantos vinos, se diera cuenta si repetía alguno.

Advirtió que Tarren no probaba bocado. Tenía la mirada perdida y triste.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Tyen.

Tarren alzó la vista hacia Tyen y asintió.

—Sí. Ven a verme esta noche. —Cogió los cubiertos y comenzó a comer.

Como su amigo parecía abismado en sus pensamientos, Tyen dirigió su atención al resto de los presentes que charlaban animadamente.

—... de su regreso se ha difundido muchas veces por los mundos, y siempre ha resultado ser falso —decía una joven profesora—. ¿Qué diferencia hay en esta ocasión?

—La veracidad de la información —contestó la mujer mayor que estaba a su lado. Ame, se llamaba, según recordaba Tyen—. Procede de fuentes fiables.

Corl, un hombre de más edad y tez morena, soltó una carcajada breve.

—Lo mismo dijeron la última vez.

—Y eso hizo mucho daño —terció otra mujer—. No deberíamos hablar de esto, ni dar más pábulo al rumor.

—¿Y si fuera cierto? ¿No sería mejor advertir a los mundos de que el monstruo

ha vuelto? —alegó Corl.

—¿El monstruo? —intervino otro profesor—. No es un monstruo.

—... que podría aprovechar el rumor para intimidar y amedrentar a otros —decía otro docente mientras la discusión se dividía en dos.

—Mi pueblo lo venera como a un dios —aseguró un profesor más joven—. Aún lo hace. Cada vez que reaparece el rumor, la posibilidad de que cobren conciencia de su error se retrasa en muchos ciclos.

—Eso no tiene nada de malo. Mi pueblo lo llama el Libertador. —Estas palabras ocasionaron que las miradas se centraran en un hombre maduro, de baja estatura y una cabellera larga anudada en varias trenzas que formaban una especie de tocado—. Nos salvó cuando nuestro mundo agonizaba.

—Y os llevó al mío, Kik, para que os apoderarais de nuestras tierras y nos esclavizarais —repuso otro. Su aspecto era curiosamente similar al del hombre maduro, salvo por su cabeza lisa y desprovista de pelo.

Kik entornó los ojos.

—Esa no era su intención. Nos vimos obligados a tomar medidas cuando tu pueblo se negó a compartir sus recursos con nosotros, Areio.

—Mientes —repuso Areio, apuntándole con el cuchillo de mesa—. Os ayudamos, pero no os conformasteis con eso. Queríais las mejores tierras, lo mejor de todo lo que teníamos, y os negabais a trabajar para ganároslo.

Kik se puso de pie.

—Nos disteis unas tierras incultivables. ¡Queríais matarnos de hambre!

—¡Todos nos moríamos de hambre después de vuestra llegada! La cosecha no nos alcanzaba para alimentar al doble de...

Mientras la disputa proseguía, otras voces se unieron a ella, pisando las réplicas de uno y otro.

—Tal vez ese era su plan desde el principio.

—Eso ocurrió hace casi trescientos ciclos. Él no tiene la culpa de que aún no hayáis zanjado vuestras diferencias. Deberíais... superarlo de una vez.

—¡Haya paz! ¡Haya paz! ¡Todos estamos aquí para enseñar y aprender!

—También salvó a mi pueblo, aunque tuvimos que pagar un alto precio. No valió la pena.

—¿Que os salvó, dices? ¡Os ayudó a exterminar a una raza entera, hasta el último niño!

—Una raza que nos había esclavizado y torturado. ¿Qué querías que hiciéramos? ¿Invitarlos a cenar?

Tyen nunca había visto a los profesores enzarzarse en una discusión tan acalorada sobre algo que no tuviera que ver con la gestión de la escuela. Le silbaban los oídos por el ruido. Miró a Tarren, que lo observaba todo con expresión socarrona y divertida.

—¡Es solo un rumor! —gritó alguien por encima de las voces.

—¡Eso! No estamos seguros de que haya regresado de verdad —añadió otro.

Se hizo el silencio hasta que algunos empezaron a hablar entre dientes. Kik echó un vistazo alrededor y se sentó. Algunos de los que habían estado discutiendo bajaron la vista a sus platos y agarraron de nuevo sus cubiertos.

—Oh, ya lo creo que ha regresado —aseveró una voz aguda—. No se trata de un rumor.

Todos se quedaron inmóviles. Incluso quienes habían seguido comiendo durante la polémica se paralizaron, con el bocado a medio masticar. Las cabezas se volvieron hacia una mujer delgada de mediana edad sentada en una esquina de la mesa. Tyen recordaba que Demble impartía clases sobre el uso de la magia en el arte y la música. Ella le había enseñado un método para manipular el aire de modo que amplificara los sonidos. Aunque se mostraba reservada en presencia de los otros profesores, cuando hablaba solía poner el dedo en la llaga.

Tyen cayó en la cuenta de que hacía un tiempo que no la veía.

—He vuelto hoy de mi mundo. Durante mi visita, la reina Hevinna me pidió que la recibiera. Imperaba una gran agitación en la corte por la noticia de que el Raen había estado allí unos días antes. Infringí la ley que prohíbe leer mentes para comprobarlo, pues tenía que cerciorarme. —Para sorpresa de Tyen, se le arrasaron los ojos en lágrimas—. Es verdad. El Raen ha regresado. Mi reina dice que debo volver con mi familia, pero... —Sacudió la cabeza—. Este es mi hogar.

Se impuso un largo silencio. Tyen vio desánimo en todas las caras. Ni siquiera Kik parecía contento.

—¿Cerrará la escuela? —preguntó alguien.

Todos los ojos se posaron entonces en Tarren y Corl, el profesor de más edad. Se miraron el uno al otro.

—No pueden esperar que nos quedemos contra nuestra voluntad —resopló Ame—. Todos somos hechiceros. Hemos quebrantado las leyes del Raen que prohíben la enseñanza de la magia.

—No prohíbe la enseñanza de la magia —la corrigió Kik—, sino la fundación de escuelas, los viajes entre mundos sin permiso y enseñar a otros a realizar estos viajes.

—Todo el mundo sabe que él mata hechiceros para impedir que se unan contra él —afirmó alguien.

—¡Tonterías! De ser así, no tendría aliados.

—¡Solo siguen vivos porque están a su servicio!

—Si regresamos a nuestros mundos y no nos movemos de allí, estaremos razonablemente a salvo —terció otra voz.

—¿Cómo vamos a irnos a casa si los viajes entre mundos están prohibidos? —inquirió alguien.

—Supongo que tú te pondrás a su servicio —dijo Ame, fulminando a Kik con la mirada.

Él se encogió de hombros.

—Sería un honor para mí, pero dudo que pueda serle útil a alguien como él.

Esto suscitó protestas airadas. Tyen oyó que Tarren respiraba hondo.

—¡Silencio! —gritó, señalando a un sirviente que aguardaba junto a la puerta—. Dejad hablar al mensajero.

Otros repitieron sus palabras hasta que el vocerío se atenuó lo suficiente para que el mensajero pudiera hacerse oír. Miró en torno a sí, nervioso, y se aclaró la garganta.

—Los directores les convocan a todos a una reunión que se celebrará esta noche, una hora después de la cena.

Cuando salió, el comedor quedó en silencio por unos instantes.

—Bueno, eso lo confirma —susurró alguien—. Van a cerrar la escuela.

—No, no confirma nada —repuso otro—. Tal vez quieran esperar a...

—Esto será el final de Lifre —murmuró Tarren mientras los profesores reanudaban la discusión—. Incluso si los directores deciden mantenerla abierta y aguardar a ver qué ocurre, la mayoría del profesorado abandonará por miedo o por respeto hacia las leyes del Raen. La creación de Lifre solo fue posible gracias a su ausencia.

Tyen fijó la vista en él con incredulidad.

—¿Cerrar la escuela, así, sin más?

El anciano asintió y siguió cenando.

—¿Quién es ese tal Raen?

—El Soberano de los Mundos. —Tarren miró a Tyen—. ¿Podrías asistir a la reunión y contarme después lo que pase en ella?

Tyen asintió. Los comensales se habían quedado callados. Muchos habían continuado comiendo. Algunos parecían satisfechos, y otros, preocupados. Unos pocos contemplaban su plato como si de pronto lo que veían les provocara náuseas. Tyen empuñó sus cubiertos, aunque su apetito ya no era el de antes, y empezó a cenar. Al pensar en la posibilidad de que Lifre cerrara sus puertas, un escalofrío de miedo le bajó por la espalda. Cayó en la cuenta de que había dado por sentadas la seguridad que ofrecía la institución y la camaradería de sus colegas hechiceros. Deseaba ambas cosas —tal vez las necesitaba— más de lo que había imaginado.

Los pasillos de Liftre no habían estado tan transitados y bulliciosos desde la última celebración del aniversario de su fundación. Grupos de profesores, estudiantes y criados se formaban de repente y se disolvían con la misma rapidez, obstruyendo el paso solo por unos instantes. Aunque casi todas las conversaciones se desarrollaban en voz baja, de vez en cuando se oían gritos de personas que buscaban y encontraban a amigos y familiares.

Tyen veía a la gente aparecer y desaparecer. A algunos los reconoció como padres de alumnos, que sin duda habían acudido a recoger a sus vástagos. Otros eran profesores. Unos pocos iban cargados con material que él sospechaba que pertenecía a la escuela, y se preguntó si se habían tomado la molestia de pedir permiso para llevárselo.

Uno de los profesores saludó a Tyen con una inclinación de cabeza y, cuando estaban a punto de cruzarse, aminoró la marcha.

—¿Vas a la reunión?

Tyen asintió.

—¿Y tú?

—No. —El joven se detuvo. Tenía dispersa la atención, que se desviaba hacia cualquier cosa que se moviera en el pasillo—. Los directores nos dirán que nos marchemos, que esperemos o luchemos. Luchar sería un suicidio, esperar podría significar nuestro fin si el Raen decidiera convertirnos en ejemplo, y cuanto antes nos vayamos, más posibilidades tendremos de llegar a un lugar seguro. —Arrugó el entrecejo—. ¿Tienes algún sitio a donde ir? Procedes de un mundo muerto, ¿verdad?

—Un mundo débil —lo corrigió Tyen.

—Pues si no puedes regresar, necesitarás tiempo para encontrar un lugar seguro. No esperes a que te autoricen. Vete. —Torció el gesto—. Buena suerte. —Se alejó a toda prisa.

Tyen había avanzado poco más de una docena de pasos cuando otra profesora lo abordó. Solo quería darle las gracias por las clases de magia mecánica y desearle suerte. Poco después, un viejo hechicero ya retirado le repitió el consejo de partir cuanto antes. Tyen le expresó sus mejores deseos, pero solo cambió de rumbo para encaminarse hacia la sala de juntas. Al ritmo al que se abría paso entre la multitud, tardaría tanto en llegar allí como a su habitación.

Cuando por fin entró en la sala, se sintió aliviado al encontrarse en un espacio donde reinaban un silencio y una quietud relativas. Había unos pocos profesores presentes, y unos veinte estudiantes. A un lado, numerosos criados iban de aquí para

allá. Esto le provocó a Tyen una primera punzada de ansiedad. Los sirvientes nunca asistían a las reuniones.

¿Qué sería de ellos si la escuela cerraba sus puertas? No eran hechiceros, por lo que él suponía que estarían a salvo del Raen. Pero su subsistencia dependía de la institución. ¿Los transportaría alguien a sus mundos de origen, o a un nuevo hogar? ¿Y qué sucedería con la población del otro lado de las murallas, que había crecido tanto solo gracias a la escuela?

Poco a poco llegaban más hechiceros y estudiantes a la sala. Cuando los tres directores hicieron su entrada, se encontraron con una cuarta parte del público que habrían debido tener, según los cálculos de Tyen. Los observó con atención mientras esperaban, y advirtió que no paraban de moverse, nerviosos, mientras hablaban entre sí en susurros. El director Lerh se dirigió a los presentes para anunciar que aguardarían un poco más para ver si aparecía más gente. Cuando, poco después, un par de profesores se pusieron en pie y se marcharon a paso veloz, Lerh regresó a la tarima y declaró que no podían esperar más. Bajó la vista hacia un papel, sacudió la cabeza, lo plegó y se lo guardó entre los pliegues de la ropa.

—Estamos aquí para confirmar la noticia del retorno del Raen —comenzó—. Ante la más que probable reinstauración de las antiguas leyes, no vemos más alternativa que clausurar Liftre. Los alumnos que necesiten ayuda para regresar con sus familias deben permanecer aquí para que se tomen las medidas pertinentes. Asimismo, mis colegas trasladarán a los criados a sus mundos de origen. Por otra parte, necesitaremos voluntarios para sacar... —El resto de sus palabras resultó inaudible. El público había empezado a desalojar la sala de forma precipitada sin esperar a que él terminara de hablar. Lerh se interrumpió y volvió la mirada hacia los otros dos directores, que se encogieron de hombros—. No viajen a menos que sea imprescindible —añadió en voz muy alta, por encima del barullo—. Espero que todos lleguen a casa sanos y salvos.

Tyen contempló el éxodo con incredulidad. Cuando el último hechicero hubo abandonado la sala, él salió con paso tranquilo. Por algún motivo, los pasillos se le antojaban más fríos. Subió hasta la planta de profesores, pero el camino hacia su habitación seguía atestado. En vez de seguir por allí, tomó una ruta tortuosa hacia el rincón más apartado de la escuela.

Tarren, uno de los hechiceros fundadores de Liftre, se había apropiado hacía tiempo de una de las torres del antiguo castillo abandonado. Cuando Tyen llamó a la puerta, lo atendió Cim, la criada del anciano. Su semblante sereno contrastaba de forma agradable con el del resto de los miembros de la escuela, hasta tal punto que Tyen casi creyó que había soñado el anuncio de la sala de juntas. Ella lo guio escaleras arriba hasta el estudio.

Tarren estaba inclinado sobre un escritorio, con un grueso pincel en la mano, pintando elegantes glifos en una tira de tela blanca fina, aparentemente ajeno al caos de abajo.

—Así que cerrarán la escuela —comentó.

«No tan ajeno», pensó Tyen.

—Sí.

El anciano señaló otro escritorio, sobre el que había una hoja de papel, un cuenco con tinta, una taza de agua, un trapo y un pincel listo para usarse.

—Siéntate.

Tyen obedeció, consciente de que cuanto más alegara que no tenía tiempo para ello, más se mantendría el viejo en sus trece. Por otra parte, aquel acto de normalidad lo atraía. Respiró hondo para saborear los olores del papel y la tinta.

Según Tarren, la caligrafía favorecía la concentración y afinaba la mente. Las paredes de sus aposentos estaban decoradas con carteles en los que había escrito sus citas preferidas. Unas estaban llenas de sabiduría, otras eran graciosas, y algunas parecían no tener pies ni cabeza. Aunque Tyen ya había aprendido a hablar la lengua de los viajeros cuando llegó a Liftre, aún no sabía escribirla bien. Tarren le había insistido en que se pasara allí todas las tardes, practicando hasta que fuera capaz de trazar los caracteres con una calidad que el anciano considerara digna de un escolar.

Tyen dudaba que Tarren se hubiera enfrascado en su pasatiempo si creyera que el Raen estaba a punto de atacar la escuela. Cogió el pincel.

—¿Cómo está el ambiente ahí abajo? —preguntó Tarren sin despegar la vista de su obra.

—Muy ajetreado, con los padres que llegan y la gente que se va. Me parece que algunos están aprovechando la confusión para robar.

Con pulso firme, Tarren describió con el pincel un círculo perfecto, pálido al principio y cada vez más oscuro hasta alcanzar el negro absoluto al final del trazo.

—¿Cuántos asistentes había en la reunión?

—Una cuarta parte de los alumnos y profesores, además de unos cuantos criados. —Humedeció las cerdas del pincel con agua y quitó el exceso de humedad con el trapo.

—¿Qué conclusiones sacas de todo esto?

—Lo reconozco, no lo entiendo. ¿Cómo puede un solo hombre echar por tierra todo lo que hemos construido aquí? ¿Quién se cree que es para decidir qué pueden aprender los demás y adónde pueden viajar?

—Es un hombre muy poderoso a quien no debes contrariar, Tyen —le advirtió Tarren—. Da igual lo que opines sobre su derecho a imponer su voluntad o sus métodos para hacerlo.

Tyen mojó la punta del pincel en la tinta y lo escurrió en el borde del cuenco.

—Pero... por muy fuerte o viejo que sea, ¿cómo consigue un hombre, que solo puede estar en un sitio a la vez, mantener todos los mundos bajo su control?

—«La magia no es sino una de las herramientas de las que dispone un rey» —citó Tarren.

La frase figuraba en uno de los estandartes de la planta inferior, colgado en la

entrada para que los visitantes lo vieran al llegar. Tyen reflexionó sobre los posibles significados.

—O sea, que además es astuto.

—Sí. Aunque todos sabemos que no dudará en castigar a quienes le planten cara o lo desobedezcan, ni en matar a quienes puedan convertirse en una amenaza para él, el terror no es su método principal para mantener el control. Más bien establece pactos e intercambia favores. A veces lo hace para alcanzar sus fines, pero a menudo también para facilitar los objetivos de otros. Ayuda a quienes se lo piden, tanto si su propósito es lucrarse como sobrevivir. Ha enriquecido a muchos y ha hecho poderosos a mundos enteros. Por otro lado, también ha salvado a innumerables personas de desastres tanto naturales como humanos. Ha desencadenado guerras, pero con más frecuencia las ha evitado o les ha puesto fin.

—O sea, que haga lo que haga... ¿siempre pide un favor a cambio?

—Sí. Si no se lo cobra de inmediato, lo reserva para más tarde.

Tyen metió de nuevo el pincel en el agua, de modo que la tinta se concentró en la raíz de las cerdas.

—¿Y es muy alto el precio?

—Eso solo puede juzgarlo la otra parte. Dicen que el Raen nunca te pide nada que no estés dispuesto a dar o hacer. Yo opino que más vale ofrecerle algo que le interese y que no suponga un gran sacrificio para ti que estar en deuda con él.

—Más vale no necesitar nada de entrada. —Tyen contempló el papel con expresión ceñuda. No se le ocurría nada que escribir. Alzó la vista hacia su amigo—. ¿Hay algún lugar seguro al que pueda ir, Tarren? La influencia del Raen debe de tener límites. Si me voy muy lejos, sin duda encontraré sitios que él no visite lo bastante a menudo para mantenerlos bajo su dominio.

El anciano dibujó otro arco con un movimiento experto del brazo.

—Para él, los mundos son como piedras en un río. Puede saltar de uno a otro en un suspiro. Es capaz de viajar en un instante a lugares a los que tú tardarías medio ciclo en llegar.

Tyen lo miró con fijeza.

—Nadie es tan poderoso.

Tarren levantó la mirada.

—Muchos lo serían, si no tuvieran la mala costumbre de morir jóvenes. Quizá tú posees la fuerza necesaria para ello. He conocido a pocos hechiceros con una destreza y un alcance como los tuyos, y eso que no creo que hayas intentado nunca llegar tan lejos como podrías.

Una oleada de miedo recorrió a Tyen.

—Así que, si me encontrara, ¿querría matarme?

El viejo hechicero asumió una expresión adusta.

—Sí, si le dieras motivos. El problema es que, salvo cuando tienes vínculos fuertes con un lugar, cuesta mucho no aprovechar la capacidad de viajar entre

mundos. Es como si pudieras andar tan lejos como quisieras sin peligro, pero te obligaran a quedarte en tu casa. Lo sientes como una restricción de tu libertad.

—Y me estás recomendando que lo haga —aventuró Tyen.

—No necesariamente. —Tarren irguió la espalda—. A Kik no le falta razón cuando dice que sus poderes no le servirían de nada al Raen. Tú, en cambio, tienes mucho que ofrecer. Además, no tienes motivos personales para odiarlo.

Tyen clavó los ojos en el viejo.

—¿Me estás sugiriendo que trabaje para él?

—Te estoy sugiriendo que le ofrezcas tus servicios. Es un soberano, no un patrono —replicó Tarren con una sonrisa sombría.

—Pero ¿eso no sería una traición?

—¿Una traición a qué? Lifre pronto dejará de existir. La gente de aquí cuenta con muchas alianzas y causas distintas que no tienen nada que ver contigo. La mitad de ellos aprobaría tu decisión, la otra mitad no. —Tarren señaló con un gesto de la cabeza el cartel que acababa de pintar.

Tyen bajó la vista y leyó las palabras: «Elige a tus enemigos con cuidado». Asintió. Meditó sobre las palabras de Tarren.

—Crees que no es tan malo como dicen.

—Ni tan bueno. Si investigaras más a fondo, descubrirías que la mayor parte de sus quejas son sobre las consecuencias de los tratos que ellos u otros cerraron con el Raen. Muchas de las cosas que le achacan son culpa de sus aliados. Sus actos son los de un hombre con una determinación, no atrocidades sin sentido cometidas por alguien que disfruta haciendo daño a los demás.

—¿Y qué determinación es esa?

—Mantener el control y el orden. Por lo que respecta al control, ahora tendrá que recuperarlo. Los mundos se han habituado a su ausencia. Tal vez necesite ayuda.

A Tyen se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Para conquistar mundos? No quiero participar en eso.

—Oh, los mundos nunca han dejado de estar conquistados, solo los tiene un poco abandonados. —Tarren soltó una risita—. No tienes experiencia en la guerra. Se dará cuenta cuando te lea la mente. Sin embargo, tienes otros talentos. Recuérdalo: no te pedirá nada que no estés dispuesto a dar.

—Si lo hiciera, me arrebataría a Vella en cuanto me explorara el pensamiento.

Tarren lavó su pincel.

—He pensado en eso. Él seguramente ya posee todos los conocimientos útiles que ella contiene. Al fin y al cabo, la creó un hombre con una fuerza casi tan grande como la suya. Un hombre que, según se dice, pereció a manos del Raen.

—¿Roporien? —A Tyen se le cortó la respiración—. ¿El hechicero que transformó a Vella? ¿El Raen es el Sucesor de Roporien?

Tarren asintió.

—Pero... ¿Roporien no murió hace más de mil ciclos?

El anciano rio entre dientes.

—Te refieres a la Regla del Milenio.

Según Vella, dicha regla establecía que un hechicero se alzaba con el poder cada mil ciclos, tras matar a su predecesor. De pronto, a Tyen se le erizó el vello. «Que alguien haya vivido tanto...». Había llegado a la conclusión de que el Raen debía de ser lo bastante poderoso para detener el envejecimiento, pues los profesores discutían sobre episodios que habían tenido lugar cientos de ciclos atrás, pero no se le había pasado por la cabeza que el hombre pudiera tener una vida tan larga.

—Lo que significa que pronto llegará el momento de que lo derroquen.

—Tendría que haber llegado hace tiempo.

—O sea, que... ¿no es seguro que ocurra? ¿No se trata de una profecía auténtica?

—¿Una profecía? No. Es solo la vaga predicción de un cambio inevitable. — Tarren agitó la mano como para restar importancia al asunto, agarró un pincel más pequeño y lo mojó en tinta verde—. Es como predecir las erupciones de un volcán. Puedes calcular la frecuencia con que se producen, pero no puedes saber exactamente cuándo será la próxima. Han transcurrido más de mil ciclos, y él sigue vivo y coleando.

—Pero lo que es indudable es que cuanto más se prolonga su vida, más aumentan las probabilidades de que alguien lo mate.

—Y de que ese alguien se convierta en el nuevo Soberano de los Mundos — añadió Tarren, estampando su firma con una rúbrica—. Lo que nos deja a todos en la misma situación, con la diferencia de que el nuevo gobernante tendrá que consolidar su poder, cometerá errores, y quizá sea una persona verdaderamente perversa que perjudique a otros por diversión o para sentirse importante. A Roporien lo movía la sed de conocimientos, que lo llevó a sembrar conflictos entre mundos. Nada mejor que la guerra para estimular el progreso y la inventiva. Estamos mejor con el Raen al mando que con Roporien... o algún desconocido.

Tyen se estremeció.

—Pero el próximo soberano podría ser más bondadoso. Mejor persona.

El viejo se encogió de hombros.

—Podría. Pero ¿durante cuánto tiempo? «Para mantener el poder hay que tomar decisiones duras, y las decisiones duras forjan líderes duros» —citó, y esbozó una sonrisa torcida—. El matriarcado de Roihe nos ha dado varios proverbios magníficos sobre la guerra.

—«Algunas de las peores decisiones se toman por las razones más nobles» — recitó Tyen.

—Qué gran verdad. ¿Es de Leracia?

—Sí, de una obra de teatro.

—Escríbelo.

Tyen echó un vistazo a su pincel, aún cargado de tinta, y luego al papel, visualizando en su mente dónde trazaría cada palabra para crear una composición

agradable. Respiró hondo y, obligándose a concentrarse en la tarea, empezó a pintar.

—Buen trabajo —sonó la voz de Tarren detrás de su hombro cuando terminó—. Ahora, fírmalo. —Mientras Tyen así lo hacía, Tarren se alejó para añadir su última creación a una pila de carteles—. El Raen no es solo el hechicero más fuerte, sino también el de más edad. Tiene a su disposición más de mil ciclos de sabiduría. Si existe una persona que tal vez sepa cómo transformar de nuevo a Vella en mujer, esa persona es él.

Un escalofrío de emoción le bajó a Tyen por la espalda. De repente, la sugerencia de Tarren ya no le parecía tan absurda. Seguía siendo arriesgada, pero ahora veía en ella la oportunidad de conseguir algo. Algo que valía la pena. Algo bueno.

—¿Crees que accedería a hacerlo? —inquirió.

—Debes preguntarte una cosa: ¿a qué estás dispuesto para cumplir la promesa que le hiciste a ella?

Tyen limpió su pincel, sin saber muy bien por qué, ya que el utensilio pronto quedaría abandonado allí.

—Tengo... tengo que pensarlo.

—Sí, piénsalo bien. —Tarren rodeó la mesa, con la mirada fija y severa—. Sé que lo que estoy animándote a hacer entraña peligro. Si decides no arriesgarte, mi consejo es que hagas lo que todo el mundo: o irte a casa (el Raen evitará los mundos pobres en magia) o encontrar uno nuevo, como planeo hacer yo. —Desvió la vista, suspirando—. En épocas como esta, la gente se ve obligada a tomar partido, y suelen acabar mal quienes intentan permanecer al margen o, peor aún, mantener buenas relaciones con ambos bandos.

—¿Cómo era esa frase? «Al que está en medio más le vale aprender a agacharse». Los labios de Tarren se curvaron en una sonrisa irregular.

—Sí, esa viene muy al caso. Mi intención es quitarme de en medio por completo. En cambio, creo que a ti te convendría más elegir un bando. Pase lo que pase, seguramente no volveremos a vernos. —Tarren ensanchó la sonrisa—. Te echaré de menos, joven Tyen, y no solo porque ha sido una experiencia única conocer a un hechicero de un mundo pobre en energía, con un punto de vista tan particular sobre la magia y los hombres.

Al alzar los ojos, Tyen captó el afecto en la mirada del anciano.

—Y yo a ti. —De pronto sintió un vacío en el pecho. Se levantó, limpiándose la mancha de tinta que tenía en la mano. Por más cuidadoso que fuera, siempre acababa con al menos una—. ¿Cuándo te irás?

—Esta noche. Mañana. Cuando esté listo. Si el Raen me encuentra, sabrá que no represento una amenaza. Le bastará una ojeada para ver que me quedan diez ciclos, a lo sumo, y que no abrigo el menor deseo de entrenar rebeldes.

A Tyen se le formó un nudo en la garganta. Bajó la vista hacia el papel y luego la dirigió hacia los múltiples carteles de la pared. Sus pinceladas eran torpes y toscas en comparación con la diestra caligrafía del viejo. No quería pensar en la partida de su

amigo, y mucho menos en su muerte.

—Ojalá... —empezó a decir.

El anciano levantó la mano para hacerlo callar.

—No me tientes con esas ideas. No soy lo bastante fuerte, punto.

Tyen cerró la boca. Cuando le había hablado de Vella, a Tarren le había emocionado enterarse de que ella encerraba el secreto para dejar de envejecer. Ambos se habían llevado una gran desilusión al descubrir que era algo que superaba la capacidad del anciano.

—Prométeme que algún día lo intentarás —le pidió Tarren.

—Te lo prometo —respondió Tyen, aunque le dio un escalofrío solo de pensarlo—. Cuando haya vivido suficientes ciclos como mortal y considere que el precio y el riesgo valen la pena.

—Esperemos que para entonces no sea demasiado tarde —dijo el viejo, echando a andar hacia las escaleras—. Créeme, el tiempo tiene la mala costumbre de acelerarse en cuanto te descuidas.

Tyen movió la cabeza afirmativamente.

—De haber sabido que esto iba a suceder, habría empezado a reconstruir el cuerpo de Vella hace ciclos.

—Dudo que lo hubieras logrado, incluso aunque te hubieras dedicado a ello durante los últimos cinco ciclos. Si fuera una tarea fácil, ella contaría ya con esa información. Bueno, ve a hacer las maletas y márchate, Tyen Fundehierro, que este viejo loco ya te ha entretenido bastante por un egoísta afán de diversión. —Se acercó a la puerta—. Lárgate antes de que él llegue.

Tyen desplazó la vista de la puerta a su amigo.

—Gracias —dijo—. Gracias por todo.

El hombre suavizó su expresión y atrajo a Tyen hacia sí para estrecharlo en un breve abrazo.

—Decidas lo que decidas, te deseo lo mejor.

—Cuando te hayas establecido en otro lugar, si tienes manera de comunicarme dónde...

Esto arrancó una risita a Tarren.

—Si se me ocurre un sitio, encontrarás la primera pista aquí. Y ahora, vete. —Abrió la puerta y lo instó a salir con gestos.

—Espera —dijo Tyen cuando la puerta estaba a punto de cerrarse. Tarren la detuvo y la abrió de nuevo.

—¿Sí?

—Si decidiera... ¿cómo podría encontrarlo?

El hombre mayor se asomó a la puerta para cerciorarse de que no hubiera nadie más en el pasillo.

—Bueno, yo en tu lugar vagaría un tiempo por los mundos —murmuró— para comprobar si es verdad que percibe la presencia de quien viaja por el espacio entre

ellos.

—Si va a venir aquí, puedo esperarlo.

—Si se organiza una resistencia, no te interesa verte implicado en ella. Además, no demostrarías mucho tacto si te pusieras en contacto con él después, ¿no crees?

Tyen sacudió la cabeza.

—Supongo que no. Adiós, Tarren. —Inclinando la cabeza en un último gesto de despedida, dio media vuelta. La puerta se cerró tras él con un chasquido.

Con un suspiro, se encaminó de regreso a su habitación. Los pasillos estaban más tranquilos. Los pocos profesores que veía caminaban a toda prisa con la cabeza gacha. Una profesora soltó un chillido, sobresaltada, cuando Tyen dobló una esquina y la encontró echando un vistazo desde la puerta de su habitación. De cuando en cuando oía voces, bajas y apremiantes, que cesaban en cuanto él se acercaba. Todo ello le daba la misma impresión que si le estuvieran gastando una broma elaborada y alguien estuviera a punto de aparecer de golpe para revelarles que el tal Raen no existía y que él era un bobo por habérselo creído.

Al pasar junto a la escalera que conducía a la planta baja aminoró el paso, dudando si debía descender para ver si aún quedaban estudiantes. ¿Habría algunos que, como él, procedieran de mundos a los que les era imposible regresar y que no tuviesen a donde ir? ¿Qué podría aconsejarles?

—¡Tyen!

Pegó un salto. Se volvió en dirección a la voz, y su inquietud y su tristeza se mitigaron un poco cuando reconoció a la mujer que caminaba hacia él.

—Yira.

En aquel momento le pareció guapa. Segura de sí misma. Fuerte. Volvía a tener las largas extremidades tonificadas por su entrenamiento en el uso de las armas, tal como recordaba que estaban cuando se habían conocido. Su piel atezada se oscurecía en torno a los ojos y la boca de modo que los realzaba, y llevaba la lustrosa cabellera recogida en una trenza que le llegaba a la cintura. Al percibir un brillo metálico, Tyen supuso que ella se había entretejido en el pelo las espuelas que las mujeres de Roihe usaban para disuadir a los guerreros enemigos de agarrarlas por la trenza durante los combates.

Tyen advirtió que Yira llevaba el brazalete que él le había regalado, una tira segmentada que, a una orden, se desplegaba y se convertía en un insectoide capaz de clavar su aguijón a un agresor o de enroscarse en forma de pelota para que sus hijos jugaran con él.

Sonrió al ver que ella cambiaba su andar distraído por el contoneo incitante que él conocía bien.

—Has elegido un mal momento para visitarnos.

—¿No estás contento de verme? —Le rodeó el cuello con el brazo y apretó los labios contra los suyos. Tyen disfrutó con el beso, en absoluto apresurado, aunque percibió cierta tensión en los movimientos de Yira.

—Contentísimo —respondió casi sin aliento cuando se separaron—. Pero la perspectiva de una visita bastante menos agradable ha puesto a todo el mundo en fuga.

—¿El Raen? —dijo ella, tomándolo de la mano y retrocediendo un paso—. Por eso he venido. Suponía que la noticia llegaría antes que yo, pero acerté al imaginar que no te lo tomarías en serio.

—Me lo estoy tomando en serio —le aseguró él—. Volvía a mi habitación después de pedir consejo a Tarren sobre adónde debo ir. Además, si el Raen representa un peligro tan inminente, ¿por qué te has arriesgado tú a venir?

Ella se encogió de hombros.

—Estoy invitando a mis amigos a establecerse en mi mundo, conmigo. Eso te incluye a ti.

«Amigos» era el término con que designaba a sus amantes desde que algunos miembros de Liftre se habían escandalizado por la desenvoltura con que hablaba de ellos. Siempre había sido sincera al respecto con Tyen. Aunque al principio él había querido algo más, había tenido que aceptar que ella no. Ahora «amigos» era una palabra que los definía a ambos con mayor precisión, a pesar de que aún compartían cama de vez en cuando.

—Creía que preferías que tus amigos no se conocieran entre sí.

Yira se encogió de hombros de nuevo.

—Tengo que elegir entre eso o no volver a ver a ninguno de ellos. ¿Vendrás conmigo?

Tyen reflexionó.

—Tal vez. Tengo una promesa que cumplir. Debo ayudar a alguien.

—¿Un antiguo alumno?

—No, pero... Tengo amigos y ex compañeros de clase que quizá no se han enterado de la noticia. Tengo que avisarles.

Ella arqueó las cejas.

—Ten cuidado. Puede que el Raen permita a los hechiceros de Liftre regresar a casa, pero dudo que su tolerancia llegue mucho más allá. —Lo asió del brazo y tiró de él en dirección a su habitación—. No pienso dejar que desaparezcas entre los mundos sin una última sesión de estudio.

—Y ahora ¿quién es la que no se está tomando en serio la noticia? —se rio Tyen.

—Lo digo en serio. Deseo seriamente que te instales en mi mundo y voy a recordarte con toda seriedad por qué sería divertido. —Cuando llegaron frente a la puerta, ella lo hizo entrar de un empujón, y él se acordó justo a tiempo de ordenarle a Bicho que dejara de vigilar la entrada mientras se acercaban a la cama tambaleándose. Yira lo besó otra vez y empezó a desabrocharle la camisa.

Solo en ese momento recordó que llevaba a Vella oculta bajo la ropa.

Sin hacer comentarios, ella dejó a Vella a un lado con una ceja enarcada. Acto seguido, recogió su ropa, lo besó, le reiteró su invitación a quedarse en su mundo y se esfumó. Disfrutando con el calor y el aroma que ella había dejado en la cama, Tyen se preguntó si pensaba vestirse de camino hacia el mundo siguiente, o aparecer y desaparecer a hurtadillas en cada mundo desnuda. Ni siquiera ella era tan atrevida para eso.

Más tarde, cuando abrió los ojos, supo por la luz que entraba a raudales por la pequeña ventana que era casi mediodía y que no había oído el primer toque de campana por estar dormido. Se le encogió el corazón al comprender que no había habido toque de campana y por qué.

Se había quedado en la escuela más tiempo del que debía. Se levantó, se colgó del cuello la bolsa de Vella a toda prisa, se enrolló una manta en torno a la cintura y se asomó a la puerta. Fuera de su habitación reinaba un silencio absoluto e inquietante. En alguna ocasión había recorrido la escuela con sigilo en plena noche, cuando todo estaba en calma, pero aquello era distinto. El edificio parecía... falto de vida. Muerto. Tyen se estremeció, y la imagen de una torre medio derruida vista desde arriba le venía a la memoria. Cerró la puerta y se reclinó contra ella mientras un terror antiguo se apoderaba de él y luego se desvanecía.

El recuerdo de la caída del Castillo de la Torre despertó en él una sensación de urgencia que no había tenido hasta ese momento. Hizo un inventario mental de sus objetos personales. «Viaja ligero de equipaje. Es lo que siempre recomendaba el profesor Kilraker». Se acordó de que Neel, tal como había predicho Mico, había llevado consigo una cantidad ridícula e incómoda de pertenencias a la expedición arqueológica en la que Tyen había descubierto a Vella.

Neel. Mico. Kilraker. Hacía mucho tiempo que no pensaba en ellos. Se le antojaban personajes de un cuento o de la vida de otra persona. Y él volvía a verse obligado a marcharse de forma precipitada de una institución educativa para huir de un peligro de muerte. Al menos esta vez no se trataba de una amenaza personal, y él había conseguido completar su formación.

Antes de que su mente empezara a recrearse en el arrepentimiento... por su padre, por Sezee..., se concentró en hacer el equipaje. Sacó una bolsa vieja y polvorienta de debajo de la cama. Era esencial que llevara ropa de abrigo y resistente; dos mudas, una para llevarla puesta y la otra de recambio para cuando lavara la primera. Del fondo del armario extrajo su chaqueta de piloto de aerocoche, la única prenda que conservaba de su mundo. Confeccionada con materiales de calidad, le duraría aún

mucho tiempo, y aunque en otra época se había burlado de sus compañeros de clase en la Academia por ponerse las suyas para impresionar a las chicas, ahora formaba parte de su identidad. En los bolsillos había unos guantes y un gorro forrado en piel con orejeras que se había comprado con la intención de fabricar otro aerocoche.

No había podido dedicar tiempo a ello, como tampoco a ayudar a Vella a recuperar su forma humana. Tenía mucho que aprender.

Le sabía mal dejar el reloj, pero era demasiado voluminoso para cargar con él. Bicho tenía instalado uno pequeño, y Vella contenía los cálculos que él había realizado para llevar la cuenta de los años leracianos, por si alguna vez perdía al insectoide.

Juntó los utensilios de escritura y de aseo personal, una navaja para todo uso, una manta pequeña y bolsitas con metales preciosos, especias y perfumes poco comunes que llevaba en sus viajes por los mundos para usarlos como objeto de intercambio en vez de dinero.

Por último, alzó la vista hacia la parte superior de la puerta.

—Bicho —dijo—. Dentro.

Con un rumor y un zumbido mecánicos, el insectoide voló hasta el interior de la vieja bolsa. Tyen metió junto a él un pequeño estuche con piezas y herramientas para tareas de reparación y modificación, y el frasco con la poción paralizante que utilizaba en los agujones de Bicho.

Tras echarse la correa de la bolsa al hombro, absorber magia y respirar hondo, se dio impulso para abandonar el mundo.

«Adiós, Lifre —pensó mientras la habitación se desvanecía—. Gracias por los conocimientos que me proporcionaste. Espero que permanezcas viva en la memoria, y que algún día seas refundada. —A continuación, tocó el bulto rectangular de debajo de su camisa—. Y bien, Vella, ¿qué opinas del consejo de Tarren?».

Como siempre que se encontraba en el espacio entre mundos, ella le habló en su mente, con una voz clara y femenina.

—Por lo que leí en la mente de Tarren hace un ciclo, creo que él no te animaría a buscar al Raen si no considerara que es la mejor opción.

«¿Porque si no cierro un trato con él tendré menos posibilidades de sobrevivir?».

—Es una manera de interpretar el consejo.

Tyen meditó sobre ello.

«Según Tarren, el Raen no me pediría nada que yo no estuviera dispuesto a ofrecer. Pero ¿y si ha cambiado su modo de proceder? ¿Y si ya no cierra tratos?».

—No puedo responder a eso.

«No. No posees información suficiente. Deberíamos buscar las respuestas, pero eso implicaría infringir la ley del Raen que prohíbe el viaje entre los mundos. Por otro lado, no puedo permanecer en Lifre. No me queda otra alternativa que viajar, así que, ya que voy a correr ese riesgo, no pierdo nada con ir en busca de esas respuestas. Supongo que es lo primero que haré y, mientras tanto, veré qué averiguo sobre el

Raen».

Lo rodeaba un blancor absoluto. Al notar la atracción del mundo siguiente, se dejó llevar hacia él. El camino estaba bien marcado. El paso de tantos hechiceros que huían de la escuela lo había dejado tan despejado como un campo pisoteado por un ejército. Surgieron unas sombras que, al fusionarse, revelaron la plaza de una ciudad por la noche. El lugar de llegada era una tarima en el centro, apartada del tráfico que habitualmente debía de llenar la explanada. Sintió el frío del aire en la piel al llegar. Inspiró profundamente, absorbió más magia, y se impulsó para proseguir el viaje.

Cuando entró de nuevo en el espacio entre mundos, buscó un camino distinto por el que alejarse. Lo siguió y arribó a otra ciudad en la que era de día. El lugar de llegada era una isla en medio de un ancho canal por el que navegaban barcazas en todas direcciones, algunas de ellas entrando o saliendo de los canales laterales que constituían las calles de la ciudad.

El camino que eligió después estaba menos transitado. El mundo siguiente tenía una atmósfera enrarecida y fría. Saludó con una inclinación de cabeza a los monjes que custodiaban el lugar de llegada de la montañosa ciudad formada por templos mientras hacía una pausa para respirar dos veces antes de seguir adelante.

La aparición de una luz moteada le indicó que se aproximaba a su primer destino. El resplandor se convirtió en un manto de hojas y flores. Sobre su cabeza tenía el tejadillo de listones de una pérgola. Una fragancia intensa lo asaltó cuando salió y examinó el entorno. La pérgola se encontraba en el centro de un patio, entre varios edificios grandes. Tyen caminó hasta una puerta señorial el doble de alta que él y pintada de dorado, y llamó.

Un hombre con librea la abrió.

—Tyen Fundehierro —dijo, y el largo bigote casi le llegó a las rodillas cuando ejecutó una reverencia.

—Me alegra verle de nuevo. El joven Parel está en el arenario. —Se hizo a un lado.

—Gracias. —Tyen entró con paso decidido.

El edificio tenía varios siglos de antigüedad y estaba construido según un viejo sistema de arquitectura que su ex compañero de clase le había descrito orgullosa y detalladamente en muchas ocasiones antes de que a Tyen se le presentara la oportunidad de visitarlo. Un «río» —a veces en sentido literal— discurría por el centro de la casa, cruzado a intervalos regulares por varios puentes. Las habitaciones de la margen izquierda eran privadas, y las de la derecha, públicas. A falta de agua, el lecho del «río» estaba repleto de jardines, baños y otros cuartos consagrados a placeres diversos. En los edificios más modestos, el cauce estaba al descubierto, pero los propietarios más ricos lo cubrían con bóvedas de vidrio sostenidas por arcos de hierro.

El arenario estaba cuatro habitaciones más abajo. En él, Tyen encontró a Parel medio enterrado en finos granos blancos que ofrecían un fuerte contraste con su tez

de color marrón grisáceo. Unos criados vertían arena recién calentada sobre el joven, que tenía los ojos cerrados.

—Veo que tu padre te hace trabajar demasiado —comentó Tyen, depositando su bolsa en el suelo.

Parel abrió un párpado y desplegó una sonrisa.

—¡Tyen! —exclamó—. ¿No sabías que la arena caliente es estupenda para los huesos? Baja y Pruébalo.

Tyen sacudió la cabeza.

—No puedo quedarme mucho tiempo.

—Bueno, ¿qué novedades...? ¡Bah! ¿A quién pretendo engañar? Ya he recibido cinco visitas que me han contado la misma historia. El Raen ha vuelto. —Agitó la mano con un gesto despectivo.

—Eso dicen. —Tyen suspiró—. Han cerrado la escuela.

Parel hizo una mueca.

—Qué lástima. Pero mantenerla abierta habría sido una locura.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Yo? ¡Nada! Mi padre dice que todo volverá a ser como antes. De todos modos, no puede decirse que aquí cambiaran muchas cosas después de la desaparición del Raen. Será una buena noticia para las escuelas locales. No podían competir con Lifre.

—¿No las cerrará también el Raen?

Parel sacudió la cabeza.

—Nunca han enseñado a los alumnos a viajar entre mundos, y para ingresar en ellas tienes que jurar lealtad eterna a Troff y su pueblo, lo que significa respetar la alianza establecida con el Raen hace trescientos ciclos, así que dudo mucho que él tenga alguna objeción al respecto. —Se encogió de hombros, y de ellos cayó una cascada de arena—. ¿Y tú qué vas a hacer?

Tyen apartó la vista.

—Prevenir a algunos amigos.

—¿Y después?

—No lo sé.

—Pues no deambules por ahí. Y mantente alejado de los necios que hablen de rebelión. —Parel se incorporó apoyándose sobre los codos, de modo que la arena se le desprendió del pecho—. Mi consejo es que busques un mundo tranquilo donde los hechiceros sean débiles e ignorantes. Amasa una fortuna, encuentra una esposa o tres y funda una familia numerosa. Eso te mantendrá lo bastante ocupado para que no eches de menos la escuela o la exploración de los mundos.

Tyen soltó una risita.

—Con tres esposas y una familia numerosa, ya lo creo que estaré ocupado. —Se echó la bolsa al hombro otra vez—. Debo ir a advertir a unos cuantos más. Cuídate, Parel.

—Tú también.

Tyen se impulsó directamente al espacio entre mundos. Le resultó fácil encontrar de nuevo el camino abierto, y se desplazó de lado, volando a ras de suelo, hasta que encontró el patio. Al llegar a un mundo, se consideraba siempre de buena educación, y a veces más seguro, utilizar un lugar de llegada oficial, pero los hechiceros por lo general podían partir desde cualquier sitio. Retrocedió por la trayectoria que había seguido hasta el mundo de los monjes. Le costó más encontrar la ruta siguiente.

Nunca había conocido a alguien capaz de explicarle la disposición de los mundos entre sí, aunque muchos lo habían intentado. La mejor analogía que había oído era la que los comparaba con canicas de diferentes tamaños en un tarro de mermelada. Unos mundos estaban apiñados contra varios, mientras que otros estaban en contacto con uno solo. Lo único que parecía indudable era que cada uno estaba unido a un número limitado de mundos —no se podía acceder a todos los mundos desde todos los demás—, y no era posible viajar de un extremo del tarro al otro sin pasar por los mundos intermedios.

Tyen se alejó ligeramente del mundo de los monjes y comenzó a desplazarse hacia un lado, pasando entre varias montañas. Mucho más al sur encontró otro lugar de llegada situado entre las ruinas de una ciudad. De allí partía un camino que conducía a otro mundo.

Era un sitio gélido, pero Tyen no permaneció en él más de lo necesario. Se impulsó hacia delante a lo largo de seis, siete mundos, hasta llegar a un paraje cenagoso. Sin abandonar el espacio intermedio, se elevó por encima de la plataforma de piedra y comenzó a volar a ras de suelo en busca de señales humanas.

Las encontró a cierta distancia del lugar de llegada. Desde lo alto, cualquier otro las habría tomado por los nidos de los lagartos gigantes y paticortos que pululaban alrededor, pero Tyen las reconoció enseguida. Los nidos eran casas, y los lagartos, los animales de carga que las transportaban junto con las posesiones de los etilay.

Debido a su desconfianza hacia los extranjeros, practicaban rituales de recibimiento complicados. Tyen emergió al aire húmedo a un centenar de pasos del campamento, posó las botas con firmeza sobre un montículo de musgo y aguardó.

Al cabo de unos momentos, un hombre casi tan pálido como él, de cabello rojo oscuro, salió de debajo del toldo de una de las casas.

—¡Tyen! —saludó, saltando de montículo en montículo. Tras él, varias cabezas asomaron por detrás de los edificios.

—Ahlen —respondió Tyen. Alzó las manos con la palma hacia arriba—. Solicito permiso para acercarme.

—¡Bah! No hace falta que pases por ese rito de nuevo —le dijo Ahlen—. Ya te aceptamos una vez, así que no tienes que volver a solicitarlo.

Tyen sonrió.

—Me alegra oír eso. No puedo quedarme mucho rato.

—Nosotros tampoco. Han avistado manadas de demes al oeste, así que nos

marchamos. —Ahlen le indicó con señas que lo siguiera y lo condujo hacia las casas.

Desde el suelo, las viviendas de los etilay parecían pelotas de piel medio desinfladas. Sus paredes eran membranas de un material flexible y fibroso. Por dentro, sin embargo, las sostenía un entramado de juncos secos resistentes que podía expandirse o contraerse según se necesitara. El corazón del edificio, el hogar, descansaba sobre una base sólida, sustentada a su vez por una plataforma que se ajustaba al lomo de un lagarto.

Al caminar detrás de Ahlen, Tyen vio que habían desmontado una de las casas y estaban situando a un lagarto debajo. La bestia se dejó poner el arnés sin protestar, y en cuanto le ciñeron las correas, unos niños se acercaron corriendo y montaron sobre los robustos hombros del animal, agarrándose de las suaves espinas que crecían en el cuello segmentado. El hombre que sujetaba el ronزال del lagarto le rascó por debajo del mentón, y un ronroneo profundo hizo vibrar el suelo bajo los pies de Tyen.

—¿Conoces ya la noticia, Ahlen? —preguntó.

—¿Qué noticia? —contestó el joven. Tyen clavó la vista en su antiguo compañero. Los ojos claros de Ahlen le sostuvieron la mirada, y se le formó una arruga entre las cejas—. Una mala noticia, por lo que veo.

Tyen asintió.

—Lifre se ha visto obligada a cerrar sus puertas.

Ahlen se quedó boquiabierto.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—El Raen ha vuelto.

Ahlen cerró los ojos y encorvó la espalda.

—Por supuesto. Debería haberlo imaginado. Era la única explicación posible.

Tyen suspiró.

—¿Es que todo el mundo sabe de ese hombre menos yo?

Ahlen consiguió esbozar una sonrisa.

—Seguramente, aunque yo habría dado por sentado que habías oído historias sobre él.

—Sin duda las he oído, pero cuando se relatan innumerables historias sobre otros mundos, supongo que cuesta más recordar los nombres de los protagonistas, sobre todo cuando en teoría están muertos.

El semblante de Ahlen volvió a reflejar preocupación.

—Temo las posibles consecuencias para nosotros. El suelo de aquí es tan salado y húmedo que no se puede cultivar ni sirve para alimentar al ganado. Llevamos más de diez ciclos vendiendo sal a los tres mundos colindantes, tal como se hacía mucho mucho antes de que el Raen impusiera sus leyes. Ahora podemos llevarles nosotros la sal, lo que nos permite pedirles un precio más alto. Por eso me enviaron a Lifre, porque habíamos perdido los conocimientos sobre los viajes entre mundos.

—¿Qué hará tu pueblo ahora?

Ahlen exhaló un suspiro.

—Algunos querrán abandonar el comercio, otros optarán por continuar practicándolo hasta que nos ordenen que lo dejemos. —Sacudió la cabeza—. Pero ¿y tú? No puedes regresar a tu mundo. ¿Adónde irás?

—Por ahora, me limito a correr la voz.

Ahlen asintió.

—Gracias. Ahora disponemos de más tiempo para prepararnos. Deberías irte cuanto antes para advertir a los demás. Ya conoces el dicho: «Las noticias y el Raen viajan deprisa».

—¿Ah, sí? Nunca había oído ese dicho.

—No, pasó de moda. —El joven hechicero sonrió y le dio una palmada en el brazo a Tyen—. Mucha suerte, Tyen Fundehierro. Y cuidado con las sombras en el espacio intermedio.

La advertencia de despedida de su amigo le resonaba en los oídos mientras se dirigía hacia su siguiente destino. Se sorprendió a sí mismo escrutando la blancura en busca de movimientos, o formas humanas más definidas que las del mundo del que se alejaba o al que se aproximaba. Respiró aliviado cuando llegó por fin.

El lugar de llegada era un hoyo circular excavado en roca negra viva. Había cuatro guardias apostados en torno al borde. Hekkirg le había dicho a Tyen que podía prescindir de formalismos cuando lo visitara. Tal como le había indicado, se deslizó por el mundo hasta el humilde conjunto de edificios que ella ocupaba con su esposo. Tyen reparó en varias construcciones nuevas, entre ellas un ala de cuyas grandes chimeneas salía humo.

Había muchos más criados de los que él recordaba, pero cuando emergió al pequeño vestíbulo del edificio principal, lo encontró vacío. Se disponía a dar una voz cuando percibió un ruido como de correteo. Procedía de unas hornacinas labradas cerca de la base de las paredes. El sonido le resultaba familiar, pero no acertaba a explicarse por qué.

De pronto, la sala se llenó de zumbidos y chasquidos cuando un torrente de cuerpos metálicos irrumpió en ella.

«¡Insectoides!». Máquinas larguiruchas con patas afiladas como puñales. De forma instintiva, Tyen inmovilizó el aire que lo rodeaba, formando un escudo invisible contra el que arremetieron los animalillos con agujonazos y cuchilladas. Aunque sabía que estaba a salvo, Tyen los contempló horrorizado.

Un silbido sonó por encima de los repiqueteos. El ataque cesó de inmediato. Otro ruido estridente envió rápidamente a los insectoides de vuelta a las hornacinas. Tyen se percató de que la puerta de la habitación contigua se había abierto y una mujer baja y fornida lo observaba desde el vano.

—¿Quién eres? —inquirió esta con voz imperiosa.

—Tyen Fundehierro —respondió él—. Quería ver a Hekkirg.

—¡*Wer!* —exclamó la mujer, y su cuerpo entero expresó alivio. Le hizo señas para que la siguiera.

Mientras lo guiaba hacia una gran estancia con una enorme chimenea, él buscó información en sus pensamientos, convencido de que averiguar quién había hecho un mal uso de las técnicas que él enseñaba en Liftre justificaba la descortesía de leer una mente sin permiso. Vio que la propia Hekkirg los había diseñado a fin de protegerse de los invasores del reino que se extendía al otro lado del estrecho.

Había una pareja sentada al amor del fuego. Ambos tenían la espalda ancha y una cabellera rubia larga recogida en una masa de trenzas en torno a la cabeza.

—¡Tyen! —dijo la mujer, levantándose y estrechándolo con fuerza entre los brazos. Era una costumbre al que él nunca se había habituado del todo cuando los dos eran estudiantes, y que le resultaba aún más violenta allí, en presencia de su esposo—. Hacía tantas mareas que no te veía, que he perdido la cuenta.

—Se te ve fuerte, Hekkirg —comentó él. Acto seguido, se volvió hacia el hombre—. A ti también, Ekkich. —Hekkirg tradujo sus palabras.

La expresión ceñuda de Ekkich, por lo que Tyen tenía entendido, se consideraba un gesto de urbanidad, una señal de que se tomaba en serio a su invitado.

—¿Qué te trae por Gam? —preguntó el hombre en su lengua materna, confiando en que su esposa oficiaría de intérprete, pues no tenía ganas de batallar con el idioma de los viajeros.

—Malas noticias —contestó Tyen—. Liftre ya no existe. Los directores la han cerrado tras enterarse de que el Raen ha regresado.

La pareja se miró con los ojos muy abiertos y se puso a discutir de forma atropellada en su idioma. Al oír la palabra «insectoide» varias veces, Tyen exploró los pensamientos de Hekkirg. Vio que deliberaban sobre si debían dejar de vender insectoides a otros mundos.

El estómago le dio un vuelco.

—¿Habéis estado vendiendo insectoides como armas?

Ella movió la cabeza afirmativamente, sonriendo orgullosa.

—Los llamamos Defensores. No son tan inteligentes como los guerreros humanos, pero desde que los adaptamos apenas hemos perdido guardias a manos de los invasores. Roup, a quien conocí en Liftre, vive en uno de los mundos cercanos, y su país recibe ataques continuos por parte de un reino vecino, por lo que empezamos a vendérselos a él, y resultó que conocía en el mundo siguiente a un pueblo que lucha contra quienes lo tienen esclavizado. Hemos respetado tu norma de no emplear proyectiles, por supuesto.

—Pero... —Tyen abrió la boca y la cerró de nuevo, sin saber qué decir.

—Nunca tuviste la intención de que tus ideas se utilizaran para la guerra, ¿verdad? —preguntó Ekkich en un tono inesperadamente comprensivo.

Tyen suspiró.

—No, pero supongo que era inevitable. —Sus conocimientos sobre la aplicación

de la magia a objetos mecánicos era lo único que podía ofrecer a cambio de su formación en Liftre.

—El retorno del Raen frenará la difusión del saber —añadió Ekkich. Sonrió—. Lo que nos beneficiará, si encontramos el modo de seguir comerciando, pues tendremos menos competencia.

Al ver la expresión mortificada de Tyen, Hekkirg se le acercó para darle otro abrazo.

—Gracias por avisarnos —dijo—. Has arriesgado la vida para ello. Siento que te disguste lo que hemos hecho. —Retrocedió un paso—. ¿Cuáles son tus planes?

Tyen sacudió la cabeza.

—Aún no los tengo, más allá de comunicar la noticia a mis viejos amigos.

—Podrías quedarte aquí.

Al fijarse en la mirada que Ekkich le lanzó a su esposa, Tyen reprimió una sonrisa.

—Gracias, pero tengo una promesa que cumplir, y aquí me resultaría imposible. Además, hay más gente a la que prevenir. Debería irme ya.

Hekkirg asintió.

—En ese caso, te deseo un viaje seguro hasta allí donde decidas establecer tu hogar.

Mientras ella regresaba a su sillón, Tyen se impulsó para alejarse de su mundo. Parel, Ahlen y Hekkirg habían sido los compañeros de clase en Liftre con quienes había entablado una relación más estrecha. Ahora podía visitar a otros condiscípulos o ir en busca de algunos ex alumnos. Cuanto más lejos viviesen de Liftre, menos probable era que se hubieran enterado de la noticia... Aunque esto no era del todo cierto, porque la noticia se había originado en otro lugar. De todos modos, si continuaba viajando en la misma dirección, tendría más posibilidades de encontrarse con personas que no estuvieran informadas.

Yulei, una antigua alumna, residía por aquella zona, en un mundo que Tyen había visitado antes. La ruta más directa hasta allí discurría por mundos menos visitados y que le resultaban menos familiares. Por lo general, los caminos conocidos eran más seguros, pero quizá no cuando existía el riesgo de toparse con el Raen que, si quería imponer de nuevo la prohibición de viajar entre mundos, pillaría a más hechiceros transgresores si vigilaba los trayectos más transitados.

Así pues, Tyen se encaminó hacia los mundos menos conocidos. Mientras viajaba, recordó las palabras de Tarren sobre la capacidad del Raen de desplazarse de un mundo a otro con tanta facilidad como si caminara. «Quizá tú posees la fuerza necesaria para ello. He conocido a pocos hechiceros con una destreza y un alcance como los tuyos, y eso que no creo que hayas intentado nunca llegar tan lejos como podrías».

Una habilidad como esa podría salvarle la vida. Quizá había llegado el momento de probarlo. Se impulsó con más fuerza contra el mundo anterior para acelerar. Al

pasar el punto medio en el que no dominaba la gravedad de ningún mundo, dio un tirón hacia el siguiente. En vez de reducir la velocidad antes de llegar, apareció de golpe en el mundo, absorbió magia, exhaló, inhaló y se impulsó para seguir adelante.

Alcanzó el mundo vecino en la mitad del tiempo habitual, y el siguiente aún más deprisa. Sin embargo, le parecía una forma temeraria de viajar, y requería más magia de lo necesario. Temeroso de no ser capaz de materializarse dentro de un obstáculo, pasó por los dos mundos posteriores al ritmo acostumbrado. Como nunca había estado en el siguiente, moderó la velocidad en el punto medio para proyectar sus sentidos y buscar el camino.

Al notar que algo tiraba de ellos, comenzó a escudriñar su entorno. Sus ojos captaron una variación en el bláncor: una sombra más alta que ancha. Tal vez era una persona de pie, en la lejanía. Alguien que lo observaba...

«¿El Raen? —El corazón le dio un brinco—. No —se dijo—. Son imaginaciones mías, o una forma especialmente oscura del mundo anterior o del siguiente». Cuando comprobó su posición, la gravedad de los dos mundos estaba tan equilibrada que él no experimentaba atracción alguna.

Sin embargo, la sombra seguía allí. Cuando renunció a intentar verla con claridad, la sensación de que allí había algo no hizo sino intensificarse. «¿Qué será?».

—Otro hechicero —respondió Vella, de forma tan inesperada que a él se le habría cortado la respiración, si hubiera habido aire—. En el espacio entre mundos, pero a una distancia tal que tus ojos no saben cómo interpretar lo que percibe tu mente.

«¿Quién?».

—No lo sé.

No podía quedarse donde estaba; se asfixiaría. Sin apartar la vista de la variación, comenzó a retroceder hacia el último mundo. Si iba a encontrarse con otro hechicero cara a cara, más valía que fuera en un mundo que él sabía que era seguro y abundante en magia.

El lugar de llegada era una enorme y desierta plaza en una ciudad, cubierta de una gruesa capa de nieve. Antes en penumbra, ahora estaba teñida por la luz dorada de dos soles que se elevaban sobre los tejados. Tyen aspiró una gran bocanada de aire gélido y exhaló despacio, esforzándose por obligar a su corazón a recuperar su ritmo normal. Su aliento formó una nube de vapor.

Cuando esta se despejó, dejó paso a la figura de un hombre.

Tyen dio un paso hacia atrás. El corazón le dio un vuelco y comenzó a latirle a toda prisa. La niebla había ocultado cualquier indicio de la llegada del otro hechicero, pero no era la aparición repentina del hombre lo que lo había espantado, sino su mirada, directa y fija, que no revelaba nada sobre su estado de ánimo, salvo un cierto interés.

«Podría tratarse de un hechicero común y corriente —se dijo—. Tal vez un encargado de custodiar el mundo siguiente. Es posible que no sea el Raen».

El hombre esbozó una sonrisa que no denotaba calidez, solo diversión.

—Y es posible que sí lo sea —dijo en el idioma de los viajeros—. ¿Qué harías en ese caso?

El consejo de Tarren acudió a la mente de Tyen antes de que lo asaltaran sus propias dudas y temores. No había tenido tiempo de decidir qué quería hacer, pero no quería quedarse atrapado en un solo mundo. No habría optado por desobedecer la ley del Raen solo para vagar libremente, pero sabía que incluso si se establecía en el mundo con más conocimientos de magia, tal vez tampoco encontraría allí un remedio para Vella.

Si ese hombre era el Raen, representaba su mejor esperanza.

Si ese hombre era el Raen, tal vez Tyen estaba a punto de morir por haber viajado entre mundos. O, en el mejor de los casos, a punto de cerrar un trato que más tarde lamentaría.

Por el bien de Vella y el suyo propio, tenía que correr ese riesgo.

Entonces se percató de que el hombre le había leído la mente.

Se le revolvió el estómago. Nunca había conocido a nadie capaz de traspasar su barrera mental. Fuera quien fuese, era más poderoso que Tyen.

—Me... —titubeó este—. ¿Quién...?

El hombre extendió la mano con la palma hacia arriba y un dedo apuntando al pecho de Tyen.

—El libro.

Tyen se quedó paralizado.

—Te lo devolveré —le aseguró el otro.

«¿Qué alternativa me queda? —Tyen se llevó una mano temblorosa bajo la camisa para coger la bolsa. Cuando sacó a Vella, la sujetó unos instantes—. Si esto sale mal, te ruego que me perdones». Alzó la vista y abrió la boca para advertir al desconocido que Vella podía leer la mente, pero cayó en la cuenta de que no le hacía falta hablar. El hombre no retiraba la mano, lo que evidenciaba que esto no le preocupaba. Tyen posó el libro sobre la palma extendida.

El desconocido lo examinó a fondo. Las cubiertas. El lomo. El canto. Cuando abrió a Vella, Tyen contuvo la respiración. No alcanzaba a ver si aparecía texto en las páginas. Aunque los ojos del hombre se movieron de un lado a otro, su expresión no cambió.

Tyen aprovechó la oportunidad para estudiarlo. Era un poco más bajo que él y de constitución delgada, pero algo en su porte le confería un aspecto imponente. Llevaba un atuendo sencillo, un abrigo largo de tela oscura, una camisa de cuello alto sin botones, pantalón, botas. Tenía el cabello negro y corto. La piel, del tono que adquiriría la de Tyen cuando se bronceaba, tan tersa e impecable como la de un niño pero sin la grasa subyacente, lo que le realzaba los pómulos y la mandíbula. Era extraordinariamente bien parecido, y Tyen no pudo evitar sentir una ligera admiración teñida de envidia.

El desconocido cerró a Vella. Para alivio de Tyen, extendió la mano de nuevo, ofreciéndole el libro. Tyen lo cogió despacio, conteniendo el impulso de arrebatárselo, y lo guardó en la bolsa, mientras los pensamientos se le agolpaban en la cabeza. «Si este es el Raen, Tarren estaba en lo cierto. No me ha quitado nada que yo no estaba dispuesto a darle. Si no es el Raen, no cabe duda de que es muy poderoso de todos modos. ¿Posee la capacidad... y la disposición... para devolver a Vella a su forma humana?».

Respiró hondo, consciente de que, si aquel era el Raen, no le quedaba más remedio que esperar que su viejo amigo estuviera en lo cierto, o que le diera una muerte rápida y Vella acabara en buenas manos. Tragó en seco y se armó de valor para mirarlo a los ojos. Eran tan oscuros que no alcanzó a distinguir el límite entre el iris y la pupila.

—¿Puedes ayudarnos? —preguntó.

—Tal vez. —Una arruga diminuta apareció entre las cejas del hombre, que mantenía la vista clavada en el pecho de Tyen—. Hacía cientos de ciclos que no tenía que encargarme de las creaciones de mi predecesor, y lo que me pedían en ese entonces era su destrucción. Yo no intentaría reconstruir el cuerpo de esta mujer sin antes poner a prueba el método varias veces. Un solo error podría destruirla.

Tyen asintió, dando vueltas en la cabeza a las expresiones «mi predecesor» y «cientos de ciclos». Se resistió a pensar demasiado en ello, por miedo a perder la sangre fría.

—Llevará un tiempo —afirmó el Raen. Entornó los párpados—. A cambio, no tienes nada que ofrecer más que tus servicios.

Por un breve instante, Tyen estuvo tentado de señalar que ahora poseía un objeto que le había leído la mente al Raen, pero llegó a la conclusión de que, si lo decía, no lo conservaría en su poder durante mucho tiempo.

—No es una oferta muy atractiva, lo sé —respondió.

El hombre emitió un sonido entre dientes. Tyen se percató de que era una risita. El Raen tenía sentido del humor.

—Puedes resultarme útil, si lo deseas. Un grupo de hechiceros, algunos de ellos antiguos miembros de la escuela en la que estudiaste, están organizándose con la intención de desobedecer mis leyes y desafiar mi autoridad. Me gustaría que te unieras a ellos y me informaras de sus actividades.

A Tyen se le cayó el alma a los pies. ¿Podía actuar contra personas con las que había aprendido y trabajado? ¿Mentirles? ¿Traicionarlas? ¿Y si descubrían sus verdaderas intenciones? ¿Y si sus actos les acarreaban la muerte?

—Convendría no llegar a esos extremos —dijo el Raen—. Si eres lo bastante astuto, conseguirás disuadirlos de sus ambiciones más peligrosas. Si no, al menos podrás reducir el número de personas que perezcan como consecuencia de un enfrentamiento directo.

«¿Un enfrentamiento directo? ¿De modo que planean atacarlo? Deben de odiarlo de verdad». Tyen pensó en las discusiones entre los profesores, preguntándose cuál de ellos tenía razón. ¿Era el Raen un monstruo? Torció el gesto al caer en la cuenta de que este le había leído el pensamiento.

—Están indignados por haber perdido la libertad de hacer lo que les plazca —prosiguió el Raen—. No comprenden que mis leyes evitan que las discordias de los mundos degeneren en conflictos a gran escala. Si se sujetan a ellas, los dejaré vivir.

Tyen asintió. Le vinieron a la memoria las palabras de Tarren: «¿A qué estás dispuesto para cumplir la promesa que le hiciste a ella?». Respiró hondo.

—No mataré a nadie por ti.

—No te pido que lo hagas.

—¿Cuánto durará el acuerdo?

—Hasta que Vella vuelva a su estado original o yo llegue a la convicción de que no puedo ayudarla.

Tyen bajó la vista a la bolsa que le colgaba del cuello. Deseaba poder preguntarle a ella qué prefería, pero sabía qué le diría, que solo él podía tomar esa decisión. Ella no era una persona completa, por lo que no experimentaba sentimientos como él. Solo sabía que le habían arrebatado una parte de su humanidad y que eso estaba mal.

Tyen movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—Lo haré.

—Entonces estamos de acuerdo: yo intentaré curar a Vella, y a cambio tú vigilarás a esos rebeldes en potencia. No necesito que me busques para presentarme tus informes, siempre y cuando salgas de su base de vez en cuando. Yo te encontraré.

—¿Dónde está?

—Localiza a tus viejos amigos y lo averiguarás.

De pronto, no había más que un aire frío y vacío en el espacio que momentos antes ocupaba el Raen. Al contemplar la nieve más allá, Tyen se dio cuenta de que estaba tiritando, aunque no estaba seguro de si era por el frío o por el encuentro con el Soberano de los Mundos. «Estoy vivo. Aún tengo a Vella. —Y no solo eso: el hechicero más poderoso de los mundos había accedido a buscar la manera de

devolverle su forma humana—. Creo que eso significa que las cosas han dado un giro positivo. Lo que no significa que no puedan torcerse de muchas formas distintas». Tenía que confiar en que el Raen cumpliría su palabra y esperar que su «vigilancia» —«espionaje» habría sido más adecuado— no desembocara en desastre para él, Vella o sus amigos.

Entonces aparecieron dudas en su mente, y empezó a crecer su certeza de que había tomado una decisión errónea y precipitada. «Por otro lado, ¿qué otra cosa podía hacer, con el Raen allí delante? ¿Decirle “te pido disculpas por infringir tus leyes” y esperar que no me matara?». Tal vez el hombre le habría perdonado la vida. Había insinuado que perdonaría a los posibles rebeldes si renunciaban a sus planes de resistencia y se sometían a sus normas.

Extrajo de nuevo a Vella de la bolsa y la abrió.

«¿Qué opinas del Raen, Vella?».

—*Nada. No he podido penetrar en su mente.*

«¿No? Pero pudiste leer la de Roporien, ¿no?».

—*Sí.*

Tyen guardó silencio, asombrado. Tenía sentido que el Raen fuera más poderoso que Roporien, ya que lo había matado. Suponiendo que fuera cierto que su predecesor había perecido así. Siempre cabía la posibilidad de que la gente lo creyera solo porque era lo que había predicho la Regla del Milenio y porque el Raen se había alzado con el poder en la misma época en que Roporien había muerto. Miró de nuevo las páginas de Vella.

«¿Te ha preguntado algo el Raen?».

—*No. Tampoco ha buscado información concreta. Sin embargo, estoy segura de que me ha examinado de forma minuciosa. Le he formulado preguntas en la lengua de los viajeros, pues la habla, pero no me ha respondido.*

Esta noticia resultaba tan decepcionante como esperanzadora. Tyen había supuesto que Vella le aclararía si era probable que el hombre se mantuviera fiel a su palabra.

«Bueno, tendré que confiar en que Tarren tenga razón y el Raen cumpla con su parte del trato. A mí no me queda más remedio que cumplir con la mía».

¿Cuán difícil sería convencer a los rebeldes en potencia de que no se enfrentaran al Raen? No podría planteárselo directamente, pues entonces se preguntarían por qué se había molestado en incorporarse a sus filas. Detestaba la idea de espiar a sus antiguos compañeros y profesores, pero ¿y si el Raen estaba en lo cierto? ¿Y si era una forma de salvarlos? Además, si el enfrentamiento se volvía inevitable, tal vez podría persuadir al Raen para que perdonara a sus amigos.

«Antes tengo que encontrarlos», se dijo.

Se preguntó cuáles de sus amigos podían haberse sumado a la rebelión. Parel parecía satisfecho con su vida. Era un patriota que no se arriesgaría a poner a su

mundo en peligro por intereses personales. Además, durante su última conversación con Tyen, había hecho un comentario despectivo sobre los rebeldes. Ahlen estaría demasiado ocupado ayudando a su pueblo a superar el impacto de la reaparición del Raen sobre el comercio intermundial. Para Hekkirg y su esposo lo principal era proteger a su gente de los invasores.

A Yira, por otra parte, no le haría ninguna gracia quedarse confinada en su mundo. Le gustaba demasiado explorar. Al recordar su último encuentro, Tyen se percató de que la invitación a que conviviera con ella y sus «amigos» no solo era impropia de ella, sino un poco sospechosa. Yira siempre se había asegurado de que sus amantes nunca coincidieran entre sí. Según ella, los hombres no podían dominar su naturaleza celosa, por lo que había que mantenerlos separados para evitar problemas. Tyen dudaba que ella hubiera contemplado siquiera la posibilidad de que vivieran juntos.

«¿Tú qué crees, Vella? ¿Es Yira mi mejor opción?».

—*De todos tus amigos de Liftre, es la única que recibió instrucción como guerrera. Sería lógico que optara por luchar.*

Él asintió. «Entonces iré a su mundo ahora».

Tras respirar hondo y absorber un poco de magia, se impulsó para alejarse. A fin de llegar a donde vivía Yira, retrocedió parte del camino, pasando por varios mundos en los que ya había estado, y luego tomó una dirección que lo llevó más cerca de Liftre. El lugar de llegada era una plataforma de piedra labrada en lo alto de una peña gigantesca, pero Tyen no permaneció mucho rato allí. Se deslizó a través de la orilla del mundo. Los arroyos que bordeaban la peña convergían para formar un río que serpenteaba entre bosques y campos antes de dividirse en varios brazos. En una de las bifurcaciones se asentaba una aglomeración de tejados blancos resguardados por la fronda de árboles gigantes.

Descendió hacia una explanada rodeada por arcos de piedra con barras de hierro —el único sitio de la ciudad al que los hechiceros tenían permitido llegar— y emergió al mundo. Una mujer centinela le pidió su nombre desde una garita adosada a uno de los arcos. Siguiendo el protocolo que le habían enseñado, Tyen volvió las manos hacia arriba e hincó una rodilla en tierra.

—Tyen Fundehierro solicita humildemente autorización para entrar —dijo, con la vista fija en el suelo—. He venido por invitación de Yira Oni.

—Tengo instrucciones de Yira Oni... —dijo la mujer, consultando una libreta. Tyen leyó en su mente que su amiga había dejado una lista con los nombres de las personas a quienes había que enviar a su casa si preguntaban por ella, aunque en aquel momento no se encontraba en su mundo. La centinela le indicó a un hombre situado en el rincón más oscuro de la garita que condujera a Tyen a su destino.

Abrieron el cerrojo de la verja, y el guía echó a andar por las calles de la ciudad. Mientras lo seguía, Tyen se fijó de nuevo en las rarezas que le llamaban la atención cada vez que visitaba el mundo de origen de Yira. Un joven bien arreglado se

encontraba de pie en el vano de una puerta, con un bebé apoyado en la cadera y otro aferrado a su pierna. Observaba a Tyen con franca curiosidad, preguntándose cómo un hombre que descuidaba tanto su aspecto personal conseguiría atraer alguna vez a una mujer. Un par de mercaderes interrumpió su conversación sobre negocios para comentar la palidez de Tyen y conjeturar si alguna mujer ya le habría echado el lazo.

A menudo intentaba imaginar si la isla de donde procedía Sezee había sido así antes de que la conquistara el Imperio Ieraciano. Las mujeres estaban muy seguras de su superioridad sobre los hombres, y pocos de ellos parecían hacer mucho más que refunfuñar por lo injusta que era la situación. Como Yira daba por sentado que todos los mundos eran como el suyo, al principio le había costado encajar en Liftre. Solo Tyen la entendía en aquel entonces, y a quienes la consideraban arrogante les señalaba que su mentalidad no era distinta de la de los hombres criados en mundos donde gozaban de todos los privilegios. Por otro lado, se había sentido aliviado cuando ella había empezado a comprender que los hombres de su mundo a veces tenían buenas razones para quejarse.

Muchas de las casas eran grandes, laberínticas y comunitarias. Muchas mujeres tenían dos o más esposos que cuidaban de todos sus hijos con independencia de quién fuera el padre. Era una tarde calurosa a ras de calle, y las mujeres disfrutaban de la brisa que refrescaba los balcones de las plantas superiores.

—Tyen Fundehierro. Me acuerdo de ti.

Cuando alzó la vista, vio a Mirandra, la matriarca de la casa de Yira, acodada sobre la barandilla del balcón que estaba encima de él.

—Me honra que os acordéis, matriarca —respondió él—. ¿Puedo pasar?

Ella asintió. El guía se había detenido frente a una puerta abierta. Tyen le dio las gracias, lo que le valió una sonrisa extrañada pero complacida además de una reverencia, y recorrió un pasillo hasta un patio interior. En el centro crecía uno de los enormes árboles de la ciudad, con las ramas cargadas de grandes frutos verdes. Un criado fue a su encuentro y le entregó un cuenco y un paño. Conteniendo un suspiro, Tyen subió dos tramos de escalera en pos de él hasta donde lo esperaba Mirandra. Salió al balcón, se arrodilló ante ella y le lavó los pies descalzos. Como gesto adicional de buena voluntad y sumisión, absorbió magia para inmovilizar el aire en torno a ellos y redujo la temperatura.

—¿Qué noticias me traes de los mundos? —preguntó ella.

Él sonrió. La mayoría de las mujeres del mundo de Yira jamás formularía una pregunta así a un hombre, pues darían por sentado que no prestaba atención a esa clase de asuntos.

—Hay mucho revuelo por el retorno del Raen —le dijo, aunque había leído en su mente que ya lo sabía.

—¿Conoces a alguien que lo haya visto?

—No.

Suspiró, decepcionada.

—Resulta extraño pensar que un hombre pueda ser tan poderoso.

—Muy extraño —convino él con absoluta sinceridad—. Al principio, yo no daba crédito. Lifre quedó abandonada en cuestión de horas después de que llegara la noticia.

Ella frunció el ceño y desvió la mirada.

—Por lo menos Yira completó su entrenamiento. De poco nos servirá ahora que no está. —Sacudió la cabeza y bajó los ojos hacia él—. Dejó un mensaje para ti. Lo encontrarás en sus aposentos. Tal te llevará hasta allí. ¡Tal! —El hombre reapareció y se postró ante ella—. Lleva a Tyen Fundehierro a las habitaciones de Yira.

Se inclinó y le tendió una mano. Aunque habría podido ponerse de pie fácilmente sin su ayuda, habría sido una descortesía no aceptarla.

—Gracias —dijo con una reverencia—. Que tu árbol crezca bien; que tu árbol crezca alto.

Ella asintió en señal de aprobación.

—Puedes retirarte.

Las habitaciones de Yira estaban en la misma planta, no muy lejos. Por ser la protectora de la matriarca, se suponía que debía permanecer cerca de ella. La puerta principal estaba abierta. Cuando Tal entró, dijo unas palabras y otro hombre le respondió. Tres niños jugaban sentados en el suelo. Dos se parecían tanto que debían de ser gemelos. Los hijos de Yira. El otro hombre era uno de sus esposos. Entornó los ojos al ver a Tyen. «Otro», pensó, y agitó la mano hacia una pared.

Cuando Tyen miró en la dirección que le señalaba, tuvo que reprimir una carcajada.

Había carteles blancos en las paredes, todos decorados con una caligrafía elegante. «O sea, que no desdeña las prácticas artísticas de Tarren tanto como aparenta. —Los inspeccionó uno tras otro. Contenían poemas rimados—. ¿Dedicados a cada uno de sus amigos?». Los examinó todos con el mismo interés, sin dedicar más tiempo a uno que a los demás, para no revelar en cuál de ellos estaba la pista que Yira le había dejado y echar a perder con ello sus medidas de confidencialidad. Solo cuando hubo estudiado el último estuvo seguro de que su suposición inicial sobre cuál iba dirigido a él era acertada.

Ninguno tenía sentido para él, salvo uno.

«Puse nombre a nuestras doce hijas. Una negra, dos rojas, diez blancas. Allí donde regaste el árbol, saca a la luz mis palabras».

Se impulsó para abandonar el mundo.

Las hijas tenían que ser las lunas de un mundo que habían visitado juntos poco después de haberse hecho amantes. Ella les había puesto nombre a todas. Allí había un sol pequeño y tenue, y solo el calor que desprendía el suelo impedía que se helara. Ella le había dado una cantimplora de agua con las instrucciones de que vertiera su contenido en el suelo. Un árbol diminuto había brotado de la arena y se había desarrollado con rapidez durante las horas que habían pasado allí. Surgieron unas

flores que brillaban con una luz interior antes de marchitarse y caerse. Cuando se marcharon, el árbol había llegado al final de su ciclo vital y se había desplomado, esparciendo semillas por el suelo.

¿Se habían reunido allí los rebeldes? Tyen lo dudaba. Aquel mundo era demasiado inhóspito para vivir en él durante mucho tiempo. Algunos lo habían intentado antes, pero debido a la falta de luz y la imprevisibilidad de la lluvia, las cosechas no se daban bien. Había quienes se instalaban allí de forma provisional para extraer minerales y llevaban alimentos consigo, pero en cuanto se agotaba el yacimiento, el mundo quedaba abandonado de nuevo.

Por otro lado, formaba parte de un conjunto de mundos poco frecuentados, por lo que el viaje hasta allí resultaba complicado y llevaba muchas horas. Aunque el Raen ya no representaba un peligro para él, Tyen no podía evitar escrutar el espacio intermedio mientras se desplazaba, por si había sombras. No dejaba de dar vueltas en la cabeza a su encuentro con el Soberano de los Mundos, y sobre todo a su indicación de que no intentara buscarlo. ¿Cómo sabría el Raen cuándo y dónde reunirse con él? ¿Lo estaría vigilando continuamente, o contaba con espías para eso?

En el punto medio entre el mundo con doce lunas y el precedente, Tyen buscó señales de viajeros anteriores. El único camino que encontró llevaba mucho tiempo sin utilizarse, por lo que empezó a dudar de su interpretación del verso de Yira. Cuando estaba a punto de llegar, atravesó un camino recorrido más recientemente y retrocedió para seguirlo. Le pareció percibir un rastro de Yira en él, algo tan sutil como una fragancia residual. La ruta daba varias vueltas antes de desembocar en el lugar donde los dos habían acampado tiempo atrás.

Unos muros bajos y derruidos era todo cuanto quedaba de un edificio abandonado. El aire que aspiró de golpe estaba seco y caliente. Sacó su cantimplora de la mochila y exploró las ruinas hasta encontrar el sitio exacto donde se habían alojado. El arco se había derrumbado hacía poco. Se extendía sobre la zona donde había crecido el árbol, si no recordaba mal. Se acercó al montón de piedras y absorbió magia para apartarlas. Destapó la cantimplora, dejó caer casi toda el agua en el suelo y se sentó a esperar.

La última vez había ocurrido muy deprisa, aunque, como eran dos, habían podido entretenerse de otras maneras. Ahora, sin nada que hacer más que mirar, le dio la impresión de que las horas transcurrían sin que naciera absolutamente nada. Tomó unos sorbos del agua que quedaba y aguardó.

Cuando el suelo por fin se movió, no fue para dejar paso a un retoño. En vez de ello, la tierra se abultó y después cayó en cascada, revelando una superficie dura. Tyen se acercó y echó más arena a un lado. Debajo había un fragmento del arco de piedra. Al levantarlo, dejó al descubierto el brote que había empezado a crecer, doblado por el peso de la piedra. Se disponía a deshacerse de esta cuando se percató de que brillaba por la parte inferior.

Al darle la vuelta entre sus manos, exhaló aliviado y lleno de admiración por la

astucia de Yira. Con el jugo de una flor que había brotado antes había trazado un símbolo que empezó a desvanecerse cuando lo expuso al sol. Era un círculo que encerraba un glifo que simbolizaba Worweau, uno de los mercados más grandes de los mundos.

Tyen nunca había visto el mercado de Worweau. «Ya era hora de que lo conociera».

El símbolo desapareció del todo. Dejó la piedra en el suelo, se enderezó y se impulsó para alejarse del mundo de las doce lunas. La fatiga empezó a apoderarse de él. Era su cuerpo, recordándole que necesitaba dormir. Le rugían las tripas. Sabía que le convenía parar en un mundo donde estuviera cayendo la tarde para comprar algo de comida y buscar alojamiento, pero siguió adelante.

Cuando se hallaba cerca del mercado, se encontró con diversas rutas y caminos transitados, aunque por algunos no había circulado nadie desde hacía días. Eligió uno que había sido usado en las últimas horas. El lugar de llegada era un círculo pavimentado, con el glifo del mercado marcado con baldosas más oscuras en el centro. Filas de puestos se extendían en forma radial a partir de allí, tan atestadas de mercancías y clientes como le habían contado, a pesar de que el regreso del Raen presagiaba el final del comercio intermundial.

Un hombre se acercó con grandes zancadas al lugar de llegada. Llevaba una túnica lisa ceñida con un cinturón a su generosa barriga y un gran colgante de oro con el símbolo del mercado. Posando en Tyen una mirada altanera, alzó una tableta que llevaba sujetos varios fajos de papeles.

—¿Nombre? —preguntó con tono imperioso, en la lengua de los viajeros.

Tyen estudió al desconocido. Por su actitud y el colgante, supuso que se trataba de algún tipo de funcionario.

—Tyen Fundehierro.

—Tyen Fundehierro. —El hombre garabateó en la tableta—. ¿Motivo de su visita? ¿Compra, venta, o ambas cosas?

—Compra —decidió Tyen. Si hubiera dicho que ni lo uno ni lo otro, habría despertado sospechas, y si hubiera asegurado que su propósito era vender, tal vez el hombre habría querido inspeccionar el género.

—¿Cómo pagará la tarifa?

—¿La tarifa?

—Por el uso del lugar de llegada.

Que él recordara, nadie le había hablado de ninguna tarifa. Exploró la mente del funcionario. Descubrió que era un hechicero y que se consideraba lo bastante fuerte para lidiar con la mayoría de los visitantes. Antes tenía un empleo sencillo, que consistía sobre todo en indicar a los recién llegados dónde se encontraban las zonas del mercado que les interesaban, pero desde que el Raen había ordenado que se registraran el nombre y propósito de todos los visitantes, su volumen de trabajo se había duplicado. Por otro lado, el número de llegadas había disminuido, al igual que

los beneficios procedentes de propinas y sobornos, por lo que el hombre pretendía engañar a Tyen para que pagara una tarifa mucho más alta de lo normal.

—Tengo una piedra verde —dijo Tyen—. De las que llamáis «aemeras» en vuestro idioma.

El funcionario se quedó callado unos instantes al comprender que Tyen le había leído la mente. Alzó la vista, se lamió los labios y asintió.

—Esto... ¿Me la deja ver?

Tyen se sacó del bolsillo la talega de piedras semipreciosas, eligió las verdes más pequeñas y se las depositó en la palma. El funcionario hizo un gesto afirmativo.

—Con una bastará —dijo honradamente. Tyen le dejó caer una en la mano—. Yo en su lugar no las llevaría en el bolsillo, al menos sin protegerlas con magia. Nos gustaría mantener el mercado libre de ladrones, pero con tanta gente yendo y viniendo es imposible.

—Gracias por la advertencia.

Tyen bajó de la plataforma de llegada y echó a andar por la calle abarrotada. Una mezcla de olores, algunos agradables, otros repelentes, le cosquilleó la nariz. Los más apetitosos le recordaron que hacía muchas horas que no probaba bocado. Compró una brocheta de carne y verduras asadas. Justo cuando terminó de comer, una niña se interpuso en su camino, levantó la mirada hacia él con expresión atenta y se dio unos golpecitos con el dedo en la frente. Tyen le escudriñó la mente en busca de una explicación.

«Ve al norte, al hielo», le dijo ella. Él comprendió que era sorda y sabía leer los labios. Le pagaban para que vigilara las llegadas de personas que figuraban en una lista de nombres que le habían facilitado. Él asintió, y la niña se perdió a toda prisa entre la multitud.

Una vez que perdió de vista la plataforma de llegada, se adentró lo suficiente en el espacio intermedio para que nadie en el mercado lo viera con facilidad. Tantas otras personas habían hecho lo mismo recientemente que resultaba imposible distinguir qué caminos eran los más utilizados. Mientras se deslizaba hacia el norte, reparó en que había otros lugares de llegada en el mercado. Varias calles arrancaban de cada uno en todas direcciones, formando una hermosa red de líneas interconectadas. En uno de ellos, había un círculo de carromatos arrastrados por parejas de bestias enormes. La fila se destorcía poco a poco conforme los animales enfilaban pesadamente un pasillo del mercado. Los demás estaban desiertos, y cuando Tyen llegó a la zona del mercado más alejada del centro, vio un pasillo tras otro de puestos vacíos.

Las consecuencias del retorno del Raen ya empezaban a notarse. ¿Cuánto faltaba para que el mercado entero quedara abandonado? ¿O quizá esto no sucedería? El Raen había decretado que se anotaran todos los nombres e intenciones de los visitantes. Era evidente que no había dictado órdenes de cerrar el mercado, pues de lo contrario el funcionario habría estado preocupado por perder su empleo o tal vez ni

siquiera estaría allí.

Quizá el Raen sabía que el grupo de rebeldes en potencia se encontraba en ese mundo y no quería asustarlos, por temor a que huyeran a otro sitio donde no pudiera localizarlos.

El mercado empequeñecía detrás de Tyen mientras este atravesaba una extensión de tierra de cultivo irrigada por medio de una red de acueductos. Se deslizó en el espacio intermedio sobre una ciudad. Más allá divisó la sombra de montañas lejanas. Había cruzado incontables caminos abiertos por hechiceros a su paso por ahí y, suponiendo que el mundo entero era así, empezó a seguirlos para disimular su rastro, zigzagueando hacia las cumbres.

Las colinas, cada vez más grandes, cedieron el paso a crestas y valles. La nieve espolvoreaba el suelo. Finalmente, llegó a un elevado precipicio y, en lo alto, encontró una llanura de hielo de la que sobresalían aquí y allá las cimas de las montañas. Su trayectoria se cruzaba con un camino recién utilizado, y, tras cambiar de rumbo para seguirlo, Tyen descendió hacia una de las múltiples peñas de menor tamaño.

El camino lo condujo hasta una abertura en la roca. En cuanto llegó a la base, se arrepintió de no haber vuelto a emerger al mundo antes. El aire que aspiraron sus ávidos pulmones estaba tan gélido que lo hizo toser. Después de absorber magia, creó una barrera de aire inmovilizado en torno a su cuerpo para entrar en calor.

Una vez recuperado, se acercó a la abertura. Al encender una chispa, vio que el suelo cubierto de hielo descendía de forma abrupta. Alguien había excavado unos escalones a un lado, mientras que la zona llana estaba delimitada por fosas alargadas. Manteniendo la barrera reforzada para protegerse de un ataque eventual, bajó la escalera despacio. El pasadizo no tardó en nivelarse y ensancharse hasta formar una cueva, vacía salvo por una hilera de trineos. Como no estaban provistos de arneses, él supuso que se impulsaban a pie o por medio de magia.

Era improbable que los rebeldes dejaran en el espacio intermedio caminos que condujeran directamente a su guarida, por lo que debía de haber un tramo del trayecto que se recorriera con medios de transporte distintos del viaje entre mundos. Con trineos, por ejemplo.

Sin embargo, si se había equivocado de sitio y se llevaba un trineo, estaría perjudicando a los vecinos del lugar que lo necesitaran. Inspeccionó la cueva pero no encontró pistas sobre sus propietarios. Al salir, oteó el paisaje que lo rodeaba. No había huellas en la nieve que partiesen de la entrada. Si cogía un trineo ¿hacia dónde debía ir? Aunque sospechaba que no había nadie lo bastante cerca para alcanzarlo con los sentidos y leerle el pensamiento, lo intentó de todos modos.

De inmediato percibió a alguien detrás de él.

Giró sobre los talones a tiempo para ver salir de la cueva a un joven con un abrigo acolchado. Este lo miró de arriba abajo con expresión ceñuda.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó.

—Busco a Yira Oni, de Roihe —respondió Tyen—. Me dejó un mensaje que me ha traído hasta aquí.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del desconocido.

—¿Cuál de todos eres?

—Tyen. Tyen Fundehierro.

—¡Ah! Tyen. Hemos oído hablar mucho de ti. Pasa. Ya me iba, pero puedo indicarte el camino. Es un buen trecho, pero cuando le pillas el truco, puedes avanzar deprisa. Me llamo Brev, por cierto.

Bajó de nuevo las escaleras. Mientras lo seguía, Tyen advirtió que había un trineo más junto a los otros. El joven lo empujó hacia el fondo. Para sorpresa de Tyen, y rabia por no haberlo visto antes, había un pliegue en la roca que ocultaba un túnel. El suelo y las paredes eran de hielo liso, salvo por las marcas dejadas por los patines de los trineos. La luz de la chispa que Brev había creado apenas iluminaba la entrada del túnel.

El joven agitó la mano hacia la oscuridad.

—Tómalo con calma la primera vez. Hay curvas muy cerradas. Estate atento a las muescas en las paredes; te indican cuándo se avecina una. —Señaló el asiento—. Colócate allí y empuja contra las paredes. No muy fuerte al principio, o chafarás a tu descendencia.

—Gracias —dijo Tyen.

Brev se encogió de hombros y dio media vuelta.

—Hasta pronto —contestó, mirando hacia atrás.

Tyen encendió una llama y la envió hacia el túnel. Las sombras retrocedieron ante ella. Tras subir al trineo, acumuló magia y ejerció presión contra las paredes y el techo. Sus nalgas se oprimieron contra el asiento mientras la fuerza se transmitía al trineo a través de su entrepierna, y de pronto la advertencia de Brev cobró sentido. «Mis descendientes. Ya». Sin embargo, la presión disminuyó en cuanto los patines comenzaron a deslizarse sobre el hielo.

Afianzando los pies, absorbió más magia y se impulsó hacia las huidizas sombras.

Un buen rato después, apareció más adelante una luz que arrancaba destellos a las paredes de hielo. Tyen, creyendo que se aproximaba al final del túnel, redujo la velocidad, pero descubrió que el resplandor procedía de un par de lámparas de aceite comunes y corrientes. Otro hechicero joven salió de un hueco y, con aire receloso, le preguntó por su nombre. En cuanto Tyen se lo dijo, el hombre se relajó y le dejó proseguir su camino, recomendándole que no fuera muy deprisa y que tuviera cuidado con el puente.

Escudriñó la oscuridad frente a sí en busca de algún cambio en las paredes de hielo. Un puente tenía que extenderse sobre algo. ¿Un río subterráneo, quizá? Aguzó el oído para intentar captar algún sonido por encima del roce de los patines del trineo, pero no captó nada. De pronto, las paredes se ennegrecieron.

Aminoró la marcha y se acercó con cautela. El túnel se ensanchaba; había unos trineos apoyados contra la roca. Al otro lado no había paredes negras, sino un vacío oscuro que se prolongaba hacia arriba, hacia abajo y a los lados. Aumentó la intensidad de la llama y la envió hacia allí. Esta iluminó una enorme grieta en la capa de hielo que atravesaba el túnel. La luz no alcanzaba a penetrar hasta el fondo —ni lo alto— de la sima, y la grieta se curvaba a izquierda y derecha, lo que le impedía a Tyen ver hasta dónde llegaba.

Un puente pasaba por encima del abismo. Unas vigas clavadas profundamente en las paredes de cada lado formaban las dos mitades de un arco. Se extendían unas hacia otras, pero no se unían en el centro. Tal vez habían estado alineadas en el pasado, o las paredes de hielo se habían desplazado antes de que se completara su construcción, o tal vez los constructores eran incompetentes. Habían tapado el hueco con un remiendo torcido que formaba un resalto en el arco.

No había barandilla. El puente era demasiado estrecho para los trineos. De no ser porque el hechicero se lo había advertido, Tyen habría pasado a toda velocidad sobre el primer tramo de madera y se habría precipitado en el vacío.

Después de empujar el trineo hasta que quedó detrás de los otros, se apeó y se echó la mochila al hombro. Echó a andar sobre el puente. Estaba resbaladizo, por el hielo, y Tyen absorbió magia por si tenía que usarla para estabilizarse, pero consiguió llegar al otro lado sin perder el equilibrio. En el siguiente túnel había más trineos. Eligió uno y siguió adelante.

El siguiente par de lámparas no reveló nada, pero una vez que las dejó atrás oyó unas campanadas a lo lejos. Poco después, avistó una luz al final del pasadizo. Unos cien pasos antes, una figura se interpuso en su camino, recortada contra el resplandor

del otro lado. Tyen se detuvo.

—¿Quién eres? —preguntó una voz masculina.

—Tyen Fundehierro.

—¡Ah! El amigo de Yira. Bien, puedes pasar.

—Gracias —respondió Tyen cuando la figura se apartó. Llegó al final del túnel y salió a una caverna iluminada, refulgente.

Como en la grieta, las paredes frontal y posterior se curvaban de modo que no se alcanzaban a ver los rincones del fondo. El techo, si existía, estaba muy alto, oculto entre las tinieblas. Tyen se preguntó si la cueva era también una sima, aunque más pequeña y con la mitad interior rellena para formar un suelo.

Varios centenares de personas estaban sentadas en camas improvisadas, taburetes y sillas en el centro de la sala. El único camino apreciable entre ellas conducía a la entrada de otra cueva. Tyen advirtió que en su mayoría eran mujeres y que los únicos varones eran ancianos o niños. Al explorar algunas mentes, confirmó que se trataba de familiares de los rebeldes. Unos cuantos alzaron la vista hacia él, pero a ninguno pareció alarmarle su apariencia. Nadie mostró la menor intención de saludarlo tampoco. Cuando él dejó entrar un poco de aire a través de su barrera, le llegó el olor a sudor, cuerpos sin lavar, comida y basura.

Decidió que aquella no podía ser la base. Sin duda era un señuelo, y lo obligarían a pasar una prueba antes de llevarlo a la base auténtica. Esto no hacía que la presencia de las familias de los rebeldes en ese lugar resultara menos peligrosa, pero tal vez era un riesgo inevitable.

Había otra hilera de trineos junto a la pared del túnel por el que acababa de llegar, de modo que Tyen maniobró hasta dejar el suyo en un hueco, bajó y recogió su mochila. Para entonces había atraído a una pandilla de críos. Disimuló su decepción. Había esperado encontrarse con un grupo de adultos suspicaces, no con aquello.

—¿Quién eres? —le preguntó un chiquillo.

Tyen sonrió a los rostros alegres y curiosos, que le devolvieron la sonrisa.

—Tyen.

—¿Has venido a luchar?

—Tal vez.

—*Vamo a luchá* contra el *Rrrraen* —aseveró el muchacho, rugiendo al pronunciar el nombre. Extendió los dedos hacia Tyen con un gesto brusco—. ¡*Vamo* a lanzarle un rayo, y otro, y otro!

—Vaya. Por lo visto no soy necesario por aquí. —Miró en torno a sí—. Pero sería una descortesía marcharme sin saludar. ¿Alguno de vosotros sabe dónde puedo encontrar a Yira?

—¡Yira! —exclamó una niña, y se puso a girar, recorriendo la sala con la vista. Otra señaló la entrada de la cueva.

—¿Por allí? —preguntó Tyen.

Todos asintieron. Tras dedicarles una reverencia de agradecimiento que levantó

un coro de risitas, él se encaminó hacia la abertura seguido por la cuadrilla.

Las personas junto a las que pasaba lo observaban con expresión inquisitiva. Él les dirigía una cortés inclinación de cabeza. Muchas estaban ocupadas en tareas domésticas. Dos mujeres lavaban ropa, la mayor con los brazos metidos hasta los codos en una tina de agua caliente, mientras la joven sostenía en alto prendas que despedían vapor ante su atenta mirada.

Cuando se hallaba a pocos pasos de la abertura, un hombre la cruzó junto a Yira. El hombre miró a Tyen de arriba abajo. Era la primera persona del lugar que mostraba inquietud ante la presencia de aquel desconocido. Yira sonrió de oreja a oreja al verlo.

—¡Tyen! Sabía que te unirías a nosotros. Te presento a Ceilon.

Ceilon, un poco mayor que Tyen, era más alto, de piel cetrina y unas cejas finas y arqueadas que le conferían un aspecto de desaliento permanente.

—Bienvenido, Tyen —dijo—. ¿Sabes con qué fin estamos concentrados aquí?

Tyen posó la vista en Yira.

—Sé que no es por lo que me dijo Yira.

—¿No? —Ceilon se volvió hacia ella—. ¿Qué te dijo?

—Que se iría a vivir con todos sus amigos a un lugar seguro. Me pareció tan impropio de ella, que sabía que sin duda quería decir otra cosa, y la mejor explicación que se me ocurrió fue la de una reunión de hechiceros por algún otro motivo. Dadas las últimas noticias, no me costó mucho adivinar de qué motivo se trataba.

Yira soltó un resoplido.

—Has tardado un par de días en deducirlo, pero lo cierto es que siempre has sido un poco lento.

Ceilon desplazó la mirada de Tyen a Yira y sacudió la cabeza.

—Sí, ya no quedan lugares verdaderamente seguros desde que reapareció el Raen. Vayamos a la sala de planificación. —Le hizo una seña a Tyen para que caminara a su lado—. Algunos de nuestros compañeros no están, pero ya te los presentaré más tarde. Aún no hemos elegido a un líder definitivo. Suponemos que se nos unirán muchos más hechiceros, y que algunos tendrán más experiencia en combate y estrategia.

—Y liderazgo —añadió Yira en voz baja.

La segunda caverna era más pequeña y redonda. Había unas cajas de madera dispuestas en círculo sobre las que estaban sentados varios hombres, en su mayoría jóvenes. Todos contemplaron a Tyen con curiosidad.

—Este es Tyen Fundehierro —les dijo Ceilon mientras lo guiaba hacia el círculo—. El hechicero más fuerte de la recientemente desaparecida escuela de magia de Liftre.

—Bueno, en realidad eso no está confirmado —puntualizó Tyen. Miró con los ojos entornados a Yira, que se había apartado hasta quedarse de pie junto a una de las cajas. Una sonrisa burlona. «Pero ¿qué les habrá contado sobre mí?», se preguntó él.

—Así que quieres unirme a la rebelión, ¿no? —dijo un hombre, levantándose de una caja. Aunque era media cabeza más bajo que Tyen, tenía las espaldas anchas, los brazos musculosos y la piel oscura y moteada.

—Él es Ayan —le informó Ceilon a Tyen—. El encargado de la seguridad de esta base.

Tyen se volvió hacia Ceilon.

—¿Esta es vuestra base? —Como Ceilon no lo negó, Tyen miró a Ayan en busca de confirmación. El hombre asintió.

—Es una vida dura —reconoció Ceilon, y acto seguido enderezó la espalda—. Pero estamos dispuestos a soportar penalidades peores si con ello conseguimos liberar a los mundos del dominio del Raen.

Tyen dirigió la vista hacia atrás, a la entrada de la sala más espaciosa.

—Yo también. Pero si he sido capaz de encontraros en un día, él también podrá.

—Te dejé una pista que solo tú comprenderías —le recordó Yira—. Los mensajeros en el mercado saben que solo deben indicar a ciertas personas que vayan a los hielos del norte, pero no saben por qué. Y aquí he avisado a todos de que vendrías.

—¿Y si alguien me hubiera interceptado en el camino, o me hubiera leído la mente y me hubiera seguido? —inquirió él.

Ella miró con expresión ceñuda a Ayan, que puso mala cara y guardó silencio.

Tyen se dirigió de nuevo a Ceilon.

—¿Y por qué habéis traído aquí a vuestras familias?

—Tenemos que mantenerlas cerca, para que no las utilicen en contra nuestra —respondió Ceilon con rigidez.

Tyen clavó los ojos en él, asombrado. «¿Es que nadie ha pensado a fondo en esto? —De pronto tuvo que disimular su alivio al comprender que esto significaba que no representaban peligro alguno para el Raen—. Si se lo digo, ¿los dejará dar palos de ciego durante un tiempo hasta que se aburran y vuelvan a casa? —Un pensamiento más sombrío le vino a la cabeza—. ¿Bastará eso para conseguir que ayude a Vella a recuperarse?». ».

—Hemos tomado otras precauciones —afirmó Ayan—. Para unirme a nosotros, habrás de demostrar que eres digno de confianza. Debes abrirnos tu mente.

A Tyen se le cayó el alma a los pies. No podía hacer eso sin revelar sus auténticas intenciones y la existencia de Vella. Eso no podía salir bien de ninguna manera.

Sin embargo, el Raen le había pedido que se incorporara a sus filas, y un hombre que había vivido mil ciclos y con toda seguridad había frustrado incontables revueltas con su ingenio habría previsto que los rebeldes lo someterían a una lectura mental. «Debe de haber alguna manera de salir de esta». En el mismo instante en que pensaba esto se le ocurrió una idea que podía funcionar.

Se enderezó y miró a Ayan a los ojos.

—He visto y oído cosas ridículas en este lugar, pero esa se lleva la palma.

El hombre entornó los párpados.

—O sea, que te niegas.

—Claro que me niego.

Tyen oyó que a varios de los presentes se les cortaba la respiración. «Deben de estar preguntándose si soy un espía y si han sido tan ingenuos como para dejarme entrar hasta el corazón de su base».

—En ese caso, no eres bienvenido aquí.

Tyen movió la cabeza afirmativamente y retrocedió un paso hacia la salida.

—Respetaré vuestras medidas de seguridad, por llamarlas de alguna manera, y me marcharé por el túnel.

—¡Espera! —Yira corrió hacia él y le posó una mano en el brazo, con expresión fiera—. Quédate, Tyen. Entiendo que no estés de acuerdo con la forma en que hacemos las cosas ahora, pero es que somos novatos en esto. Por algo teníamos que empezar. —Sin aguardar respuesta, se volvió hacia los demás—. Necesitáis hechiceros como Tyen. No solo por su fuerza, sino también por su inteligencia. Él inventó la magia mecánica. Podéis estar seguros de que su ayuda nos será muy beneficiosa cuando empiece la batalla.

Tyen contuvo un escalofrío al recordar las modificaciones que Hekkirg había realizado en sus insectoides. ¿Le pedirían lo mismo los rebeldes? Tal vez podía introducir fallos para que llegaran a la conclusión de que los insectoides no eran tan útiles como parecían.

—Las normas están para cumplirse —replicó Ayan, cruzando los brazos—. Todos hemos demostrado muchas veces que no estamos corrompidos.

—¿Muchas? O sea, ¿que lo hacéis con regularidad? —Tyen sacudió la cabeza con incredulidad—. ¿Incluso la gente que os trae provisiones?

—Sobre todo ellos —respondió Ceilon.

Tyen abrió la boca, la cerró, dio media vuelta y empezó a alejarse.

—Vuelve —le pidió Yira, agarrándolo y tirando de él para detenerlo—. Debéis hablar de esto. Llegar a un acuerdo. ¿Y si Tyen os abriera su mente solo una vez?

—No —dijo él con firmeza.

—Todos tenemos asuntos privados que preferiríamos no compartir —dijo ella—, pero hemos hecho un juramento de silencio.

—Hasta que el Raen se tope con uno de vosotros y lo averigüe todo acerca de los demás. —Tyen paseó la vista por el grupo, mirando a cada uno de los hombres a los ojos—. Si de verdad es capaz de percibir a quien se desplaza entre mundos, no tardará en cazar a alguno de vosotros. Y, cuando lo haga, no podrá descubrirlo todo sobre mis amigos, el paradero de mi familia, los mundos que considero buenos escondites o las estrategias que creo que servirían para derrotarlo. Y, lo que es más importante, tampoco descubrirá todo lo que sé sobre la magia mecánica. Y la única forma de estar seguro de ello es no dejar que nadie me lea la mente.

Durante el silencio que siguió, hubo varios intercambios de miradas. Al principio,

eran escrutadoras y buscaban las reacciones de los demás. Luego, un asomo de rebeldía pasó de unos ojos a otros, hasta que todos se clavaron en Ayan y Ceilon, acusadores.

«Bueno, eso confirma quiénes son los líderes provisionales».

Los dos hombres, el delgado y el bajo y fornido, se miraron.

—No le falta razón, Ayan —dijo Ceilon con expresión desafiante.

Ayan arrugó el entrecejo.

—Pero ¿de qué otra manera sabremos si podemos confiar en él?

—Al estilo antiguo. Permaneciendo atentos. Viendo si prueba su lealtad por medio de sus actos. Atendiendo a las recomendaciones de quienes sabemos que son de fiar.

—Yo respondo por él —terció Yira.

Ayan recorrió el grupo con la vista.

—Tal vez deberíamos adoptar un sistema de dos niveles, en el que solo los miembros de confianza puedan asistir a las reuniones estratégicas, y los miembros nuevos deban ganarse ese derecho.

Ceilon asintió.

—Y, como ya sabemos que los demás somos de fiar, todos los presentes formaremos parte del grupo de confianza, y todas las nuevas incorporaciones, incluido Tyen, empezarán en el segundo. —Alzó la vista hacia los demás hombres—. ¿Estamos de acuerdo?

Se oyó un murmullo de asentimiento.

—¿Alguien tiene algo que objetar?

Silencio.

Los dos líderes se volvieron hacia Tyen.

—Eso significa que, por el momento, no podrás asistir a las reuniones estratégicas. ¿Te parece aceptable, Tyen Fundehierro? —preguntó Ayan.

Tyen fingió reflexionar y luego hizo un gesto afirmativo.

—Sí.

—En ese caso, si nadie se opone, doy la bienvenida a Tyen Fundehierro a la rebelión —anunció Ceilon. Miró a Yira—. ¿Te encargarás de organizar las cuestiones domésticas?

Ella torció los labios. Sin responder, enlazó el brazo con el de Tyen.

—Ven conmigo.

Los demás se quedaron callados mientras se alejaban. Una vez en la sala más grande, Yira exhaló un suspiro de irritación y le soltó el brazo.

—No sé quién es peor, si tú o ellos —espetó.

Tyen sonrió.

—¿Crees que debería haber permitido que me leyeran el pensamiento?

Ella lo observó, apretando los labios.

—No. Creo que tienes razón. Si todos lo sabemos todo, el Raen se enterará hasta

del último detalle si captura a uno de nosotros. Pero ¿de qué otra manera podemos cerciorarnos de que los nuevos miembros no sean espías?

Él se encogió de hombros.

—¿Tan grave sería que uno lo fuera? Cualquiera de los rebeldes que están allí dentro podría convertirse en un informante, de forma voluntaria o por la fuerza, durante los períodos que pasen fuera de aquí. Los miembros nuevos solo sabrán un poco acerca de vuestros planes, y si sois... si somos... prudentes, no se enterarán de nada más.

—¿Insinúas que no les informemos sobre nuestros planes? Tal vez no estarían dispuestos a aceptar eso. ¿Qué sentido tiene unirse a la rebelión si no tienes voz ni voto en sus actividades?

—Entenderán el sentido cuando se lo expliquemos. —Volvió la vista hacia la entrada a la otra caverna—. No es necesario que todo el mundo esté al corriente del más mínimo detalle. Muchos se conformarán con saber que se están desarrollando planes y cuál es el objetivo final. Quienes sí conozcan los pormenores deberían quedarse aquí para minimizar el peligro de que les lean la mente. O, mejor dicho, deberían permanecer en un escondite más conveniente, sin toda esta gente a la que alimentar y atender. Cuantas más provisiones necesitéis, más viajes al exterior habrá que realizar, y mayor será el riesgo de que sigan a alguien hasta aquí.

Yira suspiró.

—Tienes razón. Estaba demasiado ocupada intentando conseguir que me tomaran más en serio para pensar en eso. —Se detuvo. Habían llegado frente a una pared de la caverna—. Yo duermo aquí —dijo, señalando un espacio de suelo vacío entre la pared y una pareja mayor que tomaba sorbos de unas tazas desportilladas que contenían una bebida humeante. Había una colchoneta delgada enrollada y firmemente atada a una mochila. Yira estaba lista para partir en cualquier momento, como correspondía a una mujer de Roihe bien entrenada como guerrera—. Tendrás que acurrucarte a mi lado.

Tyen asintió y depositó su mochila junto a la de ella. Cuando la pareja mayor alzó la mirada hacia ellos, Tyen inclinó la cabeza con educación. Ellos sonrieron.

—Hay agua de deshielo en una poza, al fondo de la cueva. —Yira apuntó hacia la izquierda—. Hemos puesto mamparas para que la gente tenga intimidad al lavarse y hacer sus necesidades. Suele formarse cola después de las comidas. Los hechiceros se turnan para traer alimentos a diario... Sí, ya sé que es arriesgado. A mí no tienes que soltarme un discurso sobre eso. Corresponde a cada persona o familia solicitar víveres específicos y organizar la preparación de la comida.

Aún salía humo del pequeño quemador con el que la pareja había calentado su bebida. Tyen alzó la vista.

—¿Hay una ventilación adecuada en la cueva?

—A veces se llena de humo. Cuando eso ocurre, empujamos aire a través del túnel hasta que se dispersa por la grieta. Extiende la colchoneta para que puedas

sentarte. Yo tengo que regresar a la reunión. —Tras alejarse un paso, vaciló unos instantes, se agachó hacia él y agregó en voz baja—: ¿Es el colgante que llevabas el otro día lo que no quieres que ellos vean en...? —Se dio unos golpecitos en la frente.

A Tyen el corazón le dio un vuelco. Al hablar de «colgante», Yira sin duda se refería a la bolsa en la que él guardaba a Vella.

—Sí y no —murmuró—. Preferiría que no supieran que lo tengo, pero como tú te enteraste antes de unirme a ellos y te han leído el pensamiento, seguramente ya lo saben.

—No lo creo —repuso ella—. No me acordaba hasta que apareciste. ¿Puedes decirme qué es?

—Un libro.

Ella puso cara de exasperación.

—Eso ya lo vi. ¿Qué contiene?

—Conocimientos de los que estoy seguro que otras personas abusarían si los tuvieran.

—¿Algo que podría ayudarles a vencer al Raen?

Él meditó un momento y sacudió la cabeza. Roporien no habría animado a otros a leer a Vella si ella hubiera ofrecido información sobre cómo derrotarlo, y había sido casi tan poderoso como el Raen.

—Bueno, entiendo que no quieras arruinar tus posibilidades de ganarte bien la vida en el futuro —comentó Yira—. No diré una palabra, siempre y cuando no guardes en secreto inventos y descubrimientos que puedan ayudarnos claramente en la lucha.

—Gracias.

—Hay algo de comida en mi mochila. Cógela, pronto me traerán más. Y, a juzgar por tu aspecto, te vendría de perlas dormir.

—¿Ah, sí?

Asintiendo, ella giró sobre los talones y se encaminó con paso decidido hacia la entrada de la cueva. Tyen desenrolló la colchoneta y se sentó encima. Sacó a Bicho de la mochila y consultó el reloj que llevaba en el lomo. Había transcurrido casi un día y medio leraciano desde que se había marchado de Liftre. Tras guardar de nuevo el insectoide, encontró algo de fruta desecada y nueces saladas en la bolsa de Yira, y comió hasta que dejaron de rugirle las tripas. El cansancio le resultaba casi doloroso, por lo que, cuando por fin se tendió, la sensación fue maravillosa.

Sin embargo, las voces de la gente que lo rodeaba le impedían conciliar el sueño. Tras las carcajadas y protestas de los niños alcanzaba a oír conversaciones. Intentó entender lo que decían quienes se encontraban más cerca, sin éxito, y luego empezó a buscar sus mentes.

«Como un espía competente», pensó. Entonces se estremeció. Si había hechiceros más fuertes que él y estaban leyéndole la mente en ese momento, se enterarían de su trato con el Raen. Como él se había negado a someterse a una lectura mental, era muy

probable que alguien estuviera vigilándolo. «Si es así, y ese alguien es más poderoso, estoy perdido de todos modos. Así que no pierdo nada con echar un vistazo por aquí».

La distancia a la que un hechicero podía explorar el pensamiento de una persona dependía de su alcance mágico, pero cuanto más lejos se encontrara esa persona, más difícil resultaba aislar su mente de las demás, sobre todo cuando se interponían muchas entre el lector y su objetivo. Pero, como el espacio asignado a Yira estaba junto a la pared de la cueva, no había nadie entre él y los rebeldes que se encontraban al otro lado, lo que facilitó a Tyen la tarea de escuchar su discusión. Captada por muchos oídos y procesada por varias mentes, la conversación le llegaba curiosamente amplificadas.

Estaban deliberando sobre cómo podrían huir todos en caso de que el Raen detectara a uno de ellos mientras iba o volvía del mercado en busca de provisiones.

—Dicen que puede desplazarse más deprisa que todos los demás hechiceros y que no necesita materializarse por completo en un mundo antes de viajar al siguiente —decía uno.

—Eso es imposible. Hasta el Raen necesita respirar.

—¿Tú crees? —preguntó otro—. Es inmortal. A lo mejor no le hace falta.

—Tanto si es verdad como si no, debemos dar por sentado que es más rápido que nosotros —aseveró Ceilon—. Tenemos que ser más astutos. Si viajamos en grupos de dos o tres, podremos dispersarnos en caso de que creamos que viene a por nosotros. No podrá perseguir a más de uno a la vez.

—¡Ah! —exclamó el primero—. Si cada uno viaja con dos rebeldes nuevos que no posean información importante, pueden servir como cebo y alejarlo de nosotros para que podamos escapar y ponernos a salvo.

Una mente conocida captó la atención de Tyen. Yira. Estaba pensando que nadie querría unirse a la rebelión sabiendo que lo sacrificarían tan a la ligera. Pero Tyen advirtió que el hombre que había hecho la propuesta suponía que era menos probable que el Raen castigara a los rebeldes ignorantes.

—Podrían intentar atraerlo hacia un mundo muerto —decía otro—. Es lo que algunos creyeron que le había sucedido cuando desapareció.

—Pues se equivocaban —señaló Ceilon—. De lo contrario, aún estaría allí.

—A menos que sus aliados averiguaran su paradero y acumularan entre todos magia suficiente para sacarlo de ese mundo.

Ceilon negó con la cabeza.

—¿Podemos ceñirnos al tema? —Miró alrededor y sus ojos se encontraron con los de Yira. Ella se puso tensa, y Tyen se percató de que Ceilon solía pedirle su opinión cuando saltaba a la vista que no tenía nada que aportar, y en cambio no le hacía caso cuando quería meter baza.

—¿Tú qué crees, Yira? ¿Qué propondrían las guerreras de Roihe?

«Barajar todas las alternativas antes de recurrir a la lucha —pensó—. Pero esa

idea no tendrá muy buena acogida aquí».

—Confundirnos entre la multitud —respondió—. Encontrar un lugar muy poblado e intentar pasar inadvertidos.

Ceilon asintió.

—Sí, al Raen no le gustaría que hubiera testigos cuando masacrara a hechiceros inocentes.

Ella soltó un resoplido.

—Por lo que he oído, estaría encantado de aplicarnos un castigo ejemplar. —A Tyen le intrigó la intensidad del odio de Yira hacia el Raen, pese a que nunca había mencionado que tuviera motivos personales para aborrecerlo—. Y no somos precisamente «inocentes» a ojos de sus aliados.

—Supongo que no —admitió él. Cuando le sonrió a Yira con complicidad, ella se resistió a mirar a los dos rebeldes que habían sido sus amantes, pero se imaginó que su humor se ensombrecería ante aquel recordatorio de su vínculo con ella. Con curiosidad por saber si ella había acertado, Tyen buscó las mentes de ambos hombres. En efecto, percibió la ira y el resentimiento de un tal Piello, que albergaba un orgullo herido y a la vez la ligera esperanza de recuperar sus favores. Había creído que ella se había inventado a sus otros «amigos» para ponerlo celoso y avivar su interés, y se había llevado un gran chasco al descubrir que no era así.

El otro, Frell, había supuesto que ella había reunido a sus «amigos» para que lucharan entre sí por su fidelidad. Había llegado preparado para la batalla, pero de inmediato le habían dejado claro que los conflictos entre rebeldes no serían tolerados. «Y ahora llega un tercero. Ese cuyas habilidades Yira no ha parado de poner por las nubes. Por otro lado... tal vez ella no exageraba respecto a Tyen. No he conseguido leer nada en su mente, pese a que puedo leer las de todos los demás».

Tyen estuvo a punto de reírse en voz alta al captar este pensamiento. No era el único que invadía en secreto la mente de otros rebeldes. Sin embargo, era evidente que Frell había evitado leer la de Yira antes de desplazarse hasta allí, pues de lo contrario habría sabido que ella solo lo había invitado para combatir contra el Raen, y que no abrigaba la menor intención de hacer otras cosas con él.

«Interpretarán que me haya invitado a compartir con ella su colchoneta como una muestra de favoritismo. Debo encontrar otro lugar donde dormir lo antes posible».

Ya lo hablaría con ella más tarde. Buscó de nuevo la mente de Ceilon y advirtió que este había reparado en las miradas amargas que habían intercambiado los rivales. «Por eso no podemos tener mujeres en el grupo —pensaba. Para el asombro de Tyen, el hombre recordaba haber rechazado a otras hechiceras—. Incluso esta guerrera fea constituiría una distracción que no nos conviene. Pero tal vez el recién llegado nos proporcione una excusa para excluirla. Si le pido que lo mantenga vigilado durante nuestras reuniones, nos libraremos de ambos. Además, dividir a los miembros en dos niveles nos permitirá contar con la ayuda de otras mujeres sin que causen problemas...».

Una vez más, las dudas de Tyen sobre la misión que había aceptado se apaciguaron. En conjunto, aquellos necios no representaban el menor peligro para el Raen. «El problema es que no están a salvo aquí. Si provocan al Raen, tal vez se vea obligado a tomar represalias. ¿Debo animarlos a encontrar un refugio más seguro, para ellos y sus familias?». Habría deseado pedirle consejo a Vella, pero sacarla y leerla resultaría demasiado arriesgado. Alguien podría caer en la cuenta de que aparecían palabras en la página. «Por el momento, necesito alcanzar aquí una posición lo bastante influyente para mantenerlos a raya, pero no tanto como para que esperen de mí que los convierta en una amenaza mayor para el Raen». Si Frell podía leer todas las mentes menos la suya, debía de ser el hechicero más poderoso en aquel lugar, por lo que lo mejor sería recalcar su falta de experiencia en combate para que no lo incluyeran como pieza clave en sus planes de batalla.

Si conseguía convencerlos de que enviaran a sus familias a otro lado, se sentiría bastante menos culpable por espíarlos.

Un semicírculo de rostros fascinados observaba a Tyen con toda atención.

—Bien, ¿habéis entendido todos las normas? —preguntó. Miró uno tras otro a todos los miembros del público buscando alguna señal de incompreensión. No todos los presentes en la caverna entendían el idioma de los viajeros, y se había fijado en que algunos de los niños mayores traducían sus palabras a los más pequeños.

Todos asintieron, sin asomo de confusión. Tyen abrió su mochila y echó una ojeada al interior. El público aguardaba en silencio. Expectante. Él alzó la vista hacia ellos y sonrió.

—Sal, Bicho. Sal de ahí y conoce a tus nuevos amigos.

Al captar la orden «sal de ahí», Bicho trepó de inmediato por el brazo de su dueño. Se oyó un jadeo de asombro. Tyen comprobó aliviado que ninguno de los niños parecía asustado. El miedo era una reacción razonable para quien viera por primera vez un insecto tan grande como la mano de un adulto. Bajo la intensa luz de la caverna, las cubiertas de sus alas reflejaban un azul iridiscente, pero las junturas de las patas y las antenas estaban mugrientas por el polvo que había entrado en la bolsa y se había mezclado con aceite.

—Vuela alrededor, Bicho —le indicó Tyen.

Las cubiertas se levantaron con un chasquido, y las alas interiores se desplegaron y comenzaron a agitarse hasta volverse borrosas. Cuando el insectoide se elevó y sobrevoló las cabezas de los niños, estos prorrumpieron en chillidos de entusiasmo. Tyen alzó el brazo y, tras completar un círculo, Bicho se posó en él y guardó las alas con un ruido seco.

—¡Otra vez! —exclamó un niño, y otras voces se sumaron a su petición.

Tyen desplegó una sonrisa. Levantó el brazo y repitió la orden. Bicho cobró vida de nuevo con un zumbido e inició otra vuelta. En mitad del recorrido, un chiquillo saltó para intentar atraparlo. Bicho lo esquivó fácilmente con un quiebro rápido, pero cuando aterrizó, Tyen abrió su mochila.

—Dentro de la bolsa, Bicho. —Esto suscitó un coro de protestas—. Os lo advertí —les recordó—. Nadie debe tocar a Bicho. Si lo agarráis, os picará. —El muchacho que había intentado coger al insectoide no parecía compungido ni preocupado siquiera por el peligro de recibir un agujonazo. Tyen sospechaba que, como muchos hijos de hechiceros, procedía de una familia rica que le consentía sus caprichos.

Bicho siempre cautivaba a los niños. Después de algunos incidentes desafortunados, Tyen había reconstruido partes del escarabajo con materiales más resistentes, había añadido cubiertas a las alas y lo había dotado de la capacidad de

retraer las patas y las antenas en el caparazón. Por lo general, hacerlo volar así sobre las cabezas de un grupo le servía para identificar a los elementos revoltosos. El propósito de los agujones no era disuadir a los niños, sino una defensa contra el robo, ya fuera del propio Bicho o de los objetos que custodiaba.

Para evitar que los chicos inocentes se quedaran sin espectáculo por culpa de los desobedientes, Tyen había concebido una serie de trucos que Bicho podía realizar sin acercarse a ellos. Iba por la mitad del repertorio cuando vio a Yira salir de la sala de reuniones con expresión sombría. Esta miró alrededor y, al ver a Tyen, avanzó unos pasos, pero en cuanto reparó en los niños se desvió en dirección a sus pertenencias.

—Es suficiente por hoy —anunció Tyen—. Es la hora de la siesta de Bicho —explicó ante las expresiones de disgusto de los críos—. Necesita mucho descanso. Entra en la bolsa, Bicho.

Una vez que el insectoide estuvo a salvo en la mochila, Tyen se puso de pie y, sonriendo por el parloteo animado que oía a su espalda, se dirigió hacia Yira. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la colchoneta, tomando sorbos de su cantimplora.

—¿Ya estás bebiendo? —le preguntó cuando llegó a su lado.

Ella asintió y le tendió la cantimplora. Él negó con la cabeza.

—Es demasiado temprano para beber algo tan fuerte. Además, debe de quedarte poco. Tiemblo al pensar lo que harás cuando se te acabe.

Ella la tapó y la guardó.

—Matar a alguien, seguramente.

—¿Qué han hecho esta vez?

Yira hizo una mueca.

—Me han enviado a vigilarte otra vez. Como si hiciera falta.

—Alguien tiene que hacerlo. —Se encogió de hombros—. Aunque el hecho de que se lo encarguen a mi mejor amiga evidencia que no soy yo quien les preocupa.

—¿Tan evidente es para todo el mundo? —Puso mala cara—. Ceilon me margina de la toma de decisiones.

—Así es.

Ella suspiró.

—Varias mujeres poderosas e inteligentes quisieron incorporarse a nuestras filas, y él las rechazó. No sé muy bien por qué me admitió a mí, aunque está claro que ahora lamenta esa decisión. —Cerró los puños—. ¡Es tan frustrante...! Al asistir a Liftre aprendí por qué los hombres de mi mundo se quejan tanto, pero no comprendía cómo se sentían hasta ahora. Y es que es imposible cambiar nada, porque lo intenté en mi tierra y todo el mundo se rio y siguió actuando como siempre. —Sacudió la cabeza—. Deben de estar formándose en otros lugares grupos rebeldes a los que podamos unirnos. O podríamos organizar el nuestro, tú y yo. O podría simplemente regresar a Roihe.

Tyen negó con un gesto.

—La sociedad de Roihe ha sido así desde hace... ¿cuánto? ¿Cientos de ciclos? Los rebeldes que estáis aquí lleváis juntos menos de treinta días. El cambio es posible. Es más probable que la continuidad absoluta. Incluso si te marchas y te incorporas a otro grupo o formas el tuyo propio, en algún momento tendremos que unirnos todos si queremos derrotar al Raen. Sería mejor que vencieras sus prejuicios aquí y ahora.

Ella extendió las manos a los lados en un gesto de impotencia.

—Pero ¿cómo? Esta no es la clase de batalla para la que me entrenaron.

Tyen volvió la vista hacia la entrada de la sala de reuniones.

—Utiliza el impulso del enemigo contra él. Concéntrate en lo que ellos suponen que te preocupa como mujer. Convéncelos de trasladar a las familias a un lugar más seguro. Deja que Ceilon crea que eso te quitará de en medio durante un tiempo y luego, cuando cuentes con el consentimiento de los que mandan, delega la tarea en otros, como haría una auténtica líder.

Ella enderezó la espada.

—Eso podría dar resultado. Pero ¿en quién la delegaría? —Abrió mucho los ojos—. ¡En ti, por supuesto!

A Tyen se le hizo un nudo en el estómago al darse cuenta de su error. Los rebeldes podían determinar que se quedara con las familias para protegerlas. Entonces él no se enteraría de sus planes ni podría influir en sus decisiones.

—Tiene que ser alguien en quien ellos confíen.

—Será la forma perfecta de conquistar su confianza —alegó Yira, con un centelleo de entusiasmo en los ojos—. Ya te has ganado a los niños, y eso que solo llevas unos diez días aquí. Aprovecha ese encanto tuyo para trabar amistad con las familias. Y si las convences de que aquí no están a salvo y ponen en peligro a otros, exigirán que las manden a otra parte. —Sonrió—. No me sorprendería que los rebeldes quedaran tan agradecidos contigo por salvar a sus familias que te nombraran líder a ti.

Un escalofrío le bajó a Tyen por la espalda.

—No quiero ser líder. No tengo madera para eso.

Yira asintió.

—No, la verdad es que no. ¿Cómo te ves en el futuro, entonces?

—No lo sé. ¿Como asesor, tal vez?

—Pues me alegra que seas mi asesor. —Le propinó un codazo suave—. Gracias. —Olfateó el aire y paseó la vista por la cueva—. Están cocinando. Es casi la hora del almuerzo. Los rebeldes no tardarán en salir a comer. Espera a que regresen ahí dentro antes de hablar con nadie. Empezaré a sugerir que traslademos a las familias. Aumentaremos la presión poco a poco. Lo más probable es que Ceilon no descubra lo que estamos haciendo hasta que sea demasiado tarde. Y, aunque lo descubra..., tal vez no me envíe a vigilarte por miedo a que tramemos otra cosa. Ah, aquí llegan.

Cuando los rebeldes salieron de la sala de reuniones y se dispersaron para

almorzar, Yira y Tyen siguieron su ejemplo. Cada familia era responsable de preparar sus propios alimentos, lo que ahorra a la mayoría de los rebeldes el trabajo de cocinar o recoger.

«¿Será esa la auténtica razón por la que se resisten a enviar a sus familias a otro lugar? —se preguntó Tyen—. Tendrían que cocinar y limpiar ellos mismos. ¿Están arriesgando la vida de sus seres queridos para evitar las tareas domésticas?».

De ser así..., la afirmación de Ceilon de que estaban dispuestos a soportar penalidades por la causa era falsa. Pero dudaba que estuvieran mintiendo. Simplemente no habían cobrado conciencia de ello.

¿Qué opinaban sus familias de la situación? «Bueno, ha llegado el momento de averiguarlo». Cuando Yira entró con los demás en la sala de reuniones, Tyen les llevó los tazones y los cubiertos de los dos a un par de mujeres que estaban lavando los suyos.

Una de ellas alzó la vista y extendió las manos para coger los cuencos. Tyen sacudió la cabeza.

—Puedo lavar el mío —dijo.

—No nos molesta —repuso ella—. Así tenemos algo útil que hacer.

—A mí también me vendría bien hacer algo útil —aseguró él.

La mujer arqueó las cejas.

—Bueno..., si tienes magia, sería útil que fueras a buscar más provisiones para nosotros.

Suspirando, él volvió la mirada hacia la sala de reuniones.

—Se supone que no debo salir de aquí sin permiso.

—Pues... —Ella miró en torno a sí—. Illy y Tandila se ocupan de casi todas las labores que requieren magia, ya que no las dejan participar en las reuniones...

—También tengo un par de manos —señaló él, alzándolas y agitando los dedos.

Ella sonrió.

—De acuerdo. Entonces coge esto —señaló con un movimiento de cabeza la tina en que había estado lavando platos— y tira el agua en una letrina. Mientras tanto le preguntaré a Rea qué más queda por hacer.

Desde entonces, Tyen se aseguró de que las mujeres lo mantuvieran ocupado, primero con las numerosas faenas que habían aplazado porque exigían el transporte de objetos pesados o el uso de magia; luego, cuando se acostumbraron a su presencia entre ellas, comenzó a ayudarlas con sus tareas habituales.

No tardaron en incluirlo en sus conversaciones. Preguntó a varias mujeres si estaban contentas allí o si temían por su seguridad. En su mayoría le respondían que deseaban contribuir a la causa y cuidar de sus seres queridos. No ignoraban los peligros que entrañaba la vida en la base y sabían bien que tantas bocas que alimentar implicaban más viajes en busca de víveres y un mayor riesgo de que alguien descubriera la base.

Le refirieron también varias historias sobre el Raen y tuvo que reconocer que el

rencor que le guardaban parecía justificado. Les leía la mente para ver en qué puntos exageraban, qué partes de los relatos se basaban en experiencias personales y qué partes en testimonios de oídas. Por otro lado, era improbable que alguien que se había unido a una rebelión tuviera algo agradable que contar acerca del enemigo. Cuando le preguntaban por qué se había sumado a sus filas, él contestaba que, en su opinión, todos los hechiceros debían ser libres de viajar por los mundos y de enseñar a otros a hacerlo. Al fin y al cabo, si él no lo hubiera aprendido, aún estaría atrapado en un mundo pobre en magia.

Un día, cuando estaba describiéndoles los aerocoques a tres mujeres, lo interrumpió una voz que pronunció su nombre. Al volverse, vio a Brev, el rebelde que le había señalado el túnel que conducía a la base.

—Debes acompañarme. —Brev giró sobre los talones y se encaminó con paso decidido hacia los trineos.

Tyen dejó el cascanueces que había estado utilizando y dedicó una reverencia a las mujeres.

—Ha sido un placer —dijo antes de echar a andar a toda prisa en pos de Brev. Oyó una carcajada, sofocada de inmediato y seguida de un cuchicheo. Sonrió.

Sin embargo, su satisfacción se evaporó en cuanto pensó en lo que les sucedería a las mujeres si la base era descubierta. «No deberían estar aquí, a menos que pretendan participar de verdad en la lucha, y en ese caso deberían tratarlas como iguales, no como criadas. —No había visto a los rebeldes hacer el menor esfuerzo por agradecer la ayuda de sus familias—. Por lo menos deberían decirles que aprecian sus esfuerzos».

Entonces recordó que todos lo detestarían si supieran por qué estaba allí. No estaba seguro de si se había sentido más incómodo cuando lo habían acusado injustamente de ladrón en su mundo o ahora que era un espía. «Pero mis intenciones son buenas —se dijo—. Si todo sale bien, podré salvar a Vella y mantener a esta gente a salvo».

Brev se detuvo frente a los trineos, colocó su mochila en la parte delantera de uno y empezó a empujarlo hacia el túnel. Tyen siguió su ejemplo y apretó el paso para no quedarse atrás.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

Como el hombre no respondió, una oleada fría le recorrió el espinazo a Tyen.

—Así que esas tenemos —farfulló mientras Brev impulsaba su trineo hacia la oscuridad. Al explorar la mente del hombre, advirtió aliviado que sus órdenes consistían en algo tan poco siniestro como alejar a Tyen de las mujeres. Uno de los esposos se había fijado en que pasaba mucho tiempo con ellas, y sus celos habían despertado en Ceilon el temor de que el hecho de que los miembros más recientes de la rebelión estuvieran cruzados de brazos pudiera ocasionar problemas.

«¿Y si eso fuera justo lo que Tyen ha venido a hacer?», se preguntó Brev. Para tratarse de alguien que había indicado a una persona que era prácticamente un

desconocido cómo llegar a la base, este cambio de actitud resultaba sorprendente. Al escuchar los pensamientos del hombre, Tyen cayó en la cuenta de que no se fiaba de él y le tenía miedo por su negativa a someterse a una lectura mental y porque Brev no se había percatado de que era Tyen quien había señalado las deficiencias en sus medidas de seguridad.

El hombre guardó un silencio hosco durante el trayecto a lo largo del túnel, y su única indicación fue un gesto para que Tyen cruzara el puente primero. Llevaban mochilas grandes y vacías a la espalda. Cuando llegaron al otro lado del túnel, salieron a un paisaje nocturno. Brev agarró a Tyen por el brazo y lo transportó al espacio entre mundos.

Debido a la velocidad que alcanzaron y a la falta de luz, costaba distinguir los detalles del terreno, pero Tyen notaba que se desplazaban a derecha e izquierda e incluso arriba y abajo, serpenteando por los múltiples caminos abiertos en aquel mundo. Brev paraba de cuando en cuando para que ambos pudieran respirar hondo varias veces. En cuanto llegaron al mercado, eligió un pasadizo oscuro entre dos filas de puestos para materializarse. Salieron de él con sigilo y se unieron a la multitud en la calle principal.

El mercado parecía aún más concurrido de noche que cuando Tyen lo había visto por primera vez. Sin perder tiempo, Brev fue directo a los puestos de su preferencia y comenzó a regatear con la eficiencia que le confería la familiaridad. Tras consultar una lista, pagó con tiras de oro que sacó de una cartera que llevaba al cinto y acomodó la compra en las mochilas de forma meticulosa. Colmó por completo la de Tyen antes de empezar a llenar la suya, decisión que le proporcionó una cruel satisfacción. Tyen no dijo una palabra, pues estaba concentrado en la situación de los puestos, el nombre de quienes los atendían y el precio de los comestibles. Supuso que olvidaría muchas cosas, pero conseguiría retener más en la memoria si volvía más adelante.

Cuando llegaron a la entrada de la cueva, se aventuró a plantear una pregunta.

—¿Qué te parece que los rebeldes usen tu mundo como base?

Brev se detuvo en mitad de la escalera y se volvió para clavar la vista en él.

—¿Cómo sabes que soy de este mundo?

Tyen intentó encogerse de hombros, pero la pesada mochila se lo impidió.

—Los rebeldes no llevan el tiempo suficiente aquí como para desenvolverse en el mercado tan bien como tú. Algunos puesteros te conocían, y no solo porque ya les habías comprado unas cuantas veces. Uno de ellos incluso te ha preguntado por tu familia.

Brev frunció el ceño y desvió la mirada.

—Te has fijado en un montón de cosas.

—No tengo mucho más que hacer —comentó Tyen mientras se adentraban en la cueva—. En fin, ¿vas a responder a mi pregunta?

El hombre se quitó la mochila y la colocó sobre un trineo.

—El Raen ha permitido que el mercado siga abierto. Lo que significa que mucha gente viaja a este mundo. Lo que significa que es un buen lugar donde esconderse.

Tyen eligió un trineo y se desprendió de la mochila.

—Pero ¿cambiaría la situación si se enterara de que este mundo ofrece refugio a un grupo de rebeldes?

—No nos ofrece refugio. Fuera de la base, nadie sabe que estamos aquí —replicó Brev.

—O sea, ¿que no castigaría a nadie que desconociera nuestra existencia?

El hombre bajó las cejas.

—No lo sé. —Volvió a posar los ojos en Tyen y los apartó enseguida—. ¿Tú qué crees?

Tyen sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea. Me crié en un mundo muy pobre en magia. Allí nunca oímos hablar del Raen. Yo no sabía gran cosa sobre él hasta hace unos días. Me han contado historias terribles. —Se estremeció—. Sé que hay que asumir riesgos y hacer sacrificios, pero estoy convencido de que, cuantas menos vidas pongamos en peligro, mejor.

—El problema es que resulta más fácil ocultarse allí donde hay muchos caminos muy transitados en el espacio intermedio, y muchas otras mentes —observó Brev—. Y eso implica estar rodeado de gente.

—Y sin embargo aquí fuera no estamos rodeados de gente. Me preocupa que, si el Raen es tan poderoso como dicen, perciba todas las mentes de nuestra base desde la distancia. Pero necesitaremos más hechiceros si queremos vencerlo.

—En esta cueva no cabrán muchos más.

—A menos que... —Tyen sacudió la cabeza y dejó el resto de la frase en el aire.

Brev pasó junto al pliegue en la roca, orientó el trineo hacia el túnel, se acomodó en el asiento y se volvió hacia Tyen.

—¿A menos que qué?

Tyen torció el gesto.

—Que hagamos algo que sugerí cuando llegué pero que no gustó a los demás.

—¿Ah, sí? ¿Qué sugeriste?

—Trasladar a las familias a un lugar más seguro.

Brev juntó las cejas mientras reflexionaba sobre ello. Asintió.

—Además, así no habría que ir en busca de tantos víveres. ¿Por qué no lo propones otra vez?

—No me escuchan.

—Aún no. Pero a la larga te escucharán, cuando concluyan que eres de fiar. —Enderezando la espalda, impulsó el trineo hacia delante.

Mientras lo seguía, Tyen se aventuró a echar otra ojeada a la mente del hombre. «Bueno, al menos no me ha matado para luego aparentar que el Raen me ha encontrado, aunque supongo que todavía podría intentar empujarme hacia la grieta —

pensaba Brev—. Pero parece bastante simpático. Le preocupa nuestra seguridad y todo. Además, tiene algunas buenas ideas...».

Si los otros rebeldes eran tan fáciles de convencer, Tyen conseguiría poner a las familias a salvo en cuestión de días. Pero dudaba que lo fueran. Cuando llegaron a la caverna, el hombre le entregó una lista e instrucciones para que sacara las provisiones de las mochilas y las dispusiera en pilas para cada uno de los destinatarios. Tyen tomó nota de los nombres de los hombres y mujeres que acudían a recoger sus pedidos. Al final solo quedaban unas pocas pilas.

Brev le puso un saco en las manos.

—Son para la esposa de Ayan. Está en el otro extremo de la cueva. Es un buen trecho y se hace un poco tarde, así que será mejor que te deslices hacia allí.

—¿Que me deslice? —preguntó Tyen—. ¿Quieres decir que me interne ligeramente en el espacio entre mundos?

—Sí.

—Pero se supone que no debemos acceder al espacio intermedio desde aquí.

—Para abandonar el mundo, no, pero cuando te adentras un poco para viajar más deprisa a otra parte de la cueva, solo se crean pequeños caminos circulares.

Tras echarse el saco al hombro, Tyen se apartó del mundo apenas lo suficiente para que aquello que lo rodeaba se difuminara levemente. Se deslizó por la caverna, a lo largo de la pared curva y, al alcanzar el otro extremo, regresó al mundo y entregó los víveres a una mujer distraída con el reto de conseguir que una prole de ocho críos se durmiera.

Se impulsó para apartarse del mundo de nuevo y emprendió a toda velocidad el regreso a donde estaba Brev. Cuando llegó, este bajó la vista hacia la pierna de Tyen y arqueó las cejas.

—Tienes un polizonte.

Al mirar hacia abajo, Tyen se encontró con un par de ojos redondos que lo observaban. Una niña de unos cuatro ciclos de edad se aferraba a su pernera.

—Hola —dijo Tyen—. Será mejor que te lleve de vuelta con tu madre.

La tomó de la mano y regresó a la otra punta de la cueva. Cuando apareció, la esposa de Ayan, que había estado mirando en torno a sí con expresión irritada, exhaló un suspiro de alivio.

—Lo siento —le dijo Tyen—. No me he dado cuenta de que se me había pegado.

La mujer se acuclilló junto a su hija.

—No, la que debe disculparse soy yo. Lo hace constantemente.

—No hay problema mientras no se suelte a medio camino, cosa que no parece probable —comentó Tyen, forcejeando por separar la mano de la niña de su pernera. Se agarraba con mucha fuerza—. De todos modos, si puede, convéncala de que no se enganche al primero que se materialice aquí, por si acaso no es... ya sabe... uno de los nuestros. —La mujer alzó la mirada, presa de un repentino espanto.

—No se me había ocurrido...

Tyen crispó el rostro.

—No era mi intención preocuparla...

—No, deberíamos preocuparnos. Tenemos que andar con más cuidado. —Irguió la espalda, se arrebujó en la manta que llevaba sobre los hombros, y Tyen leyó en su mente un pensamiento exaltado: «¡Odio este lugar!».

La mocosa volvía a extender los bracitos hacia su pierna. Él retrocedió un paso.

—Lo siento —fue lo único que le vino a la cabeza—. Esto... Tengo que regresar.

Ella asintió, aunque su atención estaba en otra parte. Mientras Tyen se desplazaba para reunirse con Brev, meditó sobre la probabilidad de que muchos otros estuvieran descontentos en ese lugar. Tal vez no le costaría tanto persuadir a las familias para que se marcharan, a fin de cuentas. Quizá podía realizar una buena acción allí a pesar de todo.

Después de guiar el trineo hasta su sitio entre los otros, Tyen miró hacia atrás para observar cómo reaccionaban los dos recién llegados al ver la base. Daam, con los ojos claros muy abiertos, contempló las paredes de hielo y, al bajar la vista hacia el espacio atestado de gente, frunció el ceño. Coben se limitó a encogerse de hombros mientras dejaba su trineo junto al de Tyen y sus dos criados se apeaban y comenzaban a desabrochar las correas que sujetaban el abundante equipaje.

Los rebeldes habían decidido recibir a todos los nuevos miembros en el mercado para interrogarlos y ponerlos a prueba antes de permitirles ir a la base. Frell, el líder más fuerte y por tanto el que podía leer más mentes, dedicaba buena parte de su tiempo a esta tarea, que claramente no era de su agrado, pues lo obligaba a permanecer desinformado respecto a los planes de la rebelión. A Ceilon le parecía una solución ingeniosa para evitar conflictos entre los ex amantes de Yira, pese a que ninguno de ellos había mostrado la menor intención de enfrentarse con los demás.

También se le había ocurrido hacía varios días la idea de pedir a los hechiceros de «segundo nivel» que se ofrecieran voluntarios para reclutar gente por los mundos, lo que presentaba la ventaja de mantenerlos ocupados e impedir que causaran problemas, además de engrosar las filas de rebeldes. Cuando le preguntaban por qué no se había presentado como voluntario, Tyen señalaba que las únicas personas a las que podía acudir eran ex alumnos y profesores de Liftre, y que Yira ya había reclutado a los más inclinados a unirse a la causa.

Como resultado de los esfuerzos de los reclutadores, el número de incorporaciones había aumentado de forma espectacular. Tyen siempre llevaba unos cuantos a la caverna cuando regresaba de sus viajes en busca de provisiones.

—¿Sorprendido? —le preguntó a Daam. El reservado recién llegado era más joven que él cuando había ingresado en la Academia, y la redondez de su rostro no hacía sino realzar su juventud. Su padre lo había enviado a sumarse a la rebelión, molesto porque no le habían permitido completar su instrucción en una escuela pequeña y porque no le servía de nada tener en casa a un hechicero a medio entrenar.

Daam asintió.

—Sí. Temía que fuéramos solo un puñado.

—No todos son hechiceros —dijo Coben, escrutando a la multitud—. En su mayoría son criados. —Alto y musculoso, era hijo de un príncipe. A Tyen le había resultado antipático desde el primer momento.

—Son familiares —lo corrigió Tyen—. Y hechiceros que aún no se han ganado el derecho a unirse a los líderes. Como tú.

Coben soltó un resoplido.

—Durante poco tiempo.

Tyen no sabía si sentirse divertido o irritado por su arrogancia. «¡Hechiceros! —pensó—. Siempre tan convencidos de su propia importancia y superioridad».

—¿Por qué estás tan seguro?

—Nos necesitáis —respondió Coben.

—Llevo aquí más de veinte días, y aún no se han dignado incluirme —le informó Tyen.

Coben resopló de nuevo.

—Bueno, ¿dónde entrenaremos?

Tyen reprimió una carcajada amarga.

—Pregúntaselo a los líderes. Allí hay dos —dijo al avistar a Ceilon y Yira, de pie cerca de la entrada a la sala de reuniones—. Te los presentaré en cuanto hayamos repartido los...

Pero Coben ya se alejaba. Tyen se encogió de hombros.

—Bueno, no tardará en hacer amigos —murmuró.

Se volvió de nuevo hacia Daam, que sonreía.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó el joven.

Tyen sacó la lista.

—Primero lo separamos todo en montones, uno por familia, luego los repartimos, asegurándonos de que nadie se quede con algo que no ha encargado. Por último, hay algunas personas a las que les llevamos los pedidos.

Para alivio de Tyen, Daam no se quejó de que le encomendara un trabajo de baja categoría. Cuando casi habían terminado, Tyen oyó que alguien lo llamaba. Al alzar la mirada, vio que Yira se acercaba con una amplia sonrisa en los labios.

—¿Por qué estás tan contenta? —le preguntó.

—Han accedido a destinar a las familias a un lugar más seguro.

Él sonrió también.

—¡Enhorabuena! ¿Significa eso que ha llegado el momento en que delegas la tarea en mí y te marchas alegremente?

—En realidad, no. —La sonrisa se desvaneció cuando ella volvió la vista hacia la sala—. Quieren que los traslade ahora mismo.

—¿Ahora mismo quiere decir de inmediato?

—Sí. Han elegido un emplazamiento y me han enviado a mí a comunicar la mala noticia.

—¿Dónde?

—A seis mundos de aquí. En un templo apartado. Al parecer, la gente tendrá que acostumbrarse a comer mucho pescado.

—De modo que irán todos al mismo sitio.

Ella asintió.

—Ceilon ha insistido en ello. De ese modo podremos ponernos en contacto con

todos ellos rápidamente.

Tyen suspiró.

—Si contactar con ellos será rápido, también lo será llegar hasta ellos. ¿Conocerán todos los líderes la ubicación?

—Sí. Temen que, si solo unos pocos lo saben y los matan, nadie pueda encontrar a su familia. —Sus ojos se desviaron hacia los criados apostados junto al equipaje de Coben—. No parecen familiares.

—No. Son sirvientes.

—Pues también tendrán que marcharse.

Tyen movió la cabeza afirmativamente. Advirtió que Daam contemplaba a Yira con admiración. Disimulando una sonrisa, bajó la mirada a las provisiones que quedaban por repartir.

—En ese caso, supongo que hemos realizado el viaje en balde.

Yira se encogió de hombros.

—Seguro que los demás lo aprovecharemos bien. Habrá alimentos disponibles en el lugar al que van las familias. Lo complicado será llevarlos hasta allí de una tacada. —Paseó la vista por la caverna y arrugó el entrecejo ante el caos que reinaba—. No será fácil.

Tyen sacudió la cabeza.

—Por eso mismo no están a salvo aquí. ¿Se ha ofrecido alguien voluntario para echar una mano?

—No. —Yira se encorvó.

—Bueno, dada tu condición de líder, puedes reclutar a todos los hechiceros nuevos... y también a los del «segundo nivel».

Ella se enderezó.

—Tienes razón. Primero debemos congrega a los hechiceros y exponerles el plan. Luego, podríamos dividir a las familias en grupos y asignar uno a cada hechicero. Tendremos que conducirlos a través del túnel hasta la cueva de entrada, pues no podemos partir desde aquí. Deberíamos traer todos los trineos que están en el puente...

—¿Puedo ayudar? —preguntó Daam.

Yira le sonrió.

—¡Por supuesto! ¿Cómo te llamas?

—Daam. —Se ruborizó cuando ella lo miró de arriba abajo.

—Ven conmigo, Daam. Tyen, dirígete hacia la izquierda y reúne a los hechiceros. Yo iré a la derecha. Nos vemos abajo, junto a la zona donde se cocina.

Para su sorpresa, consiguieron reclutar a sesenta y un hechiceros entre los recién llegados y las mujeres. Tras detallarles lo que se disponían a hacer, Yira los envió a todos los rincones de la sala para que avisaran a las familias de que debían recoger sus cosas y prepararse. A los primeros tres que regresaron les indicó que fueran en un trineo a través del túnel en busca de los demás vehículos, que estaban en el puente.

No todos los reclutas se explicaban con claridad o habían entendido bien las instrucciones, y a algunas familias no les hacía gracia marcharse. Yira y Tyen tuvieron que recorrer la sala respondiendo preguntas, y se perdió más tiempo cuando un pequeño grupo se empeñó en interrumpir a los líderes para confirmar la decisión. Cuando los padres de dos rebeldes intentaron aducir argumentos en contra, Ceilon miró a Yira con irritación, como si ella se los hubiera enviado a propósito para fastidiarlo.

La mujer se encogió de hombros y salió, recordando a las familias en voz muy alta que solo llevaran consigo aquello con lo que pudieran cargar, incluidos sus hijos, por lo que más valía que hicieran el equipaje con sentido común además de con rapidez. Al oírla, los padres salieron a toda prisa a la sala principal por temor a que no les alcanzara el tiempo para seleccionar sus pertenencias.

Tyen no tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido cuando por fin se encontraba sobre la capa de hielo que se extendía frente a la cueva, rodeado de cientos de personas, en el interior de una burbuja de aire caldeado. Bajo la dirección de Yira, estaban disponiéndose en círculos concéntricos, enlazando cada uno un brazo con el de un vecino y tocando a una persona del círculo de enfrente. Los hechiceros unían entre sí los círculos, como radios de una rueda. El objetivo era que, aunque alguien se soltara del vecino, siguiera en contacto con el grupo principal, y aunque una parte se separara del resto, los hechiceros pudieran trasladarla al mundo siguiente.

Cuando Yira se colocó a su lado en el centro, Tyen se echó la mochila a los hombros. La había cogido con el fin de poder usar a Bicho para entretener a los niños en caso necesario, pero no había tenido tiempo de aligerarla.

—¿Seguro que podrás transportarlos a todos a la vez? —preguntó ella mientras lo tomaba de las manos.

—Transportar a mil personas no supone más esfuerzo que transportar a una sola —le recordó él—. Si realizamos un solo viaje, reduciremos al máximo las posibilidades de llamar la atención, y el camino que sigamos mostrará señales de un solo uso reciente.

Yira asintió.

—Varias familias de viajeros recorren esa ruta. El Raen les dio permiso para desplazarse entre mundos hace mucho tiempo. La próxima vez que transiten por él, ocultarán nuestras huellas.

—Si son sus aliados, ¿es prudente utilizar sus caminos?

—Oh, los viajeros no son aliados más que de sí mismos. —Yira miró en torno a sí—. Tenemos que pasar por seis mundos —anunció, alzando la voz para que todos la oyeran—. Pararemos en cada uno para asegurarnos de que no falte nadie. No olvidéis respirar hondo antes de abandonar cada mundo. Los que tengáis hijos debéis mantenerlos bien sujetos. Si os separáis del grupo, los hechiceros que estén con vosotros os trasladarán al mundo siguiente. Quedaos allí; regresaremos a buscaros.

Le posó una mano en el hombro a Tyen. Dos hechiceros lo agarraron de los brazos. Otro más asió el de Yira.

—¿Hay alguien que no esté preparado? —gritó.

Aunque nadie respondió, sonó el roce de muchos pies arrastrándose inquietos, lo que llevó a un niño a preguntar si todo el mundo iba a ponerse a bailar.

—Respirad hondo —ordenó Yira. Se oyó un jadeo generalizado alrededor—. Adelante, Tyen.

Tyen absorbió magia y se dio impulso para apartarse del mundo. La sensación le desconcertó, pero solo porque no era distinta de la habitual. A pesar de lo que le había asegurado a Yira, desplazar a tanta gente le preocupaba, no tanto por el esfuerzo como por la responsabilidad que implicaba. Si perdía a alguien se sentiría culpable por partida doble, pues la idea de trasladar a las familias era suya.

«¿Cómo sería transportar a una nación entera? —Recordó haber oído contar a un profesor de Liftre que el Raen había salvado a su pueblo de una catástrofe en su mundo trasladándolo a otro—. Después de las veces que hemos tenido que repetir las explicaciones hoy, cuesta creer que todo el mundo entendiera que debía tocar en todo momento a su vecino y respirar hondo. Sin duda el Raen perdió a más de una persona en el espacio intermedio. Es posible que algunas se asfixiaran antes de llegar..., aunque, si el Raen es tan poderoso como dicen, quizá las transportó tan deprisa que no corrieron el menor peligro».

El miedo a perder a alguien lo empujó a acelerar el ritmo. El mundo siguiente era un páramo, por lo que no le resultó difícil encontrar un lugar lo bastante amplio para que cupieran todos. Para su alivio, nadie había desaparecido y nadie sufrió un colapso.

El siguiente lugar de llegada era una pequeña tarima en medio de una ciudad, por lo que se deslizó hacia un lado hasta un campo y se materializó ligeramente por encima del suelo de modo que todos cayeron sobre el cultivo. Se oyeron exclamaciones y quejas, pero cuando Yira preguntó si faltaba alguien, todos callaron mientras se pasaba lista.

A continuación, Tyen los depositó en una playa con una pendiente a la que tuvo que ajustar sus maniobras, pero esta vez nadie protestó, pese a que algunos se tambalearon hacia un lado. Cuando Yira tomó aire para preguntar si estaban todos presentes, una mujer profirió un chillido.

—¿Dónde está? ¿Dónde?

A Tyen se le hizo un nudo en el estómago. La voz procedía de un extremo del grupo. Soltó a Yira y se zafó de los hechiceros que le sujetaban los brazos. Tras penetrar en el espacio entre los mundos, se dirigió a toda velocidad hacia la mujer, pero antes de emerger de nuevo vio que algo se movía a la orilla del agua. Una niña corría hacia las olas rosadas y espumantes. Advirtió divertido que se trataba de la misma chiquilla que en la base se había dado una vuelta por el espacio intermedio aferrada a sus pantalones. Continuó deslizándose hasta alcanzarla y apareció ante

ella.

La niña intentó rodearlo, pero él la agarró, la aupó y se la apoyó en la cadera.

—¡No! —rezongó ella.

Tyen entró en el espacio entre mundos y regresó veloz hasta el círculo exterior, donde buscó a la madre.

La encontró escudriñando los alrededores, con una enorme mochila a cuestas y un bebé envuelto en un chal, entre sus pechos. Cuando él se apareció a su lado, ella lo miró, soltó un grito ahogado y se apresuró a disculparse.

—Puedo cuidar de ella, si quiere —se ofreció él.

Tras vacilar unos instantes, ella asintió.

Tyen regresó al centro del grupo, junto a Yira, que le posó una mano en el hombro. Los hechiceros se agarraron de los brazos otra vez.

—Hay un lugar de llegada al norte, en una ciudad en ruinas enclavada en las montañas —le informó ella. Irguió la cabeza—. ¿Estáis todos listos?

—Un momento... —dijo alguien, y al cabo de un instante—: Sí, adelante.

—Respirad hondo —indicó Tyen, luego contó hasta cinco, se dio impulso contra el mundo y empezó a deslizarse.

En cuanto llegaron a la ciudad en ruinas, tomaron un camino que conducía al mundo siguiente. Apareció un jardín bien cuidado, y él se deslizó hacia un lado hasta encontrar una extensión de suelo llano lo bastante grande para materializarlos a todos allí. Un puñado de personas con ropa elegante observó con una ligera curiosidad al gran número de forasteros que aparecieron ante ellos. A Tyen le escoció la piel al ver que tantos testigos recordarían su paso por allí, pero era algo inevitable. El siguiente lugar de llegada estaba en el claro de un bosque, por lo que Yira mantuvo al grupo a poca distancia del mundo mientras él se adelantaba para despejar la vegetación.

El último trecho del viaje los llevaría a lo alto de una colina, lo que significaba que, pese a que las laderas eran poco pronunciadas, el círculo exterior de personas se desplomaría desde una pequeña altura. Tyen aguardó un momento antes de posarse a fin de que se prepararan para la caída. Unos pocos perdieron el equilibrio y acabaron de rodillas, pero todos se pusieron de pie, sacudiéndose el polvo, ilesos.

Tyen oteó el paisaje. En torno a la colina se extendía en todas direcciones un mar azul verdoso salpicado de islas. Tras exhalar un suspiro, Yira pasó lista. Tyen comprobó con gran alivio que todos habían llegado.

—Este es vuestro nuevo hogar —anunció Yira—. Hay una aldea en una de las islas. Los sacerdotes del templo local, que vigilan este islote, enviarán embarcaciones para que vengan a buscaros.

La niña que Tyen llevaba a la cintura empezó a retorcerse, por lo que él se adentró un poco en el espacio intermedio para buscar a su madre. La mujer sonrió cuando se materializó junto a ella. Los otros niños correteaban por ahí y rodaban sobre la vegetación blanda y frondosa que recubría la colina.

—Gracias. —La sonrisa se desvaneció—. Cuídenos a Ayan, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré —prometió Tyen, y esbozó una sonrisa torcida—. Si me deja. Ella torció el gesto con empatía.

—Sí, es testarudo como él solo. Buen viaje de vuelta, Tyen Fundehierro. Gracias por traernos a todos sanos y salvos.

Cuando regresó, encontró a Yira hablando con la pareja mayor que en la base dormía cerca de ella.

—No, estarán encantados de tenerles aquí —decía—. Los jóvenes de las aldeas se marchan a las ciudades de este mundo para buscarse la vida. Tendrán que llevar una existencia más modesta que aquella a la que estaban acostumbrados, pero será más cómoda que en la base.

Tyen echó una ojeada en torno a sí y percibió conformidad y determinación en las mentes y los rostros de la gente. Pocos se alegraban de separarse de sus familiares hechiceros, pero no se lamentaban. Las condiciones de vida se habían deteriorado rápidamente, y ellos no querían que su necesidad de productos básicos pusiera en peligro a sus seres queridos.

—Tyen —dijo Yira—. Ya puedes emprender el regreso. Diles a todos que hemos llegado bien. Me aseguraré de que las familias queden bien instaladas y después llevaré de vuelta a los voluntarios.

Él asintió.

—Viaja con cuidado.

Cuando se apartó del mundo, vio varios brazos que se alzaban para señalar unas formas blancas sobre el mar sereno. Barcos, por lo que alcanzó a vislumbrar.

Al viajar solo otra vez, disfrutó de la despreocupación que le proporcionaba el no ser ya responsable de tantas personas. Se preguntó qué probabilidades había de transportar con éxito a unos centenares de personas sin sufrir percances. Tal vez Vella lo sabía...

«¡Vella! —Se llevó la mano al pecho—. ¿Qué opinas, Vella?».

—Depende de muchos factores, como la habilidad del hechicero, el esfuerzo dedicado a preparar a la gente, el...

«Espera. Tengo que parar a hablar contigo. Tal vez no se me presente otra oportunidad en mucho tiempo».

Se preguntó dónde podría leerla sin que nadie lo descubriera. Si se detenía en la ciudad en ruinas, no tendría que caminar mucho para ocultarse de otros viajeros.

Recorrió la misma ruta en sentido inverso. Tras emerger en la ciudad en ruinas, el gélido viento de las montañas le inundó los pulmones y le azotó la cara, por lo que caldeó el aire que lo rodeaba. Se apartó de la zona de llegada, andando entre los muros medio derruidos de los edificios circundantes. Al encontrar una columna caída y destrozada en parte, se sentó en ella y se sacó la bolsa de debajo de la camisa.

Tras extraer a Vella, la examinó. No parecía haber sufrido daños después de pasar tantos días colgada de su cuello. La bolsa, en cambio, parecía algo raída y sucia. A pesar de que en la caverna los lavaderos estaban protegidos de las miradas, Tyen

había temido que alguien lo sorprendiera allí al entrar por error o lo espiara a través de las rendijas entre los paneles. Cualquiera que viera que guardaba algo bajo la ropa sospecharía con razón que tenía algo que ocultar. Por eso se había acostumbrado a quitarse la bolsa junto con la camisa y a esconderla dentro de una camisa limpia antes de vestirse de nuevo.

Abrió el libro y le levantó el corazón ver aparecer palabras en la página.

—Hola, Tyen.

«Vella. ¿Cómo estás?».

—Igual que la última vez que hablamos —respondió ella—. Con la salvedad de que he almacenado la información que he obtenido de ti cada vez que hemos estado en contacto.

«¿Crees que las familias estarán a salvo?».

—Las probabilidades de que el Raen les haga daño se han reducido ligeramente.

«¿Porque ahora son más difíciles de localizar?».

—No.

«Entonces aún puede utilizarlos para amenazar a los rebeldes».

—Sí.

Tyen sacudió la cabeza. ¿Se había tomado tantas molestias para nada? «¿Qué haría falta para protegerlos?».

—Quitarlos de en medio —dijo una voz a su espalda, a pocos pasos.

A Tyen se le heló la sangre. Advirtió que una sombra había caído sobre las páginas de Vella. La silueta le resultaba de lo más conocida. Sin embargo, cuando pasó el efecto de la sorpresa, el miedo remitió. Recordó las palabras del Raen: «Sal de la base de vez en cuando. Yo te encontraré».

Se levantó y se volvió hasta que quedaron frente a frente.

—Raen —dijo, e hizo una pausa, sin saber muy bien si debía inclinarse ante él, o si aquella era la manera correcta de dirigirse al Soberano de los Mundos. En su encuentro anterior, no había estado seguro de quién era ese hombre hasta mucho después de que estas muestras de respeto fueran necesarias.

«¿Debo ejecutar una reverencia, como si me hallara ante el emperador de Leracia?».

—No —dijo el Raen—. No hagas nada que delate tu familiaridad conmigo. No detecto ninguna presencia cerca, pero siempre cabe la posibilidad de que alguien me espíe desde lejos.

Tyen resistió el impulso de mirar alrededor mientras se preguntaba qué debía decir a continuación. Se suponía que debía dar parte sobre los rebeldes. Pensó en todo lo que había presenciado.

—Están mal organizados —comenzó—. No son conscientes de los riesgos que corren.

El Raen fijó la vista en un punto situado en el interior de la cabeza de Tyen.

—Trasladar a las familias a otro lugar fue una medida prudente, aunque Vella tiene razón: no están a salvo. Más vale que cada rebelde oculte a su propia familia, de manera que solo una de ellas resulte perjudicada si lo capturan.

—Intentaré convencerlos. —Se le antojaba extraño hablar sobre las formas de protegerlos con la persona de quien necesitaban protegerse.

—Yo no represento un peligro para ellos, pero hay otros que podrían actuar en mi nombre al considerarlos una amenaza.

Tyen asintió.

—Pese a que no lo son.

—Lo serán. No se darán por vencidos tan rápidamente como te gustaría. Nunca lo hacen.

—A menos que yo los disuada.

—No es eso lo que necesitamos de ti. No intentes retrasar ni impedir sus planes si eso significa minar su confianza en ti.

Tyen asintió. «Para perder su confianza, primero la tendría que obtener», pensó con ironía.

—Confiarán en ti después de lo ocurrido hoy —aseveró el Raen y bajó la voz—. No te entretengo más. Se preguntarán qué estabas haciendo entre el momento de dejar a sus familias y el de llegar a la base. El menor retraso malogrará lo que has conseguido.

Y, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció.

Tyen se quedó contemplando la pared que se alzaba detrás del espacio que había ocupado el Raen hasta ese momento. Se colocó la mano sobre el corazón, que latía a toda velocidad. Sin embargo, no temía por su propia seguridad.

«Entonces ¿por la de quién? ¿La de los rebeldes? —Algo en las últimas palabras del Raen lo inquietaba. El hombre había mantenido el rostro inexpresivo, y un tono impasible y uniforme. No obstante, el mero acto de bajar la voz parecía dar a entender que estaba revelándole un secreto o haciéndole una confidencia—. O una advertencia».

Tyen no tenía la intención de hablar mucho rato con Vella. ¿Por qué habría de costarle un pequeño retraso la confianza que se había ganado, si a todos los hechiceros se les había indicado que regresaran a la base por rutas distintas para evitar dejar un rastro reciente que condujera directamente de las familias a la base rebelde?

«Si el hecho de no regresar de inmediato despierta sus sospechas, ¿qué suceso significativo se imaginarán que se ha producido durante ese lapso?».

Se le erizó el vello. Guardó a Vella en la bolsa y se impulsó para alejarse del mundo. «¿Cómo podía saber el Raen que yo estaba solo, y dónde?».

—Por casualidad o porque él, u otra persona, te vigilaba —contestó Vella.

«Seguro que tiene cosas mejores que hacer. No, alguien más ha estado

observándome. Me han visto. Quizá han visto también a toda la gente que transportaba. Puede que me hayan seguido, leído las mentes de esas personas y descubierto la ubicación de la base... ¡Van a atacarla!».

Abandonó el camino largo y puso rumbo directo al mercado de Worweau con la esperanza de que la velocidad bastara para confundir su rastro. Los mundos aparecían y desaparecían en un instante mientras viajaba entre ellos como un relámpago. Al llegar al mercado, se detuvo solo para recuperar el aliento antes de dirigirse hacia la base. Entonces lo asaltó la duda. ¿Y si se equivocaba? Resistiendo la tentación de tomar un atajo, respetó la costumbre de zigzaguear de aquí para allá por las numerosas rutas que se entrecruzaban en ese mundo.

Vio a alguien pasar como una exhalación y oyó media palabra que podía ser su nombre. Disminuyó la velocidad, proyectó la conciencia hacia atrás y captó una presencia conocida.

«Brev», pensó. Se detuvo y emergió en el mundo, al pie del precipicio donde se extendía la capa de hielo.

El joven rebelde se materializó también. Al ver su expresión sombría, se le cayó el alma a los pies.

—¿Qué sucede?

—No puedes regresar —dijo Brev—. Han... han atacado la base.

Tyen soltó una maldición. «No me equivocaba —pensó, no con satisfacción, sino con un terrible sentimiento de culpa—. Pero ¿qué habría podido hacer para evitarlo? Si hubiera confesado que soy un espía antes de hoy, se habrían trasladado todos, familias incluidas, a otro lugar que tampoco les habría servido de escondite».

—No habrías podido hacer nada —le aseguró Brev—. Ha ocurrido hace un buen rato, creo. Tal vez poco después de que os marcharais. Los cuerpos estaban fríos.

Tyen lo miró con fijeza. Tenía náuseas.

—¿Están todos... muertos? —se obligó a preguntar.

—No —respondió Brev con una sonrisa lúgubre pero triunfal—. Me parece que todos se han dispersado, como habíamos planeado. Pero ha pillado a Ayan y a cinco más. Aunque no sé si después ha dado caza a alguien más. —Se estremeció—. Me los he encontrado cuando volvía de realizar unas pruebas a algunos nuevos miembros. He salido de allí tan deprisa como he podido, a través del túnel, por si regresaban y me rastreaban. Es el trayecto en trineo más largo que hecho en la vida.

Un escalofrío recorrió a Tyen ante los recuerdos que leyó en la mente de Brev. El Raen había matado a seis rebeldes; inmediatamente después, había ido en busca de Tyen. «No me ha dicho nada. Aunque ¿por qué habría de hacerlo?».

Sacudió la cabeza.

—¿Se había acordado algún lugar donde reunirnos en caso de que sucediera algo así?

Brev asintió.

—Un par de puntos de reagrupación, para que no acabáramos todos en el mismo

sitio.

«Por fin una decisión sensata», reflexionó Tyen.

—Indícame la ubicación de uno de ellos. En cuanto avise a Yira y los demás, me reuniré contigo. Y... —Hizo una pausa con las entrañas revueltas de horror—. Dime los nombres de los otros fallecidos, para que informe a sus familias.

«Confiarán en ti después de lo ocurrido hoy», había dicho el Raen.

Los sesenta y un rebeldes que habían ayudado a transportar a las familias habían regresado con Yira a uno de los puntos de reagrupación —una mina abandonada en el mundo contiguo a aquel en el que estaba el mercado de Worweau—, donde se encontraron con diez de los treinta y tantos líderes. Tras explorar la mente de las personas apiñadas en la cámara, Tyen se quedó un poco sorprendido al ver que apenas albergaban sospechas sobre él. Consideraban que habían tenido suerte al elegir justo ese momento para trasladar a las familias o, en el peor de los casos, creían que el Raen había detectado el movimiento de aquel grupo tan numeroso y había seguido su rastro hasta dar con la base.

Estaban agradecidos con él y con Yira por alejar a sus seres queridos del peligro, y ahora esperaban encontrar un sitio seguro para todos los demás. «Es decir, para aquellos que aún quieran formar parte de la rebelión», pensó Tyen mientras continuaba examinando sus pensamientos.

Todos estaban conmocionados por el ataque. Varios planeaban escabullirse para encontrar un sitio donde esconderse en cuanto los demás se hubieran marchado, con la esperanza de que el Raen persiguiera a alguna otra persona. Pero otros tantos estaban furiosos, sedientos de venganza o ansiosos por restañar el orgullo herido.

Descubrió algo inesperado en sus recuerdos.

—Espera —dijo, interrumpiendo a un rebelde que describía a Yira el ataque—. Has dicho que «ellos» aparecieron en la sala de reuniones. ¿Había otros hechiceros además del Raen?

El hombre asintió.

—Sí. Varias personas. Y ninguna de ellas era el Raen, por lo que alcancé a ver.

Los otros hombres confirmaron sus palabras con un gesto.

Yira se quedó pensativa.

—¿Cuántas?

—No lo sé. Unas veinte. Estaban por toda la sala.

Otro rebelde sacudió la cabeza.

—¿No estás de acuerdo? —inquirió Tyen.

—No eran tantos —respondió el joven—. Yo estaba a un lado. Los he visto con claridad. Diría que eran unos nueve.

Tyen esperó que no se notara mucho el alivio que lo invadió. Saber que el Raen en persona no había matado a los rebeldes le proporcionaba un amargo consuelo.

—¿Quiénes eran? —preguntó alguien.

—Sus aliados —contestó otro.

—Sus manos en la sombra —intervino un tercero. Era Coben. El joven no parecía alterado pese a haberse unido a la rebelión el mismo día que la habían atacado.

—¿Manos en la sombra? —repitió Yira.

—Las manos que llevan a cabo los trabajos turbios —explicó Coben—. Asesinatos. Torturas.

—Secuestran a personas o las convencen de que se vayan a otro lado con promesas de trabajo, para después venderlas como esclavas —añadió una mujer.

—Envenenan las tierras de sus enemigos para que no crezca nada en ellas.

—Llevan enfermedades a los mundos para reducir la población.

—Despojan a mundos de casi toda su magia.

Mientras otros contribuían a elaborar la lista de atrocidades, Tyen percibió una ira cada vez mayor en sus mentes. Varios rebeldes empezaron a cambiar de idea respecto a marcharse. Se le retorcieron las tripas de nuevo por el sentimiento de culpa. «¿Qué hago al servicio de un hombre que da su aprobación a todos estos horrores? ¿Vale la pena, solo por dotar a Vella de un cuerpo?». Sin embargo, empezaba a concebir una sospecha. Pensó en las palabras del Raen: «... hay otros que podrían actuar en mi nombre al considerarlos una amenaza». ¿Hasta qué punto habían actuado esos aliados siguiendo sus órdenes?

Con toda seguridad se atribuía al Raen la culpa de muchas cosas terribles que acaecían en los mundos. Él era el Soberano de los Mundos, por lo que se le podía considerar responsable de todo cuanto hicieran sus súbditos, sobre todo sus aliados.

Por otro lado, lo más probable era que el Raen hubiera enviado, en efecto, a sus aliados a cometer aquellas brutalidades. «Es un gobernante. Un líder tiene que lidiar con las amenazas que pesan sobre aquellos que dependen de su protección. Como Soberano de los Mundos, debe garantizar, si no la prosperidad, al menos la paz en todos ellos». Recordó lo que había dicho el Raen en su primer encuentro: «Mis leyes evitan que las discordias en los mundos degeneren en conflictos a gran escala». No parecía un hombre que obrara movido por la maldad, el afán de hacer daño o la codicia. Tarren ya le había dicho algo parecido. «Entonces ¿por qué permite que sus aliados hagan cosas así?».

No tenía respuesta para eso. Si los aliados del Raen eran proclives a actuar en nombre de su líder creyendo que así lo ayudaban, cabía la posibilidad de que hubieran efectuado el ataque sin su conocimiento. Sin embargo, la recomendación que el hombre le hizo a Tyen de que regresara sin demora parecía indicar lo contrario.

Alguien en la sala había llegado a la conclusión de que el Raen, al enviarles a sus aliados, había pretendido lanzarles una advertencia. Tyen se inclinaba a pensar lo mismo. Hasta ese momento la culpabilidad y el horror que lo embargaban por las muertes se habían visto atemperados por el conocimiento de que muchos rebeldes estaban planteándose abandonar la lucha. Pero ahora empezaban a pensar que no podían abandonar a todos aquellos habitantes de los mundos que habían sufrido a

manos del Raen y sus aliados.

«Él tenía razón. Los rebeldes no se rendirán tan fácilmente. Morirán otros. Quizá personas que conozco y aprecio». Yira estaba resuelta a seguir luchando. Cuando miró a Tyen, pensó en cuánto lo necesitaba, como amigo y como consejero.

—¿Qué ha sido eso? —gritó alguien, y se impuso el silencio. En cuanto se oyó un ruido procedente de uno de los pasajes laterales, todos se pusieron tensos. Un suspiro colectivo inundó la cueva cuando emergieron dos líderes rebeldes conocidos. Parecían exhaustos.

—Ceilon ha muerto —dijo uno de ellos—. Lo hemos encontrado en el otro punto de reagrupamiento. Creemos que uno de los aliados lo ha seguido hasta allí.

Se levantó un murmullo entre los presentes.

—¿Sabía Ceilon de la existencia de este sitio? —preguntó alguien.

—Creo que sí.

—No podemos quedarnos aquí.

Yira se volvió hacia Tyen.

—Tienen razón. Tenemos que ir a algún sitio que no conozca ninguno de los líderes.

Tyen asintió.

—Y hay que trasladar a las familias también, pero esta vez no en grupo. Que cada uno encuentre un lugar donde ocultar a su familia, de modo que nadie más sepa dónde está.

Varias cabezas se movieron afirmativamente. Nadie puso objeciones. Tyen cayó en la cuenta de que todas las miradas estaban fijas en él. O en Yira. Un escalofrío le bajó por la espalda.

«Han ido a por Ayan y Ceilon —pensaba uno de los recién llegados—. Los aliados sabían quiénes eran nuestros auténticos líderes. No pienso tomar el mando».

Los pensamientos de otro rebelde captaron su atención. «A Ceilon no le caían bien, pero aparte de la mujer es el único que ha tomado medidas inteligentes por el momento, y además tenía razón respecto a la base».

«Reconócelo —reflexionaba otro—. Te has dejado llevar por el pánico. No has usado la cabeza. Un líder debe tener sangre fría y las ideas claras, y los dos muestran una presencia de ánimo increíble».

«... uno de esos dos. Seguiría a cualquiera de ellos, pero dudo que todos estén dispuestos a obedecer a una mujer».

Tyen se dirigió a Yira.

—¿Qué opinas?

Ella posó la vista en él y luego la desplazó por los rostros atentos.

—Buen consejo —dijo—. Muy bueno. Dividirnos en grupos más pequeños durante una temporada también sería una decisión inteligente. Dejaré un mensaje en la taberna de la ciudad de Tarmten, en Grenwald. ¿Alguien sabe dónde está Grenwald? —Se alzaron algunas manos—. No las bajéis. Quienes conozcáis su

ubicación, formad parejas con quienes no. —Aguardó a que todos estuvieran emparejados—. Ahora, los que tengáis familia lleváosla y realojadla lo más rápidamente posible. Partid desde aquí y tomad direcciones distintas. Los demás quedaos conmigo.

Los rebeldes empezaron a desaparecer y, al cabo de poco rato, solo quedaba una veintena. Todos observaban a Yira con expectación.

—Hay cientos de tabernas en Tarnten —dijo Yira—. Dejaremos mensajes distintos en cada una. Los portadores de los mensajes no sabrán qué significan, solo que deberán entregárselos a quien se presente preguntando por mí. Contendrán indicaciones para llegar a otro sitio, donde encontrarán una pista que los encamine hacia nuestros nuevos puntos de reunión. Serán lugares públicos, lo que nos permitirá observar a todo aquel que aparezca. —Sonrió—. Solo quienes lleguen hasta allí se enterarán de la ubicación de la nueva base. Y ahora, larguémonos antes de que alguien descubra que hay múltiples caminos recientes que arrancan de aquí.

Tomó de la mano a Tyen y al rebelde más cercano que tenía al otro lado. Los demás se juntaron con pasos pequeños hasta formar un círculo, inspiraron al mismo tiempo y, unos instantes después, la mina se desvaneció.

Al cabo de largo rato, una vez que los demás rebeldes partieron en su misión, Tyen y Yira pudieron descansar por fin. Se dirigieron a un mundo poco poblado y llegaron a un desfiladero cubierto de vegetación por el que borboteaba un riachuelo de aguas rápidas. Yira eligió una roca musgosa, se sentó y estiró las piernas.

—Por todas las mujeres que vivieron y lucharon antes que yo, espero que esto dé resultado.

Tyen se acomodó sobre una piedra situada a pocos pasos de ella.

—Es una táctica mucho más astuta que la de Ceilon y Ayan.

—¿De verdad? —Yira escudriñaba la vegetación, buscando otras personas con la vista y sin duda con la mente—. Cuando utilicé el mismo sistema de pistas para traer a mis amigos a la base, no te pareció tan ingenioso.

—El fallo de ese plan fue que nadie se molestaba en comprobar que todos fueran quienes afirmaban ser hasta que ya se encontraban en la base. Nosotros nos aseguraremos de que solo aquellos que sabemos que son rebeldes auténticos lleguen a la nueva.

—¿Y si antes de llegar los capturan y los amenazan para que nos traicionen?

—Les leeré la mente para averiguarlo.

Ella arqueó las cejas.

—Nos convenciste de que leer las mentes no era buena idea.

—Porque todo el mundo lo sabía todo acerca de los demás. Esta vez solo una persona sabrá lo que saben todas, y compartiré información con vosotros siempre que no suponga un riesgo.

Ella entornó los ojos.

—Eso no parecerá justo.

—No lo es. No puede serlo —suspiró Tyen—. No es una cuestión de justicia, sino de supervivencia.

—¿Y si alguien te lee la mente?

Él desvió la mirada.

—No he conocido a nadie capaz de ello. Aunque siempre cabe la posibilidad de que alguien más fuerte se una a nosotros y nos desbarate el sistema. Ya buscaremos una solución cuando eso pase.

—Si ninguno de los rebeldes es capaz de leerte la mente... —Se mordió el labio—. ¿Puedo arriesgarme a consultarte sobre el lugar que se me ha ocurrido para establecer la base?

Él desplegó una sonrisa.

—Por supuesto.

Yira enarcó una ceja.

—¿Sabes? No me ha pasado inadvertido lo que has hecho allí, en la mina.

Él parpadeó, extrañado por el cambio de tema.

—¿El qué?

—Me los has puesto en bandeja. Me has convertido en su líder, pese a que ellos te habrían seguido a cualquier parte.

Tyen bajó la vista.

—Supongo que sí.

—No te sientes cómodo con la idea de mandar sobre ellos —observó ella.

Él asintió. No podía confesarle que la razón era que necesitaba que la rebelión fracasara, cosa que sucedería con ella como líder, pues algunos se negarían estúpidamente a seguir las órdenes de una mujer. Desde luego tampoco podía explicarle que las cosas no saldrían bien si él estaba al frente, más que nada porque ya era un espía.

«Pero preferiría que ella no estuviera al mando. Espero que los rebeldes estén equivocados respecto a que los aliados habían fijado como objetivos a Ceilon y Ayan. O que algún idiota decida que la rebelión tiene más posibilidades de triunfar con un hombre como líder».

—Podrías dirigirlos, ¿sabes? —le dijo ella—. Y no solo porque ellos te seguirían, sino porque eres más inteligente que la mayoría.

Él sacudió la cabeza.

—No quiero dirigirlos.

—Ya. Te sientes responsable de esas muertes, ¿verdad? Estabas ausente cuando habrías podido ayudar. Yo siento lo mismo. —Exhaló un suspiro—. Los dos sabemos que no tenemos la culpa, pero a mí se me da mejor hacer más caso de lo que sé que de lo que siento. Recuerdo que te culpabas por el derrumbe de esa torre en tu mundo. No habrías podido evitarlo, ni esto tampoco. —Sus labios dibujaron una sonrisa que se borró enseguida—. Nos conocemos desde hace más de cinco ciclos, Tyen. Hemos sido más que amigos, pero me comprendes mejor que la mayoría de mis amistades y

amantes. Me pareció casi ofensiva la facilidad con que aceptaste mi advertencia de que guardaría la castidad mientras estuviera con los rebeldes. —Sonrió de nuevo, ladeando la cabeza—. Tengo la sensación... tengo la sensación de que te recuerdo a otra, aunque nunca me has confundido con ella.

Él pestañeó, sorprendido. «Tiene razón». Aunque nunca le había mencionado a Sezee, a menudo veía similitudes entre ambas mujeres.

Entonces lo recorrió un escalofrío. Tras la actitud práctica de Yira se escondía una perspicacia que debía ponerlo en guardia. «De todos los rebeldes, es la que tiene más probabilidades de descubrir que soy un espía». Le inquietaba tener ahora motivos para temerla.

—Pero Tyen —dijo ella, endureciendo el tono de repente—, si voy a ser líder y tú mi consejero, tengo que confiar en ti por completo. Hay una cosa que me lo impide.

Se le encogió el estómago y se le pusieron rígidos todos los músculos. ¿La había llevado algo a sospechar de él? Se obligó a alzar los ojos y sostenerle la mirada. Ella permanecía callada, por lo que a Tyen empezaron a dolerle las tripas, como si alguien le hubiera atado una cuerda en torno al vientre y la estuviera apretando poco a poco.

De pronto cayó en la cuenta de que ella estaba esperando a que él hablara..., quizá para intentar detectar asomos de falsedad en su voz.

—¿Qué cosa? —preguntó en un tono más débil de lo que le habría gustado.

Ella posó la vista en su pecho.

—Tengo que saber qué ocultas.

Lleno de alivio, Tyen bajó la mirada hacia su camisa.

—¿El libro?

—No es un libro cualquiera. Quiero verlo.

—¿Y si me niego a enseñártelo?

Ella no suavizó su expresión.

—Entonces tu sitio no está entre los rebeldes.

Él le escudriñó el rostro sin dudar de que hablaba en serio. «Ceilon y Ayan vetaron mi presencia en las reuniones porque no podían leerme la mente, y no se les ocurrió que yo podía estar leyéndoles la suya. Yira es más lista. Sin embargo, comprende la necesidad de no conocer más que los secretos imprescindibles. No insistirá en leerme el pensamiento, pero quiere ponerme a prueba de alguna manera, y sabe que el libro es algo que valoro».

El problema era que, si le hacía preguntas a Vella sobre él, se enteraría de su pacto con el Raen. Vella no podía mentir ni negarse a responder.

No obstante... quizá hubiera una salida.

—No me estás pidiendo que te deje leerme la mente —señaló.

—No —convino ella.

—Pues esto sería algo similar.

Las cejas de Yira se elevaron.

—¿En qué sentido?

—El libro asimila todos los conocimientos de quien lo toca.

Ella abrió mucho los ojos.

—O sea, ¿que cuando estábamos en Liftre y lo toqué...?

—Por lo que recuerdo, levantaste por la correa la bolsa que llevo al cuello. No llegaste a tocar el libro.

—Entiendo. De modo que, si lo tocara ahora, le transmitiría todo lo que sé.

—Así es. Ella pasaría a saberlo también.

—¿Ella?

—Se llama Vella. Fue una hechicera transformada en libro hace más de mil ciclos.

A Yira se le cortó la respiración.

—¿Cómo?

—No lo sé a ciencia cierta —admitió él—. Los pocos detalles que me ha revelado son bastante truculentos y me parece un poco desconsiderado pedirle más.

Ella soltó una carcajada breve.

—Eso es muy típico de ti, Tyen. —Suspiró y le miró el pecho de nuevo—. ¿Cómo cabe tanta información en tan pocas páginas?

—Aparecen palabras cuando me habla.

—¿Y escribes tus preguntas?

—No. Basta con hablarle mentalmente.

—¿Puedes sujetarla mientras le hago preguntas?

Él notó un escozor en la piel.

—Sí, pero...

—Hacerle preguntas sobre ti sería equivalente a leerle la mente. —Asintió—. Ni te mencionaremos. Por lo que cuentas, ella es mucho más interesante.

Dejando a un lado su renuencia, Tyen se levantó y se sentó en la roca junto a ella antes de sacarse la bolsa de debajo de la camisa. Extrajo a Vella y la abrió de modo que Yira pudiera ver las páginas.

«Procura no traicionarme», pensó.

—Hmm —dijo Yira—. Bien, veamos. Hola, Vella.

—*Hola, Yira* —respondieron unas palabras en la página.

Yira inspiró bruscamente.

—¡Asombroso! —Se mordisqueó el labio inferior unos instantes—. Bueno, ¿qué cosas sabes que no tengan que ver con Tyen?

—*Muchas.*

Yira se rio.

—Estoy segura de que hay muchas que él no necesita o no quiere saber. A menos que... ¿Contienes información que él necesite saber?

A Tyen le dio un vuelco el corazón. Yira solo pretendía ayudar, pero si se trataba de información relativa a su acuerdo con el Raen...

—*Aún no.*

—¿Aún no? —Yira miró a Tyen de reojo—. ¿Podrías darme un ejemplo?

—*Cuando sea mayor tendrá que aprender a frenar el envejecimiento.*

—¿Sabes cómo burlar a la muerte? —barbotó Yira.

—*Sí.*

—¿Y Tyen no se ha molestado en aprenderlo?

—*No.*

Yira clavó la vista en él.

—¿Por qué no?

Tyen se encogió de hombros.

—Lleva mucho tiempo. Algunos tardan muchos ciclos en aprender. Y hay aspectos del proceso que resultan... inquietantes.

—¿Como cuáles?

—Te cambia.

—Claro que te cambia. De eso se trata.

—Pero el objetivo de frenar el envejecimiento es seguir igual.

—Todos cambiamos continuamente —le recordó ella—. De lo contrario, no aprenderíamos nada. —Hizo una pausa—. Aunque supongo que eso ya lo sabes, así que sin duda te refieres a cambios de otro tipo. Cambios a peor. —Bajó la vista hacia Vella—. ¿Podría aprender yo?

—*Sí, si encuentras un mundo tan rico en magia que te permita no solo incrementar tu fuerza lo suficiente, sino después permanecer en él y alcanzar la inmarcesibilidad o bien abandonarlo.*

—¿Existen mundos así?

—*No tengo noticia de ninguno que contenga tanta magia como para convertir a un hechicero de fuerza moderada en uno inmarcesible.*

Yira encorvó la espalda.

—Y mis poderes ni siquiera podrían considerarse «moderados». Vaya, esa es una desilusión que no esperaba llevarme hoy. —Clavó los ojos en Tyen con una expresión un tanto acusadora—. Tú lo harás algún día, ¿verdad?

Él asintió.

—Seguramente.

Ella alargó la mano para tocar el libro, pero cambió de idea.

—Ha sido un honor conocerte, Vella. Espero que volvamos a hablar más adelante. Pensaré en más preguntas que hacerte, ninguna de ellas sobre Tyen.

—*Lo estaré deseando.*

Yira soltó una risita.

—Guárdala en la bolsa —le indicó a Tyen.

Mientras así lo hacía, ella se puso de pie y contempló el desfiladero con mirada distraída.

—La ciudad templo de Aei —dijo en voz baja—. Ahí es donde me estoy planteando establecer la nueva base.

Tyen movió la cabeza afirmativamente, aunque ella no lo miraba.

—Recibe numerosas visitas de otros mundos. Habrá mucha gente entre la que confundirse. Es una buena opción, siempre y cuando siga atrayendo a las multitudes.

Ella sonrió.

—Oh, eso no lo dudes. Habrá decenas de miles de peregrinos decididos a llegar allí a toda costa. A diferencia de los mercaderes, no desistirán fácilmente de viajar entre mundos. —Volvió la vista hacia él—. Y tal vez él no tenga intención de impedirselo. Aei es el Raen. La religión nació en la misma época en que él empezaba a inmiscuirse en los asuntos de los mundos. Los viajeros lo saben, y los fundadores de Liftre lo confirmaron con sus estudios de textos antiguos y demás.

Él frunció el ceño.

—Pero ¿eso no significa que lo visita con frecuencia?

—Bueno, hace más de cien ciclos que no se aparece en el templo. —Se encogió de hombros—. Se prodiga mucho más en la mayor parte de los mundos. Yo conocía a un sacerdote de la orden que aseguraba que deseaban que su dios los visitara más a menudo. Sospecho que el Raen evita el lugar para que no lo asedien con peticiones.

Tyen sacudió la cabeza.

—Algún día tendré que localizar a los viajeros. Parecen saber muchas cosas, y su influencia se palpa en todo. El idioma que hablamos, los caminos que recorremos entre los mundos...

Ella sonrió.

—Estoy segura de que un día te toparás con ellos. Pero ahora mismo tenemos que elaborar más de cien pistas que desaparecerán en cuanto las lean, y llevarlas a los lugares a los que acudirán los rebeldes, guiados por los mensajes que les hayan entregado en Grenwald. Además, tenemos que decidir a qué parte de la ciudad templo de Aei deben conducirlos esas pistas.

Tyen se levantó.

—En ese caso, más vale que nos pongamos manos a la obra.

La nueva base rebelde no habría podido ser más distinta de la anterior, pensó Tyen mientras caminaba descalzo sobre el elegante puente de madera. Lo acompañaban dos rebeldes, uno que parloteaba sin parar y otro que permanecía callado. Procedían del mismo mundo pero de reinos distintos, y Joi era alto y ancho de espaldas, mientras que Gevalen era bajo y delgado. Ambos tenían una piel de color marrón verdoso cubierta de un vello fino.

—Sí, hace calor aquí —convino Tyen.

—Supongo que si me dejaran elegir el sitio donde construir un templo, escogería un lugar agradable —dijo Joi, el parlanchín—. No ha llovido una sola vez desde que llegamos. Pero hay agua por todas partes, así que en algún momento tiene que llover.

—Por las noches, sobre todo.

—Además, como la llaman «ciudad templo», me esperaba algo... más parecido a una ciudad.

A Tyen se le escapó una risita.

—Yo también.

El templo de Aei era un conjunto de edificios bajos desparramados, cada uno rodeado de jardines y sembrados pequeños por los que discurrían arroyos ingeniosamente desviados para abastecer de agua todas las casas y dotados de una apariencia natural gracias a una cuidadosa labor de jardinería. Aunque las zonas de la ciudad más apartadas del complejo del templo no parecían muy pobladas, en realidad eran un hervidero de gente.

Por lo general se trataba de personas sencillas, desde las familias que regentaban las casas de huéspedes para peregrinos y fieles hasta los trabajadores del campo, pasando por los hombres y mujeres que ofrecían bienes y servicios a la ciudad, así como la mayoría de sacerdotes y sacerdotisas encargados de los templos. Después de vivir tanto tiempo en una escuela de hechicería, Tyen casi había olvidado que la gente común carecía de poderes mágicos. En ese mundo, solo había hechiceros entre las altas jerarquías del clero. Los demás llevaban vidas desprovistas de magia, salvo los visitantes que tenían la capacidad de usarla.

Por fortuna, el funcionamiento del templo mantenía a los sacerdotes de Aei demasiado ocupados para prestar atención a los peregrinos, y los de otros mundos dedicaban tanto tiempo a los visitantes que habían llevado consigo a ese mundo que apenas hacían caso a nadie más. Los rebeldes habían podido alojarse en las casas de huéspedes sin problemas y sin despertar sospechas. Y en solo ocho días.

—No he visto ningún sitio lo bastante grande donde podamos reunirnos todos —

observó Joi—. ¿Acaso se ha reducido el número de... esto... seguidores? ¿Se ha echado atrás alguien?

—Hemos perdido algunos y ganado otros. —Tyen volvió la vista hacia el joven para asegurarse de que aún los seguía—. No caben más de veinte personas en cada casa de huéspedes, y no todas las habitaciones estaban disponibles, lo que nos ha obligado a dispersarnos por toda la ciudad. Conforme queden cuartos libres, trasladaremos a gente allí para ocupar casas enteras, aunque estar divididos en grupos pequeños tiene sus ventajas.

Joi asintió, y Tyen vio que entendía su razonamiento. Un grupo numeroso quizá no pasaría desapercibido.

—Todos están instruyéndose en los ritos que deben seguir cuando visiten el templo principal —añadió Tyen.

Joi arrugó la nariz pero no opuso objeciones. Si los rebeldes no participaban en las ceremonias, quedaría claro que no habían ido allí en peregrinaje.

—¿En qué consisten esos ritos? —preguntó el otro hombre.

—Donativos, oraciones y lecturas por parte de los patrones de las casas de huéspedes. Algunos peregrinos vienen a elevar una súplica a Aei o en busca del consejo de los sacerdotes. Otros, simplemente para purificar su alma.

—¿Donativos? —dijo Joi con el entrecejo arrugado, pensando que no quería desperdiciar sus escasos ahorros en una religión que no practicaba.

—Es con lo que se paga tu comida, ropa y alojamiento.

Joi bajó la vista hacia el atuendo de Tyen.

—A juzgar por la calidad de lo que llevas puesto, hay alguien que está sacando tajada.

—Te piden que colabores con lo que puedas, pero a cambio recibes exactamente lo mismo que los demás. Aquí se trata por igual a todo el mundo, sea cual sea la posición que ocupe en su mundo de origen. Se supone que debes ser igual de humilde en presencia de Aei. O al menos aparentarlo. —Tyen se encogió de hombros y contempló los pantalones y el chaleco sencillos que le habían proporcionado—. En realidad son muy cómodos, y la mayoría de los peregrinos los llevan.

—¿La mayoría? Eso quiere decir que algunos no.

—Los que no los llevan se adhieren a las estrictas normas del decoro que rigen en su mundo. Lo que por lo general los hace destacar entre los otros peregrinos.

Joi asintió de nuevo.

—Entonces no creo que sea una buena idea para nosotros.

—No —convino Tyen—. Y ahora, recordad: nada de leer mentes. Os estaré vigilando a los dos.

Habían llegado frente a una casa de una sola planta construida con juncos gruesos y resistentes como la madera. La cabeza de la familia que la regentaba era una mujer que en aquellos momentos estaba ocupada podando un arbolito cuyas ramas se extendían sobre un camino. Alzó la vista y sonrió mientras les dedicaba una media

reverencia. Tyen se detuvo para inclinarse a su vez en un gesto imitado por sus acompañantes, a quienes acto seguido guio al interior del edificio. Un pasillo discurría por el centro. Al pasar, Tyen se asomaba a las puertas abiertas a derecha e izquierda, saludando con una inclinación de la cabeza a los rebeldes que ocupaban las habitaciones. Parecían estar contemplando la vista del exterior, pero en realidad estaban atentos por si se acercaba alguien que pudiera oír las conversaciones de su líder. Se detuvo frente a la única puerta cerrada y dio unos golpecitos.

—Adelante —dijo una voz conocida.

Tyen abrió y entró. Yira estaba sentada en un banco bajo y amplio, con las largas piernas dobladas bajo el cuerpo. Se la veía relajada y tranquila, como si llevara semanas en Aei, pese a que solo había estado ocho días en la ciudad templo, y trasladándose de casa en casa para que solo Tyen supiera dónde se hallaba en cada momento.

Ella sonrió a los dos rebeldes y se levantó.

—Te presento a Joi y Gevalen —dijo Tyen.

—Me acuerdo de Joi, pero no había tenido el honor de hablar con Gevalen —declaró ella—. Bienvenidos. Me alegra mucho que os hayáis unido a nosotros. —Le sirvió a cada uno un vaso de agua aderezada con florecillas ácidas y señaló otro banco—. Poneos cómodos. Relajaos. ¿Os ha costado mucho localizarnos?

Ambos se sentaron.

—Yo me he confundido un poco con las instrucciones —confesó Joi—, pero sospecho que el mensajero de la taberna no las había memorizado bien.

Tyen se acomodó junto a Yira y escrutó las mentes de los recién llegados mientras hablaban con ella. En eso consistía ahora su función principal. Yira era consciente de que había rebeldes dotados de poderes mágicos superiores a los suyos. Quería averiguar quién podía leerle la mente y quién era más probable que lo hiciera, ya fuera sin querer, por costumbre o de forma deliberada. Las entrevistas con grupos de dos o tres le facilitaban a Tyen la tarea de examinarlos. Aunque su presencia disuadía a la mayoría de intentar leerle el pensamiento a Yira, podía determinar si lo habrían intentado de no haber estado él allí.

Le sorprendió la cantidad de personas que lo habrían hecho. La mayoría de los hechiceros se había criado en sociedades donde se respetaba la intimidad, al menos entre iguales o miembros de las clases superiores. Explorar la mente de quienes ocupaban una posición social elevada se consideraba tabú en buena parte de los mundos. En algunos, como antes en Liftre, estaba prohibido leer el pensamiento a alguien sin su consentimiento, pero, a falta de normas o expectativas explícitas, y en una situación de riesgo y temor, la renuencia de los rebeldes a romper los tabús y reglas que les habían inculcado se había debilitado.

Era inevitable. Vacilar antes de leer una mente podía implicar pasar por alto una advertencia vital sobre un ataque. Por otro lado, también debían tener presente que leer los pensamientos de otros rebeldes podía resultar igual de peligroso, sobre todo si

comportaba la revelación de posiciones y planes secretos al enemigo.

Saber quiénes entendían o respetaban este criterio había reducido el círculo de rebeldes a quienes Yira consideraba sus consejeros y comandantes de confianza. Su intención era poner a cada uno de ellos al mando de un grupo de rebeldes menos poderosos. De este modo, la información secreta que ella les confiara no se difundiría más de lo necesario, y ellos podrían ejercer una vigilancia eficaz para descubrir traidores entre sus subalternos.

Gevalen tenía el ceño fruncido.

—Pero ¿dónde se imparte la instrucción aquí? Todos los edificios son pequeños, y no hay privacidad en ningún sitio.

Ella sonrió.

—Tenemos un lugar. Tyen os llevará allí. Es todo cuanto puedo deciros.

Tyen asintió cuando los dos se volvieron hacia él. Los exuberantes jardines de la ciudad no producían todo lo que esta necesitaba. Las provisiones las llevaban hasta allí los mercaderes, muchos de ellos hechiceros que utilizaban el espacio intermedio para efectuar las entregas más deprisa. En las afueras había almacenes donde se recibían y se guardaban los bienes antes de que los transportaran al centro. Yira había contratado a algunos para las sesiones de instrucción.

—Tyen quiere haceros algunas preguntas antes de que os marchéis —dijo Yira.

Los dos le dedicaron de nuevo su atención.

—Joi, tú estabas con nosotros cuando trasladamos a las familias para ponerlas a salvo. —Joi asintió—. Gevalen, tú no. ¿Te encontrabas en la caverna en el momento del ataque?

El joven palideció e hizo un gesto afirmativo. Tyen incluso captó un asomo de culpa y, lo que era más interesante, determinación. Gevalen sabía que había sobrevivido por la rapidez con que había huido y creía que no debía tener remordimientos por ello ya que era lo que les habían indicado. Aun así, abrigaba cierto temor a que lo criticaran por haberse marchado.

—¿Conseguiste ver con claridad a los aliados? —inquirió Tyen.

Aliviado por el cambio de rumbo del interrogatorio, Gevalen hizo memoria.

—A algunos, pero no a todos.

—Pero reconociste a uno.

La mirada de Gevalen se encontró con la de Tyen cuando cayó en la cuenta de que le estaba leyendo la mente. Reprimió la rabia que lo acometió, consciente de que los líderes rebeldes debían obrar con mayor prudencia ahora.

—Sí. A Keich. Visita mi mundo de origen con frecuencia. —Curvó el labio—. Es uno de los motivos por los que estoy aquí.

Tyen asintió y se dirigió a Joi.

—¿Te importa esperarnos en el jardín de delante de la casa? —Tyen siguió con la vista al rebelde parlanchín hasta que salió y luego miró de nuevo a Gevalen—. Cuéntamelo todo.

Cuando el joven se marchó un rato después, Tyen y Yira se quedaron sentados en silencio, repasando en su mente lo que habían descubierto.

—En fin —dijo Yira al cabo de un rato—. Ahora sabemos mucho más sobre Keich. Un hombre encantador, por lo que parece.

Tyen no sonrió ante su sarcasmo.

—Pero me pregunto hasta qué punto ha adornado esas historias o las ha seleccionado y adaptado para que encajen en la imagen que quiere ofrecer a los demás.

Yira dio unos golpecitos con el dedo en la pared de su vaso.

—Dudo que sea todo una exageración, y, por lo que a nosotros respecta, Keich es nuestro enemigo porque está al servicio del Raen y ha matado a algunos de los nuestros. —Apretó los labios hasta que quedaron reducidos a una línea—. Estos aliados son bazas de nuestro objetivo. Si los eliminamos, lo perjudicamos a él.

Tyen arrugó el entrecejo. Aquellas entrevistas con los rebeldes le habían enseñado que la mayoría se había unido a la resistencia con la esperanza de derrotar no solo al Raen, sino también a sus aliados. Varios procedían de mundos controlados o explotados por ellos. Movidado por la curiosidad, Tyen había empezado a recabar información sobre aquellos hechiceros que actuaban a las órdenes del Soberano de los Mundos. ¿Habían entrado a su servicio después de pedirle un favor o de llegar a un acuerdo? ¿Hasta dónde llegaba su poder? ¿En qué medida los controlaba el Raen? ¿Qué les pedía a cambio? ¿Lo servían exclusivamente por compromiso o por lealtad? ¿Eran amigos entre sí?

Había conseguido averiguar lo suficiente para elaborar una lista de diez nombres, y contaba con las descripciones de dos más que aún no había logrado identificar. No había previsto que sus investigaciones le proporcionaran a Yira otros objetivos aparte del Raen.

Como ya había hecho muchas veces, comenzó a dar vueltas al problema creciente de las expectativas de los rebeldes. Tras el ataque del enemigo, consideraban que se había declarado la guerra. Conforme los rebeldes se organizaran, aumentaría su seguridad, pero también su determinación de luchar. Las posibilidades de Tyen de evitar más muertes se reducían a ojos vistas.

«Si no logro convencerlos de que rehúyan el enfrentamiento, tal vez estos aliados me brinden una forma de impedir que ataquen directamente al Raen —pensó—. Si pierden, quizá los supervivientes se queden tan afectados que cambien de idea respecto a la rebelión. Si ganan, consumirán sus energías y quizá incluso concluyan que el problema real son los aliados y no el Raen. Si la mitad de las historias que se cuentan sobre los aliados son ciertas, muchos de ellos merecen el odio de los rebeldes».

Los mundos estarían mejor sin los hechiceros más crueles. Sin embargo...

—Morirán más rebeldes —advirtió—. Muchos más, si el aliado es poderoso.

Ella se mordió el labio y tomó otro sorbo de agua.

—A veces hay que sufrir pérdidas al principio para obtener beneficios a largo plazo.

—Y a veces no. A veces basta con un revés prematuro para perder por completo las ganas de resistir. Además, no estamos preparados para entrar en batalla.

Ella lo miró y asintió.

—No, no lo estamos. Esto requerirá una preparación minuciosa. Sigue reuniendo información. Necesitamos saber cuáles son los puntos fuertes de los aliados, y si en algún momento se encuentran en un lugar donde otros aliados o el Raen no pueden acudir en su auxilio. Si queremos atraer a alguno hasta una trampa, tenemos que saber qué clase de señuelo funcionaría.

Tyen movió la cabeza afirmativamente y se puso de pie.

—Frell cree que entre los peregrinos alojados en su casa hay algunos que aceptarían unirse a nosotros —dijo—. Los investigaré. Luego preguntaré a quienes ya nos han facilitado información sobre la fuerza y los movimientos de los aliados si podría visitar los mundos que frecuentan sin correr riesgos.

Yira juntó las cejas.

—¿Visitarlos? La zona más peligrosa para viajar entre mundos está en los alrededores de donde viven los aliados, ¿no?

—Tal vez resulte menos peligroso viajar allí que a cualquier otro mundo. Me sorprendería que los aliados no tuvieran un pacto con el Raen que permita a su mundo comerciar con otros. En ese caso, sin duda habrá un buen número de caminos muy transitados entre ellos.

Ella se quedó pensativa y de pronto sonrió.

—Gracias, Tyen. No sé cómo podría encargarme de todo esto sin tu ayuda.

Él le dedicó una perezosa reverencia.

—Es un honor servirlos, mi señora.

—Fuera de aquí —dijo ella con cara de exasperación.

Mientras se dirigía hacia la casa donde se alojaba Frell, aquel marco apacible ya no lo tranquilizaba. Si bien todos los rebeldes soñaban con vencer al Raen, la mayoría creía que las probabilidades de éxito eran muy escasas. Como los aliados tenían que ser más débiles que su líder, las perspectivas de acabar con ellos parecían más prometedoras.

El problema estribaba en que nadie sabía cuán poderosos eran los aliados. Si los rumores y las leyendas eran ciertos, poseían poderes casi comparables a los del Raen. Varios habían vivido más de unos cientos de ciclos. Si eso era un indicador de su fuerza, los rebeldes debían fijar como objetivos a los aliados que mostraran signos de envejecimiento o cuyo aspecto juvenil se debiera a su edad real y no a la magia.

Como en su caso. Se estremeció. Algunos aliados parecían haberse ganado a pulso la animadversión de los rebeldes, pero ¿y si su proceder no había sido tan terrible como referían las historias? «¿Y si no tenían alternativa? ¿Y si estaban intentando proteger a alguien o algo? ¿Y si no habían previsto las consecuencias de

sus actos?».

Cuando llegó a la casa en que vivía Frell, se reunió con dos posibles futuros miembros de la rebelión. Al examinar las mentes de los compañeros que regresaban, Frell había reparado en que dos mujeres de la casa, madre e hija, eran hechiceras que le guardaban rencor al Raen. Sus esposos se hallaban en un mundo situado a cierta distancia de su hogar cuando había reaparecido el Raen, y no se había vuelto a saber de ellos. Las mujeres habían emprendido una peregrinación con la esperanza de encontrarse con alguien de ese mundo que hubiera visto a sus maridos, pero en vez de eso se habían enterado de que los habían asesinado.

—Lamento su pérdida —dijo Tyen mientras las guiaba hacia la casa de Yira—. ¿Están seguras de que quieren seguir adelante con esto? Mi padre decía que nunca hay que tomar una decisión cuando uno está enfadado, borracho o afligido.

Las mujeres intercambiaron una mirada. Tyen vio en su mente que estaban buscando la forma de explicarle que sus matrimonios no habían sido por amor.

—Hemos superado el golpe —le aseguró Moro, la hija—. Ya hace muchos días que nos informaron de su muerte.

—¿No queréis volver a casa para comunicárselo a sus familias?

Ambas negaron con la cabeza, haciendo oscilar sus elaboradas trenzas.

—Si volvemos, pasaremos a pertenecer al patriarca —declaró Domo, la madre.

Tyen sonrió en señal de comprensión.

—Pues nosotros salimos ganando con su pérdida.

Ellas le describieron su mundo mientras caminaban por la ciudad. Llevaban sobre los hombros unos animalillos peludos con cola larga y esponjada. Le explicaron que eran poipois, mascotas que además las protegían de un insecto de su mundo que depositaba sus huevos dentro de las orejas de los humanos mientras estos dormían. Le preguntaron a Tyen si tenía una mascota, y este se sacó a Bicho del bolsillo de la chaqueta de aeronauta, pero los dos poipois intentaron atacarlo.

Cuando por fin llegaron, se alegró de ver que había comida servida para Yira y su interminable desfile de visitas. Comió mientras las mujeres relataban de nuevo su historia.

—¿Así que todas las mujeres de vuestro mundo que poseen la capacidad aprenden magia, pero antes no era así? —preguntó Yira.

Moro asintió.

—Inekera fundó una escuela para hechiceras hace treinta ciclos, con la autorización del Raen. Antes de eso no recibíamos ningún tipo de educación —aseveró la mujer con una sonrisa fría y distante—. Ella elegía entre nosotras a sus criadas, y a algunas las enviaba a prestar sus servicios al Raen y sus aliados.

Yira entornó los ojos.

—¿En qué consistían esos servicios?

Las trenzas rubias se balancearon.

—Para ella, simplemente en tareas domésticas. Para los demás, no lo sabemos a

ciencia cierta. Ninguna de esas mujeres ha vuelto.

—Creo que es una suerte que ni mi hija ni yo seamos lo bastante fuertes para que nos eligieran —dijo Domo—. Pero no imaginaba que, en cambio, perdería a mi esposo y mi yerno.

—Participo de vuestro dolor —dijo Yira, y se inclinó hacia delante—. ¿Qué más podéis contarme de Inekera? ¿Qué aspecto tiene?

—Está más próxima a mi edad que a la de mi hija —dijo Domo—. Tiene el cabello negro, la piel clara. Es alta.

—¿De modo que no ha aprendido a frenar el envejecimiento?

La madre sacudió la cabeza.

—No lo sé. Tal vez no lo aprendió antes de alcanzar esa edad y no puede rejuvenecer su aspecto.

—Tal vez... —Yira llenó de nuevo las copas de las mujeres—. ¿Qué le habéis visto hacer con magia?

Tyen observó que las dos mujeres revivían recuerdos en su mente. Habían visto a Inekera realizar demostraciones impresionantes de su poder, pero en general eran más espectaculares que complicadas. Aun así, percibía el entusiasmo cada vez mayor de Yira.

—¿Pasa la mayor parte del tiempo en vuestro mundo?

—Sí.

—Pero ¿se marcha con regularidad?

—Viene aquí tres veces por ciclo, en peregrinación.

—¿Cuándo se producirá la próxima visita?

Domo reflexionó.

—Pronto. Tendría que hacer los cálculos, pero diría que dentro de unos veinte días de templo.

Las escalofrantes sonrisas de las tres mujeres evidenciaban que a ninguna le hacía falta leer la mente de las otras para saber qué pensaban. A Tyen tampoco, pero lo hacía de todos modos. Las recién llegadas estaban emocionadas ante la idea de librar a su mundo de una hechicera que había enviado a tantas hijas a un destino incierto. Sin embargo, Yira contenía su entusiasmo, resuelta a no tomar decisiones hasta que estuviera segura de que sus planes darían resultado. Necesitaban más datos, no solo sobre Inekera sino también sobre los otros aliados. Y entrenarse. Entrenarse mucho más.

Se frotó las manos.

—Bien... ¿Cuál es la ruta hasta aquí desde vuestro mundo? ¿Comercia Inekera con los mundos vecinos?

Tyen guardó silencio mientras Yira sonsacaba a las mujeres toda la información posible y sacudió la cabeza cuando ella le preguntó si quería hacerles alguna pregunta. Cuando se quedaron los dos a solas, Yira lo miró y se rio.

—No te preocupes, Tyen. No voy a empuñar la lanza a la primera oportunidad.

Los rebeldes adivinarán lo que nos proponemos a partir de nuestras preguntas, así que debemos mostrar el mismo interés por todos los aliados, a fin de que nadie deduzca a cuál hemos elegido como objetivo.

Él asintió sin molestarse en disimular su incomodidad.

—Pero tu intención es atacar a uno en algún momento.

—Sí. Tráeme a los líderes de grupo —pidió ella—. Quiero tratar este asunto con ellos.

—Solo son los más fuertes, no los más inteligentes o mejor formados como estrategias —le recordó Tyen.

—Sí, pero no puedo arriesgarme a consultar a los débiles porque alguien podría leerles la mente, y tengo que hablar de esto con alguien más aparte de ti. —Posó en él la mirada, impasible—. Lo siento. Eres listo, Tyen, y confío en ti, pero necesito escuchar toda clase de sugerencias, aunque casi todas resulten ser imprudentes o imposibles de llevar a cabo. ¿Quién sabe? A lo mejor se le ocurre una idea brillante a uno de los líderes.

Él se encogió de hombros.

—Me parece bien, siempre y cuando sigas escuchándome.

Ella desplegó una sonrisa.

—Siempre te escucho, Tyen. No hablas mucho, pero cuando abres la boca siempre vale la pena prestarte atención.

Casi un centenar de hombres y mujeres se encontraba de pie en el interior de un antiguo teatro. Todos juntos y vestidos con su ropa habitual en vez de con la indumentaria propia del templo, saltaba a la vista que los rebeldes componían un grupo de personas de orígenes muy diversos. Los había de todas las estaturas, constituciones y colores de piel. Las únicas características que compartían eran su capacidad de usar la magia y la determinación de plantar cara al Raen.

Sus voces inundaban aquel espacio. Al explorar sus mentes, Tyen vio impaciencia, aburrimiento y curiosidad. Algunas de las últimas incorporaciones estudiaban el tamaño de la multitud, y sus valoraciones respecto a si esa cantidad de hechiceros bastaría para hacer frente al Raen iban de la confianza a la incredulidad.

Yira salió de entre las sombras de la entrada al teatro, se encaramó a una columna rota y se quedó en su punto más alto, haciendo equilibrios.

—Compañeros rebeldes —dijo alzando la voz por encima del runrún. Varios rostros se volvieron hacia ella y quienes no la habían visto llegar parpadearon sorprendidos. Ella nunca se había presentado a uno de los simulacros de reunión, y el estado de ánimo de la muchedumbre cambió de inmediato. La expectación se mezcló con el miedo, y la duda con la esperanza. El rumor de voces se apagó casi hasta dar paso al silencio—. Lleváis muchos días congregándoos aquí y en otros puntos de reunión —prosiguió—. En tiempos de guerra, la colaboración y la comunicación son tan importantes como las habilidades de estrategia y combate. También lo es la discreción. Y la coordinación. Me complace decir que, salvo por unos pocos rezagados, estamos en condiciones de formar un ejército de manera rápida y eficaz.

»Este es el momento en que normalmente uno de mis cuatro generales o yo os envía de vuelta a vuestras respectivas casas de huéspedes.

Miró a Tyen y a los otros tres rebeldes que había escogido como consejeros de confianza: sus generales. A él le había sorprendido que eligiera a Frell, otro ex amante, aunque por otro lado era fuerte y estaba adiestrado en las artes militares. Los otros eran Hapre, una mujer de aguda inteligencia capaz de resumir una situación o concepto en muy pocas palabras, y Volk, un hombre cuya facilidad para descubrir las lagunas en sus medidas de seguridad había impresionado a Yira y Tyen.

Yira sonrió al dirigirse de nuevo a la multitud.

—Hoy no será así. Hoy devolveremos el golpe al enemigo.

A Tyen se le cayó el alma a los pies. Cuando los rebeldes se recuperaron de la sorpresa se oyeron algunas exclamaciones de entusiasmo, y luego más. Observó a Yira con detenimiento. Al partir de Aei ella no sabía si seguiría adelante con el plan,

y mucho menos a cuál de los aliados atacarían. En tres ocasiones se había alzado sobre la misma columna y había decidido que los rebeldes aún no estaban preparados o que todavía no disponía de información suficiente sobre los aliados.

—No hemos practicado esto —continuó—. No nos hemos puesto a prueba. Pero siempre hay una primera vez. Una primera ofensiva. O, más bien, una represalia. No será nuestra ofensiva principal. Hoy no nos enfrentaremos al Raen. Pero, si todo sale bien... —Hizo una pausa, desplazando la vista por los rostros de los presentes—, haremos que los aliados paguen por habernos atacado y al mismo tiempo debilitaremos al Raen. Aumentaremos en número y en fuerza, pues la noticia de nuestra victoria atraerá a más guerreros a nuestra causa. Hoy daremos el primer gran paso para desembarazar al mundo del Raen y de sus leyes.

El público prorrumpió en gritos de aprobación aún más fuertes, aunque Tyen detectó un ligero asomo de contención e incertidumbre, como si los rebeldes fueran conscientes de que estaban a punto de entablar batalla y de que unos cuantos podían morir. Quizá más que unos cuantos.

El miedo le provocó náuseas. «Ojalá me hubiera esforzado más para disuadir a Yira de esta locura, pero ¿qué podía hacer? Si cuestiono todos sus planes de entrar en combate, se preguntará qué hago aquí». Ella sabía que su liderazgo peligraría si los rebeldes tenían la sensación de no estar haciendo progresos. Además, en su fuero interno simpatizaba con los más impacientes. La vida en Aei era comfortable, pero el temor a que descubrieran a los rebeldes y los esfuerzos por mantenerlos unidos la habían llevado a retrasar el momento de actuar.

Tyen sabía que tanto a él como a cualquier otra persona les resultaría imposible persuadirla para que abandonara la rebelión. Había empezado a sospechar que fingía ser un rebelde no solo para ejercer de espía con el fin de curar a Vella, sino también para proteger a Yira.

No tenía ni idea de qué esperaba el Raen que hiciera. No podía negarse a participar en el combate, pues lo expulsarían de la rebelión, pero si participaba tendría que luchar contra personas que también estaban al servicio del Soberano de los Mundos.

«Estoy en una misión de espionaje —se dijo—. Parte de eso consiste en no revelar que soy un espía. De modo que, si al no luchar me delato, mi deber es luchar. —Según el mismo razonamiento, incluso si el aliado sabía que Tyen trabajaba para el Raen, no podía evitar atacarlo para evitar que el pacto saliera a la luz—. Quizá me maten hoy mismo».

—Obedeced las órdenes de vuestros líderes, pues ellos saben lo que hay que hacer a continuación —indicó Yira a la multitud—. Debemos actuar con presteza y determinación, mis amigos rebeldes. Luchad bien, luchad con fuerza. —Saltó de la columna y aterrizó junto a Tyen—. Generales —dijo—, es la hora.

Cuando los otros tres se abrieron paso hacia delante, Tyen los siguió. Respiró hondo, intentando obligar a su corazón a latir a una velocidad normal, en vano. En su

pelea con el profesor Kilraker había utilizado una cantidad minúscula de magia, y la persecución y el combate con los aerocoches de la Academia no habían sido más que una escaramuza menor en comparación con lo que seguramente se le venía encima.

—A nueve mundos de distancia —dijo Yira en voz baja—, Preketai, un aliado del Raen, tiene un palacio pequeño en el que se instala durante los inviernos fríos de su mundo. Se lleva consigo a algunos hechiceros subalternos y un puñado de criados, pero por lo demás está solo, salvo cuando recibe visitas. Irrumpiremos todos juntos. Tyen nos llevará hasta allí, pues ya tiene experiencia en el transporte de grupos numerosos.

—¿Y luego? —preguntó Frell.

—Nos dispersaremos y aguardaremos unos días antes de regresar a la base.

Volk asintió.

—¿Qué hacemos con los testigos?

—Liquidad a los hechiceros solo si descubren la ubicación de la base al leerle la mente a algún rebelde. No matéis a los sirvientes. Vamos a llevar a cabo un asesinato selectivo, no una masacre.

Posó una mirada expectante en cada uno de ellos y, tras constatar que no había más preguntas, asintió.

—Que se coloquen todos en formación.

Mientras se retiraban a toda prisa, ella miró a Tyen con las cejas enarcadas.

—¿Nervioso?

Él soltó una carcajada breve.

—Claro.

—Me alegro. Eso es bueno. Agudizará tus reflejos. —Su expresión se suavizó—. Lo siento, Tyen. Sé que preferirías que no pusiera en peligro a los demás ni a mí misma. Todo cambio tiene un precio, y aspiramos a conseguir un gran cambio. Uno de esos cambios que solo se producen una vez cada mil ciclos. No nos resultará nada fácil.

Él movió la cabeza afirmativamente.

—Lo sé. —Suspiró—. Supongo que no tengo madera de guerrero.

—Tú buscarías una manera de resolver esto sin derramamiento de sangre. —Sonrió—. Eso te convierte en la mejor clase de guerrero que existe. Y, a pesar de tus dudas, sigues aquí.

Él apartó la vista para disimular el sentimiento de culpa. «¿Sería tan comprensiva si conociera el auténtico motivo por el que estoy aquí?». Se obligó a mirarla de nuevo. Estaba observando los movimientos de los generales entre los rebeldes, mordisqueándose el labio como de costumbre, pero con tal ferocidad que parecía que en cualquier momento comenzaría a sangrar.

«¿Qué posibilidad habré pasado por alto? —se preguntaba—. ¿Qué se me escapa? ¿Cómo podré perdonarme si...?».

—Es un buen plan —le aseguró Tyen, porque lo era y porque ella necesitaba

oírlo, y a él no le costaba nada tranquilizarla ya que había decidido no desaconsejarle que entrara en batalla—. Y si algo sale mal, te llevaré a otro sitio de inmediato —añadió por lo bajo.

Distraída, ella se volvió hacia él y sonrió.

—Creo que están listos.

En efecto, los rebeldes estaban enlazados formando círculos concéntricos. Cada uno había acumulado magia en otros mundos antes de que el líder de su grupo los llevara hasta allí. En ese momento, los generales absorbieron energía y, por primera vez en muchos ciclos, Tyen experimentó la sensación de estar rodeado de Hollín. Al pensar en la cantidad de magia que guardaban en su interior los rebeldes, se estremeció. «Y, aun así, no podemos estar seguros de que sea suficiente para derrotar a uno solo de los aliados del Raen».

Yira caminó hasta el centro del círculo, seguida por Tyen, y se unieron a la formación.

—Respirad hondo —indicó ella antes de hacerle una señal con la cabeza a Tyen.

Tras proyectar la conciencia más allá del Hollín, él atrajo lo que había al otro lado. Oyó que los rebeldes soltaban un grito ahogado y acto seguido se llenaban los pulmones al recordar que estaban a punto de viajar entre mundos. A Yira se le escapó una risita.

Tyen se dio impulso para apartarse del mundo e hizo que el grupo se deslizara desde la antigua ciudad hasta lo alto del valle que antaño custodiaba. Había un lugar de llegada en la parte superior, muy utilizado, sorprendentemente, dada su posición. Había muchos en ese mundo, y Tyen percibió numerosos caminos recién transitados que los rebeldes habían abierto en dirección al lugar de llegada.

A partir de allí, los llevó de un mundo a otro, siempre por caminos muy concurridos y haciendo escalas apenas lo bastante largas para que todos pudieran exhalar e inhalar. En el último mundo en el que recalaron antes de llegar a su destino, él absorbió más magia.

Cuando emergieron del espacio intermedio, empezó a aparecer una explanada amplia y pavimentada rodeada de árboles enormes que semejabán sombrillas. Varias personas que caminaban por ella se vieron rodeadas de formas fantasmagóricas y se apresuraron a apartarse antes de que los hechiceros se materializaran. Pero Tyen no planeaba dejar a los rebeldes allí. En cambio, los llevó por un camino ancho que discurría entre los edificios bajos.

Cuando dejaron atrás la ciudad, el camino se estrechó, aunque seguía teniendo un pavimento bien conservado. Ascendía poco a poco y, cuando coronaron una cresta, un extenso valle se abrió ante ellos. Dominaba el centro una casa del tamaño de una ciudad.

Las aguas del río que serpenteaba por el valle habían sido captadas y canalizadas hacia tres enormes estanques rectangulares. Cada uno de ellos se encontraba en el centro de un patio en el que habría cabido el templo principal de Aei y que a su vez

estaba rodeado por un edificio descomunal. Las tres construcciones, unidas entre sí, debían de contener cientos de habitaciones, si no miles. En los estanques flotaban barcos —naves, de hecho—, y alrededor se alzaban estatuas gigantescas de personas erguidas, sentadas o yacentes.

Tyen impulsó al grupo hacia el complejo. «¿Cómo vamos a sorprender a Preketai, si a duras penas podremos encontrarlo en este lugar? —Bajó a los rebeldes hacia el primer patio. Había gente por todas partes, barriendo el suelo, sacando brillo a las estatuas y limpiando los estanques—. Conque “un puñado de criados”... —Al percibir la sombra del grupo de rebeldes a su paso por allí, varios alzaron la vista y salieron huyendo, alarmados—. Ahora será imposible que nuestra llegada pase inadvertida». Tyen descendió hasta el pavimento y, en un hueco entre dos estatuas en el que cabía el ejército rebelde entero, los atrajo a todos hacia el mundo.

Tomaron una bocanada de aire al unísono.

—Buscad alguna mente —ordenó Yira—. Alguien sabrá dónde está.

—¡Allí! —gritó un rebelde.

Al volverse hacia la voz, Tyen vio un brazo extendido que apuntaba a un pasaje abovedado. Buscó en esa dirección y localizó la mente de una criada que se alejaba a toda prisa del hechicero, que avanzaba hacia ella. Preketai prefería que los sirvientes se mantuvieran fuera de su vista, y esa mañana había reducido a cenizas a una mujer cuando, al doblar una esquina, se había topado con ella mientras quitaba el polvo a un jarrón.

«Qué hombre tan agradable —pensó—. Tal vez no me resulte tan difícil participar en la batalla, después de todo».

El pánico empezaba a apoderarse de la mujer. Como era su primera visita a la mansión, le costaba orientarse. Al volver una esquina, se encontró en el pasillo que conducía al salón principal. A través de una puerta abierta, vislumbró una estancia enorme y fastuosa.

«Allí no —pensó ella—. No hay donde esconderse».

—Él está cerca del salón principal —anunció Yira—. Parece lo bastante amplio para que quepamos todos. Llévanos allí, Tyen. ¡Sujetaos!

Él los apartó del mundo y se deslizó hacia el pasaje abovedado. Después de pasar por unos portones gigantescos, entraron en un espacio cavernoso. Había cientos de espejos colgados en las paredes cubiertas de paneles de plata minuciosamente labrados. El suelo era de piedra blanca pulida, con incrustaciones de plata. Cuando llegaron, Tyen inmovilizó el aire en torno a ellos para formar un escudo, en previsión de que alguien estuviera tan aturdido que olvidara las instrucciones que había recibido. Los rebeldes se quedaron paralizados, tensos de expectación. Unos recorrían el salón con la vista, nerviosos, mientras que otros miraban en torno a sí, maravillados.

—Hemos elegido un buen momento para venir —comentó Volk—. Los sirvientes están tan apresurados porque mañana llega otro aliado.

—Han avisado a uno de los hechiceros subalternos de nuestra llegada —dijo Frell—. Su mente acaba de quedar en silencio, lo que significa que debe de estar en el espacio intermedio.

Una puerta se abrió, y Tyen oyó que a Yira se le escapaba un grito ahogado. Al seguir la dirección de su mirada, se percató de que, a unos cien pasos de distancia, un hombre con un largo abrigo de una tela plateada y reluciente los observaba.

—¿Es él? —susurró una rebelde.

—Tiene que serlo —respondió otro.

—O eso, o los uniformes de los criados son muy caros —murmuró Volk.

—¡Es Preketai! —dijo otro rebelde en voz más alta—. Jamás olvidaré esa cara.

—¿Quiénes sois? —preguntó el hombre con voz imperiosa, entornando los ojos—. ¡Rebeldes! —espetó con desdén—. ¿Acaso no habéis aprendido aún la lección?

—¡Escudaos y atacad! —gritó Yira.

Tyen dejó de inmovilizar el aire que rodeaba a los rebeldes justo en el momento en que lanzaban una andanada mágica. Él no podía anticipar cada uno de los ataques para dejarlos atravesar la barrera, por lo que tendrían que arreglárselas con sus escudos individuales. Preketai ni se inmutó. Arqueó las cejas y clavó en ellos una mirada imperiosa.

De pronto, toda la magia que los rodeaba fluyó a toda velocidad hacia Preketai, sumiendo el salón en la oscuridad del Hollín.

Los rebeldes que estaban más cerca de él se encogieron y, cuando les fallaron los escudos, los demás se dirigieron hacia delante para protegerlos.

—¡En formación! —rugió Yira—. Tyen, escúdanos a todos cuando él ataque —añadió en voz más baja—. Reserva tus energías para eso. Quédate en la retaguardia, para que no descubra quién genera el escudo. —Se alejó, abriéndose camino hacia el frente entre las tropas.

El alivio mezquino por no tener que combatir contra el aliado del Raen dio paso a la preocupación por Yira. Inmovilizó de nuevo el aire entre Preketai y los rebeldes, lo que les permitió situarse en posición de batalla en torno a la figura solitaria. El aliado cesó en su ataque y esperó. Durante la pausa que siguió, Tyen echó un vistazo alrededor. Costaba creer que tantos hechiceros juntos no fueran capaces de superar al hombre. Sin embargo, aunque habían absorbido magia en otros mundos, no podían reponerla ahora que Preketai se había apoderado de toda la que los rodeaba. En cambio, a él nada le impedía seguir reabasteciéndose con la energía que fluía hacia el vacío que había creado.

—¡Al ataque! —gritó Yira.

Tyen desactivó el escudo y los rebeldes lanzaron otra descarga. Preketai hizo una mueca de desprecio, divertido ante sus esfuerzos.

«¿Hasta dónde llega su poder?». Tyen buscó el límite del Hollín. Lo que descubrió le heló la sangre. Nunca se había encontrado con una zona desprovista de magia cuyos bordes no alcanzara a percibir de inmediato.

Que un solo hombre fuera tan poderoso resultaba terrorífico. Por otro lado, significaba que Preketai podía leer el pensamiento de todos los rebeldes, incluido Tyen, y adelantarse a sus movimientos. ¿Cómo iban a vencer los rebeldes con semejante desventaja? Se concentró en el aliado, pugnando por detectar algo tras el silencio que envolvía su mente.

De pronto, atravesó la barrera.

«... su número ha crecido más deprisa, y no están tan desorganizados —pensaba Preketai respecto a su formación—. Tal vez sea a causa de las escuelas de magia. Siempre creí que eran prácticamente inofensivas».

Lleno de asombro, Tyen contempló al aliado.

«¡Debo de ser más poderoso que él! Pero eso significa que...». Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Significaba que el resultado de la batalla podía depender por completo de él.

«... más astutos, pero no tienen cientos de ciclos de experiencia militar», se dijo Preketai antes de canalizar magia hacia una nueva descarga.

Tyen se apresuró a escudar a los rebeldes. «No puedo ser un espía y un héroe para los rebeldes al mismo tiempo. Tal vez el Raen aceptaría que yo no pudiera impedir la muerte de un aliado a manos de los rebeldes, pero no que fuese yo quien lo matara. —Por otra parte, el soberano solo le había indicado que no revelara a los rebeldes sus verdaderas intenciones—. Y eso implica matar a Preketai en caso necesario».

Esto quería decir que los rebeldes vencerían, pero solo si Tyen asestaba el golpe final. ¿O quizá no...?

Un alarido interrumpió sus reflexiones, seguido de unos destellos procedentes del extremo del salón opuesto a aquel en que se encontraba Preketai.

—¡Dos hechiceros! —exclamó alguien—. Están atacando.

Tyen oyó que Preketai lanzaba una advertencia que quedó ahogada por el clamor de entusiasmo de los rebeldes y el estallido de un cristal. Vio que uno de los subalternos yacía contra la pared con el cuerpo torcido en una postura imposible, y que el otro se desplomaba tras retroceder unos pasos.

La rabia dominó la mente de Preketai. Los hechiceros eran tan competentes como eficaces, cualidades que no siempre iban de la mano de la capacidad mágica. Además, no habría tiempo para reparar los desperfectos en el salón antes de la llegada del invitado. Preketai entornó los párpados. Al calar sus intenciones, a Tyen se le cortó la respiración.

—¡Mantened inmóviles los escudos! —gritó.

Los líderes de grupo que estaban más cerca se volvieron hacia él y obedecieron, aunque no comprendían el peligro. Tres rebeldes no lo hicieron así y salieron despedidos dentro de sus escudos, ya que Preketai controlaba y agitaba el aire que los rodeaba. Los cuerpos chocaron entre sí y contra el interior de las barreras que debían protegerlos. Dos de ellos recuperaron el control mientras los jefes de las unidades vecinas extendían sus escudos para resguardar al tercer grupo, cuyo líder había

perdido el conocimiento.

La estupefacción se transformó en ira, y Preketai soltó una carcajada. Su sonrisa se desvaneció y, mientras los rebeldes reanudaban su ofensiva, él comenzó a escudriñar sus filas. «¿Cuál de ellos será? ¿Quién es el poderoso?».

«Tenemos que acabar con esto rápidamente, antes de que él intente otra cosa — pensaba Yira—. Tyen, si me oyes, no olvides reservar energía suficiente para sacarnos a todos».

Tras proyectar la conciencia más allá del vacío, Tyen atrajo hacia sí toda la magia que había empezado a ocupar el hueco dejado por Preketai, y más.

—Todos a la vez —gritó Yira—. Preparaos para uniros cuando hayamos terminado.

Los rebeldes obedecieron.

Preketai interrumpió la exploración de sus mentes. «Es hora de acabar con esto. La mayoría se ha quedado ya sin magia, de todos modos». Se planteó por unos instantes dejar a algunos con vida para castigarlos, empezando por la mujer que impartía órdenes. Tal vez podía arrastrarla hasta el espacio entre los mundos y retenerla allí hasta que se asfixiara. Extendió los sentidos hacia la magia que afluía para llenar el vacío.

Y no encontró ni una gota.

Lleno de incredulidad, Preketai intentó proyectar sus sentidos más lejos, en vano. El temor se adueñó de él cuando percibió que el vacío se extendía más allá de su alcance. Consciente de que estaba demasiado débil incluso para alejarse del mundo, miró en torno a sí, buscando al hechicero cuya mente no conseguía leer. Sus ojos se encontraron con los de Tyen.

Y, con una sacudida, se elevó en el aire.

Sonó un chasquido, y un jadeo escapó de su boca, muy abierta a causa del dolor. Comenzó a caer, pero la siguiente ráfaga de descargas lo arrojó de un lado a otro mientras los rebeldes se dejaban llevar por una exaltación salvaje. Todos intentaban asestar un golpe en algún punto vital o asegurarse de que el hombre quedara derrotado de forma inequívoca y definitiva. Cuando por fin dio con su cuerpo en tierra, tenía la mente en silencio. Se quedó tumbado, inerte.

Los gritos de triunfo resonaron en la sala.

—¡Basta! ¡Basta! —aulló Yira una y otra vez.

Los rebeldes más próximos a ella la oyeron y repitieron la orden, hasta que, poco después, todos guardaron silencio. Ella miró a Tyen a los ojos y le hizo señas de que se aproximara. De mala gana, él se abrió paso a empujones entre la multitud y se situó a su lado mientras ella examinaba al aliado caído. Los rebeldes habían formado un círculo en torno al cadáver, a unos cuantos pasos de distancia, por si aún le quedaba un hálito de vida.

A Tyen se le revolvió el estómago al ver el cuerpo. Estaba retorcido y quebrado, con la piel desgarrada y arrancada. Trozos de hueso asomaban por una raja en un

brazo del fino abrigo plateado. La sangre aún manaba de las heridas y se filtraba por debajo del torso inclinado en un ángulo extraño, pero de forma cada vez menos profusa. El hombre tenía la mirada vacía, y cuando Yira se agachó y le colocó un dedo en el cuello, asintió con la cabeza.

—Muerto —confirmó.

Tyen apartó la vista. «No puedo quitar importancia al papel que he desempeñado en esto —pensó. Pero ni el sentimiento de culpa ni el horror lo atormentaban tanto como había imaginado, y cuando le vino a la memoria el recuerdo que tenía la criada de las cenizas de su compañera esparcidas por el jardín, se aplacaron aún más—. Era realmente un monstruo, tal y como decían. Los mundos estarán mejor sin él».

Faltaba por ver si el Raen estaba de acuerdo. En parte, a Tyen le daba igual.

—¡Somos los vencedores! —gritó Yira, sobresaltándolo.

Los rebeldes prorrumpieron en voces de júbilo. Tyen dejó que lo empaparan sus pensamientos, llenos de alivio, euforia y un espanto considerable por lo que habían hecho. Algunos ya empezaban a temer las represalias del Raen.

—Pero aún no es momento de celebrar —agregó Yira—. Para empezar, ¿qué hay de los heridos?

Cinco miembros del grupo que se había visto arrojado de un lado a otro dentro de su escudo habían sufrido lesiones, entre ellos el líder inconsciente. A uno se le había partido el cuello y estaba muerto. Un rebelde se ofreció a llevarlo a su mundo de origen, y otra aseguró que ella cuidaría del líder. Una vez que los demás heridos quedaron emparejados con un voluntario, Yira ordenó a todos que se prepararan para partir.

—Tyen nos llevará más allá del vacío a fin de que podáis acumular magia para el viaje. Después de eso, dispersaos. Aguardad un poco, si podéis, y luego acudid a los puntos de reunión y regresad a la base en grupos pequeños. Cercioraos de que nadie os sigue. En cuanto corra la noticia de lo sucedido, el Raen y sus aliados saldrán en nuestra busca. Bien, poneos en formación.

Ansiosos por marcharse, los rebeldes enlazaron los brazos. Tyen los transportó al mundo siguiente. Era menos arriesgado que buscar el límite físico del vacío. Empezaron a desaparecer de inmediato. Cuando ya no quedaba el menor rastro de ellos, Yira tomó a Tyen de la mano y lo impulsó hasta el espacio intermedio.

Entraron y salieron de varios mundos, circulando siempre por caminos transitados, dando vueltas y retrocediendo sobre sus pasos para confundir a quien intentara seguirles la pista. Cuando llegaron a una calle lodosa a las afueras de una ciudad, frente a un extenso edificio de madera que Tyen recordaba de su época de estudiante, se le escapó un gruñido.

—Aquí no —se quejó.

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Los lugares concurridos son los mejores para esconderse. Además, tenemos que celebrarlo.

—Pero la comida es malísima.

—No estamos aquí por la comida.

Lo agarró del brazo y tiró de él hacia la entrada descubierta del edificio. Tras apretujarse en la punta de un banco junto a un hombre inconsciente, señaló una silla desvencijada. Tyen la arrastró hasta el extremo de la mesa y se sentó.

—Bueno —comentó Yira—. Ha salido bien.

—Pues sí —convino él.

Ella lo miró con los párpados entornados.

—Has llegado a leerle la mente, ¿verdad?

Él enarcó las cejas.

—¿Ah, sí?

—Sí. Sabías que iba a atacar desde abajo.

Él se encogió de hombros, decidiendo que lo mejor era no negarlo ni confirmarlo.

—Esto está demasiado tranquilo, ¿no te parece? Antes era imposible conseguir sitio en una mesa.

Él paseó la vista por la sala, evitando la mirada de algunos borrachos dispuestos a enzarzarse en una buena pelea si alguien se atrevía a molestarlos.

—He visto el local más lleno, eso seguro.

—Solía estar atestado de estudiantes de Liftre —suspiró Yira—. Supongo que la prohibición de viajar perjudicará a muchos lugares como este. —Se levantó—. Tampoco parece que tengan mucho personal. Voy a por unas copas.

El hombre inconsciente empezó a resbalar en el banco, con la cabeza y los brazos deslizándose hacia atrás. Tyen se puso de pie y lo sujetó antes de que se cayera al suelo. Tras tenderlo de costado de manera que no se ahogara si vomitaba, Tyen se enderezó y, al volverse, advirtió que su asiento estaba ocupado por una mujer muy corpulenta cuya mirada, al principio desafiante, pasó a examinarlo con un interés indisimulado.

Suspirando, Tyen buscó a Yira. Cuando por fin la avistó, ella llevaba dos copas en cada mano e intentaba esquivar a dos clientes achispados y bamboleantes que se interponían en su camino. Tyen sacudió la cabeza. No era tan aficionado al brebaje local, y Yira lo sabía. Pero cuando ella reparó en su expresión, la sorpresa asomó a su rostro. Se detuvo.

De pronto, se tambaleó hacia delante y se desplomó boca abajo en el suelo.

Aturdido, Tyen la contempló por un instante antes de abalanzarse hacia ella. Los clientes se apartaban de su camino, algunos fulminándolo con la mirada e intentando limpiarse la ropa mojada por las bebidas derramadas.

Yira no se movía. Él se arrodilló sobre la cochambre del suelo y la volvió boca arriba.

Los ojos de ella lo miraban con fijeza, pero no lo veían. Tenía una expresión tan vacía como la de Preketai después de la batalla.

Observándola con incredulidad, Tyen buscó su mente y no la encontró.

El ruido del local, que no se había interrumpido cuando ella había caído, cesó en ese momento. Conforme el silencio se extendía, las mentes que rodeaban a Tyen empezaron a irradiar temor. Después de crear un escudo de aire inmóvil en torno a sí, él despegó la vista de la cara petrificada de Yira y buscó la causa de aquel pavor.

A unos veinte pasos de distancia había un hombre de pie. Entre él y Tyen había mesas vacías. Los clientes se marchaban con disimulo.

El desconocido clavó en Tyen unos ojos que centelleaban de odio.

Este reaccionó con un estallido de rabia. «Él la ha matado. Ha matado a Yira. La ha atacado por detrás». Tyen quería matarlo a su vez. Destrozarle el cuerpo como habían destrozado el de Preketai. Reducirlo a cenizas, como había hecho Preketai con su sirvienta.

Unas vetas de Hollín que aparecieron alrededor del desconocido empezaron a oscurecer la sala.

El éxodo de los otros clientes se convirtió en una desbandada general en dirección a las puertas.

Tyen sonrió. Proyectó la conciencia, encontró el límite del vacío y la extendió más allá. Cuando absorbió magia que estaba fuera del alcance del desconocido, los músculos rígidos del rostro de este se aflojaron por la impresión. Tyen atravesó por la fuerza la barrera de su mente y encontró un nombre.

—Keich —dijo. Vio que había enviado por adelantado a la mansión de Preketai a su hechicero subalterno, que había vuelto y le había informado del ataque rebelde. Descubrió que Keich había seguido el rastro reciente de la rebelión hasta su punto de partida, desde donde había perseguido a unos cuantos, decidido a capturar y aniquilar a todos los que pudiera antes de que sus huellas se desvanecieran o alguien las borrara al pasar.

Era demasiado poderoso para tratarse de un simple general. Advirtió que Keich caía en la cuenta de que él debía de ser el espía del Raen, el que, según este, era el rebelde más fuerte, el que todos tenían prohibido matar.

Keich se relajó. El espía no iba a acabar con él, aunque desde luego parecía estar deseándolo. «Supongo que tiene que fingir que está enfadado porque he quitado de en medio a la líder», pensó.

—Estoy enfadado de verdad —declaró Tyen.

Keich frunció el ceño.

—¿Esperabas que no tomara represalias? ¡Preketai era mi amigo!

Tyen bajó la vista hacia Yira.

—Y ella era mi amiga. —Titubeó, hipnotizado por sus ojos fijos y apagados. «Carentes de vida». Cuando alzó la mirada, vio que estaba solo.

Recorrió el local con la vista. Apeataba a humanidad, pese a que no quedaba un solo cliente. Se planteó por un momento perseguir a Keich para vengar la muerte de Yira, pero cuando la miró de nuevo supo que no podía dejarla allí. «¿Qué voy a hacer con ella?». La respuesta no tardó en acudir a su mente. Debía llevarla con los suyos.

La levantó en brazos y se impulsó hacia el espacio intermedio. Cada vez que pasaba por un mundo, su dolor aumentaba. No solo en el corazón, sino en todo el cuerpo. Sus huesos, músculos, entrañas y pulmones. No dejaba de devanarse los sesos: «Si yo lo hubiera visto a tiempo, ella no estaría muerta. Si yo hubiera ido a buscar las bebidas, no estaría muerta. Si no la hubiera animado a convertirse en líder, no estaría muerta. Si la hubiera convencido de que abandonara la rebelión..., avergonzándola incluso si con eso hubiera conseguido que regresara junto a sus hijos..., si le hubiera confesado que soy espía del Raen para que me hiciera caso..., no estaría muerta».

Recordó la pregunta que Tarren le había planteado hacía menos de un cuarto de ciclo, aunque le parecía una eternidad: «¿A qué estás dispuesto para cumplir la promesa que le hiciste?». ¿Habría accedido a convertirse en espía del Raen a cambio de que liberara a Vella si hubiera sabido que eso desembocaría en la muerte de Yira?

El mundo siguiente era Roihe. Redujo la velocidad hasta detenerse justo a la orilla del lugar de llegada, preso del miedo y el sentimiento de culpa. ¿Le recriminaría el matriarcado lo sucedido?

«No —se dijo—. Son incapaces de concebir que un hombre influya tanto en los acontecimientos de los mundos». Yira no tenía esa mentalidad, pero había dejado atrás su mundo y las ideas que su pueblo consideraba aceptables.

En cuanto llegó, cogieron el cuerpo de entre sus brazos. Las siguió hasta la casa de Yira, donde la matriarca estaba encargándose de los preparativos fúnebres.

—Puedes quedarte —le dijo ella—, pero creo que no deberías, por si los que han hecho esto te siguen hasta aquí.

Se desplazó al mundo siguiente, a una playa recóndita. Unos pescadores lanzaban sus redes al agua teñida de dorado por el sol del alba. Grandes criaturas marinas giraban sobre sí mismas en las sombras, emitiendo chillidos burbujeantes y juguetones. La apacibilidad de la escena no lo conmovió. Se sentía aterido y vacío por dentro.

Una sombra apareció a su lado. Él la miró y desvió la vista cuando cobró la forma de un hombre. El último hombre de todos los mundos con quien quería hablar en ese momento.

—Era una guerrera valiente —comentó el Raen—. Lanzó una ofensiva intrépida y bien dirigida, pero imprudente.

Tyen sabía que debía volverse hacia el Raen, pero los rescoldos de la rabia que lo había embargado antes se reavivaron. No podía evitar tener la mente al descubierto, pero expresarle su indignación a la cara habría supuesto un desafío más consciente.

—Era mi amiga —contestó, y la ira pasó de nuevo a primer término—. ¿Por qué estableces alianzas con personas como Preketai? —preguntó en tono imperioso, y se arrepintió de inmediato.

—Porque la alternativa es peor —explicó el Raen sin el menor asomo de irritación o enfado por la pregunta.

—¿Y cuál es la alternativa?

—Matar a todos los hechiceros omnipotentes. Algunos creen que es lo que hago. Un escalofrío le bajó a Tyen por la espalda. Miró al Raen.

—¿No... no podrías dejar con vida a los buenos?

Unos ojos oscuros e inescrutables se posaron en él.

—Todos fueron buenos alguna vez. El poder y la inmarcesibilidad cambian a las personas, y no siempre para bien.

Tyen apretó con la mano el bulto rectangular que tenía debajo de la camisa y recordó lo que Vella le había dicho sobre el precio de la inmarcesibilidad. «¿Y tú? —tenía ganas de preguntarle al Raen—. ¿En qué aspectos has cambiado?».

—No eres culpable de la muerte de Yira.

La fatiga se apoderó de él. «Si yo no tengo la culpa, ¿quién la tiene? —La respuesta se abrió paso a través de la aflicción y la rabia, débil como un susurro—. Yira. Ella tomó la decisión de luchar. No podías hacer nada por remediarlo».

—Si prefieres dejar de observar a los rebeldes, respetaré tu voluntad.

La idea de desentenderse de la rebelión le infundió un enorme alivio.

«Pero entonces ¿qué sería de Vella?», fue la duda inevitable y molesta que lo asaltó.

—He ideado varios métodos que podrían devolver a Vella su forma humana —respondió el Raen, como si la pregunta hubiera estado dirigida a él—. Algunos parecen prometedores. Está resultando ser un reto interesante. Mis experimentos han revelado aplicaciones potenciales que no había imaginado.

Un brillo de vivacidad había asomado a los ojos del hombre. Parecía una persona distinta, y Tyen se sorprendió deseando poder participar en las pruebas y ensayos que realizaba, o por lo menos tener la oportunidad de presenciarlos.

La chispa se apagó, y el Raen adoptó de nuevo una expresión impenetrable.

—Tu presencia entre los rebeldes me resulta de lo más útil. —Aunque no añadió una palabra más, una pregunta implícita flotaba en el aire.

«Se han quedado sin líder —comprendió Tyen—. Y aún no lo saben».

—Tal vez se rindan y se marchen a casa —aventuró.

—No lo harán —replicó el Raen con una contundencia serena—. Cuando Keich encontró a Yira, ella estaba contemplando la posibilidad de que los rebeldes regresaran a Aei. Fue un detalle que él no guardó en secreto.

«De modo que, a menos que quiera abandonarlos a su suerte para que los masacren, debo volver a su lado». Tyen respiró hondo y exhaló despacio. Asintió.

—En ese caso, será mejor que me asegure de que nadie vuelva allí.

El Raen inclinó la cabeza en un gesto afirmativo.

—Cursaré a los aliados la orden de que no maten al líder rebelde. Sin embargo, es posible que lo interpreten como la voluntad de que te capturen —le advirtió.

Acto seguido, desapareció.

TERCERA PARTE

Rielle

Se podían expresar muchas cosas con sonidos no verbales, como Rielle había descubierto desde que la mente de Baluka ya no era accesible para ella. Un «ah» de agradecimiento, un «¿eh?» inquisitivo, un suspiro de cansancio o incluso un gruñido de las tripas eran buenos sustitutos de las palabras. Sin embargo, la información más compleja la obligaba a chapurrear y batallar por entender el idioma de los viajeros.

No le facilitaba las cosas que el vocabulario estuviera basado en innumerables lenguas de muchos mundos, y que a menudo un término tuviera varios significados. En cambio, la gramática era sencilla, tal vez por necesidad. Los viajeros adoptaban palabras, pero las empleaban en frases de estructura simple.

Cuanto más aprendía Rielle, más fácil le resultaba reconocer el idioma cuando lo hablaban personas que no eran viajeras, y más se maravillaba de lo extendido que estaba su uso. La habían abrazado como lengua común no solo aquellos que comerciaban con los viajeros, sino también quienes negociaban con otros países y mundos. Los hechiceros que se desplazaban entre mundos también la aprendían, al igual que quienes trataban con ellos más a menudo. Las élites de muchas sociedades consideraban que la fluidez en el idioma de los viajeros era un signo de señorío, refinamiento y cultura.

Rielle imaginó que los habría descorazonado oír la conversación que ella estaba presenciando. En todos los demás sentidos, los tintoreros de pieles con los que negociaba Leyikh eran toscos y ordinarios. Algunos lanzaban miradas lascivas a Rielle y las mujeres viajeras que la acompañaban. El hecho de que ejercieran una profesión similar a la que desempeñaba su familia no hacía sino aumentar su incomodidad. «Puede que a los tintoreros se nos asociara con olores y materias primas repugnantes, pero eso no significa que nuestro comportamiento fuera igual de desagradable».

No obstante, las pieles eran las mejores que había visto: suaves, flexibles y de colores intensos, con muy pocos defectos. Aunque sus padres trabajaban sobre todo con telas, sabían reconocer el cuero de calidad, pues solía utilizarse para elaborar las correas y ataduras de los toldos, y a veces les pedían que los colores de las prendas hicieran juego con los zapatos u otros artículos. Rielle entendía por qué los viajeros creían que valía la pena soportar la mala educación de los curtidores para adquirir su mercancía.

—Han terminado —murmuró Yikari, la hija mayor de una de las familias de viajeros, cuando un tintorero hizo un gesto como de cortar algo con el canto de la

mano y Leyikh lo imitó.

—Han acordado el precio. —Hari, la más joven de las mujeres casadas, sonrió a Rielle y le habló despacio—. ¿Has visto bastante? ¿Te gustaría visitar el mercado ahora?

Rielle asintió.

—Sí. —Salió tras ellas de debajo de la cubierta de pieles—. Cuando Leyikh hablaba de «tintoreros», yo creía que se refería a que teñían... —Dio unos tirones a la manga de su blusa—. Esto. Como mi familia.

Las dos mujeres sonrieron y le dieron unas palmaditas en los brazos en señal de que comprendían y no les había importado aguantar el comportamiento de los curtidores para satisfacer la curiosidad de su invitada. Ambas dejaban a Rielle participar en sus faenas diarias y en la exploración de los lugares que visitaba la familia. Ella se alegraba ahora de que Lord Felomar hubiera decidido no permitirle que se quedara en su mundo por miedo a incurrir en la ira del Raen, pues gracias a eso había hecho dos amigas nuevas. Por otro lado, eso le provocaría el doble de tristeza cuando dejara a los viajeros.

Más adelante en la ancha calle, se divisaban los carromatos, dispuestos en un doble círculo apretado en cuyo interior estaban encerrados los lomes. Las mujeres la guiaron en otra dirección a través de un hueco estrecho entre dos puestos. Cerca de uno de ellos, un par de acróbatas actuaba frente a una carpa circular a fin de animar a los clientes a entrar para ver los números principales. De otro cobertizo salía humo y el sonido de martillazos sobre metal. A juzgar por su aspecto, llevaba ya un tiempo allí.

—¿Vive gente ahí? —preguntó Rielle.

Yikari asintió.

—Si pagan el alquiler. Pero no tienen permitido construir casas.

Se detuvieron frente a una caseta el doble de grande en la que había encerrados animales diversos. Se estaba celebrando una subasta junto a tres bestias de cuello largo con el mentón erizado de púas curvas. Tenían las patas atadas y unas pértigas sujetas al cuello para mantenerlas rectas y sin duda para evitar que hiriesen a alguien con las púas. «¿Serán depredadores? —se preguntó ella—. ¿O solo las usan para defenderse?». Una de ellas se acercó al poste al que había atadas varias fanegas de tallos secos y se puso a comer.

—¿Qué son? —preguntó Rielle.

—Rukes —respondió Yikari—. Animales guardianes que protegen a los más vulnerables. —Empezó a señalar cada corral y a nombrar el tipo de bestia doméstica que contenía, así como a explicar su utilidad—. No sé qué son —reconoció, apuntando con el dedo a un grupo de animales de patas cortas, morro largo y una piel escamosa de color rojo subido—. Tal vez papá sí. Si tuviera que adivinar, diría que los crían por su piel. ¿Quieres que se lo pregunte a los vendedores?

Rielle sacudió la cabeza.

—Están todos ocupados con la subasta.

—Hmmm —convino Hari—. Y yo tengo sed. Vayamos a tomar algo.

Tardaron un rato en encontrar un puesto pequeño que vendía refrescos. Había una larga cola que no paraba de moverse porque los puesteros de los lados se quejaban de que estorbaban el paso de los clientes. Mientras esperaba en la fila, Rielle cayó en la cuenta de que era la primera vez en mucho tiempo que estaba quieta. Hacía veintidós días que la habían rescatado los viajeros o, para ser más exactos, había dormido en veintidós ocasiones. Medir el tiempo resultaba casi imposible cuando se desplazaba entre mundos en los que variaba la longitud del día y que en ocasiones ni siquiera tenían una noche que los delimitara de forma clara. Además, a menudo partían y llegaban a distintas horas del día. El mundo en el que se encontraba era el décimo que había visitado y el primero en el que ningún comprador o vendedor esperaba a los viajeros.

Dirigió la mirada calle abajo. Se prolongaba más allá de donde le alcanzaba la vista y los detalles se difuminaban en el aire polvoriento. En la dirección opuesta el panorama era el mismo, sin otra diferencia que la mercancía que ofrecían los puestos. Por encima de unos toldos bajos, a su derecha, se divisaba el palacio de piedra pálida que se elevaba en el centro del mercado. Figuras diminutas y lejanas subían y bajaban por las empinadas escaleras que conducían al edificio.

«Debe de haber una vista increíble desde allí arriba —se dijo—. Tal vez podríamos echar una ojeada más tarde».

Unos gritos que se oyeron por encima del barullo del mercado atrajeron la atención de Rielle y sus acompañantes hacia una plataforma que varios hombres musculosos llevaban a hombros. Una mujer que caminaba delante iba dando voces para que la gente se apartara. Cuando Rielle se fijó en los porteadores, se le cayó el alma a los pies. ¿Eran esclavos? Al explorarles la mente descubrió que les pagaban bien y que habían competido por el puesto. Los dos que avanzaban delante contemplaron la cola que obstruía la calle con expresión imperiosa, pensando que se trataba de una chusma lenta y estúpida, mercaderes cuya posición social era muy inferior a la de unos honorables porteadores. Habrían debido estar dispersándose a toda prisa para abrirles paso. Otro pensaba en su familia, beneficiaria de casi todo su salario, esperando que estuvieran invirtiéndolo como él les había indicado.

Había dos mujeres sentadas en cojines amontonados sobre la plataforma. Estaban tan absortas en su conversación que no habían reparado en la fila de personas que entorpecía su avance. Mientras los clientes del puesto de bebidas empezaban a desplazarse hacia un lado, arrastrando los pies con la renuencia de quien lleva mucho rato esperando y no quiere perder su lugar en la cola, Rielle examinó la mente de una de las mujeres.

Se llamaba Calo, y era una reina menor de un mundo cercano que había ido a visitar a su amiga Astia, esposa del propietario del mercado, que era lo más parecido a una reina que había en ese mundo.

—... sí, estaban librando una batalla de magia —decía Astia—, y mi querido Elmed salió rápidamente hacia allí para exigirles que pararan. Pero cuando llegó, la lucha había concluido y el vencedor... No te lo vas a creer... El vencedor era el Raen.

Rielle se puso rígida y una sensación fría la recorrió al oír el título. Calo estaba impresionada y a la vez inquieta.

—¿Qué sucedió? —preguntó. Al concentrarse en la mente de Astia, Rielle vio la escena que recreaba en su memoria.

—El pobre hombre, el perdedor, se llevó las manos al pecho y murió. Dicen que tenía el corazón aplastado. Lo vi con mis propios ojos.

—Pero, Astia, ¿qué hacías tú allí?

—Después de enterarme de adónde había ido mi marido y por qué, no podía quedarme cruzada de brazos esperando a que alguien me comunicara si estaba vivo o muerto, ¿verdad? Fui a buscarlo.

—Eres más valiente que yo. —Calo frunció el ceño y enderezó la espalda—. Así que el Raen ha regresado. ¿Cuál es su actitud respecto al mercado?

—No ha mostrado desaprobación. Solo nos ha ordenado que registremos las idas y venidas de todos los...

—¿Rielle?

Sobresaltada, se volvió y advirtió que Yikari y Hari se encontraban a varios pasos de distancia y que la cola había avanzado mientras ella estaba distraída. Tras alcanzarlas, miró de nuevo a la reina y su invitada, que ya habían dejado atrás el puesto de refrescos y se alejaban a paso constante. Se inclinó hacia Hari.

—¿Has...?

Ella asintió con expresión seria.

—No ha concretado cuándo llegó él aquí.

—Ayer no —dijo Rielle—. No era la sensación que daba.

—Cierto —convino Hari—. Este lugar —paseó la vista por el mercado— solo existe porque la gente puede viajar entre mundos. Es raro que él no haya ordenado que lo cierren. —Añadió algo que Rielle no supo interpretar—. Se lo diremos a Leyikh. Cuando tengamos las bebidas. Deberíamos comprar suficientes para todos.

No tuvieron que esperar mucho. Cargadas con dos jarras cada una, se encaminaron de vuelta hacia los carromatos. Rielle se sentía inquieta por saber que se hallaba en un lugar visitado recientemente por el Raen. El recuerdo que había visto en la mente de la mujer de él matando a un hombre no hizo sino convencerla de que no era el Ángel, pese a sus semejanzas físicas.

Mientras se acercaban al puesto de los viajeros, Rielle vislumbró una fila de personas delante. Cuando pasó de largo frente a los desconocidos, se percató de que había mesas colocadas a lo largo de la calle y que la gente examinaba los objetos expuestos sobre ellas. Algunos estaban en pleno regateo. Al mirar con más detenimiento, Rielle vio artículos que los viajeros llevaban comprando y vendiendo

desde que se había unido a ellos, junto con otros que no había visto antes.

Yikari reparó en su interés.

—Los mercados son un buen lugar para vender lo que sobra. Y es lo que hemos hecho nosotros.

Señaló la mesa más alejada. Había varias pilas coloridas de pantalones y blusas confeccionadas al estilo de los viajeros ordenadas por tamaño. Una clienta sujetaba una blusa pequeña contra el pecho de una niña.

Había otras mercaderías junto a la ropa. Rielle se situó detrás de las mesas para examinarlas más de cerca. Le llamaron la atención unas bolsas de piel suave cosidas con hilos de colores vivos, cestas de juncos finos de dos colores entretejidos en motivos geométricos, y cajas de madera delicadamente talladas en una gran variedad de formas y tamaños.

—Son piezas de gran calidad —murmuró Rielle para sí, en foguiano. Sin embargo, su tono debía de expresar con bastante claridad el sentido de la frase, pues la viajera que atendía a los clientes más próximos sonrió. Hizo un gesto en dirección a cinco chalecos primorosamente bordados que colgaban de una percha, detrás de ella.

—Ankari —dijo.

Rielle los examinó, sacudiendo la cabeza con incredulidad ante la fineza de las puntadas.

—¿De dónde saca el tiempo para esto?

—Nosotros... —Hari pronunció una serie de palabras que Yikari no conocía y se volvió hacia Rielle—. Hemos viajado más rápido contigo.

Rielle arrugó el entrecejo. De modo que su presencia había obligado a los viajeros a recorrer a toda prisa su ruta habitual. Si su intención era alejarse del último mundo en el que había estado el Raen, sus esperanzas acababan de hacerse añicos.

¿Cómo se tomarían la noticia Leyikh y Ankari? Cuanto antes se enteraran, mejor. Rielle se apartó de las mesas, y Yikari la siguió hasta el hueco que había entre los dos círculos de carromatos. Cuatro desconocidos estaban sentados junto a Leyikh, Ankari y Baluka, pero por su aspecto y su atuendo saltaba a la vista que también eran viajeros. Baluka presentó a Rielle a los visitantes, mientras Yikari iba en busca de tazas y Hari se unía a quienes estaban sirviendo las mesas. Aunque Rielle no logró descifrar gran parte de la conversación con los otros viajeros, captó que una de las mujeres visitantes decía algo acerca de un acontecimiento relacionado con los lomes que tendría lugar pronto.

En los últimos días, Rielle había notado que los viajeros lanzaban exclamaciones de frustración cuando se encontraban cerca de los lomes. Las bestias parecían remisas a obedecer las órdenes y, cuando no estaban tirando de los vehículos, les ataban las patas delanteras a las traseras para inmovilizarlas. No obstante, se las veía contentas, y demostraban su afecto mutuo dándose empujoncitos y restregándose las mejillas unas con otras. Baluka le había dicho que los ciclos estaban concebidos de manera

que coincidieran con los ciclos fértiles de los lomos hembras, y la inminencia de la época de apareamiento explicaría el comportamiento de los animales. De ser así, debían de estar cerca del mundo en el que los viajeros festejaban su Celebración una vez cada ciclo.

Sin embargo, ella no lo vería. Leyikh les pediría a los mercaderes del lugar que le recomendaran sitios donde ella pudiera encontrar un nuevo hogar, y quizá también un instructor.

Los visitantes se pusieron de pie y se marcharon. Baluka se alejó siguiendo a su padre a paso veloz antes de que Rielle pudiera hablarle de la visita del Raen. Miró a Ankari, pensando cómo comunicarle lo que había descubierto con el vocabulario limitado que había conseguido aprender hasta el momento.

La mujer le dedicó una sonrisa.

—Sabemos que el Raen ha estado aquí.

Rielle parpadeó, sorprendida, y se aseguró de que la barrera que protegía sus pensamientos aún estuviera allí. Entonces comprendió que era improbable que los viajeros no se hubieran enterado aún. Las noticias como esa debían de propagarse por el mercado como el fuego por una cosecha de grano en la estación seca, y sin duda los viajeros la habían leído en las mentes de quienes los rodeaban.

—¿Nos marcharemos? —preguntó.

Ankari negó con la cabeza.

—Han pasado muchos días. —Abrió una cesta que tenía junto a sí y sacó una blusa similar a la que llevaba Rielle. Se la extendió sobre el regazo, midió un tramo de hilo teñido y comenzó a añadir detalles al bordado de la parte inferior de la manga.

Rielle la observó trabajar, fascinada por los ágiles movimientos de sus manos y la velocidad con que empezó a aparecer un dibujo. Esto avivó su deseo de tejer, y no por primera vez desde que había abandonado Schpeta. Hizo inventario mental de los objetos elaborados por los viajeros para venderlos y se preguntó si los tapices atraerían compradores en lugares como ese. ¿Sería una manera de colaborar con los gastos de los viajeros sin insultarlos dando a entender que su hospitalidad tenía un precio?

Ankari alzó la vista y sonrió al ver que Rielle la miraba.

—Es precioso —dijo esta, alegrándose de conocer la palabra apropiada en este caso. También había aprendido el término equivalente en idioma schpetano.

La sonrisa de Ankari se ensanchó. Se extendió de nuevo la blusa sobre las rodillas y señaló varias puntadas mientras le daba una explicación, pero empleó demasiados vocablos desconocidos para que Rielle entendiera gran cosa.

Baluka regresó. Arqueó las cejas cuando Ankari le dijo algo, y le hizo señas a Rielle de que lo acompañara. Ella se puso de pie y lo siguió hasta la calle del mercado.

—Mi madre quiere que te ayude a encontrar material para que pintes o tejas. —Le expresó el significado de estas palabras con gestos, blandiendo primero un pincel y

luego una canilla invisibles.

Ella pestañeó, descolocada, y al punto sonrió. «Supongo que era evidente para cualquier otro artista que estaba ansiosa por crear algo». Sin embargo, comprar material para ella implicaría un gasto más para los viajeros.

—No, no me... —empezó a protestar Rielle, pero titubeó porque no se le ocurrían las palabras para ello—. No tendré tiempo.

Él se encogió de hombros.

—Estaremos aquí tres días —dijo—. ¿Te alcanzará ese tiempo para hacer algo?

Ella reflexionó. En tres días no podría crear un tapiz o una pintura grande, pero quizá sí algunos dibujos. El material no tenía por qué ser caro. Bastaría con un clarión y papel barato.

—Algo pequeño —dijo.

Él asintió.

—Si mi padre no encuentra un instructor para ti, viajarás un poco más con nosotros. ¿Eso te gustaría?

Ella sonrió.

—Sí.

La expresión de agrado de Baluka se desvaneció enseguida, y se quedó contemplando a Rielle, pensativo. La asaltó el temor de que él la hubiera interpretado mal, o de que ella hubiese usado una palabra errónea. Entonces recordó que, aunque creía que el Ángel no era el Raen y que, por tanto, la familia no corría peligro, ellos pensaban que asumían un riesgo al seguir acogiéndola.

—Rielle —dijo él, aminorando el paso hasta detenerse. Abrió la boca y la cerró de nuevo. Ella sintió una punzada de ternura. Le gustaba a Baluka; de eso estaba casi segura. Por eso mismo debía de resultarle aún más difícil decirle que representaba un peligro para su familia.

—¿Sí? —preguntó ella, intentando infundirle ánimos y consuelo con su tono de voz.

Él bajó la vista, la posó en ella y la apartó de nuevo. Por último, irguió la espalda y la miró a la cara.

—Podrías quedarte con nosotros, estar a salvo... y además aprender a viajar entre mundos. —Fijó la mirada primero en un ojo y luego en el otro—. Si tú y yo... —Hizo una pausa y trazó una línea invisible en torno a su muñeca derecha.

A Rielle se le cortó la respiración. Una raya en la muñeca derecha de un viajero indicaba que estaba casado.

—Nuestras leyes y nuestros acuerdos con... —Baluka no pronunció el nombre del Raen—. Él los infringiría si te matara.

Durante largo rato, ella fue consciente de que estaba boquiabierta y con la mirada fija en la muñeca de Baluka, pero no podía evitarlo. Ni pensar en algo que decir. De todas las cosas que esperaba de él, una propuesta de matrimonio no era ni mucho menos la más probable.

Se sintió halagada, lo que le produjo una ligera oleada de calidez. «¡Debo de gustarle mucho!». Y él le gustaba a ella. Era un buen hombre, y además atractivo.

«Pero ¿lo amo? —Intentó no fruncir el ceño mientras cavilaba—. No de la misma manera en que amaba a Izare». De eso estaba segura. Pero ¿acaso importaba? Para su familia no era relevante que el hombre con quien se casara la tratara bien, y menos aún que le gustara. Su tía le había asegurado que con el tiempo quizá llegaría a querer a su esposo.

¿Podría llegar a querer a Baluka? «Tal vez. Sí, creo que sí. No como quería a Izare, pero tal vez de una forma distinta. —Los viajes con él y su familia siempre despertaban en ella un gran interés y emoción, aunque suponía que estas emociones se atenuarían conforme la novedad cediera el paso a la familiaridad—. Aun así, nunca tuve esa opción en Fogo, donde los hijos varones se encargaban de todas las labores de importación y entrega».

Contraer matrimonio con Baluka implicaría casarse con su familia también. Ya no podría alejarse de ellos. Pero hasta el momento le parecían más amables y acogedores que sus propios familiares. Quizá esto cambiaría cuando ya no la trataran como a una invitada. Tal vez albergarían expectativas distintas respecto a la esposa de su futuro líder. Ella sabía también que él, en su calidad de hijo del líder y hechicero fuerte, debía encontrar una esposa digna de él, capaz de concebir hijos poderosos...

Se le heló la sangre.

—Pero, Baluka... No puedo tener...

—Si antes podías, volverás a poder —aseveró él con una convicción absoluta—. Entre los viajeros hay una sanadora capaz de reparar el daño que te hicieron.

—¿Y si no lo consigue?

—Lo conseguirá. Confía en mí. —Le tocó el antebrazo en un gesto íntimo que a la vez intentaba ser tranquilizador—. Podemos esperar a saberlo, si quieres. De todos modos, según la tradición viajera, no debes darme una respuesta todavía. Necesitamos el consentimiento de mi padre primero.

Rielle asintió. Él dio media vuelta y echó a andar de nuevo. Aún sorprendida, ella trató de pensar algo que decir, pero antes de que se le ocurriera, él señaló a un grupo de personas de una estatura fuera de lo común que pasaban junto a ellos con paso majestuoso.

—¡Oh! Son los aproyt. No suelen viajar fuera de su mundo, pues se mantienen leales al Raen y obedecen sus leyes a rajatabla. Solo los había visto una vez, cuando era niño. Viven en un mundo de mareas enormes y seres marinos insólitos.

Después de sentarse frente a Ankari, Rielle sacó el fajo de papel, enrolló una hoja en el sentido inverso para quitarle la curvatura, la extendió sobre la tabla que había encontrado y cogió unas barras de carboncillo, lo más parecido al clarión que había podido adquirir en el mercado.

Ankari alzó la vista cuando Rielle comenzó a dibujar y esbozó una breve sonrisa antes de continuar con su bordado. El carboncillo era más oscuro que el clarión que Rielle estaba acostumbrada a utilizar, pero dejaba una marca suave en el papel liso que resultaba tan atractiva como fácil de difuminar. Tras elegir la cesta de Ankari como motivo, empezó a experimentar, a intentar oscurecer una zona al máximo o crear líneas y borrones lo más tenues posible. Dejó a un lado su primer bosquejo, cogió otra hoja y se puso a dibujar un carromato.

Se adueñó de ella un estado de ánimo que le era familiar mientras alcanzaba el grado de concentración que requería el dibujo. Unas veces rayaba en la felicidad, y otras la llenaba de frustración y determinación. Tanto si el resultado era la satisfacción o el desencanto, era un estado mental maravilloso, y le producía un gran alivio dibujar de nuevo.

De pronto, Ankari se levantó y se alejó a toda prisa.

Sobresaltada, Rielle la observó marcharse, luego se encogió de hombros y reanudó su tarea. Los recuerdos de otras obras que había creado desfilaron por su memoria como si caminara a lo largo de una pared cubierta de cuadros. Los dibujos que hizo en las clases con su tía, teñidos de tristeza y arrepentimiento. Las pinturas en las que había colaborado con Izare, explorando las propiedades de la sustancia oleosa en cuyo uso él la había iniciado. Los tapices en los que había trabajado en el taller de Maese Grasch, sobre todo el último, el del Ángel.

Unos retoques más y dio por terminado el dibujo. Tras colocar la tabla vertical en una silla, examinó su obra. La distrajeron unos pasos que se acercaban. No era Ankari, como suponía, sino Baluka, cuyos ojos centellearon cuando ella lo recibió con una sonrisa.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó él, echando un vistazo a la silla de Ankari sobre la que no había más que su bordado.

—Se ha ido por allí. —Señaló Rielle.

Sin embargo, él no se volvió en la dirección que ella le indicaba. Sus ojos se habían posado en el dibujo.

—Está muy bien —comentó, y se acercó a la silla para estudiarlo con más detenimiento—. ¿Qué dibujarás después?

Ella paseó la mirada alrededor pero no vio nada que captara su interés.

—Me gustaría dibujar el mercado —dijo. Él le había advertido que no explorara el lugar sola. Los mercados siempre atraían a los ladrones, pero pocos se atreverían a robar a un viajero, pues la mayoría eran hechiceros.

Baluka asintió.

—Te acompaño.

Ella sonrió de nuevo.

—Gracias.

Después de dejar sus dos primeros dibujos dentro del carromato de Ankari y Leyikh, Rielle cogió unas hojas de papel más, la tabla y el carboncillo, y salió a la calle detrás de Baluka.

—¿Cómo vas a dibujar el mercado? —preguntó él—. Es demasiado grande.

Ella soltó una risita.

—El mercado entero no. —Buscó una palabra—. Partes.

—Ah —contestó él.

Dejó que Rielle lo guiara, y esta, tras examinar algunos puestos, encontró una escena que esperaba que durara lo suficiente para que ella la dibujara. Un escultor había instalado su taller no muy lejos de la tienda del herrero que habían visto el día anterior. Estaba trabajando en una estatua de tamaño natural, y ya empezaban a surgir del bloque de granito una cabeza y unos brazos.

—¿Puedes preguntarle si me da permiso para pintarlo?

Baluka se alejó a grandes zancadas. El hombre dirigió la mirada hacia Rielle, se encogió de hombros y movió la cabeza afirmativamente. Más tranquila por saber que su modelo no se ofendería, ella levantó la tabla y el papel y comenzó a trazar un bosquejo. Baluka regresó a su lado.

No había mencionado la proposición del día anterior, y ella estaba más ansiosa de lo que esperaba por saber si él había hablado con su padre. «¿Es solo porque quisiera tener alguna certeza sobre mi futuro? ¿Porque estoy harta de no saber qué será de mí? ¿O es que me emociona la idea de iniciar una relación con Baluka?». De pronto cobró una conciencia aguda de su proximidad y tuvo que contener el impulso de mirarlo. La noche anterior había pasado un buen rato observándolo a la favorecedora luz de las llamas mágicas que flotaban en el aire. Los músculos del pecho y los brazos resultaban agradables a la vista. No eran demasiado voluminosos, pero estaban bien tonificados por las tareas que realizaba a diario. Ella cayó en la cuenta de que se había acostumbrado a los rostros anchos de los viajeros, aunque al principio le habían parecido raros.

Le habían venido ganas de dibujarlo también, pero había decidido que eso sería más placentero después, quizá como una forma de superar el momento de timidez inicial cuando... «No, no pienses en eso ahora —se dijo—. Además, no sabes si le gustas de verdad o solo se ha ofrecido a casarse contigo para ayudarte». Estaba casi segura, pero...

—Rielle —dijo Baluka en voz baja y tensa.

Ella alzó la vista. El joven no la miraba, sino que tenía los ojos fijos a un lado.

—No te muevas. Hay un hombre... No, ya se va.

—¿Qué ha hecho?

Baluka arrugó el entrecejo.

—Se ha parado para mirarte.

El corazón de Rielle le dio un brinco en el pecho.

—¿Me conocía?

—No, pero... —Hizo una pausa para imitar una expresión de asombro y admiración.

Rielle echó un vistazo por encima del hombro. Tal vez al extraño le había llamado la atención algo que estaba detrás de ella. Baluka se volvió también y sacudió la cabeza.

—Se ha ido. —Se encogió de hombros, bajó la vista hacia el esbozo recién empezado y asintió—. Dibuja. Yo montaré guardia.

Ella miró de nuevo al escultor y se puso manos a la obra. Baluka escudriñó la multitud en busca del hombre que tanto se había sorprendido al verla. Cuando Rielle llevaba un rato trabajando, él se alejó, mirando hacia atrás cada pocos pasos para asegurarse de que nadie la molestara. Poco después, una mujer se detuvo y cambió de rumbo para acercarse a Rielle por detrás. Con el rabillo del ojo, esta vio que la mujer se ponía de puntillas para echar una ojeada por encima de su hombro. Después de murmurar un «ah», la señora siguió su camino con la curiosidad satisfecha. Baluka volvió junto a Rielle.

—Tenemos que irnos —le avisó.

—Quieren ver lo que hago —dijo Rielle, encogiéndose de hombros y sonriendo para demostrar que no había por qué preocuparse.

Él la rodeó con el brazo y tiró de ella hacia un lado.

—Unos sí, otros no.

—Pero si no he termi...

—Lo sé, lo sé. Pero no podemos quedarnos.

Algo irritada, ella dejó que Baluka la apartara de la zona. Un centenar de pasos más adelante, la hizo pasar entre dos puestos y enfilear otra calle, alejándose de la caseta de los viajeros. Se detuvieron junto a un montón de urnas moradas y fingieron examinar los diseños mientras Baluka comprobaba si alguien los seguía.

—Estamos a salvo —declaró, aunque con un ligero deje de duda en la voz.

Emprendieron el regreso despacio, haciendo varias paradas para admirar la mercancía y mirando hacia atrás una y otra vez. Cuando por fin llegaron al círculo de carromatos, él la hizo entrar rápidamente. Ankari volvía a estar sentada en su silla. Habló con Baluka tan deprisa que Rielle no entendió más de la mitad de las palabras.

Dejando a un lado sus utensilios, aguardó con impaciencia y los brazos cruzados a que le explicaran qué sucedía. Finalmente, Ankari reparó en su postura y sonrió.

—Te pido disculpas —dijo—. Siéntate y hablemos.

Rielle obedeció, mientras Baluka ocupaba la silla de al lado. Ankari abrió la boca, frunció el ceño y miró a su hijo.

—¿Puedes decírselo?

Él asintió.

—Lo intentaré. —Se volvió hacia Rielle, sonriente—. Eres una Creadora. Una persona que crea magia cuando... —Señaló sus dibujos y el bordado de Ankari.

Rielle se encogió de hombros.

—Ya lo sé.

Ankari agitó las manos en un gesto característico de los viajeros que significaba que no lo había entendido bien.

—No. Todo el mundo genera magia. —Le mostró el índice y el pulgar ligeramente separados entre sí—. Un Creador genera más magia. —Extendió los brazos en un gesto muy gráfico.

—La gente podría ver la magia que generas —terció Baluka.

—Ah —dijo Rielle, comprendiendo por qué él estaba preocupado. Ella había estado llamando la atención—. Pero... ¿por qué? ¿Dibujar es distinto?

Baluka negó con la cabeza.

—No. Es por ti. Eres una Creadora poderosa.

Ankari emitió un murmullo, asintiendo aunque con expresión ausente.

—Magia no —dijo, y se volvió hacia Baluka—. Ella no aprendió a usar la magia. Un hechicero fuerte dedica su tiempo a aprender magia, no a crearla.

Baluka movió la cabeza afirmativamente.

—Cierto. —Posó la vista en Rielle—. Muchos creen que los hechiceros poderosos no pueden ser Creadores.

—Tal vez por eso el Raen no puso a prueba su fuerza antes de sacarla de su mundo —aventuró Ankari—. Como Creadora, no debía de representar peligro alguno para él.

Rielle abrió la boca para recordarles que quien la había sacado de su mundo era el Ángel, no el Raen, pero en el fondo sabía que sería imposible convencerlos. Cuando la cerró de nuevo, Ankari arrugó el entrecejo y lanzó una mirada significativa a Baluka. Él la miró a su vez con un pequeño gesto de impotencia.

«Deben de pensar que aún creo que el Raen es un Ángel —comprendió ella—. ¿Cómo explicarles que no es así?».

—Es posible que Leyikh haya encontrado un instructor para ti —señaló Ankari—, si quieres dejarnos. O puedes quedarte con nosotros. No hace falta que lo decidas ahora mismo.

Rielle asintió y se le alegró el corazón. Si no tomaba una decisión antes, tal vez podría presenciar la Celebración. Entonces se percató de que Ankari estaba dándole a entender algo más: que Leyikh y ella consentirían que Baluka se casara con ella. Estaban dispuestos a aceptarla como hija. Se sorprendió a sí misma sonriéndole a

Ankari de oreja a oreja.

—Gracias —murmuró, lamentando no dominar más el idioma para expresar mejor su gratitud.

La mujer correspondió a su sonrisa, cogió de nuevo los pantalones que estaba bordando y continuó con su trabajo.

—No deberías crear mientras estés aquí —dijo, dirigiendo la vista hacia los dibujos—, ni donde haya mucha gente. Pero mañana nos marcharemos y podrás dibujar.

Rielle contempló el bosquejo del escultor sin terminar y suspiró. Se puso de pie, cogió el dibujo y subió al carromato para guardarlo con los otros. Para su sorpresa, Baluka la siguió. Cuando ella cerró la puerta y apareció una llama para iluminar el interior, tuvo que disimular una sonrisa ante lo evidente que era su intención de pillarla a solas.

Baluka la evaluó con la mirada mientras ella esperaba llena de curiosidad a ver qué hacía a continuación. El joven se llevó la mano debajo de la saya y extrajo un hilo trenzado.

—Lo ha hecho mi madre —dijo. Lo sujetó por las puntas y lo tendió hacia ella. Cuando ella hizo ademán de cogerlo, él sacudió la cabeza—. Tu mano —indicó.

Ella extendió la mano con la palma hacia arriba, pero Baluka, en vez de dejar caer la pulsera trenzada sobre ella, se la puso en torno a la muñeca. Le temblaban las manos mientras la ataba, así que Rielle desvió la vista, fingiendo no darse cuenta. «A lo mejor sí que le gusto —pensó. Una tenue llama de culpa ardió en su interior por unos instantes—. ¿Y si me ama como yo amaba a Izare, y no puedo corresponder a esa pasión?». Antes de que intentara encontrar una respuesta, él habló.

—Es mi segunda petición —dijo en voz baja—. Si en algún momento decides que no quieres, te la quitas. La tercera vez que te lo pida, deberás atarme una de estas a la muñeca como una forma de decir «sí». El día que nos casemos, las cambiaremos por una raya en la muñeca.

Él alzó la mirada hacia su rostro. Ella sonrió, no muy segura de si él debía añadir algo o no. Pero Baluka se limitó a devolverle la sonrisa y se apartó. Salió en silencio por la puerta, dejándola sola en la claridad mortecina que entraba por las ventanas.

Jugueteando con la pulsera, ella examinó sus sentimientos de vanidad, entusiasmo e ilusión. Los viajeros querían que se quedara con ellos. Podía volver a tener una familia, y más agradable que la primera. Aunque aún esperaban de sus hijos que les pidieran su aprobación antes de casarse con alguien, la diferencia residía en que estaban dispuestos a dejarles cierto margen de elección. Baluka podía desposarse con una forastera sin dote ni posición social siempre y cuando el matrimonio se uniera a la familia.

Al captar un movimiento en el pequeño espejo sujeto a la pared junto a la cama de Ankari y Leyikh, se volvió para encontrarse con el reflejo de su rostro. «Si acepto, me convertiré en viajera. Visitaré muchos muchos mundos. Crearé cosas para que la

familia las venda en mercados como el de aquí. Tendré hijos, si Baluka tiene razón sobre las habilidades de la sanadora viajera. Aunque no lo amo como amaba a Izare, estoy segura de que llegaré a amarlo».

Algo vibró en el extremo de sus sentidos. Al mismo tiempo, una sombra se movió al fondo del espejo. Rielle parpadeó y dio un paso al frente. Las sombras cobraron una forma que su mente reconoció.

Una cara. Ella entornó los ojos y se le cortó la respiración al identificarla. Giró sobre los talones.

Nada. Nadie en la habitación aparte de ella. La pared que tenía detrás era lisa y no presentaba adornos ni marcas que hubieran podido confundirse con un rostro en el espejo.

Se llevó la mano al pecho, intentando forzar a su corazón a recuperar su ritmo normal. «Me lo he imaginado. —Pero no lograba convencerse del todo—. ¿Y si era él de verdad? ¿O el otro? ¿El Ángel o el Raen?».

El Raen ni siquiera sabía que ella existía. Tenía que tratarse del Ángel.

«Entonces ¿por qué ha aparecido detrás de mí? ¿Por qué se ha desvanecido enseguida? ¿Y por qué ahora, justo cuando me planteaba la posibilidad de iniciar una nueva vida?».

Él se había ofrecido a llevarla a su mundo, pero, para bien o para mal, Inekera lo había impedido. ¿Se había enterado por fin Valhan de que seguía viva y la había localizado? En caso afirmativo, ¿por qué se había marchado de nuevo?

Tal vez le había leído el pensamiento y había llegado a la conclusión de que había elegido un futuro diferente. Rielle notó un cosquilleo en la piel. «Si regresara ahora y me reiterara su oferta de llevarme a su reino, ¿la aceptaría?». Eso supondría un desaire cruel para Baluka, y la familia creería que ella se había unido al Raen..., si alcanzaba a ver al que se la llevaba.

Se volvió otra vez hacia el espejo, y, al contemplar su reflejo y el de la pared desnuda y sin rostro, se percató de que no era capaz de decidir qué prefería, si la calidez de una vida familiar auténtica o la gloria de servir al Ángel. Dos anhelos de igual intensidad la empujaban en direcciones distintas. «Mi corazón se inclina por la primera opción, mi alma por la segunda». ¿Y su mente?

Su mente razonaba que seguramente la cara del espejo era producto de su imaginación. Y aunque hubiera sido de verdad..., lo cierto es que él no le había hecho su oferta de nuevo, de modo que sus únicas opciones reales eran encontrar a alguien que le enseñara a viajar entre mundos para que ella pudiera volver a su lugar de origen, partir de cero en un mundo nuevo o casarse con Baluka y quedarse con los viajeros.

Se había habituado a la idea de no volver a ver jamás el hogar donde se había criado. La perspectiva de empezar de nuevo le resultaba agotadora. Los viajeros creían que no estaría verdaderamente a salvo mientras no regresara a su mundo. Por tanto, su mejor opción era quedarse con ellos.

Los viajeros querían tenerla a su lado. Ella los apreciaba, y le gustaba su estilo de vida. Le gustaba Baluka...

La decisión parecía evidente, y sin embargo ella se debatía en la duda. No debía precipitarse al tomar una resolución que determinaría el resto de su vida. Necesitaba tiempo para sopesar las ventajas y los inconvenientes. «Pero ¿de cuánto tiempo dispongo? ¿Hasta que nos marchemos del mercado? ¿Hasta que la sanadora de los viajeros intente devolverme la fertilidad? —Bajó la vista hacia la pulsera—. Supongo que tengo que confeccionar una igual para atársela a Baluka en la muñeca si acepto su proposición, así que, como mínimo, cuento con ese tiempo».

Cuanto más se acercaba el día de la Celebración, más entusiasmo mostraban los viajeros. Los adultos lo expresaban de manera sutil, apresurándose a ultimar los preparativos. Los niños oscilaban entre la impaciencia y la expectación. Ahora que se hallaban a solo un mundo de distancia del lugar del encuentro, nadie disimulaba la emoción.

Yikari apareció en la puerta del carromato de su familia entre silbidos de admiración. Lucía una blusa de un color naranja rojizo que ofrecía un hermoso contraste con su tez morena y tenía motivos bordados en azul claro. El pantalón que llevaba debajo presentaba la misma combinación de colores, pero invertida. Su cabellera negra estaba recogida en una elaborada trenza que le colgaba por encima del hombro hasta la cintura. A la joven le temblaban los labios mientras mantenía una expresión altiva y digna. Dio un paso en el vacío desde el carromato y descendió flotando hasta el suelo. Líneas de Mancha se extendieron a partir de donde ella se encontraba cuando había absorbido magia, pero no tardaron en esfumarse.

En todos los mundos que los viajeros habían visitado había sucedido lo mismo, reflexionó Rielle. En algunos, la oscuridad que ocupaba el lugar de la magia desaparecía tan deprisa que ella apenas alcanzaba a percibirla, incluso cuando estaba muy atenta. A pesar de todo, los viajeros consideraban ese mundo uno de los más débiles de su ciclo y la habían animado a acumular energía lo más a menudo posible para reponer la que ellos gastaban.

—¿Estás lista? —preguntó Ankari.

Al volverse, Rielle vio que la mujer la examinaba con ojo crítico.

—Pues... ¿lo estoy?

La tela de la blusa y el pantalón de Rielle era de un rojo intenso. El bordado de hilo dorado que cubría todo el corpiño le confería casi la rigidez del cuero. Era uno de los conjuntos que Ankari conservaba de cuando era más joven. Había alargado las perneras cosiéndoles unos bajos con hilo de oro.

Cuando se oyeron más silbidos lisonjeros a través de las paredes del vehículo, Rielle echó otro vistazo por la ventana. Hari se había colocado en el mismo sitio que antes ocupaba Yikari, vestida con una larga blusa verde cortada al bies que casi rozaba el suelo. Más ajustado por la parte de arriba, el canesú llevaba cosida una infinidad de diminutas cuentas negras. El cabello le caía como en cintas a partir de un nudo hecho detrás de la cabeza. Ella también bajó al suelo flotando.

—Tú eres la siguiente, por orden de edad —dijo Ankari empujando a Rielle hacia la puerta.

—Pero no puedo... —empezó a protestar Rielle.

—Pues lo haré yo por ti.

La mujer abrió la puerta y la situó a la vista de todos conduciéndola con una mano firme en medio de la espalda. Cuando la multitud rompió a silbar, Rielle empezó a ponerse colorada. Volvió la vista hacia Ankari, que le hizo señas impacientes de que bajara. Tras respirar hondo, Rielle dio un paso en el aire al lado del carromato, como si hubiera una plataforma invisible esperándola.

La había. Su zapato topó con una superficie sólida. Trastabillando un poco, adelantó el otro pie para colocarlo junto al primero, y se bamboleó ligeramente cuando empezó a descender. Cuando sus pies se posaron en el suelo pedregoso, exhaló un suspiro de alivio y echó a andar a toda prisa.

Baluka salió a su encuentro de entre el gentío, sonriente.

—Estás preciosa —le aseguró, recorriendo su indumentaria con la mirada.

—Gracias. —Ella bajó la vista—. Pero esta noche pasaré mucha hambre.

Él frunció el entrecejo.

—¿Por qué? ¿Te encuentras mal?

Ella sacudió la cabeza.

—Si como algo, seguro que me ensuciaré la ropa.

Baluka soltó una carcajada.

—De eso, nada. —Le tendió la mano. Ella la tomó y se dejó guiar hacia la muchedumbre, que había comenzado a silbarle a la siguiente mujer en salir de un carromato.

—¿Y cuándo podremos las mujeres... —silbó— a los hombres?

Leyikh, que estaba cerca, la miró de reojo y soltó una risita. Baluka sonrió al fijarse en las expresiones burlonas de los otros hombres.

—Siempre que queráis —respondió, lo que provocó la hilaridad general.

—¿Ahora mismo? —sugirió ella.

—Esta noche se presentará una buena oportunidad para ello —prometió él y, mientras los hombres prorrumpían de nuevo en carcajadas, añadió—: Cuando empiece el baile.

Mientras la mujer de más edad, ataviada con una elegante blusa de color morado intenso que realzaba el tono plateado de su hermosa y larga cabellera, se unía a la familia, la voz de Leyikh se elevó por encima de la algarabía.

—Ha llegado el momento de completar el ciclo —anunció—. Ocupad vuestros puestos.

Como en todos los viajes anteriores entre mundos, Rielle se situó entre Ankari y Baluka. Cada uno se sujetó a su vecino y a uno de los carromatos que formaban los círculos. Después de que Leyikh se asegurase de que no faltara nadie, los viajeros entonaron su cántico. Como Baluka ya no le abría su mente, Rielle no había llegado a entender muchos versos, pero, cuantas más palabras aprendía, más detalles asimilaba.

Esta vez, sin embargo, las frases que identificó no se referían a paisajes o climas,

sino a la gente. Reconoció las palabras «matrimonio», «nacimiento», «danza», «banquete» y «familia», todas unidas a conceptos relacionados con la abundancia, como «muchos», «grande» y «millar». Esta última, si la traducción de Rielle era correcta, se aplicaba al número de ciclos y de viajeros.

Por último, el suelo de piedra bajo sus pies y el cielo azul violáceo sobre sus cabezas empezaron a desvanecerse. Se había familiarizado ya con la sensación de viajar entre mundos. Baluka no había vuelto a enseñarle la técnica —ni siquiera los usos básicos de la magia—, lo que ante todo representaba un alivio para Rielle, aunque también la decepcionaba un poco.

Tenía que reconocer que ya no sabía qué opinar de la magia. Usarla en su mundo equivalía a robar a los Ángeles, pero allí era muy escasa. Había caído en la cuenta de que si Valhan se había apoderado de toda la magia de su mundo para abandonarlo, ningún Ángel podría entrar en él para remediar una injusticia, como había hecho Valhan en el templo de la Montaña, sin quedarse atrapado. Tal vez por eso habían prohibido su uso. Y tal vez por eso estaba permitido en otros lugares.

Gran parte de lo que los sacerdotes creían saber sobre los Ángeles era erróneo. Ni siquiera conocían el nombre de Valhan. Curiosamente, eso hacía que le resultara más fácil aceptar que fuera de su mundo nadie estuviera al corriente de la existencia de los Ángeles ni creyera que el uso de la magia estaba prohibido. Todos estaban equivocados respecto a los Ángeles, y ¿quién podía determinar cuál de las equivocaciones era más inaceptable?

Quizá los Ángeles se conformaban con ser conocidos solo en los mundos pobres en magia, siempre y cuando dispusieran de la energía suficiente para trabajar. A lo mejor les parecía bien que los humanos utilizaran la magia cuando la había de sobra.

Rielle recordó lo que Sa-Mica le había dicho el día que habían zarpado hacia Schpeta: «Según Valhan, la magia no será siempre tan escasa en este mundo. Un día, dentro de muchas generaciones, los mortales volverán a tener la libertad de usarla».

Algún día, su mundo se parecería más a aquellos por los que había viajado. Sin embargo, no gozarían de tanta libertad para emplearla como Valhan había asegurado. El Raen había prohibido la enseñanza de la magia y los viajes entre mundos. ¿Estaba, por tanto, restringiendo las libertades que los Ángeles habían concedido?

Mataba a los hechiceros poderosos. A excepción, claro está, de los aliados a los que los viajeros aludían. Y de los propios viajeros.

Si los Ángeles actuaban con discreción para ayudar a la humanidad, ¿por qué no habían hecho algo respecto al Raen? ¿Estaban de acuerdo con sus leyes? ¿Eran incapaces de impedir los asesinatos que cometía? «¿Y si él aprendió a adoptar la apariencia de un Ángel para engañar a la gente? —Habría contenido el aliento si hubiera sido consciente de que respiraba—. ¡Eso explicaría tantas cosas...!».

Una atmósfera cálida la envolvió, y sus pulmones se hincharon para llenarse de aire fresco. Los rodeaban suaves colinas cubiertas de hierba en las que pacían numerosos lomes. Los carromatos estaban arracimados en las cimas. En el centro,

una loma extensa y achatada, una pequeña meseta que parecía haber sido allanada por los humanos, estaba libre de vehículos. Había varios cobertizos de colores contruidos sobre ella para resguardar a quienes se reunieran allí del viento, que azotaba y enmarañaba las ristras de banderines atadas a los aleros.

—En marcha —bramó Leyikh.

Baluka le dio un apretón en la mano a Rielle, que bajó la mirada y descubrió, sorprendida pero no molesta, que él aún no la había soltado.

—Tenemos que despejar la zona de llegada cuanto antes para dejarles sitio a las familias que están por venir —le explicó él.

Ella asintió y lo siguió hasta el carromato de Leyikh. Ankari ya estaba conduciendo a los lomes hasta un sendero que discurría por la cresta hacia la colina central. Para sorpresa de Rielle, la mayoría de los viajeros que no estaban ocupados conduciendo los carromatos caminaban junto a ellos en vez de viajar en su interior, como solían. Baluka y ella alcanzaron a Ankari.

—No te acerques a los lomes —le aconsejó él—. Ya habrán olido a los otros. —Hizo un gesto de olfatear y señaló a los animales que pastaban. Algunos habían dejado de comer para mirar a los recién llegados—. Ahora querrán unirse a ellos. —Dio unas palmaditas en el cuello al lome más cercano—. Pronto —aseguró. La bestia echó las orejas hacia atrás.

—¿Cómo distinguiréis a los vuestros de los otros? —preguntó ella.

Baluka levantó la oreja del lome y apuntó con el dedo a una marca circular en el interior, demasiado perfecta para ser natural, y similar a la que los viajeros llevaban en la muñeca. Ella asintió. Cada familia debía de tener su propio distintivo.

Antes de llegar a la meseta, Leyikh desvió el carromato por un sinuoso camino lateral. Avanzaron entre varias colinas ocupadas hasta una desierta y formaron un círculo en la cima. En cuanto todos los vehículos se detuvieron, los miembros del clan procedieron a quitarles los arreos a los lomes, sincronizando el momento de soltar las últimas correas de modo que todas las bestias quedaran libres al mismo tiempo. Los animales, normalmente de andar lento, se alejaron a una velocidad insólita en dirección al grupo de lomes más próximo, que había vuelto la cabeza para observar a sus congéneres venidos de lejos.

Rielle dio un respingo cuando unos brazos se entrelazaron con los suyos. Yikari y Hari, con una amplia sonrisa, la guiaron hacia el sendero que llevaba a la meseta.

—Queremos que todos te conozcan —explicó Yikari.

—Y que tú los conozcas a todos —agregó Hari con una risita—. Incluido el chico que le gusta a Yiki.

—¡Ahora no! —protestó Yikari, pero lo único que consiguió fue arrancar una risotada a Hari.

Rielle escudriñó el rostro de la más joven.

—¿Cuándo lo viste... por última vez?

—En la Celebración anterior —respondió Hari.

Yikari suspiró.

—Hace mucho tiempo. Puede que le guste otra chica. A lo mejor incluso se ha casado.

Hari se encogió de hombros.

—O tal vez te ha esperado, como mi Lukaya a mí.

—Tal vez, pero también es posible que ya no me guste —señaló Yikari, y su amiga mostró su conformidad con una risita irónica.

Continuaron charlando mientras andaban. Rielle notó que el brazo con que Yikari sujetaba el suyo estaba un poco tenso, aunque ella caminaba con aplomo. Conforme se acercaban a la cima de la meseta, un paisaje de colinas parecidas que se extendían en todas direcciones se abrió ante ellas. El cielo era de un azul pálido surcado de vetas blancas, nubes alargadas por el viento que pasaban frente a un par de soles pequeños que parecían unidos por franjas refulgentes. Las lomas, de un verde pastel amarillento y un azul verdoso, estaban recubiertas de una gran variedad de plantas de hojas carnosas. Unas y otras contrastaban con el intenso colorido de los toldos y carromatos de los viajeros.

Las acompañantes de Rielle se dirigieron hacia uno de los toldos, bajo el que una familia holgazaneaba sobre gruesos colchones tapados con mantas que seguramente habían sacado de sus vehículos, pues era poco probable que unos viajeros tuvieran espacio suficiente para transportar jergones de más. Algunas mujeres y unos pocos hombres bordaban prendas de colores vivos. Después de las presentaciones, empezaron a hablar demasiado deprisa para que Rielle pudiera seguir el hilo de la conversación. Hari se inclinó hacia ella para aclarárselo y señaló a una joven delgada.

—Sadir se casa mañana por la noche. Será un matrimonio concertado.

—¿Eso qué es?

—Lo han arreglado sus padres. —Al ver que Rielle arrugaba el entrecejo, Hari le dio unas palmaditas tranquilizadoras en el brazo—. La pareja quiere casarse. Coincidieron en tres Celebraciones antes de decir que sí.

Acordándose de las tres etapas de la proposición de Baluka, Rielle se fijó en las muñecas de Sadir. En efecto, llevaba una pulsera trenzada alrededor. Una pulsera desgastada y muchas veces remendada.

—Les decimos «buena fortuna» a quienes van a casarse —explicó Hari y, mirando a la joven, añadió en voz más alta—: Os deseo buena fortuna.

Rielle repitió la frase. Sadir inclinó la cabeza con timidez y sonrió. «Es más joven que yo cuando conocí a Izare —pensó Rielle—. ¿Cómo puede conocer de verdad al hombre elegido por sus padres si solo ha pasado un puñado de días con él cada ciclo, a lo largo de tres ciclos?». Por otro lado, aunque Rielle no había estado muchos más días con los viajeros, ella estaba planteándose casarse con Baluka. Acariciando su propia pulsera, volvió la vista hacia los carromatos.

Yikari nombró a Baluka, y cuando Rielle posó los ojos en ella, se percató de que se había convertido en el blanco de todas las miradas. Percibió curiosidad y sorpresa

en ellas, y vio algunas expresiones ceñudas que desaparecieron enseguida. Intuyendo el porqué, se dirigió a sus acompañantes.

—¿Les habéis dicho...? —La sonrisa que obtuvo por respuesta confirmó sus sospechas—. Aún no he dicho que sí —repuso. A algunos viajeros se les escapó una risita.

—¿Tienes ya una pulsera que regalarle? —preguntó una mujer que estaba cerca de ella.

Rielle torció el gesto al recordar que aún no la había hecho. Se había propuesto pedirle a Hari o Yikari el material. No se trataba de un hilo retorcido común y corriente, sino de algún tipo de cordón trenzado, así que necesitaba que alguien la guiara paso a paso.

—Siéntate. —La mujer mayor dio unos golpecitos en el colchón, a su lado—. Yo te enseñaré.

Hari asintió.

—Ve con ella. Se llama Marta.

Tras acomodarse junto a la mujer, Rielle la observó sacar un disco con muescas del fondo de su cesta de material de bordado. Marta cortó varias hebras de los hilos de colores que los viajeros utilizaban para embellecer su ropa, las ató entre sí, pasó el nudo por un agujero en el centro del disco y sujetó un peso. Después de mostrarle a Rielle cómo había que desplazar los hilos de una muesca a otra para entretejerlos, le entregó el disco.

Aunque siguió las instrucciones de la mujer al pie de la letra, la trenza de Rielle quedó suelta e irregular al principio, pero con la práctica no tardó en aprender con cuánta fuerza debía retorcer los hilos, y cuando terminó la trenza, Marta asintió en señal de aprobación. Esta retiró la pulsera del disco, cortó la parte desmadejada del principio e hizo un nudo en las puntas. Se la puso en torno a la muñeca para demostrarle que aún era lo bastante larga para atarla.

«Seguramente ha cortado los hilos un poco más largos de lo necesario porque ya se imaginaba que me haría un lío en un primer momento —supuso Rielle. Al comparar la pulsera de Sadir con la suya propia, advirtió que la de la joven tenía mayor grosor y un trenzado más elaborado—. He hecho la versión para principiantes. Bueno, es lo que soy. Una viajera principiante».

Aunque no del todo. Ya había empezado a aprender el idioma y a familiarizarse con sus costumbres. Al principio había sido complicado para ella, y aún lo era a veces, pero poco a poco le resultaba más fácil. La idea de empezar de cero en otro lugar, ya fuera en su mundo de origen o en otro, se le antojaba un desafío demasiado grande para afrontarlo de nuevo. Dudaba que tuviera tanta suerte como para encontrar personas igual de agradables que la familia de Baluka con las que convivir. Al echar un vistazo alrededor, advirtió que Ankari se había unido al grupo mientras ella trenzaba la pulsera. La mujer le sonrió. Cuando sus ojos se posaron en la pulsera, un atisbo de complicidad y vanidad asomó a su sonrisa, o quizá solo se lo pareció a

Rielle.

—¡Ha llegado la familia de Yaikha! —exclamó Hari, alzándose sobre las rodillas para mirar por encima de las cabezas de las demás. Ankari se levantó de un salto y se alejó a paso veloz, seguida por Hari.

Cuando Yikari se puso de pie, Rielle la imitó. La joven le hizo señas de que la acompañara y ambas salieron de debajo del toldo en dirección al límite de la meseta. Ankari y Hari se habían detenido allí para observar otra hilera de carromatos que avanzaba pesadamente por el sendero desde el lugar de llegada.

—Inyiki, la hermana de Baluka, se casó con Hakhel, hijo de Yaikha, hace tres ciclos —explicó Yikari—. Ya tiene dos hijos, ambos varones.

—¿Las mujeres siempre abandonan la familia para irse con sus maridos? —preguntó Rielle.

Yikari hizo un gesto afirmativo.

—A menos que un líder solo tenga hijas y no tenga sobrinos. —Aflojó el paso conforme se aproximaban a Ankari y Hari, y se volvió hacia Rielle—. Uouma, la esposa de Yaikha, también era forastera. Deberías hablar con ella.

El carromato que avanzaba en cabeza descendió hasta perderse de vista, pero cuando Rielle alcanzó el borde de la meseta, lo divisó de nuevo, recorriendo un camino que conducía a lo alto de una colina desierta. Dos mujeres se habían alejado de los vehículos y caminaban hacia Hari y Rielle. La más joven debía de ser una viajera, a juzgar por la estatura y la tez, mientras que la mayor tenía la piel más oscura que Rielle hubiera visto nunca. Ambas llevaban niños pequeños en brazos, uno de ellos un bebé.

Sin aliento tras subir la empinada cuesta, las mujeres saludaron con voz jadeante e intercambiaron abrazos afectuosos. Al mirar de cerca a la hermana de Baluka, Rielle reconoció la forma de los ojos y la nariz. Aunque no había reparado en ello hasta ese momento, Ankari tenía una cara que parecía siempre alegre, y lo mismo le ocurría a su hija. «Ojos vivarachos —pensó—. Y hoyuelos incluso cuando no sonríen». De pronto, le vinieron ganas de dibujarlas y compararlas.

Ankari no mencionó la proposición de Baluka cuando presentó a Rielle.

—En cuanto a su historia..., Baluka la encontró, así que es él quien debería contárosla.

Inyiki arqueó las cejas.

—¿Dónde está?

—Con los líderes. Ve a salvarlo.

Con una risita, la joven se encaminó hacia otro toldo. Ankari tomó a Uouma del brazo y ambas echaron a andar, seguidas por Hari, Yikari y Rielle. Al mirar al frente, esta advirtió que su destino parecía ser un tercer toldo, situado cerca del centro de la meseta, bajo el que estaban reunidos muchos niños.

—¿Cómo está Ulma?

Uouma alzó los hombros y respondió en un murmullo y con un acento que a

Rielle le resultó difícil de descifrar. Las dos mujeres mayores conversaban en voz baja mientras atravesaban la meseta con paso tranquilo. Cuando llegaron al toldo, Ankari se detuvo y Uouma siguió adelante, saludando a los hombres y mujeres del interior.

Ankari se volvió hacia Rielle.

—Ven conmigo —le indicó. Mirando a las otras dos mujeres, les hizo una ligera seña para que se quedaran donde estaban, y guio a Rielle de vuelta por donde habían venido.

Observando a la madre de Baluka de reojo, Rielle se preguntó si eso significaba que quería mantener una charla en privado con ella. La mujer había asumido una expresión seria.

—Baluka te ha hablado de una viajera que posee el don de... remediar los males de la gente —empezó a decir—. Vive con la familia de Yaikha. Se llama Ulma. Puede ayudarte, si quieres.

Rielle crispó el rostro. Ankari solo podía estar refiriéndose al daño que le había hecho la corruptora. La sensación de calor que le produjo la vergüenza cedió rápidamente el paso a un escalofrío de horror. La magia que le había arrebatado la fertilidad le había dolido. ¿Sería igual de dolorosa la sanación?

—¿Cómo? —inquirió, y al instante se reprochó en su fuero interno el haber planteado una pregunta tan absurda. Los detalles sobre el método de curación no tenían importancia.

—Solo Ulma lo sabe —respondió Ankari con firmeza—. Antes debe examinarte.

Rielle asintió y bajó la vista. Ankari se detuvo y extendió el brazo para tocarla con una mirada llena de compasión.

—Sé que tienes miedo. ¿Quieres verla?

«Si es capaz de sanarme, ¿por qué no habría de permitírsele?», se preguntó Rielle. Movi6 la cabeza afirmativamente.

—¿Cuál es el precio?

Ankari arrugó las comisuras de los ojos, divertida.

—No hay precio. —Reanudó la marcha y señaló la cima de una colina ocupada por carromatos—. ¿Se lo preguntamos a Ulma ahora?

Procurando hacer caso omiso del frío que le erizaba el vello, Rielle asintió de nuevo.

—Si ella está a punto...

—Lo estará —le aseguró Ankari.

Recorrieron el resto del camino hasta los carromatos de Yaikha sin hablar. Ankari iba tarareando una melodía que Rielle reconoció por habérsela oído silbar o cantar a otros viajeros. Siguieron una ruta menos directa para evitar el abrupto descenso hasta el sendero, de modo que, cuando alcanzaron los vehículos, el primer sol besaba el horizonte y el crepúsculo comenzaba a agrisar los colores de aquel pálido mundo.

Un pavor nauseabundo se alternaba con la impaciencia mientras Ankari

intercambiaba saludos con otros viajeros y les presentaba a Rielle. Todos hablaban con un acento marcado como el de Uouma, por lo que Rielle se limitaba a asentir y sonreír mientras repetía las fórmulas de cortesía habituales y notaba que ellos vacilaban un poco al descifrar las palabras que ella pronunciaba a su manera.

Finalmente, oyó que Ankari preguntaba por Ulma. Todos los ojos se volvieron hacia una mujer de larga cabellera cana que los miraba desde el estribo de un carromato. Sus arrugas se hicieron más profundas cuando esbozó una sonrisa y le indicó a Rielle que se acercara.

El resto de la familia reanudó sus actividades, fueran las que fuesen. Ankari acompañó a Rielle hasta donde se encontraba la anciana.

—Oliti —dijo—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió la mujer con expresión irónica.

—Rielle desea ver a Ulma —añadió Ankari—. ¿Está ella...?

—Pasad —dijo una voz aguda desde el interior del carromato, y añadió un torrente de palabras que concluyó con una risotada.

La anciana se levantó con rigidez y desapareció al cruzar la puerta. Ankari subió delante de Rielle los escalones hasta el luminoso interior. El resplandor de una llama flotante se reflejaba en miles de frascos y tarros de vidrio, cerámica y metal, entre otros materiales sobre cuya naturaleza Rielle apenas acertaba a imaginar. Se percibía una mezcla de olores a vegetación seca procedente de los manojos de hojas y ramitas colgados de las paredes y el techo. Entre estos había varias muñecas de un realismo exquisito que representaban a mujeres jóvenes. Todas tenían un color distinto de cabello, piel y ojos, pero las mismas caras, que claramente estaban hechas con el mismo molde.

Una muchacha estaba sentada con las piernas cruzadas sobre una cama sin hacer. Parecía apenas mayor que Rielle cuando había conocido a Izare. Sin embargo, la expectación solícita con que la miraba la anciana, como una sirvienta lista para satisfacer su siguiente capricho, denotaba un respeto que eclipsaba su juventud.

—Ankari —dijo Ulma—. Tienes buen aspecto.

—Ulma —saludó Ankari con afecto y deferencia—. Te presento a Rielle.

La chica sonrió ante la extrañeza de Rielle.

—Tú no eres una viajera.

Rielle sacudió la cabeza.

—Siéntate. —Ulma dio unas palmaditas en el colchón—. Bebe oali conmigo.

Mientras Ankari y Rielle se acomodaban en la cama, la anciana sacó unas tazas de cerámica desportilladas, las llenó de un agua que de inmediato empezó a desprender vapor, y añadió un polvo rojo oscuro. Aunque la bebida tenía un agradable sabor a especias, Ankari hizo una mueca después del primer trago y dejó su taza a un lado.

—¿Quién necesita mi ayuda? —Ulma desplazó la vista de Ankari a Rielle, escrutándoles el rostro—. No parecéis enfermas.

—A Rielle le hicieron daño muchos ciclos atrás —explicó Ankari—. No puede quedarse embarazada. No sabe cómo le hicieron eso.

La joven fijó los ojos en el vientre de Rielle. Se le acercó arrastrando las rodillas.

—Enséñamelo.

Consciente de las miradas de las otras mujeres, Rielle dejó a un lado sus reticencias y se levantó la blusa por delante. Ulma, sin esperar a que se desabrochara la cinturilla del pantalón, deslizó una mano cálida por debajo hasta el vientre de Rielle. Era un movimiento tan parecido al que había realizado la corruptora que Rielle se estremeció.

—No temas —dijo Ulma, alzando la vista, sonriente—. No te haré daño. —Cerró los ojos—. Veo cicatrices. Veo lo que te hicieron —murmuró después de una pausa—. El camino está despejado. Sigo explorando... —Fruunció el ceño y sacudió la cabeza—. No. No hay más cicatrices. —Abrió los párpados y retiró la mano—. Estás curada. Puedes...

Ankari hizo un gesto afirmativo, enarcando las cejas. Ulma desplegó una sonrisa radiante mientras palmeaba a Rielle en el hombro.

—Puedes concebir hijos. Los hechiceros fuertes se recuperan de lesiones graves. ¿Te gusta el oali?

Demasiado sorprendida para asimilar el cambio de tema, Rielle se quedó sin habla. «¿He sanado de forma natural? ¿O me curé a mí misma ese día, junto al montón de basura, hace tantos años? ¿He sido fértil durante todo este tiempo? —El alivio dio paso a una ansiedad inesperada. La perspectiva de alumbrar y criar hijos se cernía de pronto sobre ella, con todos sus riesgos y responsabilidades—. ¿Esperan los viajeros que me quede embarazada enseguida, como la hermana de Baluka?».

Ulma le dijo algo a Ankari y ambas se rieron.

—Aprende magia primero —le aconsejó Ankari a Rielle, acariciándole el brazo—. Más vale que tengas hijos cuando sepas protegerlos.

Oliti le puso otra taza caliente entre las manos. Saboreando la cálida bebida con especias, Rielle se relajó poco a poco, escuchando y entendiendo solo a medias la cháchara de las dos mujeres, que pasó a centrarse en el comercio y la cocina. Al contemplar las muñecas, de pronto se percató de que su apariencia, o por lo menos la forma de su rostro, estaba inspirada en Ulma.

—¿Te gustan? —preguntó esta al seguir la dirección de su mirada.

—Sí —respondió Rielle.

—Las hace mi hija —declaró, volviendo la vista hacia Oliti.

—Son muy bonitas.

La anciana asintió.

—Gracias.

Ulma sonrió con aire orgulloso. Se volvió hacia Oliti y pronunció unas palabras que Rielle no entendió.

Cuando se marcharon, a Rielle le sorprendió comprobar que ya había oscurecido

y hacía fresco. Había varias hogueras encendidas en la meseta, y la gente había salido de debajo de los toldos para sentarse alrededor. Se oía música y un redoble constante de tambores. El oali en el estómago la mantenía caliente mientras caminaba de regreso a la meseta junto a Ankari. Meditó sobre su conversación con la sanadora. En parte le había parecido extraña, sobre todo el momento en que Ulma había dicho que su hija había fabricado las muñecas y la anciana le había dado las gracias. Sin duda había confundido las palabras «hija» y «abuela».

—¡Madre! —llamó alguien.

Habían llegado a la meseta. Una silueta se separó de la multitud y se acercó, recortada contra las llamas. «Creo que, a estas alturas, reconocería la sombra de Baluka en cualquier sitio», pensó Rielle. Notó cierta tensión en él. ¿Sabía dónde habían estado Ankari y ella, y por qué?

—Rielle —dijo él cuando llegó junto a ellas. Su tono era el de alguien que se disponía a comunicar una mala noticia que no se esperaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ankari.

—Algunos líderes se oponen a que... a que Rielle se una a nosotros. Temen que esto provoque la ira del Raen. Quieren interrogarla antes de aceptar que... que...

Ankari inspiró con brusquedad.

—Ah —se limitó a decir.

—Pero... —empezó a objetar Rielle, y dejó que el resto de las palabras se disolvieran en su lengua, silenciadas. «Pero el Raen no es la misma persona que el Ángel». No se había esforzado más por convencer a la familia de Leyikh de esto porque carecía de importancia. Pero ya no. Tenía que intentarlo de nuevo. Y debía convencer también a esos líderes, que no tenían motivos para confiar en ella. Si llegaba a presentarse la oportunidad...

—Quieren hablar con Rielle —agregó Baluka—. Mañana. —Se situó junto a ella y enlazó el brazo con el suyo. Aunque sus músculos estaban demasiado rígidos para reconfortarla, ella agradeció la intención—. Lo siento —dijo él, con una vibración en la voz que parecía más de rabia que de disculpa—. La desaparición del Raen perjudicó los negocios de algunos. Ahora que la prohibición de desplazarse entre mundos implica que solo los viajeros podemos comerciar, tienen miedo de que eso invalide el trato que cerraron con él.

—En ese caso, basta con explicarles que no tienen nada que temer —respondió ella—. Si te digo lo que sé, puedes indicarme cómo expresarlo.

Él la miró y asintió.

—Sí. Debemos estar preparados. Pero ya hablaremos mañana. —Su semblante se relajó con una sonrisa—. ¡Esta noche habrá banquete, canciones y bailes!

Rielle se frotó los doloridos músculos de las pantorrillas con aire ausente mientras Baluka meditaba su propuesta, y luego encogió las piernas a fin de resguardar los pies bajo el pequeño toldo que él había montado para los dos a pocos centenares de pasos del carromato de Leyikh. Aunque el lugar no era especialmente caluroso, la luz de los soles quemaba la piel con rapidez, y Ankari le había advertido que permaneciera a la sombra siempre que fuera posible.

Pese a que los soles estaban altos en el cielo, la mayoría de los viajeros aún dormía. Para evitar las quemaduras, preferían dormir durante buena parte del día y reunirse por la noche. Las reuniones consistían sobre todo en música, canciones y danzas alternadas con comida y bebida, así como en ratos de descanso para recuperarse del exceso de comida y bebida.

Baluka había mantenido su promesa de enseñarle algunos bailes de los viajeros. Ella los aprendió enseguida, pues le gustaban sus movimientos enérgicos y alegres. La mitad se ejecutaban en pareja, y los demás iban desde coreografías más tradicionales en las que los danzantes iban cambiando de compañero, hasta bailes individuales y en grupos de hombres o mujeres con pasos más complicados y acrobáticos.

En cuanto a las canciones, sus intérpretes también iban desde solistas hasta conjuntos. A veces el público las escuchaba en un silencio lleno de admiración, y a veces las coreaba. Como de costumbre, Rielle canturreaba o tarareaba en voz lo bastante baja para que su escaso oído musical no estropeará la melodía. Baluka, en cambio, cantaba con entusiasmo para compensar su falta de talento, según él mismo reconocía.

Pero eran Marta y Sadir quienes más la maravillaban. La abuela y la nieta, juntas y separadas, desgarraban la noche con sus hermosas y apasionadas voces. Al finalizar su primera canción, Sadir le entregó tímidamente una flor a un joven que había estado contemplándola embelesado. Su prometido, tal como Rielle descubrió más tarde. También reparó en la mirada que Yikari dirigía a un muchacho un poco mayor que no se dio cuenta o fingió no enterarse. Más tarde la vio bailar y reír con otros dos viajeros.

Después de presentárselos a Rielle, Yikari se inclinó hacia ella.

—La vida es demasiado corta para desperdiciarla en hombres que te ignoran —susurró.

Al recordarlo ahora, bajo el refugio de Baluka, fue un alivio para Rielle comprobar que él la escuchaba atentamente. Tenía la frente arrugada en un gesto de

concentración. Cuando ella terminó de hablar, los surcos se hicieron más profundos y se suavizaron de nuevo. Él frunció los labios y se encogió de hombros.

—Es un argumento bastante convincente —declaró.

Ella esbozó una cautelosa sonrisa de triunfo.

Sin embargo, la arruga entre las cejas volvió a aparecer.

—Si estás equivocada... Si el Raen y él son la misma persona..., ¿comprendes las reticencias de los líderes?

Ella asintió.

—Temen que el Raen ponga fin a su acuerdo con los viajeros. —Su libertad para comerciar entre mundos sería revocada. Se verían obligados a establecerse en un mundo. Tal vez en el lugar donde se encontraran en el momento en que el Raen retirara su autorización, con lo que su pueblo quedaría disperso por varios mundos. Aunque los hechiceros eran capaces de protegerse, correrían peligro si el mundo en el que acababan estaba poblado por hechiceros más poderosos—. Si se trata de la misma persona, ¿por qué habría de hacer algo así? Me dio la posibilidad de elegir. Habría podido quedarme en mi mundo. ¿Es peor que decida quedarme contigo ahora?

Baluka suspiró.

—No lo sabemos. —Sus cejas se juntaron aún más—. Tal vez tengamos que preguntárselo.

Rielle se animó.

—De ese modo, todos sabréis que no es el Ángel.

La expresión ceñuda de Baluka no se relajó, y ella se preguntó qué precio tendrían que pagar si acudían al Raen. Este descubriría que habían ocultado a alguien a quien él quería poner a su servicio, y quizá los castigaría.

—Si lo es, y él albergaba la intención de matarte, no podrías quedarte con nosotros. Le resultaría demasiado fácil encontrarte —señaló Baluka.

—Ah. —Pese a que tenía la convicción de que el Raen no era el Ángel, debía reconocer que podía estar equivocada. Y si lo estaba, también cabía la posibilidad de que Inekera hubiera intentado matarla por órdenes del Raen. El estómago se le revolvió como un niño inquieto en la cama.

Una mano se cerró sobre la suya. Al alzar la vista, advirtió que Baluka se había acercado, con el entrecejo arrugado por la preocupación. Se le llenó el corazón de gratitud, no solo porque él quería tranquilizarla, ni siquiera porque la había salvado, sino porque la había escuchado. Había tenido en cuenta su sugerencia y había valorado sus ventajas. «Eso, más que otra cosa, lo convertirá en un buen esposo», se sorprendió pensando. Él abrió la boca para decir algo, pero sus palabras se perdieron cuando Ankari llamó a Rielle desde algún lugar situado detrás y por encima de ellos.

Se separaron para asomarse por los lados del toldo. Ankari les hacía señas desde lo alto de la colina.

—¿Es la hora? —preguntó Rielle, poniéndose de pie.

—No. La reunión tendrá lugar a media tarde. Todos los líderes habrán llegado

para entonces.

Se dirigieron al encuentro de Ankari, que sostuvo en alto el material de dibujo de Rielle.

—Algunos quieren que los retrates —dijo.

Rielle sonrió.

—Me encantaría. —Por lo menos eso la distraería y le aplacaría los nervios por la reunión. Cogió el papel, la tabla y los carboncillos.

—Baluka, tu padre quiere que le ayudes a separar a dos lomes machos —añadió Ankari.

Él asintió y se alejó a toda prisa. Rielle acomodó su paso al de Ankari, que avanzaba en dirección a la meseta. El número de toldos se había triplicado, pues habían montado unos junto a los que ya estaban allí para ampliar la zona resguardada. Ankari presentó a Rielle a los miembros de dos nuevas familias antes de sentarse junto a su hija y otros parientes de Uouma.

Se enzarzaron de inmediato en una discusión amistosa sobre a quién debía dibujar Rielle primero. Ella alzó las manos para acallarlos y se sentó frente a Marta. Se oyó un «ah» colectivo de aprobación, y la anciana desplegó una desvergonzada sonrisa de satisfacción.

Retomaron la conversación poco después de que Rielle se pusiera manos a la obra. Dejó que las palabras le pasaran por encima como las ráfagas de viento que se colaban bajo el toldo de vez en cuando. Hablaban de los mundos que habían visitado durante el ciclo que acababa de terminar; de política y comercio, desastres naturales y guerras. El nombre del Raen no tardó en salir a colación, lo que provocó que a Rielle se le paralizara la mano por unos instantes. Se obligó a sí misma a continuar y el siguiente trazo le salió torcido, por lo que tuvo que difuminarlo. Cuando levantó la vista, se percató de que Marta la observaba, pero enseguida reanudó su bordado.

—Aunque al principio no me lo creía, enseguida vimos que... —dijo alguien.

—Él había estado allí solo tres días antes... —añadió otro.

—¿Ha visitado ya a alguna familia? —preguntó un hombre mayor.

Se hizo el silencio hasta que se oyeron varias respuestas negativas.

—¿Cómo podemos estar seguros de que nuestro acuerdo con él sigue en pie?

—Solo podemos suponer que sí.

—Si no fuera así, él nos lo dejaría claro.

—Por supuesto que sigue en pie.

Hablaban más despacio y en voz más alta, ya que más personas se habían sumado a la conversación. Rielle advirtió que entendía casi todo lo que decían, pues podía deducir del contexto el significado de las palabras que no conocía.

—No podemos dejar de comerciar. Y no sabemos dónde encontrarlo, así que ¿cómo vamos a preguntárselo? —inquirió una mujer, alzando las manos en un gesto de frustración.

—Ojalá hubiera una manera de saberlo con certeza.

—¿Ha modificado alguna ley desde que reapareció?

—No.

—No, que yo sepa.

—Parece que no.

—Ha dado permiso a los propietarios del mercado de Worweau para mantenerlo abierto, siempre y cuando llevaran un registro de las personas que llegaban —les informó Ankari.

—Interesante —comentó Uouma—. Pero ¿cómo va a seguir abierto si nadie tiene permitido desplazarse hasta allí desde otros mundos?

—Tal vez eso signifique que autorizará también a los comerciantes para viajar allí.

—¿Afectará eso a nuestros negocios?

—Menos que la desaparición del Raen.

—Podría resultar beneficioso para quienes visitemos el mercado.

El dibujo de Marta estaba terminado, pero Rielle siguió retocándolo, pues no quería llamar la atención mientras debatían sobre el Raen. Cuando la conversación se centró en el comercio, decidió que era un buen momento para dejar el dibujo a un lado y empezar otro. Sujetando la hoja, alzó la mirada para preguntarle a Marta si quería verlo, y pilló a la anciana observándola de nuevo. Esta vez Marta sonrió.

—Eres una Creadora.

Rielle se quedó helada de nuevo y notó que el silencio se extendía cuando aquellos que habían oído esta frase se volvieron hacia ella con un destello de interés en los ojos.

—Sí —confirmó Ankari en nombre de Rielle—. Enseñanos ese dibujo, Rielle.

Esta le tendió la hoja a Ankari y se relajó poco a poco conforme pasaba de mano en mano entre muestras de admiración y alguna que otra crítica «constructiva», cosa que no dejó de hacerle gracia. Agradeció en voz baja unas y otras, y a continuación sus intentos de escoger a otro modelo cayeron en saco roto cuando todos decidieron que debía dibujar a Sadir trabajando en su ropa para la boda. En vez de entablar otra discusión, los viajeros empezaron a enseñarse unos a otros sus trabajos manuales, y Rielle tuvo que dejar su dibujo a un lado varias veces para admirar sus hermosos bordados, tejidos, tallas en madera, cestas, joyas e incluso piezas de cerámica. Había terminado el rostro de Sadir pero aún no había rellenado el cabello cuando Baluka asomó por un lado del toldo y le hizo señas.

Ankari le dio unas palmaditas en el brazo como para desearle buena suerte. Rielle se levantó y le entregó el material de dibujo, se sacudió las manos y se abrió paso entre los viajeros en dirección a Baluka.

—Ha llegado el momento —dijo él, entrelazando los dedos con los suyos para guiarla. Ella empezaba a acostumbrarse a esto. El tacto de Baluka le resultaba cada vez más familiar y reconfortante.

El toldo de los líderes se hallaba en el centro de la meseta, lo bastante apartado de

las demás para que ni siquiera las conversaciones más animadas que se mantenían en los alrededores distrajeran a sus ocupantes. A diferencia de los otros toldos, donde la gente se sentaba de forma desordenada, allí se había formado un círculo integrado sobre todo por hombres y mujeres de mediana edad o ancianos. Rielle calculó a ojo que había entre setenta y ochenta personas. Resistió el impulso de echar una ojeada al exterior por debajo del toldo. ¿De verdad había entre treinta y cinco y cuarenta familias en las colinas que los rodeaban?

De pronto, Baluka le abrió su mente y ella lo miró, sorprendida.

—Es para evitar malentendidos debido a tu comprensión limitada de nuestro idioma —explicó él.

Ella descubrió que se había ofrecido a hacerlo, pese a que sabía que de ese modo la profundidad de sus sentimientos hacia ella quedaría expuesta ante todos. Vio que estaba resuelto a concentrarse en su tarea sin llamar la atención de nadie con más pensamientos íntimos. Por otro lado, esa determinación evidenciaba la intensidad de su amor, lo que despertó en ella una sensación de... incomodidad.

«¡Está perdidamente enamorado de mí! No tenía ni idea de que su pasión fuera tan grande. Pero no la merezco. Más que nada porque yo no...».

—Ella es Rielle Lázuli —dijo Baluka a los presentes. Se volvió hacia ella—. No todas las familias consiguen enviar representantes a las reuniones. Nos basta con ser más de setenta para tomar decisiones en nombre de todos, si bien un Consejo, formado por ciento cincuenta líderes, puede cuestionarlas y revocarlas. —Un hombre de la edad de Leyikh pero de pecho más robusto se puso de pie en el círculo. Baluka lo señaló—. Él es Yaikha, que ha sido nombrado Guía de esta reunión. Será quien dirija el debate.

Baluka retrocedió un paso con una expresión seria y circunspecta en su rostro habitualmente alegre. Se sentó junto a su padre. Tras invitar a Rielle a ocupar el centro del círculo, Yaikha se acomodó a su lado.

—Hemos oído historias acerca de tu rescate —dijo—. Pero la persona más indicada para relatarla es quien la vivió. —Esbozó una sonrisa fugaz—. Cuéntanosla.

Rielle así lo hizo. Describió brevemente su país de origen, donde todos creían en los Ángeles y las leyes prohibían el uso de la magia. Explicó que por quebrantar esas leyes la habían enviado al templo de la Montaña, donde habían estado sucediendo cosas terribles hasta que el Ángel les había puesto fin. Pasó de puntillas sobre su estancia en Schpeta y solo precisó que había iniciado una nueva vida lejos de su hogar en un lugar donde no había ocurrido nada destacable hasta que la ciudad había sufrido un asedio.

A continuación, refirió la llegada del Ángel, que había terminado con el asedio y salvado la ciudad. Después de asegurarle a Rielle que ella misma había restituido con creces la magia que había robado, él le había ofrecido un trabajo como artesana en su mundo. Después, ella tuvo que lidiar con un batiburrillo de recuerdos: la evaluación de sus poderes por parte de Inekera, otro viaje y su abandono en el desierto.

—Y fue allí donde Baluka me encontró —concluyó.

Yaikha permitió que se impusiera un largo silencio mientras todos asimilaban lo que habían oído. Entonces se inclinó hacia ella.

—¿Cómo se llamaba el Ángel?

—Valhan —respondió ella, intentando no dar a entender con su tono que estaba admitiendo nada.

—¿Tu mundo era pobre en magia?

—Sí, en comparación con todos aquellos por los que he viajado después.

—¿Y él absorbió una gran cantidad de ella antes de marcharse?

—Casi toda.

—Mientras estabas en Diama, viste un retrato de él en el palacio de Lord Felomar, ¿verdad?

Ella sacudió la cabeza.

—Vi el retrato de un hombre de aspecto similar. Notablemente similar. Pero no creo que se tratara de la misma persona.

—¿A pesar del nombre y la semejanza?

—Sí.

—¿Por qué estás tan segura?

Ella hizo una pausa para reflexionar.

—En primer lugar, por los ojos. Los del Ángel destilaban bondad. Los del hombre del retrato, no. Val... El Ángel acabó con la crueldad que imperaba en el templo de la Montaña. Me dio una vida nueva lejos de allí. Rehuía el trato con los demás en el palacio, y buscaba la soledad y el silencio. Todo lo que me han contado acerca del tal Raen... —Sacudió la cabeza—. Es diferente. Él habría intentado dominar mi mundo. Habría forzado o pagado a los artesanos a fin de que generaran la magia que necesitaba para escapar. Habría prohibido a los sacerdotes que emplearan la magia. Se habría servido del templo de la Montaña para sus fines personales. Él... él no es el Ángel.

Yaikha asintió cuando a ella se le apagó la voz. Un poco sin aliento, se esforzó por respirar lenta y profundamente, preparándose para la pregunta que sin duda vendría a continuación.

—¿Así que crees que hay dos hombres con el mismo nombre y aspecto?

—Sí. —Enderezó la espalda y desplazó la vista por el círculo—. Me han dicho que el Raen puede alterar su apariencia. Los sacerdotes me enseñaron que los Ángeles han protegido a los... a mi mundo durante miles de años, una medida de tiempo similar a los ciclos. Sé que el reino del Ángel Valhan está situado fuera de mi mundo, al igual que los reinos de los otros Ángeles. Y eso significa que otros mundos aparte del mío deben de haberles rendido culto también. Creo que el Raen adoptó el nombre y el aspecto de un Ángel para engañar a la gente y... y que cuando el Ángel Valhan me dejó en manos de Inekera para comprobar que su mundo estuviera a salvo, lo que temía era que el Raen hubiera cometido algún desmán.

Yaikha arqueó las cejas mientras ella recapacitaba sobre lo que acababa de decir.

—Ah. ¿Y creía Inekera que él era el impostor?

A Rielle el corazón le dio un vuelco.

—Tal vez. —Era una posibilidad que no se le había ocurrido.

—Es una teoría interesante —declaró Yaikha. Acto seguido, se dirigió al resto de los presentes—. ¿Alguien tiene alguna pregunta?

—Yo sí —dijo un hombre con una barba de longitud considerable. Cuando Yaikha asintió, él desplazó la mirada por el círculo—. ¿Hay indicios de que el Raen haya modificado su comportamiento desde que regresó?

—¿Indicios de que se ha vuelto más indulgente y compasivo? —inquirió Yaikha, riendo entre dientes, y pasó la vista de un rostro a otro—. ¿Es lo que se trasluce de los diversos testimonios y rumores?

Hombres y mujeres negaron con la cabeza, algunos mirando alrededor para confirmar que todos estaban de acuerdo. Rielle se estremeció al recordar la muerte del hechicero en el mercado de Worweau.

—Tengo una pregunta —dijo un hombre pelirrojo de mediana edad. En cuanto Yaikha le dio la palabra, se dirigió a sus compañeros viajeros—. Si ese Ángel es enemigo del Raen, ¿no representa también un riesgo acoger a una protegida suya?

Esto levantó un murmullo entre los líderes, pero la voz de Leyikh se impuso.

—El Raen no tiene fama de ser tan cruel como para matar a alguien solo por haber tenido un encuentro breve con un enemigo suyo sin siquiera saberlo. De lo contrario, dedicaría la mayor parte de su vida de inmortal a buscar y eliminar gente.

—¿Y cómo sabemos que no es así? —murmuró la mujer que había hablado antes.

—No creo que nadie tenga motivos para suponer lo contrario —alegó Yaikha, y no se oyó una sola voz discordante—. Como decía mi padre, y mi abuelo antes que él: puede que el Raen mate sin vacilar, y que no estemos de acuerdo con sus razones, pero no lo hace por placer.

Rielle, intrigada, vio que varios integrantes del círculo asentían. Las palabras del Guía, casi una letanía, parecían indicar que los viajeros habían acumulado a lo largo de los siglos una serie de conocimientos sobre el Raen que se transmitían de generación en generación. «Deben de saber mucho acerca de él. Información obtenida en el transcurso de ciclos y compartida en reuniones como esta».

—¿Más preguntas? —dijo Yaikha. Nadie contestó. El Guía se volvió hacia ella y sonrió—. Gracias, Rielle. Puedes retirarte. Deliberaremos sobre lo que nos has dicho y te enviaremos a Baluka cuando hayamos tomado una decisión.

Tras inclinar la cabeza hacia él y luego hacia los otros líderes, ella se marchó por el camino que había seguido Baluka para llevarla al interior del círculo. Echó a andar sola hacia el toldo en el que había estado sentada con Ankari. En vez de con ella, se encontró con Yikari y Hari, que fueron a su encuentro y la llevaron a rastras mientras le exigían que dibujara un retrato de las dos juntas. De repente la asaltó el miedo a perderlas, de no volver a ver a esas dos mujeres que la habían aceptado en su familia

como una hermana más.

Entonces la embargó la misma incomodidad que había experimentado antes. «¿Es justo que yo quiera que los viajeros aprueben mi matrimonio con Baluka para disfrutar de la compañía de estas mujeres? ¿Es justo que acepte su proposición si no lo amo con la misma pasión que siente él por mí?».

La voz de su tía resonó en su memoria. «El amor no tiene por qué ser lo primero en surgir. Al principio tu tío y yo no nos amábamos, pero aprendimos a respetarnos, y el amor nació a partir de eso. Me alegré de que mis padres lo hubieran elegido para mí».

«Yo respeto a Baluka, ¿no?».

Sin embargo, ese era el quid de la cuestión. Le parecía una falta de respeto decir mentiras. Fingir.

«Pues confíesaselo —pensó—. O te corroerá por dentro».

Pero ¿y si el hecho de saber que ella no lo amaba lo corroía a él en cambio? Más valía que fuera Rielle quien sufriera, ya que ella era la causa del problema. Además, quizá las cosas no llegarían a ese extremo. Era posible que ella llegara a amarlo. «¿Y cómo no?». Después de todo, era un hombre bondadoso y atractivo. Tal vez el afecto que sentía por él era un tipo de amor distinto del que había sentido por Izare. Ella había cambiado. Su forma de amar también cambiaría.

El retrato de Hari y Yikari no le salió bien, pero a ellas les pareció admirable de todos modos. Ella pidió disculpas y prometió que dibujaría otro. Había gastado la última hoja de papel que le quedaba, pero Sadir había terminado su vestido de boda y todos se turnaban para levantarse y examinar el primoroso bordado y la suntuosa tela.

Antes de que Rielle tuviera oportunidad de echar un vistazo, una mano la tomó del brazo. Al volverse, vio a Ankari señalar con la cabeza el toldo donde se celebraba la reunión de los líderes. Baluka había salido, con el rostro en sombra, pues tenía a la espalda el segundo sol, que aún no se había ocultado tras el horizonte como su hermano.

—Ve con él —le indicó Ankari.

Tras serpentear entre los otros viajeros, Rielle salió a un aire cada vez más frío conforme caía la noche. Al dejar atrás la luz, alcanzó a ver con más claridad la cara de Baluka, aunque no lo suficiente para descifrar su expresión. Se le aceleró el pulso. Tenía la sensación de que su estómago estaba suspendido en el aire, a punto de desplomarse hasta lo más profundo de su ser. «¿Podré quedarme, o tendré que volver a empezar de cero?».

Cuando alcanzó a Baluka, él la tomó de las manos y les dio un suave apretón.

—Han dado su aprobación —dijo, y exhaló.

Ella suspiró aliviada. Los ojos de Baluka reflejaban las luces procedentes del toldo situado detrás de Rielle. Ella abrió la boca, pero de pronto no sabía qué decir. Consciente de que él la observaba, bajó la mirada.

—Ven conmigo —dijo Baluka.

Le tiró de las manos para alejarla de allí.

—Pero ¿y tu madre...?

—Ya lo sabe.

Dejándose guiar, ella reflexionó sobre el futuro que la esperaba, libre de cualquier obstáculo. Se casaría con él. Viajarían por los mundos y fundarían una familia. Un día, el padre de Baluka le traspasaría a él el mando de la familia, y buena parte de esa responsabilidad recaería también sobre ella. Por lo que había visto, era un trabajo duro, a veces peligroso, a veces agotador, pero que en conjunto proporcionaba una vida feliz a los viajeros. Una vida no muy distinta de la que ella había soñado cuando era niña, en la que rompía la tradición para acompañar a su hermano a lugares remotos con el fin de comprar los tintes y las telas con que comerciaban sus padres.

Cuando llegaron al camino, Baluka creó una llama que danzaba ante ellos mientras descendían por él, y ella cayó en la cuenta de que estaba conduciéndola de vuelta hacia los carromatos. Tal vez sin otra intención que la de charlar con ella a solas. O quizá albergaba otros planes. «¿Me molestaría que así fuera? —Después de todo, no era una novata en aquellas cuestiones, aunque hacía años que no gozaba de contacto físico con un hombre. La perspectiva despertó cierta excitación en ella—. Pero, si me quedara encinta, se produciría una situación incómoda si hemos de esperar un ciclo antes de casarnos».

Sin embargo, pasaron de largo los carromatos y bajaron por la empinada cuesta que había al otro lado, y de repente ella comprendió que estaba llevándola al pequeño refugio que había construido esa mañana. El viento había enrollado las mantas contra la base, así que las desenredaron y las extendieron de nuevo. El aire se inmovilizó y se tornó más cálido, cosa que ella supuso que era obra de la magia de Baluka.

Se acomodaron lo bastante juntos para que ella notara el calor y la firmeza del muslo de él contra el suyo.

—Rielle —dijo Baluka—. Estás contenta por la noticia, ¿verdad?

—Lo estoy —respondió.

—Pero... has tardado en contestar.

Ella bajó la vista, recordando aquello sobre lo que había estado cavilando. Confesarle que aún no lo amaba implicaría hacerle daño sin necesidad, sobre todo si había muchas posibilidades de que concibiera una intensa pasión por él.

—Te entiendo —aseguró él—. Llevas muchos días con nosotros. A lo mejor te hacen falta muchos días más para decidirte.

Ella sacudió la cabeza.

—Ya me he decidido. —Se llevó la mano bajo la blusa para desatar la pulsera que había guardado allí—. Eso no significa que no tenga dudas. No soy joven. He visto y hecho cosas que me han enseñado a ver inconvenientes en todas las opciones.

Él asintió con expresión comprensiva. Escuchándola.

Ella abrió la boca para intentar explicarse mejor, pero como aún desconocía muchas palabras, la cerró de nuevo. Cuando ella sacó la pulsera, advirtió que él abría

mucho los ojos antes de posarlos en los suyos.

Al cabo de unos instantes, ella se la colocó en torno a la muñeca.

—No quiero irme —le dijo mientras ataba el nudo—. Despedirme de ti y de tu familia. Me... me pondría... muy triste.

Una amplia sonrisa se dibujó en la boca de Baluka, pero él moderó su entusiasmo enseguida. Escudriñó el rostro de Rielle y extendió la mano para acariciarle la mejilla. Cuando se inclinó hacia delante, ella supo que iba a besarla y sonrió. El mundo pareció escorarse, así que se acercó a su vez hacia él.

Sus labios se encontraron. Piel suave y cálida. Una presión delicada pero firme, luego exploración. «Por todos los Ángeles, qué bien besa —pensó ella, sujetándose de su brazo para recuperar el equilibrio. Él no hizo el menor ademán de separarse, y ella no tenía ninguna prisa—. Tal vez no me importaría que él estuviera pensando en algo más...».

Pero, en ese momento, empezaron a sonar música y tambores a lo lejos. Él se apartó.

—Querrán que regresemos allí —dijo.

—Ah —respondió ella, esperando que no se notara mucho su desilusión—. ¿De verdad es necesario?

—Sí. —Se puso de pie con una risita y la ayudó a levantarse—. Pero antes... —Hizo una pequeña mueca—. Los líderes creen que el Raen no te considerará una amenaza cuando seamos marido y mujer. Así que debemos casarnos antes de que concluya la Celebración. El último día.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Entiendo. —Se rio—. Ankari querrá hacer... hacer...

—Ropa. Planes —la ayudó él con una sonrisa—. Sí. Y tú deberás aprenderte las palabras del ritual.

Rielle torció el gesto.

—¿Son muchas?

Esto arrancó otra risita a Baluka.

—Esta noche lo sabrás. —Señaló la meseta.

—¡Sadir! —exclamó Rielle, volviendo la vista hacia allí—. ¿Cuándo?

—Ahora.

—¡Entonces debemos volver enseguida! —Le soltó las manos, dio media vuelta y dio un paso hacia los carromatos.

Se paró en seco al ver a alguien allí de pie. Por unos instantes, creyó que se trataba de un viajero que había acudido para asegurarse de que no hicieran algo indebido antes de su noche de bodas.

Pero el rostro no correspondía al de un viajero, y un escalofrío le bajó a Rielle por la espalda al reconocer las facciones.

Una mano la asió del brazo. Oyó gritar a Baluka.

De pronto, todo se volvió blanco.

Dos, tres, cuatro paisajes aparecieron y desaparecieron en rápida sucesión, pero Rielle no los vio. Ni siquiera intentó respirar, pues estaba segura de que no lo conseguiría en los brevísimos lapsos en que había aire disponible. En vez de ello, mantenía la vista fija en la cara que tenía delante mientras la conmoción cedía el paso a la incertidumbre y luego al pavor.

«¿Es él o el otro?».

Su cabello no tenía reflejos azules. La piel era pálida, pero no blanca. Los ojos, fríos y calculadores, y Rielle se alegró de que no estuvieran clavados en ella.

Tenía la cabeza ladeada y la mirada ausente, como si escuchara algo.

Mientras Rielle pensaba en esto, su conciencia se extendió más allá de él y percibió una sombra. No se trataba de una de las figuras envueltas en la blancura del mundo siguiente, que semejaban objetos vistos a través de varias capas de cortinas muy finas, sino de una presencia más cercana aunque aún velada por la distancia.

Y se aproximaba.

La mano que le sujetaba el brazo la apretó con más fuerza. Rielle vio al Ángel — o al Raen— entornar los párpados mientras frenaba ligeramente su avance. Una forma empezó a materializarse en el blancor, y ella oyó en su mente una voz conocida.

«¡Rielle!».

¿Baluka? ¿Los estaba siguiendo?

El Ángel/Raen arqueó las cejas y torció la boca en una mueca de desprecio. Desvió la vista y ella notó que se movían de nuevo. Un mundo pasó como una exhalación. La presencia volvía a estar allí, en el espacio entre los mundos siguientes, pero apenas perceptible. Otro mundo apareció y se esfumó en un instante, y Rielle la buscó en vano entre la blancura, ansiosa por saber si era Baluka, deseando que él los alcanzara y la rescatara. Entonces tomó conciencia de lo que podía ocurrir si él los alcanzaba de verdad, y continuó buscándolo, con el corazón en un puño. Al no encontrarlo, sintió un gran alivio.

«No podría soportar que Baluka muriera por mí».

Dirigió de nuevo sus pensamientos hacia el responsable de lo que sucedía. «¿Por qué? —Lo observó con recelo. No le costaba tanto mirarlo como cuando estaba segura de que era un Ángel. Tal vez sabía de forma instintiva que no lo era—. ¿Quién eres?», pensó.

Él posó los ojos en ella. Su expresión era inescrutable. No destilaba calidez, como la del Ángel, pero tampoco tanta frialdad como el retrato del Raen.

Se sumergieron en un mar de verdes. Las ramas de unos árboles extraños formaban una maraña en torno a ellos. El pecho de Rielle se hinchó de golpe, llenándose de aire. El hombre le soltó el brazo y la contempló mientras pugnaba por recuperar el aliento. «¿Cómo es que él no está jadeando también?».

—Magia —dijo él en el idioma de los viajeros.

Su voz era la del Ángel, lo que le provocó un escalofrío a Rielle. Y una rabia inesperada.

—¿Quién eres? —exigió saber.

—¿Quién crees que soy?

—No lo sé. ¿Eres el Ángel?

—Sí. —Una tenue sonrisa le ensanchó los labios.

No la embargó la euforia. No sintió el menor asomo del júbilo ni del asombro que había experimentado antes. Ni siquiera alivio por saber que estaba a salvo..., pues tenía la certeza de que no lo estaba. ¿Por qué le inspiraba él aquella desconfianza? Estudió su cabello y su piel.

—Estás diferente.

—Así es.

—¿Eres el Raen?

—Sí.

A Rielle se le encogió el corazón y luego empezó a latirle a toda prisa.

—Entonces no eres el Ángel.

—¿No? —Un mechón se movió en su cabeza, aunque ni la más ligera brisa mecía el follaje que los rodeaba. Los negros cabellos cambiaron de forma sutil, adquiriendo un brillo casi sobrenatural. Su rostro había perdido por completo el color. Unas respiraciones más tarde, ella tenía ante sí al Ángel, y una mezcla familiar de miedo y adoración se removió en su interior.

Retrocedió un paso, horrorizada y confundida.

—¡Pero acabas de decir que eres el Raen! —barbotó.

Sus rasgos recuperaron el color poco a poco.

—Soy aquel al que habías tomado por un Ángel. Pero no soy como tú crees que son los Ángeles. Durante todos los ciclos que pasé en tu mundo, no vi un solo Ángel. Tampoco los he visto en mil millares de mundos.

«Eso no demuestra que no existan», pensó ella.

Él suavizó su expresión.

—No, no lo demuestra. Hay tantas cosas en los mundos que siguen siendo... —pronunció una palabra que ella no entendió; luego, para su sorpresa, pasó a hablar en la lengua de su país natal—... inexplicables y desconocidas... Tal vez los sacerdotes de tu mundo sepan algo que los demás ignoramos.

«Pero no sabían lo suficiente para comprender que él los estaba engañando. Todos cayeron en la trampa». Excepto, tal vez, la mujer que había abordado a Sa-Mica en el puerto donde Rielle había embarcado con rumbo a Schpeta.

Rielle sacudió la cabeza.

—Tantas mentiras... ¿Por qué?

—Para estar a salvo en tu mundo hasta que pudiera abandonarlo. Para evitar que otros consumieran la magia que necesitaba.

«Los viajeros tienen razón». Era verdad que él se había quedado atrapado. Y había despojado su mundo de magia para escapar de él.

—Robaste a los Ángeles. —Había escapado en cierto modo gracias a ella, que había generado parte de la energía que lo había liberado—. ¿Por qué me llevaste contigo?

Otra vez la sonrisa tenue.

—Exactamente por la razón que te expliqué. Era probable que los artesanos de mi mundo se hubieran marchado debido a mi larga ausencia, y tú serías una buena sustituta inicial.

Su tono no era zalamero, pero tampoco de un pragmatismo frío. Ella desvió la vista, sin saber cómo reaccionar. Fuera como fuese, los planes de él se habían visto frustrados.

—¿Intentó matarme Inekera?

—Sí.

—¿Por qué?

—Creía que así me complacería. Como eres fuerte, te consideraba una amenaza en potencia.

Una amenaza. Se obligó a sí misma a mirarlo, a encararse con el hombre que mataba a aquellos que podían poner en peligro su dominio sobre los mundos. ¿Cómo iba a representar ella una amenaza? Incluso si hubiera sido tan poderosa como él, no había vivido mil ciclos. Apenas sabía usar la magia.

—Y... ¿tú crees que lo soy?

Él sonrió.

—No. No tengo intención de matarte.

Ella suspiró, aliviada, y volvió a armarse de valor.

—Entonces ¿por qué me has apartado de los viajeros?

—Para ofrecerte de nuevo un trabajo en nuestro mundo.

El rescoldo de la emoción que la había invadido en el palacio de Schpeta cuando él le había hecho la oferta por primera vez se avivó por unos instantes, pero se apagó enseguida. «No es el Ángel —se recordó a sí misma—. Es el Raen. Solo quiere tenerme cerca porque soy una Creadora y quiere utilizar la magia que yo genere para cometer actos terribles en los mundos».

Él rio entre dientes.

—No necesito a nadie que genere magia en mi mundo. La hay en abundancia. Cuando uso magia, la extraigo del mundo en el que me encuentro, de modo que el único lugar donde emplearía la magia creada por ti sería mi mundo. Como solo llevo allí a quienes desean servirme y no tengo motivos para hacerles daño, no cometeré

actos terribles con tu ayuda.

—Entonces ¿por qué quieres llevarme allí?

—En primer lugar, eres artesana. Una buena artesana. Algún día serás excepcional. En segundo lugar, la magia que generaste en tu mundo me permitió escapar, y deseo recompensarte por ello.

Ella bajó la vista a la pulsera en torno a su muñeca.

—He encontrado una vida entre los viajeros.

—¿Estás segura?

Al percibir el deje de escepticismo en su voz, ella alzó la vista y lo miró con furia.

—¡Sí! ¡Había aceptado una proposición de matrimonio justo antes de que me arrancaras de allí!

Él mantuvo la mirada impasible.

—Y sin embargo, no lo amas.

Rielle lo observó con fijeza y de pronto se sintió vacía por dentro. Sería inútil negarlo. Él había leído la verdad en su mente.

—Hay muchas mujeres que no se casan por amor.

—Pero lo harían si tuvieran posibilidad de elegir. Tú la tienes. Y sin embargo aún piensas como la niña que eras en Fogo —aseveró—. La niña que se suponía que debías ser en Fogo.

—Era... la mejor opción —protestó.

—Era el camino más fácil para ti. Lo cual no es muy justo para tu prometido.

—Dudo que sea justo para nadie tenerte a ti como rival.

Él sacudió la cabeza.

—No. No soy su rival. Tampoco me amas a mí. Nunca me has amado.

Un escalofrío le erizó el vello a Rielle. «Hubo una época en que sentía amor por él, pero no un amor romántico, ni siquiera carnal. Era un amor espiritual, basado en una mentira. Y ahora que he descubierto que no es un Ángel y sé lo que es en realidad, lo que siento es... —No estaba segura de qué sentía. Desencanto. Rabia. Culpa. Y una esperanza extraña e inquietante—. No voy a considerar su oferta —se dijo—. Es el Raen. Un ser cruel y controlador».

—Me juzgas basándote en las peores cosas que has oído sobre mí.

—Leí la mente de una persona que te vio asesinar a un hombre —repuso ella.

Él asintió.

—En el mercado de Worweau. Sí. Estaba conspirando con otros hechiceros para matarme.

—Ah.

—Hago lo que tengo que hacer para impedir que los mundos se suman en el caos, y eso incluye encargarme de quienes quieren sembrar el desorden en ellos. Esto no puede conseguirse sin algo de violencia. —Adoptó un tono más sombrío—. En el templo de la Montaña di muerte a algunos sacerdotes corruptos que dejaban embarazadas a las impuras que estaban encarceladas allí. Tú también mataste a uno.

Ella crispó el rostro.

—No pretendía matarlo —objetó.

—No, en efecto —reconoció él—. El hecho de que el recuerdo te atormente a pesar de esto te honra. —Hizo una pausa—. Selecciono con cuidado a aquellos que invito a mi mundo, Rielle. Por lo menos explora esta otra posibilidad antes de descartarla en favor de una vida corta al lado de un hombre a quien no amas. Yo soy mejor instructor que cualquiera de los que los viajeros podrían conseguir para ti. Sus intenciones son buenas, pero quien mejor puede adiestrar a un hechicero poderoso es otro hechicero poderoso. En cuanto conozcas tu auténtico potencial, podrás elegir quedarte, marcharte, unirte de nuevo a los viajeros o regresar a tu mundo.

—Tal vez no me acepten si intento volver con ellos.

—Es posible. No me aprecian, pero tampoco me odian. Ya lo sabes.

Rielle apartó la mirada. Él estaba en lo cierto. Los viajeros temían perder la libertad para viajar y comerciar. Recordó las palabras de Yaikha: «Como decía mi padre, y mi abuelo antes que él: puede que el Raen mate sin vacilar, y que no estemos de acuerdo con sus razones, pero no lo hace por placer».

Y no todos los habitantes de los mundos lo aborrecían. Algunos lo veneraban. Sin embargo, inspiraba temor incluso en aquellos que lo amaban, como habría hecho cualquier otro ser con una fuerza mágica inmensa. Como los Ángeles.

Él no era el Ángel, pero eso no significaba que lo que ella había visto en él —lo que le había infundido la certeza de que no era el hombre temido por los mundos— fuera falso. Había visto benevolencia. Afabilidad.

Él quería enseñarle magia.

Rielle frunció el ceño. «Este hombre me dijo que estaba perdonada por usar magia y que podía emplearla en defensa propia. Pero no tenía ningún derecho. Debo obediencia a los Ángeles...».

Él arqueó las cejas.

—O no hay Ángeles y tu alma está a salvo, o existen y ya está condenada.

Ella tragó saliva al notar una tirantez repentina en la garganta. Él tenía razón. Pensar lo contrario sería desoír las enseñanzas de los sacerdotes. El castigo no se administraba en distintos grados de severidad según la cantidad de magia utilizada. Al igual que ocurría con la muerte física, el alma no podía destruirse solo en parte. «Así que no pierdo nada con aprender magia».

Por otro lado, eso era lo que él quería hacerle creer.

—Naturalmente —añadió él—, una vez que hayas dominado el secreto para frenar el envejecimiento, es posible que nunca tengas que enfrentarte a los Ángeles, mientras consigas evitar una muerte violenta.

Ella se sorprendió mirándolo fijamente otra vez.

—¿Serías capaz de enseñarme eso? —preguntó con voz débil. «¡La inmarchesibilidad! ¡La vida eterna!». Dispondría de todo el tiempo de los mundos para pintar y tejer..., o trabajar para mejorar la vida de personas como los siervos de Zun.

Él asintió sin apartar la mirada de Rielle. Ella buscó algún signo de engaño —otro engaño más—, pero no lo encontró. «Aunque seguramente tampoco sería capaz de detectarlo. A una persona que ha vivido mil ciclos sin duda se le da muy bien ocultar sus verdaderas intenciones».

Volvió la cabeza, como si al esconder su rostro escondiera también sus reflexiones. «¿Cómo puedo saber si es de fiar?». No podía. Aceptar su oferta supondría un riesgo. Por otro lado, él habría podido llevársela a su mundo por la fuerza. Habría podido seguir haciéndola creer que era un Ángel. Habría podido adaptar su aspecto y su comportamiento a los deseos de ella para encandilarla y seducirla, como había hecho con el primer amor de Leyikh.

Pero ¿cómo podía reprocharle que le hubiera mentido? Ella prácticamente le había mentado a Baluka. Al igual que el primer amor de Leyikh, no estaba siendo sincera respecto a sus sentimientos con un hombre que la quería. Y todo para llevar una vida cómoda y segura. Aunque la idea de perder su oportunidad de convertirse en miembro de la familia de Baluka y de los viajeros le provocó una punzada de dolor, la conciencia de que estaría engañándolos la mortificaba como una espina bajo la ropa. Si los respetaba y los quería de verdad, no debía hacerles daño de esa manera.

Si descubrían la verdad, tal vez desearían no haberla acogido en su seno.

Si se enteraban de que había decidido unirse al Raen en vez de casarse con su hijo, también se sentirían dolidos.

«¿Acaso es imprescindible que lo sepan?».

Baluka había visto como el Raen se la llevaba. Incluso si ella volvía y le explicaba por qué no podía casarse, él creería que alguien la obligaba a decirlo o la había seducido, como al primer amor de su padre.

«Y sin embargo..., no tienen por qué saber más que una cosa: que el Raen me raptó. Es mejor que crean que Valhan me va a enviar a casa... y que yo he accedido a irme para ahorrarles problemas. Sería otra mentira, pero esta vez para proteger a otros, no a mí».

Sacudió la cabeza al darse cuenta de que estaba razonando como si hubiera aceptado la oferta del Raen.

«Es verdad. ¿Será posible? ¿Acaso me he vuelto loca?».

No. Parecía lo más correcto. Apreciaba mucho a Baluka, pero la perspectiva de no tener que casarse con él para gozar de una existencia segura y de un hogar le había quitado un peso de encima. ¿Y el Raen...? «Podría estar equivocada respecto a él. Muy equivocada». Si él le estaba mintiendo no le permitiría volver junto a los viajeros, ni en ese momento ni más tarde.

Nunca venía mal arrancarle a alguien una promesa, ya fuera verbal o de otro tipo. Es lo que haría cualquier hija de mercader que se preciara. Se volvió de nuevo hacia él, enderezó la espalda y lo miró a los ojos.

—¿Juras que me dejarás marcharme y unirme a los viajeros o encontrar un nuevo hogar en alguno de los mundos si así lo decido y en el momento en que lo decida?

Él movió la cabeza afirmativamente.

—Te prometo que así lo haré.

—Entonces llévame de vuelta con los viajeros.

Él bajó las cejas al leer su propósito en su mente.

—Eso no sería muy prudente.

—No puedo desaparecer sin darles una explicación.

—¿Cómo crees que reaccionarán si me ven llegar?

Ella frunció los labios.

—No es necesario que te vean. Puedes aparecer en un lugar que no esté al alcance de su vista. Ya iré andando desde allí.

—Baluka no dejará que te marches otra vez.

—Leyikh lo obligará, si se lo pido.

Él asintió y, tras salvar la distancia que lo separaba de ella, la tomó de la mano. Fue un contacto más suave y amistoso que cuando la había agarrado del brazo. El bosque se fundió en el blancor.

Pasaron varios mundos, uno detrás de otro, a mayor velocidad que antes. No se detuvieron una sola vez para respirar, pero llegaron a su destino tan deprisa que a ella le bastó una gran bocanada del frío aire nocturno para recuperarse. Guiándose por el sonido lejano de tambores y cantos, localizó la meseta con sus hogueras y figuras danzantes.

«¡La boda! —pensó—. ¿Me la habré perdido?». Por lo menos su desaparición no había estropeado las celebraciones. Dio un paso hacia allí, y los dedos de Valhan resbalaron de entre los suyos. Sin embargo, cuando había avanzado varias zancadas, lo oyó gritar.

—Baluka no está allí.

Rielle se detuvo y, al girarse, lo vio escrutar la multitud a lo lejos con el entrecejo arrugado.

—¿Leyikh? ¿Ankari?

Él volvió la cabeza hacia la colina donde se encontraban los carromatos de la familia.

—Están allí. Baluka ha ido a buscar ayuda para rescatarte —añadió—. No saben dónde está.

—Tengo que avisarles de que estoy a salvo —dijo ella—. Él se enterará cuando regrese.

El Raen asintió.

—Ve a hablar con ellos.

Avanzando trabajosamente, Rielle atravesó la ladera de la colina, descendió hasta dejar atrás el cenagoso desfiladero y subió hasta el círculo de carromatos. Mientras caminaba, repasó en su mente todo lo que él le había dicho, y llegó una y otra vez a la misma conclusión que antes. Si se quedaba, cometería una injusticia con Baluka y los viajeros en general. Irse con Valhan entrañaba un grave riesgo, pero si este había

mentido, al menos los viajeros no sufrirían por culpa de ella.

Cuando por fin se hallaba cerca del vehículo de Leyikh, tenía los zapatos empapados y le dolían las pantorrillas. Las pequeñas ventanas estaban iluminadas. Rielle no vio a otros viajeros por los alrededores. Al extender los sentidos, detectó solo dos mentes conocidas, ambas llenas de inquietud y preocupación.

Se acercó a toda prisa al carromato, subió los peldaños y llamó a la puerta con suavidad. Unas pisadas se aproximaron, la puerta se abrió y ella reconoció la silueta de Leyikh recortada contra una llama que flotaba en el interior.

—¡Rielle! —jadeó él.

—¿Rielle? —repitió otra voz desde dentro.

Después de echar una ojeada en derredor, Leyikh la tomó de la mano y tiró de ella hacia el interior. La examinó de arriba abajo y frunció el ceño al ver sus zapatos cubiertos de lodo.

—¿Estás ilesa?

Respondió «sí» con un resoplido mientras dos brazos la estrechaban con fuerza. Ankari se apartó sorbiéndose la nariz y enjugándose las lágrimas. A Rielle la conmovió verla tan afectada, pero se le retorció el estómago al recordar lo que había ido a comunicarles.

«¿Sigo resuelta a marcharme? —pensó en el Raen, que la aguardaba fuera. ¿Se iría si ella decidía quedarse a pesar de todo?—. Podría poner a prueba su palabra..., pero ya habrá leído mis intenciones en mi mente».

—¿Qué ha pasado? —preguntó Leyikh—. ¿Eran ciertas las sospechas de Baluka? ¿Te ha raptado el Raen?

—Sí. Él... quería hablar conmigo.

—¿Sobre qué? —inquirió Ankari.

—Dínoslo, si puedes —agregó Leyikh.

Rielle inspiró profundamente y soltó el aire.

—No puedo quedarme con vosotros —anunció.

—Ah —dijo Leyikh, asintiendo.

Ankari puso mala cara y farfulló algo que Rielle no oyó bien.

—Será mejor que me vaya —les dijo—. Si no, no os traería más que problemas, y no sería una buena manera de agradeceros todo lo que habéis hecho por mí.

Leyikh juntó las cejas.

—¿Adónde irás?

—Nadie puede llevarme a casa, así que a otro lugar.

—¿Y cómo vas a...? Ah. Él te llevará. —Leyikh inclinó la cabeza y se encorvó.

Con la respiración trémula, Ankari la abrazó de nuevo.

—Ojalá pudieras quedarte —susurró por encima del hombro de Rielle—. Nos alegraría mucho que fueras nuestra hija.

Rielle se estremeció. «Ya sabía que esto no sería fácil —pensó—. Que nunca funcionaría. Por lo menos esta vez he tenido la oportunidad de despedirme, cosa que

no pude hacer con mi familia, Izare y los tejedores. Pero antes...». Apartó a la mujer con delicadeza.

—Baluka no está aquí —declaró.

El matrimonio negó con un gesto.

—Temo que haga alguna tontería —dijo Leyikh. Sacudió la cabeza—. Debería haberme esforzado más por convencerlo de que se quedara.

—¿Podéis explicarle por qué me he ido? —preguntó Rielle—. ¿Y decirle que estoy a salvo?

—Correremos la voz por medio de todos los viajeros —le aseguró Leyikh—. Y dejaremos mensajes en todos los lugares que visitemos.

Ella asintió.

—Si se me ocurre un modo de ponerme en contacto con él, lo intentaré.

—Gracias.

Ella retrocedió un paso hacia la puerta.

—Adiós —dijo—. Gracias. Os deseo negocios prósperos a vosotros y vuestra familia.

—¡Espera! —Ankari se dirigió a toda prisa hacia un armario, frotándose los ojos de nuevo. Sacó una bolsa pequeña con un bordado intrincado y se la tendió a Rielle—. Llévatela —le dijo—. Y ábrela más tarde. Iba a ser tu regalo de boda. Quizá te ayude a iniciar una nueva vida.

—No puedo...

—Y servirá para que te acuerdes de nosotros.

Rielle cerró los dedos en torno a la bolsita. Contenía un objeto cilíndrico. Se la guardó en el bolsillo y, temerosa de que su expresión delatara su sentimiento de culpa, dio media vuelta y cruzó la puerta. Se le empañaron los ojos de pronto, por lo que tuvo que bajar la escalera a tientas. Se secó la cara y, como aún quedaba luz suficiente, extrajo la bolsita y la abrió.

Una cadenilla de plata le cayó sobre la palma, seguida de un colgante cilíndrico del tamaño de su meñique, cubierto de motivos similares a los de los bordados de los viajeros. Una juntura en el medio le indicó que se componía de dos piezas. Las separó con un leve tirón y un giro, revelando un pequeño conjunto de cerdas.

Un pincel. Se le enterneció el corazón. Después de guardar el obsequio, respiró hondo, exhaló un suspiro, irguió la espalda y echó a andar colina abajo.

Estuvo a punto de tropezar con una sombra en forma de hombre.

—¿Lista? —preguntó el Raen.

—Sí —respondió ella con la voz un poco ronca.

Él la sujetó por la muñeca. La oscuridad cedió el paso a la blancura.

CUARTA PARTE

Tyen

A Brev le temblaban las manos. Al ver hacia dónde miraba Tyen, se apresuró a meterlas en los bolsillos del abrigo.

—No —dijo—. Yo no los vi, pero leí la escena en la mente del muchacho que me lo contó. Creía que los asesinos podían estar vigilando la granja, pues los vecinos habían visto a unos desconocidos aparecer y esfumarse después.

Tyen asintió.

—Hiciste lo correcto.

—Los vecinos querían saber qué hacer con los cuerpos. Les dije que los incineraran o enterraran. Dado su estado, no podían llevarlos a sus casas.

Volk frunció el ceño y Hapre apretó los labios, pero ninguno de los generales expresó su disconformidad con la decisión.

—Esa también era la opción más segura —le dijo Tyen a Brev para consolarlo—. Todos sabemos que hay muy pocas probabilidades de que nos entierren en casa, de acuerdo con los ritos de nuestros pueblos. —El corazón se le encogió un poco más. Si bien no había podido salvar a Yira, al menos había conseguido hacer llegar sus restos a su hogar.

—¿Estás seguro de que no te han seguido? —preguntó Volk.

—Tan seguro como podría estarlo cualquiera. —Brev volvió rápidamente los ojos hacia las sombras de la habitación—. He seguido todos los pasos y tomado todas las precauciones.

—Gracias —le dijo Tyen—. Puedes retirarte.

Brev dio un paso hacia atrás y se detuvo, vacilante.

—¿Nos trasladaremos de nuevo a otro mundo?

Tyen posó la vista en los generales.

—Estamos a punto de tomar una decisión al respecto.

El hombre hizo una mueca de disculpa antes de salir de la habitación a toda velocidad. Cuando la puerta se cerró tras él, Tyen exploró las mentes que estaban dentro del edificio y en los alrededores, y no encontró ninguna que estuviera ocupada leyendo el pensamiento a alguien. Se volvió hacia los dos generales.

—¿Qué opináis?

—Que deberíamos marcharnos —contestó Hapre sin dudar.

Volk se mordió la parte interior de la mejilla mientras meditaba su respuesta. Como su silencio se prolongaba, Hapre empezó a tamborilear con los dedos sobre su muslo. El hombretón siempre pensaba con detenimiento antes de hablar, lo que irritaba a los otros generales pese a que sabían que era una buena costumbre, sobre

todo porque Volk se encargaba de las espinosas cuestiones relativas a la seguridad de los rebeldes.

—Sería justo lo que los aliados querrían que hiciéramos —dijo Volk al fin—. Quizá hayan descubierto en qué mundo nos ocultamos, pero ignoran la localización de todos nuestros escondrijos. En vez de perder el tiempo buscándonos, les conviene asustarnos para que huyamos, vigilar los caminos transitados que conducen a los mundos vecinos y atacar a todo aquel que salga de aquí.

—Entonces debemos evitar los caminos transitados —dijo Hapre—. Los aliados no pueden permanecer en el espacio entre mundos. Tendrán que aguardar en los lugares de llegada a los que conducen esos caminos. Podemos abrir caminos nuevos para eludirlos.

Esta vez fue Tyen quien arrugó el entrecejo.

—Estoy casi convencido de que los aliados tienen algún sistema para respirar en el espacio intermedio, o simplemente no les hace falta. Durante la batalla, Preketai pensó en llevar allí a Yira y retenerla hasta que se asfixiara. —Se le entrecortó la voz e hizo una pausa para tragar saliva antes de continuar—. No planeaba respirar hondo, ni creía que pudiera contener el aliento más tiempo que ella. Simplemente se lo planteó como una posibilidad. —Cuando alzó la vista, advirtió que los dos lo contemplaban con una mezcla de asombro y horror.

—Lograste asomarte a su mente —dijo Volk, sacudiendo la cabeza—. Tus poderes nunca dejan de sorprenderme, Tyen.

Hapre torció el gesto con empatía.

—Debe de haber sido muy duro ver eso.

—Sí. —Volk miró otra vez a su camarada—. Eso significa que marcharnos ahora mismo sería demasiado arriesgado.

Ella sacudió la cabeza.

—Pero no podemos quedarnos. Nos darán caza, grupo a grupo. Debemos dispersarnos, que cada grupo abra caminos nuevos para salir de este mundo. Capturarán a algunos, pero la mayoría conseguirá escapar porque, hasta donde sabemos, no hay suficientes aliados para detenernos a todos.

—Los primeros en partir tendrán más probabilidades de morir —señaló Tyen.

—Alguien tiene que ser el primero —repuso Hapre con una expresión severa en los ojos—. Pediremos voluntarios para que sirvan de cebo y alejen a los aliados de aquí.

—O podemos encabezar la marcha nosotros, que somos los más fuertes —sugirió Volk.

—No. Eso pondría en mayor riesgo de captura a quienes poseemos la información más valiosa.

Tyen negó con la cabeza.

—Lo mejor sería que todos partiéramos a la vez. Estoy de acuerdo con Volk en que seguramente esperan que huyamos. Pero tampoco podemos quedarnos. Si no nos

vamos, nos darán caza, en efecto. Debemos esperar a que crean que hemos decidido permanecer aquí y entonces, cuando vengan a este mundo a buscarnos, marcharnos todos al mismo tiempo. Ese será el mejor momento para burlarlos. Mientras tanto, deberíamos montar escondites falsos para atraer su atención hacia allí primero, de modo que cuando lleguen a este mundo estemos avisados. —Tyen desplazó la vista entre ambos generales—. ¿Qué os parece?

Ambos asintieron, pensando que era un plan razonable.

—Debemos consultar a Frell —dijo Hapre.

Volk se encogió de hombros, resistiendo la tentación de meterse con ella por la relación amorosa que había entablado con Frell, un hábito que a Hapre no le hacía ninguna gracia. Aun así, esta entornó los párpados al ver la expresión de Volk y adivinó lo que estaba pensando. Tyen tomó aire para hablar antes de que comenzaran a pincharse el uno al otro abiertamente.

Soltó un suspiro cuando unos golpes en la puerta lo interrumpieron. Los pensamientos del mensajero situado al otro lado de la puerta le revelaron el motivo de su visita.

—Frell quiere que me entreviste con uno de los nuevos reclutas —informó a los generales—. Puesto que me está esperando, iré ahora y aprovecharé para ponerlo sobre aviso de la situación.

—Yo empezaré a montar los escondrijos falsos —dijo Volk—. Tengo varios emplazamientos en mente. Unos que abandonamos porque no eran lo bastante seguros, o porque descubrimos que la gente local no era de fiar.

—Y yo informaré a los otros grupos de lo ocurrido y les advertiré que tengan cuidado y estén preparados para la marcha —agregó Hapre.

—Nada de advertencias, por el momento. —Tyen giró sobre los talones y se dirigió hacia la puerta—. Todos los grupos ya deberían estar listos para partir en cualquier momento. Cada vez que enviamos un mensajero, corremos el riesgo de que este conduzca a los aliados hasta ellos o nosotros, sobre todo ahora. Quedaos aquí, por si llegan más informes sobre los aliados. —Abrió la puerta y saludó con una inclinación de cabeza al hombre que aguardaba fuera—. Bien. ¿Dónde está Frell, Daam? Ah, sigue en el mercado. Reunámonos con él allí.

Daam asintió mientras Tyen pasaba por su lado y lo siguió por el pasillo hacia las escaleras. Tyen analizó el resto de la información que había extraído de la mente del hombre. Había algo fuera de lo normal en uno de los nuevos reclutas, pero Daam no sabía qué. Solo sabía que el hombre era un hechicero poderoso. Más poderoso que Frell.

Un escalofrío de aprensión le bajó a Tyen por la espalda.

—¿Cómo de poderoso? —preguntó, mirando por encima del hombro.

Daam sonrió.

—No tanto como tú, Tyen —respondió.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Es lo que cree Frell.

—¿Y por qué está Frell tan seguro?

—El hombre dejó que le leyera la mente. Es de fiar.

Tyen se detuvo en lo alto de las escaleras.

—Si Frell lo ha puesto a prueba, ¿por qué tengo que entrevistarme con él?

—Según Frell, te interesa hablar con él. No ha podido decirme por qué. Solo tú puedes saberlo. Da toda la impresión de que el hombre le guarda un rencor profundo al Raen. Parece muy ansioso por ayudarnos.

«Genial —pensó Tyen—. Si hay algo que no necesito ahora mismo es a un hechicero poderoso que cree que su fuerza le bastará para granjearse el respeto de los demás, y menos aún si insiste en emprender acciones inmediatas contra el Raen. Por otro lado...», si Tyen ponía al hombre al mando de uno de los grupos aislados, se lo quitaría de encima.

Después de descender los escalones, atravesó la cocina vacía y entró en el almacén. Absorbió un poco de magia para apartar unas cajas, abrió la trampilla y bajó por la escalera. Daam entró tras él, y el sonido de algo que se deslizaba le indicó a Tyen que el joven había vuelto a colocar las cajas en su sitio.

La escalera conducía a un pasadizo que un poco más adelante se ensanchaba hasta desembocar en un hueco excavado en el muro de un canal. A un lado corrían las aguas sucias, llevando consigo la pestilencia de la ciudad. Tyen subió a una de las barcas amarradas a lo largo de la alcantarilla y se sentó mientras Daam desenganchaba la cuerda y embarcaba. El joven empuñó la pértiga y comenzó a hacer maniobras para navegar por el canal.

Al poco rato, salieron a la luz del sol entre un flujo constante de embarcaciones. Una brisa fresca mantenía a raya los olores. Había tanta gente por todas partes que Tyen se preguntó si la ciudad entera estaba al aire libre, disfrutando del buen tiempo. La mayoría se saludaba cuando sus botes se cruzaban. Él no se contagió de su buen humor. La idea de que los aliados del Raen estuvieran acechando ese mundo, aguardando a que los rebeldes huyeran presas del pánico, era como una opresión detrás de los ojos que le provocaba dolor de cabeza. Deseaba poder avisar a los grupos que se ocultaban en diversos rincones de ese mundo sin ponerlos en un peligro aún mayor. Como siempre, algunos habrían relajado sus esfuerzos por permanecer escondidos. La noticia de que los aliados habían encontrado y asesinado a un grupo los conmocionaría y empujaría a tener más cuidado, por lo que estarían alerta y listos para partir en cuanto recibieran la señal.

El problema residía en que él se sentiría culpable de su muerte aunque la causa fuera la negligencia de ellos a la hora de mantenerse en la sombra. Aún se consideraba responsable de la muerte de Yira, por más que repetía para sus adentros que ella había decidido unirse a la rebelión y convertirse en su líder. Por esta razón detestaba estar al frente de los rebeldes, pese a que le resultaba más fácil de lo que había imaginado. Cuando habían encontrado otro mundo en el que esconderse, había

intentado traspasarle la responsabilidad a algún otro general, pero ninguno de los tres la había aceptado. Alegaron que Tyen era el único indicado para la tarea, más que nada por todas las buenas ideas que se le habían ocurrido hasta la fecha. Cuando él había intentado sacarlos de su error señalando que Yira había contribuido más, ellos habían esgrimido su sentido de la justicia como un argumento más en favor de su liderazgo.

Todos reconocían en su fuero interno una verdad no expresada: que, después de percatarse de que los aliados del Raen habían hecho lo imposible por perseguir y matar a los líderes rebeldes anteriores, no querían ser los siguientes en morir. El hecho de que Tyen fuera el rebelde más poderoso y con más probabilidades de sobrevivir al siguiente ataque o enfrentamiento aliviaba su sentimiento de culpa por insistir en mantenerlo al mando.

Él había acabado por ceder, porque era la manera más sencilla de contener a los rebeldes. Al principio habían estado demasiado ocupados buscando un mundo nuevo donde ocultarse para proponer una ofensiva contra otro aliado. Después, cuando él había desoído los llamamientos a la acción, los generales lo habían apoyado al concluir que necesitaba más tiempo para superar el dolor por la muerte de Yira.

Lo cierto era que la culpabilidad y la tristeza aún lo embargaban de vez en cuando. Le dejaban una sensación de soledad, y buscaba momentos de intimidad para escabullirse al espacio intermedio a fin de hablar con Vella sin tener que sacarla de su bolsa.

Echaba de menos a Yira. Añoraba su compañía, su confianza, su familiaridad. No había nadie más en ese lugar con quien tuviera trato desde hacía tanto tiempo. Comparados con ella, los otros rebeldes eran unos desconocidos. Solo Vella lo conocía desde hacía más tiempo, y después de la muerte de Yira, él había caído en la cuenta de cuánto añoraba sus conversaciones con ella también.

Cuando la barca dobló una esquina, un ruido discordante le castigó los oídos. Arrancado de sus pensamientos, Tyen miró alrededor y se reprendió a sí mismo por no haber estado más atento a lo que ocurría alrededor. Habían entrado en el mercado principal de la ciudad. Casi todas las transacciones se llevaban a cabo en el agua. Se empleaba con este fin algún tipo de sistema de navegación cuyo funcionamiento no era evidente para los forasteros, y por el momento Tyen no había prestado la suficiente atención para comprenderlo. Daam parecía saber lo que había que hacer, por lo que Tyen le leyó la mente.

«Ese va en la dirección en la que queremos ir nosotros —pensaba Daam—. Haré lo mismo que él».

A Tyen le tembló la mejilla, pero en cuanto se percató de que estaba a punto de sonreír, el impulso desapareció. Apartó la vista de Daam e inspeccionó las mentes de las personas que los rodeaban. Una mujer se negaba en redondo a bajar los precios, más que nada porque le había cogido aversión al cliente. Un hombre intentaba seducir a una mujer mucho más joven de lo que él creía y que hacía caso omiso de

sus insinuaciones. Un anciano permanecía sentado en la proa de su barca, sin que le importara que su hijo insistiera en atender a todos los clientes, pues le encantaba observar a la gente. El viejo recordó a una mujer en quien se había fijado hacía un rato: «Nunca había visto a nadie igual. Supongo que era de otro mundo. No miraba las mercaderías. A juzgar por su actitud, buscaba a alguien».

A Tyen se le erizó el vello. Continuó explorando, saltando de una mente a otra. El anciano había dejado de pensar en la mujer sin revelar por dónde se había ido. Como había demasiadas mentes alrededor para efectuar una lectura precisa, Tyen se concentró en las que se hallaban en la dirección en que Daam impulsaba la barca con la pértiga. Cuando su camino se vio obstruido y tuvieron que esperar a que se despejara, Tyen consiguió extender su conciencia más allá, describiendo un arco para eludir el obstáculo.

La localizó a menos de cien pasos de distancia, alejándose de Daam y de él.

«... justo la clase de lugar donde se esconderían. Mucha gente... —pensaba ella. Su mente se desvió hacia los otros aliados—. Necios. Si los rebeldes salen todos a la vez en un solo grupo, tal vez sean lo bastante fuertes para matar a uno de los nuestros. Es mejor liquidarlos uno por uno. —Durante un rato se concentró en leer el pensamiento de quienes tenía alrededor—. ¿Dónde estarán? Sé que alguien ha llegado a esta ciudad en las últimas horas...».

Una sacudida de la barca devolvió la atención de Tyen a su entorno inmediato. Daam estaba en cuclillas en el centro, sujetando el casco de otra embarcación, ocupada por una mujer y tres hombres, uno de los cuales era Frell.

Tyen examinó a los desconocidos. Una pareja de recién casados y un hombre varios ciclos más joven que él estaban sentados en el bote, todos vestidos a la manera local. En la mente de Frell leyó que el joven era la persona que él quería que conociera.

—¿Cuándo habéis llegado a este mundo? —preguntó Tyen, mirando a los desconocidos, uno detrás de otro.

Los tres se volvieron hacia Frell, que asintió para animarlos a responder.

—A uno de vosotros lo han seguido —les informó Tyen. Se dirigió a Frell—. Una aliada que trabaja en solitario. Llévate a los recién llegados hacia el este. Daam... —El joven rebelde había empalidecido—. Regresa a la casa, asegurándote de que no te sigan, y avísales.

—¿Y tú qué harás? —inquirió Frell.

—Alejarla de aquí.

—Te acompaño —se ofreció el joven.

Tyen abrió la boca para rehusar la oferta, pero el hombre estaba pensando que dos hechiceros fuertes tendrían más posibilidades de derrotar a la mujer que uno solo. «Si ella descubre que soy el líder rebelde, quizá intente capturarme, como me advirtió el Raen. Pero si voy con otro rebelde, le resultará más difícil conseguirlo».

Le tendió una mano al joven, que se la estrechó con firmeza. Tyen se impulsó

hacia el espacio entre los mundos, pero sin alejarse hasta tal punto que el mercado desapareciera. Se deslizó junto con el joven hacia donde debía estar la mujer. Pocas personas los vieron, pues la mayoría estaba ocupada comprando y vendiendo. Tyen decidió modificar ligeramente su estrategia y, tras materializarse entre los bancos en los que comían los clientes de un puesto de comida situado al final de un embarcadero, buscó a la aliada y la encontró. Según leyó en su mente, se llamaba Inekera.

—Está cerca —declaró. Le soltó la mano al recién llegado y se encaramó a un banco—. ¡El Raen ha vuelto! —gritó—. ¡El Raen ha regresado! ¿Quién se ha creído que es para decirnos adónde podemos viajar y qué podemos hacer? ¡Uníos a nosotros! ¡Juntos podemos liberar a los mundos de su tiranía!

Varias cabezas se volvieron hacia él. Las miradas se fijaron en él. Las mentes reaccionaron con sorpresa ante su osadía, antes de que algunas se inclinaran por la irritación y otras por la admiración. Inekera percibió el pensamiento de alguien que maldecía a los rebeldes por causar conflictos innecesarios, y saltó de una mente a otra hasta que vio el embarcadero a través de los ojos de quienes rodeaban a Tyen. La mujer se rio por el momento tan inoportuno que había elegido aquel rebelde para intentar captar seguidores sin saber que una aliada del Raen andaba cerca.

Él debía actuar a toda prisa, antes de que ella intentara leerle la mente y no lo consiguiera.

—Nos ha visto —dijo Tyen—. ¿La ves tú?

El joven negó con la cabeza. Empezaba a preocuparse. «Si no puedo leerle la mente a esa mujer —pensó—, debe de ser una...».

Tyen bajó de un salto, agarró al forastero del brazo y se impulsó para abandonar el mundo. Se deslizaron a través de la ciudad a una velocidad de vértigo, y cuando él percibió una sombra que los seguía, lo recorrió una oleada de triunfo. Ella había mordido el anzuelo.

Debajo de ellos, los canales centelleaban. Atravesaron incontables muros. De pronto, ante ellos no se abría más que una gran masa de agua, de cuya superficie sobresalían algunas torres antiguas de edificios abandonados que habían quedado sumergidos mucho tiempo atrás. Inekera empezaba a ganarles terreno. Tyen aceleró. La mujer continuó reduciendo la distancia que los separaba, por lo que él avanzaba cada vez más deprisa, retrasando el momento en que ella los alcanzara. Antes de que él y el recién llegado se quedaran sin aire, se detuvo y regresó al mundo sobre una pequeña medialuna de arena reluciente. La mujer pasó de largo como un bólido.

Conscientes de que la necesidad de respirar sería imperiosa, tanto el forastero como él se llenaron los pulmones en cuanto el aire los envolvió. Cuando la mujer frenó su avance y retrocedió, ambos respiraban de forma agitada, pero ya no jadeaban. Al materializarse, ella soltó una carcajada, eufórica por la persecución, pero la sonrisa se le congeló en la cara cuando desplazó la vista del recién llegado a Tyen. Podía leerle la mente al primero, pero al segundo no.

No obstante, para su gran alivio, el más fuerte no hizo ademán de atacarla. Ella no pensaba quedarse para averiguar por qué. Entornó los párpados y alzó el mentón en un gesto desafiante. Acto seguido, huyó hacia el espacio intermedio.

Tyen se lanzó a perseguirla, solo. El forastero no fue tras él, pues era lo bastante listo para comprender que si Tyen no lo había llevado consigo era porque no lo necesitaba. Inekera se adentró velozmente en el espacio intermedio. Tyen la siguió hasta poco más allá de medio camino hacia el mundo siguiente antes de volverse atrás. Cuando regresó al islote, el joven suspiró aliviado.

—No estaba seguro de lo que querías que hiciera. ¿Ha escapado?

Tyen asintió.

—Se ha escabullido de este mundo antes de que pudiera impedirselo, y no tengo tiempo para perseguirla a través de otros mundos.

El hombre asintió.

—Y en el espacio intermedio tiene la ventaja de que no necesita respirar. Además, podía llevarte directamente a las garras del Raen o de otros aliados. —Miró en torno a sí—. Supongo que ahora tendréis que abandonar este mundo. Ella correrá la voz de que tenéis una base aquí, por lo que debéis trasladaros deprisa antes de que lleguen el Raen o sus aliados.

Tyen movió la cabeza afirmativamente, impresionado. El joven había inferido con rapidez las consecuencias del encuentro con la hechicera, y había mantenido la calma pese a haberse visto las caras con una aliada del Raen pocas horas después de unirse a la rebelión.

«Pero eso también significa que no puedo pedirle que se incorpore a alguno de los grupos rebeldes. —Tyen maldijo por lo bajo—. Bueno, dadas las circunstancias, será mejor que sepa lo que le espera en las siguientes horas o días».

—Los aliados ya saben que estamos aquí —le informó—. Hoy han atacado uno de nuestros escondrijos. Estamos planeando una maniobra de distracción para sacar a todos los rebeldes de aquí. —Le tendió la mano.

—¿A todos? —El hombre frunció el ceño, sin prestar atención a la mano de Tyen—. ¿Me estás diciendo... que todos los rebeldes están en este mundo?

—Sí.

—Pero... si os descubren, os quedaréis atrapados aquí. Un momento... Eso es lo que ha ocurrido, ¿verdad? —Leyó la respuesta en la expresión de Tyen—. ¿Por qué no os habéis dispersado por muchos mundos?

—Porque la comunicación entre mundos resulta demasiado peligrosa. —Tyen comenzó a replantearse la primera impresión que le había causado. Le divirtió comprobar que el hombre también estaba cambiando su opinión sobre él.

«¡Menuda panda de necios desorganizados!».

Tyen soltó una carcajada desprovista de humor.

—Deberías haber visto cómo eran cuando me sumé a sus filas. Créeme, han mejorado mucho.

El hombre miró a Tyen de arriba abajo. «Se ríe. ¿Cómo puede reírse? Hoy han muerto personas que estaban a su cargo. Y el sustento de los viajeros, tal vez incluso su seguridad, peligrarán cuando el Raen descubra que uno de ellos se ha unido a la rebelión».

—¿Los viajeros? —repitió Tyen—. ¿Eres un viajero? —¿Ese hombre pertenecía al pueblo que había creado el idioma y el sistema de medición del tiempo que compartían todos los mundos? No había nada destacable en él. No era ni alto ni bajo, tenía la tez morena pero no muy oscura y un rostro agradable pero en absoluto excepcional. Por otro lado, desde una lógica extraña, tenía sentido que una raza que interactuaba con todos los mundos presentara un aspecto corriente y poco amenazador.

—Sí —respondió el hombre—. ¿Por qué?

Tyen sacudió la cabeza y le ofreció la mano de nuevo.

—No había conocido a ninguno. ¿Cómo dices que te llamas?

—No te lo he dicho. —Le aferró la mano—. Me llamo Baluka.

—¿Un viajero? —dijo Volk. Tyen detectó un deje de desaprobación en su voz—. Tu pueblo es aliado del Raen.

—Aliado no —replicó Baluka—. Tenemos un acuerdo con él desde hace varios ciclos. Nos permite comerciar entre los mundos siempre y cuando no enseñemos a otros a hacerlo ni conspiremos contra él. Eso no equivale a estar a su servicio.

—¿Y qué obtiene él a cambio? —preguntó Tyen.

Baluka guardó silencio por unos instantes.

—¿A qué te refieres?

—El Raen se enfada con cualquiera que conspire contra él o enseñe a otros a viajar entre los mundos. No se trata precisamente de un requisito que imponga solo a tu pueblo. ¿Por qué hace una excepción con los viajeros?

El joven arrugó el entrecejo.

—Pues... esto... Tal vez porque... —Soltó una prolongada exhalación y sacudió la cabeza—. No lo sé.

Al escrutar la mente de Baluka, Tyen no pudo contener una sonrisa de conmiseración. El hombre estaba sorprendido y algo alterado por haberse percatado de que nunca había puesto en duda la explicación que le habían dado, y ahora se preguntaba si había algo más detrás del acuerdo. «¿Estoy jugándome algo más que nuestra seguridad y estilo de vida? —pensaba Baluka—. De ser así, debe de tratarse de un secreto de muchos siglos de antigüedad...».

—No hay tiempo para esto —dijo Hapre, dando golpecitos con el pie sobre la alfombra raída—. Los mensajeros están listos para transmitir la señal de partida. ¿Están a punto los escondrijos falsos, Volk?

Este, como de costumbre, meditó su respuesta con detenimiento antes de hablar. En la penumbra de la habitación, costaba distinguir la expresión del hombre de piel oscura, pero Tyen vio que solo estaba vacilando antes de revelarles algo que no les gustaría.

—¿Volk? —lo alentó.

El hombre suspiró.

—No. Necesito más tiempo. Esto no puede hacerse con prisas.

—¿Cuánto tiempo más? —preguntó Tyen.

—Lo ideal sería unos días. —Volk hizo una pausa—. Supongo que podría terminar esta misma noche si reduzco el número de escondites.

—¿Puedo ayudar en algo? —se ofreció Frell.

—Hmm. Tal vez.

Tyen frunció el ceño, convencido de que estaba olvidando algo. Mientras consideraba la oferta de Frell, le vino a la cabeza.

—Frell, ¿podemos inspeccionar de forma segura los lugares de llegada para los nuevos reclutas? Es posible que los aliados solo hayan descubierto uno, y que haya algunos recién llegados esperando a que contactemos con ellos.

—Quizá.

—Tal vez hayan dejado pasar a algunos futuros rebeldes con la esperanza de capturar a quienes acudieran a buscarlos —advirtió Hapre.

—Tendré cuidado —le aseguró Frell.

Ella soltó un leve bufido de frustración.

—¿Y qué hago yo mientras todos están ocupados?

—Lo siento, Hapre. Tus funciones requieren que permanezcas aquí —dijo Tyen—. Pero... ¿podrías explicarle a Baluka lo que necesita saber?

—Por supuesto. —Ella miró a Baluka y se dirigió hacia la puerta—. Ven conmigo, viajero.

—Yo estaré atento a las mentes de los aliados que aparezcan en esta zona —finalizó Tyen.

Esperó a que todos se marcharan y echó una ojeada por detrás de las gruesas cortinas a la calle iluminada por la luna. Los juerguistas iban y venían por la acera. Algunos llevaban lámparas e iban cogidos del brazo, tambaleándose y riendo. Otros caminaban encorvados, en silencio y con paso apresurado. Aunque la habitación era pequeña y sórdida, se encontraba en pleno centro de un barrio pobre, repleto de mentes que soñaban o estaban en vigilia, que proporcionaba a los rebeldes un lugar ideal donde ocultarse. Por desgracia, también le dificultaba la tarea de localizar a los aliados entre miles de personas. Cabía la posibilidad de que, tras enterarse por boca de Inekera de que Tyen había estado en la ciudad de los canales, albergaran la esperanza de que él y los otros rebeldes siguieran allí.

Tyen inspeccionó la zona en busca de mentes enemigas y, tras cerciorarse de que no había aliados en las inmediaciones, respiró hondo y se apartó ligeramente del mundo. Los ruidos de la ciudad quedaron reducidos a un rumor apagado.

«Vella».

—Tyen.

«¿Ves algún fallo en nuestros planes?».

—Solo los riesgos que ya conoces.

«¿Sabes qué ofrecieron los viajeros al Raen a cambio del permiso para viajar entre los mundos?».

—No. Cerraron el trato después de que yo quedara sepultada en tu mundo, y no he tocado a nadie que tenga conocimiento de ello desde que me desenterraste.

«Me pregunto quién podría saberlo. Aparte del propio Raen, claro».

—Tal vez uno o más de sus aliados lo sepan.

«No puedo marcharme para perseguir a uno de ellos, y si los rebeldes derrotan a

otro, dudo que lo dejen vivir durante el tiempo suficiente para interrogarlo. Pero tal vez cuando estemos instalados en un mundo nuevo pueda salir en busca de uno».

—Eso sería peligroso.

«Sí, pero algo tengo que hacer».

—Quieres distraerte con algo para dejar de pensar en Yira.

Él suspiró.

«Imaginaba que a estas alturas ya habría superado el dolor».

—Lleva más tiempo del que crees.

«Y supongo que en el fondo no quiero superarlo. Sería algo demasiado parecido a olvidarla».

Percibió un sonido tenue. Cuando regresó al mundo, oyó unos golpes en la puerta. Buscó la mente situada al otro lado y descubrió que Hapre quería hablar con él... y escapar de las incesantes preguntas del viajero.

—Adelante —dijo Tyen—. ¿Cómo está nuestra más reciente incorporación? —inquirió cuando Hapre cerró la puerta tras de sí.

Ella soltó un breve suspiro.

—He intentado hablarle del ataque contra Preketai, y él no dejaba de interrumpirme. —Pero no porque no le interesara su relato, reconoció para sus adentros. Baluka le había planteado preguntas inteligentes sobre cuestiones estratégicas y la información que los rebeldes poseían acerca del Raen—. Quiere saber si tenemos idea de dónde reside el Raen. ¿La tenemos?

—No.

Hapre chasqueó la lengua como solía hacer cuando reflexionaba sobre algún dato.

—¿Estás seguro? Es posible que alguno de nosotros lo sepa pero no haya pensado en ello delante de ti.

—Es posible, pero improbable. Una cosa así ocuparía un lugar preeminente en sus pensamientos.

Ella chasqueó de nuevo la lengua.

—Me pregunto si los aliados lo saben siquiera.

Tyen abrió la boca para expresar la idea que se le había ocurrido antes, consistente en atrapar e interrogar a un aliado, pero la cerró enseguida. Se suponía que no debía animar a los rebeldes a atacar a nadie. En ocasiones olvidaba con demasiada facilidad que era un espía, no un rebelde.

—Si no te parece mal, empezaré a investigar una vez que estemos instalados en el nuevo lugar —dijo Hapre.

—No me parece mal. Pero ten cuidado —respondió Tyen.

—Así lo haré. —Al cabo de unos instantes, preguntó—: ¿Puedo...?

Tyen torció el gesto.

—Sí, dile que venga. Quiero conocer sus motivos para unirse a nosotros.

—Gracias.

Tras sentarse en la única silla de la habitación, Tyen escuchó los sonidos de la

ciudad. Al final de la calle, una mujer reía como una loca. Más cerca se oían unos gemidos procedentes de la dirección del burdel, pero él resistió la tentación de examinar la mente de quien los emitía. La causa podía ser buena o mala, pero en cualquier caso lo perturbaría y lo distraería. En vez de ello, volvió a explorar las mentes de los alrededores en busca de aliados del Raen.

Alguien llamó a la puerta. Tyen la abrió por medio de la magia. La silueta de un joven de cabello rizado que vacilaba en entrar se recortó contra la luz tenue.

«Supongo que ni siquiera me había planteado que pudiera haber una jerarquía —estaba diciéndose Baluka—. No sé si me gusta su... No, no pienses en ello ahora».

—Entra, Baluka —lo invitó Tyen.

El viajero cruzó la puerta, dio unos pasos y se detuvo.

—Tienes algunas preguntas —señaló Tyen—. Yo también. Para empezar, quiero saber por qué nos has buscado.

Un rostro apareció de inmediato en la memoria del hombre. Una mujer de una belleza notable. Tyen estuvo a punto de sonreír. Había aprendido que, por lo general, la diferencia entre una cara hermosa y una simplemente agradable residía solo en la mente del admirador. La profundidad de los sentimientos que envolvían el recuerdo de un amante podía hacer que un rostro brillara con un encanto mágico.

Pero la imagen de la mujer cedió el paso a otra cara conocida, y las ganas de sonreír de Tyen se evaporaron al descubrir que Baluka había visto al Raen... recientemente.

—El Raen se llevó a mi prometida —murmuró el joven.

Una escena se reprodujo en la mente de Baluka. La mujer sonreía y desviaba la mirada. El Raen emergía de la oscuridad. La mujer soltaba un grito ahogado antes de que ambos se desvanecieran.

—Tengo la intención de encontrarla y liberarla.

Tyen juntó las cejas.

—¿Sabes por qué se la llevó?

Baluka asintió.

—Es una Creadora.

«Y una hechicera poderosa —agregó Baluka para sus adentros—. Una combinación fuera de lo común. Algo casi insólito».

—Así que... crees que tu prometida...

—Rielle.

—Que Rielle está en el palacio del Raen. En su mundo.

—Así es.

«Por lo menos es poco probable que el Raen le haga daño —pensó Tyen—, aunque quién sabe qué sería capaz de hacer para convencerla de que trabajara para él, si ella se negara... —Se estremeció, alegrándose de que Baluka no pudiera leerle la mente a su vez. En los recuerdos de varios rebeldes había visto a los aliados cometer actos que preferiría poder olvidar—. Y, sin embargo, nadie recuerda que el Raen haya

tratado a alguien con una crueldad semejante. Aun así, tiene como aliadas a esas personas, que actúan en su nombre, lo cual es casi igual de malo». Todo el malestar que le producía el estar al servicio del Raen y que él había reprimido se removió en su interior, seguido por la tozuda esperanza de que el Soberano de los Mundos no fuera tan terrible como sus aliados... o de que no todos los aliados fueran perversos.

Suspiró.

—Me temo que tardaremos mucho tiempo en ser lo bastante fuertes para atacar su mundo. Ni siquiera sabemos dónde está.

—Lo entiendo. Si fuera sencillo, ya lo habríais hecho.

Si Tyen no hubiera podido leerle el pensamiento a Baluka, no habría percibido más que aceptación y determinación en su tono de voz. Pero en la mente del recién llegado las palabras estaban cargadas de sarcasmo y desaliento. Al viajero no le había causado demasiada buena impresión lo que había visto de los rebeldes hasta el momento. Una parte de él estaba tentada de marcharse y buscar otra manera de rescatar a su prometida. La otra parte quería hacerse cargo de aquella pandilla desorganizada y convertirla en una fuerza que incluso el Raen llegara a temer.

Y entonces recordó que Tyen podía penetrar en su mente.

Este no se molestó en disimular que lo había visto todo.

—¿Y bien? ¿Qué harías para convertirnos en una fuerza así?

Baluka tragó saliva de forma audible.

—Tengo algunas ideas generales.

—¿Solo ideas generales? Los detalles constituyen el armazón de los planes de guerra. Sin ellos no te queda más que un montón de materiales y pretensiones.

—Bueno, es que acabo de llegar.

—Pues cuéntame qué has pensado por el momento.

—Yo distribuiría las bases por los mundos, para que no nos quedáramos atrapados todos en una.

—¿Y cómo te comunicarías con ellas sin que los aliados detecten a los mensajeros cuando viajen entre los mundos?

—No me comunicaría con ellas. Les enviaría un mensaje solo cuando estuviéramos listos para atacar. Sería más seguro para ellos permanecer en sus mundos de origen hasta entonces.

—Las personas se incorporan a nuestras filas porque quieren participar en la acción, ayudar y que las escuchen, no para que las ignoren.

—Es lo que vosotros les inducís a esperar. De todos modos, no deberíamos invitar a los reclutas a venir aquí. No solo se juegan la vida, sino que podrían conducir a los aliados hasta nosotros, si es que no lo han hecho ya.

—Si no vienen ni una sola vez, ¿cómo sabremos quiénes son y dónde están?

—No necesitamos saberlo. Bastará con que enviemos a los reclutadores a los mundos para dejar información sobre qué deben hacer y adónde deben ir cuando llegue el momento de la ofensiva.

—¿Y cómo conseguimos que los reclutadores viajen hasta allí y regresen de forma segura?

—Tampoco hace falta que regresen. Solo tienen que viajar de un mundo a otro indicando a quienes quieran unirse a nosotros que recibirán un mensaje o señal.

—¿Y cómo sabremos si contamos con seguidores suficientes?

Baluka hizo una mueca.

—Tal vez tengamos que esperar hasta estar seguros de que hemos conseguido apoyo de sobra.

—En cuanto a esa señal... ¿sería la misma en todas partes?

—Sí.

—Pero si los aliados capturan a algún reclutador o rebelde, descubrirán el significado de la señal. Se pondrán alerta y, cuando alguien la emita, lo matarán.

—Depende del tipo de señal que se emplee.

—¿Ah, sí? ¿Y qué clase de señal sugieres que usemos?

Baluka titubeó y exhaló un suspiro.

—Aún no lo sé. Sigo trabajando en ello.

Por un momento, Tyen se sintió decepcionado. Las propuestas del viajero, por muy descabelladas que parecieran, tenían cierto sentido. Con algunos retoques, tal vez... «Pero mi deber no es estimular la generación de ideas que den resultado. —Tamborileó con los dedos sobre el brazo de la silla y se detuvo de golpe cuando vio una ventaja en la sugerencia de Baluka. Mantener a los rebeldes dispersos por los mundos no solo sería más seguro para ellos, sino que los riesgos de viajar impedirían que se juntaran y lo presionaran para entrar en acción. Mientras creyeran que la señal llegaría algún día, esperarían. Y nadie podría desmentir la excusa de que no había aún suficientes rebeldes para atacar al Raen—. Además, si me opongo a esta idea durante un tiempo y luego dejo que Baluka se lleve el mérito, todos lo culparán a él cuando el plan no se traduzca en una ofensiva contra el Raen».

La perspectiva de tenderle una trampa al viajero le provocó una honda vergüenza. «¿Qué diría el Raen si yo le insinuara que liberar a la prometida de este hombre debilitaría la rebelión? ¿Se marcharía Baluka si su amada estuviera libre e ilesa?».

—Si se te ocurre algo... —empezó a decir Tyen.

Baluka asintió.

—Te avisaré. Aunque estoy seguro de que lo leerás en mi mente antes. Entiendo que se trata de una precaución necesaria, pero me costará un poco acostumbrarme. Mi gente considera de mala educación examinarle el pensamiento a alguien sin su consentimiento.

Tyen movió la cabeza afirmativamente.

—La mayoría de la gente así lo cree. Conspirar para matar a un soberano también debe de parecerles una descortesía al soberano y a sus seguidores.

—Peor que una descortesía. —Baluka se acercó a la ventana tapada—. Pero para quienes padecen bajo su yugo, es más bien como una canción. Una melodía que no

puedes sacarte de la cabeza. Que te acelera el corazón y te enciende la sangre.

—Sé a qué clase de canción te refieres. La que hace que la muerte parezca gloriosa y la derrota imposible.

El joven viajero volvió la mirada hacia Tyen, con un lado del rostro bañado por la luz de las farolas que se colaba entre las cortinas.

—La muerte y el riesgo de la derrota son una parte inevitable de la guerra. Dudo que nadie se adhiera a una rebelión sin ser consciente de ello.

—Pero esperan de nosotros que minimicemos los riesgos en la medida de lo posible, o que por lo menos nos aseguremos de que su muerte no sea en vano. Si los tratáramos de otro modo no seríamos mejores que los tiranos a los que quieren derrocar. «A menudo es más prudente no luchar que atacar cuando la victoria no es segura» —citó.

Baluka asintió.

—Si para derrotar al Raen fuera imprescindible el sacrificio de la mayoría de los rebeldes, ¿valdría la pena que muriesen miles de personas por la libertad de los incontables habitantes de incontables mundos?

«¿Valdría la pena? —se preguntó el propio Baluka—. ¿Podría dar la orden de atacar, si supiera que ese sería el precio?». No estaba seguro, y esto lo llevó a sentir un ligero respeto hacia él, a su pesar.

Un escalofrío recorrió a Tyen.

—Esperemos que eso no sea necesario.

Baluka lo contempló en silencio, pensando que él en su lugar habría intentado reconfortar a un recluta en esa situación. Saltaba a la vista que Tyen no era un líder nato. «¿Cómo ha llegado a esa posición? Hapre no me ha contado esa parte de la historia de los rebeldes, solo que Tyen era el consejero de la líder anterior. Tal vez ella confiaba en que yo leyera el resto en su mente. ¡Ah, huevos de lome! Seguramente él está observándome mientras pienso todo esto. Tengo que habituarme a eso. Hay mucho que aprender...».

Tenía razón en eso, se dijo Tyen. Tenía razón sobre demasiadas cosas. Por fin se encontraba frente a un joven con poderes mágicos considerables, dispuesto a asumir el mando de los rebeldes. La tentación de cedérselo era grande, pero Tyen sabía que la próxima vez que viera al Raen, este sabría que había dejado que una persona potencialmente competente tomara las riendas.

«Me dijo que mi deber consistía únicamente en mantenerlo informado sobre las decisiones de los rebeldes —se recordó a sí mismo—. Fui yo quien decidió mantenerlos a raya, por su propia seguridad». Y para tranquilizar su conciencia. Si quería impedir que los rebeldes se enfrascaran en una batalla que no podían ganar, tendría que evitar que ese joven viajero usurpara su puesto.

—Aunque te parezca lo contrario, no me paso el día sentado a oscuras sin hacer nada —le aseguró Tyen a Baluka, dejando que un poco de severidad se reflejara en su voz—. Vigilo las mentes que nos rodean, por si aparece algún aliado del Raen. Esta

tarea me resulta mucho más fácil cuando nadie me distrae. Si no tienes más preguntas que hacerme, por favor reúnete con Hapre, que sin duda agradecerá más tu ayuda que tus críticas.

Baluka inclinó la cabeza y retrocedió un paso.

—Lo siento. Buscaré formas de ser más útil y de no molestar, aunque sospecho que tendré más éxito con lo primero que con lo segundo. —Se detuvo al llegar a la puerta—. Y seguiré intentando idear una señal que podamos enviar a todos los mundos para movilizar el ejército rebelde sin poner sobre aviso a los aliados.

«No me cabe duda», respondió Tyen en silencio. Asintió. Cuando la puerta se cerró, se concentró en amenazas más inmediatas y reanudó su búsqueda mental de aliados del Raen en la zona. Muy poco rato después, unos golpes fuertes y rápidos atrajeron de nuevo su atención hacia la puerta. Exploró la mente de quien llamaba y se le cortó la respiración al leer la noticia que Volk le traía.

—Los aliados han matado a unos reclutas nuevos en dos lugares de llegada — anunció el hombre cuando Tyen salió al pasillo.

—¿Están preparados los escondrijos falsos?

—La mitad.

—Tendremos que conformarnos con eso. Es hora de irnos.

Los tres generales no tardaron en esfumarse, llevándose cada uno a los rebeldes que colaboraban con ellos. Tyen echó un último vistazo por la ventana e inspeccionó las mentes de quienes vivían y trabajaban en la zona. Comprobó que no había nadie observando y, como no había ninguna otra razón para aplazar la partida, se impulsó hacia el espacio entre los mundos.

En vez de abrir nuevos caminos hacia los mundos vecinos, como estaban haciendo los generales, Tyen comenzó a deslizarse hacia un lado. Se desplazó a toda prisa, alejándose de la ciudad de los canales. Después de atravesar el mar, se detuvo en la orilla opuesta para respirar y comenzó a vagar de un lado a otro, buscando señales de llegadas recientes al mundo.

Al principio no encontró ninguna, y empezó a preguntarse si ninguno de los grupos rebeldes había recibido la orden de partir, o si los informes de que había aliados recorriendo el mundo a la caza de insurgentes estaban equivocados. Quizá la masacre de aquellas unidades, más que el fruto de un ataque coordinado, había sido un intento por parte de los aliados de asustar a los rebeldes para que se marcharan.

Sin embargo, los caminos nuevos que comunicaban directamente con otros mundos no eran tan fáciles de detectar como los que generaba alguien al deslizarse por el espacio intermedio. Era como la diferencia entre intentar encontrar con los ojos vendados una columna o una carretera. Tyen había supuesto que los aliados se deslizarían de aquí para allá en su búsqueda de posibles escondites de los rebeldes, y que luego se materializarían y explorarían las mentes de los habitantes por si guardaban recuerdos de forasteros que se hubieran instalado allí hacía poco tiempo.

Cuando por fin detectó un camino reciente, resultó que conducía a otro mundo. Mientras se alejaba deslizándose, maldijo este hallazgo y la mala suerte de los otros rebeldes, pues sabía que si un aliado le seguía el rastro y advertía que había hecho una parada, se detendría para averiguar por qué y descubriría el otro camino que se alejaba del mundo. Tal vez adivinarían quiénes lo habían abierto y perseguirían a los rebeldes en vez de a Tyen. Después de todo, este estaba dejando huellas similares a las que dejaría un aliado.

Por fin localizó un camino recién creado por personas que se deslizaban. Habían saltado de ciudad en ciudad, atravesando fértiles tierras de cultivo y materializándose siempre a la sombra de algún edificio antes de seguir adelante. El camino terminaba en una pequeña población de casas de madera con techumbres de hojas secas agitadas por el viento. Tyen emergió y se resguardó en el hueco de un muro para inspeccionar las mentes que tenía alrededor.

Encontró a algunos lugareños que estaban nerviosos y alerta. El grupo de hechiceros jóvenes que se había instalado en la habitación situada encima del almacén había desaparecido, dejando a medio reparar el tejado en el que trabajaban a manera de alquiler. El casero estaba enfadado por aquel incumplimiento del acuerdo, pero los otros trabajadores habían visto el miedo en el rostro de los jóvenes antes de que se marcharan, y eran lo bastante listos para preocuparse por cualquier cosa que asustara a personas que sabían usar la magia.

Todo esto había ocurrido hacía días, de modo que el suceso había sido comentado a fondo y todo el mundo había vuelto al trabajo. Tyen se propulsó al espacio intermedio y buscó otros caminos. El primero que encontró fue el del aliado. Él o ella había regresado al espacio intermedio desde un punto situado a unos veinte pasos de su lugar de llegada. El camino entoncaba con el que los rebeldes habían abierto en su huida. Basándose en la información que había obtenido de los lugareños y en lo reciente que era el camino del aliado, Tyen calculó que los rebeldes habían partido con antelación suficiente para sacarle una ventaja de varios mundos a su perseguidor, y esperaba que eso fuera suficiente para burlarlo.

«Han tenido suerte —pensó—. No deberían haber llamado la atención utilizando magia en la población donde se establecieron. Sin embargo, supongo que de todos modos no pasaban inadvertidos entre la gente local, y de alguna forma tenían que pagar por su alojamiento». Meditó sobre el hecho de que el aliado había viajado a las ciudades y evitado el campo. «Saben que es más fácil ocultarse entre otras mentes. ¿Sería por tanto más seguro para los rebeldes esconderse en lugares aislados, donde ellos no esperarían encontrarlos? Vella, ¿qué opinas?».

—No sería más seguro —respondió Vella—. Al no localizar rebeldes en las ciudades, los aliados buscarían de inmediato en el campo.

«¿Hay...?». Centró bruscamente su atención en el entorno cuando pasó de largo otro camino. Retrocedió y comenzó a seguirlo. Su creador también se había deslizado de una ciudad a otra y había emergido en varias zonas de cada una. Este en particular se había desplazado de aquí para allá, buscando caminos recientes, al igual que Tyen. Había algo implacable en sus movimientos que le heló la sangre. Cada vez que se materializaba en el mundo, temía lo que descubriría en las mentes de los vecinos.

De pronto, un pensamiento atrajo su atención como un alarido en una habitación abarrotada. Tyen buscó la mente de la que procedía.

«¡No! ¡Por todos los dioses, no! ¿Quién ha podido hacer una cosa así? ¿Y si regresan y me encuentran aquí?».

El hombre que encontró obligó a sus extremidades, inmovilizadas por la impresión, a moverse. Dio media vuelta para huir, con la imagen de lo que había visto aún nítida en la mente.

Sangre. Cuerpos desmembrados. Rostros de los muertos, paralizados por el espanto y el dolor.

Tyen se impulsó fuera del mundo y viajó hacia el hombre. Antes de llegar se topó

con el camino abierto recientemente por el aliado. Este lo condujo hasta un recibidor y una puerta abierta. En el suelo había una cesta volcada y una botella rota sobre un charco de un líquido oscuro.

Se respiraba en el aire un olor dulce y afrutado que no encubría del todo el hedor de la sangre ni, cosa rara, el de una letrina. Cuando Tyen se volvió hacia la puerta abierta, descubrió que este último hedor no tenía nada de raro cuando había personas descuartizadas. Tuvo que reprimir una arcada. Buscó caras entre aquella carnicería. «¿Son rebeldes? —No tenía forma de determinarlo; no reconoció a ninguno—. Hapre y Volk lo sabrían».

Pero tenían que serlo. ¿Por qué si no iba un aliado a perseguirlos y matarlos de forma tan brutal?

«¿Por qué? ¿Por qué los ha matado así?». Conocía la respuesta. Era una advertencia. Eso era lo que les pasaba a quienes desobedecían al Raen. Un dolor punzante en las entrañas lo obligó a doblarse en dos. «El Raen. El asesino que hizo esto trabaja para el mismo hombre que yo. Estamos en el mismo bando».

—No. —La palabra brotó de su boca como un jadeo—. No.

«No somos iguales. —Se enderezó despacio—. Yo no haría algo así. Esa es la diferencia. No soy un aliado. Tengo un acuerdo, como los viajeros. No me obliga a cometer actos como este, algo que yo jamás accedería a hacer».

Estaba intentando poner fin al conflicto entre los rebeldes y el Raen. En cambio, ese aliado se regodeaba con ello.

Estaba buscando a más rebeldes a los que aniquilar.

El estómago se le encogió de nuevo, esta vez por la rabia y el asco que lo embargaban. «Tengo que detenerlo». Se desplazó al espacio intermedio y de inmediato encontró un camino reciente. El aliado se había marchado directamente desde el apartamento, sin preocuparle que su rastro apuntara a los cadáveres como un dedo acusador. Convencido de que nadie exigiría justicia para las víctimas.

«Nadie podría..., excepto yo».

Después de todo, el Raen le había dejado claro que no debía hacer nada que pusiera en peligro su posición entre los rebeldes. Tyen era su líder y el hechicero más respetado. Cabría esperar de un líder que hiciera algo en aquella situación.

La ira lo llenó de energía. El aliado había continuado deslizándose y buscando. Recorriendo a toda velocidad el camino, Tyen dejó atrás una ciudad y llegó a otra, zigzagueando hasta cubrir un área tan grande de la metrópolis que le resultó evidente que el aliado estaba allí en el momento en que él había llegado.

Se detuvo para intentar localizar su mente. No encontró el menor indicio de ella. La ciudad era una de las más grandes de aquel mundo. Continuó siguiendo el rastro, maldiciéndose por haber perdido el tiempo. No tenía ni idea de si estaba alcanzando al aliado, perdiendo terreno o avanzando a la misma velocidad que él. Así que, cuando el camino se truncó de pronto, Tyen examinó las mentes de los alrededores, preparándose para llevarse otra impresión fuerte.

En vez de otra escena espeluznante, Tyen encontró la mente de un hombre que inspeccionaba una habitación. Resca, se llamaba. El aliado se fijó en todos los detalles: una comida a medio preparar, una olla que aún hervía al fuego, piezas de un juego esparcidas sobre una mesa. Parecían fichas de los llimnos, la raza subhumana que servía a su pueblo. La idea de que alguien hubiera podido enseñarle magia a un llimno le repugnaba. La posibilidad de que algunos hubieran escapado de su mundo para vivir en libertad y seguramente aparearse con otras razas inferiores lo horrorizaba.

«El Raen debería prohibir la educación a los miembros de razas inferiores — pensó. Se frotó una cicatriz que tenía en el cuello y le vino a la memoria un viejo desaire—. Y a las mujeres». El recuerdo que el hombre saboreó a continuación llenó a Tyen de espanto y avivó la furia que ardía en su interior. Sin embargo, cuando rastreó de nuevo la mente de Resca para localizarlo, este había desaparecido.

«¡No! No puedo perderlo ahora». Abandonó el mundo y buscó al rebelde en el espacio intermedio. Detectó una sombra. Esta cambió de dirección y se abalanzó hacia él mientras cobraba forma humana: la de un hombre bajo y rechoncho de piel cetrina. No era como Tyen lo había imaginado, salvo por su expresión de regocijo.

—Ya te tengo —dijo Resca, y asió del brazo a Tyen, que sintió un leve estremecimiento.

Como reacción, este giró, agarró la muñeca de Resca y lo arrastró de vuelta hacia el mundo. El hechicero abrió mucho los ojos y Tyen notó cierta resistencia, pero no la suficiente para impedir que llevara al hombre por la fuerza hasta la habitación de la que acababa de marcharse.

Cuando llegaron, Resca se soltó el brazo de un tirón. Reculó y clavó la vista en aquel desconocido, presa de un temor que lo asaltó al percatarse de que no podía leerle la mente, pero que se mitigó cuando dedujo quién era.

—Tú. —Entornó los párpados—. Eres el líder, ¿verdad? El que el Raen nos ha prohibido matar. —Se llevó la mano a la barbilla y tamborileó con los dedos—. Eres uno de los nuestros.

—No —replicó Tyen.

—Sí, lo eres. Un espía. ¿Por qué si no iba a quererte él con vida?

—Supongo que querrá matarme él en persona.

Tyen absorbió magia y observó a Resca, que intentaba en vano encontrar el límite de la oscuridad. La sonrisa del hombre se desvaneció. Dio un paso hacia atrás.

—Pero...

La descarga de Tyen echó abajo la endeble defensa del aliado en unos instantes. Resca soltó un chillido animal de incredulidad y terror. Cayó de rodillas.

—¡Por favor! ¡No me mates! Me marcharé. Me iré muy lejos. No volveré a hacer daño a un rebelde.

Tyen penetró con la conciencia en el cuerpo del hombre hasta localizar el pulso. Le inmovilizaría el corazón en un instante y todo habría terminado. Sería una muerte

más rápida y compasiva que la masacre que Resca había perpetrado con los rebeldes. O por lo menos, mucho menos sucia.

Sin embargo, Tyen vaciló.

No cabía duda de que el hombre merecía morir. Había cometido auténticas atrocidades, y no solo contra los rebeldes. Bastaría con un minúsculo esfuerzo de la voluntad para que ya nunca pudiera hacer daño a nadie más.

No obstante, era como si la voluntad de Tyen hubiera muerto.

Y entonces lo vio: el recuerdo de Yira llevándose las manos al pecho con el rostro crispado de dolor. Un momento que se le había quedado grabado para siempre en la memoria.

No podía hacerle eso a nadie. Ni siquiera a ese hombre.

«Pues habrá alguna otra manera». Sin embargo, la rabia había remitido. El pavor del hombre invadía sus pensamientos. De los labios de Resca salían promesas que tenía toda la intención de cumplir, si se le brindaba la oportunidad.

Tyen irguió la espalda y pestañeó al percatarse de que estaba de pie sobre el hombre, que yacía en el suelo, gimoteando.

—Jura por el Raen que te irás de este mundo —le ordenó Tyen—. Que dejarás a los aliados. Que nunca volverás a hacer daño a nadie, rebelde o no. La próxima vez que nos encontremos, asegúrate de que no tenga motivos para arrepentirme por haberte dejado marchar.

—Así lo haré. Así lo haré. No tendrás motivos. Te lo juro. Que el Raen me desuelle vivo y me destroce el alma si miento.

Tyen liberó un poco de la magia que había acumulado y observó cómo Resca la absorbía. En cuanto este hubo reunido la suficiente energía para partir, desapareció. Cuando Tyen soltó el resto de la magia, esta relleno el vacío que había creado. Se imaginó a los hechiceros de la ciudad y de lugares lejanos suspirando aliviados al percibir que un hechicero poderoso había estado a punto de hacer algo terrible, pero luego había cambiado de idea o descubierto que no hacía falta.

¿Y Resca? Se le retorció el estómago. «Está dispuesto a mantener su palabra, pero ¿durante cuánto tiempo?». Si el hombre se encontraba con los otros aliados, seguramente no les costaría mucho intimidarlo para que rompiera su promesa. Los partidarios del Raen estaban reclutando hechiceros para su causa con tanto entusiasmo como los rebeldes para la suya. ¿Y podría un hombre con el carácter de Resca, convencido de que pertenecía a una raza superior de humanos, aguantar sin hacer daño a nadie? Le bastaría con razonar que ese «nadie» no incluía a seres subhumanos o inferiores.

Su alivio por no haberlo matado se vio enturbiado por los remordimientos y la preocupación. Pero no había vuelta atrás. Sin duda Resca estaba poniendo la mayor distancia posible entre él y Tyen, y el arrepentimiento de este no era tan intenso como para lanzarse en su persecución.

Aun así, cuando se impulsó para abandonar el mundo, siguió el rastro de Resca.

Comprobó aliviado que se alejaba directamente del mundo.

«Debería haberlo matado, ¿no crees, Vella?».

—Habría sido muy lógico desde el punto de vista estratégico. Pero el pensamiento estratégico suele subestimar e infravalorar el impacto emocional de las decisiones. Al fin y al cabo, el motivo para matarlo habría sido impedir que dañara a nadie más, pero matarlo te habría herido en formas que más adelante podrían traducirse en daños peores para ti mismo y, según la gravedad de tus heridas, también para otros.

«En ese caso, es una cuestión de magnitud del daño. Él hará más daño a otros del que yo me haría a mí mismo si lo matara».

—Por otro lado, si él nunca vuelve a hacer daño a nadie, la magnitud del daño evitado será mayor.

«¿Crees que eso es probable?».

—Imposible saberlo sin conocerlo mejor. Sería más fácil de calcular si supiéramos cuáles son sus motivaciones.

«Dudo que sea su conciencia de lo que está bien y lo que está mal».

—No. Tal vez sea más bien el miedo a quienes son más fuertes que él.

«El Raen».

—Y tú.

Se aproximaba al punto medio entre mundos. ¿Adónde debía dirigirse a continuación? Había transcurrido tiempo suficiente para que todos los grupos rebeldes hubieran recibido la orden de partir. Lo mejor sería que acudiese al lugar de reunión, donde los otros generales estarían esperándolo.

Así pues, siguió el camino por el que se había marchado el aliado y se desvió justo antes de llegar al mundo siguiente. Cuando entró en él, redujo la velocidad y extendió los sentidos con la esperanza de detectar a cualquier aliado que estuviera aguardando para tenderles una emboscada a los rebeldes que llegaran. No percibió a ninguno en el blancor, y en cuanto hubo recuperado el aliento, se propulsó hacia el mundo vecino.

Atravesar el espacio intermedio, llegar a un mundo, respirar. Había sido imposible determinar si era mejor que los rebeldes huyesen a un lugar cercano, a fin de minimizar el número de viajes entre mundos, o lejano, para que tuvieran la posibilidad de dejar atrás a sus perseguidores. Volk había alegado que era improbable que alguien consiguiera dejar atrás a uno de los aliados, ya que ellos no tenían que parar a respirar. Más valía idear métodos para despistarlos.

El primer ardid consistía en que las unidades se dividieran en grupos más pequeños, para que los aliados tuvieran demasiados rastros que seguir. El segundo era emplear medios de transporte no mágicos en los mundos a fin de que pudiera haber una distancia considerable entre los lugares de llegada y los de partida. El tercero consistía en desaparecer durante un rato en un lugar concurrido, preferiblemente donde el aspecto de los rebeldes no llamara la atención, como un mercado o un

templo.

Era en lugares así, situados en los seis mundos más cercanos, donde se dejarían instrucciones para guiar a los rebeldes a su nueva base. Mientras tanto, solo se reunirían los generales. Reke, una voluntaria con una enfermedad incurable a la que le quedaba poco tiempo de vida, había sembrado pistas sobre su lugar de reunión. Los generales habían acordado que, si descubrían que ella no había podido completar su tarea, o que el plan había quedado comprometido por algún otro motivo, acudirían al mercado de Worweau con la esperanza de eludir a los aliados durante el tiempo suficiente para encontrarse unos a otros.

Reke había dejado cinco pistas que conducían al camino, y cuando Tyen por fin consiguió llegar al sitio donde debía estar la última, calculó que habían pasado dos días enteros. Se las había arreglado para dormir un par de horas de forma intermitente y tomar dos comidas frugales. El segundo día se había roto una correa de su mochila, por lo que, cuando se aproximaba al edificio con una cúpula pintada de rojo, tal como describía la pista final, estaba batallando con el agotamiento, el hambre y la impaciencia.

Para su sorpresa y desaliento, era un baño público. Un destello de pánico lo asaltó. Si se suponía que debía desvestirse en público, ¿cómo mantendría oculta a Vella? Incluso si lo lograba, alguien podría aprovechar la oportunidad para registrar o robar sus pertenencias..., aunque Bicho disuadiría hasta al ladrón más decidido.

Se detuvo al otro lado de la calle y fingió examinar la correa rota mientras exploraba las mentes del interior. Tardó un rato en localizar a Volk, Hapre y Frell, pues sus pensamientos eran más apagados que los de los numerosos clientes cuyas agradables actividades lo distraían. Los generales y un grupo reducido de ayudantes se habían reunido en una habitación pequeña y húmeda con una de las unidades rebeldes. Esta no habría debido estar allí. Tyen aguzó los sentidos para intentar descubrir el motivo de su presencia, pero todos estaban absortos escuchando uno de los cuentos populares de Volk. La estratagema, aunque resultaba frustrante para Tyen, mantenía sus mentes ocupadas en asuntos que no estuvieran relacionados con la rebelión.

Después de escrutar los pensamientos de los demás clientes y las personas que estaban en los alrededores de los baños para asegurarse de que no hubiera aliados cerca, Tyen se echó la mochila al hombro, cruzó la calle y entró en el edificio. Dio un nombre en clave y lo llevaron directamente a donde estaban los rebeldes, a una habitación repentinamente inundada de emoción.

—¡Has conseguido llegar! —exclamó Hapre, abalanzándose hacia él para abrazarlo.

Tras intercambiar una mirada de alivio, Volk y Frell se levantaron y también se acercaron a él. Tyen captó un recuerdo que fue rápidamente reprimido. Unos momentos antes, Hapre había murmurado algo acerca de lo que harían si se veían obligados a reemplazar a Tyen como líder, y se sentían culpables por haber hablado

de ello y por estar de acuerdo con el sustituto que ella había propuesto.

«¿Quién sería?», se preguntó él.

—¿Has tenido alguna dificultad? —inquirió Volk.

—No. Solo un... —comenzó a responder Tyen, pero cuando Hapre miró a Baluka, esta no pudo evitar imaginar cómo cambiarían las cosas con él al frente de la rebelión. Un escalofrío recorrió a Tyen—. ¿Por qué están aquí?

—Baluka ha detectado a un aliado que perseguía a esta unidad —explicó ella—. Nos ha dejado para ir tras él.

Uno de los jóvenes, al oír el nombre de Baluka, le propinó a este una palmada en la espalda.

—Ha matado al hijo de mala madre y nos ha salvado. Por suerte para él, era más fuerte.

El viajero bajó la vista y se encogió de hombros.

—No podía quedarme de brazos cruzados.

Tyen asintió, esperando que nadie percibiera su consternación.

—Ha sido una acción arriesgada y valiente.

Baluka alzó los ojos y los posó en Tyen.

—No más que las que han realizado todos los demás, incluido tú.

«No, tú has ido más allá —pensó Tyen—. Tú has matado. No como parte de un grupo, compartiendo la responsabilidad con otros, sino solo. Con tus propias manos y sin ayuda». La certeza de Tyen de que se había equivocado al dejar marchar a Resca pesaba sobre sus hombros como una losa. Buscó en la mente de Baluka algún indicio de que su decisión le hubiera producido una impresión profunda que lo hubiera cambiado para siempre. No vio más que orgullo. No estaba seguro de si sentía más repulsión hacia el viajero o hacia sí mismo.

Sin embargo, Tyen continuó observando a Baluka, y advirtió que su orgullo flaqueaba y surgían atisbos de un conflicto interior. Se debatía entre la duda, la determinación, el horror y la aceptación. El estado de ánimo de Tyen pasó del desprecio a la compasión con tal rapidez que se tambaleó ligeramente y tuvo que apartar su atención.

—Bien —dijo, concentrándose en el presente y el futuro—. Será mejor que discutamos adónde debemos ir ahora. —Se volvió hacia los generales—. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado?

Hapre miró a Baluka y a los rebeldes a quienes había salvado.

—¿Podrías dejarnos un momento?

Cuando no quedaba nadie en la habitación más que ellos cuatro, Tyen inmovilizó el aire contiguo a las paredes para que amortiguara sus voces aún más.

—¿Alguna idea?

Se impuso un silencio, y Hapre pasó su peso de un pie a otro, inquieta.

—Podríamos ir a Faurio.

Volk sacudió la cabeza.

—Ninguno de nosotros está enfermo.

El nombre le resultaba familiar.

—¿Es la ciudad dedicada a la sanación?

—Sí —contestó Hapre—. No se trata solo de una ciudad, sino de varias. Ese mundo debe su nombre y fortuna al hecho de ser un centro de sanación. Sin duda aún recibe a muchos visitantes. Deben de considerar que vale la pena arriesgarse por la posibilidad de curarse. —Se dirigió a Volk—. Pero es verdad que necesitamos un pretexto para ir.

—Reke —dijo Frell.

«La mujer que dejó las pistas que conducían hasta este lugar de reunión». Tyen frunció el ceño.

—¿Sabemos siquiera dónde está... si es que sigue con vida?

Hapre asintió.

—Una sirvienta de aquí dice que Reke se desmayó cuando llegó para dejar la última pista. Ha estado cuidándola desde entonces.

Tyen asintió.

—Bien, averigüemos antes que nada si Reke está en condiciones de viajar... y si tiene ganas de emprender el viaje a Faurio.

—Quedaría un poco raro que varios hechiceros se presentaran allí para acompañar a una amiga enferma —señaló Frell.

—Pues iremos solo tres generales y un ayudante —decidió Tyen.

—¿Y qué pasará cuando Reke esté curada? —preguntó Volk—. No tendremos excusas para seguir allí.

Tyen extendió las manos a los costados.

—Solo tenemos que quedarnos hasta que tengamos claro cuál debe ser el siguiente paso. A lo mejor vemos un buen lugar para escondernos en la mente de otros pacientes o sus acompañantes. Bien. ¿A alguien se le ocurre una idea mejor...?

Los tres generales intercambiaron miradas y negaron con la cabeza.

—Pues concretemos los detalles.

Tyen respiró hondo y enseguida lamentó haberlo hecho. Estaba seguro de que, cuando se marchara de Faurio, los últimos detalles del lugar que retendría en la memoria serían los olores. Algunos se utilizaban para disimular los hedores de la enfermedad, otros para tratarlas. Los peores eran los insoportablemente tonificantes o los perturbadoramente embriagadores.

Cuando habían ido a ver a Reke, que estaba alojada en la habitación de la criada de los baños, tenía las mejillas hundidas y se encontraba demasiado débil para levantarse de la cama. A Tyen le había aliviado no ver ni esperanza ni desánimo en su mente cuando le habían propuesto llevarla a Faurio para intentar hallar una cura.

—Si lo consiguen, mejor —había dicho—. Si no... —Se había encogido de hombros—. Ya estoy lejos de mi hogar, y me da igual morir allí que aquí o en cualquier otro sitio. Solo quería ayudar de alguna manera a la rebelión, y me conformo con ver que todos habéis llegado aquí sanos y salvos. —Había hecho una pausa—. Pero si llevarme a Faurio os pone en peligro, dejadme aquí.

En ocasiones, Tyen deseaba haberla dejado. Las mismas características que hacían de aquel mundo un buen lugar para esconderse lo convertían en un sitio desagradable. La multitud de enfermos y moribundos que los rodeaba irradiaba sufrimiento, miedo y aflicción en todo momento. Antes de explorar las mentes cercanas, tenía que mentalizarse para los sentimientos descarnados de las personas que sufrían dolor o una terrible incomodidad, que se enfrentaban a la muerte o debían afrontar la pérdida de un ser querido. Todo ello hacía que el precio y los riesgos que traía consigo la inmarcesibilidad parecieran valer la pena.

Sin embargo, no le quedaba otro remedio que explorar, y cuando finalizó el rastreo de las mentes situadas más allá de la pequeña habitación —que compartía con Volk desde su llegada—, exhaló un suspiro de alivio. Se volvió hacia los demás, aclarándose la garganta para llamar su atención.

—Después de tomar en consideración los consejos y sugerencias de todos —anunció—, he decidido que mantener a todos los rebeldes en un solo mundo es tan poco práctico como peligroso. En vez de ello, los reclutas deberían establecerse en muchos mundos distintos y esperar la orden de reunirse y luchar.

»La idea no es solo mía —reconoció—. El viajero hizo una propuesta parecida, aunque con muchos defectos y puntos flacos. Ahora, debemos identificar y analizar esos defectos y puntos flacos. Uno de ellos es cómo informar de manera segura a todos si se produce un cambio de planes, y otro, cómo transmitir la orden de concentrarse para la batalla. —Miró a los generales y percibió su sorpresa ante su

aprobación de la idea de Baluka, que Hapre había defendido y que él se había resistido a aceptar hasta ese momento—. ¿Alguna sugerencia?

—Los rebeldes ya están dispersos por los mundos —repuso Volk—. No creo que haga falta reunirlos para volver a enviarlos a sitios distintos. Solo necesitamos hacerles llegar nuestras instrucciones.

—Eso podría llevar un tiempo, puesto que estamos solo nosotros cuatro y nuestros ayudantes —señaló Hapre.

—Podemos hacer circular mensajes como teníamos previsto, pero en vez de darles instrucciones para encontrar la nueva base, podemos indicarles que se oculten y esperen —propuso Frell.

—Vuestros ayudantes deberán ocuparse de distribuir los mensajes —les dijo Tyen—. Tengo otras tareas pensadas para vosotros.

Hapre sacudió la cabeza.

—Necesito a Baluka a mi lado. Manda a Daam en su lugar.

Tyen se desanimó un poco. Aquello echaría a perder la mejor parte de su plan.

—El viajero es más fuerte y tiene más experiencia en viajes entre los mundos. Daam es el más inexperto, pero en cambio es eficiente y sabrá arreglárselas para ejercer como ayudante de todos nosotros durante unos días.

Miró a los otros generales. Aunque estaban de acuerdo con su valoración de ambos ayudantes, todos sospechaban que quería desembarazarse de Baluka. Tyen contuvo un suspiro.

—En fin... —empezó a decir, pero se distrajo al advertir que Frell se preguntaba si él era incapaz de apreciar el potencial de Baluka—. Hablemos del reclutamiento. Hasta ahora, no nos ha costado un gran esfuerzo: ellos han venido a nosotros. ¿Cómo les haremos llegar el mensaje de que queremos que esperen la orden sin que los aliados se enteren?

«Tal vez sea esa su intención —pensaba Frell—. Quizá considera a Baluka un riv...». Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando Tyen se dirigió a él.

—¿Qué opinas, Frell? —preguntó.

—Es un problema de comunicación: la especialidad de Hapre —respondió el hombre, mirando a su compañera.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Despachamos mensajeros, que viajan por los mundos entregando nuestras instrucciones. Cada uno proporciona a los reclutas potenciales información sobre una señal y un lugar de reunión distintos, de modo que si los aliados descubren a un mensajero, solo una zona de reclutamiento estará en peligro. Cuando los mensajeros vuelvan, sabremos dónde están todos los reclutas, lo que nos permitirá enviar la señal correcta a cada uno. Si los caminos de dos mensajeros se cruzan y estos entregaran instrucciones diferentes, no sería grave, porque los reclutas solo tendrían que esperar a recibir una de las dos señales.

Frell asintió.

—Tendremos que confiar en que los aliados no les lean la mente a los mensajeros sin que estos se enteren. —«¿Conocerá Baluka una solución a este problema? Debería estar aquí, discutiendo este asunto con nosotros».

Volk, el hechicero más fuerte de los dos, movió la cabeza afirmativamente sin caer en la cuenta de que estaba respondiendo al pensamiento de Frell. «Qué curioso que Tyen se refiera siempre a Baluka como “el viajero”, como si se resistiera a tratarlo con familiaridad. Si de verdad lo ve como a alguien que desafía su autoridad, debería alegrarse. Él no quería ser líder. Por otro lado, tal vez le ha cogido el gusto».

«Ahora él también piensa eso». Tyen cerró los ojos y sacudió la cabeza. Le vinieron a la mente otras opciones de las que había hablado con Vella. Una consistía en mantener ocupados y separados a los generales para evitar o por lo menos retrasar una conjura contra él.

—Deberías empezar de inmediato, Hapre —dijo. Ella vaciló unos instantes y asintió—. Necesitarás más de cuatro ayudantes para esto. Puesto que deseas mantener a Baluka a tu lado, los dos tendréis que localizar a más rebeldes y pedirles que hagan las veces de mensajeros. —Se volvió hacia Frell—. A ti te corresponde la difícil tarea del reclutamiento. Deberás encontrar voluntarios dispuestos a viajar por los mundos para reclutar rebeldes. Volk, ahora que no estás al cargo de la seguridad de cientos de rebeldes, quiero que recabes información para nosotros. No tenemos ni idea de la fuerza del Raen, ni de cuántos aliados tiene ahora mismo, y ya va siendo hora de que lo sepamos.

El hombre pestañeó, sorprendido, y al reflexionar sobre lo que supondría esta misión, adoptó una expresión seria. «Será más peligroso que reclutar rebeldes. Implica viajar a lugares donde el Raen y los aliados son bien conocidos y hacer preguntas comprometedoras. ¿Quiere Tyen enviarme lejos porque me ha oído pensar que Baluka es un rival en potencia?».

—Deberíamos investigar también en qué mundo reside el Raen —añadió Hapre, ajena al pánico que empezaba a apoderarse de su compañero.

—No tienes por qué ir tú mismo —le aseguró Tyen a Volk—. Recluta espías. Ha llegado el momento de que averigüemos más sobre el enemigo.

Para alivio de Tyen, Volk comenzó a tranquilizarse. Asintió despacio.

—Conozco a algunas personas con el perfil indicado.

—Pensemos todos en cómo deben ser la señal y el método de envío —sugirió Tyen—. Y reunámonos aquí mismo esta noche. Iré a ver cómo está Reke.

Con un gesto de aprobación, los tres generales se encaminaron hacia la puerta. Tyen los siguió hasta un pasillo estrecho. Sus caminos pronto se separaron, y, una vez solo, él salió de la zona de dormitorios y avanzó por un camino hacia el edificio donde estaban tratando a Reke. Desde que habían llegado a ese mundo, la visitaba dos veces al día, primero por el sentimiento de culpa que le producía el haberla utilizado como excusa para viajar allí, a pesar de que eso la beneficiaba también a ella, y luego para evadirse de los demás. Había sido un alivio para los generales que

Tyen asumiera el papel de amigo preocupado de Reke, pues eso los dejaba libres para preocuparse por él y el futuro de la rebelión.

Para su sorpresa, atender a Reke solía resultarle relajante, incluso balsámico. Aparte de que le permitía perder de vista a los generales durante un rato, allí no se requería otra cosa de él que su presencia. No tenía que impartir órdenes, tomar decisiones, manipular ni dirigir. El centro de atención era Reke, no él, Baluka, los demás rebeldes o el Raen.

Cuando él llegó, Reke dormía profundamente sobre una cama limpia en una habitación minúscula. Su respiración era fuerte y áspera, pero el tratamiento que los sanadores le administraban había mitigado lo suficiente el dolor para permitirle dormir. Su dictamen había sido desalentador: la enfermedad estaba tan avanzada que no había cura posible. Tyen se sentó en un banco, junto al lecho, absorbió un poco de magia para asegurar la puerta de modo que nadie pudiera interrumpirlos, y extrajo a Vella.

«Pues la reunión no ha salido como esperábamos».

—No.

«Separar a los generales y mandarlos a mundos distintos por lo menos pondrá fin a la influencia de Baluka sobre Volk y Frell».

—En efecto, pero quizá también les brinde la oportunidad de reunirse a tus espaldas para discutir sobre el liderazgo.

«Saben que, si lo hacen, me enteraré en cuanto regresen».

—Sí, y por lo tanto, si toman la decisión de nombrar líder a Baluka, la pondrán en práctica de inmediato. Si no, saben que no tendrás otra alternativa que aceptar el hecho de que se lo plantearan. Creen que los necesitas, pero se equivocan en cuanto a las razones. Te conviene que se queden donde están, no que se forme un nuevo equipo de generales que exigirá más progresos a su líder.

Ella tenía razón. Una sensación fría le corrió por las venas.

«Si deciden apoyar a Baluka, ¿qué puedo hacer para impedirselo?».

—No puedes conservar el mando por la fuerza..., a menos que mates o amenes a Baluka sin que nadie más se entere..., y además no te interesa hacerlo. Debes conseguir que cambien de parecer. Convencerlos de que Baluka no es apto para el cargo.

«O de que yo soy más apto que él».

Un sonido atrajo la atención de Tyen hacia Reke. Le temblaban los párpados, y en su mente aparecían imágenes vagas y fugaces de sueños. Su respiración, más agitada, le producía una vibración sorda en la garganta. Sin embargo, ella no parecía estar a punto de despertar, y al poco rato su cuerpo volvió a relajarse, así que Tyen bajó la vista de nuevo hacia la página. Comenzó a formular una pregunta en su mente.

—El desafío no radica en evitar que el viajero ocupe tu puesto —dijo una voz detrás de él, muy cerca—, sino en hacerlo sin perder tu posición de influencia entre los rebeldes.

Tyen dio un violento respingo, y Vella se le resbaló de entre las manos. Con el corazón desbocado, se agachó para recogerla y se volvió hacia el intruso.

La atención del Raen estaba puesta en Reke. Tyen siguió la dirección de su mirada. La mujer estaba despierta, pero sus pensamientos tenían un halo onírico. Contemplaba fijamente al intruso con una arruga entre las cejas. Esta se alisó cuando ella destensó el rostro. Una expresión de asombro se apoderó de sus facciones al reconocerlo. Cuando Tyen miró hacia atrás, se le cortó la respiración. La piel del Raen había oscurecido, y su cabello encanecía con rapidez. Sus ojos se aclararon hasta adquirir un singular tono amarillo, más límpido que el naranja oscuro de los ojos de Reke, y se le afiló el mentón.

Se acercó a la cama, tomó a la enferma de la mano y dijo una palabra. El significado afloró a la mente de ella, en el idioma de su mundo. «Descansa».

Reke cerró los párpados, asintió, exhaló, y su cuerpo entero experimentó varios cambios; las extremidades quedaron laxas, y el pecho dejó de pugnar por respirar. Tyen contemplaba la escena entre horrorizado y maravillado ante aquellos signos de muerte física y la extinción gradual de la mente de Reke hasta desaparecer por completo de sus sentidos.

«La ha engañado —pensó—. Se ha hecho pasar por una deidad de su mundo». Pero ¿acaso no habría sido más cruel que no lo hubiera hecho y ella hubiera comprendido quién era en realidad? ¿No habría muerto de espanto?

Él no había ganado nada al hacer más dulce el tránsito de Reke. Había sido un acto de bondad. «Además de una demostración extraordinaria de sus habilidades».

La cara, el pelo y los ojos del Raen estaban recuperando su apariencia normal, o, al menos, la que le resultaba familiar a Tyen. De pronto, todo ello comenzó a desvanecerse. Tyen se levantó de un salto.

—¡Espera!

El Raen clavó la mirada en él y cobró corporeidad otra vez. Arqueó una ceja con aire inquisitivo. Tyen dedicó unos momentos a buscar las palabras adecuadas.

—Baluka podría llegar a ser tanto un líder competente como un fracaso.

—Ambas posibilidades me son indiferentes. No interfieras, pues cualquier obstáculo que pongas en su camino despertará sospechas sobre ti.

—Pero... si se convierte en un peligro de verdad..., bueno, según él te has llevado a su prometida. Estoy seguro de que él consentiría en abandonar la rebelión si la dejaras en libertad.

Una tenue sonrisa se dibujó en los labios del hombre.

—Quizá, pero la decisión le corresponde a ella.

—De modo que... ¿ella no quiere irse?

—Solo accedió a casarse con él porque creía que no tenía alternativa.

—Ah. —Tyen bajó la vista—. Toda historia tiene dos versiones.

—En efecto.

Notó contra su mano el calor que desprendía la cubierta de Vella, como siempre. Levantó la mirada de nuevo.

—¿Y tus investigaciones...?

La sonrisa desapareció.

—He topado con algunas dificultades y limitaciones que no había previsto. Es probable que solo tengamos una oportunidad para restituirla a su forma humana. Es necesario destruirla para reconstruirla. A menos que encuentre una manera de sortear este problema, tendré que poner a prueba el procedimiento para asegurarme de que funciona. Solo llegaría a ese extremo si no me quedara otra opción.

Tyen asintió al comprender lo que esto implicaba. Dudaba que el Raen poseyera otros libros creados a partir de seres humanos, por lo que la única manera de poner a prueba el procedimiento sería elaborar otro. Era una posibilidad que no quería considerar.

—Pero tienes que considerarla —dijo el Raen—. Si fuera la única forma de devolver su integridad a Vella, ¿accederías a hacerlo?

Tyen recordó lo que le había preguntado Tarren: «... ¿A qué estás dispuesto para cumplir la promesa que le hiciste?».

—No... —respondió despacio—. Hacerle a alguien lo mismo que le hicieron a ella... iría en contra de los principios por los que quiero ayudarla.

—A menos que la persona se ofreciera voluntaria.

«¿Quién querría ofrecerse voluntario para algo así?», se preguntó. Pero entonces sus ojos se desviaron hacia Reke. Alguien que quisiera escapar a una muerte prematura o una incapacidad permanente. Una persona que ansiara la inmarchesibilidad pero no fuera lo bastante poderosa para alcanzarla por sí misma.

Tarren tal vez se habría sentido tentado a aceptar.

Asintió.

—Esa persona tendría que estar dispuesta a asumir un riesgo enorme, pero supongo que sería mejor que la certeza de la muerte o del dolor constante.

El Raen inclinó la cabeza una vez y se volvió hacia la puerta.

—Estás a punto de tener compañía. —Y, en un abrir y cerrar de ojos, se esfumó.

Tyen se apresuró a guardar a Vella en su bolsa y se la escondió debajo de la camisa, pero no antes de que la sanadora intentara abrir la puerta y descubriera que esta se negaba a moverse. Desconcertada, pues las puertas del edificio carecían de cerrojo, probó de nuevo y esta vez no encontró la menor resistencia, por lo que entró en la habitación dando traspiés.

—Perdone —dijo Tyen, retrocediendo un paso—. Estaba a punto de salir para buscar a alguien.

Ella echó un vistazo por detrás de él y reparó en la mirada fija y vacía de Reke. La irritación de la sanadora se transformó en comprensión, y se acercó a toda prisa para examinar a la fallecida. Todo parecía indicar que había muerto por causas naturales.

—Se ha despertado y le costaba respirar —aseguró él—. Luego ha exhalado un largo suspiro y... —Hizo un gesto de impotencia.

La sanadora asintió.

—¿Era usted amigo suyo?

Él negó con la cabeza.

—Un amigo cercano, no. Tampoco éramos desconocidos. Pero prometí traerla aquí.

—¿Será necesario realizar algún rito o preparativo especial antes de que se la lleve usted?

—No me dio instrucciones al respecto, así que supongo que no.

—¿Tenía familiares?

—Todos han muerto. —Él sabía que esa era la razón por la que se había unido a la rebelión.

La mujer hizo un gesto afirmativo.

—Si hubiera venido antes, quizá habríamos podido ayudarla. Esto se volverá más habitual ahora que han reinstaurado la prohibición de viajar entre mundos.

—¿Tendrá que cerrar sus puertas el hospital?

—No, siempre hemos tenido muchos pacientes. O cuentan con el permiso del Raen para desplazarse hasta aquí, o están tan desesperados que se arriesgan a desobedecerlo. —Se encogió de hombros—. Por otro lado, nunca he oído que haya castigado a nadie.

—Tal vez no sea tan malo como dicen.

Ella lo observó con recelo.

—Sus favoritos y él saben sanar con magia. Si pusieran ese conocimiento a

nuestra disposición, podríamos curar a todo aquel que acudiera a nosotros.

A Tyen se le encogió ligeramente el corazón, pero entonces pensó en Vella.

—A lo mejor algún día otra fuente les revele el secreto, o lo descubran ustedes por su cuenta.

Ella sonrió.

—A lo mejor.

Tyen miró de nuevo a Reke.

—¿Qué acostumbran a hacer con quienes no tienen un hogar al que volver?

Después de realizar las gestiones necesarias y pagar por la incineración y los servicios de la sanadora, Tyen se encaminó de vuelta hacia la habitación que compartía con Volk. Mientras avanzaba por el camino en dirección a los dormitorios, repasó en su mente la conversación que había mantenido con el Raen. Contempló la posibilidad de entregar las riendas de la rebelión a Baluka. «El desafío no radica en evitar que el viajero ocupe tu puesto —había dicho el Soberano de los Mundos—, sino en hacerlo sin perder tu posición de influencia entre los rebeldes».

Si se lo proponía a los generales, quedaría como un cobarde, como si estuviera rindiéndose antes de tiempo o intentando eludir su responsabilidad. Necesitaba conservar la máxima respetabilidad posible si no quería perder por completo su ascendiente sobre los generales. Quizá reconocer que no era el mejor líder le valdría su admiración, pero debía convencerlos de que tenía buenas ideas y un papel que desempeñar en la toma de decisiones.

Más difícil resultaría granjearse el respeto de Baluka. Quizá bastaría con que los generales quisieran tenerlo cerca. Baluka, recién nombrado, haría lo posible por no ofenderlos.

Tyen necesitaba asumir unas nuevas funciones con las que ellos estuvieran de acuerdo. Un cargo que le permitiera aprovechar sus puntos fuertes. Durante el liderazgo de Yira, había sido su consejero y protector. Era mucho pedir que Baluka se fiara de un hombre al que acababa de sustituir. Debía encontrar otra cosa. ¿Qué tenía él que nadie más pudiera ofrecerles?

«Soy más fuerte que los demás».

Sin embargo, eso no requería que permaneciera cerca de Baluka y los generales. Nada les impediría encomendarle una misión en un lugar lejano.

«Puedo leerles la mente a todos».

Lo que constituía otra buena razón para enviarlo lejos. No podían ocultarle secretos. En cambio, esta habilidad le resultaría muy útil a un reclutador. Este sería seguramente el papel que Baluka le asignaría, si tenía voz en el asunto, pues de ese modo Tyen pasaría mucho tiempo fuera, sin necesidad de regresar con frecuencia.

«Mientras vuelva junto a ellos lo bastante a menudo para mantenerme al corriente de sus planes, podré seguir siendo espía».

La idea de pasar una temporada lejos de los rebeldes lo atraía. Eso le permitiría consultar más a Vella, reunirse con el Raen, presentarle sus informes de forma más

asidua, quizá incluso presenciar sus intentos por encontrar un remedio para Vella. Mientras los rebeldes necesitaran verlo con regularidad, él podría recabar información sobre sus progresos.

«Información. ¡Eso es!».

Si se dedicaba a reunir información importante para Baluka y los generales, ellos querrían entrevistarse con él a menudo. Pero ¿información sobre qué? El corazón le dio un vuelco cuando se le ocurrió la respuesta: el cometido que le había encargado a Volk. Se ofrecería voluntario para investigar la localización del mundo donde residía el Raen y el número de aliados con que contaba. Volk no quería hacerlo. Se alegraría de que Tyen lo eximiera de la tarea, y los demás verían con buenos ojos que Tyen no pidiera a otro que se ocupara de una misión peligrosa que él mismo no estaba dispuesto a realizar.

Tyen podía convertirse en un explorador para los rebeldes, un encargado de obtener información, o, en otras palabras —estuvo a punto de soltar una carcajada al pensarlo—, un espía.

Pero Volk tenía razón en una cosa: sería peligroso, incluso para Tyen. Los aliados solo sabían que no debían matar al líder de la rebelión. En cuanto Tyen dejara de estar al mando, perdería esta inmunidad. Tal vez el Raen tendría una solución para eso.

—Tyen —dijo una voz.

Al volverse, vio a Daam avanzar a toda prisa por el camino para alcanzarlo, así que aminoró el paso.

—¿Sí?

—¿Cómo se encuentra Reke? —preguntó el joven cuando caminaban uno al lado del otro.

Tyen exhaló un largo suspiro.

—Nos ha dejado.

—Oh. —Daam guardó silencio por un momento—. ¿Significa eso que debemos irnos?

—Sí, supongo que sí. —Tyen se volvió hacia el joven. «Mi ayudante». El ascenso había complacido y atemorizado por igual a Daam. El temor se debía a que los aliados habían elegido como objetivos a los líderes rebeldes y, si atacaban a Tyen, sin duda él estaría cerca. «No puedo llevármelo conmigo —pensó Tyen—, pero estaría bien que alguien me representara frente a Baluka y los generales durante mi ausencia».

—¿Los sanadores no han podido ayudarla? —preguntó Daam—. ¿O es que ella ha muerto antes de que tuvieran la oportunidad de intentarlo?

—Si ella hubiera buscado ayuda antes, quizá la habrían salvado. —Tyen recordó la afirmación de la sanadora de que el Raen y sus aliados se negaban a divulgar sus conocimientos sobre la sanación por medio de la magia. ¿Por qué lo hacían? «Seguramente para evitar que sus enemigos sobrevivan a heridas o enfermedades mortales. Por otra parte, cualquier persona lo bastante poderosa para ser enemiga de

un aliado debería ser capaz de alcanzar la inmarcesibilidad. Según me explicó Vella, los inmarcesibles pueden introducir cualquier cambio en su cuerpo, y sin duda eso incluye sanarlo».

Sospechaba que ese era el motivo por el que el Raen no compartía ese conocimiento. Si los sanadores supieran curarlo todo, sabrían frenar el envejecimiento. Poseerían el secreto de la inmarcesibilidad. Y si lograran que todos dejaran de envejecer, pronto los mundos estarían sobrepoblados. Aunque dudaba que existieran suficientes sanadores poderosos para tratar a todos los habitantes de todos los mundos. «Al principio, no serían suficientes, pero ¿y al cabo de unos cientos de años?».

Mientras cruzaban la entrada principal del edificio de dormitorios, se concentró de nuevo en el problema de poner a Baluka al frente de la rebelión. Como si su pensamiento lo hubiera invocado, el joven salió de una puerta situada al final del pasillo. Baluka estaba de espaldas a ellos, y Tyen sintió el extraño impulso de esconderse.

«¿Por qué? Pronto tendré que obedecer sus órdenes. Lo cual resultará un poco violento. Todo sería más fácil si nunca nos hubieran considerado rivales».

Se le cortó la respiración cuando le vino a la mente la solución al problema. «No somos rivales en realidad. Y yo soy el único que lo sabe». Y bastaría con un mínimo esfuerzo por su parte para que dejaran de serlo a ojos de los demás.

—Baluka —lo llamó.

El viajero se detuvo y se volvió hacia él. Su expresión no reflejaba la mezcla de rencor y sentimiento de culpa que lo embargaba.

—Quería darte las gracias por compartir tus ideas con nosotros —dijo Tyen—. Los generales te tienen en muy buen concepto, y yo también.

Baluka arqueó las cejas.

—Ah. Pues yo...

—Hablemos. —Tyen se volvió hacia Daam—. ¿Hay algo de beber por aquí que no sea agua?

Daam sonrió.

—A ver qué encuentro.

Tyen guió a Baluka hasta la habitación. Se sentó en la punta de una de las dos camas, pues no había otros muebles. Baluka se acomodó en el amplio alféizar de la ventana, entre reclinado y sentado. Esperó a que Tyen hablara, lleno de curiosidad y con cierta aprensión.

—¿Qué sabes acerca del liderazgo, Baluka?

El viajero se encogió de hombros.

—Solo lo que he aprendido observando a mi padre y a los diversos gobernantes con los que comerciaba mi familia.

—Te han preparado durante toda tu vida para que releves a tu padre como jefe de la familia —señaló Tyen, que había leído la verdad en la mente del joven.

Baluka bajó la vista y rio entre dientes.

—Nunca conseguiré acostumbrarme a que hagas eso.

—Tú también lo harías si estuvieras en mi lugar.

El joven posó los ojos en los de Tyen y asintió, dándole la razón.

Un golpe suave en la puerta los interrumpió. A una indicación de Tyen, Daam entró con dos copas de tosco vidrio soplado y entregó una a cada uno. Tyen tomó un sorbo de la suya; contenía un líquido espeso, ligeramente alcohólico, pero no logró identificar de qué estaba hecho. Seguramente se trataba de algún tipo de tónico. Dio las gracias a Daam, que captó la indirecta y se marchó otra vez.

—A nadie le gusta que le lean la mente —aseveró Tyen con una mueca—. A mí tampoco me entusiasma leerle la mente a todo el mundo a todas horas. Me da un poco de miedo acostumbrarme tanto a ello que se me olvide cómo no hacerlo.

Baluka dirigió la mirada más allá de las paredes por unos instantes.

—Te acordarás en cuanto veas algo que preferirías no ver jamás.

—Sí. —Tyen suspiró y desvió la vista, como ensimismado. Luego se volvió de nuevo hacia Baluka y adoptó una expresión seria—. Volk puede leerle la mente a Frell, y Frell a Hapre. Si Hapre fuera líder, ¿cómo podría solventar esto?

Baluka parpadeó, el único gesto que delató su sorpresa ante la pregunta.

—No... no estoy seguro. Tal vez ella ordenaría a los demás que le abrieran su mente..., aunque eso los expondría a que otros les leyeran el pensamiento también. —Se rascó la barbilla—. Quizá tendría que confiar en ellos. O encargarles a los otros dos que se vigilaran entre sí y la mantuviesen informada. Quizá te pediría a ti que les leyeras la mente, como hacía la líder anterior.

«¿Vas a traspasarle el mando a uno de ellos?», se moría de ganas de preguntar.

—Ninguno de ellos lo aceptaría —contestó Tyen—. Como ya habrás adivinado, yo no quería ser líder, pero en aquel momento no había nadie más dispuesto a correr ese riesgo.

Baluka clavó la vista en él, con una sensación de triunfo por haber estado en lo cierto, pero preguntándose a la vez por qué Tyen le había hecho esta confesión.

—Para ser más exactos, no había nadie capacitado para ello —prosiguió Tyen—. Y eso no ha cambiado. —Sonrió al ver que Baluka arrugaba el entrecejo y apartaba la mirada—. Pero nos las arreglamos con lo que hay. Todos tenemos nuestros puntos débiles. El tuyo, por ejemplo, es la falta de experiencia. El mío, que me resisto a asumir la responsabilidad de ordenar a alguien que ponga en peligro su vida. —Suspiró—. Tu punto débil es más fácil de superar que el...

—¿Qué estás diciendo?

La arruga entre las cejas del joven se hizo tan profunda que parecía estar frunciendo el ceño, aunque esa no era su intención. La ira bullía en su interior, y sin duda estallaría si resultaba que Tyen estaba provocándolo o tomándole el pelo.

Este bebió otro sorbo, decidió que no le gustaba el sabor empalagoso de aquella bebida y la dejó a un lado.

—Estoy diciendo que podrías ser un líder tan bueno o tan malo como yo..., pero con cualidades y defectos distintos.

Baluka se relajó un poco, pero aún estaba receloso. Subió y bajó los hombros, aparentando que la situación lo divertía.

—No sé si sentirme halagado o insultado.

—No pretendo halagarte ni insultarte. ¿Estás de acuerdo?

El viajero reflexionó en silencio y asintió.

—Sí. —«¿Por qué está haciendo esto?». Desplazó la vista de su copa a la de Tyen. «Bueno, al menos no tengo que fingir que me gusta esto». La depositó a su lado, sobre el alféizar, y cruzó los brazos—. Algo me dice que vas a pedirme algo.

—Así es.

—¿Vas a enviarme a un sitio lejano donde no sea un estorbo para ti?

—No.

—¿Me pedirás que sea tu ayudante?

Tyen negó con la cabeza.

—¿Tu consejero?

Tyen negó de nuevo.

Baluka entornó los ojos.

—¿Un general? —inquirió con incredulidad.

—Tenía pensado otro puesto para ti.

El joven sacudió la cabeza.

—¿Qué otro puesto hay?

—El de líder.

Baluka perdió al fin todo el control sobre su semblante. Cada rasgo reflejaba su asombro.

—No con efecto inmediato —le advirtió Tyen—. Acabas de unirme a nosotros. Tienes impresionados a los demás, pero siempre les preocupará tu inexperiencia si no demuestras antes tus dotes de mando. Tenemos que trabajar juntos a fin de que estés preparado para asumir el mando cuando llegue el momento.

El viajero consiguió salir de su estupor.

—¿Por qué?

—Hay algo de lo que quiero ocuparme —explicó Tyen—. Algo que no puedo hacer mientras sea líder. Y, como ya te he dicho, no me gusta ordenar a nadie que se juegue la vida, sobre todo si yo puedo realizar la tarea de forma más sencilla y segura. —Se inclinó hacia delante y se acodó sobre sus rodillas—. Nuestro objetivo final es acabar con el Raen y sus aliados. Y, como decía Yira, eso nunca ocurrirá si no corremos riesgos. Tampoco ocurrirá mientras yo esté al mando. En cambio, bajo tu liderazgo —Tyen sonrió—, quizá logremos algo.

QUINTA PARTE

Rielle

El techo de la caverna se perdía entre las sombras. Rielle se concentró, avivó con magia la llama que flotaba sobre su cabeza y la impulsó hacia arriba. La oscuridad reculó ante ella, revelando paredes que se curvaban para formar una bóveda en la que había labrados motivos intrincados y caprichosos.

No era el único espacio inmenso que había en la ciudad subterránea. Ella había descubierto una escalera enorme que comunicaba entre sí casi cincuenta niveles, una sala de techo bajo sostenido por largas filas de columnas cuyo final no alcanzaba a ver, y lo que solo podía describirse como un valle de laderas onduladas cubiertas de casas de todas las formas y tamaños que presentaban el aspecto de una aglomeración urbana común y corriente salvo porque las paredes del valle se prolongaban por encima de la ciudad y se juntaban en lo alto.

El polvo y las tinieblas lo invadían todo excepto un pequeño rincón del palacio.

Unas partes del edificio llevaban más tiempo abandonadas que otras. Adivinar el uso al que se habían destinado algunas habitaciones le había resultado imposible. Una estancia circular de cuatro pisos de altura estaba repleta de leña seca apilada que llegaba hasta la cintura. Unos huecos en las paredes situados a intervalos regulares parecían indicar que en otro tiempo el interior había estado rodeado de balcones. Al examinar los restos de madera, ella había encontrado estantes rotos y, en zonas resguardadas, rollos de papel que se desintegraban en cuanto los tocaba.

En aquellos momentos exploraba una caverna cuadrada. El suelo estaba cubierto de grandes montículos rectangulares uniformemente espaciados. El polvo estaba salpicado de agujeritos. Rielle se acercó a uno y apartó un poco de polvo con la mano. Debajo había una capa de polvo más densa y gruesa.

—Esto era un jardín —dijo una voz—. Hay muchas salas como esta. En la mayor parte de ellos se cultivaban alimentos o hierbas medicinales, pero algunos contenían plantas seleccionadas solo por su belleza.

Al volverse, ella vio a un hombre que le resultaba familiar de pie en la entrada amplia y desprovista de puerta. Un destello de líneas radiales que solo su mente percibía le reveló que, al igual que Valhan, el hombre absorbía constantemente una pequeña cantidad de magia.

—Dahli. —Esbozó una sonrisa tímida—. ¿Me has seguido?

Él alzó los hombros.

—Como ya te he dicho muchas veces, hay zonas de la ciudad que no son muy seguras, y podrías perderte con facilidad.

Ella se sacudió los restos de siglos de las manos.

—Aun así, no me habías seguido antes.

Él sonrió.

—¿Ah, no?

Rielle lo estudió, preguntándose si estaba poniéndola a prueba otra vez para comprobar si ella le había leído la mente. Dahli le había pedido que no lo hiciera, y ella se había contenido, pero de vez en cuando él parecía tenderle trampas para que ella confesara que había incumplido su promesa.

El hombre entró en la sala caminando con la desenvoltura de quien nunca dudaba de su buena forma física. Su edad real, según le había dicho a Rielle, era de entre trescientos cincuenta y cuatro y trescientos cincuenta y seis ciclos. La imprecisión se debía a que durante su vida como mortal no había sabido su fecha de nacimiento, aunque nunca le había explicado el motivo, salvo que se había quedado huérfano cuando era niño.

Como todos los inmarcesibles, era apuesto, pero no de la misma manera que Valhan. Dahli tenía un aspecto afable y encantador, más que una belleza arrebatadora. La artista que había en ella quería intentar plasmar el castaño rojizo de su rizado cabello, el moreno claro de su tez, la anchura de su mandíbula y su boca, y la perfecta curvatura de sus largas pestañas, que conferían a sus ojos una apariencia alegre permanente. Era un hombre risueño, y pocas cosas parecían molestarle.

Por otro lado, era un instructor exigente. Se presentaba todos los días poco después de que ella se levantara para empezar las clases, y solo la dejaba descansar durante las comidas y la hora de dormir. En ocasiones ella pensaba, enfurruñada, que de no ser él tan simpático, seguramente lo detestaría. A veces, cuando no se veía con fuerzas para soportar otra clase, se escabullía antes de que él llegara para explorar el palacio y la ciudad.

—¿Te gustaría echarle un vistazo más de cerca? —Dahli contemplaba el lejano techo abovedado, aún iluminado por la llama de Rielle.

—Sí.

—¿Te acuerdas de cómo levitar?

Rielle crispó el rostro.

—Si la memoria no me falla, el problema no era que no me acordara.

Él soltó una risita.

—Práctica y concentración, Rielle. Es todo cuanto necesitas.

—Eso está muy alto.

—En efecto. Ven conmigo.

Ella lo siguió hasta el punto más cercano al centro de la sala al que podían acceder entre los montículos. Dahli se volvió hacia ella y bajó la vista a la porción de suelo que asomaba entre sus pies.

—Inmoviliza el aire entre nosotros —le indicó.

Ella absorbió magia despacio desde muchos puntos a la vez, como él le había enseñado, creando las líneas divergentes de Mancha que todos los demás hechiceros

generaban sin esfuerzo. Concentrándose en el aire cercano al suelo, obligó a un área circular a quedarse inmóvil.

Una sensación fría en los tobillos le confirmó que lo había conseguido. Dio un paso al frente y le alivió comprobar que su pie no atravesaba el disco invisible hasta el suelo, como había ocurrido en tantos intentos anteriores. Dahli se colocó encima y la sujetó por los hombros como preparándose para un viaje turbulento. Ella se aferró a sus brazos. Tras respirar hondo una vez, y luego otra, se armó de valor y determinación y comenzó a elevar el disco.

Aunque este ascendió con suavidad, ella no dejó de agarrarse con fuerza a los brazos de Dahli. Le resultaba fácil mantener el disco en el aire mientras su mente tenía una percepción clara de dónde estaba el suelo, pero cuanto más subían, más le costaba conservar una noción precisa. Miró más allá de sus pies, consciente de que en cualquier momento Dahli le pediría que apartara la vista o cerrara los ojos y se guiara solo por su percepción mental del suelo.

Pero él no se lo pidió, quizá porque al final ella se vio obligada a dejar de calcular la distancia basándose en la vista porque el suelo estaba demasiado lejos para enfocarlo con nitidez. Aun así, no alzó la mirada, pues no quería distraerse.

—Detente, Rielle —dijo Dahli.

Ella así lo hizo, y los dos permanecieron suspendidos en el aire. Una vez quietos, ella dirigió la vista al frente, hacia la pared más cercana, y consiguió evitar el error de trasladar su conciencia del suelo a la pared.

—Mira hacia arriba.

Ella inspiró profundamente, retuvo el aire, lo soltó despacio, alzó el mentón y dejó que su mirada se desplazara más arriba. «No te distraigas —se dijo—. No pierdas la concentración». Volvió los ojos hacia el techo.

Que, como pudo comprobar, no era tal, sino un cúmulo de incontables conos cristalinos imperfectos que apuntaban al suelo. «¡Estalactitas de hielo!».

La superficie bajo sus pies perdió firmeza, y ella la traspasó y se precipitó en el vacío.

De inmediato el aire que la rodeaba se espesó, frenando su caída. Rielle sabía cómo lo había hecho Dahli, pues él le había enseñado el truco, pero ella aún no era capaz de ejecutarlo con suficiente rapidez. Un nuevo cuerpo sólido se materializó bajo sus pies y frenó su descenso, con tal brusquedad que las rodillas se le doblaron y ella se puso en cuclillas, perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Alcanzó a ver fugazmente cómo Dahli extendía los brazos y se inclinaba hacia un lado antes de que surgieran unas nubes de oscuridad que lo envolvieron todo.

Los ojos se le llenaron de tierra. Sus pulmones protestaron por la invasión de partículas. Tosiendo con violencia, consiguió ponerse de pie y oyó a Dahli carraspear y escupir no muy lejos. El suelo ya no era llano ni firme, sino irregular y quebradizo. Ella tropezó y cayó de rodillas.

El aire se despejó de golpe, cuando las partículas fueron arrojadas al suelo por

arte de magia.

—¿Te has hecho... daño? —preguntó Dahli entre toses. Ella sacudió la cabeza. Él asintió—. Sígueme...

Ella se levantó y se acercó a él dando traspiés. Dahli bajó del arriate sobre el que habían aterrizado, se volvió y le tendió la mano. Ella la tomó y juntos descendieron hasta la roca sólida.

Cuando Dahli se situó frente a Rielle, esta se tapó la boca con la mano para ocultar una sonrisa. El hombre tenía el rostro embadurnado de un polvo negro con el que contrastaban cómicamente sus ojos brillantes y bordeados de rojo. Cuando él la examinó a su vez, sus cejas se arquearon y sus labios se torcieron en una sonrisa.

Ambos estallaron en carcajadas que resonaron por toda la cámara.

—Lo siento —dijo ella cuando por fin se habían serenado lo suficiente para hablar. Se quitó el velo de la cabeza, lo sacudió para quitarle el polvo y comenzó a limpiarse la cara con él. El resultado provocó un nuevo acceso de risa a Dahli. Ella fingió ofenderse, pero acabó riéndose como una tonta, incapaz de contenerse.

Él fue el primero en recuperar la seriedad y, con un suspiro, cruzó los brazos.

—Ah, Rielle. No hace falta que te señale qué has hecho mal, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza mientras le pasaba el velo.

—Práctica y concentración.

—Es evidente que estás mejorando —le aseguró él mientras se frotaba el rostro—. Nunca nos habías subido tan alto.

Rielle alzó la vista, frunciendo el ceño. Su luz había parpadeado hasta apagarse, pues, presa del pánico por la caída, había perdido el contacto con ella. Dahli había encendido una nueva, pero, como estaba flotando cerca de ellos, su brillo no penetraba la oscuridad. Ella creó otra llama y la impulsó hacia el techo. Ahora resultaba más fácil comprobar que los motivos estaban formados por carámbanos.

—Aquí abajo no hay hielo.

—No. Aunque nos parezca frío, el aire de aquí es tan seco que casi todas las gotas que caen del techo se evaporan antes de llegar al suelo.

Ella se fijó en los numerosos agujeritos en la superficie de los arriates que aún permanecían intactos. Algunas gotas debían de sobrevivir lo suficiente.

—¿En el pasado eran más copiosas y regaban los campos? ¿Los hechiceros proporcionaban la luz, o quizá cultivaban plantas que crecían en la oscuridad?

—No, no y no. —Dahli volvió a mirar hacia arriba—. La bóveda de hielo era lo bastante fina para dejar pasar la luz. El agua se conducía hasta aquí por medio de tuberías.

—¿Tú estabas aquí cuando el jardín aún existía?

Él sacudió la cabeza.

—Lo abandonaron antes de que yo naciera. Hay cuadros del jardín en las galerías y en otros mundos.

Ella se estremeció al preguntarse cómo de gruesa era la capa de hielo ahora. Por

encima se extendía la superficie helada del mundo, bañada por un sol que quemaba la piel pero no calentaba.

Sin embargo, allí abajo, la temperatura era lo bastante templada para que la gente viviera con comodidad. Dahli no sabía cómo se caldeaba la ciudad subterránea ni cómo se renovaba el aire. Le habló de cavernas naturales, más allá de los límites de la ciudad, llenas de plantas extrañas que crecían gracias a la luz que se filtraba por las grietas, y de zonas selladas de forma deliberada, con inscripciones en las paredes que advertían sobre los gases venenosos.

La ciudad estaba parcialmente deshabitada desde hacía medio milenio, por lo menos. Cuando Dahli había llegado, quedaban menos de mil personas, y la población había continuado decreciendo hasta que, antes de que Valhan desapareciera, solo unos pocos cientos vivían en el palacio. Únicamente unas docenas habían vuelto o habían ido a trabajar allí desde otros mundos tras la reaparición del Raen.

No era el reino glorioso que ella había imaginado, donde miles de artesanos creaban objetos cada vez más hermosos para el Ángel, ni siquiera un majestuoso palacio digno del Soberano de los Mundos. Salvo por Dahli y por ella, los habitantes del palacio eran sirvientes de uno u otro tipo, y la costurera y el cocinero eran lo más parecido que había a un artesano. Costaría mucho trabajo conseguir que el palacio recuperara una pequeña parte del esplendor de antaño. Rielle dudaba que el Raen en persona se encargara de ello. Era más probable que empleara para ello a personas de otros lugares, pero tardaría un tiempo en hacerlo. Después de una ausencia de veinte ciclos, la máxima prioridad era restablecer su autoridad como el Soberano de todos los Mundos.

A ella no le gustaba imaginar lo que esto implicaba, aunque algunas «noches» no podía evitarlo, cuando yacía despierta en la cama cuestionándose la decisión de ir a ese lugar. Durante el «día» estaba demasiado ocupada aprendiendo magia como para pensar en otra cosa. En la ciudad, el tiempo se medía en función del conteo constante y las campanadas horarias de un reloj enorme instalado en un extremo de la Sala de Llegada del palacio. Era lo único que indicaba a los residentes cuándo debían despertar, dormir y comer.

—¿Qué te parece si regresamos a alguna parte más cálida y luminosa de la ciudad? —preguntó Dahli.

—Bien. Si caminamos a un paso lo bastante lento, ¿me quedaré sin la lección de hoy?

Él rio por lo bajo.

—En absoluto. Puedo andar y dar clase a la vez.

Rielle soltó un gruñido.

—¿Nunca te tomas el día libre?

—No, a menos que el Raen me lo ordene —respondió él, adoptando de pronto un tono de seriedad absoluta.

Cuando ella le escrutó el rostro, él desvió la mirada, extendió la mano en

dirección al palacio y esperó a que Rielle se pusiera en marcha. Ella así lo hizo, pero no se contuvo de mirarlo de nuevo, buscando en su expresión una mezcla pasajera de vehemencia y tristeza que conocía bien.

Él se había referido a sí mismo como el «más leal a Valhan». «¿El qué más leal?», se preguntaba ella desde entonces. ¿El amigo? Su actitud era demasiado servil. ¿El criado? No tan servil. ¿El aliado? No le gustaba este término, y la primera y única vez que ella lo había utilizado, él le había dejado claro que no existía alianza alguna entre Valhan y él.

«Quizá lleva tanto tiempo al servicio de Valhan que se entienden como viejos amigos, pese a sus papeles de gobernante y vasallo».

Tal vez había algo más. Ella se moría de ganas de leerle la mente, pero lo respetaba demasiado para desoír su petición de privacidad. Por otro lado, su lealtad parecía auténtica e inquebrantable, cosa que la tranquilizaba, pues razonaba que un monstruo de verdad no se la habría ganado ni la habría conservado durante tanto tiempo.

Rielle sacudió el polvo de su velo lo mejor que pudo y se cubrió de nuevo la cabeza con él. Esperaba que los sirvientes consiguieran salvarlo, junto con su ropa. Su vestido, aunque de corte sencillo, era de una tela más fina que el mejor género que sus padres habían teñido jamás. No tenía mangas, y se ajustaba bien a la cintura y el pecho. Debajo, llevaba una prenda de manga larga confeccionada con un tejido suave y elástico de una factura que ella jamás había visto.

A su madre le habría parecido todo terriblemente indecoroso. «Le habrían avergonzado muchas de las cosas que he hecho desde que me fui de Fogo». Esa no era la razón por la que había vuelto a ponerse velo. El tocado triangular le daba la sensación de ir vestida con una dignidad propia de un palacio. Además, le mantenía calientes el cuello y las orejas.

—Como he dicho antes —empezó a disertar Dahli en el tono que empleaba cuando daba clase—, tres factores determinan el poder de un hechicero: localización, alcance y talento natural. Tu alcance es extraordinario, pero posees una escasa aptitud natural para la magia. No sé si esto se debe a que eres una Creadora o a que nunca te habían permitido practicar la magia con libertad hasta hace poco tiempo.

—Los viajeros creían que era por esto último.

—Sin embargo —prosiguió él—, la destreza puede compensar hasta cierto punto la falta de talento natural. La destreza y el conocimiento. Te proporciono los conocimientos a un ritmo más rápido del que normalmente te haría falta para adquirir la destreza, porque quizá no esté siempre disponible para instruirte, pero tú podrás practicar de todos modos. Por eso te impongo ejercicios que debes realizar durante mi ausencia.

Ella suspiró.

—¿Y cuándo se supone que dormiré?

Él se quedó callado unos instantes.

—Ah. Suelo olvidar que aún no has aprendido a cambiar tus pautas.

Habían llegado al final del largo pasillo que los había conducido a la sala de cultivos. Una escalera de piedra a la que le faltaba la barandilla descendía a partir de allí. Dahli bajó el primero, manteniéndose en todo momento del lado de la pared.

—Vas muy bien, Rielle. Has asimilado en menos de un cuarto de ciclo lo que un niño tarda ciclos enteros en aprender.

—No me da esa sensación.

—Es inevitable —dijo él con una risita—. No hay nadie más con quien puedas comparar tus progresos. —Avanzó varios pasos en silencio—. Algunas personas están mejor dotadas para una forma de magia que para otras. Aún estás a tiempo de encontrar una idónea para ti.

—¿Qué formas existen?

Dahli no respondió hasta que llegaron al pie de la escalera. Enfilaron un túnel lo bastante ancho para que cupieran uno al lado del otro.

—Los profesores de muchos mundos dividen la magia en cinco aplicaciones: movimiento, inmovilización, viaje entre mundos, lectura mental y cambio de pautas. El movimiento y la inmovilización son los usos más básicos y, como ya sabes, el movimiento genera calor, y la inmovilidad, frío. La lectura mental se aprende con la misma naturalidad que el lenguaje, y no me sorprendió que me dijeras que fuiste capaz de hacerlo en cuanto llegaste a un mundo que contenía magia suficiente. Sin embargo, dudo que ese fuera tu talento natural particular, pues nunca me he topado con alguien con una ineptitud o una facilidad excepcionales para ello. Los límites en la capacidad de un hechicero para leer el pensamiento dependen solo de su fuerza.

»En cuanto a los viajes entre mundos..., bueno, es demasiado pronto para iniciarte en ello, pero es una técnica tan distinta del movimiento y la inmovilización como lo son estas dos entre sí. Requiere más magia que todas las demás aplicaciones, pero la misma habilidad y conocimiento para realizarse de forma segura. Has mostrado algunas dificultades para aprenderlo, así que dudo que tengas una disposición especial para ello.

—Solo queda el cambio de pautas.

—Sí. El cambio de pautas requiere muy poca magia una vez que lo dominas, pero es la aplicación más difícil de aprender.

—¿Para qué se utiliza?

Él se volvió para mirarla a los ojos.

—Para alterar la sustancia misma de los mundos.

Ella estudió su semblante grave y, como él no profundizó en su explicación, sonrió.

—Me sería más útil que me pusieras ejemplos.

Él torció la boca, divertido.

—Cuando uno se lo aplica a sí mismo, puede sanar cualquier herida, así como modificar su aspecto y la edad que aparenta.

Un escalofrío la recorrió. Valhan le había dicho que aprendería a frenar el envejecimiento.

—Supongo que falta mucho para que me enseñes a hacer eso.

—No te lo enseñaré yo —repuso Dahli.

Ella contuvo la respiración.

—¿Ha cambiado de parecer?

—No. Es Valhan quien enseña las técnicas del cambio de pautas.

—¿Porque... esa es la aplicación para la que tiene un talento especial?

A Dahli se le escapó una risita.

—Tiene talento para todas. ¿Cómo si no crees que llegó a ser el Soberano de Todos los Mundos?

Ella asintió.

—Supongo que así, ni más ni menos. —Se encogió de hombros—. Me alivia comprobar que no estoy destinada a semejante grandeza, pues no tengo talento para ninguna.

Él la miró con severidad, por lo que ella se preguntó enseguida si había dicho algo que no debía. Pero él suavizó su expresión.

—Algún día serás una gran hechicera, Rielle.

Turbada por la certeza que destilaba su voz, ella apartó la vista.

—Entonces ¿por qué no permite Valhan que nadie más enseñe el cambio de pautas?

—Porque los mundos serían mucho más peligrosos si todos los hechiceros capaces de aprenderlo pudieran burlar a la muerte.

Ella meditó estas palabras.

—De ese modo, incluso los hechiceros con una fuerza equivalente a la suya morirán tarde o temprano. Le basta con esperar a que el tiempo lo libre de sus enemigos.

Él la observó con suspicacia.

—No hay hechiceros tan poderosos como él.

—¿Y qué me dices de la profecía? —Frunció el ceño, intentando recordar lo que le habían contado los viajeros—. ¿Cómo se llamaba?

—La Regla del Milenio —contestó Dahli en tono de desaprobación.

—¿Crees que es verdad?

Él contempló con el entrecejo arrugado el pasadizo que se abría ante ellos.

—No, no lo creo. Pero hay quienes lo creen, y eso es casi igual de peligroso.

Ella asintió.

—O sea, que si muchos hechiceros menores con los conocimientos necesarios se unieran, ¿podrían derrotarlo?

—Sí.

—¿Lo han intentado alguna vez?

—Sí.

—Y, evidentemente, fracasaron. ¿Cómo logró sobrevivir? ¿Cómo evita que vuelva a suceder?

Dahli relajó el semblante.

—No creo que te guste conocer la respuesta a esas preguntas.

Ella desvió la mirada y asintió. A lo largo de mil ciclos, Valhan debía de haber matado a innumerables personas, para defenderse o para proteger la seguridad de los mundos. Al cabo de un tiempo, debió de resultarle tentador quitar de en medio a cualquiera que pareciera capaz de causar problemas en el futuro. ¿Había algo de cierto en los rumores de que Valhan asesinaba hechiceros solo porque tenían la desgracia de ser poderosos? Suspiró.

—Soy consciente de que un hombre en su posición tiene que tomar decisiones difíciles para defenderse y defender a aquellos que le importan.

¿Acaso a Valhan le importaba alguien? Rielle podía contar con los dedos de ambas manos el número de veces que lo había visto desde que ella había llegado al palacio, y los encuentros siempre habían sido breves. No era muy dado a revelar sus pensamientos o sentimientos con gestos o con su actitud. A ella solo le quedaba intentar inferirlos a partir de sus actos, pero tampoco tenía oportunidad de presenciarlos. El único criterio del que disponía para juzgarlo era el hecho de que él la había llevado a ese mundo, le había asignado un instructor de magia y no la había matado.

En un cordial silencio, los dos prosiguieron su camino de vuelta al palacio. Cuando llegaron a la discreta puerta lateral por la que ella siempre salía del edificio, una tenue vibración le cosquilleó los pies.

Dahli se cuadró, con la espalda erguida y la mirada fija en un punto lejano.

—Ha vuelto —declaró. Era un anuncio innecesario, ya que ella había experimentado esa sensación varias veces y sabía qué significaba—. Debemos darnos prisa. Es... es posible que quiera un informe sobre tus progresos, y ambos necesitamos lavarnos y cambiarnos de ropa antes.

—Sí —convino ella, aunque sin la misma sensación de urgencia. Cada vez que Valhan los visitaba, se interesaba por la instrucción de Rielle, pero con la amabilidad con que trataría a un igual—. Sin embargo, dudo que eso ocupe el primer lugar en su lista de tareas para hoy. Más bien debe de ocupar el último.

Dahli había apretado el paso para adentrarse en el pasadizo que conducía a sus aposentos, pero se detuvo y volvió la vista atrás.

—Cuando el Raen ordena al más leal que acometa una tarea, puedes estar segura de que no ocupa el último lugar de su lista.

Ella se aguantó la risa ante aquel arranque de indignación, no muy segura de si estaba bromeando o no. Mientras él avanzaba a toda prisa, ella tuvo que dar zancadas más largas para no rezagarse.

—Nunca se le ve muy preocupado.

—Él no es así.

—Además, debe de tener asuntos más importantes entre manos.

—Te aseguro que está muy interesado en tu entrenamiento.

Ella se encogió de hombros, aunque él iba delante y no podía verla.

—¿Por qué? No soy importante.

—Él cree que sí y, por tanto, lo eres.

—No entiendo por qué. Si necesitara la ayuda de otro hechicero, seguro que podría encontrar a uno con más aptitudes que yo. Se me da mejor crear magia que utilizarla. Y manejo mejor el pincel que la magia. Es evidente que no me ha traído aquí para que le haga compañía, y además no soy precisamente... en fin...

—¿Qué?

—Ah... Da igual.

Él miró hacia atrás y se detuvo.

—Vacilas en decírmelo. Ahora sí que me has picado la curiosidad. Vamos, suéltalo o insistiré en que te reúnas con él ahora mismo.

Ella bajó la mirada hacia su ropa mugrienta.

—No soy una gran belleza.

Él arqueó las cejas.

—No le interesas en ese sentido en absoluto. —Volvió la vista al frente—. No serías la primera en desear que no fuera así.

—Oh, no, no tengo aspiraciones de ese tipo —le aseguró ella—. Y jamás habría accedido a venir si hubiera creído que... que corría esa clase de peligro.

—Pues no tienes por qué preocuparte —dijo él, suavizando el tono, y reanudó la marcha, a un paso más lento—. Pocas mujeres pueden resistirse a Valhan cuando él decide conquistarlas, pero hace siglos que no lo veo hacerlo. Al menos, con el único propósito de seducirlas. Y nunca contra la voluntad de... esto... la seducida.

Rielle asintió, no muy segura de si debía sentirse más tranquila o más inquieta por su respuesta. Lo que Valhan hiciera con otras mujeres no le incumbía, siempre y cuando no impusiera su voluntad a ninguna de ellas.

Por otra parte, la respuesta de Dahli no explicaba por qué Valhan estaba interesado en sus avances como hechicera. Si lo único que quería era recompensarla por haberlo ayudado a abandonar su mundo, debía darle igual si ella estaba progresando de forma rápida y satisfactoria. Suspiró. ¿Cómo adivinar qué motivaba a un hombre tan longevo y poderoso como él? Tal vez si algún día llegaba a la edad de él, lo entendería. Lo que significaba que viviría desconcertada durante mucho tiempo.

Y agradecida.

La Sala de Llegada se encontraba en el centro del palacio, o al menos a esa conclusión había llegado Rielle. No formaba parte de la serie de salas que los visitantes debían atravesar al llegar, ni era tan espaciosa o imponente. Cuando entró detrás de Dahli por una puerta lateral, ella contempló el reloj descomunal que colgaba en un extremo, muy por encima de un estrado. Era una hora más tarde de aquella en que solían comenzar sus clases de la mañana.

De pie en el estrado, un hombre hablaba con una mujer madura que Rielle reconoció como una de las sirvientas principales. Tras asentir con un movimiento tan exagerado que parecía una reverencia, se alejó a toda prisa. Valhan se volvió, bajó del estrado y se dirigió hacia Dahli y Rielle con paso elegante y seguro. Como de costumbre, llevaba un sencillo atuendo de colores oscuros.

«Por todos los Ángeles, qué apuesto es».

No obstante, aunque llevaba allí casi un cuarto de ciclo, ella tuvo que resistir el impulso de retroceder ante él. Una parte de ella aún reaccionaba con el temor reverencial y el respeto que debían mostrarse a un Ángel. Otra parte no lo había perdonado por engañarla. Podía hacer caso omiso de ambas partes.

Pero era demasiado consciente de su poder y su edad, de que había matado y volvería a hacerlo para permanecer con vida, proteger a los suyos y mantener el control sobre los mundos. Ella no era tan ingenua o necia como para depositar una confianza absoluta en él. Y sin embargo, había estado convencida —aún lo estaba— de que aceptar su invitación era la decisión más lógica y justa que habría podido tomar.

Salvo en plena noche, cuando despertaba creyendo que todavía estaba en la habitación del taller de tejedores que compartía con Betzi, y se despabilaba del todo, sobresaltada, al recordar dónde se encontraba en realidad. Solo dejaba de preocuparle la posibilidad de haber cometido un error cuando se convencía a sí misma de que lo mejor era continuar comportándose como si hubiera hecho lo correcto hasta que la realidad le demostrara lo contrario.

Si Valhan estaba leyéndole la mente en ese momento, no dio señales de ello.

—Dahli —dijo, y luego posó la vista en ella—. Rielle. ¿Cómo van las clases?

—Bastante bien —respondió el instructor—. Estábamos a punto de reanudarlas.

Valhan sacudió la cabeza.

—Hoy no hay clases. Tengo algo que mostrarle a Rielle.

Dahli arqueó las cejas. Asintió y dio un paso atrás.

—Esperaré a que regreses.

Ella clavó la mirada en él, luego en Valhan, y cuando este le tendió la mano, ella se sacudió la sorpresa y la tomó.

«Esto es nuevo —pensó—. No puede tratarse de lecciones de inmortalidad. Es demasiado pronto para eso. Además, ha dicho que quiere mostrarme algo, no enseñármelo».

Él la sujetaba con firmeza. La Sala de Llegada se iluminó y se fundió en blanco, antes de oscurecerse hasta sumirse en la negrura absoluta que ella recordaba haber visto en su viaje a ese mundo. Un mundo verde pasó como una exhalación, seguido por un paisaje cubierto de hielo. Notó calor en la piel por un instante, como si se hubiera acercado mucho a una hoguera, y luego, muy por debajo de ellos, apareció un océano inmenso con olas grandes como montañas y, por encima, un cielo color naranja. Finalmente, se detuvieron en lo alto de una torre gigantesca.

—¿En los mundos por los que acabamos de pasar pueden vivir personas? —preguntó ella una vez que hubo recuperado el aliento.

—No.

—¿Hay alguna otra ruta para llegar a tu mundo?

—No.

—Entonces ¿cómo la descubriste?

—Al leer documentos guardados en otros mundos. Estaba habitado, pero lo abandonaron mucho antes de que yo naciera.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Alguna vez ha estado plenamente poblado desde que lo descubriste?

—Hubo una época en que lo estuvo, durante unos pocos cientos de ciclos.

Le apretó la mano con los dedos como advertencia de que estaba a punto de proseguir el viaje. El bosque se desvaneció, y varios mundos aparecieron y desaparecieron en rápida sucesión. Cuando permanecieron en un lugar por más de un instante, ella supuso que habían llegado a su destino.

Él le soltó la mano. Rielle casi deseó que no lo hubiera hecho. Se encontraban en una muralla tan alta que se mareó al contemplar la ciudad que yacía a sus pies. Esta era tan extensa que, mientras ella desplazaba la vista hacia el horizonte, se preguntó si tendría fin. Quizá la urbe cubría la superficie entera de ese mundo. Al tender la mirada hacia la distancia, alcanzó a distinguir el impreciso perfil de unas montañas, casi invisibles en la bruma.

Valhan se volvió para echar una ojeada hacia atrás, y ella lo imitó, algo nerviosa, pues la parte superior de la muralla tenía un grosor de solo un paso, y si perdía el equilibrio, solo el hombre que tenía a su lado podía impedir que se cayera. Al otro lado, pero a menor altura, había un complejo de edificios construidos en una disposición formal y majestuosa. Cuatro hombres de atuendo idéntico caminaban marcando el paso en torno a una plaza central. La gente iba y venía entre los edificios, a paso tranquilo o apresurado, sola o en grupo. Rielle se preguntó si alguien se fijaría en Valhan y en ella, pero nadie volvió el rostro en su dirección ni se detuvo

para señalar a aquellas dos personas encaramadas a un sitio tan precario.

Con el rabillo del ojo vio que Valhan la miraba. Al volverse, vio que enarcaba ligeramente las cejas, como si esperara una reacción o una pregunta por su parte.

—¿Dónde estamos? —inquirió ella.

—En la ciudad de Wuhrr, en el mundo de Puht.

—Es inmensa. ¿Era lo que querías enseñarme?

—Sí, pero no lo único. —Bajó la vista hacia las estructuras formales—. Puedes llegar a desentrañar el carácter de un lugar leyéndoles la mente a sus habitantes. Proyecta los sentidos hacia la gente de aquí. Roza sus pensamientos. Cuando percibas algo interesante, escucha con atención. Con el tiempo te formarás una idea de sus valores y esperanzas, y aprenderás un poco de su historia.

Intrigada, ella afianzó las piernas sobre el muro e intentó no pensar en la caída que tenía detrás. Tras seleccionar una estructura, buscó una mente en su interior. La encontró al instante.

Un hombre. Un centinela de guardia. Estaba aburrido. Hacía horas que nadie pasaba por allí. Se entretenía imaginando cómo pasaría la noche con su esposa.

Divertida y un poco avergonzada, Rielle reanudó su exploración y dio con una habitación repleta de personas que estaban muy atareadas cocinando. Al concentrarse en la mente de una joven, descubrió que acababa de llegar un dignatario que tenía gustos muy especiales y que a ella le habían ofrecido una recompensa generosa si lograba complacerlo con los platos que preparara. Pero tenía que competir con otros cocineros por los mejores alimentos de la despensa, y uno de ellos había cogido lo último que quedaba de un ingrediente que ella necesitaba. Estaba luchando contra la tentación de robarlo cuando él se distrajera.

Rielle advirtió que un carnicero se marchaba, y se introdujo en su mente. Lo siguió hasta su habitación en las dependencias del servicio, donde su anciano padre jugaba una partida con un par de viejos amigos. Discutían sobre política, como de costumbre. Al reconocer una buena fuente de información, Rielle pasó de una mente a otra a lo largo del círculo y se enteró de que muchos ciclos atrás un hombre había llegado de otro mundo y se había quedado atrapado allí. Su pueblo, los koijen, habían construido la ciudad. Estaba orgulloso pero también triste, pues habían esclavizado a la gente local y expoliado muchas riquezas del mundo. Él había viajado allí para admirar y lamentar los frutos de aquella maldad.

Sin embargo, los koijen habían pagado un alto precio por ello. Los soberanos de casi todos los países de Puht habían enviado hechiceros a pedirle ayuda al Raen. Él había expulsado a los koijen. Había sido un precio razonable, pensaba el viejo, aunque sabía que el mayor de sus amigos no estaría de acuerdo. Rielle se centró en él y percibió rabia y aflicción. Su hijo había muerto, y él culpaba a Valhan y a quienes habían pactado con él.

Su mente estaba más llena de pasión que de detalles, así que Rielle dirigió su atención al padre del carnicero. Estaba convencido de que todo en la vida exigía

sacrificios. Más valía que algunos de sus hombres y mujeres murieran luchando por el Raen a que siguieran cayendo en manos de los esclavistas. No tenía ni idea de cuál era la causa de la guerra en el otro mundo, pero sin duda era para ayudar a otros a librarse de la tiranía también.

«Es muy fácil para mí decirlo —reconoció para sus adentros el padre del carnicero—. Mi hijo era demasiado joven para combatir. Pronto será demasiado viejo, si el Raen viene para reclutar otro ejército».

La conversación se centró en un asunto local, así que Rielle prosiguió su búsqueda, tocando la mente de más y más personas, comprendiendo cada vez mejor el propósito de ese lugar. Era un palacio, pero no para una familia real. Como en la ciudad en que se había criado, un grupo de hombres y mujeres influyentes gobernaba aquellas tierras, tomando decisiones por votación. Ella descubrió que era un buen lugar donde obtener información sobre el país, pues todos sus ocupantes estaban implicados de una u otra forma en su gobierno. Supuso que por eso lo había elegido Valhan. Este también debía de saber que ella vería algo más que gratitud hacia él en sus mentes.

Por otro lado, se trataba de la élite de la ciudad y de su servidumbre. La mayoría de la población vivía al otro lado de la muralla. Rielle se volvió despacio y dirigió la mirada hacia la ciudad situada mucho más abajo. Los edificios estaban más separados, y ella se esforzó por dilatar sus sentidos hacia el exterior. Las mentes que encontró, tenues y mezcladas, emitían pensamientos débiles que quedaban ahogados por otros más intensos. Pensamientos sobre tareas cotidianas, trabajos e interacciones componían el murmullo de voces mentales, sobre el que destacaba algún que otro grito de dolor, entusiasmo o ira. Era como escuchar los sonidos de una multitud lejana, se dijo ella, con la salvedad de que casi todos sus miembros permanecían ajenos a los demás y no se habían reunido con un propósito o motivo determinados.

Como le resultaba imposible concentrarse en una sola persona, Rielle retrajo sus sentidos. Frustrada, se volvió hacia Valhan, que la observaba.

Esbozando una sonrisa, la tomó del brazo y ella dejó de sentir el frío del aire. Se tiraron por el borde del muro, y la mente de Rielle le proporcionó una sensación vertiginosa de caída mientras descendían. No ayudaba a mejorar las cosas que se hubieran apartado tan poco del mundo que ella no pudiera ver indicios de que su entorno se hubiera difuminado, excepto en las sombras más oscuras.

Se precipitaron hacia los tejados y se colaron entre dos de ellos por un hueco estrecho. Las paredes de ambos lados eran de ladrillo, y un olor a humedad le llenó los pulmones cuando llegaron. La callejuela torcía a la izquierda y desembocaba en una calle más ancha y transitada. Valhan miró hacia la otra vía, pero se quedó inmóvil. Rielle se preguntó qué ocurriría si él emergiera. ¿Lo reconocería la gente? Ella proyectó la conciencia hacia sus mentes para averiguarlo.

Aunque saltaba de una persona a otra, todas estaban demasiado absortas en sus labores para pensar en el Soberano de los Mundos. Cuando por fin topó con una

excepción, era un carpintero que pensaba con melancolía que los trabajos pesados que le encargaba su jefe nunca captarían el interés de la élite, y menos aún del Raen. «Pero al menos me paga por ello —añadió para sí—, y no soy un esclavo de los koijen... Aunque trabajar por ese salario no es mucho mejor».

Un ruido cercano atrajo de nuevo su atención a la callejuela. Una mujer avanzaba a grandes zancadas por el estrecho espacio con una cesta de ropa sucia. Se detuvo justo delante de Rielle, con el ceño fruncido de irritación.

—Perdón —dijo Rielle, apartándose.

La mujer se cambió de lado la cesta y se la apoyó en la cadera, disponiéndose a apretujarse junto a ella para pasar, pero se quedó quieta al advertir que alguien acechaba detrás de Rielle. Cuando se percató de que el desconocido era un hombre, su irritación se transformó en recelo, pero se tranquilizó un poco ante la despreocupación de Rielle. «Qué ropa tan rara lleva —pensó—. Son prendas de calidad. Debe de ser una forastera o alguien de otro mundo. —Echó otro vistazo a Valhan—. Él también. Pero me resulta familiar...». De repente se le escapó un grito sordo al recordar dónde había visto antes esa cara.

«En el museo. En la sala de votaciones». La estatua del museo se le parecía mucho más, se dijo, pero de pronto le vino a la mente otro pensamiento.

«¡Pídeselo! —gritó su voz interior—. ¡Pídeselo antes de que se vaya y sea demasiado tarde!».

Las palabras se abrieron paso entre el miedo y el asombro hasta los labios de la mujer.

—¡Mi hija! —jadeó—. Tiene mala una pierna. ¿Podrías sanársela?

Rielle miró a Valhan, que le sostuvo la mirada a la mujer hasta que esta bajó la vista. Ella sabía que aquello tendría un precio. Siempre había un precio que pagar.

—¿Qué me ofreces a cambio? —Aquel idioma tenía una sonoridad extraña en su boca. Hablaba despacio. La mente de la mujer le proporcionaba automáticamente las palabras que ella suponía que Valhan usaría, y él elegía las que precisaba.

—¡Lo que me pidas! —Extendió las manos con la palma hacia arriba, pero se sentía cada vez más insegura conforme caía en la cuenta de que no tenía nada que ofrecer. Nada que un ser tan poderoso como él pudiera querer o necesitar.

—Un favor —dijo él—. En el futuro.

Rielle no había visto esas palabras en la mente de la mujer. Tal vez Valhan las había extraído del pensamiento de otras personas que estaban cerca. La mujer asintió en señal de conformidad.

—Lo haré. Yo, Semla, te lo juro.

—¿Dónde está tu hija, Semla?

—En mi casa.

El camino hasta allí apareció en su mente de forma fugaz. Valhan pasó junto a Rielle y tendió la mano. Semla se quedó mirándola con incredulidad, pero la agarró antes de que se evaporara toda su valentía. Los dedos de él rodearon el brazo de

Rielle, y la callejuela se iluminó. A la mujer se le desorbitaron los ojos cuando atravesaron la pared.

Paredes encaladas, puertas y ventanas, personas y animales desfilaban ante ellos a toda velocidad. Rielle observaba las reacciones de la gente a su paso. Pocos reparaban en el trío medio invisible. La mayoría de los que se fijaban en ellos eran niños. Todos los demás estaban demasiado atareados.

Detuvieron su avance y regresaron al mundo en una habitación pequeña. En el centro había un brasero, y una campana suspendida por encima expulsaba el humo a través del tejado. Había una cama bien encajada entre tres paredes, y, en la pared del fondo, una ventana y una puerta abierta. Una niña estaba sentada en el umbral, de espaldas a ellos.

—Oerti —la llamó Semla.

La chiquilla se volvió y clavó la vista en ellos, asombrada, preguntándose cómo habían conseguido entrar su madre y esos desconocidos sin que ella se diera cuenta. ¿Se habría quedado dormida? Un punto de luz apareció encima del brasero y se expandió hasta formar una pequeña esfera luminosa. Madre e hija contemplaron boquiabiertas aquel resplandor mágico. La niña fue la primera en recuperarse de la impresión, y desplazó la mirada de Valhan a Rielle. «¡Hechiceros!».

—Ven aquí, Oerti —le indicó Semla.

La chica se puso de pie, cogió una muleta que estaba apoyada cerca de la puerta y se le acercó con cautela. Tenía el pie derecho torcido y más pequeño que el izquierdo.

—¿Quiénes son? —susurró.

—Un sanador y... —la madre posó los ojos en Rielle— su amiga. Ve y tiéndete en la cama.

La niña obedeció y depositó la muleta a su lado, sobre el colchón. Estaba asustada, pero confiaba en su madre, que según todo el mundo era una mujer muy sensata. El tarambana era su padre. Sin embargo, la expresión con que su madre miraba al hombre, entre temerosa y emocionada, la inquietó. Pocas cosas daban miedo a su madre.

Valhan se colocó junto a la cama. La chiquilla lo observó con los ojos muy abiertos, preparada para asestarle un golpe con la muleta si él le hacía algo malo a ella o a su madre. Fijó la mirada en algún punto situado en su interior, y la bajó despacio hasta la pierna. Ella torció el gesto mientras él le examinaba aquel muñón feo y retorcido que era su pie derecho.

Sin previo aviso, la atenazó un dolor lacerante. Jadeó y tomó aire para gritar, pero el dolor desapareció tan deprisa como había llegado. Su madre la había tomado de la mano y le murmuraba palabras tranquilizadoras. Oerti se relajó poco a poco. Notaba que los huesos y otras partes de la pierna se le movían de un lado a otro. Aunque era una sensación desagradable, trajo consigo un torrente de esperanza. «¿Esto está ocurriendo de verdad?».

Rielle salió de la mente de Oerti y estudió su pierna con sus propios ojos. Estaba

casi recta y había crecido hasta alcanzar el mismo tamaño que la izquierda. «¡Imposible! —Pero la veía transformarse y cambiar, lo que desafiaba su incapacidad para imaginar cómo podía lograrse algo así. Le vinieron a la memoria imágenes de Valhan alterando su apariencia, un truco que sin duda requería menos esfuerzo que aquella sanación—. En cuanto a la inmarcesibilidad... no es algo tan palpable y evidente, pero, de algún modo, al ver esto me resulta más fácil creer que Valhan y Dahli no envejecen físicamente».

Entonces comprendió que Valhan tenía razón, no solo respecto a lo injusto que era que ella se casara con Baluka si no lo amaba, sino también respecto a que era necesario que tuviera muy claro lo que se habría perdido si hubiera elegido esa vida. Lo que era capaz de hacer.

«Quedarme con los viajeros habría sido tan injusto para mí como para Baluka. — Este había considerado una lástima que ella no realizara su potencial como hechicera —. Tenía razón. Y él no habría podido enseñarme esto».

Tocó el pequeño colgante en forma de pincel que llevaba al cuello. Le recordaba a los viajeros en todo momento. Al principio, cada vez que lo veía, la acometía una punzada de culpabilidad o tristeza, pero había seguido llevándolo porque no quería olvidar la deuda de gratitud que tenía con la familia. Ya no sentía culpabilidad, solo aceptación.

«Mi lugar no estaba entre los viajeros. No nací para ser la esposa de Baluka».

Solo le quedaba la preocupación de que Baluka aún estuviera buscándola. A petición suya, Valhan le había indicado a Dahli que mandara hechiceros en busca de Baluka para que le entregaran un mensaje de ella. Por el momento ninguno de ellos había encontrado al viajero, y este no había regresado con su familia.

Valhan se apartó un paso de la cama, lo que, como la habitación era tan reducida, lo situó junto a Rielle. Oerti se incorporó y se contempló la pierna con los ojos brillantes y muy abiertos. Movié sus perfectos dedos de los pies.

—Creo que ha salido bien —dijo.

Su madre soltó un ligero jadeo y la estrechó entre sus brazos. Al mismo tiempo, una mano se cerró sobre el brazo de Rielle, y la escena se fundió en la blancura.

«No nos quedamos a oír cómo nos expresan su agradecimiento», pensó, dirigiéndose a su acompañante.

—No —contestó él.

Aunque él no había movido los labios, ella había oído su voz. Tras asimilar esta revelación, Rielle retomó el hilo de sus pensamientos. En efecto, ¿por qué habría él de aceptar que le dieran las gracias, cuando había pedido otra cosa? Formuló una pregunta en la mente.

«¿Por qué les has pedido un favor a cambio de ayudarlas?».

—Si la gente espera que los ayude de forma altruista, me guardarán rencor si me niego.

De ese modo, si rechazaba su petición, ellos no podían saber si era porque no

quería o porque lo que ellos le ofrecían como pago no le parecía suficiente. Algunos seguramente suponían que el motivo era este último y le ofrecían retribuciones cada vez más valiosas..., pero solo si él se quedaba cerca de ellos durante el tiempo suficiente, cosa que ella dudaba que sucediera a menudo.

«¿Qué le pedirás a Semla? ¿Qué podría darte que fuera remotamente comparable a la curación de su hija?».

—Es probable que nunca le pida nada —respondió él, esta vez en voz alta, pues habían llegado a otro mundo. Ella tomó aire para hablar, pero antes de que pudiera decir una palabra, entraron de nuevo en el espacio intermedio.

«No obstante, siempre tendrá presente esa posibilidad», señaló ella.

—Y yo. He hecho innumerables favores pequeños a lo largo y ancho de los mundos. Cuando necesito que alguien realice una tarea de menor importancia, me basta con buscar entre las mentes locales hasta dar con alguien que esté en deuda conmigo. No pido nada de mayor valor que el que ellos consideran que tiene el favor que les hice.

«Así que ¿las tareas de mayor envergadura requieren favores más grandes?».

—De vez en cuando. Sin embargo, por lo general se llega muy lejos con muchos favores pequeños. Las necesidades de la gente suelen ser las mismas, al margen de la posición que ocupen en la sociedad.

Rielle supuso que era mucho más probable que un rey pagara la deuda contraída por la curación de su hija a que lo hiciera una lavandera. Mientras entraban y salían velozmente de otros tres mundos, se preguntó qué podía impulsarlo a negarle un favor a alguien.

«¿Y si no puedes hacer lo que te piden?».

—Entonces no hay trato.

¿Qué probabilidad había de que él fuera incapaz de satisfacer una petición? Decidió que más valía no preguntárselo. Después de todo, sería desconsiderado e imprudente interrogar a un soberano sobre sus puntos débiles. Era mejor preguntarle qué podía hacer.

En el caso de Valhan, esto incluía los usos más sofisticados de la magia. Irónicamente, eran los mismos que la corruptora confiaba en que Rielle aprendiera para aplicárselos a sí misma. A menos que su propósito fuera que ella regresara para pedirle que la sanara. ¿Significaría eso que la corruptora conocía el cambio de pautas?

—Eso sería sumamente improbable.

«Según la sanadora de los viajeros, tengo... Un momento... ¿Utiliza Ulma el cambio de pautas para sanar?».

—Sí.

De pronto, que Ulma se refiriera a la anciana que la ayudaba como a su hija cobró sentido. Rielle pensó en todas las muñecas hechas a partir del mismo molde, cada una de colores distintos, y se preguntó si... Se concentró de nuevo en la pregunta que

había estado deseando plantear.

«Según Ulma, me he sanado sola. ¿Significa eso que tengo aptitud para el cambio de pautas?».

—No necesariamente —respondió Valhan en alto cuando emergieron en un bosque que ella recordaba del viaje de ida—. Tu cuerpo sana sin que realices un esfuerzo consciente, y, puesto que tienes acceso a la magia, puede valerse de ella para agilizar el proceso, aunque no de forma muy fiable.

Así que era posible que ella hubiera empleado la magia durante toda su vida sin darse cuenta. Los sacerdotes de su mundo no lo habrían aprobado. Además, era evidente que no había usado mucha, ya que nunca había percibido Mancha en su casa.

«Entonces ¿por qué mi cuerpo me permite envejecer?», preguntó mientras varios mundos pasaban con rapidez.

—Porque cuando el cuerpo sana, intenta recobrar una pauta. El envejecimiento no constituye una desviación de la pauta.

Y por eso la técnica se denominaba «cambio de pautas». Dejar de envejecer implicaba alterar la pauta natural del cuerpo. ¿Intentaba este volver a su estado natural de manera automática? ¿Requería la inmarcesibilidad la aplicación constante de magia?

—Las respuestas a todas estas preguntas te serán reveladas a su debido tiempo —aseguró él. Los envolvió la oscuridad, después la claridad, y por último la iluminación suave de la Sala de Llegada—. Pero aún no —concluyó él en voz alta. Ella asintió en señal de que entendía. Debía dominar todas las otras técnicas antes de abordar los tipos de magia más sofisticados. Debía completar sus clases con Dahli.

Valhan le soltó el brazo, retrocedió un paso y se esfumó.

Rielle se detuvo en la entrada a los aposentos de Dahli, vacilante. Al igual que en todas las zonas del palacio que se mantenían en buen estado, había tantas superficies talladas, pintadas y bañadas en oro que ella no tenía forma de saber si detrás había paredes de roca natural de las cuevas o muros de construcción humana. Había obras de arte de estilos muy diversos colgadas en los espacios que quedaban entre los elementos decorativos. Los huecos y las hornacinas estaban ocupados por esculturas. Varios tapices adornaban las paredes y cubrían los vanos.

La puerta abierta parecía indicar que las visitas eran bienvenidas, pero ella no se atrevía a entrar sin que la invitaran.

—¿Hola? —llamó.

Una cabeza se asomó a una de las puertas interiores y, a continuación, un hombre salió de ella e hizo una reverencia. Llevaba una prenda lisa, sin mangas, que le colgaba desde los hombros hasta la punta de unas pulcras zapatillas.

—El maestro Dahli no está —dijo.

—Ah. —Rielle tamborileó con los dedos en el marco de la puerta, preguntándose qué hacer. Dahli no le había comentado nada que diera a entender que la clase no tendría lugar como de costumbre.

—¿Podrías decirme dónde está, o cuándo volverá?

—No lo sé. Lo siento. —Otra reverencia.

Ella sonrió.

—No tienes por qué disculparte. Regresaré más tarde.

Salió al pasillo y echó a andar hacia sus aposentos. Eran casi tan espectaculares como los de Dahli, pero ya tenía muy vista la decoración. La presencia continua de criados la cohibía, y cuando intentaba entablar conversación, ellos parecían sentirse confundidos e incómodos.

Aunque Rielle se había criado en un hogar acomodado, consideraba a los trabajadores de la tintorería sus amigos o incluso miembros de la familia. Sin embargo, no todos los ricos de Fogo trataban así a sus empleados. Ella había aprendido a juzgar el carácter de la gente por la forma en que se comportaba con quienes pertenecían a clases más bajas, o por cómo reaccionaban ante ellos sus hijos y sirvientes.

Pero no era miedo lo que expresaba la servidumbre allí. No temían que los castigaran si los sorprendían tomándose demasiadas libertades; sencillamente no habían encontrado entre aquellos a quienes servían a nadie que, aparte de darles órdenes, se interesara por ellos. Y preferían que las cosas siguieran así. Los

hechiceros —en especial los inmarcesibles— tenían necesidades y caprichos tan distintos de los de la gente normal que prácticamente no parecían personas, sino seres sobrehumanos.

Lo que se traducía en que Rielle no tenía a otra persona con quien conversar más que Dahli. Por fortuna, esto no parecía molestarlo. Su compañía le resultaba muy agradable a Rielle, y nunca la trataba como a una persona inferior por su falta de experiencia o su origen. A diferencia de los sacerdotes de Schpeta, él mostraba interés por ella más allá de su papel de alumna. «Ahora es casi tanto un amigo como un instructor. Un nuevo amigo —puntualizó—. Hay tantas cosas que aún ignoro de él... Además, no tenemos experiencias en común, como las que me unían a Betzi».

Valhan era el único vínculo entre ellos. Y la magia. Al pensar en las obras de arte que había en los aposentos de Dahli, ella se preguntó si las había elegido él. Las de su propia habitación hacían juego con la decoración. Como consecuencia, algunas eran un poco cursis.

Sin pensar demasiado en ello, se encaminó en otra dirección. ¿Qué otra cosa podía hacer sino ponerse a explorar de nuevo? Había zonas del palacio que aún no conocía. Las había reservado para un día como ese, en que quizá tuviera que regresar de prisa. Tras serpentear por los anchos pasillos entrecruzados, se coló entre dos portones tan combados que no cerraban bien y un corredor oscuro. Con una luz mágica flotando ante sí, avanzó hacia las sombras que retrocedían.

Aunque el enlucido de las paredes seguía intacto, la pintura estaba desteñida y descascarillada. Pese a las claras señales de abandono, las piezas de arte seguían colgadas en las paredes. Ella acercó su luz a los rostros que la miraban rodeados de penumbra, a los negros troncos de árboles que crecían a la orilla de aguas oscuras o campos sombríos, y a los animales tan gráciles como amenazadores que acechaban en las tinieblas.

Aquí y allí había telas pesadas colgadas de barras —algunas solo pendían ya de unos pocos hilos— o tiradas en el suelo. Al estudiarlas más de cerca, Rielle descubrió la textura familiar de los tapices, aunque estaban tejidos con técnicas que no reconoció. Eran de colores extraños, pues los tintes habían adquirido otras tonalidades o habían palidecido con el tiempo. Ella había albergado la esperanza de poder calcular cuánto tiempo llevaba abandonado el pasillo basándose en el deterioro de los textiles, pero los diferentes grados de desgaste y la posibilidad de que se tratara de materiales y tintes más resistentes que los que se utilizaban en Schpeta se lo impidieron.

Un par de puertas con tallas ornamentales surgieron de la oscuridad. Se detuvo a admirarlas. A pesar de la capa de polvo y las numerosas grietas, la madera aún dejaba traslucir la destreza del artesano. Después de contemplarlas durante un rato, echó un vistazo por la rendija que se había abierto entre ellas debido a la contracción de la madera. Al otro lado, una luz tenue y fría le reveló otra sala gigantesca, poblada de personas y seres petrificados e inmóviles.

«Estatuas. ¿Será una galería?».

En el centro, una figura descomunal y alargada se alzaba hacia el techo. Un brillo mortecino procedente de arriba iluminaba los brazos y el pecho cubierto con una tela, pero las puertas no le permitían ver nada más.

Rielle no intentó abrirlas, pues no quería arriesgarse a dañarlas. La galería era amplia, y ella vio que más adelante había otras puertas, a lo largo del pasillo. Se acercó al par más cercano y encontró que una hoja colgaba precariamente de un solo gozne, dejando una abertura lo bastante grande para pasar a través de ella.

Los zapatos de suela blanda que le habían proporcionado para que los llevara mientras estuviera en el palacio chirriaban de forma apenas audible contra el suelo polvoriento. La iluminación de la sala procedía de una grieta profunda con los bordes rectos pulidos de modo que reflejaban la luz hacia abajo desde la superficie, que estaba mucho más arriba. La parte superior de la enorme estatua se reveló ante sus ojos, y el corazón le dio un vuelco al reconocer el rostro.

«Bueno, ¿quién más podía ser?».

Alguien se rio. Alguien con voz masculina. Ella se quedó paralizada y miró en torno a sí, intentando localizar el origen de la voz. Unos murmullos atrajeron su atención hacia el otro extremo de la sala. Allí, las estatuas estaban iluminadas por una fuente de luz más cálida que la que se encontraba encima de la escultura de Valhan.

Una voz conocida se unió a la primera.

—Entonces ¿por qué no? —preguntó el que se había reído.

—No lo sé —respondió Dahli, en un tono cansino—. Pese a lo que dicen por ahí, él no me lo cuenta todo.

—¡Es la primera vez que admites eso! Al menos, la primera vez que te oigo admitirlo.

—Quizá cuando lo admití no estabas prestándome atención, Ator! —replicó Dahli—. Como cuando te advertí que no vinieras aquí.

—Sí, me lo advertiste, pero no obedezco tus órdenes.

—Eran órdenes de Valhan. Te lo dejé bien claro.

—Eso dices. Pero no te hemos visto con él desde que regresó. ¿Qué nos garantiza que sigues siendo el más leal?

—El hecho de que yo estoy aquí, y tú no —dijo Dahli con firmeza—. Quédate si quieres. No serán mis órdenes las que estés incumpliendo.

El desconocido se quedó callado por unos instantes.

—No se molestará demasiado, ¿verdad?

Dahli no contestó.

—No tienes por qué decírselo.

—Tengo tan poca elección como tú o cualquier otra persona de los mundos.

El desconocido volvió a guardar silencio durante un rato.

—¿Eso es una luz?

Rielle se quedó helada al percatarse de que el hombre había visto su luz. «Tú

finge que estabas acercándote y no aquí parada, escuchando a escondidas», se dijo, y echó a andar despacio hacia las voces.

—¿Dahli? —llamó.

—Rielle. —Dahli parecía aliviado, como si hubiera temido que se tratara de otra persona—. ¿Qué haces aquí?

—Estoy explorando. —Se detuvo cuando lo vio. Un hombre enjuto y encorvado fijó los ojos en ella—. Estás con alguien. ¿Quieres que me vaya?

—No. —Dahli se encogió de hombros—. Ven. Ya que estás aquí, será mejor que os presente.

Mientras se aproximaba, Rielle examinó al desconocido, que la escrutó a su vez con el mismo interés. Era joven y le habría sacado una cabeza a Dahli de no ser porque tenía la espalda inclinada. Un pelo claro, corto e hirsuto le cubría la cabeza, y tenía los labios tan finos que casi daba la impresión de que no existían.

—Rielle, él es Atorl, un aliado del Raen. Atorl, ella es Rielle, a quien estoy entrenando.

Él la miró de arriba abajo.

—¿De veras? —dijo. Ella dudaba que esta frase fuera un saludo formal en ninguna cultura—. ¿Por encargo de quién?

—De Valhan —respondió ella.

El hombre arqueó sus cejas delgadas y cerdosas.

—¿Ah, sí? ¿Con qué objeto?

Ella se volvió hacia Dahli, que torció los labios, divertido, pero permaneció callado.

—Entiendo. —Las cejas de Atorl se elevaron aún más.

Dahli alzó y bajó los hombros. Le dedicó a Rielle una sonrisa algo tensa.

—Puedes seguir explorando —le dijo, y señaló la sala con un gesto amplio—. Hay muchas maravillas en esta parte del palacio, pero no olvides lo fácil que resulta perder la noción del tiempo aquí. La clase comenzará después del almuerzo.

Ella asintió y retrocedió un paso.

—Ha sido un honor conocerte, Atorl. —El hombre enjuto resopló, como si esto le hiciera gracia, antes de devolver su atención a Dahli.

«Qué hombre tan descortés», pensó Rielle mientras se alejaba. Oyó de nuevo a su espalda la risa del forastero.

—Es poco agraciada, pero seguro que eso se arreglará pronto. Porque él no está instruyéndola como un favor a alguien, ¿verdad...?

—No.

—Qué alivio para ti. Eso abriría viejas heridas, después de todo este tiempo. De hecho, apostararía a que era a ti a quien ella...

—Y perderías —lo cortó Dahli.

Atorl soltó una carcajada.

—¿Y eso sería muy frustrante para vosotros tres?

—Es hora de que te marches, Atorl.

El otro hombre repuso algo por lo bajo, y su risa se interrumpió con brusquedad. Rielle miró hacia atrás, preguntándose si esto había sido obra de Dahli, pero advirtió que él se encontraba solo. El instructor volvió hacia ella su rostro ensombrecido y desapareció.

El silencio se extendió hasta inundar aquel enorme espacio del mismo modo que la magia se expandía para llenar un vacío. Resultaba extraño lo segura que estaba ella de su soledad. Se había percatado de que a veces detectaba la presencia de otras personas aunque no alcanzara a verlas. Sin embargo, esto no siempre funcionaba con los hechiceros.

Tras avivar su luz, se acercó a un grupo de estatuas. Tres mujeres danzaban en círculo, desnudas salvo por las flores que adornaban sus largas cabelleras y la gruesa capa de polvo que las cubría.

«¿A qué estaba aludiendo Atorl?». Arrugó el entrecejo. Las insinuaciones del hombre habían irritado a Dahli, así que quizá se disgustaría si ella le hiciera preguntas al respecto. Por otro lado, ella tenía derecho, pues se trataba de algo que la concernía. Decidió abordar el tema más tarde.

Por el momento, disponía de medio día libre para explorar. Avanzó entre las estatuas en dirección a una pared pintada de un color oscuro. Cuando aproximó su luz a unos pequeños cuadrados negros, descubrió que eran pinturas. La recorrió un escalofrío mientras se dirigía a paso veloz hacia la primera. El polvo escarchaba el marco y recubría el lienzo. Rielle sopló sobre la superficie para desempolvarla un poco. Disculpándose mentalmente con los sirvientes que le lavaban la ropa, frotó suavemente el cuadro con la manga. Una negrura apagada apareció. No se apreciaba detalle alguno. Pensando que quizá se trataba de una escena nocturna o de una obra oscura con un motivo pequeño pintado a un lado, pasó la manga por todo el rectángulo para limpiarlo.

Estaba cubierto en su totalidad de pintura negra.

Desconcertada, dio un paso hacia atrás y acercó aún más su luz, que reveló unas pinceladas. Al leerlas como un bajorrelieve, alcanzó a distinguir la forma de un paisaje. Nubes negras surcaban un cielo nocturno. Flores oscuras abrían sus pétalos en las tinieblas.

¿Era un estilo de pintura deliberadamente misterioso? Se desplazó al siguiente cuadro y le quitó el polvo. Otra superficie negra apareció, pero esta vez una figura tenebrosa acechaba en las sombras. Un rostro sonriente. Era como si alguien le hubiera aplicado encima múltiples capas de barniz negro.

Rielle se humedeció un dedo con saliva y frotó una esquina de la cara. La mugre se desprendió, dejando al descubierto un color más intenso.

«El barniz se ha ennegrecido —pensó. La mancha de su dedo tenía un tacto grasiento—. ¿Aceite? ¿Es esto lo que le ocurre a la pintura oleosa con el tiempo?».

Reculó para contemplar los dos cuadros. Había palabras grabadas en los marcos.

Reconoció el estilo de escritura, pero aunque dominaba lo suficiente el idioma de los viajeros para entender casi todas las conversaciones —y las clases de Dahli—, no sabía leerlo ni escribirlo.

«¿Se acordará Valhan del artista? —se preguntó. Debía de haber visto obras de miles de ellos. Miles y miles. ¿Por qué habría de recordarlos a todos?—. ¿Se acordará de mí, dentro de mil ciclos más..., o incluso dentro de unos cientos? ¿O dedicaré mi vida entera a servir al Soberano de los Mundos, como Dahli?».

Esta perspectiva no la seducía. ¿Y por qué iba a seducirla? Ciclos interminables de servidumbre se le antojaba un futuro decepcionante después de haber escapado a tres monótonas existencias domésticas y al presidio. Dahli creía que llegaría a ser una gran hechicera. Para ella, eso significaba una vida de libertad e independencia, no de sometimiento a todos los caprichos y órdenes de alguien. Por otro lado, sería una libertad limitada, pues no podría viajar por los mundos sin el consentimiento de Valhan.

«Y tal vez algún día necesite su ayuda. Tendría que ofrecerle algo a cambio».

Suspiró. La galería y sus reflexiones la habían sumido en la melancolía. Apartó la mirada de las pinturas, sintiéndose traicionada por ellas. Todas las obras de arte se deterioraban y quedaban reducidas a polvo con el tiempo. Como artista de los tapices, había aprendido a aceptar su naturaleza efímera, pero la consolaba pensar que, si tejía uno con mucho cuidado, este perviviría después de su muerte. Y había dado por sentado que los cuadros duraban mucho más.

Si aprendía a volverse inmarcesible, presenciaría el deterioro y la desaparición de todas sus creaciones. Y también de todos sus conocidos que no fueran también inmarcesibles. Y de sus hijos, si alguna vez los tenía y carecían de dotes mágicas para alcanzar la inmarcesibilidad.

—Rielle.

Pegó un brinco; luego, al descubrir a Dahli entre las sombras de una estatua, sacudió la cabeza.

—¡La próxima vez que vayas a hacer eso, avísame!

Él sonrió.

—¿No te sobresaltaría también la advertencia?

—Supongo que sí, pero esa no es la cuestión.

—Te pido disculpas por no haberte asustado advirtiéndote de que estaba a punto de asustarte. —Soltó una risita—. Suponía que te quedarías un rato más aquí.

Ella se encogió de hombros.

—Las pinturas están tan oscurecidas por el tiempo que se han vuelto casi negras.

—Sí, pero las estatuas están en buen estado. Si se encontraran en otros mundos, a la intemperie, sus rasgos se habrían erosionado hace mucho, o las propias esculturas se habrían desmoronado por completo.

—¿Viene Valhan aquí?

Él alzó la vista hacia la estatua.

—De vez en cuando. Es una de las efigies más antiguas de él. —Abrió la boca para añadir algo, pero sacudió la cabeza y se volvió de nuevo hacia ella—. Me imagino que quieres saber quién era el hombre con el que hablaba hace un rato.

—¿Atorl? Un aliado de Valhan.

—Sí. ¿Recuerdas lo que significa el término?

—¿Aliado? Sí. Son hechiceros con los que ha pactado Valhan.

Él se mostró complacido.

—Correcto. Lo importante es tener presente que no son leales de verdad. Muchos están a su servicio solo porque se benefician de ello.

—Así que lo traicionarían si creyeran que pueden salirse con la suya.

—Sí.

—¿Lo haría Atorl?

—Tal vez. —Frunció el ceño—. No, la respuesta correcta sería «probablemente», aunque haría falta que las circunstancias cambiaran mucho. Atorl no es ambicioso. Es demasiado perezoso para mandar sobre otros. En vez de ello, trabaja para quien esté al mando. Lo que significa que, si apareciera alguien más poderoso, se pasaría a su bando.

—¿Lo sabe Valhan?

—Por supuesto. Nadie puede ocultarle sus pensamientos.

—Entonces ¿por qué tolera a Atorl?

—Los aliados le son útiles. —Dahli hizo una mueca—. En realidad, algunos son más molestos que útiles. Y algunos son demasiado peligrosos como para que Valhan no tenga algún tipo de acuerdo con ellos para evitar que se unan contra él.

Rielle se estremeció.

—¿Y qué hay de Inekera?

Dahli arqueó las cejas al oír este nombre.

—Es más leal que la mayoría.

—Intentó matarme porque creía que así complacería a Valhan.

—Tienes suerte de haber sobrevivido.

—Me dejó en un mundo desértico. Aunque tal vez su intención era abandonarme a mi suerte en el espacio entre los mundos. Como conseguí aferrarme a ella, se asustó y me apartó de un empujón, de modo que floté sin rumbo hasta llegar al mundo desértico. ¿Por qué no me mató simplemente con magia?

—Porque eres demasiado fuerte. Quizá no lo habría conseguido.

—Pero yo no sabía usar la magia.

—Habría bastado con que tuvieras una buena intuición mágica para rechazar su ataque. Incluso si ella hubiera absorbido toda la magia posible, tu alcance quizá habría sido tan grande que habrías podido acceder a más energía que ella. Al sacarte de su mundo, garantizaba que no lo despojaras de toda su magia. Al viajar por varios mundos hasta uno débil, acumulando magia por el camino, y detenerse finalmente en otro mundo débil para atacarte allí, mejoraba sus posibilidades de vencerte.

»Sospecho que, cuando advirtió que te faltaba el aire, comprendió que le resultaría igual de fácil abandonarte en el espacio entre mundos. Sin embargo, un hechicero fuerte siempre puede tomar el control del viaje entre mundos de uno más débil. Cuando la sujetaste, entró en pánico y te empujó. Seguramente fue casualidad que acabaras en un mundo desértico antes de asfixiarte.

Rielle lo miró con fijeza.

—Vaya. Menos mal que no se dio cuenta de lo mal que se me da utilizar la magia.

Dahli ensanchó su sonrisa.

—Pues sí. Pero no se te da tan mal como crees. O, mejor dicho, no hay obstáculo que un buen maestro y un entrenamiento intenso no puedan superar.

Ella suspiró.

—Entonces supongo que más vale que regresemos.

—Sí, supongo que sí.

Se encontraban de pie entre las sombras. Ante ellos se abrían unos pasadizos abovedados de piedra excavados de tal forma que se entrecruzaban. Unos pasos más allá se extendía una barandilla igual de elaborada. Cuando el aire seco los envolvió, Valhan le soltó la mano a Rielle y dio unos pasos hacia delante. Ella lo siguió hasta un balcón soleado.

Formaba parte de un edificio de siete plantas que se extendía a lo largo de toda una calle curva. Estaban en medio de otra ciudad desparramada cuyos límites no llegaban a divisarse, pero en la que no reinaban la actividad ni el ruido. Aunque la calle de abajo era ancha, por ella no circulaban vehículos y solo se veían unos pocos viandantes. Al otro lado, se alzaban las recargadas fachadas de construcciones más pequeñas pero no menos imponentes. Desde aquella altura se vislumbraban tejados hundidos y la vegetación que crecía sin control en grietas y rincones.

Valhan guardaba silencio. En todos los mundos a los que la había llevado, le indicaba que explorara las mentes de los habitantes, así que ella comenzó a buscarlas, empezando por los peatones de abajo.

Percibió hambre. Inquietud. Determinación. Los pensamientos se centraban en satisfacer las necesidades más básicas: comida, agua potable, ropa y combustible para cocinar. Nada ambicioso. ¿Por qué?

No obtendría una respuesta rápida de aquella gente. Procedió a buscar las mentes que no tenía a la vista, situadas detrás y debajo de ella, tras razonar que un edificio tan grande debía de ser importante y que por tanto albergaría a personas influyentes, o por lo menos lo bastante acaudaladas, que dispondrían de tiempo para pensar en política e historia.

Unos cuantos sirvientes desperdigados trabajaban en la parte delantera, manteniendo en un estado razonable las pocas habitaciones que no estaban abandonadas, o al menos intentándolo cuando los muebles y adornos estaban desvencijados y raídos. En una habitación, un hombre estaba sentado frente a un escritorio, concentrado en sus cálculos. Tributos, por el momento, aunque después pasaría a revisar los gastos. Cerca de allí, una mujer terminaba de leer la invitación a realizar inversiones enviada por un mercader de una ciudad lejana. Con un suspiro, ella dejó caer el papel sobre la pila creciente de peticiones que tendría que rechazar. La Élite Global de Koijen tenía tantas deudas que ella dudaba que alguna vez volvieran a financiar nuevas iniciativas.

La palabra «koijen» le resultaba familiar a Rielle, pero no acertaba a recordar por qué. «Piensa por qué estáis endeudados», incitó a la mujer en silencio, pero esta

centró sus pensamientos en la siguiente carta. Rielle se disponía a buscar otra mente cuando captó un nombre que atrajo de nuevo su atención.

«... y cuando el Raen vino a Koijen a instancias de las autoridades de Puht, yo no tenía esclavos, ni tampoco mi padre, ni mi abuelo. Siempre he pagado bien a mis empleados. Espero que esto os lleve a ser más favorable a mi solicitud que a las demás, pues sin duda comprobaréis que se trata de una tarea tan elevada que incluso el Raen...».

Ese era el mundo del que procedían quienes habían invadido Puht.

Los argumentos del autor de la carta no convencieron a la mujer. Estaba informada acerca de él y las penosas condiciones a las que pretendía someter a sus trabajadores. Ella lanzó la carta a la pila de peticiones rechazadas sin terminar de leerla.

«El Imperio merecía caer —pensó—. Lo que nuestros padres y abuelos hicieron en otros mundos no tiene perdón. —Por otro lado, muchas personas corrientes habían muerto de hambre desde que el Raen había intervenido y prohibido la esclavitud. El hecho de que unos hombres que no eran mejores que los líderes (como el autor de la carta) se aferraran a su riqueza explotando a su propio pueblo la indignaba—. Entonces ¿por qué no hago nada al respecto? —Suspiró de nuevo cuando la respuesta habitual le vino a la cabeza—. Porque tengo muy poca influencia. No puedo hacer otra cosa que denegar su solicitud, lo que perjudicará aún más a sus empleados si les baja el sueldo o los despide». Tras tomar la determinación de no dar demasiadas vueltas a problemas que no podía resolver, cogió la siguiente carta, enviada por un campesino del lejano norte que había inventado un sistema mejor para irrigar los campos. Esto la animó. Por fin alguien que merecía una subvención.

Rielle devolvió su atención a su entorno inmediato y miró a Valhan, que tenía el rostro ligeramente vuelto en otra dirección y los ojos entornados fijos en algún punto del interior del edificio.

Ella dio un respingo cuando una sombra se separó del marco de la puerta. Cuando se acercó, la luz del sol reveló a un hombre de mediana edad.

—Raen —dijo, arrodillándose—. Soberano de los Mundos.

Valhan se volvió hacia el hombre. Movida por la curiosidad, Rielle hurgó en la mente del desconocido. Se llamaba Doeh, y era ayudante del responsable de las leyes agrícolas. Temblaba de emoción y expectación.

Valhan permaneció callado, y como el silencio se prolongaba, el ayudante reunió el valor suficiente para alzar la vista y alternarla entre Valhan y Rielle.

—Me... me... me han dicho que concedes favores a quienes te los piden. ¿Es... es verdad?

—Lo es —respondió Valhan.

El ayudante tragó en seco y bajó la mirada al suelo.

—Hay un hombre. —Hizo una pausa y continuó de forma atropellada—. Se regodea frustrando todos mis intentos de mejorar mi situación y la de mi familia.

¿Podrías...? —Dirigió los ojos hacia la penumbra de la sala situada detrás y bajó la voz—. No veo otra salida. ¿Podrías matarlo por mí?

A Rielle se le cortó la respiración. El hombre al que Doeh quería quitar de en medio era Beva, su superior. El ayudante creía que lo nombrarían su sucesor. «No hay nadie más —pensaba—. Solo yo entiendo su sistema de archivo y conozco a todos los recaudadores del diezmo». Eso duplicaría su sueldo, lo que le permitiría comprarse la suntuosa casa que tanto gustaba a su esposa.

—¿Qué me ofreces a cambio? —preguntó Valhan.

Rielle clavó la vista en él. Le costaba creer que él estuviera dispuesto a hacer algo así.

—Ahora mismo tengo poco que ofrecer —contestó Doeh, abriendo las manos a sus costados—, pero si me haces este favor, pronto tendré mucho.

Valhan levantó ligeramente la barbilla.

—Un favor como este requiere otro de igual valor.

El hombre pestañeó, y poco a poco se le desorbitaron los ojos conforme comprendía lo que esto significaba. «¿Un asesinato a cambio de otro? ¡Ni hablar! Para eso, mejor mato a Beva yo mismo. Aunque quizá me resultaría más fácil salir bien librado después de liquidar a un desconocido que a mi superior. No tendría móvil, ni un vínculo con la víctima...».

—Ah... —empezó a decir, y tomó aire para manifestar su conformidad pero de pronto recapacitó. «¿Cuándo tendría que cometer ese otro asesinato? ¿Ahora mismo? ¿Más tarde? Dudo que pudiera dormir sabiendo que tendría que hacerlo. Y si el Raen mata a Beva, quizá se olerían que alguien se lo ha pedido, y sospecharían de mí...».

Rielle contuvo el impulso de dar golpecitos en el suelo con el pie. Se preguntó si Beva frenaba las ambiciones de Doeh porque este era un poco lento a la hora de tomar decisiones. Suponiendo que Beva no supiera ya que su ayudante quería acabar con él.

—Ah... —titubeó otra vez Doeh—. Re... retiro mi petición. Por favor, perdona que te haya interrumpido. —Retrocedió un paso, luego otro, antes de dar media vuelta y huir.

—Será mejor que prevengamos a Beva —dijo Rielle.

Valhan sacudió la cabeza.

—Es improbable que Doeh se arme de valor para matarlo, y seguramente Beva lo relevará del cargo en cuanto encuentre un ayudante más inteligente.

Ella lo miró con expresión ceñuda.

—Pero ¿crees que deberíamos dejarlo al azar?

Él esbozó una sonrisa.

—Prevenirlo tendría repercusiones más importantes. Consecuencias impredecibles.

Rielle comprendió que, en ese caso, Doeh sería ejecutado. Quizá valía más no decirle nada a Beva. Doeh tendría la oportunidad de replantearse hasta dónde estaba

dispuesto a llegar para cumplir sus propósitos.

—¿Qué habrías hecho si él hubiera accedido? —inquirió ella.

La sonrisa de Valhan se acentuó.

—Dependería de si necesitaba deshacerme de alguien o no.

Un escalofrío le bajó por la espalda a Rielle, que no estaba segura de si él hablaba en serio o no. Desvió la mirada y contempló la vista, torciendo el gesto. «No hagas preguntas si sabes que la respuesta tal vez no te guste», se dijo.

—Por fortuna, no tengo esa necesidad —prosiguió Valhan, volviendo de nuevo los ojos hacia la ciudad—. El asesinato es una forma poco fiable de resolver problemas. Al igual que la guerra. Hay otra cosa que quiero mostrarte.

Le tendió la mano. Ella la miró, indecisa. «La mano de un asesino. Bueno, ¿qué derecho tengo a juzgarlo así? Yo también tengo las manos manchadas de sangre». La tomó y respiró hondo.

El balcón y la ciudad en ruinas palidecieron hasta difuminarse. En su lugar apareció un amplio círculo blanco de adoquines en el centro de un cruce de calles. Cientos de personas caminaban por ellas o por la carretera circular, evitando el adoquinado del centro pese a que ninguna barrera física les impedía el paso. Hombres solitarios tiraban de unos vehículos pequeños y extraños con un asiento individual suspendido entre dos grandes ruedas. Grupos de cuatro o más portaban plataformas sobre las que iban sentadas una o dos personas. Algunos incluso llevaban pasajeros a cuestas. Los que no, transportaban diferentes tipos de cargas, desde objetos minúsculos hasta otros tan voluminosos que los hacían avanzar casi doblados en dos. Unos pocos no llevaban más que unos látigos que hacían restallar sobre uno o dos de los portadores cargados con pesos excesivos.

Nadie reparó en ella ni en Valhan.

El aire, húmedo y denso, olía a vegetación, pese a que ella no alcanzaba a ver el menor rastro de plantas. A juzgar por el ángulo de las sombras, era la primera hora de la mañana o la última de la tarde. Al proyectar los sentidos hacia el mar de mentes que los rodeaba, ella descubrió que estaba a punto de anochecer. Captó imágenes de otras zonas de la ciudad vistas a través de los ojos de sus habitantes: el interior de varias casas, campos abundantes a las afueras, otros cruces como aquel, donde los hechiceros efectuaban sus llegadas y salidas de ese mundo. La urbe era enorme, aunque no tanto como las que ella había visto en Puht y Koijen.

Se deslizó de una mente a otra, buscando a alguien cuyos pensamientos le revelaran por qué Valhan la había llevado allí. Encontró las respuestas en la mente de un embajador de otro mundo que vivía a pocas calles de distancia.

El hombre se preparaba para reunirse con el emperador de Malez, que gobernaba gran parte de ese mundo. No era un encuentro que estuviera ansioso por celebrar. Los malezanos se parecían cada vez más a los koijen, sus antiguos dominadores, corruptos, crueles y codiciosos. «Menos mal —se dijo— que soy lo bastante fuerte para que los hechiceros locales no puedan leerme el pensamiento ahora mismo. —Se

estremeció al imaginar lo que le harían a él y a su familia si se lo leyeran—. No está bien que maten a alguien solo por pensar cosas poco halagüeñas sobre otros». Y, sin embargo, había sucedido.

Se dirigió a otra habitación y accionó una palanca para verter agua caliente en un cuenco. «Por lo menos aprendieron algo útil de los koijen. ¿Es posible que un mundo adopte un buen sistema de abastecimiento de agua sin que sus costumbres empeoren? ¿Acaso la limpieza exterior no hace otra cosa que ahuyentar la suciedad hacia el interior?». Soltó un gruñido de amarga ironía al pensarlo.

Rielle exploró otras mentes que no solo confirmaron la opinión del embajador, sino que le proporcionaron más información. Los malezanos, siguiendo el ejemplo de los puht, habían pedido ayuda al Raen. Habían tenido que librar una guerra —con la ayuda del pueblo de Puht— para echar a los koijen de su mundo. Los conquistadores habían unido buena parte del mundo bajo un único sistema de gobierno que los malezanos habían conservado y, una vez expulsado el enemigo, habían resurgido viejos rencores y prejuicios, por lo que muchos pueblos locales habían quedado tan subyugados y explotados como cuando eran esclavos.

«Alguien tiene que encargarse del trabajo sucio —pensaba una princesa malezana mientras observaba a unas sirvientas que regresaban del lavadero encorvadas bajo unas cestas descomunales—, y a mi pueblo siempre se le han dado mejor las tareas que requieren dotes de mando y buen gusto».

Rielle se volvió hacia Valhan y le escudriñó el rostro en busca de alguna señal de arrepentimiento, pero no la encontró.

—¿Sabías que pasaría esto?

—Nunca he conocido a nadie capaz de predecir el futuro.

—Pero seguro que después de mil ciclos...

—Solo sé cuál es el resultado más probable, pero eso no garantiza que sea el único posible. Obligar a un pueblo a desarrollarse en una dirección determinada resulta complicado y requiere mucho tiempo. Además, es imposible mantener ese desarrollo durante períodos largos.

A Rielle el corazón le dio un vuelco.

—¿Fue eso lo que ocurrió en tu mundo?

—Cuantas menos personas haya que controlar, más fácil es controlarlas.

—Así que... —Miró alrededor al tráfico incesante—. ¿No puedes saber si lo que haces, los favores que concedes, causarán más daños que beneficios?

—Siempre se hace daño a alguien. Todo avance tiene un precio.

—¿Intentarás arreglar las cosas en este mundo?

—No.

Ella aguardó a que le explicara el porqué, pero él guardó silencio.

—¿Porque... porque nadie te lo ha pedido?

—Por eso y también porque este mundo aún no supone un riesgo para otros. Si interfiriese de nuevo, podría provocar una escasez de alimentos y de otros productos

básicos como la que empujó a los koijen a saquear otros mundos.

Rielle suspiró. Todo era demasiado complicado. Si se analizaba la situación en conjunto, Valhan parecía albergar buenas intenciones. «Pero tiene una limitación: es una sola persona que no puede estar en todas partes a la vez. En el mejor de los casos, empuja a los mundos poco a poco hacia un estado más ordenado. ¿Qué sucedería si no interviniera nunca? ¿Sería el resultado más caótico y desolador? ¿O quizá la gente abordaría sus problemas con más prudencia si supiera que no puede contar con que el Raen se los solucione?».

La elegante mano volvió a extenderse hacia Rielle. Ella la agarró. Varios mundos desfilaron velozmente en una secuencia que acabó por resultarle familiar. La Sala de Llegada apareció, y él dejó de apretarle la mano con fuerza, pero no la soltó. Una vibración recorría el suelo. Dahli entró corriendo en la estancia; saltaba a la vista que había estado esperando cerca. Ella advirtió que él bajaba la mirada hacia su mano y que su sonrisa flaqueaba por un breve instante, antes de devolver su atención a su líder.

Valhan dejó de sujetarle la mano.

—Ha llegado el momento de que le enseñes a Rielle a cambiar las pautas.

El instructor perdió de nuevo el dominio de sí mismo, pero, en vez de que una sombra de sospecha cruzara su rostro, se quedó boquiabierto.

—Pero si siempre eres tú quien... —comenzó a protestar.

El resto de la frase se perdió en un suspiro de resignación. El Soberano de los Mundos había desaparecido.

SEXTA PARTE

Tyen

Apoyado en el alféizar, Tyen se despidió mentalmente de la ciudad. Desde aquella altura, Glaya semejaba una extensa laguna desecada con la superficie dividida en placas de barro de forma extraña cuyos bordes se curvaban hacia arriba. Las paredes situadas debajo de aquellos pintorescos tejados, ásperas por fuera y lisas por dentro, estaban enlucidas y aún presentaban las huellas de los dedos de sus constructores. Las manos de varias generaciones les habían dado forma, añadiendo una capa nueva al final de cada temporada de lluvias una vez que el cieno que el río arrastraba las crecidas de primavera se asentaba dando lugar a una arcilla elástica.

La ciudad comerciaba con esta arcilla, que constituía la mayor fuente de riqueza del mundo de Iem. A las afueras de aquella y muchas otras poblaciones, los trabajadores extraían la materia prima del suelo y se la entregaban a artesanos locales, que modelaban con aquella sustancia cálida y pegajosa toda clase de objetos, prácticos o artísticos, rústicos o de una delicadeza exquisita. Las piezas se dejaban secar, se pulían, tallaban, vidriaban y pintaban, y por último las cocían unos hechiceros cuyos conocimientos sobre la temperatura, el tiempo de cocción y los ingredientes que debían añadirse a un horno para obtener el resultado deseado eran tan complejos y refinados como los de los alquimistas de la Academia.

Cada región era célebre por al menos un estilo de alfarería, algo que estaba en constante evolución allí donde se fomentaba la innovación. Tyen había recorrido muchos mercados y talleres, maravillándose ante aquellas muestras de habilidad y diversidad. Había observado a alfareros y cocedores, y había visto trabajar a un Creador por primera vez. Al fijarse en la magia que irradiaba el joven, un grito en comparación con el susurro que emitía la mayoría de artesanos, comprendió por qué un hechicero querría tener a uno cerca. Se preguntó cuánto tardaría un Creador en reabastecer un mundo pobre en magia, como aquel en el que había nacido. Pensó en la novia desaparecida de Baluka. ¿Estaba fortaleciendo el mundo del Raen? ¿Sabía lo que su ex prometido estaba haciendo por ella?

Tyen se apartó de la ventana con un suspiro. Se había encariñado con ese mundo. Al principio, no era más que un lugar donde iba a alojarse unos días antes de acudir al encuentro que tenía concertado con Baluka. Un lugar donde descansar, comer bien y recuperar el sueño perdido. La gente de Glaya había sido tan amable con él, y el clima tan agradable, que Tyen había decidido quedarse varios días más. Pero si no se marchaba ya, cualquier retraso que se produjera durante el viaje le impediría llegar a tiempo a la reunión con el líder rebelde. Se volvió de espaldas a la ventana... y se quedó petrificado al ver al hombre sentado en el otro extremo de la habitación.

El sillón que ocupaba el Raen estaba raído y desvencijado. En vez de conferirle un aspecto más humilde al Soberano de los Mundos, era el mueble el que parecía eclipsado por la ropa fina pero sencilla y las facciones impecables del hombre.

—Raen —saludó Tyen.

—Tyen. —Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba—. ¿Qué se traen entre manos mis rebeldes?

El tono de la pregunta era casi afectuoso. «¿Sus rebeldes?», pensó Tyen. No estaba seguro de si esta expresión lo divertía o lo inquietaba.

—El plan de Baluka es muy audaz —comenzó Tyen. Refirió a grandes rasgos las decisiones que había tomado el viajero desde que lo habían nombrado líder—. No va a intentar ocultaros la señal a tus aliados y a ti, porque cree que es mejor que los planes no dependan de la discreción. Una vez transmitida la señal, todos los rebeldes deberán reunirse en un solo lugar. Aún no hemos elegido la ubicación. Él confía en que, si cientos de rebeldes viajan a la vez, no haya aliados suficientes para interceptarlos a todos. Cuando estén todos juntos, serán demasiados para que tus aliados los derroten. Después de eso..., en fin, planean atacarte a ti.

Valhan asintió.

—Han hecho progresos.

—¿Qué quieres que haga para detenerlos?

—Nada.

Su seguridad en sí mismo era asombrosa. A Tyen había empezado a preocuparle que los rebeldes lograran sus objetivos gracias al intrépido plan de Baluka. O bien que sufrieran un fracaso espectacular y muchos cientos de personas murieran.

—¿Puede evitarse una batalla?

—Es poco probable.

Tyen agachó la cabeza. Se había resignado a no poder evitar que los rebeldes se lanzaran a un enfrentamiento, tras comprender que no era una meta realista. Se le revolvía el estómago al imaginar a las personas que respetaba capturadas o masacradas, como Yira. «Pero son ellos quienes han tomado la decisión de seguir adelante, no yo. Todos son conscientes del riesgo que corren. Incluso si supieran que soy un espía y que el Raen conoce sus planes, se alzarían contra él. Quizá modificarían su táctica, pero eso también desembocaría en la muerte de mucha gente». Y contarían con que él se uniera a ellos.

—Te sugiero que busques un pretexto para ausentarte.

Tyen alzó la vista.

—Eso despertaría sus sospechas.

—Estoy seguro de que preferirías que yo no te matara, pero si no lo hago llegará un momento durante un combate en el que se preguntarán por qué no he atacado a uno de sus compañeros más fuertes. Y quizá no pueda impedir que lo hagan mis aliados.

Tyen suspiró.

—De modo que, haga lo que haga, mi traición saldrá a la luz.

—Sí. Te aconsejo que elijas con cuidado el momento de revelarla.

—Y luego... ¿qué?

—Da por cumplida tu parte del trato. Yo seguiré buscando una manera de curar a Vella. Puedes acompañarme en esa búsqueda, si quieres.

A Tyen le dio un vuelco el corazón.

—Eso me gustaría mucho.

La sonrisa del Raen se torció ligeramente.

—No me cabe duda. —Adoptó de nuevo una expresión seria. Señaló con la cabeza una caja que descansaba sobre la mesa. No estaba allí antes de que él llegara —. Te he traído esto para enseñártelo.

Tyen se acercó a la mesa. Era una caja octagonal, más o menos del tamaño de una sombrerera beltoniana, pero de madera pulida y grabada. Estaba cerrada con un pestillo. Él lo recorrió y levantó la tapa.

Al ver lo que había dentro, la tapa resbaló entre sus manos y se cerró con un golpe sordo.

Con el corazón latiéndole a toda prisa, Tyen se armó de valor y abrió de nuevo la caja. No era un producto de su imaginación: contenía la cabeza de un niño pequeño, con el ceño permanentemente fruncido. El cuero cabelludo era terso y estaba cubierto de un vello corto y muy fino. Su repugnancia se mitigó cuando reparó en las señales de conservación. Alguien le había cosido los párpados y la boca con puntadas diminutas y perfectas. Una tela acolchada en torno al cuello impedía ver por qué medios se habían cercenado la piel, la carne y los huesos.

—La mujer a quien se lo extirpé nació con esto unido a un costado —le explicó el Raen—. Habría sido su gemela si se hubiera desarrollado por separado y como una niña completa en el útero. Cuando ella me pidió que se lo quitara, vi en ello la posibilidad de reproducir la creación de Vella a una escala limitada, aunque suficiente para luego probar el proceso inverso. Su mente prácticamente no existía, ni en estado consciente ni inconsciente, pero lo poco que había de ella me bastó para saber si el intento de conservación había tenido éxito. He almacenado en ella información que se activa por contacto.

Tyen extendió la mano hacia ella, pero vaciló por unos instantes.

—¿Tiene la misma capacidad de leer mentes que Vella?

—No.

Sus dedos tocaron el suave cuero cabelludo. Estaba seco. Apartó la mano. Allí donde había palpado la piel, esta adquirió un tono oscuro, como un moretón, y acto seguido la mancha cambió de forma y se extendió hasta configurar una palabra: «Sí».

—¿Sí qué? —preguntó él.

—Nada —contestó el Raen—. Muestra «sí» o «no» de forma aleatoria.

Tyen sintió un escalofrío. Las personas que no entendieran ni cómo ni por qué había sido creada esa cosa bien podrían considerarla un oráculo y tomar decisiones

desastrosas basándose en respuestas sin sentido.

—¿La destruirás?

—Sí, dejará de existir cuando intente devolverla a su estado original.

—¿El de una cabeza viviente? ¿Podrá sobrevivir sin un cuerpo?

—No, pero seguirá con vida durante el tiempo suficiente para que determine si el método ha funcionado.

Tyen retrocedió. Aquella cabeza le producía tanta fascinación como repugnancia, y estaba convencido de que la recreación viva le produciría una impresión aún más fuerte. Tal vez era mejor que no se hubiera implicado todavía en los experimentos del Raen.

Este se puso de pie, caminó hasta la mesa y cerró la caja. Colocándosela bajo el brazo, se volvió hacia Tyen.

—Te informaré del resultado en nuestro próximo encuentro —dijo y, acto seguido, desapareció.

«Será mejor que me vaya yo también», pensó Tyen. Recogió su mochila, se la echó al hombro y se impulsó para apartarse del mundo. Se detuvo un momento para buscar el camino que había seguido el Raen. Y entonces estuvo a punto de salir despedido del espacio intermedio por el asombro.

El Raen había conseguido de alguna manera ocultar su rastro casi por completo. Apenas quedaba un tenue vestigio del camino. Si Tyen no lo hubiera buscado, habría supuesto que era una ruta abierta mucho tiempo atrás.

Nunca había visto nada parecido..., o quizá se había cruzado muchas veces con rastros así, sin saberlo.

Nadie le había explicado que tal cosa fuese posible.

«¿Y tú, Vella? ¿Has oído hablar de alguien que borre sus huellas de este modo?».

—Solo rumores sin confirmar.

«¿Me estás diciendo que ni siquiera Roporien podía hacerlo?».

—Antes de que me creara, no.

De modo que era así como el Raen se las había ingeniado para visitarlo tantas veces sin que los rebeldes lo descubrieran. Si era capaz de pasar inadvertido al desplazarse entre mundos, sin duda también podía evitar que detectaran su rastro cuando se deslizaba por la superficie de un mundo, aunque aun así resultaría visible como una figura fantasmagórica. «A menos que conozca un sistema para evitar eso también».

Aunque le habría gustado quedarse para estudiar el camino oculto, Tyen no podía entretenerse más. Se propulsó hacia el mundo siguiente y a partir de allí siguió una trayectoria indirecta y tortuosa hasta su destino.

«¿Qué opinas de la cabeza, Vella?».

—Es un sujeto de pruebas adecuado.

«Pero ¿es inmoral que experimente con un ser humano, aunque este no esté entero ni consciente?».

—Algunos lo considerarían inmoral. La mayoría, en este caso, alegraría lo contrario, pues el ser apenas estaba dotado de conciencia y habría muerto de todos modos cuando lo extirparan.

«Además, separarlo de la mujer fue algo bueno para ella. Más que la muerte de la cabeza, lo que me produce malestar es que el Raen intente revivirla. Me parece... cruel. Espero que no sufra dolor o angustia cuando vuelva a la vida».

—No sobrevivirá mucho tiempo sin un cuerpo.

Tyen intentó pensar qué otra parte de la conversación lo había incomodado.

«Ha llamado a los rebeldes “mis rebeldes”. Como si le pertenecieran».

—No se rebelan contra nadie más —señaló Vella—. Aunque algunos aborrecen más a los aliados que al Raen.

«Eso es cierto».

Se aproximaba al mundo en el que debía reunirse con Baluka. Se materializó en el saliente de un elevado precipicio cubierto de vegetación y se le cortó la respiración ante la vista, tan impresionante como la primera vez que la había contemplado. Se encontraba en el borde de un enorme cráter. Por fortuna, hacía mucho tiempo que el volcán estaba extinto. La superficie interior se componía de incontables tubos cristalinos apretados entre sí. Se había acumulado tierra en el centro hueco de cada uno, lo que permitía que crecieran plantas.

Allí donde se desarrollaba la vida, los humanos encontraban inevitablemente una manera de cultivarla y asentarse. Tyen bajó la mirada y recorrió con ella la red de cables sujetos a brazos metálicos que se extendían a lo largo de la pared del precipicio. Por ellos circulaban vehículos de diversas formas y tamaños, impulsados por personas que hacían girar ruedas con pies y manos, o bien por animales o por magia. Algunos podían llevar un pasajero, y otros hasta veinte. Unas eran construcciones sencillas, y otras, elegantes.

Uno de los vehículos más grandes y simples se aproximaba al saliente. Tyen lo reconoció como un medio de transporte público. Redujo un poco la velocidad al pasar, de modo que Tyen pudo subir a bordo. Un hombre con una barba que le llegaba a los pies se le acercó, caminando al compás del balanceo de la cabina, para cobrarle el pasaje.

Tyen rebuscó en su mochila, sujetándose a una barra con el brazo doblado para no caerse cuando el vehículo pasara por uno de los soportes de los cables. Recurrió al trueque para adquirir un pase de un día que le permitiría viajar a cualquier destino de aquella vasta red de transporte. El revisor se fijó en una pequeña gema roja que Tyen llevaba en la talega, y se negó a aceptar ninguna otra cosa a cambio.

Muchas horas después, cuando aquel extraño sistema de locomoción casi había dejado de parecerle una novedad, Tyen se aproximaba por fin a su destino. Desplazarse valiéndose de medios no mágicos era la forma más segura de evitar que los aliados le siguieran la pista, pero resultaba muy lento y, en ocasiones, aburrido. Ya había perdido la cuenta del número de vehículos en los que había viajado, pues había

pasado de uno a otro en su avance a lo largo del barranco. El último tramo lo reanimó, sin embargo, pues implicaba un descenso vertiginoso por un cable muy inclinado en lo que no era sino una silla suspendida de una polea.

Al final se hallaba la entrada de una mina. Allí, los tubos que formaban la pared del cráter eran lo bastante grandes para que la gente caminara por su interior. A cambio de una pequeña suma, cualquiera podía escarbar entre los restos de minerales que quedaban en aquel yacimiento que ya no era rentable.

En algún lugar del interior, Baluka estaría esperándolo. Tyen pagó la entrada, se echó la mochila a cuestas y emprendió la larga caminata hacia las profundidades.

—El mundo de Inekera se encuentra en el límite exterior de los mundos de los aliados —dijo Tyen.

—Inekera. —Baluka frunció el ceño—. ¿Dónde he oído ese nombre antes?

Tyen hizo memoria.

—Un par de mujeres que se unieron a nosotros en la época de Yira nos contaron que ella había fundado una escuela de artes mágicas para chicas, y que las alumnas tendían a desaparecer.

—Hmm, deberíamos investigarlo. Pero el nombre no me suena de eso. —El joven tendió la vista a la lejanía y desplazó los ojos como si siguiera la trayectoria de un objeto. Entonces parpadeó—. ¡Ah! ¡Claro!

—¿Sí? —lo animó Tyen al advertir que se había quedado callado, pese a que veía el vínculo en sus pensamientos. Incumplir la orden de Baluka de que no le leyera la mente era el acto más deliberado contra los rebeldes que Tyen había llevado a cabo desde que había empezado a espiarlos. No le daba la impresión de estar cometiendo una transgresión terrible, pues llevaba leyéndoles la mente a los rebeldes desde que se había sumado a sus filas, pero ahora debía extremar las precauciones para que nadie lo descubriera.

Baluka alzó la vista.

—No guarda relación con el asunto que nos ocupa. —Se encogió de hombros—. Ella intentó matar a mi prometida. Gracias a eso la conocí. Me refiero a Rielle, no a Inekera. La aliada la había abandonado en un mundo desértico para que muriera allí, pero... ¿Cómo de fuerte es Inekera?

—Mucho —respondió Tyen—. Es uno de los aliados más fuertes. Algunos afirman que es algo más que una aliada. Dicen que era una amiga de confianza del Raen hasta que, hace poco, perdió su favor.

—Interesante. ¿Has descubierto por qué?

—He oído muchos rumores, casi todos desmentidos por la gente que la conoce en persona. Nada de ello es verificable.

—¿Cuándo se produjo este distanciamiento?

—Hace medio ciclo o tres cuartos. Según algunos, ella fue la primera amistad a la que él visitó tras su retorno.

Baluka asintió.

—La época coincide.

«Ya lo creo», pensó Tyen mientras tomaba nota de otro dato acerca de la novia del viajero. El mundo de Rielle era donde el Raen se había quedado atrapado durante

veinte ciclos. Ella había creído que era una deidad..., quizá aún lo creía.

—¿Has averiguado algo sobre ella? —preguntó Baluka.

—Solo una larga lista de platos favoritos, que no le gustan los animales ni los bebés y que posee una colección gigantesca de armaduras e insignias militares de diversos mundos.

—¿Alguna conexión con los otros aliados?

—No muchas. Tuvo un... —Tyen se interrumpió. Se oía un pitido agudo procedente de más adelante, en el túnel. Al identificar la alarma de Bicho, buscó mentes en los alrededores y encontró la de un minero que no estaba lejos, pero se acercaba—. Viene alguien.

—¿Puede oírnos?

—Aún no. De hecho..., ha oído la alarma y le preocupa que sea un aviso de derrumbe. Ha dado media vuelta.

Cuando Bicho entró volando en la sala, Baluka se sobresaltó, pero se tranquilizó al reconocer al insectoide.

—Ahora entiendo por qué llevas ese juguete a todas partes.

—No es un juguete —repuso Tyen mientras Bicho se posaba sobre su hombro—. Bicho, entra en la bolsa —le ordenó. El insectoide descendió planeando hasta el interior de la mochila—. Inekera tiene trato con otro aliado, Mykre, que vive en un mundo cercano. No es tan poderoso, pero lleva más tiempo trabajando para el Raen. Creo que es posible que fuera el mentor de Inekera. Se rumorea que Mykre y el Raen no se llevan bien. Porque el primero infringió una de las normas del segundo, o algo así.

—¿Se ha unido a los aliados que intentan darnos caza?

—No lo sé.

—¿Crees que lucharía de nuestro lado?

—No sabría decírtelo con certeza. ¿Quieres que lo investigue?

—Hmm. —Baluka se rascó la barbilla—. No. Sigue buscando información sobre el hechicero más fuer... —Clavó la vista en algo situado detrás de Tyen y se le desorbitaron los ojos—. ¡Tyen!

Baluka empezó a emanar Hollín. Al notar que el aire se inmovilizaba en torno a los dos, Tyen giró en redondo. Un hombre que le resultaba familiar por las mentes que había leído cuando recababa información les lanzaba descargas de magia desde unos pocos pasos de distancia.

—¡Javox! —exclamó, pronunciando el nombre del aliado por si Baluka no sabía quién era.

—Acércate más —dijo Baluka con los dientes apretados. Se le estaba acabando la magia rápidamente. Detrás del aliado, dos sombras empezaban a cobrar forma humana. Tyen proyectó los sentidos. Los rodeaba un vacío, pues Baluka y el aliado habían absorbido toda la magia. Él extendió la conciencia más allá del vacío y acumuló energía suficiente para sacarlos de ese mundo y los siguientes tres o cuatro.

—¿Luchamos o huimos? —farfulló Baluka para sí.

—Huimos —le recomendó Tyen.

Soltando una maldición, Baluka le aferró el hombro a Tyen y tomó una gran bocanada de aire. La mina palideció y se fundió en blanco. Tres sombras los siguieron. Tyen alzó la mano, agarró a Baluka por la muñeca y lo hizo girar de cara a él.

«Yo me encargo», dijo.

Baluka apartó la mirada de sus perseguidores y la fijó en los ojos de Tyen. Tenía las facciones rígidas. Una fugaz expresión de duda y recelo le cruzó el rostro, un vestigio de su antigua desconfianza hacia Tyen, pero a continuación asintió.

Tyen tomó el control de su desplazamiento a través del espacio intermedio y redobló su velocidad para sacar ventaja a las sombras. En vez de hacer una parada lo bastante larga para respirar en el mundo siguiente, siguió adelante, cada vez más deprisa, hasta que los mundos se sucedían en un abrir y cerrar de ojos. No se detuvo a recuperar el aliento hasta que hubieron pasado cuatro o cinco mundos sin avistar las sombras. Se dejaron caer contra las piedras que circundaban el lugar de llegada en medio de un campo.

—Ha. Sido. Increíble —jadeó Baluka entre una respiración y otra. Levantó la mirada y vio que Tyen también estaba doblado en dos, resollando—. Me reconforta. Que tú también. Tengas que parar. A respirar.

Tyen consiguió esbozar una sonrisa lastimera.

—Nunca pensé. Que estar a punto. De asfixiarse. Pudiera ser reconfortante.

Baluka sonrió y se enderezó.

—¿Nos hemos... librado de ellos?

—Eso creo.

—Estarán intentando... encontrar el rastro.

—Seguramente.

El líder rebelde entornó los ojos, pensativo.

—Incluso es posible que se separen. —Inspiró profundamente e irguió la espalda—. Vayamos a ver.

Tyen reconoció aquella expresión en el rostro de Baluka. Reflejaba entusiasmo e impulsividad.

—Que yo pueda viajar deprisa no significa que podamos ganarles en una pelea —le recordó.

—Lo sé. —Baluka asintió—. Pero a veces vale la pena correr riesgos a cambio de un poco de información privilegiada.

Su tono era el de una persona que había tomado una determinación.

—Quieres capturar a uno de ellos —aventuró Tyen.

Baluka movió la cabeza afirmativamente y le tendió la mano.

—A Javox no —le aconsejó Tyen—. Seguramente los otros son más débiles.

—No servirá de nada si no es Javox —replicó Baluka.

Tyen suspiró.

—¿Has captado algún pensamiento suyo?

—No, pero tú sí. Has dicho su nombre.

—Simplemente lo he reconocido.

—¿Crees que es más fuerte que tú?

Tyen sacudió la cabeza.

—Si lo fuera, no habríamos podido escapar.

—Entonces ¿a qué esperamos?

Tyen describió un círculo que los llevó a un tramo anterior del camino que habían recorrido, varios mundos atrás. Alguien más había pasado por allí, seguramente los aliados que los perseguían. Siguieron esa ruta.

Poco después, el camino se bifurcaba. Tyen enfiló el ramal más antiguo, y cuando emergieron en el mundo siguiente, en la plaza de un mercado, exploraron las mentes cercanas por si alguien había estado observando el lugar de llegada. No era algo infrecuente. Incluso cuando los gobernantes locales no encargaban a alguien que se fijara en quiénes utilizaban los lugares de llegada habituales de su mundo, la gente común y corriente solía hacerlo por curiosidad o con la esperanza de ver a alguien famoso.

—Estamos de suerte —dijo Baluka—. Javox ha seguido nuestro camino.

Tyen había visto el mismo recuerdo en la mente de un niño a quien le había parecido divertido el extraño atuendo del aliado.

Baluka apretó el brazo de Tyen con más fuerza y ambos se zambulleron de nuevo en el espacio intermedio.

«Toma el control», le ordenó.

Tyen obedeció, y alcanzaron a Javox tres mundos más adelante. Este percibió su presencia en el blancor y se volvió para hacerles frente. Baluka descendió en picado hacia él y lo agarró por el brazo para intentar arrastrarlo hasta el mundo más cercano. El aliado soltó un gruñido, resistiéndose, con el rostro crispado en una mueca. Su trayectoria cambió y Tyen, intuyendo que Baluka estaba perdiendo la batalla, asió el otro brazo de Javox y tiró de él en la dirección en que el líder rebelde quería llevarlo. Cuando quedaba claro que estaban a punto de llegar a un patio con gente, Tyen se alejó deslizándose, en busca de un lugar más solitario donde luchar contra el aliado. Ejecutó un descenso vertiginoso y encontró un sótano mal iluminado.

Baluka absorbió magia en cuanto llegaron. Al percatarse de que Javox extendía sus sentidos más allá, Tyen se apresuró a apoderarse de toda la energía que estaba a su alcance. Siguió aferrando al aliado por el brazo para impedir que abandonara el mundo.

El hombre le lanzó una altiva mirada de odio, pero el pánico dominaba sus pensamientos. Resistió el impulso de pelear, consciente de que el rebelde que lo sujetaba era más fuerte. Más valía que aprovechara de otra manera la magia que le quedaba, una de esas maneras que los rebeldes no entendían. «Y si me retraso mucho,

Iphet y Nale me encontrarán», se dijo. Pero ¿bastaría la fuerza de ambos para vencer a esos dos rebeldes? Quizá bastaría con que asustaran a sus captores para que lo soltaran.

—Javox, ¿verdad? —preguntó Baluka. El aliado se volvió hacia él—. ¿Alguna vez has estado en el mundo donde reside el Raen?

El aliado abrió mucho los ojos por un momento, y su expresión arrogante se tensó un poco más. No respondió.

Baluka miró a Tyen.

—¿Ha estado?

Tyen sacudió la cabeza. No se atrevía a responder, por temor a que su voz delatara su entusiasmo. Había visto en la mente de Javox una sala cavernosa y unos pasillos y estancias profusamente decorados.

Baluka se dirigió al aliado.

—Tan importante no serás, entonces, si no sabes cómo llegar allí.

El hombre desplazó la mirada hacia Tyen, y una arruga se le formó entre las cejas. «Sabe que lo sé —pensó—. ¿Por qué no lo dice? Por algún motivo debe de considerar conveniente fingir lo contrario. Bueno, si consigo sembrar un poco de cizaña entre los rebeldes antes de que lleguen Iphet y Nale...».

—Siete mundos —dijo Javox, observando a Tyen—. Se parte de lo alto de una torre, en las ruinas del palacio de Diomal, y se pasa por seis mundos inhabitables. Agua, fuego, tierra, aire, luz y oscuridad.

Tyen abrió la boca para asegurar que Javox mentía, pero cambió de idea al comprender que Baluka caería en la cuenta de que Tyen lo había engañado si alguna vez se enteraba de que Javox decía la verdad.

—Tyen, ¿es eso cierto?

—Él así lo cree.

Baluka estudió a su prisionero.

—A lo mejor hay algo que puedas contarnos a cambio de que te dejemos libre.

El aliado miró a Tyen.

—¿Qué quieres saber?

—¿Quién vive en el palacio?

—Nadie. —Javox frunció el ceño—. Solo la servidumbre.

—Concreta un poco más.

—Cocineros, limpiadores y demás.

—¿Músicos? ¿Artistas? ¿Artesanos?

El aliado torció los labios en una mueca de desprecio al adivinar el motivo por el que Baluka le hacía esa pregunta.

—Me han dicho que hace poco ha llevado allí a una ramera. Yo no la he visto, pero cuentan que no es una gran belleza ni muy lista. Supongo que el Raen puede solucionar el primer problema, pero me temo que el segundo es...

La frase de Javox quedó truncada. Se le desorbitaron los ojos, y sus rasgos se

contrajeron en una expresión de desesperada determinación.

—Mátalo, Tyen —murmuró Baluka.

A Tyen se le heló la sangre.

—Pero necesitamos...

—¡Hazlo! —gritó Baluka—. Lo haría yo mismo, pero... —Sacudió la cabeza—. No tenemos elección. De lo contrario, le dirá al Raen que sabemos dónde está su mundo.

Tyen maldijo para sus adentros al comprender el aprieto en el que estaba. Baluka no dejaría a Javox con vida mientras creyera que este les había revelado la verdad, y Tyen solo podría convencer al líder rebelde de que el aliado desconocía la localización del mundo del Raen cuando Javox ya no estuviera presente, empeñándose en demostrar lo contrario.

Baluka intentaba atravesar la fina barrera protectora que envolvía el cuerpo del aliado y que lo habría asfixiado de no ser porque algún truco relacionado con la inmarcesibilidad lo mantenía con vida. Mientras conservara un ápice de magia, Javox podría sanar cualquier daño que sufriera su organismo, por lo que estaba reservando sus fuerzas. La única forma de matarlo sería forzarlo a consumir toda su energía.

Si Javox comprendiera que moriría antes de que sus compañeros tuvieran tiempo de localizarlo y salvarlo, cambiaría de táctica y lucharía. Una batalla prolongada podría ocasionar que el techo se derrumbara sobre ellos. «Tiene que ser rápido», pensó.

—¡Tyen! —gruñó Baluka—. Si tú no...

—Estoy pensando cómo hacerlo —le espetó Tyen—. Apártate.

«Que se derrumbe. Y lo aplaste». Tyen canalizó magia hacia una fuerza que rodeó a Javox y lo apretó, obligándolo a gastar cada vez más energía para resistir la presión. Permaneció atento, esperando el pensamiento que revelara que el aliado se había quedado sin magia o había decidido combatir. Para su sorpresa, lo que ocurrió fue lo primero. Tyen dejó de ejercer la presión aplastante y le soltó el brazo a Javox, que se tambaleó hacia delante, recuperó el equilibrio y reuló ante él dando traspiés, con el desconcierto reflejado en el rostro.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Baluka en tono imperioso.

—Se le ha acabado la magia —explicó Tyen—. Es todo tuyo. Puedes hacer con él lo que te plazca.

Baluka entornó los ojos.

Javox se llevó las manos a la garganta, pero los dedos no llegaron a tocar su piel en ningún momento. Se oyó un chasquido, después un grito ahogado, y el aliado se desplomó en el suelo, con la cabeza ladeada en un ángulo poco natural. El líder rebelde exhaló un suspiro, aunque Tyen no estaba seguro de si era de satisfacción o de arrepentimiento.

Se estremeció.

—Recuérdame que no te haga enfadar nunca, Baluka.

—Definitivamente no tienes estómago para esto, ¿verdad? —El líder rebelde lo miró con expresión comprensiva—. Sé que no es por cobardía, Tyen. La cobardía es lo contrario al valor. Y valor no te falta. Me consta. No querer matar a alguien no es señal de cobardía, sino de que tienes una conciencia.

«Ojalá yo aún tuviera esos escrúpulos —añadió Baluka en su fuero interno—. Pero si quiero salvar a Rielle, no puedo permitirme ese lujo. Por otro lado, mis amigos no tienen por qué seguirme por ese camino».

Tyen disimuló su asombro. En algún momento, entre el día en que le cedió el control de los rebeldes y ese mismo instante, Baluka había decidido que él era su amigo.

—Por eso, he decidido que, cuando llegue la batalla final, desempeñarás un papel que no te obligue a luchar a menos que no quede otro remedio —dijo Baluka en voz alta—. Tú serás nuestro medio de transporte y vía de escape. Existe el riesgo de que se consuma tanta magia en los combates que nos quedemos atrapados en el mundo del Raen. Necesitaremos a alguien que no se deje llevar por el impulso del momento y gaste toda su energía en sacarnos de allí. Alguien que ya haya transportado a muchas personas a la vez. Alguien que pueda llevarlas a través de seis mundos inhabitables y quizá desprovistos de magia.

—No estoy seguro de que lo que ha dicho sea muy fidedigno, pues él nunca había viajado al mundo del Raen —empezó a alegar Tyen.

—Lo sé —respondió Baluka—, pero si hemos capturado a un aliado, podremos capturar a otro. Y la próxima vez, quizá sea uno que haya estado en el mundo de Valhan y sepa indicarnos el camino.

Solo entonces, cuando Tyen miró alrededor para buscar su mochila, se dio cuenta de que se la había dejado. Soltó una palabrota.

—¿Qué pasa? —preguntó Baluka.

—Mis pertenencias. Las he olvidado en la mina. Tengo que ir a...

—No. —El líder rebelde sacudió la cabeza—. No puedes volver a por ellas.

Tyen vaciló por unos instantes y luego asintió. «Tiene razón. Podría haber aliados esperándonos. Pero no vigilarán la mina eternamente. Regresaré cuando se hayan dado por vencidos. —Mientras tanto, Bicho custodiaría su mochila. Aunque el insectoide solo podía picar unas cuantas veces antes de quedarse sin paralizante, y no sobreviviría si alguien utilizaba la magia o la fuerza bruta contra él—. Solo espero que nadie se fije en la mochila, o que si alguien se fija huya al ver un insecto gigante».

Lo irónico era que le daba igual no volver a ver jamás la mochila o lo que contenía, pero le entristecería perder a Bicho. Siempre podría construir otro insectoide, pero Bicho era uno de los pocos objetos que aún conservaba de su mundo.

«Regresaré a por ti, Bicho», prometió para sus adentros. Pero en ese momento tenía que llevar a Baluka a algún lugar seguro.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A encontrarnos con los generales —respondió Baluka—. Lee la ruta en mi mente.

Tyen así lo hizo y se impulsó para abandonar el mundo. Se deslizó varias veces entre su camino de llegada y el de Javox para despistar a los posibles perseguidores. En vez de seguir las indicaciones de Baluka al pie de la letra, avanzó en círculos, retrocediendo en ocasiones y aprovechando cualquier oportunidad para confundir su rastro.

Los generales estaban en un mundo próximo al mercado de Worweau, escala habitual de muchos mercaderes y compradores, lo que ofrecía a Tyen numerosos caminos recién transitados por los que podía ocultar su paso. Emergieron en una colina que se alzaba junto a un río impetuoso. Consiguieron pasaje en una de las robustas canoas de los mercaderes. Aquellos hombres y mujeres navegaban por las aguas rápidas y traicioneras con una destreza impresionante.

Medio día local después, el río los llevó hasta un extenso lago situado lejos de su punto de llegada. Su apacible superficie estaba salpicada de aldeas flotantes construidas sobre balsas de juncos, algunas de ellas formadas por solo un puñado de casas. Según los comerciantes, los aldeanos eran dados a cambiar la ubicación de sus

hogares por capricho, y a veces aldeas enteras se separaban o se unían. Para ayudar a los visitantes a encontrarlas, sobre cada casa ondeaba un banderín con un diseño distintivo. Frell le había dicho a Baluka que reconocería el suyo en cuanto lo viera.

Casi todos los banderines tenían motivos relacionados con el agua: abundaban los seres marinos, animales voladores, plantas acuáticas y embarcaciones, y utensilios de pesca y de navegación, pero incluían muchos temas no relacionados. Algunos eran extraños y fantásticos. De vez en cuando, Baluka y él reparaban en algún diseño irreconocible e intentaban adivinar qué representaba sin consultar las mentes de los mercaderes.

De pronto, Baluka se rio y les pidió a los remeros que se detuvieran. Mientras pagaba a los comerciantes, Tyen paseó la mirada por los banderines más cercanos pero no vio ninguno que indicara la presencia de los rebeldes. Se dio por vencido y le leyó el pensamiento a Baluka. Mientras se aproximaban a una casa con un banderín decorado con el dibujo de una rueda, soltó una risita al comprender por fin su significado.

—Ah. Supongo que no hay muchas ruedas por aquí.

—No, pero no es eso lo que me ha revelado que hemos llegado al lugar adecuado. Fíjate bien.

Tyen así lo hizo.

—La rueda está rota.

—Así es. —Baluka se detuvo—. El símbolo con el que los viajeros representan el número mil es un círculo con diez rayos. Aspiramos a reunir un ejército de más de mil guerreros. Al menos uno por cada ciclo que él ha vivido.

Mil ciclos... A Tyen el corazón le dio un brinco en el pecho cuando recordó lo que le había contado Tarren.

—¿Crees en la profecía de la Regla del Milenio?

—¿Que si creo en ella? No. —Baluka se encogió de hombros—. Dudo que exista una fuerza mística que determine el curso de los acontecimientos. Las profecías, cuando no predicen catástrofes naturales que se repiten, se basan en la esperanza. Permiten que la gente abrigue la ilusión de que las cosas no siempre serán tan malas como en el presente. Quizá incluso la impulsan a asegurarse de que el cambio se produzca. Tal vez eso significa que un hechicero poderoso permanece oculto y protegido mientras se entrena para vencer al tirano. Que personas que en otras circunstancias tendrían demasiado miedo o demasiadas dudas le ofrecerán su apoyo.

—Si eso fuera cierto, querría decir que cada mil ciclos nace más de un hechicero tan poderoso como el Raen.

—Seguramente. —Baluka se encogió de hombros—. O quizá nunca se produce un mano a mano entre dos hechiceros. Tal vez mucha gente se une para derrotarlo, y el más poderoso se lleva todo el mérito. —Miró a Tyen—. A lo mejor solo se recuerda al más poderoso porque su fuerza le permite volverse inmarcesible y sobrevivir a los demás.

Tyen arrugó el entrecejo.

—Tal vez fue el único que salió vivo de la batalla.

Baluka torció el gesto.

—Eso también es posible. Espero que esta vez no sea ese el resultado.

Habían llegado ante la casa. No tenía puerta, solo una cortina traslúcida, pero Baluka rascó la tela como si no pudiera desprenderse de la costumbre de llamar.

—¿Hay alguien?

—Adelante —respondió una voz conocida.

Con una sonrisa, Baluka empujó la cortina a un lado y pasó al penumbroso interior.

Frell, Hapre y Volk estaban repantigados en sillas colgantes, risueños y con una actitud demasiado relajada para unos generales que planeaban una ofensiva contra el hechicero más poderoso de los últimos mil ciclos.

Una cuarta silla giró despacio y, al ver a su ocupante, Tyen sintió que se le helaba el estómago.

—¿Lo veis? —Resca sonrió—. Me conoce.

«Soy un idiota —pensó Tyen—. Debería haber explorado las mentes del interior de la casa para saber quién estaba aquí en vez de parlotear sobre profecías». Abrió la boca para protestar y revelar la verdadera identidad del aliado, pero cambió de idea al leer en los pensamientos del hombre el propósito que lo había llevado hasta allí.

—Resca era un aliado, pero quiere unirse a nosotros —anunció Frell en tono animado y con expresión despreocupada, pero cuando su mirada se cruzó con la de Tyen, sacudió la cabeza ligeramente.

«Sabemos lo de la masacre —pensó, sabiendo que Tyen lo oiría—. Lo ha reconocido. Incluso se ha disculpado. Él...».

—¿Y él... es vuestro nuevo líder? —exclamó Resca. Se levantó de un salto y se arrodilló ante Baluka—. Por favor, deja que pida perdón por todo lo que he hecho contra los rebeldes. Reconozco que he cometido actos terribles. Vuestro... eh... amigo vio la escena de uno de mis crímenes, y no le reprocharía que me odiara, pero fue también quien me motivó para convertirme en una persona mejor. Le estoy agradecido por eso y lo estaré siempre, pese a lo que sé sobre él.

Tyen leyó las intenciones del hombre en el mismo instante en que Hapre las expresaba en voz alta.

—Dice que Tyen es un espía del Raen —explicó—. Que lo ha sido desde que se unió a la rebelión. —Apretó los labios con firmeza. De los tres generales, ella era la más predispuesta a creer que eso era cierto.

Tyen tomó aire para negarlo, pero Baluka se le adelantó.

—Bueno, es lo que cabría esperar que dijera, ¿no?

El líder rebelde observaba al hechicero arrodillado con serenidad, aunque las posibilidades se le agolpaban en la cabeza. Siempre lo había inquietado que Tyen no abriese su mente a nadie. Por otro lado, era evidente que Tyen, pese a su aversión a la

violencia, estaba entregado a la causa de la rebelión y había hecho mucho por contribuir a la supervivencia de sus miembros. Además, se había empeñado en asegurarse de que Baluka estaba capacitado para ejercer el mando antes de cedérselo, claramente de mala gana.

Frell estaba indignado por aquella denuncia contra Tyen. Lo conocía desde antes que los demás y, como, al igual que él, era ex amante de Yira, sabía que ella nunca entablaría relaciones con un hombre traicionero.

A Volk simplemente le preocupaba que semejante acusación impulsara a Tyen a marcharse. «Lo necesitamos —pensaba—. Es con mucho el hechicero más poderoso y mejor informado de todos nosotros, así que no me sorprende que guarde algunos secretos, pero dudo que este sea uno de ellos».

Baluka miró a Tyen. «Atacar al único de nosotros lo bastante fuerte para espiarnos es una táctica muy obvia —se dijo—. Pero debo tener en cuenta la posibilidad de que sea cierto...».

—Os abriré mi mente —se ofreció Resca—, para que veáis que no miento.

Baluka enarcó las cejas.

—¿De veras? —Se volvió hacia Tyen—. Muy bien. Adelante.

Resca paseó la mirada por la habitación y cerró los ojos. Tyen, sabiendo que no detectaría cambio alguno, se concentró por el contrario en la mente de Frell, y se le aceleró el pulso al observar como el general percibía de repente los pensamientos del aliado. Formaban una amalgama cambiante y agitada, pero cuando Resca se concentró en un recuerdo, los hilos de sus pensamientos se alinearon. La escena de los rebeldes masacrados apareció, pero con los detalles difuminados.

«Fue allí donde conocí a Tyen —les dijo Resca—. El Raen nos había prohibido matar al líder rebelde. Según algunos, era porque este trabajaba para él. Cuando se lo pregunté a Tyen, reaccionó con miedo y rabia. —Ahora la imagen que había acudido a su memoria era la de Tyen, quien, con el rostro contraído de furia, acometía a Resca una y otra vez hasta que este se quedaba sin magia y yacía en el suelo, encogido—. Pero no me mató. Me dejó marchar. ¿Por qué iba a hacerlo, de no haber estado colaborando en secreto con nuestro bando? Me ordenó que evitara a los aliados, tal vez para que los rebeldes no se enteraran de la verdad si capturaban a uno de ellos. Así lo he hecho, pero han estado a punto de atraparme demasiadas veces. Lo más seguro para mí es unirme a vosotros, los rebeldes. Si la información que os facilite os lleva a matar al Raen..., bueno, se lo merece».

A continuación, evocó el recuerdo de un viaje entre mundos: la ruta hacia el mundo del Raen y todos los secretos para sobrevivir a ella. «Buscad la torre en un mundo en ruinas, no muy lejos del mercado de Worweau. —La imagen de una atalaya estrecha y de una altura imposible se formó en su mente—. El camino arranca de lo alto de esa torre y conduce a través de mundos de agua, fuego, tierra, aire, luz y oscuridad. Debéis estar preparados para levitar por encima del primero y protegeros del calor del segundo. El tercero tiene un clima benigno pero carece de vida, que

abunda en el cuarto, aunque su aire es venenoso. El siguiente es tan luminoso que se confunde por completo con el espacio intermedio, y el último... está sumido en una oscuridad absoluta y tiene un terreno muy traicionero, así que no debéis moveros del lugar de llegada».

El mundo que les mostró a continuación era totalmente subterráneo. El palacio se encontraba en medio de una ciudad extensa pero abandonada en su mayor parte. A pocas personas se les permitía visitarlo, de modo que sus únicos defensores eran el Raen y algunos de sus amigos más leales.

Tyen miró a los otros rebeldes. Los generales estaban entusiasmados con la información que Resca ya les había mostrado. Esperaban que Baluka también lo estuviera.

Sin embargo, el líder rebelde no parecía muy impresionado.

—Gracias por proporcionarnos estos datos de forma tan generosa —dijo—. Por desgracia, no son una novedad para nosotros. Ya conocemos el trayecto al palacio del Raen.

Resca puso cara larga. Desplazó la vista hacia Tyen.

—En ese caso, solo puedo ofreceros mis habilidades y mi fuerza, así como la verdad acerca de él.

Baluka sacudió la cabeza.

—Tyen es el único que puede ofrecernos eso último. Tú no tienes más que rumores y suposiciones. Por otro lado... —sonrió—, si aún quieres ayudarnos, cuando llegue el día de la batalla agradeceremos toda la ayuda que podamos recibir. Se lanzará una señal. El espacio intermedio se llenará de viajeros que difundirán los detalles sobre el lugar de encuentro. Acude a ese lugar.

Resca realizó un gesto afirmativo.

—Así lo haré.

—Por el momento, estarás más seguro lejos de nosotros, y nosotros lejos de ti. Ahora, vete. Márchate como has venido, en barca, para no dejar un rastro que conduzca hasta nosotros.

—Pero...

—No, Resca, tienes más probabilidades de eludir al Raen si te escondes, esperas y acudes cuando recibas la llamada que si te quedas con nosotros.

Resca asintió despacio.

—De acuerdo. Lo haré. Espero que la llamada no tarde mucho en producirse.

—Yo también lo espero, Resca.

El hombre se enderezó y, tras despedirse de los generales con una inclinación de la cabeza, salió de la casa. Baluka se acercó a la silla vacía y se acomodó en ella.

—Esperad a que esté demasiado lejos para leernos la mente.

Tyen permaneció de pie. Todos guardaron silencio hasta que Baluka movió la cabeza afirmativamente.

—Bien. Ha remado hasta un lugar desde el que no alcanza a oírnos. Podemos

hablar.

Tyen cruzó los brazos.

—¿Estáis seguros de que queréis aceptar su ayuda? Lo que les había hecho a los rebeldes que encontré era... —Se estremeció, incapaz de encontrar una palabra que describiera aquel horror.

—¿Por qué dejaste que se fuera? —inquirió Hapre.

Tyen suspiró.

—No reuní el valor suficiente para matarlo —confesó—. Además, en aquel momento, él decidió obedecer mis órdenes.

—¿Qué órdenes?

—Que no hiciera daño a nadie y abandonara a los aliados.

—¿Qué le impediría cambiar de idea más tarde?

A Tyen no se le ocurrió otra respuesta que encogerse de hombros.

—No me molesta tu aversión a matar —señaló Baluka—, siempre y cuando se trate de eso en realidad. Creo que es hora de que lo sepamos con certeza, Tyen.

Un escalofrío le bajó por la espalda a Tyen. Lo que Baluka estaba insinuando quedaba muy claro en sus pensamientos. Quería examinar por fin la mente de Tyen.

Este dudaba que pudiera sobrevivir durante mucho tiempo si les permitía hacerlo. Juntos poseían una fuerza considerable, seguramente la suficiente para vencerlo. A menos que él se apoderara antes de toda la magia disponible... «Las más de las veces, el que se mueve más rápido es el que gana», había citado Tarren alguna vez.

Pero a veces el que ganaba era el que se expresaba de forma más convincente.

—Aún no. —Tyen había ensayado esta respuesta muchas muchas veces, consciente de que tarde o temprano se enfrentaría a una situación así—. Sabéis que guardo secretos que pondrían en peligro a otras personas si los aliados los leyeran en vuestras mentes. Esperad hasta el último momento, cuando ya no haya riesgo de que mis conocimientos sean utilizados en nuestra contra. —Hizo una pausa y detectó resistencia en los pensamientos de los presentes—. Y creo que puedo arriesgarme a mostraros una cosa...

Se concentró para evocar un recuerdo de los rebeldes que Resca había masacrado, y luego abrió la mente lo suficiente para que ellos lo vieran. «Es como abrir las páginas de Vella por un breve instante, antes de cerrar la cubierta de golpe».

Los cuatro rebeldes se estremecieron.

—Solo os pido que confiéis en mí tanto como en él —prosiguió Tyen, con toda la dignidad que fue capaz de reunir. Acto seguido, salió de la casa.

Casi había llegado al lugar donde habían desembarcado de las canoas cuando oyó que lo llamaban. Al volverse, vio a Baluka acercarse deprisa, con toda la agilidad de alguien no acostumbrado a caminar sobre un suelo tan blando. Los demás no lo seguían.

—Espera —le gritó el líder rebelde.

Tyen se detuvo. Comprobó aliviado que Baluka ya no quería que abriera su

mente. Había convencido a los demás de que hicieran lo que Tyen les pedía: aguardar hasta el último momento posible. Baluka sonrió cuando lo alcanzó, pasó por su lado y se aproximó al borde del agua, donde le hizo señas a uno de los numerosos hombres y mujeres jóvenes que remaban en torno a las islas con la esperanza de ganar algo de dinero transportando a la gente de una aldea a otra.

—Acompáñame —dijo Baluka mientras subía a bordo. Tyen obedeció y se acomodó en el asiento de mimbre. El líder rebelde indicó al barquero que remara hasta la orilla más lejana, chapurreando el idioma local, pues era el único que el joven entendía. Luego se dirigió a Tyen—. Bien. Has sido muy persuasivo. No te exigiré que nos abras tu mente. Al menos hasta unos momentos antes de la batalla.

Tyen asintió.

—Gracias.

—¿Puedes contarme algo del libro en el que has pensado? —preguntó, fijando los ojos en él.

A Tyen se le escapó una palabrota. El barquero le lanzó una mirada, pues, aunque no comprendía las palabras, sabía reconocer el tono de alguien cuando maldecía.

—¿Tan peligroso es que se sepa algo al respecto? —inquirió Baluka con curiosidad, pero también con recelo.

—Sí, pero más para unos que para otros.

El líder rebelde hizo un gesto afirmativo.

—No necesito leerte la mente para saber que no eres un hombre violento. Y más importante que el recuerdo es el sentimiento que había detrás. No solo tu horror ante lo que él había hecho, sino tu temor a que dejarlo con vida nos causara más problemas. —Baluka entornó los ojos—. ¿Pertenece el libro a esa mujer llamada Vella?

Tyen apartó la vista, sin atreverse a decir nada.

—Bueno, supongo que el libro es un recuerdo. Algo que conservas para no olvidarla. Yo llevo algo similar. —Baluka se remangó el abrigo para revelar un cordón trenzado de colores vivos que llevaba en torno a la muñeca.

«Dudo que el recuerdo se corresponda ya con la realidad. He cambiado tanto que ella no me reconocería —añadió en silencio—. ¿Y ella? ¿Seguirá como antes? —Sintió una punzada de impaciencia—. Da igual. Lo que importa es alejarla de él».

—Bien, ya conocemos la ubicación del mundo del Raen —prosiguió Baluka—. ¿Cuánto debemos esperar antes de lanzar la señal? ¿Cuánto tardarán todos los mundos en saber que deben permanecer atentos a ella?

—Si el número de mundos es infinito, mucho tiempo —señaló Tyen, incapaz de resistirse.

Baluka rio entre dientes.

—Solo necesitamos llegar hasta donde se ha propagado el odio hacia el Raen. Me imagino que eso también llevará mucho tiempo. —Deslizó un dedo bajo la manga, seguro que para acariciar la pulsera—. Luego esperaremos a tener suficientes

guerreros para derrotarlo, y algunos más, por si acaso.

Tyen frunció el ceño.

—¿Cómo sabremos cuántos son suficientes? ¿Y si Resca cambia de parecer y le revela al Raen que conocemos la localización de su mundo?

—Eso no cambiaría nada. —Baluka sacudió la cabeza—. Es su mundo. Si no lo defiende, muchos lo interpretarán como una señal de debilidad, y nosotros destruiremos algo valioso para él. Es lo bonito del plan: puede funcionar aunque él esté al corriente de todo. Somos tantos ahora que ni él ni sus aliados podrán impedir que se difunda la señal, y como los aventajamos en número, tampoco conseguirán evitar que nos reunamos todos. Una vez agrupados, cuando nos enfrentemos al enemigo, el número será menos importante que la fuerza. No tenemos manera de saber cuánta tenemos, ni cuánta tienen ellos. Solo podemos abrigar la esperanza de ser más fuertes. Aun así, sabemos que la fuerza del Raen no es ilimitada, pues de lo contrario no se habría quedado atrapado en el mundo de Rielle durante tanto tiempo. —Sonrió—. Además, contamos con muchos apoyos. Creo que ganaremos esta batalla, Tyen.

Este consiguió esbozar una sonrisa lánguida a modo de respuesta. Escuchar a Baluka, tan lleno de confianza y arrojo, le producía náuseas. «Va a morir. El Raen o sus aliados vencerán, y la única persona a quien sin duda alguna matarán es Baluka». Esta certeza le sentaba como un puñetazo en el estómago, sobre todo ahora que sabía que Baluka lo consideraba un amigo.

Cuando había dejado que Baluka asumiera el mando, no preveía que acabaría por cobrarle afecto. No podía evitar sentir admiración por la inteligencia, determinación y valentía del viajero. Simpatizaba con la visión sombría que tenía Baluka de las decisiones que había tomado con la esperanza de ayudar a la mujer que amaba, aunque sospechaba que a ella no le gustaría el hombre en el que se había convertido.

Tyen cerró los ojos y se concentró en la ligera presión que el peso de Vella ejercía sobre la correa que le colgaba del cuello. Surgió el recuerdo, antiguo pero revivido a menudo, de Tarren en sus aposentos, con un pincel de caligrafía en la mano.

«¿A qué estás dispuesto para cumplir la promesa que le hiciste?».

Cuando había accedido a ello, no tenía ni idea de en qué se estaba metiendo. Tampoco le habían dejado un amplio margen de elección. El Raen lo había sorprendido viajando entre mundos, y la única manera de evitar el castigo era llegar a un acuerdo con él.

Lo había consolado la esperanza de que su labor de espionaje lo colocara en posición de evitar muchas muertes, pero ahora sabía que los rebeldes nunca se rendirían ni se irían a casa sin luchar. Desde el instante en que los aliados habían atacado la primera base rebelde, el futuro estaba escrito. Las represalias habían sido inevitables, y a cambio los aliados habían vengado la muerte de Preketai matando a Yira. En retrospectiva le sorprendía haber sido capaz de contenerlos durante tanto tiempo cuando él era el líder.

Sin embargo, desde que Baluka había tomado las riendas, avanzaban imparables hacia un conflicto de grandes proporciones. Tyen tampoco imaginaba cómo habría podido impedirlo. El Raen había dejado claro que quería que el viajero estuviera al mando. Quizá quería que el enfrentamiento inexorable se produjera y acabara cuanto antes.

¿Supondría alguna diferencia que él revelara que era un espía para el Raen? ¿Saber que el Soberano de los Mundos conocía sus planes empujaría a Baluka a rendirse?

Las ganas de confesarlo todo surgieron en su interior como la necesidad de expeler de su estómago algo podrido. Se le hizo un nudo en la garganta al recordar las palabras de Baluka: «Es lo bonito del plan: puede funcionar aunque él esté al corriente de todo. Somos tantos ahora que ni él ni sus aliados podrán impedir que se difunda la señal, y como los aventajamos en número, tampoco conseguirán evitar que nos reunamos todos».

No podía hacer nada por impedir que los rebeldes se enfrentaran al Raen.

«Por el momento». Quizá se le presentaría otra oportunidad. No le quedaba otra opción que esperar a ver qué ocurría.

El impulso de quitarse la máscara disminuyó, al igual que las náuseas. Aún podía ayudar a los rebeldes. Tanto si ganaban como si perdían, necesitarían que alguien los transportara a un lugar seguro. Era el papel que Baluka le había asignado. Aunque el Raen había sugerido a Tyen que buscara un pretexto para no estar allí, no le había prohibido que asistiera.

Tyen se aseguraría de que escapara el mayor número posible de rebeldes. Después de todo lo que había hecho, era una responsabilidad que no podía rehuir, tal vez ni siquiera por Vella.

SÉPTIMA PARTE

Rielle

Dahli había elegido el lugar menos interesante de todos los mundos para enseñar a Rielle la técnica del cambio de pautas. Era una habitación que medía lo mismo de ancho, largo y alto, sin adornos que rompieran la monotonía de las paredes de piedra gris. Incluso la puerta era anodina: una losa del mismo tipo de piedra. El aire circulaba por unos agujeros pequeños y sin adornos abiertos en el techo, sin hacer ruido y manteniendo una temperatura constante y confortable. La única luz procedía de la chispa que ella alimentaba con magia.

Al principio había agradecido la ausencia de variedad, pues de ese modo nada la distraía de las clases, que requerían una intensa concentración. Después, la insulsez misma de su entorno empezó a fascinarla. Le dio por imaginar maneras de hacerla aún menos interesante o de decorarla. De vez en cuando, despertaba de pesadillas en que la habitación se había transformado en algo siniestro. Luego, para ahuyentar un pánico que amenazaba con adueñarse de ella, se concentraba en recordar o visualizar cada paso de la creación de una pintura o un tapiz.

Había pasado por una gama de emociones: enfado por la incapacidad de la habitación para proporcionarle estímulos, miedo a no poder salir de ella jamás o a enloquecer en el intento, y una melancolía que minaba su determinación. Al final, alcanzó un estado de aceptación. O realizaba su tarea con éxito y lograba escapar de la habitación, o Valhan decidiría que había fracasado y la dejaría libre. Era solo cuestión de tiempo.

Por otro lado, tampoco estaba prisionera: Dahli le había dejado claro que podía abandonar las clases en cualquier momento. Solo su empeño en hacer lo posible por aprender el cambio de pautas la mantenía allí. Aunque no lo consiguiera, Dahli y Valhan y ella misma —pero sobre todo Valhan— sabrían que se había esforzado al máximo.

—Puedes usar la magia de forma inconsciente en todo momento —le había explicado Dahli el primer día—. Tu cuerpo se vale de ella para sanar, pero solo hace lo mínimo imprescindible para mantenerte con vida. Cuando utilizas la magia conscientemente, haces algo más que eso. Tu cuerpo deja una cicatriz, pues con eso basta; tú vas más allá y, si puedes, borras esa cicatriz.

»Como hechicera, posees una capacidad natural e instintiva para absorber magia y canalizarla con algún propósito. Tal vez tengas la sensación de que es algo consciente y deliberado, pero en realidad es como cuando te concentras en los músculos de una pierna para dar un paso de manera premeditada. Caminamos sin pensar en ello constantemente. Del mismo modo que cada músculo realiza su función

sin que lo obligues a ello, tú utilizas la magia en formas de las que no eres consciente.

»Para cambiar una pauta tienes que saberlo. Necesitas conocer tu cuerpo hasta el menor detalle para modificarlo. Así que, para empezar, debes concentrarte en un músculo de la pierna y estudiar lo que ocurre cuando lo mueves. Intenta percibir todos los matices y entenderlos a fondo. Si dedicas a ello el tiempo y el esfuerzo suficientes, tu organismo recurrirá a la magia para agudizar tu conciencia.

»Además, mientras estés aquí —agregó—, quiero que desactives la barrera que me impide leerte la mente, pues de lo contrario no sabré cuándo ponerte el siguiente ejercicio, ni cuándo estarás lista para salir de aquí.

Dicho esto, la había dejado sola. Solo reaparecía una vez al día, cuando Rielle necesitaba comida, agua u otros artículos indispensables, y se lo volvía a llevar todo una vez que ella había terminado. Al menos, suponía que era una vez al día. No tenía manera de saberlo con certeza. Él siempre buscaba y borraba las marcas que ella hacía en las paredes para mantener la cuenta. En una ocasión, Rielle las había grabado con incisiones profundas, valiéndose de la magia. El polvo la había hecho toser durante horas. Dahli se había limitado a alisar la pared de nuevo.

Para entonces, ella lo odiaba. Había resistido un impulso muy fuerte de abandonar la habitación. De haber sabido viajar entre mundos, también habría tenido la tentación de huir por esa vía. Solo el orgullo y la perseverancia la mantenían allí. Valhan quería que ella asimilara esta lección, a fin de que pusiera todo de su parte para conseguir su objetivo, en vez de rendirse cuando acababa de empezar.

Con la vista fija en su pierna, ella había flexionado los músculos una y otra vez, intentando ver con la mente y no solo imaginarse lo que había dentro. Su conciencia se transformó y se expandió poco a poco. Lo que vio y entendió le pareció fascinante y la motivó a fijarse con más detenimiento, hasta que un día supo que había aprendido lo que debía porque la puerta se abrió y Dahli entró con las manos vacías, sonriente.

El hombre no permaneció allí mucho rato.

—Ahora, aplica este grado de conciencia a otra parte de tu cuerpo —le indicó—. Que no sea un músculo esta vez.

Ella eligió los huesos de la mano. La segunda vez le resultó más fácil y rápido, pues ya tenía los sentidos en sintonía con ese nivel de conciencia. Aun así tenía que alcanzar una concentración que le provocaba dolor de cabeza, pero cada vez le costaba menos. Se percató gradualmente de que estaba usando magia para percibir y no para influir. En cuanto comprendió esto, descubrió que, empleando la magia de este modo, también podía obtener información sobre cosas que estaban fuera de su cuerpo. Podía determinar que la temperatura en un punto de la habitación era ligeramente más alta que la de un punto en el interior de la pared de piedra. Podía encontrar huecos en la roca del otro lado de la pared. Podía oír el agua que se escurría por algún lugar, a la izquierda de la puerta. La habitación le parecía cada vez menos aburrida.

«Pero si no se puede percibir e influir a la vez, ¿cómo es posible sanar?», se preguntó.

Dahli le enseñó a continuación que en realidad sí se podía, si uno se concentraba aún más. Y, como toda tarea que requería concentración, se volvía más sencilla con la práctica.

Él le impuso como ejercicio que se cambiara el color del cabello. Le explicó que era menos peligroso que modificar tejido vivo. Puesto que a Rielle la cabellera le llegaba bastante por debajo de los hombros, Dahli la visitó varias veces antes de que ella consiguiera cambiar cada pelo en toda su extensión.

—El color rubio no te sienta bien —comentó—. Vuelve a dejártelo como estaba.

Cuando ella volvía a tener todo el cabello negro, él le llevó un cuchillo y le indicó que se hiciera un pequeño corte en el brazo y luego reparara el daño sin dejar cicatriz. Ella no lo consiguió antes de la siguiente comida. Dahli le ordenó que se cortara de nuevo, pues la herida anterior había empezado a cerrarse de forma natural. Lo logró al tercer intento.

Después, él le llevó un animal pequeño con un corte poco profundo en el hocico. A Rielle le resultó más difícil curarlo de lo que imaginaba. El animal no formaba parte de su cuerpo. Ella no conocía su pauta. No había sido tan complicado percibir objetos exteriores a ella. Además, no había intentado influir en ninguno de ellos. Sin embargo, fue más como aprender a bailar que a caminar; la coordinación mental ya estaba allí. Sanó la herida en cuestión de horas, no de días.

A continuación, Dahli sustituyó el animal por un ser cubierto de púas que tenía un dedo roto.

—A este tienes que bloquearle el dolor antes de curarlo.

Fue más fácil de lo que ella esperaba. La mente del animal le indicó que había cumplido su objetivo. No cayó en la cuenta sino mucho más tarde de que ahora sabía usar la magia para comprender las mentes de otros seres. Cuando Dahli regresó, ella le preguntó si esto era posible.

—Sí, lo es. —Se encogió de hombros—. No es una habilidad tan útil como imaginas. No necesitamos animales para transportarnos o ir en busca de cosas, y criarlos por su carne u otros productos, o para otros usos, es una labor que normalmente dejamos en manos de las personas que están a nuestro servicio. He conocido a unos cuantos inmarcesibles que tienen mascotas y opinan que esta habilidad aumenta la diversión y el placer que estas les proporcionan.

Le entregó un animalillo de morro afilado y pelaje gris moteado de blanco, y cogió al ser cubierto de púas y lo sujetó con delicadeza mientras le explicaba a Rielle su siguiente cometido.

—Hasta ahora has estado practicando una forma simple de cambio de pautas. Salvo cuando te has cambiado el color del cabello, estabas ayudando a una materia viva a recobrar su pauta original. Esta es su tendencia natural. Ahora debes aprender a transformar la pauta de un ser vivo en otra que jamás habría surgido de forma

espontánea. —Señaló con un movimiento de la cabeza al animal que ella sostenía—. Alárgale las patas.

—Eso me parece un poco... cruel.

—Solo si las alargas demasiado. Un poco de altura adicional no le hará ningún daño. Además, otras razas de este animal son más altas. Si quisieras incrementar tu propia estatura, tendrías que llevar a cabo una labor de conservación, porque si posees poderes mágicos, tu cuerpo retornaría a su pauta original.

Rielle no quería poner al animal más nervioso de lo necesario, así que dedicó un rato a tranquilizarlo y jugar con él. Al punto, este se puso cómodo y se durmió en un rincón de la habitación. Se notaba que era un ejemplar viejo, y al echar un vistazo a su interior, Rielle advirtió que hacía poco que había comido.

Tras sentarse con las piernas cruzadas junto a él, se puso manos a la obra despacio y con cuidado. Como recordaba el grito ahogado de dolor que había soltado la niña de la pierna deforme cuando Valhan había empezado a sanarla, lo primero que hizo Rielle fue adormecerle las patas al animal. Este se despertó y se examinó las extremidades, desconcertado, antes de tumbarse de costado y dormirse otra vez.

Ella no tardó en descubrir que alterar la pauta existente implicaba inventar una nueva. En este caso, al menos, le bastaba con ampliar la información que ya estaba allí. Aquella labor tenía una faceta creativa que la atraía, aunque la labor en sí se le antojara ingrata.

Transcurrió el tiempo. Ella se embebió en su percepción del cuerpo del animal casi hasta sentir que formaban un solo ser. ¿Era eso posible? ¿Podía convertirse en un animal? Y, si lo hacía, ¿seguiría siendo humana su mente, o cambiaría también, atrapándola en un estado que le impediría invertir el proceso?

Mientras conservara la capacidad de utilizar la magia, podría recuperar su forma humana. Sin embargo, no le costaba imaginar lo desagradable que esto resultaría si diferentes partes del cuerpo volvían a la normalidad a velocidades distintas. Por otro lado, si esto era posible, quizá también lo era cambiar las partes de su cuerpo que ella eligiera. ¿Podría transformar sus brazos en alas y aprender a volar?

Se le agolpaban tantas preguntas en la mente que durante un rato le costó concentrarse en la tarea. Desistió y dejó que su mente contemplara las diferentes posibilidades hasta que el tema la aburrió. La pausa sirvió, por lo menos, para que la magia fluyera y rellenara parte del vacío que ella había creado con todos sus intentos de cambiar su cuerpo y el del animal. Cuando estuvo lista, reanudó la labor.

Largo rato después, la bestezuela despertó, se levantó y se paseó por la habitación sobre unas patas un poco más largas que antes. Rielle comprobó aliviada que a la criatura no parecía molestarle su repentino aumento de altura. Le maravilló lo poco que había tardado en aprender esto en comparación con lo que le había llevado asimilar el funcionamiento del músculo de su pierna. Al pensar en aquella labor tan sencilla, de pronto vio con claridad que había progresado mucho desde las primeras clases. Así pues, ¿cuánto esfuerzo le costaría concluiras?

Esperaba que Dahli volviera poco después, pero no fue así. El animalillo tenía hambre, lo que la hacía cobrar conciencia de los ruidos que hacía su propio estómago. Para que ambos estuvieran distraídos, Rielle se puso a jugar con su pequeño acompañante, riéndose de los gruñidos que este soltaba cuando se excitaba, y del ronroneo de satisfacción que emitía cuando le rascaba la tripa.

El sueño la incitaba a acostarse cuando la puerta se abrió por fin. Dahli dirigió una mirada evaluadora al animal antes de depositar en el suelo los alimentos y objetos de primera necesidad que solía llevarle a Rielle. Atrapó al animal en plena carrera hacia la comida.

—Come —dijo, batallando por sujetar a la bestezuela inquieta y hambrienta—. Regreso enseguida.

Cuando volvió, se sentó en el suelo, cosa que no había hecho antes. Ella le escudriñó el rostro, preguntándose qué significaba este gesto. Se le había formado una arruga entre las cejas. Su boca había quedado reducida a una línea, pues tenía los labios apretados con fuerza. Su aspecto era el de un hombre que estaba a punto de comunicar una mala noticia.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó ella.

Él parpadeó y sacudió la cabeza.

—No. O, mejor dicho, nada por lo que debas preocuparte. Siempre ocurren cosas en los mundos —aseveró con sequedad. Enderezó la espalda y la miró a los ojos—. Ahora empieza la última lección. Consta de tres partes. Primero, debes reparar los daños ocasionados por el envejecimiento en el interior de tu cuerpo. Irónicamente, esto resultaría más fácil si fueras mayor y los signos de la edad fueran más evidentes. Pero tienes suficientes años para que algunas partes de tu organismo no funcionen tan bien como deberían.

»En segundo lugar, debes encontrar y memorizar la pauta a la que deseas regresar. Como ya te he explicado, el envejecimiento es un proceso natural, producto de las innumerables sanaciones imperfectas que tu cuerpo ha efectuado a lo largo del tiempo. Tampoco es muy preciso cuando recupera tu pauta original después de que tú lo modificas. Las transformaciones y recuperaciones repetidas aceleran el proceso de envejecimiento, por lo que es mejor cambiar una sola vez y luego realizar una labor de conservación.

»En tercer lugar, aprenderás el secreto de dicha conservación. Modificar tu cuerpo entero requiere un nivel de conciencia y comprensión que normalmente no está al alcance de la mente humana. Es un estado que no te permite realizar otras tareas que exijan concentración, como por ejemplo utilizar la magia o simplemente conversar con alguien. —Dahli se inclinó hacia delante con mirada impasible—. El secreto de la inmarcesibilidad es el siguiente: transformar tu mente en otra que sí sea capaz de conservar la juventud de forma inconsciente.

Rielle respondió con un «ah» suave. Le parecía obvio, ahora que lo sabía. Casi se sentía como una tonta por no haberlo deducido por sí misma. Pero cuanto más

progresaba, menos tiempo tenía para pensar en las posibilidades que brindaba lo que había aprendido antes de concentrarse en la lección siguiente.

Dahli se enderezó y sonrió.

—Bien. Empecemos por la primera parte. Pasaremos a la segunda y luego la tercera sin pausa ni descanso. Mi limitada experiencia me ha enseñado que así es como debe hacerse, pero puedo estar equivocado, así que no te angusties si paramos a pesar de todo. Y ahora, centra tu atención en tu cuerpo.

Ella cerró los ojos y, dejándose guiar por Dahli, exploró los lugares donde, según él, encontraría los primeros signos de envejecimiento. Una vez que tomaba conciencia de ellos, le resultaba imposible resistirse a reparar los daños. Aunque aún se consideraba joven, le horrorizó constatar que las señales parecían indicar lo contrario. Quizá no la habría desalentado tanto si hubiera tenido cerca a una mujer mucho mayor con la que compararse.

«Quizá siempre me sentiré más joven de lo que soy. Tal vez eso no sea malo. Más triste sería lo contrario».

Conforme se desplazaba de aquí a allá, afinando esto y corrigiendo aquello, fue adquiriendo una visión de conjunto de su estado hasta que comenzó a arreglar zonas dañadas antes de que Dahli se las señalara. A medida que lo hacía, una sensación de bienestar se extendía por todo su ser.

—Lo dejaremos aquí por el momento —la interrumpió él—. Es suficiente. Pasaremos a la segunda fase del proceso. Debes cobrar conciencia de tu cuerpo en su totalidad. Empieza por una parte. Refina tu conocimiento de dicha parte examinando los detalles. Intenta mantener tu percepción de ellos también. Cuando hayas terminado, repite la operación con otra parte del cuerpo, y luego con otra.

Ella obedeció y se concentró en un pie. No tardó mucho en advertir que su comprensión de una parte se le escurría de la mente cuando intentaba incorporar otra. En cuanto devolvía su atención a la primera, perdía la segunda.

Dahli rio por lo bajo al ver su frustración.

—¿Lo ves? Es demasiado para que una mente normal lo asimile. Pero puedes conseguirlo si usas la magia para conferirle esa capacidad a tu mente. Necesitarás mucha energía, así que no escatimes a la hora de usarla..., y no temas despojar a este mundo de ella, pues hay de sobra.

Del mismo modo que, al principio, había agudizado su conciencia del músculo de la pierna, forzó a su mente a mejorar su capacidad de asimilar cada vez más la pauta de su cuerpo. Su percepción se expandió poco a poco, pero pronto el ritmo de su crecimiento empezó a disminuir.

—Has alcanzado el límite de tu cuerpo —le informó Dahli—. A partir de este punto, tu mente solo podría agudizarse si embarcara al resto de tu organismo en la tarea, lo que sería un error, ya que sin órganos como los pulmones o el estómago, tu mente no tardaría en morir. Así que, en vez de usar materia corporal, usa magia. Envuélvete en ella. Imbúyela de tu conciencia viva.

Quería que ella se valiera de la magia para pensar. Con esta información presente, proyectó sus sentidos para absorber más energía. Su percepción cambió. De pronto, ella era algo más que el recipiente físico en el que existía. Empezó a comprender muchas cosas sobre él que antes ignoraba. Como Dahli no le indicó que se detuviera, continuó expandiendo su percepción hasta que no quedaba ninguna parte de su ser que no hubiera asimilado.

En ese estado, sabía que su mente no era más que otro sistema físico. Todo lo que ella era se componía de carne, tendones, huesos y fluidos.

«Esta soy yo —pensó. Era una lección de humildad, decepcionante y un poco aterradora—. Tenía la sensación de que yo era algo más que esto. Algo más que un amasijo de partes del cuerpo». De algún modo, aquellos elementos básicos se combinaban e interactuaban para dar lugar a las emociones, la inteligencia, la creatividad y la moral.

«¿Y dónde, entre todas estas cosas, está mi alma?».

Tal vez tenía sentido que no la hubiera encontrado. El alma no era un ente físico. Ni tampoco mágico. A Rielle le habría gustado ver pruebas de su existencia y saber en qué estado se hallaba. Comprobar si estaba manchada, como creían los sacerdotes de su mundo.

—Haz el cambio —murmuró Dahli.

Se concentró de inmediato en la tarea que la ocupaba. Advirtió que, aunque no podía mantener aquella percepción de su cuerpo sin consumir una gran cantidad de magia, unas pocas alteraciones físicas le permitirían conservar su actual estado alterado de forma inconsciente. Esta preservación de la pauta requería una porción mínima de magia en comparación con la que había necesitado para comprender el procedimiento.

Al cabo de unos momentos, había terminado. La solución era tan simple y rápida que ella permaneció suspendida en ese estado de conciencia, temerosa de haber cometido algún error.

—Lo has conseguido —dijo Dahli—. Eres inmarcesible.

Ella abrió los ojos y lo contempló, presa del asombro.

—¿De verdad? ¿Después de lo que me ha costado aprender todo lo anterior?

—Sí.

Rielle hizo una pausa para saborear el sencillo placer del éxito. ¿Cómo había llegado a dominar el cambio de pautas con tanta facilidad, cuando todo lo demás se le daba tan mal?

—¿Cuánto tiempo he estado aquí?

Dahli sonrió.

—Noventa y cuatro días.

Su satisfacción se evaporó.

—¿Tanto?

Él soltó una risita.

—Normalmente se tarda mucho más. A veces más de un ciclo. El cambio de pautas requiere un instructor con mucho tiempo libre. —Había un asomo de petulancia en su sonrisa, y ella recordó que él nunca había enseñado a nadie a cambiar las pautas—. Bienvenida a las filas de los inmarcesibles.

Esto le provocó un escalofrío a Rielle. Él le había transmitido un conocimiento poderoso y poco común.

—Gracias.

Dahli estiró las piernas.

—Es a Valhan a quien deberías agradecerse.

Valhan. Que había alcanzado la inmarcesibilidad hacía más de mil ciclos. ¿Viviría ella tanto tiempo? ¿Había otros inmarcesibles de una edad tan avanzada, o habían muerto todos menos Valhan, ya fuera en un accidente, asesinados..., o quizá por su propia mano, pues se habían cansado de vivir?

Dahli hizo ademán de levantarse.

—Pero antes de que puedas darle las gracias, nos espera una larga caminata de vuelta al palacio —añadió—. Así que más vale que nos pongamos en marcha.

—No he sentido vibraciones desde que estoy aquí abajo —dijo Rielle cuando echaron a andar—. ¿Es porque estamos muy lejos del palacio?

—Sí. —La arruga entre las cejas de Dahli se hizo más profunda.

—Sin duda él se deslizaría hasta aquí si te necesitara.

Dahli clavó en ella una mirada acusadora.

—No, no te he leído la mente —se defendió ella—. Ya lo sabes. A menos que estés siendo cortés conmigo y no me la estés leyendo tú a mí.

Él suavizó su expresión.

—No, sé que no me la has leído. Mi reacción ha sido un mero reflejo. Lo que me recuerda... —Suspiró—. Ya puedes volver a bloquear tus pensamientos.

Rielle reconstruyó las defensas en torno a su mente, preguntándose si la pesadumbre que había detectado en la voz de Dahli era fruto de su imaginación. Él había visto todos sus pensamientos durante muchos días, mientras que ella había seguido absteniéndose de explorar los suyos, pese a la tentación tan fuerte que la asaltaba en momentos de aburrimiento profundo, soledad o nerviosismo. Él había descubierto muchas cosas sobre ella, y en cambio ella no sabía nada más acerca de él.

«Me siento con derecho a echarle un vistazo a su mente. Pero no es verdad ni sería justo. Nadie tiene derecho a algo así».

No obstante, el haberle abierto sus pensamientos la hacía desear algo igual de íntimo a cambio. «O tal vez haya algo más. —Lo miró de reojo—. Me pregunto si... estaría interesado en que fuéramos más que amigos, si yo estuviera dispuesta». Era un hombre apuesto y encantador. Por otro lado, Baluka también lo era. «¿Estoy enamorada de Dahli? —Sacudió la cabeza—. Ahora mismo, no. Quizá lo esté algún día, pero esta vez no haré promesas hasta que esté segura».

Llegaron a una escalera circular que descendía en espiral hacia las tinieblas. Dahli le había reiterado que no podían deslizarse hasta el lugar donde ella debía aprender el cambio de pautas. «Cuando yo aún era mortal». Como no quería caminar por el borde del precipicio, iba detrás de Dahli. La luz creada por él proyectaba su sombra sobre el escalón que Rielle tenía delante, así que ella se dispuso a absorber magia para encender una luz...

... y no la encontró. Sus sentidos se proyectaron rápidamente en todas direcciones, buscando de forma instintiva el límite de la Mancha. Cuando por fin lo localizó, su conciencia se había expandido casi por todo el mundo. La pequeña porción de magia que quedaba se extendía hacia los bordes del vacío, debilitándose a ojos vistas.

Cuando miró a Dahli, no vislumbró un halo de líneas de Mancha en torno a él. De pronto comprendió por qué Valhan y él siempre irradiaban esas líneas. Absorbían magia de forma continua e inconsciente para no envejecer. Ella habría hecho lo mismo, si no hubiera estado aprovechando la pequeña reserva de energía que le había sobrado de la última lección.

—Dahli, ¿qué ha pasado con toda la magia?

Él se rio entre dientes.

—La has gastado.

—¿Al practicar el cambio de pautas?

—Al agudizar tu mente para que fuera capaz de modificarlas.

—Me dijiste que absorbiera toda la que necesitara porque aquí había magia de sobra.

—En efecto, la había. —Soltó otra risita, despreocupado—. Si te hubiera dicho que seguramente despojarías este mundo de energía, habrías estado distraída, preguntándote si la agotarías.

—Pero... ¡he arruinado el mundo de Valhan!

Él miró hacia atrás y sonrió.

—En absoluto.

Ella comprendió que el mundo acabaría por recuperarse. Siempre podía generarse más magia. Quizá Valhan había planeado que ella repusiera la energía cuando comenzara a crear de nuevo. Se preguntó cuántas veces había sucedido esto antes. Una por cada hechicero inmarcesible, por lo menos.

—¿Y qué ocurre si no hay magia suficiente en un mundo para modificar la mente de un hechicero?

—El hechicero no consigue su objetivo.

—¿Y qué pasa con el mundo en el que se encuentra?

—Queda totalmente desprovisto de magia.

—De modo que el hechicero no solo sigue siendo mortal, sino que se queda atrapado.

—Algunos creen que es una de las razones por las que mundos con reservas abundantes de magia de pronto se convierten en mundos muertos. —Dahli llegó al pie de la escalera. Rielle enfiló tras él un ancho pasadizo—. Por eso, entre otras cosas, Valhan prohíbe la enseñanza del cambio de pautas. Si sale mal, las consecuencias pueden ser desastrosas.

—¿Podría ser ese el motivo por el que mi mundo era tan pobre en magia?

Dahli sacudió la cabeza.

—Es más probable que una batalla del pasado consumiera toda la energía. La guerra es la causa más común de la existencia de mundos muertos. Otra calamidad que Valhan intenta evitar.

—Pero él ha dirigido tropas en batalla. Me mostró el resultado de una de ellas.

—A veces la guerra es ineludible. Cuando eso ocurre, Valhan intenta asegurarse

de que ningún mundo corra esa suerte.

—Supongo que mientras haya en ellos personas que generen magia, los mundos no permanecen muertos para siempre. Y los que contienen Creadores se recuperan más deprisa.

—Así es. —Le dirigió una mirada recelosa, pero enseguida relajó el semblante.

—¿Qué sucede?

—Tienes un aspecto un poco distinto. Y no lo digo como algo malo.

Ella sonrió, resistiendo la tentación de tocarse la cara.

—Es posible que, cuando llegues a tu habitación, el cambio te sorprenda o incluso te desconcierte —le advirtió Dahli—. Si no te sientes identificada con el rostro y el cuerpo que veas, es posible que envejecas de nuevo inconscientemente para recobrar la apariencia con la que estabas familiarizada.

—Ah. —Torció el gesto—. Pues menos mal que he aprendido esta técnica sin ser aún muy mayor. La impresión habría sido más fuerte si hubiera estado acostumbrada a ver arrugas.

—Sí, pero quizá descubras que no solo pareces más joven. —Su expresión se tornó sombría—. Todos los hechiceros tienden a volverse más atractivos.

Ella desplegó una sonrisa.

—Supongo que cada uno es su crítico más despiadado. —De pronto se le cortó la respiración al comprender lo que esto significaba—. ¿De modo que Valhan no ha tenido siempre ese aspecto? Un momento... ¡la estatua! Aún se le parece mucho, pero según tú es muy antigua. Si su físico cambió, ya hace mucho tiempo que está contento con él, ¿no?

Dahli suspiró.

—No puedes dar eso por sentado.

—¿No lo está? De no ser así, seguro que ya lo habría transformado.

—No es tan sencillo. Cuando lees la mente de otras personas, ves la imagen que tienen de ti. Su opinión está influenciada por sus gustos, aversiones... y prejuicios. Si vivieras, por ejemplo, en un mundo poblado por personas que creen que los ojos azules son más bonitos o indican una inteligencia o posición social superior, tal vez modificarías inconscientemente el color de tus ojos para complacerlos, para ganar su confianza, influir sobre ellos o pasar inadvertida.

—Entiendo. La gente tiene expectativas muy elevadas sobre Valhan, así que él cambia para estar a la altura. Pero la gente no lo reconocería si no se pareciera a los retratos de él que hay en los diversos mundos.

—Cuando ya no necesita cumplir una expectativa a corto plazo, recobra su aspecto más conocido. No obstante, este también evolucionaría si él no tuviera una manera de recordar cómo es.

—Entonces ¿cómo...? ¡Ah! Me has contado que visita la estatua. No es por vanidad, sino para acordarse de la apariencia que debe conservar.

—Más o menos. Obviamente, no está hecho de piedra.

—Además, tú y sus otros amigos inmarcesibles guardáis en la memoria la imagen a la que debe parecerse.

Dahli crispó el rostro.

—Hasta cierto punto. Nosotros también tenemos gustos y aversiones que influyen en él.

Un escalofrío le bajó a Rielle por la espalda.

—¿He influido yo en su apariencia?

—Un poco —suspiró Dahli.

—¿Cómo?

Él sacudió la cabeza.

—Todavía lo consideras un... ¿cómo lo llamas?

Ella sintió una opresión en el pecho.

—Un Ángel. —Exhaló despacio. De modo que las cualidades angélicas que veía en Valhan existían solo por ella. Esto la desilusionó más de lo que debía, quizá porque significaba que el retrato que formaba parte de la colección de Lord Felomar era más fiel. Si esos ojos fríos se parecían más a los del auténtico Valhan, ella debía tenerle miedo. Por otro lado, quizá no eran más que un rasgo del estilo del artista.

«Aunque los artistas sin duda ejercen también una influencia». La fidelidad de un retrato dependía de su habilidad. No solo plasmaban sus sentimientos en los cuadros, sino que intentaban captar la personalidad del modelo. Lo que daba pie a una pregunta interesante.

—¿Pueden los gustos y aversiones de otras personas afectar también al carácter de un hechicero inmarcesible?

Dahli arqueó las cejas.

—Un poco, pero no tan fácilmente como su aspecto, y quizá no más que el trato normal con la gente. —Se encogió de hombros—. No me preocuparía demasiado por eso. Sin embargo, te recomiendo que dejes retratos tuyos en muchos mundos, para poder recuperar la apariencia con la que más te identifiques.

Rielle asintió. Así que la inmarcesibilidad también tenía sus desventajas, pensó. Comparado con envejecer y morir, era un problema menor. Pero los problemas menores podían agravarse. Mientras no tuviera tiempo de reflexionar sobre las posibles consecuencias, no le quitaría importancia a aquella cuestión.

«Creía que solo tendría que conservarme tal como estoy ahora, no resistir la influencia de los demás. Si no lo hiciera, ¿cuántos cambios podría sufrir antes de dejar de ser yo misma?».

¿Cuánto tardaría en dejar de ser humana?

«Y cuando ya no sea humana, ¿en qué me habré convertido?».

Meditó largamente sobre ello. Dahli guardaba silencio para dejarla pensar. Luego empezó a hablarle de los momentos de su vida en que había sentido un mayor impacto por no envejecer, y a aconsejarle cómo minimizar estos inconvenientes. Ella supuso que ver a sus seres queridos marchitarse y morir le provocaría una honda

tristeza, pero al parecer la lucha interior más dolorosa tenía que ver con la aceptación y la sensación de pertenencia. La forma de pensar de una persona cambiaba con la edad y tendía a asimilarse a la de personas afines. Un inmarcesible no tardaba en distanciarse tanto de la generación más joven, que consideraba sus costumbres anticuadas, como de los mayores, cuyas decisiones solían estar marcadas por su conciencia de la proximidad de la muerte.

Llevaban un rato callados, pues Rielle estaba absorta en sus pensamientos, pero Dahli habló de repente.

—¿Guardas objetos de valor en tus aposentos?

Ella miró alrededor y cayó en la cuenta de que habían llegado al palacio. En el despoblado complejo de habitaciones y pasillos, ahora despojado de magia, reinaba un silencio que parecía enrarecer y enfriar el aire. Dahli posó la vista en ella, esperando una respuesta. Rielle hizo un repaso mental de sus pertenencias. Todas se las habían facilitado después de su llegada a ese mundo. Tocó el colgante que llevaba al cuello.

—No. ¿Por qué?

—Nos marcharemos de este mundo —le informó Dahli.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Para siempre. Sin habitantes, nunca dejará de ser un mundo débil.

—No. Has dicho que yo no había arruinado el palacio.

—Y no lo has hecho. No fuiste tú quien decidió aprender la técnica aquí.

—Entonces ¿por qué no me la has enseñado en otra parte?

Dahli se encogió de hombros.

—Supongo que Valhan decidió que había llegado el momento de abandonar este lugar. Más vale que emplee la magia que queda en algo que valga la pena.

Aunque hablaba en tono desenfadado, la arruga entre sus cejas había reaparecido. Ella le escudriñó el rostro en busca de alguna pista, pero cuando se percató de que lo observaba, él apartó la vista y apretó el paso. Mientras la guiaba hacia la Sala de Llegada, ella se desenrolló el velo del cuello y se cubrió la cabeza con él.

—¿Dónde están todos los demás? —preguntó.

—Ya se han ido. —Dahli irguió la espalda cuando salió del pasillo abovedado a la sala—. Raen —dijo de pronto, con la voz cargada de respeto y admiración.

Rielle lo siguió. Al ver a Valhan, de pie a unos pocos pasos, se le erizó el vello. El Soberano de los Mundos desplazó una mirada de complicidad entre uno y otro antes de posarla en Rielle.

—Enhorabuena a los dos —dijo.

Ella reprimió una sonrisa al advertir que Dahli conseguía ponerse aún más derecho.

—Es un instructor excelente —aseguró, alegrándose de ser el motivo de su orgullo.

Valhan se volvió de nuevo hacia ella.

—Y tú una discípula digna de él.

—Ah... Gracias por... por todo —titubeó ella, renunciando al solemne discurso de gratitud que había planeado pronunciar.

Él le dedicó una sonrisa leve y breve, pero que bastó para expresar su satisfacción.

—Debes de estar llena de dudas, pero tendrán que esperar.

Ella no creía que le quedaran dudas sin resolver después de la larga caminata con Dahli. Valhan tendió una mano a cada uno. Juntos, Dahli y ella dieron un paso al frente para tomarlas.

Valhan la miró.

—Ya no necesitas respirar hondo antes de viajar entre mundos, Rielle, pero, si lo haces y procuras no permanecer mucho rato entre ellos, tendrás menos daños que reparar.

Ella se dio por enterada e inspiró. La Sala de Llegada se iluminó y se desvaneció en la blancura.

La secuencia de mundos que había llegado a conocer tan bien pasó en un abrir y cerrar de ojos, seguida por una serie de mundos con los que no estaba familiarizada. Se preguntó por unos instantes cómo había podido Valhan sacarlos de su mundo si quedaba tan poca magia a su alcance, hasta que cayó en la cuenta de que la respuesta era evidente: había viajado hasta allí llevando en su interior la necesaria para marcharse.

«Así que cuando llegó a mi mundo, tantos años atrás, no debía de quedarle la suficiente para escapar. Me pregunto si... Si una o varias personas hubieran entrado en mi mundo tras acumular toda la magia posible, ¿habrían conseguido liberarlo?».

«Sí. —La voz sonaba con claridad aunque, como en ocasiones anteriores, los labios de Valhan no se movían—. Pero ninguno de mis seguidores o aliados sabía dónde estaba».

«Ni siquiera los amigos del rebelde que lo había atraído hacia allí», agregó Dahli.

Rielle miró a su maestro y advirtió que tampoco él movía la boca. Colores y formas surgieron en torno a ellos y, cuando se concretaron en objetos, ella se quedó boquiabierta.

Se encontraban en una plataforma construida en lo alto de una angosta cresta. Como una gigantesca cortina de hielo, la cresta se entrelazaba con otras para formar una cordillera extraña, semejante a un entramado. Sin embargo, descubrió que no se trataba de una formación de roca, sino de los troncos entretreídos de unos árboles descomunales, de cuya parte superior brotaba un follaje exuberante, salvo en una zona despejada alrededor del lugar de llegada.

Entre aquellas paredes vivientes había tendidos unos gruesos cables de metal de los que pendían enormes estructuras traslúcidas, como larvas cristalinas puestas por un insecto gigante. Al advertir que algo se movía en los cables, aguzó la vista. Había personas caminando encima, atravesando una puerta diminuta allí donde el cable

penetraba en la estructura.

En cada edificio cabían unas cien personas o más. La inmensidad de todo ello le produjo vértigo incluso antes de que mirara hacia abajo, donde el muro viviente desaparecía envuelto en una bruma que se arremolinaba con suavidad.

—Este es mi nuevo palacio —dijo Valhan.

Ella no pudo hacer otra cosa que asentir. Era asombroso. Apabullante. Hermoso. Se parecía mucho más al concepto que ella tenía de lo que debía ser el reino de un Ángel.

Esta idea enturbió su fascinación, que cedió el paso a la inquietud. ¿Había escogido o concebido Valhan ese lugar por ella? Esperaba que no. No le parecía justo que él cambiara su forma de ser para amoldarse a las expectativas de otros.

—Encárgate de los preparativos —le indicó Valhan a Dahli. Este asintió y se acercó al borde. Solo entonces se fijó Rielle en la superficie que tenía bajo los pies. Al igual que los edificios, estaba hecha de un material cristalino. En él, varios surcos formaban figuras caprichosas. Dahli se alejó de la orilla, flotando sobre un disco invisible hacia uno de los edificios traslúcidos. Valhan se volvió hacia Rielle, que se percató de que había recuperado el habla.

—Es precioso. ¿Cómo se llama?

—Cepher.

—¿Lo has construido tú?

—No.

—Entonces ¿quién?

—Los antepasados de sus habitantes. Yo he edificado muchos palacios, pero siempre es más interesante ver lo que han creado otras mentes.

—¿Siempre has vivido en palacios? ¿Cómo era tu mundo de origen? —Como él no respondió, Rielle lo miró y, al reparar en la expresión ligeramente ceñuda que nublaba su tersa frente, el corazón le dio un vuelco. «Me enseña a frenar el envejecimiento y lo primero que hago es provocar que arrugue el entrecejo»—. Oh, lo siento, no debería haberte hecho esa pregunta —se apresuró a añadir.

Él le sostuvo la mirada.

—No hay preguntas que no debas hacer, Rielle. Estaba recordando mi mundo natal. Es muy distinto de este. Hace bastante que no lo visito.

—¿Ha cambiado desde que naciste? —Le resultaba curiosamente difícil imaginarlo como un niño o un bebé.

—Partes de él han cambiado mucho. El país en el que me crie, no tanto. —La expresión ceñuda desapareció—. Veamos si sigue siendo como lo recuerdo.

Extendió la mano. En cuanto ella la tomó, se percató de que, en el momento de llegar a ese mundo, no le faltaba el aliento. Pero al instante otro pensamiento se impuso al primero. «Es increíble que se acuerde del lugar donde nació incluso después de mil ciclos. ¿Guardará en la memoria todos los detalles? ¿Confiere esa facultad el cambio de pautas? ¿Es capaz la mente de almacenar mil ciclos de

recuerdos?».

«Si deseas conservar un recuerdo, este se te queda grabado —le explicó él—. La dificultad estriba en saber qué recuerdos vale la pena retener».

«¿Y si quisiera deshacerme de uno?».

«Puede conseguirse con algo de esfuerzo. Nunca he borrado un recuerdo de forma deliberada».

«Tal vez borraste también el recuerdo de haberlo hecho».

«Siempre cabe esa posibilidad, pero el tipo de cosas que desearías olvidar son las que suelen enseñarte a no cometer dos veces el mismo error».

Quedaron inmersos en una penumbra. Los mundos habían estado apareciendo y desapareciendo a toda velocidad, pero ella no les había prestado mucha atención. Cuando Valhan la soltó, un calor seco la envolvió. Dunas de arena fina se extendían en todas direcciones. Aquí y allá, unos raquíticos árboles blancos se aferraban a la tierra con raíces largas y puntiagudas como garras, y sus hojas grandes y correosas semejaban manos abiertas que suplicaban agua.

«¿Un desierto? —se preguntó Rielle—. ¿Los dos nacimos en el desierto?». Valhan tenía la vista fija en la distancia. Ella siguió la dirección de su mirada, entornando los párpados ante la falta de luz.

—Ahora puedes mejorar tu visión —le recordó él.

Con un poco de magia y fuerza de voluntad, Rielle consiguió que sus ojos se adaptaran. Hombres, mujeres y niños pálidos y delgados caminaban a unos pocos cientos de pasos. Se dirigían hacia Valhan y ella, con el paso constante y pausado de quienes llevaban vidas nómadas. Unos animales igual de larguiruchos avanzaban con gracilidad entre ellos, cargados con grandes alforjas. Sus dueños los conducían tirando de unas cuerdas que les atravesaban los bigotudos ollares y que provocaron a Rielle un estremecimiento de compasión.

El grupo los había divisado. Aminoraron la marcha hasta detenerse en la cima de la siguiente duna. Como se trataba de paisanos de Valhan, Rielle no les exploró la mente.

—Puedes leérsela —murmuró él, y echó a andar.

Al extender los sentidos, Rielle captó aprensión y curiosidad. Cuando se concentró en el que se encontraba más cerca, descubrió que era el jefe del grupo, que estaba integrado por su clan familiar. El hombre estaba pensando que, aunque las normas de cortesía lo obligaban a ofrecer alimentos y hospitalidad al forastero y su acompañante, no podía dejar que los entretuvieran mucho rato, pues ya llevaban bastante retraso para llegar al mercado al día siguiente.

«Se parecen mucho a los viajeros —se dijo ella—. Me pregunto si los viajeros despiertan en Valhan recuerdos de su lugar de origen, y si esa es la razón por la que les permite viajar entre mundos pese a que se lo prohíbe a otros».

Avanzando en todo momento por las crestas de las dunas, Valhan la guio por un camino corto y sinuoso hasta el grupo. Unos pasos más allá, juntó el índice y el

pulgar de ambas manos y se llevó una a la frente y la otra a la barbilla mientras susurraba unas palabras en un idioma de sonidos graves. Rielle leyó el significado en la mente del líder.

—Soy Valhan, hechicero, y he regresado para visitar mi patria. ¿Puedo caminar un trecho con vosotros?

El líder correspondió a su gesto, complacido por los buenos modales del desconocido pero escéptico ante su afirmación de que era un limno, pues tenía una corpulencia más propia de un granjero o un habitante de la ciudad.

—Soy Wayalonya, comerciante, y me dirijo a un mercado —contestó—. Sed bienvenidos.

Valhan se volvió hacia ella.

—Las mujeres caminan detrás —murmuró—. Ten la misma deferencia con la esposa de Wayalonya. No hables con ningún hombre. No te dirijas a mí en voz alta.

Ella asintió. Cuando Wayalonya reanudó el camino, Valhan acomodó su paso al suyo y la familia los siguió. Rielle examinó las mentes femeninas hasta que encontró la de Naym, la esposa de Wayalonya, que avanzaba a la cabeza de las otras mujeres, detrás de los hombres. Un poco mayor que Rielle, Naym era mucho más joven que su marido. No sonrió cuando sus miradas se encontraron —por el momento, ninguno de los limnos había sonreído—, pero estaba llena de curiosidad.

Rielle imitó el ademán que había hecho Valhan.

—Soy Rielle, hechicera, y he venido a conocer la patria de Valhan. —Se percató de que, por primera vez, se había identificado como maga y no como artista o tejedora.

—Yo soy Naym —respondió la mujer—. La segunda esposa de Wayalonya. Bienvenida. —Le indicó que podía caminar a su lado.

Las otras mujeres no hablaban ni se mostraban muy expresivas, pero cuando Rielle hurgó en sus mentes, le sorprendió descubrir la eficiencia con que se comunicaban por medio de miradas rápidas y pequeños gestos.

«El forastero es muy apuesto».

«Ya lo creo».

«¿Esta mujer es su esposa?».

«No lo sé. No lleva las marcas».

«¿Por qué se tapa la cabeza? ¿Será calva?».

«Él es lo bastante joven para tener otra esposa».

«¿Tú? ¡Jamás!».

«No, ya le veo el pelo. Largo, liso y negro».

«Él es de ciudad. Está gordo».

«Me gusta. Quiero un velo así».

«No está demasiado gordo. Y es rico».

«¿Cómo sabes que es rico? ¿Porque está gordo?».

«Porque es un hechicero».

Rielle contuvo una carcajada, esperando que su semblante no delatara sus ganas de reír. La conversación entre las mujeres, que pasaba inadvertida a los hombres porque caminaban delante de ellas, era tan animada como las que mantenían las tejedoras en el taller de Gräsch.

«Yo había dado por sentado que él no estaba casado —pensó—, pues no había ninguna esposa en el palacio, pero no es imposible. Ella podría residir en otro lado. No creo que convivir con él sea fácil. Ni amarlo. Oculta muchas cosas sobre sí mismo, y las que me ha revelado no destilaban dulzura ni bondad precisamente».

—¿De dónde eres? —preguntó Naym.

—Otro... —Rielle hizo una pausa, pues no encontraba una palabra equivalente a «mundo» en la mente de Naym. Señaló al horizonte con un gesto vago.

—¿Del norte? —aventuró Naym.

Rielle negó con la cabeza y repitió el gesto varias veces, en direcciones distintas.

—¿De todo el mundo?

—No. Otro mundo.

La mujer no la entendió. No sabía de la existencia de otros mundos. Rielle se planteó intentar explicárselo, pero decidió no hacerlo. No podía saber cómo reaccionaría la mujer. Además, Rielle no estaba allí para instruir a los limnos acerca de los otros mundos, sino para aprender cosas sobre ellos.

A Naym no le molestaron sus preguntas, y le formuló muchas a su vez. Le escandalizó tanto que una joven y un hombre solteros viajaran juntos que empezó a apartar a su invitada de las otras mujeres para que estas no la oyeran, hasta que Rielle le dijo que era la sobrina de Valhan.

Ella limitó sus consultas a cuestiones relacionadas con el comercio y las costumbres. Aunque las mujeres no tomaban decisiones abiertamente, ni en los negocios ni en sus propias vidas, en privado ejercían una influencia mayor sobre los asuntos de la familia. Tenían permitido hacer preguntas a la esposa o a los parientes de un varón, pero no a los hombres. Por otro lado, se consideraba de mala educación que los hombres hicieran preguntas a otros hombres, así que los miembros masculinos del grupo se habían enfrascado en un complicado y restrictivo juego en el que intentaban sonsacar información a su invitado, y él a ellos, sin que nadie formulara una pregunta directa.

Y Valhan no se lo estaba poniendo fácil, lo que indujo a Wayalonya a pensar que quizá sí era un auténtico limno. Cualquiera podía estar informado sobre las costumbres de Limn, pero solo un limno comprendería las frustraciones que traía consigo su complicada forma de conversar.

De pronto oscureció, y poco después volvió a clarear. Sorprendida, Rielle miró alrededor y vio que el diminuto sol había desaparecido. En su lugar había innumerables estrellas tan brillantes como la luz del día. Los limnos no se detuvieron, pero ella leyó en sus mentes que se aproximaban al pozo junto al que acamparían y dormirían esa noche.

Cuando la familia llegó a lo alto de un montículo y comenzó a descender hacia el valle que se extendía entre dos dunas más grandes, los pensamientos de Naym se tiñeron de inquietud. El pozo volvía a estar cubierto de arena. Tendrían que desenterrarlo, con mucho cuidado de no caer en él, pues podían matarse. En un futuro cercano, el corrimiento de la duna que formaba la cara norte sepultaría por completo el pozo, lo que obligaría a la familia a acarrear más agua o pagar un peaje para circular por otra ruta hasta que, al cabo de varias generaciones, la duna lo liberara de nuevo.

Wayalonya aminoró el paso cuando se acercó a la zona en la que debía estar el pozo, calculando por dónde había que empezar a excavar. Valhan se dirigió hacia delante con grandes zancadas y pasó de largo al líder.

Los limnos se quedaron sin aliento, o abrieron la boca para gritar una advertencia, pero su líder les hizo una seña para que callaran. Había adivinado lo que Valhan estaba a punto de intentar. Habría preferido que no lo hiciera, pero era imposible detener a un hechicero cuando había tomado una determinación.

Con la cabeza agachada, Valhan se detuvo cerca de donde Wayalonya creía que se encontraba la boca del pozo. Unas rayas negras brotaron de él, pero eran invisibles para los limnos. Todos bajaron la mirada, suponiendo que verían la arena moverse.

En vez de ello, la cara norte del valle entero se combó, se elevó y voló por encima de sus cabezas hasta derramarse sobre la cara sur.

Todas las mentes que rodeaban a Rielle se quedaron heladas de asombro y terror. Los limnos, boquiabiertos, desplazaban los ojos entre el espacio que antes ocupaba la duna norte y el lugar donde se encontraba la cresta sur, ahora mucho más alta.

Valhan no había terminado. Se acercó al agujero que había dejado al descubierto en el suelo y echó un vistazo al interior. Cuando dio un paso atrás, y luego otro, el hoyo se ensanchó y se alizó, con el borde al rojo vivo. Rielle notó una oleada de calor. Acto seguido, un chorro de vapor surgió del pozo. Al enfriarse en el aire nocturno, se condensó y cayó en forma de pequeñas gotas. Los limnos se protegieron la cabeza con los brazos y se agacharon. Nunca habían visto llover.

—Rielle.

Al volverse, advirtió que Valhan le hacía señas. Se le acercó a toda prisa y vio que, detrás de él, el refulgente reborde de un pozo nuevo se enfriaba hasta volverse de color negro. Una escalera descendía a las profundidades. Al asomarse por encima, vislumbró una pared perfectamente curva y, mucho más abajo, el centelleo del agua.

Él le tendió la mano. Ella la tomó y miró hacia atrás. Los limnos los observaban con el rostro inexpresivo pero maravillados.

Todo se volvió blanco.

La imagen de la duna volando sobre sus cabezas acudía una y otra vez a la memoria de Rielle. Aunque había hecho falta muy poca magia para trasladarla y reestructurar el pozo, los cambios supondrían una gran mejora para los limnos. ¿Qué habría podido conseguirse con más magia? ¿Qué sería capaz de hacer ella con magia?

Cada vez que se aproximaban a un mundo, se le aceleraba el pulso de emoción.

Pronto reaparecieron los cristalinos edificios de Cepher. Para alivio de Rielle, Valhan no entró por completo en el mundo. En vez de ello, se deslizó hacia la estructura hacia la que se encaminaba Dahli cuando ellos se habían marchado. En el momento en que atravesaron la pared, un resplandor confuso de luz refractada la deslumbró.

Cuando emergieron, se hallaban en una habitación de paredes facetadas. En el interior había un círculo de personas. Tras arrodillarse, estas apoyaron la frente en el suelo cristalino.

Sin hacerles caso, Valhan se volvió hacia ella. Extrajo algo de su abrigo. Por un momento, Rielle creyó que de algún modo él había invocado a uno de los seres del desierto que habitaban en su mundo a partir de sus recuerdos, pero al examinarlo más de cerca comprobó que era de metal, antes cuidadosamente bruñido, ahora deslucido y rayado.

Una pata se movió. Las antenas se retorcieron. Valhan lo dejó caer sobre las manos extendidas de Rielle. Unas cubiertas se abrieron como activadas por un resorte y ella alcanzó a vislumbrar el destello de unas alas iridiscentes por un breve instante, pero estas volvieron a quedar ocultas en cuanto el objeto cayó sobre sus palmas.

—Cuida de él hasta que pueda devolvérselo a su dueño —le pidió Valhan—. Estúdialo. Quizá consigas entrenarlo para que realice tareas sencillas.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—El futuro.

Con una sonrisa, él retrocedió y desapareció.

Varios días después, él seguía sin aparecer.

Dejando a un lado el papel y el clarión, Rielle suspiró y se frotó las sienes. Había estado intranquila en todo momento desde que había llegado a Cepher, incapaz de concentrarse durante mucho rato. Pese a que tenía a su disposición todo el material que podría necesitar jamás, ni siquiera el dibujo o la pintura retenían su atención. Ella no lograba alcanzar el estado mental que hacía del arte una actividad tan satisfactoria.

Habían sucedido demasiadas cosas. Tenía demasiado en qué pensar. Tampoco había visto a Dahli desde su llegada y, aunque no era inusual que el Soberano de los Mundos se ausentara durante largas temporadas, ella no recordaba un solo día en que no hubiera hablado con su instructor desde que había dejado a los viajeros.

Sin embargo, no estaba sola. Se encontraba rodeada de gente. Como en cualquier otro palacio, había sirvientes que atendían las necesidades de sus residentes. Pero, a diferencia de lo que ocurría en todos los palacios de los que había oído hablar, casi todos sus residentes eran artesanos.

Vivían en ese lugar desde mucho antes de que Valhan decidiera establecerse allí. A muchos les había entusiasmado y complacido que el Soberano de los Mundos hubiera elegido Cepher como su nuevo hogar. Unos pocos habían temido que esto acarrearía cambios molestos para ellos, aunque el Raen les había asegurado que su única intención era ocupar el nivel superior de la estructura.

Hasta donde sabía Rielle, los únicos hechiceros que había en Cepher eran de un tipo más común, mortales, y recibían el mismo trato que los artesanos sin poderes mágicos. Puesto que el plan original de Valhan era que Rielle trabajara como artesana en su mundo, parecía evidente que no pretendía que ella se quedara sentada haciendo lo mismo que los demás hechiceros en su tiempo libre.

El problema era que temía que los artesanos la juzgaran. Los recuerdos de las burlas y el rechazo que había sufrido por parte de los artistas de Schpeta se agolpaban en su mente cuando contemplaba la posibilidad de explorar el edificio. Se había planteado dirigirse primero a los tapiceros, pues la experiencia le había enseñado que eran más acogedores y estaban más acostumbrados a trabajar en grupo. No obstante, ¿qué opinarían de ella, una hechicera que el Raen tenía como... qué?

No sabía cómo describir su relación con él. No era su amiga, pues no mantenían un trato tan cercano. Tampoco su seguidora, ya que no había tomado la decisión consciente de ponerse a su servicio. Ni su aliada, pues no habían sellado pacto alguno. Su discípula tampoco, ya que no era él quien la entrenaba. Lo único que ellos sabían era que ella tenía algún tipo de relación con el hechicero más poderoso de

todos los mundos. Quizá la temieran solo por eso.

Ella no quería asustar ni intimidar a nadie. Quería que la vieran como a una igual.

Los artistas no se amilanaban con tanta facilidad. Sin embargo, eso significaba que quizá la tratarían como a una intrusa si sus habilidades no los convencían. Para demostrar que era algo más que una hechicera, había pedido utensilios y materiales pocos días después de llegar, y se había puesto manos a la obra.

La cosa no iba bien. Intentaba convencerse de que había perdido la práctica, y procuraba ignorar el vacío que sentía en el estómago cada vez que se echaba hacia atrás para estudiar su obra con mirada crítica. Había probado con ejercicios de calentamiento y diferentes medios de dibujo y pintura, incluso con la pintura oleosa, que no era ninguna novedad para los artistas locales.

Ese día había vuelto al método más simple: papel y clarión. Estaba dibujando el insecto mecánico que Valhan le había dado.

Lo cogió y lo examinó de nuevo. Aún no sabía muy bien para qué servía. ¿Como entretenimiento, o para fines más prácticos? Aunque, según Valhan, podía adiestrarlo para que obedeciera órdenes, sus intentos al respecto no habían rendido fruto. ¿Cómo enseñarle algo, si no tenía ni idea de qué tipo de recompensas lo motivarían?

Por otro lado... Valhan había dicho que aquel pequeño y extraño artilugio era el futuro.

Lo colocó en la misma posición en que estaba antes, tomó de nuevo sus utensilios de dibujo y continuó con su bosquejo. Nada ayudaba más a centrar la mente en un objeto que dibujarlo. Ella habría debido captar detalles que antes hubiera pasado por alto. Pero, aunque esta era su intención, no tardó en dejar vagar sus pensamientos.

«¿Dibujaré y pintaré bien dentro de cien ciclos? ¿Y dentro de mil? —¿Viviré mucho tiempo en el palacio de Valhan, o lo abandonaré algún día? ¿O quizá construiré el suyo propio?—. ¿Señora de un palacio, yo? No..., aunque me gustaría ser capaz de crear un lugar como este, donde los artesanos pudieran trabajar juntos».

¿Sentiría siempre el impulso de pintar? ¿Cuánto la cambiarían sus experiencias vitales y la influencia de los demás? ¿Tendría la sensación de que el tiempo transcurría cada vez más deprisa, como le sucedía ahora respecto a cuando era más joven? ¿Le parecería que las vidas de los demás duraban apenas un instante? ¿Y si se enamoraba de un mortal? ¿Lo vería envejecer y morir en un abrir y cerrar de ojos? Si se prendaba de un inmarcesible, ¿perviviría su amor cientos de ciclos, o incluso miles? Si ella podía asomarse a su mente, ¿hasta qué punto influirían las expectativas de él en su aspecto y personalidad? ¿Le resultaría demasiado doloroso ver las cosas que no le gustaban de ella, además de las que amaba? Tal vez sería mejor enamorarse de alguien a quien no pudiera leer el pensamiento. Hasta el momento, el único que había conocido con una mente inaccesible era Valhan.

Un leve escalofrío le bajó por la espalda. Era un hombre muy apuesto. Y poderoso. Ambas cualidades la atraían mucho. Pero el poder también la repelía. Además, no se llenaba de expectación e ilusión cuando iba a verlo, como le ocurría

con Izare. Contaba las horas que faltaban para su siguiente encuentro..., hasta que había conocido a la corruptora y todo se había ido a pique. Valhan le producía una mezcla contradictoria de fascinación y miedo.

Por otra parte, el amor era una complicación que no necesitaba en ese momento. Tal vez algún día volvería a tener lugar para él en su vida. Después de todo, una eternidad sin amor era una perspectiva bastante triste.

«Siendo Valhan el hechicero más poderoso de los mundos y con la capacidad de leer la mente a todos, ¿puede arriesgarse siquiera a enamorarse? —Según Dahli, hacía cientos de ciclos que Valhan no tenía ninguna amante—. No, lo que dijo fue que Valhan no había seducido a nadie durante ese período. No es lo mismo».

Pero ¿y el amor? Las expectativas de una amante sin duda ejercerían más influencia sobre un hechicero inmarcesible, porque serían más elevadas y...

Unos golpecitos en la puerta interrumpieron sus reflexiones. Al volverse, vio a una sirvienta en la entrada de sus aposentos, formados por varias habitaciones. La mujer dobló las rodillas, pero las enderezó de inmediato. Rielle había puesto fin a la costumbre de los criados de postrarse ante ella, explicándoles que no era un miembro de la realeza ni un ser divino, sino una artesana más.

—¿Sí, Sesse?

—¿Deseáis algo, hechicera Rielle? —Sesse tenía los ojos muy abiertos y brillantes, y le temblaba la voz. Rezumaba temor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rielle.

Sesse bajó la vista al suelo.

—Me han advertido que no os lo dijera.

Rielle dejó a un lado el clarión y el papel y le indicó que se acercara.

—Siéntate. —Señaló una silla que tenía cerca.

La sirvienta entró en la habitación sin levantar la mirada hasta que se apoyó en el borde de la silla.

Al explorarle la mente, Rielle descubrió que un hechicero había llegado hacía poco rato. Esto por sí mismo no tenía nada de raro. Muchos artesanos procedían de otros mundos, y sus familiares pagaban a magos para que los transportaran hasta allí con el fin de visitarlos o enviaban mensajes a través de ellos. Además, los hechiceros llevaban a Cepher a clientes de los artesanos o viajaban allí para comprar ellos mismos sus obras, a título personal o en nombre de otros.

Sin embargo, aquel hechicero era un desconocido que no parecía interesado en adquirir nada. «Dice que pronto los rebeldes atacarán al Raen», pensó Sesse, sabiendo que Rielle leería sus palabras.

Esta frunció el entrecejo. Se había enterado de que había unos rebeldes que se oponían al dominio de Valhan cuando había examinado la mente de unos artesanos a fin de averiguar con cuál de ellos le resultaría más fácil trabar amistad. La mayoría de la gente de ese mundo creía que la rebelión sucumbiría por discrepancias internas antes de llegar a convertirse en una auténtica amenaza. Los demás tenían la certeza de

que cualquier ataque contra el Raen fracasaría. Sin embargo, la noticia que había traído el forastero había sembrado la duda entre ellos.

—El Raen ha vivido más de mil ciclos. Sin duda se han producido revueltas con anterioridad —alegó Rielle.

Sesse parpadeó.

—No... no lo sé. Supongo que sí.

—Y sin embargo, sigue vivo. Y aún es el Raen.

La mujer asintió.

—Lo es. Además, los rebeldes llevan menos de un ciclo reuniéndose. No pueden haberse entrenado o preparado a fondo en ese tiempo.

—No —convino Rielle.

Sesse se levantó.

—Bien... ¿Se os ofrece algo más, hechicera Rielle?

Rielle sacudió la cabeza.

La mujer se enderezó, ejecutó una media reverencia y se dirigió a paso veloz a la puerta. Se detuvo allí, indecisa, y miró hacia atrás.

—Uno de los hechiceros dice que el líder de los rebeldes podría ser el Sucesor. Que la Regla del Milenio podría estar cumpliéndose.

—Valhan ya tiene más de mil ciclos —repuso Rielle—. Incluso si lo derrotaran mañana, la profecía no se habría cumplido.

Sesse se quedó pensativa, movió la cabeza afirmativamente y se retiró.

Rielle retomó su dibujo, preguntándose si su falta de concentración no sería más que el resultado de las múltiples ocasiones en que la interrumpían criados con buenas intenciones. Cuando estaba a punto de terminar, oyó de nuevo unas pisadas que se aproximaban a la puerta y suspiró. Esta vez Sesse no llamó, y Rielle tuvo que disimular su irritación cuando se volvió para ver qué quería.

Dahli se encontraba a pocos pasos de ella. Había estado observándola con atención, pero cuando ella lo miró, se le relajó el rostro.

—Veo que te estás aclimatando —comentó él, sonriente.

—¡Dahli! —Rielle dejó el bosquejo en la mesa y se puso de pie—. Aquí no hay quien se aclimate con toda la servidumbre alborotada por los rumores sobre la conspiración rebelde para matar a Valhan.

La sonrisa se borró de los labios de Dahli.

—Ah. Eso. No te preocupes. Valhan es consciente de este problema desde hace un tiempo. Se ocupará de ello de la forma acostumbrada.

—¿Y qué forma es esa?

Dahli cogió el boceto y lo examinó.

—Les dará varias oportunidades de renunciar a sus planes y luego mostrará a quienes no lo hagan lo que les espera si siguen adelante.

—¿Y está dando resultado?

Él dejó el dibujo donde estaba.

—Es muy pronto para saberlo.

—¿Fue esa la razón por la que abandonó su mundo?

Dahli se encogió de hombros.

—No me lo ha dicho. Quiere que me quede aquí y... —Se volvió hacia la puerta con el entrecejo fruncido. Al seguir la dirección de su mirada, Rielle vio a Sesse en el umbral con aire vacilante—. ¿Qué pasa?

—Lamento interrumpiros, hechicero Dahli —dijo la mujer, desplazando la vista de él a Rielle.

La expresión ceñuda de Dahli se hizo más pronunciada y se le tensaron los hombros.

—¿Quién es ese hombre? —inquirió en tono imperioso.

Al comprender que él le había leído la mente a la criada, Rielle buscó el origen de su ira. Sesse había acudido para informar a Rielle de que el hechicero que les había comunicado la noticia había estado asediando a los sirvientes, intentando reclutarlos para la causa rebelde.

Sesse se achicó ante la rabia de Dahli, pero no reculó.

—No he oído su nombre.

Dahli exhaló.

—¿Dónde está ahora?

—En el comedor.

Dahli soltó un resoplido y salió de la habitación dando grandes zancadas. Rielle se abalanzó hacia la puerta y lo vio alejarse. Algo en la reacción de Dahli la inquietaba. Su actitud había pasado muy bruscamente de la despreocupación a la furia. Se volvió hacia Sesse.

—Hay una cocina junto al comedor, ¿verdad? ¿Existe una manera de llegar hasta ella sin que Dahli nos vea?

La mujer asintió, le hizo señas de que la siguiera y enfiló el pasillo en la dirección contraria. Tras pasar por varios corredores y escaleras, llegaron a una cocina alargada en la que reinaba un ajetreo considerable. Sesse habló con uno de los mozos de cocina. Con un bufido de desprecio, este señaló una puerta situada al fondo. Dos criados aguardaban allí, intercambiando miradas nerviosas.

—El hombre sigue en el comedor, molestando con sus impertinencias —tradujo Sesse mientras guiaba a Rielle hasta la puerta.

Los dos criados se hicieron a un lado con expresión de alivio al ver que Rielle se acercaba. Cuando Sesse alargó la mano hacia el pomo de la puerta, Rielle tiró de ella hacia atrás.

—Espera aquí —le indicó. Aplicó la oreja a la puerta, pero lo primero que oyó fueron pisadas que se aproximaban, así que se apartó antes de que la puerta se abriera y la atravesaran dos sirvientes con cara de pocos amigos que portaban fuentes doradas repletas de comida.

—¡Quiero más de eso, sea lo que sea! Traedme... —les gritaba un hombre, pero

la frase quedó truncada cuando la puerta se cerró de nuevo. Rielle volvió a acercarse la oreja. Oyó un portazo, y más pisadas a lo lejos.

—Me dicen que estás reclutando soldados para los rebeldes. —Era la voz de Dahli.

—Tanto como reclutar, no —replicó el desconocido—. Solo difundo la noticia.

Ella penetró en la mente del visitante. Se llamaba Gabeme. En cuanto había descubierto que se encontraba en un palacio del Raen, su primer impulso había sido escabullirse sin despertar sospechas. Sin embargo, una exploración rápida de las mentes le había revelado que era un palacio pequeño, seguramente una residencia secundaria, y le había tranquilizado enterarse de que ni el Soberano de los Mundos ni sus aliados lo visitaban a menudo. No todos los artesanos se alegraban de que su hogar se hubiera convertido en un palacio para el Raen. La idea de que podría reclutar rebeldes justo delante de sus narices lo había tentado a quedarse.

No había contado con que se presentara uno de los aliados.

—Oh, no soy un aliado —lo corrigió Dahli, con una carcajada.

Era una risa tan desenfadada que Rielle se preguntó si se había equivocado y aquella no era la voz de Dahli, aunque se parecía mucho. Buscó su mente y percibió en ella intenciones asesinas. Se le heló la sangre. Se negaba a creer que Dahli...

—¿No? Entonces ¿qué eres? —preguntó el forastero.

—Soy el Más Leal.

De pronto, la magia que rodeaba a Rielle empezó a fluir hacia un punto situado en el comedor. Gabeme la estaba absorbiendo. Ella contuvo el aliento, esperando que Dahli ya hubiera acumulado la suficiente para rechazar un ataque... y dominado su ira.

Lo que vio entonces en la mente de Gabeme la impactó. Había oído historias sobre aquel seguidor del Raen, el más allegado y devoto, a quien el Soberano de los Mundos le encomendaba los trabajos más terribles y sanguinarios. «Debo de ser el rebelde más desafortunado de los mundos». Estaba paralizado de terror. El Más Leal se le acercó. Gabeme retrocedió, consciente de que jamás podría vencer a ese hombre en combate, ni huir de él.

Rielle abrió la puerta de un empujón.

—Deja que se vaya, Dahli.

Sorprendido, él se quedó inmóvil, con la vista fija en ella. Gabeme la miró con expresión desconcertada y desapareció.

—*Gah!* —Dahli apretó los puños y se volvió hacia el espacio que Gabeme ocupaba hacía unos instantes.

—¡No lo hagas! —gritó Rielle—. No hay necesidad de matarlo.

Tras fulminarla con la mirada, él se desvaneció.

Exhalando un suspiro prolongado, Rielle se dirigió de nuevo hacia la puerta. «Al menos he intentado impedir que mate al hombre». Sin embargo, cuando acercaba la mano al pomo, Dahli se materializó frente a ella.

—Ha escapado —gruñó—. Tal como habías planeado.

Ella dio un paso hacia atrás.

—¿Planeado?

—Querías que huyera.

—Pues sí. Ibas a matarlo.

—¡Claro que iba a matarlo! Es un rebelde.

—Un mensajero. Una persona insignificante. —Ella sacudió la cabeza—. ¿Qué ganarías con matarlo? Es demasiado débil... y no especialmente listo... para constituir una amenaza real. No podía quedarme cruzada de brazos viendo cómo asesinabas a alguien solo por ser un idiota.

Dahli entornó los ojos mientras se le acercaba, obligándola a recular.

—¿Esperas que me crea eso?

—¿Y por qué no? —Se detuvo y le aguantó la mirada, pese a lo cerca que estaba—. Has buceado bastante en mi mente para saber que jamás estaría a favor de matar a alguien mientras hubiera otra salida. ¿Por qué si no iba a intervenir?

—Porque tu lealtad no está con Valhan.

Rielle sacudió la cabeza.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que he decidido volverme contra Valhan y apoyar a los rebeldes después de toparme con uno bastante ridículo, pese a que no los conozco y que ellos nunca han hecho nada por mí?

—Sí que los conoces —replicó él.

Rielle clavó la vista en él, exasperada.

—¿Cómo voy a conocer a los rebeldes?

Dahli se inclinó hacia ella.

—Tengo entendido que conoces bastante bien a Baluka.

El nombre le sentó como una bofetada y le provocó un sentimiento de culpa que la dejó sin palabras.

Una expresión de triunfo asomó al rostro de Dahli.

—Él es su líder.

Rielle no podía respirar. Baluka. No había vuelto con su familia y por tanto no sabía que ella se había marchado por su propia voluntad. Se había unido a las únicas personas dispuestas a luchar contra el hombre que creía que la había raptado.

—Oh, Baluka —jadeó, acercándose a una silla y sentándose—. ¿Por qué no regresaste a casa?

«Así que, en cierto modo, todo esto es culpa mía. Si no me hubiera ido con Valhan, Baluka no se habría separado de los viajeros y... Oh, qué desastre». Pero entonces se dio cuenta de que, según la misma línea de razonamiento, el culpable bien podía ser Valhan por habérsela llevado de su mundo.

Ella alzó la vista. Dahli la observaba con los brazos cruzados, lleno de determinación y hostilidad.

—Valhan hizo bien al no permitir que te enseñara a viajar entre mundos —dijo.

Rielle sintió náuseas. «No tenía ni idea de que confiara tan poco en mí. No tiene sentido. Me ha leído la mente. Sabe que no albergo sentimientos profundos por Baluka. Tiene que haber otra razón».

—Sabes que yo ignoraba que Baluka se había unido a los rebeldes —alegó ella—. No viste ese dato en mi mente cuando me enseñabas el cambio de pautas.

—Eso simplemente indica que no pensabas en ello cuando tenías la mente abierta.

—Pero si hubiera estado tramando un plan perverso no habría podido evitar pensar en ello, ¿no crees?

—Sencillamente no tenías motivos para ello. Pero reconociste que no querías servir a Valhan. No eres leal con él. Sigues sintiendo que estás en deuda con los viajeros. Con ese joven. Si tuvieras que elegir entre ellos...

—Oh, no digas tonterías, Dahli —lo cortó ella—. Que no le profese a Valhan la misma lealtad que tú no significa que desee su muerte. Al contrario, sabes que no quiero volver a matar jamás. Nada me hará cambiar de opinión.

Aunque Dahli mantenía el rostro casi imperturbable, movimientos casi imperceptibles de sus músculos delataban sus emociones. Reconocimiento. Culpa. Comprensión. Esperanza. Los tres últimos la intrigaron. Era como si el hombre hubiera descubierto que ella no sabía algo, que él se había salido con la suya. Quizá había llegado el momento de que ella hiciera las preguntas.

—¿Qué crees que me haría cambiar?

Él apartó la vista.

—El mismo motivo que impulsa a los rebeldes. La libertad de hacer lo que te plazca, sin tener en cuenta las consecuencias.

Ella no se creyó una palabra.

—¿Después de todo lo que has hecho por mí y todo lo que Valhan me ha mostrado?

De nuevo la punzada de culpabilidad. «¿Lo que ha hecho por mí? ¿O más bien lo que me ha hecho?».

—Me enseñaste magia...

Dahli no reaccionó.

—... y cómo volverme inmarcesible —prosiguió ella.

Él tragó en seco y abrió los ojos un poco más.

—Aunque me habría gustado saber el precio con antelación.

A Dahli se le congeló el semblante.

«Eso es. O los peligros de los que me ha hablado son peores en realidad, o hay algo más». Por primera vez, ella se asomó a su mente.

«Tal vez no sea cierto —estaba pensando él—. Me ha parecido ver algo, cuando he llegado y la he encontrado dibujando».

Entonces Rielle vio lo que él temía. Valhan le había hablado de la creencia, quizá tan antigua como la Regla del Milenio, de que un Creador que aprendía a cambiar las pautas perdía inevitablemente la capacidad de generar magia. Dahli nunca había

conocido a un Creador lo bastante fuerte para dominar el cambio de pautas, así que tenía curiosidad por saber si era verdad.

Por eso se decía que los Creadores nunca eran hechiceros poderosos. En realidad, sucedía justo lo contrario: los hechiceros poderosos, concretamente los inmarcesibles, no podían ser Creadores.

«No es más que un mito —se dijo Dahli—. Como la Regla del Milenio».

Por otro lado, si era cierto, él jamás se perdonaría a sí mismo por no haberla avisado. Ella se volvería contra él y contra Valhan. Además, si ella resultaba ser la Sucesora, él habría sido el causante de la perdición de Valhan. Esta idea provocó en él un pánico incontenible que conocía bien, y cuando ella descubrió el porqué, se le escapó un grito ahogado de sorpresa.

Dahli amaba a Valhan. No solo como un leal criado o amigo. Lo deseaba con la misma pasión con que ella había deseado a Izare, con un anhelo tan intenso e irresistible como el hambre. Esta llama nunca se había apagado en él, pese a que no era un sentimiento correspondido. O precisamente por eso.

Eso explicaba los destellos de celos y desaprobación que ella había visto, así como la propensión de Dahli a la suspicacia y el miedo. A pesar de que su lealtad estaba ante todo con Valhan, él apreciaba lo suficiente a Rielle para sentir remordimientos por lo que le había arrebatado. Debido a eso, ella estaba dispuesta a perdonarle muchas cosas, aunque quizá no todas.

Él la miraba con fijeza. El silencio se había prolongado demasiado.

—¡Me estás leyendo la mente!

—Sí, aunque antes he leído tu rostro. Tu sentimiento de culpa. Sabía que me ocultabas algo. Algo importante. ¿Acaso no sabes que jamás debes mentirle a una retratista? —Aunque en rigor él no había mentido, ella no iba desechar una buena frase por un detalle sin importancia.

—Romper tu promesa de no leerme la mente no me anima demasiado a confiar en ti —señaló él.

—¿De verdad crees que te habría leído la mente si tú no me hubieras dado un buen motivo para desconfiar de ti?

Dahli se encorvó, como si todo el miedo y la rabia que se habían adueñado de él hubieran escapado de su cuerpo como un soplo de aire.

—Sabes que no creo que sea cierto.

—¿Que yo sea la Sucesora, o que ya no soy una Creadora?

—Ambas cosas.

—¿Crees realmente que yo podría ser tan fuerte como él?

—Él lo cree, aunque no está del todo seguro. Aún puede leerte la mente.

El mero hecho de que Valhan no estuviera seguro le parecía demasiado increíble para pensar en ello. Y eso no tenía tanta importancia como...

—Fue él quien decidió ocultarme lo que yo podía perder cuando me volviera inmarcesible —le recordó a Dahli.

Él asintió.

—Suele decidir lo que es mejor para los demás sin consultarlos.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Qué habría elegido yo, de haberlo sabido? ¿La inmarcesibilidad o la capacidad de generar magia? No lo sé. Hasta hace poco, crear energía no me era de ninguna utilidad. Sigue sin serlo. En cambio, no envejecer, quizá no morir hasta que, en un futuro lejano, me canse de vivir o algo o alguien me mate..., parece bastante claro que esta sería la mejor opción.

—Esperaba que llegaras a...

—Sin embargo, en los últimos días —continuó ella, sin hacerle caso—, dibujar y pintar no me han producido las mismas sensaciones que antes. Me falta algo. Había razonado que tenía demasiadas cosas en la cabeza, o que sufría demasiadas interrupciones, o que había perdido la práctica. —Posó la vista en él—. Si me hubierais dado a elegir entre ese sentimiento de realización y esa felicidad que me invadían cuando hacía arte, y vivir cientos o miles de ciclos sin volver a sentirlo jamás, no habría escogido la inmarcesibilidad.

Dahli agachó la cabeza. Ella dejó que el silencio se alargara. Sin duda no era más que un breve instante en comparación con los cientos de ciclos que él había vivido, pero prolongar su incomodidad le resultaba ligeramente gratificante.

Sin embargo, la pena la embargaba, y aquello no era más que una victoria exigua e insatisfactoria. Se levantó y rodeó a Dahli para dirigirse a la puerta de la cocina. Apoyó la mano en el pomo y volvió la vista atrás.

—No tengo intención de unirme a los rebeldes —le informó—. Ni quiero llegar a ser soberana de los mundos jamás. Esto no ha cambiado, tanto si sigo siendo una Creadora, como si no.

Él la miró por encima del hombro y asintió.

Rielle se dio la vuelta y se encaminó hacia sus aposentos.

OCTAVA PARTE

Tyen

Una chispa apareció y se alargó, curvándose hasta formar un círculo. En el centro brotaron rayos de luz que se extendieron hasta el borde exterior.

La señal había cambiado conforme se desplazaba por los mundos. Ya no semejaba una rueda rota, sino una entera. No tenía importancia. A menos que existiera un mundo donde símbolos gigantes resplandecieran en el cielo con regularidad, en todas partes quedaría claro que se trataba de una señal. Quienes estaban avisados de que debían esperar una comprendieron su significado.

Cerca del horizonte, un brillo parpadeante llamó su atención. Aguzó la vista. Otro símbolo en forma de rueda había aparecido. Tyen sacudió la cabeza, maravillado. Él no los había creado. No le había hecho falta. Baluka había supuesto que Tyen viajaría más deprisa que la llamada al combate, pero al cabo de unas horas, esta se le había adelantado, propagándose conforme los hechiceros que veían la señal se trasladaban furtivamente a los mundos vecinos, exponiéndose a un riesgo considerable, para difundir el mensaje.

Allí donde se avistaba la señal, esta se reproducía, una y otra vez, a lo largo y ancho de cada mundo, para que todos sus habitantes supieran que había llegado el momento de unirse para luchar. Hechiceros de todos los mundos intentaban localizar también el ejército rebelde. No se había elegido un lugar de encuentro hasta ese mismo día. Una vez lanzada la señal, Tyen, Volk, Hapre y Frell habían partido para dejar instrucciones en diversos lugares a personas a las que los rebeldes podían acudir en busca de información. Dicha información se propagaba también más deprisa de lo que Tyen era capaz de viajar.

Era una misión peligrosa para los generales, aunque, en realidad, todos los rebeldes estaban jugándose la vida ese día. Sin duda los aliados habían visto la señal también y habían salido a la caza de rebeldes, con el objetivo de matar la mayor cantidad posible de ellos.

Pero los aliados estaban en inferioridad numérica, y si la caza los llevaba hacia el exterior, quedarían dispersos y lejos unos de otros, y sus filas se dividirían en grupos cada vez más pequeños. Los rebeldes que conseguían evitar ser vistos partían con ventaja para llegar al punto de encuentro antes de que los aliados descubrieran su ubicación y comenzaran a organizarse. Con un poco de suerte, cuando esto ocurriera ya se habría reunido un ejército lo bastante numeroso para rechazar su ataque.

Y, con un poco más de suerte, dicho ejército llegaría a ser lo bastante grande para enfrentarse tanto a los aliados como al Raen.

Nadie podía saber cuántos hechiceros responderían a la llamada y acudirían al

lugar de encuentro. La única forma de averiguar si el plan de Baluka daría resultado era ponerlo en práctica.

Tyen se impulsó para apartarse del mundo. «¿Cuánto tiempo me queda, Vella?».

—Más que suficiente para regresar al punto de reunión si no tienes que lidiar con un perseguidor o alguien que intente detenerte.

A aquellas alturas del plan, era probable que alguien lo persiguiera. Había permanecido en otros mundos el máximo de tiempo posible, consciente de que había prometido abrirle su mente a Baluka el día de la batalla. Cuanto más tiempo estuviera fuera, más se retrasaría ese momento.

Siguió adelante, acelerando al pasar por cada mundo hasta que estos se sucedían en una vorágine, y luego aminoró la marcha para recuperar el aliento antes de proseguir. No mucho más adelante, detectó a otro viajero en el espacio intermedio. La sombra continuaba allí un mundo más allá, y en el siguiente. Incrementó la velocidad, y pronto dejó de percibirla por completo. Como precaución, cambió de rumbo, dio una vuelta entera y retrocedió a lo largo de varios mundos antes de detenerse a escrutar el espacio intermedio en busca de sombras. No quedaba ni una. Más tranquilo por haber dejado atrás a su perseguidor, reanudó su trayecto hacia el lugar de reunión.

A varios mundos de distancia de su destino, le resultó evidente que estaba ocurriendo algo fuera de lo normal. Los caminos se multiplicaban, todos ellos recién creados o transitados. Detectó otros que se cruzaban con los que estaba recorriendo. Percibió la presencia de otros viajeros que avanzaban todos en la misma dirección, aunque desviaron su curso en cuanto lo avistaron.

Cuando solo le faltaba atravesar un puñado de mundos para llegar al punto de encuentro, advirtió que el espacio intermedio estaba plagado de caminos. En los alrededores del mundo de destino no había más que caminos, como en un campo pisoteado.

Tyen vislumbró a algunos viajeros en la blancura, pero como no se le acercaron, hizo caso omiso de ellos. Apareció una llanura blanquecina y cubierta de hierba, pero él no se materializó por completo en ella. Se deslizó hasta encontrar una de las rutas creadas por él y los otros generales, que convergían todas en aquel pequeño mundo y conducían al lugar de reunión. El paisaje desfilaba a toda velocidad ante sus ojos, evolucionando y cambiando. Pasó como un rayo a través de montañas y por encima de valles. Sobrevoló océanos y desiertos.

Entonces, poco después de que apareciera una planicie seca y anodina que le resultaba familiar, divisó un accidente geográfico que no había visto antes. Llano y de forma más o menos circular, parecía un lago multicolor, con la superficie rizada por el viento. Su camino lo conducía directo hacia allí. Conforme los detalles cobraban nitidez, Tyen distinguió las figuras y movimientos de muchas muchas personas.

Justo antes de llegar, se deslizó hacia arriba para contemplar la escena desde lo alto.

Se llenó de asombro. Tenía a sus pies una multitud enorme. Jamás había visto una muchedumbre comparable. «¡Cuánta gente! Son muchos más que los mil de Baluka —supuso. Pensó en el tamaño de la sala del palacio del Raen. Calcular las dimensiones de una estancia a partir de los recuerdos de otra persona no era fácil, pero una cosa estaba clara: los rebeldes tenían un problema—. ¿Cómo cabremos todos?».

Esto lo animó. Quizá Baluka tendría que suspender el ataque. Tyen lo buscó y no tardó mucho en localizarlo. El líder rebelde estaba sobre una roca medio enterrada en el centro del gentío, flanqueado por Frell y Hapre. Había muchos símbolos de la rueda rota pintados por toda la superficie de la peña. Tyen se preguntó a quién se le había ocurrido llevar pintura consigo.

Cuando lo vieron mientras descendía hacia la roca, el alivio suavizó sus expresiones. Pero en cuanto emergió al mundo, intercambiaron miradas sombrías y consternadas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él, aunque ya había leído en sus mentes la causa de su preocupación.

—Volk ha desaparecido —dijo Baluka.

—Seguramente ha muerto —añadió Hapre.

—Los últimos grupos en llegar se han topado con un hechicero que les ha dicho que Volk le había asegurado que el lugar de reunión estaba en el mercado de Worweau —explicó Frell—. No han podido convencerlo de lo contrario.

A Tyen se le cayó el alma a los pies.

—¿Uno de los aliados se está haciendo pasar por él? Eso no significa que esté muerto. Tal vez los aliados han capturado a otro rebelde que recibió instrucciones de Volk.

Hapre frunció el ceño.

—Pero ¿cómo podía saber ese hechicero el nombre de Volk? No revelamos nuestro nombre a nadie. Tienen que haber encontrado al propio Volk.

—Quizá solo lo han espiado y le han leído la mente.

—Si uno de ellos ha conseguido leerle la mente, es porque eran más fuertes que él. ¿Por qué han dejado que siguiera difundiendo el mensaje en vez de matarlo?

—Después de eso no ha llegado un solo rebelde enviado por Volk —añadió Frell. Miró a Baluka—. Si seguimos esperándolo, estaremos dándoles más tiempo para coordinar una ofensiva.

Tyen tendió la vista hacia la multitud.

—Pero no necesitamos esperar. Ya tienes a tu millar, Baluka, ¡duplicado, por lo menos!

Baluka asintió.

—Sí, lo hemos conseguido. —Sonrió—. ¿Cómo podemos perder, Tyen? ¿Cómo podemos perder?

—Se me ocurren unas cuantas maneras —declaró Frell—. Los grandes ejércitos

tienen sus puntos débiles. La comunicación, por ejemplo. ¿Cómo transmitiremos nuestras órdenes a tanta gente, tanto aquí como durante la batalla?

—Volk me enseñó un método para aumentar el volumen de mi voz —contestó Baluka.

—Quizá eso no sirva para comunicar información más compleja, como el trayecto hacia el mundo del Raen.

Baluka se encogió de hombros.

—Los llevaremos hasta allí nosotros mismos.

Hapre lo miró con incredulidad.

—¿Quieres transportar a todas estas personas a la vez?

—Requiere el mismo esfuerzo trasladar a miles que a una sola —le recordó Baluka—. El Raen ha transportado naciones enteras entre mundos. Puede hacerse..., y ni siquiera es necesario ser muy poderoso... —Su atención se desvió—. ¿Qué sucede?

Un hombre había aparecido al borde de la peña. Cuando Baluka se apartó para hablar con él, Hapre se fijó en la masa humana.

—Trasladar a toda esa gente... da la sensación de que debería ser imposible.

—Hay una noticia buena y una mala —dijo Baluka cuando volvió junto a ellos—. Los rebeldes a quienes han engañado para que fueran al mercado de Worweau están siendo atacados por varios aliados. Los que han conseguido huir dicen que cientos de rebeldes habían estado esperando allí. La buena noticia es que el Raen no figura entre los atacantes. —Los ojos le brillaron de emoción—. Deberíamos intentar aprovechar que los aliados estén ocupados. Tienes razón, Hapre. Volk ya habría regresado aquí si hubiera podido. No podemos seguir aplazando el momento.

Todos guardaron silencio mientras intercambiaban miradas de desánimo y preocupación. Tyen se aclaró la garganta.

—Hay otro problema. —Los tres se volvieron hacia él—. Por lo que he visto en la mente de los que han estado allí, el palacio del Raen se encuentra bajo tierra. El lugar de llegada es una sala muy amplia, pero no lo bastante para todos los que estamos aquí.

Cuando Hapre y Frell comprendieron lo que esto implicaba, el abatimiento se reflejó en sus rostros. En cambio, Baluka era todo sonrisas.

—Ah, qué ingenioso —dijo—. Muy muy ingenioso. De ese modo, nunca pueden juntarse en una sala tantos hechiceros que representen una amenaza para él.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó Frell—. ¿Nos quedamos aquí y aguardamos a que los aliados ataquen? Quizá seamos lo bastante fuertes para enfrentarnos al Raen y también a sus aliados.

Baluka sacudió la cabeza.

—Perderíamos nuestra ventaja, suponiendo que el Raen esté todavía en su mundo. No, debemos pensar una manera de solventar esto.

—Podríamos llegar, atacar y luego marcharnos por turnos —sugirió Hapre.

Frell negó con un gesto.

—Haría falta una coordinación muy precisa, y nos llevaría mucho tiempo prepararla y entrenarnos para ello. Además, no sabemos hasta qué punto son peligrosos los seis mundos inhabitados por los que hay que pasar para llegar al del Raen.

—Si solo un pequeño grupo puede hacerle frente, más vale que todos sus integrantes sean los más poderosos —argumentó Hapre—. Los demás pueden absorber magia y transferirla a esos guerreros.

—¿Y si recurrimos a un ardid para que él salga del palacio? —propuso Frell.

—Eso le devolvería el control de la situación. —Baluka sacudió la cabeza, con la mente acelerada. Dirigió la mirada hacia el gentío, entornando los párpados. ¿Cuántos de ellos eran hechiceros fuertes? En realidad el término «fuerte» solo describía el alcance de un mago. Incluso uno débil podía acumular mucha energía si se encontraba en un mundo tan rico en magia que él estuviera rodeado de ella.

«Hay una enorme cantidad de magia aquí mismo, almacenada en todas estas personas. Un momento... ¡Claro!».

—Solo necesitamos unos pocos centenares de guerreros —aseveró Baluka— y que los demás les cedan la magia que guardan en su interior.

—Organizar eso nos llevaría un tiempo —le advirtió Hapre.

—A menos que pidamos a todos que liberen al mismo tiempo la magia de la que disponen, y los guerreros la absorban de inmediato.

Tyen apartó la vista para ocultar su desaliento. Era una solución brillante. De ese modo, sufrirían menos bajas si fracasaban. Baluka no tenía ni idea de si los guerreros podían apoderarse de toda la magia liberada lo bastante rápido, pues esta se expandiría enseguida en cuanto la soltaran, pero seguramente conseguirían recoger gran parte de ella.

«Tiene razón: ¿cómo podemos perder? —Su estado de ánimo se elevó y acto seguido se hundió—. ¿Y si no perdemos? ¿Y si los rebeldes matan al Raen?».

Toda la información que había recolectado desde que le había cedido el liderazgo de la rebelión a Baluka había formado una imagen del Raen y sus amigos que no encajaba del todo con lo que los rebeldes creían. Gran número de los agravios que achacaban al Soberano de los Mundos los habían causado en realidad los aliados o los no-hechiceros que tenían acuerdos con él. Sin embargo, eso no lo eximía de toda culpa. El Raen había estado dispuesto a cerrar esos acuerdos. No había impedido que los aliados abusaran de su poder. Él mismo había capitaneado tropas en tiempos de guerra.

Pero cuando Tyen investigaba el origen de alguna atrocidad concreta, a menudo descubría actos realizados en un principio con buenas intenciones y por el bien de otros. Algunas eran medidas severas que habían dado resultados positivos. Y aunque se habían producido muchos sucesos terribles a lo largo del reinado del Raen, habían acaecido muchos más en los últimos veinte ciclos, durante su ausencia.

Conforme Tyen descubría más disposiciones originariamente benévolas, había empezado a vislumbrar una pauta general. Recordó lo que el Raen le había dicho cuando le había pedido que espicara a los rebeldes: «No comprenden que mis leyes evitan que las discordias en los mundos degeneren en conflictos a gran escala».

Leyes y acuerdos. Unas veces, la alternativa menos mala. Y otras, la única. A Tyen le costaba imaginar que alguien tan poderoso como el Raen pudiera ver reducidas sus opciones a una sola alguna vez, y eso que el propio Tyen poseía una fuerza considerable. ¿Cuánto más difícil le resultaría a un hechicero más débil comprender que una mayor cantidad de magia no resolvería todos los problemas?

No creía que el Raen mereciera morir, pero sabía que nunca podría convencer de ello a los rebeldes. Sin embargo, no era eso lo que más le preocupaba al contemplar a los miles de personas que rodeaban a Baluka. Ni siquiera era el hecho de que, si el Raen salía derrotado, no quedaría nadie capaz de descubrir un remedio para Vella.

Era el destino que correrían los mundos cuando ya no estuvieran bajo el control del Raen.

«El Raen habría puesto fin a todo esto si hubiera existido el menor riesgo de que perdiera —se recordó a sí mismo. Se había reunido con el Soberano de los Mundos unos días antes. Este sabía lo que se avecinaba—. Tiene un plan. O sabe que es más fuerte. Después de mil ciclos y muchas otras revueltas, no subestimaré el ejército de Baluka».

El líder rebelde se enderezó.

—Hablad con los rebeldes más cercanos a vosotros. Decidles que corran la voz de que queremos que tanto los hechiceros fuertes como los que están entrenados para el combate se unan a nosotros aquí. Leedles la mente a quienes acudan y seleccionad a los mejores. Dividiremos la multitud en tantos grupos como guerreros haya mientras les explicamos el plan. Cada guerrero elegirá un grupo y les dará a sus integrantes las siguientes instrucciones: que, a mi señal, liberen toda su magia para que los guerreros la absorban.

—Eso hará que todos se queden atrapados aquí sin magia para defenderse —objetó Frell.

—Que una persona de cada grupo conserve energía suficiente para transportar a los demás al mundo siguiente —sugirió Hapre—. Una vez allí, habrá magia disponible para que todos prosigan su viaje.

—Y que regresen a casa, lo que confundirá a cualquier aliado que los vea y lo distraerán mientras los demás nos dirigimos al mundo del Raen. —Baluka los miró uno a uno, con las cejas ligeramente arqueadas—. ¿Algún otro problema que debamos solucionar? —Como nadie respondió, él asintió—. En marcha, y rápido.

Los generales descendieron levitando de la peña y echaron a andar en tres direcciones distintas. Poco después, hombres y mujeres empezaron a separarse de la muchedumbre en respuesta a su llamamiento. No era tanto una cuestión de compararlos y seleccionarlos en función de sus habilidades militares, como de

descartar a quienes no tuvieran fuerza suficiente o experiencia en batalla. Cuando dejaron de presentarse voluntarios, contaban con un grupo de trescientos.

Mientras los generales explicaban el plan, las tropas fueron separadas en grupos más pequeños y se le indicó a cada uno la función que debía desempeñar. Tyen leyó decepción en la mente de muchos que habían soñado con la satisfacción y la fama que les reportaría presenciar la derrota del Raen. Otros se sentían aliviados y contentos por haber colaborado sin necesidad de arriesgar su vida luchando.

Tyen fue el primer general que regresó junto a Baluka.

—Tyen —dijo este sin apartar los ojos de la multitud—. ¿Cuándo estarán listos para partir?

Tyen proyectó los sentidos y saltó de una mente a otra, captando sensaciones de expectación, miedo, alivio y desilusión.

—Falta muy poco —contestó—. A Frell le queda un par de grupos por organizar. Hapre se está encargando del único grupo que no ha recibido las instrucciones correctas.

—Bien. He de confesar que había supuesto que encontrarías una buena excusa para no quedarte a solas conmigo, y sin embargo, aquí estás. —Baluka lanzó una mirada a Tyen—. No he olvidado tu promesa.

Un escalofrío le bajó a Tyen por la espalda.

—Yo tampoco.

—Pero ahora que estás aquí, me doy cuenta de que no sería justo pedirte que abrieras tu mente delante de tanta gente.

Tyen bajó la vista hacia los guerreros que aguardaban órdenes y se encogió de hombros.

—Una promesa es una promesa. Te corresponde a ti decidir si vale la pena correr el riesgo.

Observó a Baluka mientras cavilaba. El líder rebelde estaba ansioso por conocer el gran secreto de Tyen, pero no ignoraba que la información podía ser peligrosa si caía en malas manos, y era muy consciente de su propia incapacidad para ocultar sus pensamientos. Suspiró.

—Solo necesito saber una cosa: si el Raen te lee la mente durante la batalla, ¿perderemos?

—No.

Baluka asintió, aunque en su interior bullía de insatisfacción. Tyen sabía que tendría que ofrecerle algo más. Algo con lo que Baluka pudiera sentirse identificado. Mientras pensaba qué decir, se percató de que también podía asegurarse de que, durante la batalla, Baluka no sintiera la tentación de sacrificarlo todo en un ataque desesperado. Respiró hondo.

—Pero si se apodera de Vella, sabrá todo lo que yo sé.

—Ah. —La mirada del líder rebelde se ensombreció—. ¿Está escondida en un lugar seguro, esa mujer?

—Sí y no. —Tyen resistió el impulso de bajar la vista hacia su camisa—. La llevo conmigo. Ella es el libro.

—¿«Ella es el libro»? —repitió Baluka, sin entender.

—El predecesor del Raen la convirtió en libro. Tiene la capacidad de asimilar todos los conocimientos que posee quien la toca.

A Baluka se le desorbitaron los ojos.

—¿Todos los conocimientos? O sea, ¿que podrías utilizarla para descubrir los secretos de cualquiera?

«Todos menos los del Raen, aunque no puedo revelar por qué lo sé».

—Pero solo si esa persona la toca. Y ella solo puede responder cuando alguien la está tocando.

Cuando Baluka comprendió las implicaciones de esto, movió la cabeza afirmativamente.

—Entiendo. Es un instrumento poderoso con un fallo significativo. —Se quedó callado por un momento, con el ceño fruncido—. Pero no es así como tú la ves, ¿verdad? La consideras una mujer.

—Es una persona. No una persona de carne y hueso, pero tiene una identidad y... mantiene conversaciones de verdad.

—Una persona que lo sabe todo sobre ti y te entiende mejor que nadie. —Baluka sacudió la cabeza—. Ninguna mujer común y corriente, quizá ni siquiera una amistad, podría competir con eso. Ten cuidado, Tyen, o se convertirá en la única compañera que podrás tolerar el resto de tu vida.

Tyen contempló al líder rebelde, perplejo. La advertencia de Baluka le tocó una fibra muy profunda. Abrió la boca para negar que Vella, que carecía de cuerpo y reconocía no experimentar emociones normales, pudiera impedirle establecer relaciones con mujeres vivas e intactas. ¿Acaso Yira no había sido su amante y luego su amiga?

«Pero yo no quería a Yira, al menos en un sentido romántico. De todos modos, ella no habría correspondido a mi amor». Por otro lado, él nunca se había percatado del interés de Sezee por él, ni había visto siquiera el potencial que ofrecía, cosa que había lamentado más tarde. No había buscado ese tipo de relación, a pesar de que antes la había anhelado.

No le había hecho falta.

Una sombra se aproximó velozmente, se detuvo y se tornó más definida hasta convertirse en Hapre. Volvió la vista hacia Frell, que la había seguido de cerca.

—He pasado revista —les informó—. Todos están listos.

Baluka asintió.

—Les dirijo unas palabras y nos vamos. Utilizaré el truco de Volk para amplificar mi voz, pero el inconveniente es que vosotros tres tendréis que apartaros o protegeros los oídos.

—Deberías tener el escenario para ti solo de todos modos —decidió Hapre, y

aprovechó la oportunidad para huir.

Tyen y Frell descendieron tras ella hasta el arenoso suelo. Baluka esperó a que todos los ojos estuvieran puestos en él y alzó la mirada hacia la multitud.

—Durante más de mil ciclos, nos ha gobernado un hombre. —La voz de Baluka atronó por encima del rumor del gentío—. ¿Por qué? —preguntó—. No porque sea el más sabio. Ni el más bondadoso. Ni siquiera porque sea el más inteligente. No. Solo porque es el más poderoso.

Al observar a los rebeldes que tenía más cerca, Tyen vio gestos torcidos y rostros crispados. Percibió su ira y su conformidad con lo que oían. Sabía que Baluka no creía que el Raen fuera un necio. Sin embargo, al insinuar que lo era complacía a los rebeldes. Les envalentonaba pensar que, en conjunto, ellos eran más inteligentes.

—No mantiene su dominio solo por la fuerza —continuó Baluka—, sino también gracias a la corrupción. A sus acuerdos con los codiciosos y sus tratos con los despiadados. Con la ayuda de los aliados, el Raen mantiene el control sobre todos los mundos. Sobre vosotros.

Al rozar muchas mentes con los sentidos, Tyen notó que el ánimo de la muchedumbre se ensombrecía. Cuando se fijó en algunos de ellos en particular, vio que culpaban a uno o más aliados de las injusticias que habían sufrido o presenciado. Se preguntó, no por primera vez, si habría acabado por unirse a la rebelión de todos modos, aunque no se hubiera topado con el Raen ni hubiera cerrado un trato con él.

Baluka adoptó un tono más contundente, aunque el volumen de su voz no cambió.

—Puede que sea el hechicero más poderoso de los mundos, pero no es la fuerza más poderosa. Sois vosotros, amigos míos. —Extendió el brazo y dio un giro completo—. Toda persona dispuesta a alzarse en favor de lo que considera correcto. Todo guerrero que lucha por la libertad. Todo hechicero que simplemente defiende su derecho a existir. Cada uno de los que os rebeláis contra sus leyes. Cada uno de los que exigís justicia. Cada uno de los que decís «¡basta!». —Baluka gritó esta última palabra—. ¡Ha gobernado durante mil ciclos! ¡Es más que suficiente! ¡Ha llegado la hora de que los mundos se liberen de la tiranía del Raen y se gobiernen a sí mismos!

La muchedumbre prorrumpió en exclamaciones de entusiasmo que retumbaron en el aire. Tyen se estremeció, en parte emocionado y en parte horrorizado ante aquella oleada colectiva de furia y rebeldía. Asintiendo, Baluka aguardó a que se hiciera el silencio de nuevo.

—Juntos —prosiguió—. Juntos somos tan poderosos como el Raen; no, somos más poderosos. Tenemos algo que él no tiene: la fuerza que nos confiere el compartir un mismo objetivo. Tenemos la certeza de que luchamos por el bien de todos los mundos. Había previsto deciros que incluso si fracasamos hoy, nos uniremos de

nuevo y combatiremos hasta que el cambio que se nos debe se produzca. Pero ahora que estamos aquí, ya no creo que haga falta. —Extendió los brazos y los abrió de par en par—. Siendo tantos..., ¿cómo podemos perder?

Las últimas palabras quedaron ahogadas cuando el gentío estalló en un rugido que hizo vibrar el pecho de Tyen. Oyó gritos, silbidos, gorjeos, e incluso aullidos y ladridos. Los rebeldes expresaban su euforia con toda clase de gestos, desde dignas inclinaciones de cabeza hasta saltos frenéticos. Frell lanzaba puñetazos al aire por encima de su cabeza, con la boca abierta en un alarido apenas audible. Hapre le sonreía a Baluka con aprobación, batiendo las palmas en un aplauso que solo ella alcanzaba a oír.

«Y yo ¿qué hago? Nada. —Se percató de que estaba encorvado, así que se obligó a ponerse derecho. Apretó los labios en lo que esperaba que pareciera una sonrisa de determinación—. Que piensen que yo soy el que mantiene la cabeza fría aquí».

Baluka alzó los brazos y acalló a la multitud.

—No nos entretendremos más. Tanto si os unís a nosotros en la batalla como si regresáis a vuestros hogares, os doy las gracias y espero que todos celebréis pronto nuestra victoria. Tened cuidado y manteneos a salvo. —Baluka hizo una pausa, girando en redondo de nuevo y contemplando a toda la gente que lo miraba y escuchaba—. Por favor, guardad silencio. Formad vuestros grupos. Preparaos para mi señal.

Las tropas ocuparon sus puestos tan deprisa que Tyen percibió sorpresa en unas cuantas mentes escépticas. Todos eran muy conscientes de que el Raen y sus aliados podían localizar su ejército en cualquier momento. Cuanto antes estuvieran listos, mejor. Poco después, el gran círculo de hechiceros se había fragmentado en varios más pequeños. Baluka levantó la mano y un haz luminoso brotó de ella hacia el cielo.

—Liberad vuestra magia ¡AHORA!

Desde la base de la peña, Tyen no tenía un buen ángulo de visión, así que se concentró en la magia cercana. Columnas de energía se elevaban y expandían rápidamente, fusionándose y fluyendo hacia fuera, hasta que de pronto se inmovilizaron y comenzaron a retroceder, atraídas de nuevo hacia la multitud. Solo una pequeña parte escapó. La primera parte de la solución de Baluka había salido bien.

El líder rebelde giraba sin cesar, recorriendo con la mirada un gentío que Tyen no alcanzaba a ver en su mayor parte. Asintió.

—Ya está —anunció—. Ahora, quienes os habéis ofrecido voluntarios para transportar a otros, llevad a vuestro grupo a un mundo que no sea pobre en magia. Guerreros, acercaos.

Como si se dispusieran a iniciar un baile, los rebeldes se apiñaron en círculos, tomados de la mano, pero en vez de ejecutar cabriolas y evoluciones, empezaron a desaparecer. Unas pocas respiraciones más tarde, solo quedaban unos cuantos hombres y mujeres dispersos. Estos se dirigieron a toda prisa hacia la peña. Tyen se

volvió al notar que alguien le tocaba el brazo y vio a Frell a su lado. No muy lejos, Hapre extendía la mano hacia la muñeca que le ofrecía Frell. Baluka bajó deslizándose para unirse a ellos.

—Quiero viajar yo primero, solo hasta el sexto mundo —les dijo—. Para asegurarme de que el camino esté despejado.

—¿Tú solo? Sería una locura —objetó Hapre—. ¿Cómo nos enteraremos si te pasa algo?

—Tyen me acompañará —la interrumpió Baluka—. Si no regresamos, transportad a los demás a un lugar seguro.

Frell le soltó el brazo a Tyen, con el ceño fruncido.

—Eso no les gustará. Están decididos a luchar.

Baluka se encogió de hombros.

—Tendréis que convencerlos. Ahora, vosotros dos los llevaréis al punto de encuentro convenido. Tyen y yo nos adelantaremos. Si todo sale bien, estaremos allí esperándoos cuando lleguéis, o bien nos reuniremos con vosotros un poco más tarde. ¿Ha quedado todo claro? —Los dos generales asintieron—. Entonces, pongámonos en marcha. —Se volvió hacia Tyen y le tendió la mano—. Llévanos allí tan rápido como puedas. —Inspiró profundamente.

Acto seguido, Tyen le agarró la mano al líder rebelde y se dio impulso para abandonar el mundo.

Contrariamente a lo que muchos creían, el mundo del Raen no se hallaba en el centro de los mundos conocidos. A Tyen le había hecho gracia descubrir que no estaba lejos del mercado de Worweau. Los rebeldes habían establecido su primera base secreta delante de las narices del Raen, y nunca se habían dado cuenta. Seguramente él lo sabía desde el principio.

Tenía sentido que quien se estaba haciendo pasar por Volk hubiera enviado a los rebeldes al mercado. Los aliados no habían tenido que realizar un largo trayecto desde el mundo del Raen para ocuparse de ellos. El auténtico lugar de reunión de los rebeldes estaba más lejos, a más de treinta mundos del hogar del Raen por la ruta más directa y segura.

Tyen aceleró hasta que los mundos pasaban como una exhalación. No hizo el menor esfuerzo por ocultar su rastro. Si querían explorar el camino que conducía al mundo del Raen y llegar al siguiente punto de encuentro antes que los generales y los guerreros, no tenían un segundo que perder.

No se toparon con aliados ni con otros viajeros. La ruta no tan secreta hacia el mundo del Raen arrancaba de un mundo repleto de ciudades en ruinas y campos abandonados mucho tiempo atrás y cubiertos de polvo. Había captado imágenes de un paisaje árido en la mente de Javox y Resca, así que se llevó una sorpresa cuando llegaron a una selva exuberante.

Se materializaron en lo alto del tronco de un enorme árbol caído. Ambos empezaron a respirar a grandes bocanadas, primero sentados y luego tumbados sobre

la lisa superficie mientras se recuperaban. Al cabo de un rato, Baluka volvió la cara hacia Tyen.

—Supongo que tu dichoso libro no sabrá cómo evitar asfixiarse entre mundos, ¿verdad?

Tyen asintió.

—Tiene algo que ver con la inmarcesibilidad.

Baluka pestañeó y levantó la cabeza.

—¿Contiene el secreto de la inmarcesibilidad?

Tyen titubeó y de inmediato se percató del error que había cometido. Notó una sensación fría y desasosegante en el estómago. Daba igual lo que Baluka averiguara en aquellos momentos. Lo más seguro era que un par de horas después estuviera muerto.

Tyen exhaló un suspiro.

—Así es.

Baluka se incorporó.

—¿Y tú has...?

—No.

—¿Por qué narices no?

Tyen suspiró de nuevo y se apoyó en los brazos para enderezar la parte superior del cuerpo.

—Tiene un precio. Y aprender a hacerlo puede llevar muchos ciclos. Además, aunque estuviera dispuesto a pagar ese precio, no se me ha presentado la oportunidad de intentarlo últimamente.

El líder rebelde hizo una mueca.

—No, supongo que no. Y ya entiendo por qué no puedes hablar a nadie de ese libro. Imagínate que todos los que se unieran a nuestra causa adquirieran ese conocimiento a través de ti. Estarían demasiado ocupados intentando alcanzar la inmarcesibilidad para perder el tiempo combatiendo al Raen.

Tyen sacudió la cabeza.

—La mayoría no lo conseguiría. Hace falta ser especialmente fuerte.

Baluka asintió.

—Eso me habían enseñado. Aun así, algunos lo intentarían. —Se puso de pie y le tendió la mano—. Bueno, los riesgos se multiplican con cada momento que pasa. Comprobemos si la información con que contamos es correcta. Necesitaremos mucha magia, así que aprovisionate bien. Es probable que los mundos por los que tendremos que pasar para llegar hasta allí estén muertos.

Tyen tomó la mano de Baluka, que lo ayudó a levantarse, y absorbió un poco más de magia.

—Será suficiente, espero. No quiero llevarme tanta como para que alguien que visite este mundo con regularidad note su falta.

Baluka sacudió la cabeza.

—Cada vez que pienso que me he formado una idea de lo fuerte que eres, Tyen, vas y dices cosas como esa. Como líder rebelde, me provoca cierta inseguridad.

—Pero, en el fondo, eso no es lo que importa.

Baluka sonrió.

—Yo me encargo de la primera etapa del viaje.

Ambos respiraron hondo. La vegetación se desvaneció a medida que Baluka los impulsaba hacia el espacio intermedio. Tyen repasó mentalmente las instrucciones de Resca: «Agua, fuego, tierra, aire, luz y oscuridad». Pero primero debían encontrar el lugar de ese mundo donde arrancaba el camino.

Se deslizaron a toda velocidad sobre el terreno, por encima de incontables muros derruidos y carreteras abandonadas. Se detuvieron en cuatro ocasiones para respirar. El aire era cada vez más seco, y la vegetación más escasa. Llegaron por fin a un paisaje tan yermo y polvoriento como el que recordaba Resca. Una línea vertical cortaba el horizonte. Baluka se dirigió hacia allí como una flecha. En efecto, era la torre que aparecía en el recuerdo de Resca. Ascendieron hasta la parte más alta y emergieron al mundo.

Ambos aspiraron grandes bocanadas, primero para satisfacer su necesidad de aire, luego con el fin de prepararse para el viaje. Estaban tensos, pues ambos sabían que los aliados del Raen pasaban por ese lugar cuando iban o venían de su mundo. Tampoco sería raro que se toparan con alguno en el camino. Tyen advirtió que Baluka estaba asustado. Él mismo tenía el corazón desbocado de miedo y expectación, aunque no tenía el estómago revuelto por los nervios, como el líder rebelde. «Yo abrigo la esperanza, aunque no muy firme, de que mi pacto con el Raen me proteja». Sin embargo, aunque Baluka sabía que podía estar a punto de morir, su determinación no flaqueó. Incluyó la cabeza en dirección a Tyen.

—Vamos allá.

El mundo de las ruinas se esfumó. Avanzaron deprisa; era casi como si por el camino transitado fluyera una corriente que los arrastraba. Tal como esperaba Tyen, una superficie de agua que se extendía de un horizonte a otro empezó a aparecer. El cielo era una masa turbulenta de nubes, iluminado casi en todo momento por relámpagos. Abajo, el agua se combaba y hundía en olas gigantescas; una de ellas se elevó hasta envolverlos en la oscuridad antes de abatirse. Tyen se dispuso a inmovilizar el aire que los rodeaba, para resistir tanto la gravedad como el agua.

No tuvo oportunidad. Notó el aire frío en la cara, pero la sensación cesó de golpe. Baluka no iba a parar para respirar hasta que no le quedara más remedio.

A continuación, una neblina vetada de un líquido rojo candente apareció por debajo de ellos. Un calor abrasador los asaltó por un breve instante, pero enseguida se encontraron de nuevo a salvo, adentrándose en la blancura.

Los recibió un cielo pálido de aspecto quebradizo sobre un terreno llano y gris. El aire era tan gélido que le quemó los pulmones a Tyen, por lo que se apresuró a caldear el que los rodeaba. «Tiene un clima benigno pero carece de vida». El

concepto de benignidad de Resca no era un buen augurio para el resto del viaje.

Cuando cambió su peso de un pie a otro, sus zapatos resbalaron y él perdió el equilibrio por un momento. Al bajar la vista, se percató de que estaba de pie sobre el hielo. Era como una capa de vidrio de un grosor imposible y una superficie prácticamente impecable. Columnas de burbujas congeladas descendían hasta profundidades que sus ojos no alcanzaban a vislumbrar.

Le resultaba tan desconcertante que sintió alivio cuando Baluka inclinó la cabeza en señal de que estaba listo para proseguir el viaje.

«... el aire del cuarto es venenoso», les había advertido Resca. Aunque Tyen había imaginado un lugar desolado, el mundo al que llegaron era una ciénaga burbujeante recubierta de plantas bajas. Baluka y él habían acordado dar por sentado que el aire sería tóxico no solo para respirar, sino también para la piel. Al llegar, ambos inmovilizaron por completo el aire que los envolvía, y Baluka los transportó de inmediato al espacio intermedio.

Su siguiente destino era el mundo de luz. Habían discutido mucho la estrategia que debían seguir para sobrevivir allí. Era posible que la luminosidad no solo les impidiera saber el momento de su llegada, sino que también los cegara. Podían materializarse con los ojos cerrados y suponer que el camino no los depositaría en el interior de algún objeto, pero tenían que asegurarse de que un grupo más numeroso también podía llegar allí sin sufrir percances.

Baluka había decidido que él mantendría los ojos abiertos y Tyen cerraría los suyos, lo que le facilitaría mucho percibir el momento en que llegaran.

—Puedes abrirlos —dijo Baluka. Su voz no producía eco y sonaba curiosamente apagada. El aire era cálido, pero no agobiante—. Qué lugar tan extraño.

Cuando Tyen abrió los ojos, le sorprendió descubrir que, en efecto, no veía nada más que luz. Incluso el suelo bajo sus pies le resultaba invisible. Se agachó para tocarlo, y sus dedos palparon una gruesa capa de un polvo blanco tan fino que no lo sentía.

—He empujado hacia fuera el aire que nos rodea y no he encontrado resistencia. Tampoco hay agujeros en los que podamos caernos —murmuró Baluka—. Me parece que hay espacio suficiente. —Apretó el brazo de Tyen con más fuerza—. El último: el mundo oscuro.

—El del terreno traicionero —le recordó Tyen.

Cuando entraron en el espacio intermedio, se dio cuenta porque la claridad ya no le lastimaba la vista. El brillo continuó atenuándose, como si alguien estuviera cerrando poco a poco la portezuela de una lámpara. Incluso cuando ya no quedaba una brizna de luz, la negrura parecía intensificarse.

Entonces Tyen notó el frescor del aire en la piel. Sus pies descansaban sobre un suelo firme que se mantuvo así, aunque él estaba preparado para estabilizarlo en caso necesario. Oía su propia respiración y, muy cerca, la de Baluka, agitada y superficial. Oía incluso los latidos de su corazón.

No se percibía ningún otro sonido.

—Casi me da miedo crear una luz —reconoció Baluka con un susurro.

—Hazlo —lo animó Tyen—. Tenemos que saber.

Una pequeña chispa apareció. Iluminó el suelo negro, liso y opaco bajo sus pies. Cuando la luz brilló con más fuerza, reveló que se encontraban en una hondonada plana y circular, lo bastante ancha para cuatro o cinco personas, y un palmo por debajo del resto del suelo.

A partir de allí, el terreno parecía liso en todas direcciones. Cuando la luz de Baluka se hizo más intensa, desveló que la superficie negra y opaca se extendía hasta el infinito. La luz no penetraba en la oscuridad que se cernía sobre sus cabezas. No había manera de saber si tenían encima un techo o el cielo.

—Tyen —dijo Baluka en un tono de advertencia y con un ligero matiz de histeria que Tyen nunca había oído antes—. Nos hundimos.

A Tyen le dio un vuelco el corazón. Bajó la mirada. En efecto, el círculo plano bajo sus pies estaba descendiendo. El borde curvo de la hondonada se había abombado y amenazaba con reventar sobre ellos.

—Es un líquido —dijo Baluka—. Una especie de océano tan espeso que... tenemos que largarnos de aquí. —Aunque ya sujetaba a Tyen con una mano, le aferró el hombro con la otra.

La oscuridad reculó, despacio y de mala gana.

La expresión de Baluka se relajó mientras los llevaba de vuelta al mundo luminoso. Cuando llegaron, le soltó el hombro a Tyen y se impulsó para proseguir su trayecto, a través de los cuatro mundos anteriores, hasta la torre.

—Solo... tenemos... que levitar —dijo Baluka con su primer soplo de aliento cuando emergieron.

Tyen asintió.

—El líquido... es natural..., supongo. Seguramente... alguien llevó allí... la plataforma de llegada... para facilitar las cosas a los visitantes.

—¿Para facilitarlas? ¡Estaba hundiéndose!

—Sí. Debe de ser un sistema de defensa. Se mantiene flotando hasta que alguien se sube encima. La mayoría de la gente solo pararía durante el tiempo necesario para respirar. —Tyen arrugó el entrecejo—. Es curioso que hubiera aire respirable allí. Parecía un lugar demasiado insólito para albergar vida. Me pregunto qué era ese líquido. ¿Una forma de mercurio, tal vez?

Baluka lo miraba con fijeza. Abrió la boca, la cerró de nuevo, sacudió la cabeza y se acercó al borde de la torre.

—¿Qué pasa? —preguntó Tyen con expresión ceñuda.

—Nada... Nada importante —respondió el líder rebelde. No había barandilla y, tras echar un vistazo hacia abajo, reculó—. ¿Qué tal se te dan las alturas?

—Bien. Ningún piloto de aerocoché sobreviviría durante mucho tiempo si sufriera vértigo.

—¿«Aerocoche»? —repitió Baluka.

—Ya te hablaré de eso algún día.

Tyen asió al líder rebelde por el hombro, se apartó del mundo y se deslizó hacia abajo. La torre era una estructura enorme. La pared circular no presentaba juntas. «¿Estará hecha de una sola piedra?». La recorrió de arriba abajo con la vista buscando alguna grieta, pero no la encontró. Unos movimientos casi imperceptibles en torno a la base de la torre llamaron su atención. Un hervidero de puntos diminutos. Personas. El ejército. Un escalofrío de aprensión le bajó por la espalda. Su breve misión de exploración había terminado. El camino estaba libre de obstáculos. La batalla no tardaría en comenzar.

Redujo la velocidad cuando se aproximaban al suelo. Baluka, que había mantenido los ojos cerrados durante el descenso, los abrió entonces. Aguardó a que sus pies se encontraran a un palmo del suelo antes de mirar hacia abajo. Los guerreros, que ya los habían avistado y reconocido, les hicieron un sitio junto a la pared para que se materializaran.

En cuanto se vio envuelto de aire, Baluka se apartó de Tyen y se dirigió a los hechiceros que los esperaban.

—¿Estáis todos? Bien. ¿Y Frell y Hapre? —preguntó, y sonrió al verlos surgir de entre la multitud—. ¡Ah! Aquí están.

Los dos generales lo flanquearon.

—¿Habéis conseguido recorrer todo el camino? —preguntó Hapre.

—Hasta el final no, claro —contestó Baluka—. Solo hasta el sexto mundo.

—¿Y no os han descubierto? —quiso saber Frell.

—Que nosotros hayamos detectado, no, pero eso no significa nada. Por eso debemos partir de inmediato. —Miró a los guerreros—. Acercaos. Os explicaré lo que encontraremos en el trayecto hacia el mundo del Raen.

Tras una descripción sucinta, Baluka les dio una última oportunidad para abandonar. Nadie se echó atrás. Les ordenó que formaran filas lo más juntas posible sin llegar a estar incómodos. Cada uno agarró el brazo del hechicero que tenía delante con una mano y a la persona situada a su derecha con la otra. Al estar cada rebelde en contacto con otros dos, si un vínculo se rompía, el otro lo mantendría unido al grupo. En vez de colocarse en el centro de este cuadrado formado por hechiceros, que le taparían la vista al exterior en todas direcciones, Baluka se situó en el medio de uno de los lados. Tyen se situó en el lado opuesto, y Frell y Hapre ocuparon sus puestos en los otros dos.

Baluka los impulsó para apartarlos del mundo. Se zambulleron en la oscuridad cuando se aproximaban al mundo de agua. Una textura ondulada que de pronto se deslizó hacia abajo para revelar el mar, cuando cayó la ola que los había engullido. Desde su lado del grupo, Tyen vio que otra se aproximaba. El aire frío le tocó la piel. Sus botas se posaron sobre una superficie firme pero invisible. Inspiró con rapidez, mientras oía el sonido de cientos de personas que hacían lo mismo.

La ola los alcanzó y los atravesó, dejándolos intactos. Su acuoso interior se desvaneció, cediendo el paso a un paisaje más oscuro. Ríos rojos refulgentes corrían por debajo de ellos, a poca distancia de sus pies. Un calor ardiente le castigó la piel a Tyen, antes de que el suelo chamuscado palidiera hasta fundirse de nuevo en la blancura.

El mundo helado y gris llegó y pasó con la misma rapidez. Tyen contuvo el aliento para evitar aquel aire frío que hería los pulmones. La ciénaga verde y burbujeante ocupó su lugar. Sin dejar de aguantar la respiración, permaneció atento por si sonaba alguna inspiración o un jadeo de dolor, pero no oyó ninguno. Todos habían tenido presente la advertencia. El mundo envenenado se difuminó.

Solo se percataron de que habían llegado al mundo luminoso porque de pronto notaron que podían respirar. Muchos aprovecharon la oportunidad para llenarse los pulmones. Tal como habían planeado, Baluka aguardó a que todos se hubieran recuperado antes de abandonar ese mundo. Tyen cerró los ojos para protegerse de la luz cegadora hasta que dejó de oír las respiraciones. Todo empezó a oscurecer en torno a ellos. Tyen sabía que algunos guerreros estarían algo inquietos, pues la mayoría había percibido el espanto en la voz del líder rebelde cuando les describía lo que había visto.

La negrura los envolvió. Resultaba demasiado fácil imaginarla densa y pegajosa, como el extraño líquido que rodeaba el lugar de llegada. Sin embargo, Baluka no dejó de iluminar el mundo y siguió adelante de inmediato, por lo que solo la fugaz sensación del aire fresco en la cara les confirmó que habían pasado por allí.

Y por fin: el mundo del Raen. Un temor de otro tipo invadió a Tyen. Se alegró de la falta de percepciones físicas en el espacio entre los mundos. De no ser así, el pánico le habría provocado náuseas, como a Baluka un rato antes, cuando exploraban el camino. Recordó el consejo del Raen: «Te sugiero que busques un pretexto para ausentarte».

Pero se había prometido a sí mismo que intentaría evitar el mayor número de muertes posible entre las filas de los rebeldes. Para ello, no tenía más remedio que estar presente en la batalla. Los rebeldes contaban con que él los transportara de nuevo.

«Te aconsejo que elijas con cuidado el momento de revelar tu traición», le había dicho también el Raen.

Por otro lado, la decisión de Baluka de que Tyen no combatiera y reservara sus energías para el transporte de todos le permitiría seguir ocultando su condición de espía. Puesto que él no tomaría parte activa en la batalla, no les parecería extraño que el Raen no lo atacara.

Sin embargo, si la situación se tornaba desesperada, tal vez Baluka cambiaría de idea y le ordenaría que luchara. Este no estaba seguro de qué haría en ese caso. «¿Negarme? —Dudaba que el líder rebelde se lo perdonara—. ¿Obedecer?». ¿Podría simular de forma convincente un enfrentamiento con el Raen? ¿Se prestaría este a

fingir a su vez? ¿Cómo terminaría semejante simulacro de batalla?

El desenlace ideal para él sería que los rebeldes agotaran su energía, se dieran cuenta de que la victoria era imposible, Baluka le ordenara que se los llevara de ese mundo y él lo consiguiera sin que nadie resultara herido. Esta fantasía concluía con ellos abandonando la lucha, regresando a su hogar y viviendo hasta una edad avanzada.

«Por muy improbable que sea —pensó—, si no intento hacerlo realidad, no ocurrirá. Aunque la última parte depende de ellos. No puedo protegerlos de lo que suceda después de la batalla».

Unas formas emergieron de la blancura. Empezaron a distinguirse unas paredes, suelo y techo. La sala era lo bastante amplia para acoger a unos cientos de rebeldes bien apiñados, pero esta formación restringiría demasiado sus movimientos durante el combate. Por otra parte, los miles que se habían reunido antes no cabrían en la estancia por más apretados que estuvieran.

Un reloj descomunal ocupaba la pared entera que Tyen tenía delante. No recordaba haberlo visto en la memoria de Resca ni de Javox. Sin embargo, el mecanismo parecía inmóvil, bloqueado en algún punto del tiempo que quizá tenía un significado especial para quienes residían en el palacio del Raen. Debajo había una tarima semicircular que se alzaba un palmo por encima del suelo. Sobre ella había una silla.

La silla estaba ocupada.

Tyen reconoció al hombre sentado en ella, aunque era solo una silueta oscura en una sala sumida en la penumbra. Un escalofrío le recorrió el espinazo.

«El Raen. Como no podía ser de otra manera, me ha tocado estar en el flanco del ejército que está orientado hacia él».

El Soberano de los Mundos los observaba tranquilamente, con el codo apoyado en el brazo de la silla y la barbilla descansando sobre la mano. Cuando todo cobró completa nitidez, Tyen advirtió que la expresión del hombre era de... despreocupación.

Tyen notó el aire templado en la piel. Todos a una, los rebeldes tomaron la bocanada que tanto necesitaban, y varias llamas se encendieron e inundaron la estancia de luz. Tyen oyó detrás de sí el sonido de pies que se arrastraban cuando los rebeldes se desplegaron y se volvieron para encararse con el enemigo. Tyen creó un escudo. Partes de él se desintegraron o se doblaron al topar con el aire que ya controlaban los hechiceros que tenía a los lados.

Se impuso el silencio.

—¡Al ataque! —bramó Baluka.

Los chisporroteos de magia inundaron el aire. A Tyen se le secó la boca y el corazón empezó a latirle con fuerza, mientras se le encogía el estómago a causa de las náuseas que había temido. El Raen permaneció sentado y se limitó a erguir un poco la espalda, al tiempo que desdoblaba el codo y dejaba la mano apoyada en el brazo de la

silla.

Tyen miró hacia atrás. Filas de rebeldes se interponían entre Baluka y él. Empezó a abrirse paso entre ellos. Los hechiceros, que continuaban desplegándose para no lanzar sus descargas por encima de los camaradas que tuvieran delante, se apartaban de su camino como si se disolvieran en el aire. Tras rodear al último de ellos, se encontró frente a Baluka, que avanzaba en la retaguardia, a muy poca distancia de su ejército. Tyen se colocó a su lado.

—Es tal como suponía —dijo el líder rebelde sin despegar la vista del Raen—. Aquí no hay magia.

Tyen proyectó los sentidos y no encontró nada. El mundo entero estaba...

—No, hay un poco, muy muy lejos —rectificó—. No es mucha. La suficiente para sacarnos de este mundo y quizá atravesar unos pocos más, pero no para llegar de vuelta hasta la torre.

—¿A qué crees que está jugando?

—¿Lo dices por la poca magia que ha dejado? No lo sé.

—No me refiero a eso. —Baluka frunció el ceño—. ¿Cómo es que no contraataca?

El Raen había vuelto a cambiar de postura y estaba inclinado hacia delante, acodado sobre las rodillas. Paseaba la mirada por los guerreros.

—No lo sé —respondió Tyen con sinceridad.

—¿Y por qué está solo? —añadió Baluka—. Yo había imaginado que habría aliados a su lado. ¿Percibes otras mentes en el palacio?

Tyen extendió la conciencia de nuevo, en busca de pensamientos. Encontró uno cerca: un hombre que se apresuraba a abrir una caja con una cerradura complicada que sabía que contenía instrucciones del Raen. Tyen envió sus sentidos más y más lejos, pero solo captó silencio.

—Que yo haya podido detectar, solo una —respondió.

—¿Nadie más?

—Ni siquiera sirvientes.

Baluka se volvió y clavó en él la vista.

—Eso es... —Se detuvo y miró al Raen, con la frente surcada por profundas arrugas. «¿Ha evacuado el palacio para proteger a su gente? —se preguntó—. ¿O es una trampa?».

El Raen desplazaba la mirada por el ejército disperso, de un rostro a otro. Pronto vería a Baluka y Tyen. «Desvía la vista —se dijo este cuando el hombre para el que había estado trabajando desde la clausura de Liftre se disponía a dirigir los ojos hacia él—. No dejes que te descubra». Pero la mirada del Soberano de los Mundos saltó por encima de varios rebeldes y se posó en él.

Y allí permaneció. El Raen sonrió y asintió con la cabeza. Con parsimonia. A continuación, cerró los ojos y agachó la cabeza.

Y estalló en llamas.

Sonaron cientos de exclamaciones de sorpresa y espanto. Tyen se percató de que una de ellas había escapado de su boca. Baluka, a su lado, maldecía en voz alta. Los dos, al igual que el resto de los rebeldes, retrocedieron ante el calor y el hedor que emanaban de la carne quemada que se desprendía de la figura llameante, ahora irreconocible, que permanecía sentada en una silla cada vez más ennegrecida. El fuego empezó a apagarse tan rápidamente como había surgido, hasta extinguirse por completo. Una estatua grotesca de carbón sin ojos los contemplaba desde la silla humeante.

Hasta que la figura y la silla se deshicieron en un montón de cenizas.

Se hizo un silencio absoluto.

Y después se oyó la respiración áspera y temerosa de cientos de personas.

Luego, la sala se inundó de susurros. «¿Está muerto?». «¿Hemos ganado?». «¿De verdad acabo de ver eso?».

—Yo diría que está muerto —dijo alguien—. No parece haber duda.

—¡El Raen ha muerto! —exclamó otro.

—¡Hemos matado al Raen! —Se oyeron varios gritos y aullidos de alegría, y la sala retumbó con los gorjeos, silbidos y un clamor de triunfo. Los rebeldes se pusieron a bailotear, a asestarse palmadas en la espalda y a abrazarse.

Tyen pegó un brinco cuando una mano lo agarró por el hombro.

—Lo hemos logrado —oyó decir a Baluka—. Nos hemos librado de él.

Tyen consiguió apartar la vista del montón de cenizas.

—Ha sido demasiado fácil —repuso.

—Tienes razón —convino Baluka en voz baja—. Echemos un vistazo.

Se acercaron al estrado. Tyen se dio cuenta de que estaba temblando. Se le había hecho un nudo en el estómago. «Y ahora ¿quién curará a Vella? —Casi se odió a sí mismo por pensar esto—. No ha muerto nadie. Eso es lo importante».

Al menos había conseguido uno de sus objetivos. El principal.

«El Raen no estaría de acuerdo. —Reprimió una carcajada de amargura—. Menudo espía he resultado ser. —Tal vez era culpa suya que el Raen hubiese muerto—. Pero sabía todo lo que yo sabía. —Desde su último encuentro, hacía pocos días, ninguno de los planes de Baluka había cambiado. Salvo en el detalle de llevar a unos pocos cientos de hechiceros en vez de a mil. Había sido una decisión de último momento. Tyen no habría podido advertir al Raen sobre ello.

»¿Tanto habría influido eso en el resultado?».

Aunque así hubiera sido, sin duda el Raen había comprendido que tenía las de perder. ¿Por qué no había huido? ¿Para evitar poner de manifiesto su debilidad? Tyen dudaba que alguien dispuesto a morir por orgullo pudiera llegar a vivir mil ciclos. Tarde o temprano surgiría una situación como aquella.

Tyen sacudió la cabeza. «Es como si él hubiera dejado que sucediera. ¿Estaba deseando morir?»

»¿Por qué me ha sonreído?».

Había más carbón que madera entre los restos de la silla. Baluka subió el escalón y se detuvo frente a ellos. Removió ligeramente la pila de cenizas y astillas carbonizadas con la punta del zapato. Tyen se situó a su lado. Algo asomaba por

debajo de un trozo del asiento. Parecía un dedo ennegrecido y marchito que lo invitaba a levantar lo que lo cubría para comprobar si estaba en lo cierto. Tyen se estremeció y desvió la vista.

—Tyen —dijo Baluka, pero después se quedó callado.

Tyen no alzó la mirada. Le vino a la memoria el único aliado que había en el palacio, el hombre que tenía prisa por abrir una caja que contenía las instrucciones. ¿Tenían estas algo que ver con la batalla? ¿Era por eso por lo que el Raen había perdido, y no por causa de Tyen? Fuera como fuese, el aliado podía estar agazapado, esperando una oportunidad para atacarlos. Tyen extendió sus sentidos para buscar la mente del hombre solitario.

—Había un... —empezó a decir.

—¡Tyen! —gritó Baluka.

Interrumpiendo su búsqueda de golpe, Tyen se volvió hacia el líder rebelde. Este retrocedía hacia el reloj, con los labios apretados en un gesto adusto y recorriendo el estrado con la mirada.

—¡Aliados!

El grito resonó en toda la sala. Algo se movió a solo un brazo de distancia de Tyen: una figura humana imprecisa, pero cada vez más definida. El líder rebelde corría hacia atrás, apresurándose por apartarse del camino de los hechiceros que estaban llegando. Hechiceros que rodearon a Tyen por completo.

Este no tuvo tiempo de huir. En vez de eso, se impulsó para salir del mundo y se deslizó hacia Baluka, esquivando a los aliados. El líder rebelde se dirigía a una puerta. Tyen atravesó la pared y emergió en el pasillo que había al otro lado. Baluka soltó una imprecación cuando estuvo a punto de chocar con él.

Oyeron gritos que salían de la sala. Miraron hacia atrás, a través de la puerta. Los rebeldes habían vuelto a formar una columna, listos para luchar.

—Te llevaré con los demás —le ofreció Tyen.

Baluka negó con la cabeza.

—Casi no me queda magia, así que no podría ayudarles. Hemos matado al Raen mucho antes de lo previsto, así que los otros guerreros deben de tener energía de sobra. Regresa allí y diles a Frell y a Hapre que los dirijan, y de paso ve si podemos librarnos de algunos aliados. Yo he de buscar a alguien.

—¿A Rielle? —dedujo Tyen—. No está aquí. Solo he percibido a una persona.

—Ella es fuerte —le recordó Baluka, dando media vuelta y alejándose a paso veloz—. A lo mejor no has podido leerle la mente.

—Balu...

—Regresa allí —espetó el líder rebelde por encima del hombro. Se acercó a la puerta, la abrió de un empujón y echó un vistazo al interior de la habitación—. Los aliados no saben a qué se enfrentan. Si los rebeldes acaban con ellos antes de que vuelva, llévalos a todos a un lugar seguro y regresa a buscarme. —Hizo una pausa para mirar a Tyen—. Es una orden. —Volvió la vista al frente y arrancó a correr.

Tyen dio un paso para seguirlo, pero un alarido procedente de la sala hizo que se parara en seco. Regresó a la puerta y contempló de nuevo la escena. En unos instantes, había pasado del orden al caos. Los aliados se habían deslizado desde la tarima hasta posiciones distribuidas por toda la estancia, y seguían apareciendo más. Los rebeldes, que habían formado una columna para atacarlos, se habían visto obligados a dividirse en grupos más pequeños. Algunos se defendían con facilidad, mientras que otros se veían superados. Ante la mirada de Tyen, dos de ellos se doblaron bajo el fuego de cinco aliados que los habían rodeado. Se desplomaron y se quedaron inmóviles en el suelo.

Él los contempló horrorizado. Su único logro —que nadie resultara herido en combate— se había hecho añicos en un momento.

«Era demasiado pedir. Bueno, todavía puedo cumplir la promesa que le hice a Baluka: llevar el mayor número de ellos a un lugar seguro». Se apartó del mundo y regresó deslizándose a la sala. Quizá Baluka tenía razón respecto a la fuerza de los rebeldes, pero estar tan desperdigados constituía una desventaja. Sería una ironía terrible que, después de matar al Raen, perecieran a manos de sus aliados.

Tras materializarse junto al grupo más reducido de rebeldes, creó un escudo en torno a ellos.

—Dirigíos hacia los guerreros de Hapre —ordenó.

Con su ayuda, se abrieron paso hacia el grupo rebelde más numeroso. No les resultó fácil. Los aliados estaban decididos a mantener a los rebeldes dispersos. Habían llegado cargados de magia y preparados para entablar batalla. Despejar el camino hacia el grupo más grande de rebeldes requirió mucha energía. Cuando los dos grupos se juntaron, Tyen miró alrededor para decidir a quién ayudar a continuación. Otro puñado de guerreros aislados yacía inerte en el suelo. Sus atacantes se unieron a los aliados que habían acorralado a cinco rebeldes en el extremo más alejado de la sala.

Tyen se disponía a deslizarse hasta allí cuando oyó una voz conocida a su espalda.

—Tyen —dijo Hapre con semblante grave—. Déjalos. Tenemos que irnos ya.

—Pero si puedo...

—Estamos a punto de quedarnos sin magia. ¿Aún tienes la suficiente para reunirnos a todos y transportarnos a través de seis mundos?

Él recorrió la sala con la vista. Una fila de aliados se interponía entre él y los otros grupos aislados. Muchos le resultaban familiares de sus misiones como explorador. Los seguidores más fuertes del Raen estaban en guardia, listos para luchar contra él.

—Puedes regresar más tarde —agregó ella—. Si viajas deprisa. Si hay alguien capaz de hacerlo, ese eres tú.

Él respiró hondo y asintió. Ella suavizó un poco su expresión antes de volverse para gritar a los rebeldes que tenía detrás.

—¡Acercaos! ¡Cogeos de las manos!

Tras unos instantes, el grupo más grande se comprimió conforme todos sus integrantes retrocedían hacia ella y Tyen, apretujándose desde todos los flancos. Hapre lo tomó de la mano, y él sujetó el brazo de otro rebelde.

—¿Dónde está Baluka? —le preguntó Hapre por lo bajo, acercándole la boca al oído.

—Buscando a alguien. Me ha dicho que saque a todo el mundo de aquí si él no regresa a tiempo.

—Entonces, hazlo.

Se impulsó para abandonar el mundo.

El espacio intermedio estaba plagado de sombras. Los aliados los seguían. Al imaginar lo que ocurriría si los atacaban cuando estuvieran en uno de los mundos muertos, se le heló la sangre.

«Tenemos que dejarlos atrás». Echó mano de la magia que había almacenado para propulsar al ejército a través del espacio intermedio a una velocidad cada vez mayor. No se molestó en inmovilizar el aire bajo sus pies en el mundo de la oscuridad, y se alejó tan deprisa que apenas experimentó la sensación de estar allí. Cerró los ojos conforme la claridad se intensificaba y en cuanto supo por medio de los otros sentidos que habían llegado al mundo vecino, se impulsó para continuar el viaje. El mundo siguiente pasó como un destello verde. Apenas alcanzó a vislumbrar el que vino después. No notaron calor en el que siguió a este, y aunque se vieron rodeados de agua cuando pasaban por el último, lo único que sintieron fue una leve humedad.

En vez de detenerse en las ruinas, siguió adelante y no redujo la velocidad hasta que habían atravesado cinco mundos y ya no percibía sombras en el espacio intermedio. Emergieron en un islote en medio de un mar color verde jade.

Extendió los sentidos al máximo y absorbió magia, dejándoles la que había cerca a los guerreros. Hapre parecía a punto de decir algo, pero él no le dio la oportunidad.

—Voy a regresar. No me esperéis —le indicó—. Estarán siguiéndonos el rastro. —Acto seguido, se alejó del mundo.

Recorrió el mismo camino en sentido inverso. Acumuló más magia en los cuatro mundos siguientes. Justo antes de llegar a las ruinas, detectó varias presencias. ¿Aliados? Se detuvieron al advertir que se aproximaba. Cuando se cruzó con ellos, intentaron alcanzarlo y retenerlo, pero ninguno era lo bastante fuerte. No lo siguieron.

Atravesó los seis mundos a tal velocidad que apenas alcanzó a verlos pasar y no sintió nada en ninguno de ellos. La sala cobró forma en torno a él.

El suelo estaba sembrado de cuerpos. Entre ellos vio a Frell, con la cabeza torcida hacia atrás y la mirada vacía.

Varios hombres y mujeres se abalanzaron hacia él. Aliados. Eran unos treinta o cuarenta. Todos se le venían encima. Al mirar alrededor, se percató de que ninguno de los rebeldes que había dejado atrás estaba vivo. Sin embargo, la mitad de los cadáveres eran de aliados. No habían muerto todos, pues se había cruzado con algunos mientras se dirigía hacia allí. Pero ¿quiénes eran los que lo rodeaban ahora?

Sus expresiones denotaban una extraña desesperación.

Se alejó de ellos deslizándose y emergió en una habitación cercana. Un hedor a carne y madera quemada se respiraba en el aire. Al explorar las mentes de los aliados comprendió el apuro en el que se encontraban.

Cuando el más fuerte había partido en persecución de Tyen y la mayoría de los rebeldes, esos aliados se habían quedado para rematar a los demás. Sin embargo, habían gastado demasiada magia y no podían marcharse del mundo de Valhan. Estaban atrapados. La poca energía que quedaba se hallaba muy lejos de la ciudad subterránea, fuera de su alcance. Sabían que el palacio había sido abandonado. Si aún había alimentos, no les durarían mucho.

Tyen buscó otra mente. Al detectar a Baluka cerca, se apartó del mundo y se deslizó hasta el pasillo en el que lo había dejado. El líder rebelde no se sobresaltó esta vez. Estaba muy pálido. Se tapaba la boca con manos temblorosas mientras miraba fijamente la puerta de la sala.

—Me he ido demasiado pronto, Tyen —dijo con voz ronca—. Creía que podía ir en busca de ella sin problemas. Creía que aún éramos fuertes. No imaginaba que perderíamos.

—No habría servido de nada que te quedaras —aseveró Tyen—. Te habías quedado sin magia.

—Pero un líder no abandona a su ejército.

—Tu intención de rescatar a tu prometida era honorable. ¿La has encontrado?

Baluka suspiró.

—No. Solo rastros de ella. Prendas con su olor. Pero ella no está.

—Los aliados en la sala saben que el palacio fue desalojado hace poco. Tal vez tengan alguna idea de su paradero.

Baluka arrugó el entrecejo.

—No pienso pedirles ayuda.

—No hace falta. —Tyen le sonrió y le hizo una seña para que lo siguiera. Baluka frunció el ceño y luego parpadeó, al comprender a qué se refería Tyen.

Los aliados se volvieron hacia ellos cuando entraron en la sala. Una mujer corrió hacia Baluka y se postró de rodillas.

—Sacadnos de aquí —imploró. Extendió los brazos hacia él, pero sus manos toparon con el escudo de Tyen—. Os pagaré. Os daré todo lo que queráis.

—¿Alguno de vosotros sabe dónde está Rielle Lázuli? —inquirió Tyen.

—El Raen la trajo aquí hace medio ciclo —añadió Baluka.

Mientras los aliados intercambiaban miradas, él buscó señales de reconocimiento en sus mentes y rostros. No sabían quién era Rielle.

«... si es una de sus amigas, no durará mucho —pensó uno de ellos—. Los rebeldes y los aliados matarán ahora a todos los que eran leales al Raen».

«... lamentarán habernos dejado aquí cuando los rebeldes los ataquen».

«... supongo que lo tenemos merecido por retrasar el momento para que hubiera

una posibilidad de que los rebeldes liquidaran al Raen».

Él sacudió la cabeza y se volvió hacia Baluka.

—Ninguno de ellos lo sabe. Creen que el Raen ha montado un nuevo palacio en algún sitio, pero desconocen su localización.

Baluka asintió.

—Entonces sácame de aquí.

Tyen señaló a los aliados con la barbilla.

—¿Nos llevamos a los...?

—No. —Baluka les volvió la espalda—. No has visto lo que les han hecho a los últimos rebeldes que han matado. En qué han gastado la energía que les quedaba. Merecen morir de hambre en la oscuridad. Sácame de aquí, Tyen.

Las protestas de los aliados se apagaron cuando Tyen se impulsó al espacio intermedio. Esta vez no encontró sombras en el camino. En cuanto llegaron al mundo en ruinas, Baluka le soltó el brazo.

—Antes de unirnos a los demás, quiero pedirte un favor —dijo—. Un favor muy grande.

Tyen juntó las cejas.

—¿De qué se trata?

Baluka clavó la vista en él.

—Encuétrala. Encuentra a Rielle. No me la traigas. Dudo que le gustara el hombre en el que me he convertido. Pero haz lo que sea necesario para averiguar si sigue con vida... y si es feliz. Tengo que saberlo.

Tyen asintió.

—Eso puedo hacerlo. Bueno, o al menos intentarlo.

—Si hay alguien que puede, ese eres tú —afirmó Baluka. Suspiró—. Llévame con mis rebeldes, Tyen.

Encontraron un pequeño grupo de guerreros a varios mundos de distancia, enfrascados en un combate contra un par de aliados. En cuanto Tyen y Baluka aparecieron, estos huyeron.

Baluka se volvió hacia Tyen.

—Me uniré a esos guerreros. Ve y haz lo que te he pedido. Ah, y Tyen... —Baluka esbozó una sonrisa cansina pero sincera—. Gracias.

Tyen bajó la vista.

—Buena suerte —dijo con poca convicción—. Que tengáis un viaje sin percances.

Cuando Baluka y los guerreros se desvanecieron, Tyen se tambaleó hasta una roca y se sentó. Habían sucedido tantas cosas... Había muerto tanta gente... Todo había cambiado en un instante. Un desenlace repentino y ardiente. El Raen había muerto. Los mundos ya no estaban bajo el yugo de un hechicero poderoso. Y él ya no era un espía.

Extrajo a Vella de su bolsa.

«Lo siento —dijo—. Ahora que el Raen ha muerto, no estamos más cerca de devolverte tu cuerpo de lo que estábamos en Liftre».

La fina caligrafía de Vella apareció en la página.

—*No tienes por qué disculparte. Como sabes, no experimento emociones, así que no estoy decepcionada* —le recordó.

«Y sin embargo sabes que lo que te hicieron estuvo mal», le recordó él a ella.

—*En efecto. Y tendría sentido que la persona que yo era quisiera volver a vivir, si le dieran la oportunidad.*

Él suspiró. «Todo lo que he hecho fue para reparar esa injusticia, pero todo lo que he hecho ha sido injusto... e inútil».

—*Si el Raen no mentía respecto a sus experimentos, deben de existir pruebas de ello en alguna parte.*

Tyen se animó. Ella tenía razón. En algún lugar estaban las notas y los restos de los experimentos, como la cabeza de la niña, si el Raen no los había destruido.

¿Y dónde podían estar? Se puso de pie cuando se le ocurrió la respuesta más obvia. «¡En el palacio! Y si regreso allí, también podré buscar pistas sobre el paradero de Rielle». Pensó en los aliados que se habían quedado atrapados en ese mundo. Él no los habría abandonado a su suerte, pero era verdad que no había presenciado la masacre que habían cometido con los últimos rebeldes.

—*Quizá sepan algo de los experimentos.*

«Es posible. Pero si el Raen los guardaba en secreto, dudo que nadie sepa de ellos salvo sus amigos más cercanos». Recordó al hombre solitario que se apresuraba a abrir la caja de instrucciones. Era alguien a quien el Raen le había encomendado una tarea importante. ¿Estaba también atrapado allí? Tyen no había detectado otra mente cuando buscaba la de Baluka, aunque, por otro lado, no había tenido que buscar mucho rato.

Asintió para sí. «Supongo que el palacio es un sitio tan bueno como cualquier otro para comenzar».

Tras guardar a Vella, se propulsó al espacio intermedio y recorrió de nuevo la ruta hacia el palacio, almacenando magia por el camino. Pasó como una exhalación por los seis mundos muertos, divertido porque ya no le resultaban en absoluto intimidantes.

Cuando se encontraba cerca del mundo del Raen, no vislumbró detalles de la sala, solo oscuridad. Suponiendo que los aliados habían salido en busca de comida, emergió a un brazo de altura sobre el nivel del suelo para no materializarse dentro de ningún objeto.

Su precaución resultó providencial, ya que, cuando cayó, tropezó con algo blando e irregular. Tras recuperar el equilibrio, creó una luz brillante y comprobó que su suposición era acertada: había aterrizado sobre un cadáver. Al echar una ojeada alrededor, le extrañó ver tan poca sangre. Aunque algunos cuerpos estaban retorcidos

en posturas espeluznantes, con las extremidades dobladas en ángulos antinaturales o la cabeza medio aplastada, otros no mostraban señales de la causa de su muerte.

La magia podía ser un asesino muy pulcro.

El hedor a carne y madera abrasadas que aún impregnaba la sala le revolvió el estómago. Sus ojos se desviaron hacia el estrado. La muerte del Raen también había sido limpia, a su manera. No había quedado cuerpo alguno que pudiera descomponerse. «Nada más que una mano, si de eso se trataba». Casi sin darse cuenta, empezó a caminar hacia el extremo elevado de la estancia. Al posar la vista en el montón de cenizas y madera carbonizada, evocó los últimos instantes del Raen.

«¿Por qué no huiste? ¿Por qué no te defendiste siquiera?».

¿Se había suicidado el Raen? ¿Habían sido los rebeldes meros comparsas de un final que sería recordado durante los siguientes mil ciclos?

¿O quizá el Raen había infravalorado a los rebeldes, o sobrevalorado su propia fuerza?

Al pensar en lo que había leído en las mentes de los aliados en la sala del palacio, le vino a la cabeza otra posibilidad: que los aliados hubieran retrasado a propósito el momento de acudir en socorro del Raen con la esperanza de que los rebeldes acabaran con él.

¿Y el misterioso hechicero que tenía prisa por abrir la caja con las instrucciones? ¿Había fallado en su intento y, por tanto, le había fallado al Raen?

La única otra posibilidad que se le ocurría a Tyen era que el hombre al que habían matado los rebeldes fuera un doble. ¿Por qué, entonces, no había podido Tyen explorarle la mente? ¿Tenía el Raen la enorme suerte de contar con un amigo dispuesto a morir por él, con un aspecto lo bastante parecido al suyo y una fuerza suficiente para ocultar sus pensamientos, de modo que nadie descubriera la farsa que estaba representando?

«Me reconoció —pensó Tyen al recordar que el Raen lo había mirado a los ojos y asentido con la cabeza—. Fuera quien fuese, me reconoció».

Cuando llegó frente a la pila de cenizas, advirtió que la habían pisado. Había varias huellas en el polvo negro diseminado en torno a los restos. Conducían hasta el asiento de la silla, que no estaba en el mismo sitio que antes. La mano había desaparecido.

No había pisadas de ceniza que se alejaran de allí.

Tyen se acercó, colocó los pies sobre las huellas y se apartó ligeramente del mundo. Tal como había imaginado, había un camino nuevo que se alejaba del palacio.

«Vamos a ver...».

Empezó a seguirlo y no tardó mucho en percatarse de que no era obra de un aliado común y corriente. No se unía en ningún momento a la transitada ruta a través de los seis mundos muertos. En vez de ello, su creador había abierto un camino nuevo hacia otro mundo. Tyen llegó a un paisaje de tortuosos peñascos grises. Cuando se

materializó, un viento impetuoso y ensordecedor lo hizo caer al suelo, así que se marchó de inmediato. El camino nuevo discurría por varios mundos más, todos desprovistos tanto de vida como de energía. Cuando por fin emergió a un mundo con magia, sobre una colina suave que dominaba una pequeña aldea, había empezado a temer que estaba persiguiendo a alguien con deseos suicidas. Acabó encogido en el suelo, jadeando, con la cabeza palpitándole.

Cuando se recuperó, reanudó el viaje, siguiendo la pista del hechicero misterioso. Unos mundos más adelante, el lugar de llegada se encontraba en medio de una ciudad populosa. Exploró las mentes que lo rodeaban hasta que encontró a dos niños que permanecían atentos con la esperanza de ver a algún famoso. Se habían fijado en el viajero anterior.

Era un hombre que iba solo. Pero Tyen no lo reconoció. Prosiguió la persecución.

No podía saber cuánta ventaja le llevaba el hombre, así que aceleró. Esto resultó ser un error, pues su presa había empezado a emplear tácticas para ocultar su rastro. Tyen tuvo que volver sobre sus pasos varias veces pero, como él mismo utilizaba esa clase de trucos con frecuencia, consiguió dar de nuevo con la pista del hechicero.

De pronto, en el espacio intermedio, percibió una sombra más adelante.

Esta se quedó inmóvil unos instantes y acto seguido desapareció.

Tyen la persiguió.

Daba por sentado que su presa realizaría más maniobras para intentar burlarlo, de modo que, cuando el hombre surgió repentinamente de la blancura, lo agarró del brazo y lo arrastró hasta el mundo más cercano, Tyen estaba demasiado sorprendido para resistirse. En el momento en que el aire los envolvió, se había recobrado lo suficiente para crear un escudo, apartar la mano del hombre por la fuerza y prepararse para pelear.

El hechicero estaba furioso, pero la ira cedió el paso al espanto en cuanto descubrió que no podía leerle la mente a Tyen. Decidió no pensar en el valioso objeto que llevaba en...

—¿Quién eres? ¿Por qué me sigues? —exigió saber.

—Soy Tyen. ¿Y tú?

—Nadie que te importe. —«Dahli», susurró la mente del hombre.

Tyen ya había oído el nombre, pero tardó un momento en recordar el contexto. Entonces el corazón le dio un vuelco. Dahli era el amigo más fuerte del Raen. Aquel al que llamaban el Más Leal.

Dahli, por su parte, recordó de qué le sonaba el nombre de Tyen. «¡El espía! Valhan me dijo que debía encontrarlo, pues estaría deseando ayudar». Se relajó, y de inmediato el secreto que guardaba asomó de nuevo a su mente.

Tyen descubrió el motivo por el que había muerto el Raen y se quedó atónito.

Los rebeldes no habían vencido.

La situación de los mundos prácticamente no había cambiado.

El Raen había cumplido su parte del trato, y en cambio Tyen no había quedado

libre de su compromiso. Le vino a la memoria lo que el hombre le había respondido en su primer encuentro, cuando él le había preguntado cuánto duraría el acuerdo: «Hasta que Vella vuelva a su estado original o yo llegue a la convicción de que no puedo ayudarla».

«No hasta que él muriera», pensó Tyen.

—Bien, Tyen —dijo Dahli—. ¿Por qué me sigues? O, mejor dicho: ¿qué quieres?

Tyen contuvo un suspiro.

—Unirme a ti —mintió—. ¿En qué puedo ayudarte?

Dahli le tendió la mano.

—Acompáñame.

NOVENA PARTE

Rielle

El pincel oscilaba vacilante por encima de la tabla antes de descender. Justo antes de tocar la superficie, tembló ligeramente y se posó justo donde Rielle no quería que lo hiciera, dejando un manchurrón rojo en medio de la nariz de Sesse.

Con un suspiro, tiró el pincel en una taza de disolvente, cogió un paño y frotó la tabla con él. Esto solo empeoró las cosas difuminando el rojo y emborronando la pintura, de modo que la nariz de Sesse se ensanchó. Rielle masculló una palabrota en foguiano antes de coger el pincel de nuevo.

—¿Estás segura de que quieres empezar por un retrato? —preguntó la sirvienta—. Los otros artistas dicen que son los cuadros más difíciles de pintar. Puedo traerte un bonito cuenco con fruta o flores.

Rielle limpió el pincel y acometió la tarea de conferir a la nariz un color y una forma más favorecedores. Como Sesse había sido doncella de un artista, sus consejos solían ser muy oportunos. Esta vez Rielle los había desoído, impaciente por crear algo que impresionara a los otros artistas de Cepher.

—Supongo que sería lo mejor —contestó Rielle—. Pero antes arreglaré esto un poco...

Sesse arqueó las cejas con expresión escéptica. Rielle decidió hacer caso omiso de ella. Necesitaba concentrarse. Y relajarse. En el momento en que había cometido el error, estaba pensando en Dahli, lo que no podía sino minar su concentración.

Que su lealtad estuviera ante todo con Valhan no era de extrañar. Nunca había dejado de demostrar su devoción hacia el Soberano de los Mundos. Lo que había supuesto toda una revelación, aparte de las sospechas de Dahli sobre ella y todo lo relacionado con Baluka, era su amor por Valhan. Aunque este no correspondía a sus sentimientos, los de Dahli seguían siendo profundos. «Qué triste y frustrante debe de resultarle esta situación».

Tuvo que reconocer que se sentía como una tonta. «¡Y pensar que había concebido la esperanza de que Dahli y yo llegáramos a ser más que amigos!». Se alegraba de no haberle comentado nada al respecto. Aunque... ¿lo había leído él en su mente cuando ella estaba aprendiendo el secreto de la inmarcesibilidad? Hizo memoria y le alivió recordar que por aquel entonces ella aún no lo consideraba más que un amigo. Fue durante el viaje de vuelta a la Sala de Llegada cuando empezó a contemplar esa posibilidad.

«De todos modos, la idea no me convencía del todo», se dijo. Él era mucho mayor, no solo unos pocos ciclos, sino cientos. Siempre antepondría las necesidades y los deseos de Valhan a los de Rielle, y ella no se había planteado a fondo lo que

esto supondría. Seguramente era una suerte que él no se sintiera atraído ni por el sexo al que pertenecía ni por ella.

Las cosas podrían ser peores. Ella habría podido enamorarse de Dahli mientras él bebía los vientos por Valhan, y Valhan la deseaba a... «No. Valhan no me veía de esa manera. Lo dejó claro cuando me apartó de los viajeros».

Unos ruidos procedentes del otro lado de la puerta captaron su atención, y se alegró de la distracción. En algún lugar del pasillo había gente lanzando exclamaciones de alegría. Rielle resistió la tentación de examinar sus mentes. La última vez que lo hizo, había leído pensamientos muy poco halagüeños sobre ella.

Sus intentos de entablar amistad con los artistas habían fracasado de forma estrepitosa por el momento. No la consideraban más que una hechicera del Raen cuya función era mantener en orden su hogar mientras él no estuviera allí, es decir, casi siempre. Cuando ella les explicó que la había llevado allí porque era una artista, ellos sonrieron y asintieron con la cabeza, mientras se lamentaban en su fuero interno ante la perspectiva de tener que elogiar sus obras, por muy abominables que fueran. Necesitaba pruebas de su talento para demostrarles que era una artista de verdad.

El problema era que su talento parecía haberla abandonado.

Se echó hacia atrás para contemplar el fruto de sus esfuerzos. La nariz volvía a parecer una nariz, pero no la de Sesse. Cansada de dar tantos retoques, decidió dejarla como estaba. Retrocedió un paso, examinó el cuadro en conjunto, y se le cayó el alma a los pies.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó Sesse.

Rielle apartó la vista y se puso a limpiar los pinceles. Ahora que, a instancias suyas, Sesse había dejado a un lado los formalismos, había surgido una mujer segura de sí misma y sin pelos en la lengua. Podía ser muy perspicaz. Igual que... La tristeza se apoderó de Rielle cuando cayó en la cuenta de a quién le recordaba. Betzi. Acudieron a su mente imágenes del taller de tapices y de su vieja amiga, y aunque no anhelaba volver allí, la echaba de menos. «Espero que estés contenta con tu capitán, Betzi —pensó—. Nunca te creerías todo lo que he pasado».

Alzó la vista hacia Sesse. Esta la observaba, con una ceja enarcada en un gesto de expectación.

—Lo que pasa es que he perdido la capacidad de pintar —reconoció Rielle.

—¿Por ser inmarcesible?

—Sí. —Hizo una pausa, sorprendida—. Ha sido una suposición muy aguda.

Sesse se encogió de hombros.

—Oí lo que Dahli te dijo en el comedor. No sé nada sobre inmarcesibles ni Creadores, pero sí sé que ha habido y sigue habiendo inmarcesibles que pintan. Son pintores extraordinarios. ¿Tan importante es para ti generar magia?

Rielle dejó los pinceles en su sitio.

—No. La verdad es que no.

—Entonces deja de preocuparte. Has perdido la práctica, pero dispones de todo el

tiempo de los mundos para recuperar tus habilidades.

«Tiene razón —pensó Rielle—. Es cierto que dispongo de todo el tiempo que necesito. Quizá nunca vuelva a ser una Creadora, pero lo único que necesito para recobrar la destreza es ejercitarme. Ejercitarme mucho. —Se enderezó—. Puedo hacerlo. Lo haré».

Un sonido la distrajo. Pasos apresurados que se acercaban por el pasillo. Una cabeza asomó por la puerta. Penney, un criado joven, con el rostro encendido por el esfuerzo y la emoción, se postró de rodillas.

—Hechicera Rielle —dijo—. Los rebeldes han enviado la señal. —Aunque tenía la cabeza gacha, sus ojos la observaban con nerviosismo desde debajo de las cejas.

Sesse soltó un grito ahogado y contrajo las facciones en un gesto de solidaridad cuando Rielle la miró.

—Oh, Rielle, no te preocupes. Seguro que él estará bien.

—¿Cuándo? —le preguntó Rielle a Penney.

—Hace unas horas, supongo —respondió él—. Este mundo está muy lejos del lugar donde planeaban reunirse. —Estaba pensando que era probable que estuviera librándose una batalla en aquellos momentos. O que ya hubiera terminado. Se armó de valor para una reacción airada por parte de Rielle.

«Qué curioso que a todos les preocupe que me enfade o me preocupe —se dijo Rielle—, pese a que he oído gritos de júbilo hace un rato. ¿Habrá sido por esta noticia?».

—Gracias, Penney —dijo—. Puedes retirarte.

Tras inclinarse ante ella, el criado se levantó y se alejó a paso veloz.

Rielle se detuvo a examinar la pintura con ojo crítico mientras cavilaba sobre qué hacer a continuación. ¿Arreglar la nariz de Sesse o empezar un cuadro más sencillo?

—¿No te marchas a luchar? —preguntó la criada.

Rielle negó con la cabeza.

—No sé luchar. Ni siquiera sé cómo viajar entre mundos.

Los labios de Sesse formaron una «o» y, cuando Rielle alzó las cejas, adoptó de nuevo su pose de modelo.

«¿Iría al frente, si pudiera? —se preguntó Rielle mientras continuaba pintando. Tal vez sí, si se enterara de que Valhan necesitaba su ayuda—. ¿Incluso si eso significara participar en la batalla? ¿Me jugaría la vida por él?». Qué esfuerzo tan desperdiciado sería aprender a burlar la muerte para luego morir en batalla defendiendo a quien le había permitido aprenderlo.

Por otro lado, ella le debía algo más que gratitud por ello. Valhan le había dicho que era una recompensa por haberlo ayudado a abandonar su mundo, y sin embargo a Rielle no le parecía un intercambio justo de favores. Él había hecho más por ella que ella por él.

¿Por qué otra razón lucharía en su defensa, si no? La respuesta más simple era que habría hecho lo mismo por cualquiera por quien sintiera...

«¿Respeto? —Ella respetaba a mucha gente, pero eso no significaba que estuviera dispuesta a arriesgar el pellejo por ellos—. ¿Afecto? —Era una palabra muy personal y a la vez se quedaba corta—. ¿Adoración? —El Ángel ya no le inspiraba el mismo temor reverencial que antes—. Aunque lo que siento es parecido. —Era el Soberano de Todos los Mundos. Ella había visto cómo consagraba su tiempo a mantenerlos bajo control, y aunque no le gustaban todos sus métodos, respetaba el hecho de que dedicara tanto esfuerzo a la tarea. Los mundos le importaban de verdad. Ella no podía evitar admirarlo por ello. Aunque eso lo impulsaba a tomar decisiones duras—. Si pudiera, los ayudaría a él y a los habitantes de los mundos, para que las decisiones de esa clase no fueran necesarias».

¿Ayudarlo? Recapitó por unos instantes. Trabajar para él. ¿Servirlo?

Un escalofrío le recorrió la espalda.

«¿Era por eso por lo que Dahli lo servía, en vez de alejarse de alguien que no correspondía a sus sentimientos? ¿Podría yo ser tan leal? —Al reflexionar sobre esta pregunta, algo se removió en su interior—. Sí, creo que sí. En otra época, amé a Valhan como a un Ángel, con el alma. ¿Tan distinto sería aprender a amarlo como líder, con la mente? —Sonrió—. Al menos no resultaría tan complicado e inútil como amarlo como a un hombre, con el corazón».

—Hechicera Rielle —dijo una voz desde la puerta.

Ella alzó la vista.

—¿Qué ocurre, Penney?

El joven estaba muy pálido.

—El rebelde que nos visitó hace unos días ha vuelto. Está... está contando mentiras sobre el Raen y... molestando a la gente.

A Rielle el corazón dejó de latirle por un instante y luego se desbocó. Al buscar mentes, encontró a un grupo de artistas arracimados en la planta inferior, alrededor de Gabeme, que les hablaba de los preparativos de los rebeldes para la batalla contra Valhan. A algunos artistas les preocupaba que el hombre hubiera ido allí a armar líos durante la ausencia del Raen, mientras que otros creían que se marcharía en cuanto descubriera que no a todos los artesanos les había complacido que el Raen tomara posesión de su hogar. Todos pensaban que Rielle se encargaría de Gabeme si causaba problemas, aunque algunos habían oído que ella lo había dejado escapar la última vez y dudaban que estuviera capacitada para defender el palacio.

—Llévame hasta él. —Dejó caer el pincel en el bote de disolvente y salió de la habitación con paso decidido, siguiendo a Penney, que caminaba a toda prisa.

Se le aceleró el pulso. «¿De qué tengo miedo? Gabeme desaparecerá en cuanto me vea y descubra que no puede leerme la mente». Pero ¿y si no se marchaba? Dahli le había enseñado a escudarse contra un ataque, pero no a luchar.

Bajó rápidamente las escaleras y entró en el amplio salón donde los artistas se reunían para comer y celebrar reuniones o fiestas. Gabeme estaba de pie, inclinado sobre el respaldo de una silla, regodeándose con la atención que acaparaba y el miedo

que inspiraba. Ella vio en las mentes de los artistas la historia que él les había relatado: los miles de rebeldes que habían acudido a la llamada, los guerreros que habían absorbido la magia, fragmentos del discurso que el líder rebelde —Baluka— había pronunciado: «¡Ha gobernado durante mil ciclos! ¡Es más que suficiente!». «Juntos somos tan poderosos como el Raen». Esto la sorprendió. Baluka no creía en la Regla del Milenio. «Pero otros sí, ¿y qué mejor manera de convencer a alguien de que luche por ti que con una antigua profecía que afirma que no puedes perder?».

—Creía que era algo temporal —decía un artista joven—. Que él había abandonado su viejo palacio para tenderos allí una trampa a ti y a tus amigos.

—No era una trampa muy ingeniosa —repuso Gabeme—, a menos, claro, que su intención fuera morir.

Rielle se detuvo, paralizada por la certeza en la mente del rebelde de que lo que había dicho era cierto.

«¿Muerto? ¿Valhan ha muerto? Debe de ser un error. Debe de haber confundido a alguien con...».

Gabeme se volvió hacia ella y sonrió.

—Rielle, ¿verdad? —dijo—. No había tenido oportunidad de agradecerte que me salvaras el otro día. Como comprenderás, no podía regresar. Te pido disculpas.

«Es posible que esta sea fuerte —estaba pensando—. Pero... ¡Ah! ¡No sabe combatir ni viajar entre mundos!».

¿Estaba leyéndole la mente? No, había obtenido esta información de una mujer situada detrás de ella. Al volverse, Rielle vio a Sesse y Penney en la puerta, con aire indeciso. Se mordió la lengua para no soltar una imprecación. Sesse no tenía ni idea de que había revelado sus puntos débiles al preocuparse por ella.

Rielle se encaró con Gabeme, irguiendo la espalda.

—Así que crees que lo has visto morir —declaró.

—Sí —contestó él—. Deja que te lo enseñe.

Se concentró en su recuerdo. Ella reconoció la imagen de la Sala de Llegada del palacio en su mente. Había varios hombres y mujeres de pie delante de él, dándole la espalda. Tenía muchos más detrás. Todos lanzaban descargas contra el hombre sentado sobre el estrado.

Que de pronto estalló en llamas. El fuego lo consumió hasta reducirlo a un montón de cenizas.

—Ocurrió tan deprisa... —Gabeme bajó la voz, impresionado—. Espero tener una muerte así. Entonces todos se acordarán de mí.

Rielle lo observaba con fijeza. En realidad, observaba el recuerdo que se reproducía en su mente una y otra vez, intercalado con otras imágenes y pensamientos que lo interrumpían.

«¡Ja! Ella no se lo esperaba. Nadie se lo esperaba. —(Valhan. Fuego. Ceniza)—. Todos los rebeldes fanfarroneaban sobre lo que harían si ganábamos, pero les faltaba ambición. —(Valhan. Fuego. Ceniza)—. Yo aspiro a tener un mundo propio. Lleno de

sirvientes. Apartado de los otros mundos, para que ningún hechicero se moleste en intentar conquistarlo. Un mundo como este».

Rielle era el único obstáculo en potencia. Poseía más fuerza que él, pero quizá no mucha. Además, lo había ayudado a escapar. Dudaba que fuera porque le hubiese tomado afecto. Eso no solía pasarle a la gente, y menos aún a la que podía leerle la mente. De modo que solo quedaban dos posibilidades: o ella había llevado una vida cómoda y se oponía a la violencia, o aborrecía al Raen hasta el punto de ayudar al primer rebelde que se cruzara en su camino, aunque fuera un necio cínico y egoísta como él.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Qué hacemos? ¿Lo celebramos o...?

—Fuera de aquí. —Rielle echó a andar hacia él—. Lárgate de este palacio. Lárgate de este mundo. No tienes ningún derecho a adueñarte de él.

Él alzó las manos con la palma hacia fuera.

—Podemos cerrar un trato, ¿no? Estoy dispuesto a compartirlo.

—Fuera —repitió Rielle—. Te he dado una segunda oportunidad. Te daré una tercera si te marchas ahora y no vuelves jamás.

—¿Y si me niego? —inquirió él. «¿Una tercera oportunidad? Por lo visto mi primera suposición es la correcta». Se rio—. Apuesto a que nunca has matado a nadie en tu corta y bonita vida.

Rielle tensó todo el cuerpo cuando la asaltó el recuerdo de Sa-Gest desapareciendo tras el borde del precipicio. Por primera vez, lo agradeció. Aceptó que aquel acto la había cambiado, aunque fuera a peor, porque en ese momento la inocencia no la ayudaría, ni a ella ni a nadie de los presentes.

—Perderías —dijo, y proyectó la conciencia lo más lejos posible para absorber toda la magia del mundo—. Quizá no sepa luchar, pero sé cómo matar.

La sonrisa burlona de Gabeme desapareció. Aún conservaba magia suficiente para marcharse. Lo observó mientras se concentraba en su entorno y descubrió que ella podía percibirlo de la misma manera. Cuando él utilizó magia para impulsarse, ella lo imitó.

Los definidos bordes del salón cristalino se desdibujaron. La imagen del hechicero continuaba siendo sólida y nítida, y su expresión reflejó pánico cuando advirtió que ella no se había desvanecido. Se difuminó y Rielle percibió que se había apartado de ella, de modo que empujó con más fuerza para impulsarse en la misma dirección.

Las paredes y aristas se fundieron en la blancura. Rielle se dirigió a toda velocidad hacia Gabeme, lo alcanzó y lo asió del brazo cuando las sombras del mundo siguiente empezaban a emerger. Lo obligó a detenerse con un tirón.

«Y ahora, ¿qué?», se preguntó.

Si Valhan había muerto, ¿intentarían los rebeldes localizar a sus amigos y aliados para liquidarlos también? ¿Castigarían a quien hubiera estado a su servicio? Si ella soltaba a Gabeme, ¿les revelaría la ubicación del palacio y regresaría con más

rebeldes?

Por lo que había leído en su mente, la respuesta más probable era afirmativa.

«No puedo dejarlo ir». No sabía cómo llevarlo de vuelta al palacio o retenerlo de forma segura hasta que Dahli llegara y se ocupase de él.

Suponiendo que Dahli seguía con vida.

Ella prácticamente había llegado a la conclusión de que estaba dispuesta a luchar por Valhan. A matar por él. Si estaba dispuesta a hacer eso por él, ¿por qué no en aras de la seguridad de Cepher?

No obstante, aunque la muerte de Sa-Gest había sido un accidente, a Rielle aún le remordía la conciencia por lo que había hecho. «Tal vez sea más fácil de sobrellevar el haber matado a alguien en defensa de otros. Pero... ni siquiera sé muy bien cómo».

Mientras Gabeme forcejeaba intentando soltarse sin éxito, en aquel lugar donde la única fuerza que valía era la mágica y no la física, ella cayó en la cuenta de que sí sabía cómo. Le bastaba con esperar.

Aquello le llevó más tiempo del que había imaginado, pero tal vez solo porque nunca había tenido que soportar una espera tan larga. Al final, los ojos de Gabeme se desenfocaron, y tanto el miedo como la incredulidad se borraron de su rostro. Ella no podía apartar la mirada, horrorizada por lo que había hecho, y al mismo tiempo fascinada por el paso de la vida a la muerte. Además, le parecía que, esta vez, debía asumir con todas sus consecuencias la realidad de matar a otra persona. Deliberadamente.

«Sí, pero esta vez lo he hecho para proteger a otros y no a mí misma».

No estaba segura de si le había parecido más fácil o justificado.

Flotando sin rumbo, se había acercado al mundo siguiente. Se encontraba en medio de un círculo de piedra, un típico lugar de llegada. Al otro lado había un campo con plantas de tallos altos. Dejó que el mundo la atrajera y supo que había llegado cuando el aire cálido la envolvió. Gabeme se desplomó en el suelo mientras la magia se arremolinaba en el interior de Rielle, reparando el daño que le había producido la falta de aire, sin que ella tuviera que respirar a grandes bocanadas.

Sin saber muy bien qué hacer con él, lo arrastró hasta el borde del círculo de piedra y lo dejó allí.

Para su alivio, apartarse de un mundo por segunda vez le resultó tan fácil como la primera. No obstante, comprendió por qué Baluka no había conseguido enseñárselo. Había viajado lo suficiente entre mundos, transportada por otros, para entender lo que estaba percibiendo. Se impulsó, recorrió el mismo camino en sentido inverso y se materializó en medio de los artistas, que se apartaron para dejarle espacio.

—No volverá a molestaros —les aseguró mientras liberaba la magia que le había sobrado. Sesse se hallaba cerca, retorciéndose las manos. Rielle le indicó que la siguiera y salió del salón, haciendo caso omiso de los murmullos que oía a su espalda.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sesse mientras enfilaban el pasillo—. Decías que no sabías viajar entre mundos ni pelear.

—Y no sabía. Pero he aprendido a hacerlo. Leer la mente es una habilidad que a veces resulta útil.

—¿Dónde está el rebelde?

Rielle alargó sus zancadas.

—Muerto.

—Ah. Me alegro.

Rielle torció el gesto. Una mano la aferró del brazo y tiró de ella para que se detuviera. Sesse la miraba con una seriedad inusitada en ella, irradiando comprensión y gratitud.

—Has hecho algo bueno, hechicera Rielle. Una cosa difícil, pero necesaria. Él habría cometido actos terribles contra los habitantes de este mundo.

Rielle desvió la vista.

—Lo sé.

«Y ahora que Valhan no está, quizá me vea obligada a defenderme o defender a otros de nuevo. Y tendré que habituarme a ello. —Sin embargo, no quería dejar de estar horrorizada. Era justo que lo que había hecho le produjera conmoción y asco, y que durante el resto de su vida se cuestionara la muerte de Gabeme, como la de Sa-Gest—. Más vale que así sea, porque el día que deje de cuestionármelo, yo seré quien merezca morir».

Una voz se filtró por la escalera desde la planta superior. El corazón le dio un vuelco cuando la reconoció.

—¡Dahli! —exclamó. Estaba vivo. Había sobrevivido. Ella subió corriendo las escaleras y lo encontró de pie en el pasillo. Se detuvo de golpe al ver su expresión. No porque la aflicción de Dahli fuera evidente, sino por el dominio de sí mismo que demostraba.

Rielle advirtió que sostenía algo en la mano. El insecto mecánico. Tras guardárselo en un bolsillo del abrigo, Dahli se le acercó y le tendió la mano.

—Debemos irnos.

Ella titubeó.

—¿Y la gente de aquí? ¿Quién los protegerá?

—Estarán a salvo, por el momento. Ya volveremos más tarde.

Ella le dio la mano.

—¿Adónde vamos? —Le escudriñó el rostro, resistiendo la tentación de asomarse a su mente—. ¿Es verdad? —preguntó con suavidad—. ¿Él está...?

Sin inmutarse, él respondió con una voz serena que hizo que ella tardara un poco más en asimilar sus palabras.

—Es cierto. El Raen ha sido derrotado.

Le apretó el brazo con tanta fuerza que le dolió. El mundo se esfumó en un momento.

Lo único que expresaba el semblante de Dahli era determinación. Cuando llegaron al mundo siguiente, ella tomó aire para hablar.

—¿Qué pa...?

Su pregunta quedó cortada porque habían penetrado otra vez en el espacio intermedio. Dahli mantenía una mirada intensa, pero enfocada en la blancura cada vez más radiante.

«¿Qué ha pasado?», le preguntó mentalmente al recordar que Valhan podía oírla cuando viajaban. Quizá era solo porque le leía la mente, pero no perdía nada con intentarlo.

Dahli clavó la vista en ella. El aire los rodeó, pero esta vez ella no perdió un segundo en respirar.

—¿Adónde va...?

—No hables entre mundos —le dijo él—. Alguien podría oírte.

—Pero...

Todo se fundió en el blancor. Ella tuvo que apretar los dientes para no expresar todas las dudas que se agolpaban en su cabeza y se concentró en el espacio entre los mundos. Dahli circulaba por una ruta transitada. Otros caminos la cruzaban, entre ellos uno que se había desdibujado tanto que solo quedaban fragmentos de él. Abandonaron el camino y Dahli empezó a abrir uno nuevo. Dejaba una estela de remolinos y ondas en la sustancia que llenaba el espacio entre mundos. Llegó a otro camino y lo recorrió hasta el mundo siguiente.

Durante cada trayecto entre mundos, Dahli no avanzaba en línea recta, sino que pasaba de un camino a otro, o se detenía y volvía sobre sus pasos. «Está creando vías sin salida. —Apareció ante ellos un mundo que ella ya había visto hacía un rato—. Se desplaza en círculos. ¿Acaso nos siguen?».

Aunque no experimentó ninguna de las sensaciones físicas del miedo, lo sentía. No fue sino cuando llegaron al mundo siguiente que el corazón empezó a latirle a toda prisa y se le formó un nudo en el estómago. Se llevó la mano al pecho, con la respiración agitada.

Dahli frunció el ceño, preocupado.

—¿Necesitas más tiempo para reparar los daños causados por la asfixia?

—No. —Ella inspiró profundamente y espiró—. ¿Nos persigue alguien?

Él apartó la vista hacia un círculo de enormes árboles muertos.

—No lo creo, pero dadas las circunstancias, debemos tener cuidado. ¿Lista?

Ella asintió, y se zambulleron otra vez en la blancura. Una docena de mundos

desfiló a toda velocidad frente a sus ojos, y luego unos pocos más. Dahli se detuvo en un claro despejado en un campo de plantas rojizas con hojas en forma de tirabuzón.

—Quiero que absorbas toda la energía que puedas —le indicó Dahli.

Ella lo miró, sorprendida.

—Pero entonces dejaríamos muy poca magia en este mundo.

Él asintió.

—Es posible. La gente de aquí desconoce la existencia de otros mundos y aprovechan muy poco la magia que crean. Valhan solía abastecerse en este mundo cuando iba a acometer una tarea de envergadura.

Rielle habría querido preguntarle qué clase de tarea podía requerir tanta magia, pero saltaba a la vista que Dahli tenía prisa. Ella proyectó los sentidos y los alargó hacia arriba, hasta el punto en que la magia, cada vez menos densa, acababa por desaparecer. A continuación expandió la conciencia a lo ancho hasta abarcar la esfera de magia en su totalidad. Como dudaba que Dahli pretendiera que ella despojara al mundo de energía, la atrajo hacia sí en líneas radiales de modo que solo absorbió un poco más de la mitad.

—Ya está —anunció.

Él asintió y acto seguido la llevó a través de varios mundos. Cuando volvió a detenerse, se encontraban en medio de la cresta de una montaña cubierta de hielo bajo un sol resplandeciente. Una sensación gélida le envolvió los pies al hundirse en la nieve. Notó que la humedad empezaba a calarle el calzado blando que solía llevar en el palacio y esperó que no fueran a permanecer mucho rato allí.

De pronto, el suelo empezó a elevarse por debajo de ellos: un círculo de nieve que se separó del terreno. Supuso que Dahli estaba haciéndolos levitar con magia. Flotaron hacia un conjunto de peñas coronadas de nieve y se quedaron suspendidos sobre el hueco que había entre tres de ellas. Dahli quitó con el pie la nieve que cubría el aire inmovilizado bajo sus pies para que pudieran mirar hacia abajo. Una abertura apareció: un agujero perfectamente circular con la pared revestida de una lisa capa de hielo. Descendía hasta perderse en la oscuridad. Rielle intuyó que el fondo estaba mucho más abajo.

—¿Lista? —preguntó él.

Ella clavó los ojos en él.

—No estarás hablando en serio.

—Los viajes entre mundos dejan rastros —dijo él—. La mejor manera de ocultarlos es desplazarte por un mismo mundo. Cuanto más lejos y más deprisa, mejor. —La agarró por los hombros, la atrajo hacia sí y la estrechó entre sus brazos—. No es la primera vez que paso por aquí —le aseguró.

Se precipitaron en el vacío.

Ella soltó un chillido y cerró los ojos, aunque estaba tan oscuro que no veía nada de todos modos. Dahli la sostenía con firmeza. El vértigo inicial de la caída remitió, y aunque ella sabía que aún se movían, su estómago ya no intentaba subirle hasta el

pecho.

De pronto, cuando empezaba a relajarse, la invadió la desagradable sensación de que su cuerpo se volvía muy pesado. Sus piernas apenas la sostenían. El estómago se le hundió en el vientre. La desaceleración de su descenso duró un rato incómodamente largo, hasta que por fin la presión empezó a reducirse.

—Casi hemos llegado.

Ella abrió los ojos. El espacio entre las paredes se había ensanchado. Más abajo apareció el suelo, iluminado por una fuente de luz situada a un lado. Cuando sus pies se posaron sobre él, Dahli la soltó y se apartó.

Al mirar alrededor, advirtió que estaba en una cámara circular. Faltaba una cuarta parte de la pared curva. Al otro lado se vislumbraban unos nubarrones de aspecto amenazador que cubrían el cielo y las cimas de unas montañas lejanas. Entre la abertura y ella se interponían nueve personas, hombres y mujeres. Todos contemplaban a los recién llegados sin el menor rastro de extrañeza. Estaban de pie, al otro lado de un objeto. Cuando Rielle reparó en sus dimensiones, se estremeció y notó un nudo en la garganta.

Era un ataúd. Un ataúd de hielo.

De inmediato supo sin lugar a dudas quién yacía en su interior. El Raen. Su Ángel. O lo que quedaba de él. Un hombre odiado por muchos y amado por algunos. Cuando Rielle alzó la mirada a los desconocidos, vio que la observaban con una curiosidad comparable a la suya propia. Todos tenían un aspecto agradable y parecían más o menos de su misma edad, lo que seguramente indicaba que en realidad eran mucho mayores.

—Amigos del Raen, gracias por venir —dijo Dahli, dirigiéndose a ellos pero mirando de reojo a Rielle para incluirla también—. Habéis sido invitados porque Valhan sabía que podía confiar en vosotros.

Se acercó al ataúd y bajó la vista a su helada superficie. Rielle se situó junto a un extremo para poder verle el rostro a Dahli mientras se dirigía a los demás.

—Como casi todos sabéis —prosiguió—, durante los veinte ciclos en los que Valhan estuvo ausente, los aliados llegaron a creer que no lo necesitaban. Empezaron a actuar a su capricho, pero con cautela, por si se trataba de una trampa.

»Cuando él regresó, les dejó claro que los acuerdos a los que había llegado con ellos seguían en pie. La mayoría lo acató sin rechistar, otros negociaron nuevos acuerdos. Sin embargo, captó resistencia en los pensamientos y a veces en las palabras de otros aliados. Seguían convencidos de que no lo necesitaban. Con el tiempo, se habrían alzado contra él, y él los habría vencido.

Esto no pareció sorprender a ninguno de los presentes. Algunos asintieron como si esta información fuera nueva para ellos, pero no inesperada.

—Habría podido pedir ayuda a aliados nuevos para frustrar esos planes, pero eso habría representado una atadura más. En vez de ello, hizo algo... imprevisto. —Dahli sacudió la cabeza y suspiró—. Algo increíblemente arriesgado. Algo que no podía

revelar a nadie, ni siquiera a mí, hasta hace unas horas. Y yo le habría aconsejado que no lo hiciera.

Se llevó la mano al interior de su abrigo. De pronto se quedó quieto y arrugó el entrecejo. Luego alzó la vista hacia uno de los hombres.

Todos siguieron la dirección de su mirada. Cuando el joven, perplejo por haberse convertido de súbito en el centro de atención, miró en torno a sí, a Rielle le dio un vuelco el corazón. Aunque estaba segura de que nunca lo había visto antes, le resultaba familiar. Tenía la piel muy pálida y el cabello claro. Como Dahli, era apuesto de un modo más mundano y natural que la belleza idealizada de los demás, pero no era a Dahli a quien le recordaba.

Este bajó la vista hacia su abrigo y se encogió de hombros.

—Esto estropea un poco el momento, pero no quiero que se me olvide. Creo que esto te pertenece, Tyen Fundehierro.

Extrajo de su bolsillo un objeto metálico y reluciente. Las alas destellaron cuando se liberaron. El rostro del joven pálido se iluminó, y de repente Rielle supo a quién le recordaba.

«Izare. Es por sus labios. Tienen una forma bonita».

Sin embargo, sus ojos carecían de la oscuridad sensual de los de Izare. En cambio, tenían una mirada enternecedora y reservada. Cuando el joven pronunció una palabra, el ser mecánico voló hasta él y se posó en la palma de su mano. Al recordar que Valhan le había dicho que aquel objeto era el futuro, Rielle escudriñó el rostro del hombre.

Unos siseos y jadeos de espanto atrajeron de nuevo su atención hacia Dahli. Había sacado otra cosa de su abrigo y, aunque marchita y ennegrecida, ella la identificó en el acto.

Una mano. La mano de Valhan.

Bajó la vista hacia el ataúd. «¿Por qué no está dentro? ¿O es que la caja está vacía, y estamos aquí para enterrar el único resto que queda de él?».

Dahli depositó la mano de Valhan sobre el féretro.

—No la toquéis —advirtió—. Es esencial para lo que vamos a hacer a continuación. —Desplazó la mirada por todos los presentes, incluida Rielle—. Dentro de este ataúd yace el nuevo cuerpo de Valhan.

A Rielle se le cortó la respiración. La sorpresa, la esperanza y la emoción que la invadieron se reflejaban en el rostro de todos. Cuando empezaron a asediarse con preguntas, Dahli alzó la mano para acallarlas.

—No tenemos tiempo para largas explicaciones, y os aseguro que serían muy largas. Descubriréis cómo se hace a medida que lo hagamos. ¿Por qué se ha llevado a cabo este plan? —Apretó los labios en una sonrisa que denotaba desaprobación y admiración a la vez—. Para librarnos tanto de los rebeldes como de los aliados. Era inevitable que surgiera una rebelión tras su regreso, cuando una generación de hechiceros jóvenes que nunca habían visto coartadas sus libertades se opusieran a sus

leyes. En vez de aplastarla, él la fomentó. —Miró al joven del insecto mecánico, que tenía el entrecejo arrugado—. Una vez que hubieran matado al Soberano de los Mundos, poseerían la seguridad en sí mismos y las habilidades necesarias para acabar con los aliados. Luego, las filas diezmadas de unos y otros no representarían una amenaza para él cuando regresara. —Dahli contempló la mano—. ¿Por qué era necesario que muriera? Durante los veinte ciclos de su ausencia, muchos no creyeron que hubiera perecido, porque no había testigos de su muerte y no había aparecido su cadáver. Esta vez quiso asegurarse de que a nadie le quedara el menor asomo de duda. Mucha gente presenciaría su fin. Y, lo que es más importante, nadie robaría o profanaría su cadáver, lo que habría imposibilitado su resurrección. —Inspiró profundamente—. Basta de explicaciones. Debemos empezar y darnos prisa, por si los rebeldes nos localizan antes de que terminemos. —Miró a Rielle y suavizó su expresión—. Os presento a Rielle Lázuli, la amiga más reciente del Raen, y también la más fuerte. Es la única lo bastante poderosa para llevar a cabo la resurrección.

Cuando los demás posaron los ojos en ella, a Rielle se le secó la boca. «¿Conseguir que el Raen vuelva a la vida depende solo de mí? ¡Me he entrenado en magia durante menos de un ciclo!».

—Eres perfectamente capaz de hacerlo —aseveró Dahli—. Tendrás que aprender a utilizar el cambio de pautas de un modo que nadie excepto Valhan ha probado, pero si él estaba convencido de que podías hacerlo es porque puedes. Al igual que cuando aprendiste la técnica del cambio de pautas, debes usar la magia para asimilar una pauta, en este caso la de Valhan, y grabarla en el cuerpo que yace aquí. —Dio unas palmaditas en la tapa del féretro—. Para que te suponga menos esfuerzo y para acelerar el proceso, yo asimilaré los conocimientos y recuerdos aquí guardados —recogió la mano—, tú los leerás en mi mente y procederás a grabarlos.

Alguien del grupo murmuró «ah», pero los demás guardaron silencio.

—Y los demás ¿qué hacemos? —inquirió un hechicero.

—Estad preparados para defendernos. —Dahli torció el gesto—. Utilizad solo la magia que habéis acumulado fuera de este mundo, si podéis. Es posible que necesitemos toda la que hay aquí.

El hombre asintió, y la determinación endureció sus facciones.

Dahli se dirigió al otro extremo del ataúd y miró a Rielle por encima de él.

—Empieza por cambiar la pauta del cuerpo. Necesitarás ir leyendo las instrucciones en mi mente, pero espera a que yo te lo indique. —Bajó los ojos hacia la mano. Apretó la boca hasta reducirla a una raya y arrugó la frente en un gesto de concentración.

Rielle centró su atención en el féretro y al extender la conciencia por debajo de la tapa de hielo, percibió tejidos vivos, fríos, aunque no tanto como el material del ataúd. Sus sentidos le revelaron que se trataba de un ser humano, varón y joven, mucho más de lo que ella esperaba.

—¿Quién es? —preguntó.

—Un cuerpo sin mente —contestó Dahli—. No sé más.

Rielle buscó la mente del joven y comprobó que Dahli decía la verdad. Aunque estaba desprotegida, no albergaba pensamiento alguno.

—Procede —le indicó Dahli.

Ella alzó la vista hacia él y descubrió que tenía la mente abierta y lista para que se la leyera. Estaba concentrado en la mano marchita. Para asombro de Rielle, los sentidos de Dahli no la percibían como una mano. Tampoco como una mente. La piel, los huesos, los músculos y los tendones se habían transformado en algo que no estaba vivo pero tampoco del todo muerto, y era capaz de formar una pauta. Una pauta muy intrincada y extensa.

Dahli transmitió magia a esa pauta, y la energía vibró por conexiones demasiado complicadas, imposibles de comprender. Una vez que hubo aprendido el cambio, Rielle empezó a dar forma a la magia para que conservara la pauta y agudizara su entendimiento. Gastó en ello toda la energía que había almacenado y extendió los sentidos para absorber más. Aquel mundo helado la poseía en cantidades increíbles. Ella se preguntó cómo había llegado a ser así. ¿O era Valhan quien de alguna manera lo había colmado de energía?

Perdió toda noción del tiempo, totalmente abstraída en su tarea de asimilar la pauta. Cuando el flujo de información cesó de golpe, ella se tambaleó y se agarró al borde del ataúd para no caerse.

—Ahora, modifica el cuerpo para que se adapte a la nueva pauta —le indicó Dahli.

—¿Antes que la mente? —preguntó ella—. Si no introduzco los cambios necesarios en ella, ¿no recobraré el cuerpo su pauta original?

—No si modificamos la pauta entera —explicó él.

Ella notó el frío del hielo en los dedos cuando envió su mente hacia el interior. Tras absorber aún más magia, comenzó a alterar materia viva como cuando había sanado a los animales y modificado partes de su propio cuerpo durante las clases con Dahli. Esta vez, en lugar de manipular lo que encontró allí, plasmó en la magia la pauta que había asimilado.

Empezó por los pies y a partir de ahí fue subiendo de forma lenta pero ininterrumpida. Cuando llegó al cerebro, hizo una pausa antes de grabar la pauta en el cerebro, preguntándose en qué momento esa persona sin mente se convertiría en Valhan.

Esto no ocurrió. El cerebro continuó siendo un recipiente vacío. «Ah, claro —pensó ella—. Esto es solo su cuerpo. Mientras no contenga todos sus recuerdos, seguirá sin tener una mente, como este pobre muchacho. Me pregunto si nació así o sufrió algún tipo de accidente». Por fortuna, se encontraba en un estado similar al sueño profundo.

Tras confirmar que el cuerpo no tendía a recuperar la pauta anterior, ella alzó la vista hacia Dahli.

—Ya está.

Él asintió, pero no apartó los ojos de la mano.

—Ahora, los recuerdos —murmuró.

Se hizo el silencio. Aunque Dahli contemplaba la mano con fijeza, ella no percibía en su mente más que confusión y temor, junto con un batiburrillo de imágenes inconexas. Algo no estaba saliendo bien. Cuando los demás empezaron a intercambiar miradas, ella imaginó qué estaban pensando: ¿fracasaría la resurrección en mitad del proceso?

Finalmente, Dahli dirigió la vista hacia ella y luego hacia los demás.

—Se supone que debo empezar por los recuerdos más antiguos —explicó—, pero no puedo aislarlos. Están vinculados al momento en que Valhan grabó todos sus recuerdos y conocimientos en su mano. —Se volvió hacia Rielle—. La única forma de hacer esto que se me ocurre es transmitirte la información tal como la voy percibiendo.

—Estoy lista —declaró ella.

Él inspiró a fondo, cerró los párpados y asintió.

—Primero, léeme la mente.

Una vez más, imágenes y conceptos se sucedieron en la mente de Dahli. Esta vez, ella consiguió desentrañarlos. Comprendió de inmediato por qué él no había podido seguir la indicación de Valhan. La mano contenía un momento congelado en el tiempo. Las conexiones fluían hacia el exterior a partir de lo que había sido el presente de Valhan cuando había creado la mano y había asociado a ella un complejo nudo del que arrancaban todas las rutas posibles que su mente podía seguir para acceder a un recuerdo. Dahli no podía alcanzar los más antiguos sin antes pasar por los más recientes.

El plan de Valhan destacaba entre sus pensamientos más frescos, y cuando Dahli se concentró en él, Rielle empezó a grabarlo con magia. Él había corrido un riesgo enorme al dejar una resurrección compleja y nunca antes probada en manos de personas que ni siquiera sabían lo que se les pediría que hicieran. De Dahli, su seguidor más leal e inteligente. De Rielle, que aún no había demostrado su lealtad, pero era la única persona con la fuerza necesaria para la tarea, pues sus poderes eran equivalentes a los de Valhan.

Rielle estuvo a punto de perder la concentración a causa de la sorpresa. Le habría gustado ahondar en los recuerdos del Raen sobre este tema, pero Dahli seguía ciñéndose a los relativos al plan del Raen.

—Esto es demasiado lento —se lamentó ella, conteniendo su frustración—. No podemos repasar todos los recuerdos de su vida, pues nos llevaría mil ciclos. Debe de haber una manera de agilizar el proceso. ¿Podrías leerlos como si conformaran una pauta?

Por toda respuesta, Dahli comenzó a experimentar. En efecto, si no intentaba comprender lo que veía o seguir un hilo de recuerdos, avanzaba más deprisa. Rielle

continuó plasmando la pauta en la magia mientras empatizaba con la frustración de Dahli por no poder descubrir más cosas sobre el hombre al que había servido y amado durante tanto tiempo.

«Pero yo sí puedo», pensó de pronto. Al agudizar su mente, consiguió canalizar la pauta que le transmitía Dahli sin concentrarse en ella. Eso le permitió explorar los recuerdos que se acumulaban en la magia que la rodeaba.

Buscó el último que había visto. «¿Poderes equivalentes?». Los recuerdos de Valhan así se lo confirmaron, y además le revelaron que él le tenía un poco de miedo. Había habido momentos en que no había conseguido leerle la mente, y aunque no creía en las profecías, la influencia del mito de la Regla del Milenio sobre los habitantes de los mundos había llegado a atemorizarlo hasta tal punto que le había ordenado a Dahli que estuviera atento a posibles señales de que ella quisiera volverse contra él.

«Bueno, eso explica por qué Dahli estaba tan nervioso».

El hecho de no enseñarle a viajar entre mundos había sido una pequeña medida de precaución para prevenir esa posibilidad, al igual que no enseñarle a luchar. Si llegaba a convertirse en una amenaza, sabía tan poco de combate mágico que seguramente Dahli habría podido matarla.

«Menos mal que nunca me decidí a pedirle a Dahli que me entrenara para pelear —se dijo—. No habría hecho sino alimentar su paranoia».

Valhan creía probable que algún día algo la empujaría a enfrentarse a él. Sería más fácil quitarla de en medio para evitar que acabara por representar una amenaza, y mejor pronto que tarde. Por otro lado, interactuar con una hechicera casi tan poderosa como él era una perspectiva interesante, sobre todo si llegaba a ser tan leal y útil como Dahli.

«¿De modo que o trabajaba para él o me mataba?». Rielle sintió una punzada de ira. Pero comprendió que él había conseguido sobrevivir tanto tiempo gracias a que tenía en cuenta todas las posibles amenazas y planeaba cómo actuar en caso de que se concretaran. «Supongo que habría estado justificado que se defendiera si yo me hubiera vuelto realmente contra él».

Se había preguntado cómo se ganaría la lealtad de Rielle. La idea de aprovechar su tendencia a verlo como a una deidad no lo atraía, y aunque se consideraba capaz de enamorarla, eso habría provocado un conflicto entre ella y Dahli.

Por otro lado, si alguna vez quería desembarazarse de él...

Ella desvió su mente. Dahli le transmitía la pauta de recuerdos cada vez más deprisa conforme aprendía a leerlos con mayor eficiencia. «No me queda mucho tiempo para explorar la mente de Valhan. Así que ¿qué quiero saber ahora?».

Si ella era la única persona que podía resucitarlo, ¿hacía cuánto había concebido él el plan? Ella se zambulló en sus recuerdos y miró alrededor, con la esperanza de encontrar un punto de partida que la condujera a una respuesta. Algún momento entre la partida de Rielle de su mundo y su llegada al palacio de Valhan...

Se vio a sí misma caminando con los paisanos del Raen. Sin embargo..., cuando se detuvo a examinarlos con más atención, se le cayó el alma a los pies.

«¡No son sus paisanos! Me llevó a ver a una gente con rasgos físicos similares a los suyos y con los que me sentiría identificada y que me inspirarían confianza. Personas que vivían en un desierto pero eran comerciantes nómadas, como los viajeros».

Entonces ¿cuál era su auténtico mundo de origen? ¿Lo recordaba él siquiera...?

«Ah».

Su mundo de origen era aquel donde había aprendido lo que había que hacer para gobernar... y lo que no había que hacer. Donde él —demasiado joven para saber manejar el poder tanto de naturaleza mágica como política— había cometido un gran número de errores. Había sido tanto tiempo atrás que el arrepentimiento que se había adueñado de él se había apagado, aunque todavía quedaban rescoldos.

«Ya entiendo por qué mintió. Yo tampoco querría que alguien viera mis errores».

Continuó explorando y se detuvo al percibir en la mente de Valhan un recuerdo antiguo de Inekera ligado con encuentros más recientes.

«Él creía que ella me había matado —descubrió—. Un momento... ¡le ordenó a Inekera que me matara!». Después de poner a prueba la fuerza de Rielle, ella había ido a buscarlo y se había ofrecido a encargarse de la nueva hechicera, pues sabía que él solía matar a los magos poderosos antes de que pudieran adquirir la destreza y el valor para convertirse en una amenaza. Valhan le había dado una respuesta afirmativa, solo ligeramente decepcionado por la necesidad de hacerlo. Pero resultó que no necesitaba una Creadora, después de todo. Su mundo seguía intacto.

Sin embargo, después había aprendido de un hechicero nuevo y poderoso un método para conservar todos sus conocimientos y recuerdos. Esto le había inspirado una idea, una idea audaz que le permitiría ocuparse tanto de sus aliados como de la inevitable rebelión que surgiría tras su larga ausencia. Una idea que requería la ayuda de una persona muy poderosa y que él supiera que podía llevar a cabo la tarea. El del libro consciente le sería más útil como espía. Se arrepintió de haber ordenado la muerte de Rielle. Cuando se enteró de que los viajeros habían adoptado a una Creadora poderosa, había hecho algunas pesquisas y descubierto que Rielle había sobrevivido.

Ella abandonó ese hilo de recuerdos, llena de malestar por el modo en que él la había valorado. «¿Qué habría hecho si yo hubiera decidido quedarme con los viajeros y casarme con Baluka? ¿Habría encargado a alguien que lo liquidara?». ¿Tan despiadado era?

Pero, siguiendo el mismo razonamiento, ella habría podido preguntarse si hubiera matado a Sa-Gest a propósito y no por accidente, si él la hubiera atacado aquel día en el camino entre las montañas. Pero él no la había atacado. Ella no lo había matado a propósito. Y Valhan no la había matado a ella. Además, ella siempre había tenido claro que él estaba dispuesto a matar para proteger a los mundos y a sí mismo. Solo

lo había aceptado porque creía que su objetivo final era noble: instaurar la paz en todos los mundos.

«Esta muerte y resurrección no son solo para salvarlo a él, sino para deshacerse de los aliados. Está exponiéndose a un riesgo muy grande para conseguirlo. Si su única aspiración hubiera sido vivir a salvo, lo más lógico habría sido que se estableciera en un lugar tranquilo en el que nadie se fijara mucho».

Pero no era capaz de imaginarlo viviendo así. No era un hombre al que pudiera satisfacerle una existencia sencilla. Era un hombre capaz de quemarse vivo para recuperar el poder.

A pesar de todo lo que había descubierto, de saber que él la había utilizado e incluso había ordenado su muerte, Rielle no podía evitar sentir admiración por él.

Con la misma brusquedad de antes, la pauta dejó de fluir desde la mente de Dahli. Ella parpadeó, alzó la vista hacia él y luego la bajó hacia el ataúd.

«Un paso más».

Cuando extendió los sentidos para absorber más magia, se percató de que se estaba acabando en el mundo. Como Dahli y los demás aún conservaban energía más que suficiente para abandonar el mundo, ella se apoderó de toda la que quedaba allí. Exploró la vida que tenía debajo hasta localizar de nuevo la mente del joven.

Había cambiado.

Donde antes no había mente, ahora había una conciencia. Empezaban a formarse pensamientos, a surgir recuerdos. Ninguno de ellos pertenecía a Valhan.

«¿Qué está produciendo esto? —Reconoció de inmediato el cambio de pautas. La mente contenida en el cuerpo estaba sujeta al mismo hábito de conservación y restauración constantes que ella había adquirido cuando había alcanzado la inmarcesibilidad—. Claro, es obvio. Formaba parte de la pauta que he grabado. La pauta de Valhan como hombre inmarcesible».

Pero eso significaba que la mente original del joven estaba recuperándose.

Estaba ocurriendo de forma lenta e irregular. Al igual que los recuerdos de Valhan plasmados en la mano, los primeros en despertar fueron los más recientes.

Ella vio a Valhan. Percibió desconcierto. «¿De verdad es así como un hechicero se vuelve inmarcesible?», se preguntó él. Sabía que algo no iba bien, pero era demasiado tarde. No le sirvió de nada resistirse y se rindió. El terror se extinguió al mismo tiempo que la conciencia.

Rielle se estremeció al comprender la verdad. Aquel joven no había nacido sin una mente. Era una persona normal a quien le habían robado el cuerpo y eliminado el pensamiento.

«¿Cómo es que no he visto esto en los recuerdos de Valhan?».

Se centró de nuevo en estos recuerdos y rebuscó entre ellos, pero no encontró nada. Fue entonces cuando recordó que Valhan le había explicado que los recuerdos se podían borrar. Encontró información sobre los experimentos que había realizado para desarrollar el método de resurrección, pero ningún detalle.

Examinó la mente del joven. Estaba medio despierto, temblando y jadeando de pavor.

Si ella grababa los recuerdos de Valhan encima, estaría haciendo algo tan parecido a matarlo como clavarle un cuchillo en el corazón. Se recordó a sí misma que ya había matado antes. Y esa era la única forma de resucitar al Raen. Si ella no seguía adelante, Valhan moriría... y esta vez para siempre. Tenía que hacerlo.

Y sin embargo... no podía. Estaba mal destruir la mente de alguien que apenas había vivido. De un hechicero joven con tanto potencial. «De cualquiera, en realidad».

«Pero ¿quién mantendrá la paz en los mundos?».

¿Qué sería de ellos sin Valhan? Ella no tenía la respuesta. Por poco se le escapó una carcajada al recordar lo que él había dicho: «Nunca he conocido a nadie capaz de predecir el futuro». Había reconocido su incapacidad para prever las consecuencias de su intervención en un mundo. Solo estaba convencido de que, sin él, los mundos se sumirían en el caos.

Pero si no era capaz de predecir las consecuencias de nada, ¿cómo podía estar seguro de eso?

La muerte del joven quizá salvaría a los mundos del desastre o quizá no supondría ninguna diferencia.

«Lo que significa que la resurrección de Valhan podría salvar a los mundos del desastre o no suponer ninguna diferencia».

De pronto lo vio todo con claridad.

Si el resultado era incierto en cualquiera de los dos casos, la alternativa real estaba entre la vida de un joven que apenas había vivido y la de un soberano poderoso que había vivido mil ciclos.

Sabía muy poco sobre la vida de uno y otro para tener claro quién la merecía más, pero lo único de lo que estaba segura era de lo que le habían enseñado sus propios actos: que no había que matar a nadie a la ligera ni por motivos egoístas.

Y quizá la persona que estaba dispuesta a borrar la existencia de otra para burlar a la muerte era quien no merecía vivir. Tal vez la persona que mataba a hechiceros poderosos solo por la posibilidad de que llegaran a representar una amenaza era quien no merecía resucitar. Tal vez la persona capaz de hacer cualquier cosa para conservar el poder —desde establecer alianzas con gente que abusaba de su posición de fuerza hasta manipular a hechiceros jóvenes para que se rebelaran a fin de que ellos y los aliados se mataran entre sí— era quien merecía morir. O, mejor dicho, seguir muerto.

—Rielle —dijo Dahli.

Ella se sobresaltó y logró recuperarse antes de alzar la vista hacia él. Dahli había cerrado su mente, pero al echar un vistazo más allá de la barrera ella advirtió que empezaba a preocuparse.

La determinación de Rielle flaqueó. Lo que estaba a punto de hacer le ocasionaría a Dahli un daño que él nunca le perdonaría. Se quedaría destrozado. Quizá incluso la

mataría, creyendo que sus sospechas sobre ella habían sido fundadas desde el principio. Los amigos del Raen lo ayudarían. Ella no tenía magia suficiente para luchar contra ellos, ni los conocimientos necesarios.

«No, no lo haré. Cree que soy la única persona capaz de hacer esto». Al examinarle la mente descubrió que se equivocaba. El hechicero del insecto mecánico también era fuerte. Quizá no tanto como Rielle, pero tal vez lo suficiente.

La única esperanza para el joven que yacía en el féretro era que ella huyese con él.

Para ello, tendría que encontrar la manera de acceder al interior del ataúd de hielo. Una vez que lo tocara, podría llevárselo consigo. ¿Cómo podría hacerlo antes de que Dahli intentara impedirselo? Le quedaba muy poca magia además de la necesaria para abandonar el mundo. Pero la caja era solo de hielo, así que no necesitaría demasiada.

Apoyó las manos en la parte posterior del ataúd, donde nadie más alcanzaba a verlas, y calentó el hielo para derretirlo hasta hacer un agujero.

Dahli bajó la mirada hacia el féretro y frunció el ceño.

—¿Qué estás...? —empezó a decir.

Ella introdujo la mano por el agujero cuando este atravesó del todo la pared del ataúd. Se agachó, alargó el brazo hacia el interior de la caja y buscó un pie a tientas.

—¡Rielle! —exclamó Dahli—. ¿Qué estás haciendo?

Ella alzó los ojos hacia él.

—Esto no está bien, Dahli —dijo—. No es un mero recipiente sin mente.

Él sacudió la cabeza.

—No hay otra solución, Rielle.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no transferir los conocimientos y recuerdos de Valhan a un cuerpo realmente desprovisto de mente en vez de robar el de este hombre? ¿O crear un cuerpo nuevo a partir de otra materia viva?

—Necesita un cuerpo plenamente desarrollado —alegó Dahli, esforzándose por evitar que el pánico y la rabia se reflejaran en su voz—. Y una mente que sea capaz de usar la magia.

«¿Cómo puede saberlo? —Se asomó a su mente—. No lo sabe. Valhan solo le dejó órdenes, no explicaciones. Confiaba en que Dahli no cuestionaría ninguna de ellas. Y tenía razón».

—Todo tiene un precio —aseveró Dahli, rodeando el ataúd.

—El precio es demasiado elevado —replicó ella.

Con el rostro crispado, Dahli se dirigió hacia ella a grandes zancadas.

—Solo has vivido unos pocos ciclos. No sabes nada. Has visto un puñado de mundos... y ni siquiera sabes viajar entre ellos.

Su mano topó con una piel fría. Ella agarró la pierna, dejó que las memorias inscritas en la magia se disiparan y se apartó del mundo. En la sala que empezaba a desvanecerse, vio que él se volvía hacia los demás y profería un grito apagado.

—Matadla.

Rielle se dio impulso con todas sus fuerzas para alejarse lo más posible del mundo.

La blancura la envolvió de inmediato. Perdió la percepción del mundo. Sus sentidos le indicaron que seguía desplazándose hacia delante. Un paisaje de grises y negros cambiantes impactó contra ella. Se zambulló en un líquido caliente y se hundió.

Sin soltar la pierna del joven, se impulsó de nuevo. No tenía ni idea de adónde se dirigía, y menos aún de cómo ocultar sus huellas a sus perseguidores. Por fortuna, no regresó al mundo de hielo, sino que de algún modo consiguió desviarse hacia otro camino. Sabía que debía probar alguno de los métodos que Dahli había empleado antes para borrar su rastro, pero no sabía muy bien cómo abrir un camino nuevo.

Cinco mundos más adelante, un amigo del Raen la alcanzó.

Se materializó en el blancor, la asió del brazo y tiró de ella en otra dirección con violencia. Emergieron en una gran llanura cubierta de púas blancas, con tamaños que iban desde la longitud de su dedo meñique hasta la altura de una torre. Aquellas sobre las que Rielle aterrizó se rompieron y rodaron bajo sus pies. Ella consiguió evitar que el joven cayera sobre ellas suspendiéndolo en el aire.

El hechicero aún le sujetaba el brazo. Era el guapo. Aquel al que pertenecía el insecto mecánico. El que le había inspirado a Valhan la idea sobre cómo resucitar. Fijó la vista en ella, respirando agitadamente.

—Si quieres... escapar..., confía en mí —jadeó.

Ella se quedó con la boca abierta por el asombro y luego la cerró. ¿Qué alternativa le quedaba?

—Espera un momento.

Atrajo al joven hacia sí. Estaba semiconsciente. Lo recogió del suelo y sostuvo entre sus brazos su cuerpo lánguido, como un peso muerto. Miró al hechicero y asintió.

—Vamos.

Viajaron a toda velocidad, tan deprisa como Valhan la había transportado. Tras perder la cuenta de los mundos por los que habían pasado, ella llegó a la conclusión de que el hechicero no la había engañado.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó cuando llegaron al mundo siguiente.

Para su sorpresa, él sonrió, pero con tristeza.

—Porque tienes razón. —Inclinó la cabeza hacia el joven—. Lo que quieren hacerle está mal.

Ella le exploró la mente en busca de la verdad.

—¡No puedo leerte el pensamiento!

—No —respondió él. Parecía querer añadir algo, pero en ese momento una mujer salió de una puerta cercana y se quedó de una pieza al verlos.

El hechicero cerró la boca y se dio impulso para seguir adelante.

«¿Cómo puedo saber con certeza si me está ayudando de verdad? ¿Y si estamos dando vueltas en círculos hasta que Dahli nos alcance?».

—¡Para un momento! —exigió cuando arribaron a otro mundo. Se encontraban sobre la suave arena de una playa ancha y sinuosa.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—¿Adónde me llevas?

Él se encogió de hombros.

—Lejos de los amigos del Raen.

—¿Los hemos dejado atrás?

—Eso creo. Le he dicho a Dahli que iba a fingir que quería salvarte, para que luego intentáramos persuadirte de que reconsideraras tu decisión.

A Rielle se le heló la sangre.

—Ibas... a fingir...

—Estaba fingiendo que iba a fingir —dijo él, torciendo la comisura de los labios—. Sé que suena un poco confuso. No tenía mucho tiempo para discurrir un plan. Creo que buscaré un lugar seguro donde puedas esconderte y luego regresaré con ellos y les diré que te he perdido. —Frunció el ceño—. Hmm. Dahli ha dicho que no sabías viajar entre mundos. ¿Cómo explicaré entonces que has conseguido escaparte? Por otro lado, estaba equivocado al respecto, así que tal vez me crea.

Ella sacudió la cabeza.

—He aprendido la técnica... hace muy poco. Él sabrá que aún no la domino.

—Me lo temía.

—En fin... ¿Adónde me llevarás?

Él hizo una mueca.

—Aún no lo he decidido.

—No tienes por qué. Deja que yo siga mi camino desde aquí. —Clavó los ojos en él, desafiándolo a negarse—. Regresa. Dile que te he engañado, o que alguien me ha ayudado.

—Pero... debería asegurarme de que encuentras un escondite seguro.

—Entonces sabrías dónde estoy, y preferiría que no lo supieras. —Torció el gesto ante su falta de delicadeza—. Aunque te estoy agradecida por tu ayuda, sería lo mejor para los dos.

El hechicero miró al joven, que se revolvía y movía la cabeza de un lado a otro. «Tengo que despertarlo cuanto antes —pensó Rielle—. Sacarlo de esa pesadilla».

—¿Sabes dónde estás? —inquirió el hechicero.

—No.

—Hay un mundo de sanadores cerca de aquí. Los habitantes de este mundo lo conocen y podrán indicarte cómo llegar. Tal vez allí consigan sanarlo. Solo tienes que atravesar el...

—Ahora que me lo has dicho —lo interrumpió Rielle—, no podré ir allí.

El hechicero contempló a Rielle durante largo rato. Ella le sostuvo la mirada,

hasta que él bajó la vista y le soltó el brazo.

—Evita los mundos sin caminos de llegada o de salida —le recomendó—. Sobre todo los que no tienen caminos de salida. Es probable que sean mundos muertos.

Ella asintió.

—Lo sé.

Él retrocedió un paso y —sin apartar los ojos de ella ni desfruncir el entrecejo— se desvaneció.

Cuando él se hubo marchado, Rielle viajó por tres mundos más. Como el joven estaba cada vez más inquieto, ella se detuvo en un campo y lo tendió con suavidad en el suelo. Cuando vio su rostro por primera vez, se quedó helada.

Tenía la tez del mismo color que Valhan, pero la redondez de su rostro era propia de un muchacho que empezaba a experimentar los cambios físicos del tránsito a la edad adulta. Se preguntó si el cambio de pautas no había sido permanente, después de todo, y si la primera señal de que estaba volviendo a la pauta original era la recuperación de su edad auténtica. ¿O quizá la pauta se había adaptado automáticamente a la edad del chico? O tal vez Valhan tenía esa edad cuando se había vuelto inmarcesible.

La expresión del joven reflejaba un sufrimiento que ella nunca había visto en el rostro del Raen.

Él soltó un quejido, y le temblaron los párpados.

—Pronto —prometió ella—. Atravesaremos unos mundos más y te despertaré como es debido.

Y, tomando al muchacho de la mano, se impulsó para apartarse del mundo.

DÉCIMA PARTE

Epílogo

Tyen

Una caligrafía elegante que conocía bien se extendió por la página. Tyen sonrió. Había echado mucho de menos a Vella. Había pasado largos períodos entre rebeldes sin que se le presentara la ocasión de hablar con ella de forma segura. Ahora tenía la libertad de conversar cuando le apeteciera.

—Podrías unirte de nuevo a la rebelión. No saben que eras un espía.

«Baluka sabe que existes —le recordó él—. Cualquiera que le lea la mente descubrirá que llevo un libro que contiene el secreto de la inmarcesibilidad».

—Pues comparte esos conocimientos. Si dejan de ser secretos, ya no tendrán motivos para desear apoderarse de mí.

Él reflexionó sobre ello. «Supongo que los mundos no corren el peligro de ser invadidos por inmarcesibles, y el número de aliados se está reduciendo porque los están matando. Yo podría revelar el secreto de la inmarcesibilidad a cambio de ayuda para encontrar una manera de curarte, cuando los rebeldes no estén tan ocupados castigando a sus enemigos».

—Eso llevará un tiempo.

«Sí. Quizá más del que estoy dispuesto a esperar. Además, está Rielle. Tal vez haya un modo de convencerla de que te ayude».

—Sus motivos para interrumpir la resurrección del Raen también serían aplicables a mí.

El recuerdo de la joven que había desobedecido a Dahli y los leales amigos del Raen reavivó la admiración en su interior. Fuerte, hermosa y con unos escrúpulos a toda prueba, había causado una honda impresión en él. Al verla negarse a matar a una persona para resucitar al Raen, había comprendido que él habría tomado la misma decisión, incluso si eso le impedía devolver a Vella su forma humana.

«Tiene que haber una manera de hacerlo sin destruir la mente de otra persona. Ojalá hubiera tenido la oportunidad de preguntarle a Rielle qué pasos estaba siguiendo durante la resurrección. Lo único que vi en la mente de Dahli fueron los recuerdos del Raen, y fluían tan deprisa que apenas se entendían».

—Dahli sería un aliado mucho más útil que Rielle. Si hay alguien que sabe dónde realizaba sus experimentos el Raen, es él. Es improbable que el Raen no haya trazado un plan alternativo por si fracasaba la resurrección.

«Dahli querrá que yo mate a alguien para resucitar al Raen. No pienso hacer eso».

Tyen se distrajo al captar un movimiento con el rabillo del ojo. Una figura estaba materializándose y, cuando se hizo más definida, él sonrió. Baluka había recibido su mensaje y había conseguido descifrarlo.

El líder rebelde tomó una gran bocanada de aire en cuanto llegó. Dándole tiempo a su visita para que se recuperara, Tyen cerró a Vella, la metió en su bolsa y se la guardó bajo la camisa. Baluka se acercó a la ventana y se apoyó en el liso alféizar cubierto por un enlucido de barro. Tras él, el paisaje de Down oscilaba en el aire caliente.

—Tyen —dijo—, ¿cómo has estado?

—Bueno —respondió Tyen—, manteniéndome en la sombra. Y esperándote. Baluka torció el gesto.

—No me fue posible escabullirme, aunque ya sabes las ganas que tenía.

—Sí.

—¿Y bien? —preguntó el rebelde con un brillo de esperanza y miedo en los ojos.

—La encontré —le informó Tyen—. Está... Bueno, en aquel momento estaba sana y salva.

—¿Dónde está? ¿Puedes decírmelo sin ponerla en peligro?

—No sé dónde está —admitió Tyen—. Conseguí alejarla de los amigos del Raen, pero ella decidió que yo tampoco era de fiar y prosiguió el viaje por su cuenta.

—¿La has buscado después?

—He estado atento a noticias sobre su paradero, pero no la he buscado. —Tyen sacudió la cabeza—. Los amigos del Raen quieren encontrarla, y detestaría ayudarlos a conseguirlo.

—Gracias. —Baluka suspiró y luego enderezó la espalda.

—Por lo menos el Raen ya no está. Ahora solo tenemos que lidiar con los aliados.

Tyen asintió. «Que era lo que pretendía el Raen desde el principio». Todas las instrucciones extrañas que este le había dado habían cobrado sentido. Él quería que la fuerza de los rebeldes aumentara para que, una vez que creyeran que lo habían vencido, tuvieran la confianza y la capacidad para dar caza a todos los aliados.

«Podríamos habernos encargado de los aliados primero. Entonces él no habría tenido que simular su muerte. Pero sabía que un líder rebelde astuto atacaría primero el objetivo más importante mientras los seguidores se encontraran ansiosos por luchar y aún no estuvieran desanimados por todas las bajas que provocarían los enfrentamientos con los aliados».

—¿Crees que puedes librarte de todos los aliados? —preguntó Tyen.

—De casi todos —contestó Baluka—. Ahora que se ha propagado la noticia de la muerte del Raen, el número de nuestros partidarios ha crecido aún más. Esos reclutas no están dispuestos a quedarse en su mundo esperando una señal. Hay tantos en nuestra nueva base que tenemos una superioridad de mil a uno respecto a los aliados. Lo complicado es coordinarlos a todos, evitar que lancen ataques contra aliados por su cuenta. —Hizo una mueca—. Ahora tengo más de mil generales. Como Hapre ha

vuelto a su mundo y Volk y Frell están muertos, es como volver a empezar de cero. Me vendría bien tener cerca una cara amiga. —Algo ensombreció el rostro y los pensamientos de Baluka. Una mala noticia. Algo que no quería tener que decirle a Tyen.

Este frunció el ceño.

—¿Qué sucede?

Baluka arqueó las cejas.

—¿No lo has leído en mi mente?

—¿Quieres que lo haga?

Baluka se apartó de la pared, caminó hasta la mesa y se sirvió agua de una jarra en una taza.

—Tal vez sería lo más fácil —dijo. Bebió un sorbo y puso mala cara. Hasta el agua sabía a arcilla en ese mundo de alfareros—. Sí. Es la única manera de asegurarnos de que nadie más lo oiga.

De modo que Tyen examinó sus pensamientos y se le cayó el alma a los pies.

«Todo el mundo cree que eras un espía del Raen —pensó Baluka—. Nadie sabe dónde se originó el rumor, pero se ha propagado demasiado para atajarlo».

—¿Y qué crees tú? —preguntó Tyen.

—Creo que es obra de los aliados, que intentan debilitarnos. —Baluka se encogió de hombros—. Pero tengo que contemplar todas las posibilidades.

—Por supuesto.

—Si regresas conmigo, tendrás que demostrar tu inocencia, seguramente varias veces.

Tyen asintió, consciente del callejón sin salida en el que se encontraba.

—Y si no regreso, todos darán por sentado que soy culpable.

—Así es.

El problema, se dijo Tyen, es que en realidad era culpable. Sacudió la cabeza.

—Lo siento, Baluka, pero ya he decidido no volver a unirme a la rebelión.

Baluka esbozó una sonrisa amarga.

—Ya me imaginaba que no querías, pero después de todo lo ocurrido, he pensado que debía ofrecerte esa posibilidad.

—Gracias.

—Entonces ¿qué harás?

Tyen meditó sobre sus opciones. Si los rebeldes lo consideraban un aliado, intentarían matarlo. Si los aliados habían lanzado el rumor era porque sabían que no lo era e intentarían matarlo. Solo los amigos más leales del Raen lo acogerían, pero él no quería quedarse con ellos.

Podía aventurarse solo en busca de un mundo lejano en el que establecerse y concentrarse en ayudar a Vella. Ya se las apañarían los mundos sin él. «Y tal vez haya llegado el momento de que realice los cambios para conseguir la inmarcesibilidad. Podría facilitarme la supervivencia, si los rebeldes o los aliados me encontraran.

Aunque no parece estar ayudando mucho a los aliados a sobrevivir a los ataques rebeldes».

Si prolongaba su vida lo suficiente, los rumores se extinguirían antes que él, aunque fueran ciertos..., aunque él mismo reconociera que lo eran. Todo sería mucho más fácil si pudiera dejar de fingir. Lo asaltó de nuevo la tentación de confesárselo todo a Baluka, pero la resistió. Solo le faltaba que el líder rebelde intentara matarlo también.

—No sé lo que haré —contestó—. Y... lo siento, Baluka, pero sería mejor que no te dijera lo que me estoy planteando, por si alguien te leyera la mente.

Baluka asintió.

—Entiendo. —Se dirigió de nuevo hacia la ventana, tendió la mirada hacia la ciudad y suspiró—. Mi papel se ha invertido. Si antes tenía que exaltar los ánimos de la gente, ahora me esfuerzo por fomentar la moderación. No todos los aliados eran explotadores ni tuvieron la oportunidad de elegir con quién pactar. Pero las cosas se están... descontrolando.

Tyen movió la cabeza afirmativamente.

—Eso he oído. —Los rebeldes se veían a sí mismos como libertadores y vengadores. Otros los consideraban unos invasores y verdugos que perturbaban el orden y sembraban el caos—. Quizá deberíais dejar de llamaros rebeldes. Después de todo, el hombre contra el que os rebelasteis ha muerto. Elige un nombre apropiado para la dirección en la que quieres encaminarlos.

Baluka se volvió hacia él.

—Tienes razón. Algo como «restauradores» o «reconstructores», por ejemplo. Eso podría alentarlos a reparar los daños que están ocasionando con sus actos de liberación y venganza. Y tal vez eso atraería la ayuda de aliados que deseen sinceramente compensar sus errores del pasado. —Sonrió—. Quizá tú necesites un título más apropiado también.

Tyen crispó el rostro.

—¿Qué sobrenombre me han puesto?

—De momento, ninguno —dijo Baluka, tal vez con demasiada prisa, pero Tyen lo leyó en su mente: «el Espía»—. ¿Cómo te gustaría que te llamaran?

Una docena de palabras acudió a la mente de Tyen. «Ejercí como explorador para los rebeldes, excepto durante la batalla. Y lo último que me pidió Baluka que hiciera fue encontrar a Rielle. ¿Rastreador? ¿Buscador? ¿Localizador?».

Todos eran términos relacionados con el espionaje. La faceta positiva y aceptable del espionaje. Al final, la palabra «espía» era buena o mala en función del bando en el que uno estuviera.

Notó un hormigueo en la piel cuando se le ocurrió otra posibilidad. ¿Y si aceptaba el sobrenombre que le habían puesto? «¿Podría darle la vuelta a ese rumor y sacarle provecho?». Contempló la sugerencia de Vella de que intentara conseguir la ayuda de Dahli. Podría advertir a Baluka si los amigos de Dahli descubrían otra manera de

resucitar al Raen. Quizá podría evitar que encontraran a Rielle, o socorrerla si la localizaban.

Si conseguía cualquiera de estas cosas, su labor de espía sería objeto de admiración y no de desprecio.

—Llámame «Espía» —dijo—. Deja que empiecen a preguntarse para quién trabajo.

Baluka se quedó con la boca abierta de asombro y la cerró con un chasquido. Entornó los ojos y, cuando comenzó a adivinar las intenciones de Tyen, se le dibujó una sonrisa en los labios.

—Muy bien, «Espía». No me gustaría estar en tu lugar. Por otro lado, el mío tampoco me entusiasma por el momento.

—Estás más capacitado para tu puesto que yo, Baluka. Pero... te aconsejo una cosa: renuncia a él en cuanto aparezca alguien mejor. Cuando llegue ese momento, intenta no ignorarlo ni cerrar los ojos a la realidad. De lo contrario, quizá acabe por ocupar tu puesto alguien peor.

Baluka asintió.

—Así lo haré. —Se retiró de la ventana y, para sorpresa de Tyen, le dio un breve abrazo—. Gracias. Si algún día crees que nadie recuerda lo que has hecho por nosotros, ten por seguro que yo lo recordaré siempre.

El sentimiento de culpa que acechaba en un rincón de la mente de Tyen se removió. Asintiendo para aparentar que estaba demasiado emocionado para hablar, retrocedió unos pasos y se apartó del mundo hacia la reconfortante blancura del espacio intermedio.

Rielle

Cuando los carromatos emergieron de la blancura, a Rielle se le cortó la respiración. La temporada que había pasado con los viajeros se le antojaba el pasado de otra persona, no el suyo propio. Aun así, aquella imagen la llenó de añoranza.

Y pesadumbre. Pero ya no la atormentaba el sentimiento de culpa. Pese a todo lo que había sucedido desde que había dejado a los viajeros, aún creía que marcharse había sido la decisión correcta. El tiempo le había proporcionado una perspectiva más clara de las cosas de la que nunca habría llegado a tener si se hubiera quedado con ellos. Podía perdonar a la mujer que había sido, confundida y vulnerable, por haber elegido el futuro que le parecía más seguro. La oferta de integrarse en una familia afectuosa había sido demasiado tentadora para rechazarla. Se había criado en una cultura de matrimonios concertados y, después de haberse rebelado contra ellos cuando era joven, tenía la sensación de que al aceptarlos se comportaba como una adulta.

Sin embargo, había sido una decisión cobarde y deshonesto.

¿Significaba eso que aceptar la oferta del Raen había sido una decisión infantil o valiente?

También era la mejor opción en aquel momento. Y no solo para ella. No estaba del todo segura de lo que él les haría a los viajeros, sobre todo a Baluka, si ella se negaba. Ahora, después de haber explorado los recuerdos de Valhan, sabía que su preocupación estaba justificada. Tal vez él se la habría llevado consigo de todos modos. Pero si le hubiera dado motivos para odiarlo, no habría podido confiar en que ella lo resucitara.

«Resultó que no podía fiarse de mí de todos modos —pensó—. A sus mil ciclos de edad, no fue capaz de comprender que, a pesar de lo que yo había hecho en el pasado, o precisamente por eso, no estaría dispuesta a matar a nadie. A nadie que no representara una amenaza para mí o un ser querido, para ser más exactos», añadió, pensando en Gabeme.

Y, pensando en Gabeme, se preguntó si habría llevado a término la resurrección de no haber matado a alguien menos de un día antes, si el horror por haber cometido semejante acto no hubiera estado fresco en su memoria. Esta idea le produjo malestar, de modo que se alegró de que un movimiento entre los carromatos la distrajera.

Contuvo el aliento.

El joven que estaba de pie a su lado soltó una fuerte carcajada. Tenía la vista fija en uno de los vehículos, concretamente en las ruedas. «No —rectificó ella—. Entre las ruedas». Unas caritas morenas asomaban por debajo del carro. Estaban sonrientes,

pero cuando el Chico dio un paso hacia ellos, se ocultaron entre las sombras.

Él soltó un quejido, se puso en cuclillas y comenzó a arrastrarse hacia allí. Rielle se agachó y lo agarró del brazo.

—No, Chico —le dijo—. Quédate conmigo. Levántate. —Él puso mala cara y obedeció.

Tres hombres y una mujer rodearon el carromato. Aunque su actitud y expresión eran amigables, Rielle percibió recelo en sus mentes. No les habría gustado saber que les estaba leyendo el pensamiento, pero ella había decidido que, por su seguridad y la del Chico, no debía volver a contenerse de examinarle la mente a nadie.

La mujer soltó un grito ahogado.

—¡Rielle! —Extendió los brazos como si fuera a abrazarla, pero de inmediato los dejó caer a sus costados—. Bienvenida —agregó en un tono más formal. Volvió la vista hacia el Chico y, al percibir su mente fracturada, frunció el ceño y se estremeció.

—Gracias, Ankari —respondió Rielle—. ¿Está aquí Leyikh? Me gustaría pedirle consejo. A él y a todos vosotros.

Ankari adoptó una expresión seria.

—Está comerciando, pero no tardará en regresar. Puedo hablar en su nombre. —Se volvió hacia sus acompañantes. Uno sacudió la cabeza y los demás se encogieron de hombros—. Ven y espera con nosotros. —A una señal suya, los viajeros se retiraron entre los carromatos.

Rielle condujo al Chico tras ellos, sin soltarle el brazo, pues había descubierto de nuevo a los niños y quería ir con ellos. Cuando entraron en el círculo, sonreía de oreja a oreja. La mayoría de los viajeros estaban allí reunidos, y los demás salían de los vehículos o los observaban desde el interior. Ankari guio a Rielle y al Chico hasta unas alfombras dispuestas alrededor de los restos de una hoguera, bajo un toldo tendido entre los carromatos. Cuando Ankari invitó a Rielle a sentarse, los otros viajeros se acomodaron para escuchar.

Rielle se moría de ganas de preguntarle por Baluka. ¿Los había visitado alguna vez después de su partida? ¿Había salido con vida de la batalla contra Valhan? ¿La había perdonado? Pero no conseguía armarse de valor para abordar el tema. Todavía.

—¿Quién es? —señaló Ankari cuando se sentaron.

—No lo sé —admitió Rielle—. No recuerda su nombre.

—Ya lo veo. Lo llamas «Chico». —Sacudió la cabeza—. Necesita un nombre.

Al oír la palabra «chico», el muchacho apartó la mirada de los niños, que se habían tumbado bajo los vehículos, y contempló fascinado los abanicos que las viajeras llevaban consigo para refrescarse. Hacía mucho calor, pero Rielle no se había dado cuenta. Su mente había cambiado de forma inconsciente la pauta de su cuerpo para adaptarlo a la temperatura.

—Pensé que, si no le ponía otro, tal vez él se acordaría del que tenía antes —explicó.

—¿Antes de qué?

Mirando a Ankari a los ojos, Rielle bajó la voz, pues no quería provocar pesadillas a los niños viajeros.

—Antes de que le vaciaran la mente de recuerdos.

La mujer posó la vista en el Chico.

—Tal vez sea mejor que no te acuerdes —le dijo, y sonrió al ver la expresión radiante que él le dedicaba. Aunque el muchacho no había entendido una palabra, había decidido que aquella mujer le gustaba—. Es como un niño, aunque no del todo —comentó ella, volviéndose hacia Rielle—. ¿Es hijo de él?

—No.

—Y sin embargo, se le parece. Eso dará que pensar a la gente. Quizá los que sepan dónde estuviste pero no conozcan el momento en que se produjo cada acontecimiento supongan que es tuyo también.

Rielle negó con la cabeza.

—No es mío, pero siento que me corresponde cuidar de él. ¿Crees... crees que podrá recuperar sus recuerdos? Los que conserva ahora empezaron a volverle a la memoria poco después de que yo lo rescatara, mientras su mente sanaba. Pero se interrumpieron en cuanto despertó por completo.

—Quizá nuestra sanadora pueda ayudarlo.

—Solo si podemos visitarla de forma segura. —Rielle crispó el rostro—. Si podéis encargáros de ello sin poner en peligro a vuestra familia y vuestro pueblo. Hay hechiceros poderosos e inmarcesibles que nos están buscando. Que lo buscan a él. —Miró al Chico—. Para acabar lo que empezaron.

Ankari asintió. Miró a los ojos a cada uno de los viajeros. Rielle aguantó la respiración mientras ellos indicaban con pequeños gestos si estaban o no a favor de ayudar al Chico. Buscó en sus mentes indicios de que tuvieran intenciones de entregarlo a los amigos del Raen o a los rebeldes, o incluso matarlo. Si decidían castigarla por haber dado pie al hijo de su líder a que creyera que lo amaba y por haberle proporcionado con su partida un motivo para dejarlos y unirse a los rebeldes, ella lo comprendería. Pero no permitiría que le hicieran daño al Chico.

Conforme se desarrollaba aquella conversación muda, su tensión y su preocupación se mitigaron. Vio compasión tanto hacia ella como hacia el Chico. Este necesitaba ayuda, y los viajeros intentaban ayudar siempre que podían. Conocían miles de sitios donde esconderse. Después de vivir muchos muchos ciclos sujetos a su acuerdo con el Raen, por fin podían hacer algo por reparar una pequeña parte del daño que él había causado.

Ankari se volvió de nuevo hacia Rielle.

—Ayudaremos a este joven.

Soltando el aliento que había estado conteniendo, Rielle se encorvó, aliviada.

—Gracias.

—Pero debes dejarlo a nuestro cuidado —añadió Ankari—. Puedes acompañarme

cuando visitemos a la sanadora, pero no debes saber adónde lo llevaremos después.

A Rielle se le cayó el alma a los pies.

—No puedo abandonarlo. Está bajo mi responsabilidad.

—Por eso lo has traído con las personas que crees que se ocuparán mejor de él.

Aunque la mujer la miraba con firmeza, Rielle titubeó.

—Echa un vistazo a mi mente —la invitó Ankari.

Un rostro conocido apareció en los pensamientos de la mujer. Un rostro que había envejecido más de lo normal desde la última vez que lo había visto. Aunque Leyikh y Ankari estaban tristes por cómo habían resultado las cosas entre Rielle y su hijo, estaban orgullosos de él, pues, aunque los patriarcas habían decidido que no podía volver a vivir entre ellos, él había puesto fin a la tiranía del Raen sobre los mundos, a pesar de poseer una fuerza muy inferior a la suya. Esta vez el Predecesor no había sido derrotado por un Sucesor, sino por un humilde viajero.

—Está vivo —susurró Rielle, y agachó la cabeza—. Lo siento mucho.

—No fue culpa tuya —le aseguró Ankari—. Baluka nos confesó que nunca le habías dicho que lo amabas, y ya sabes que los viajeros nos casamos por muchos motivos que no tienen que ver con el amor. Esas decisiones pueden anularse sin reproches hacia ninguna de las partes. Todas las decisiones eran correctas en el momento en que se tomaron. —Se inclinó hacia delante y le posó la mano en el brazo—. No puedes quedarte con el Chico porque es lo más seguro para él. Debes mantener los ojos de los amigos del Raen apartados de él. Distraerlos. Conducirlos hacia un lugar lejano. —Se reclinó de nuevo—. Si nos lo llevamos, no deberás buscarnos. Ya encontraremos una manera de mantenerte informada de sus progresos.

Rielle miró al Chico. Ankari tenía razón. Ella había estado vagando penosamente de un mundo a otro desde que le había pedido al hechicero apuesto que la dejara marchar. Incluso conseguir comida le resultaba extraordinariamente difícil teniendo a su cargo a un joven con mente de niño y un parecido asombroso con el Raen.

«Dahli estaba en lo cierto. No sé nada. Tengo que rellenar las lagunas de mis conocimientos, y aprender a luchar y a viajar entre mundos en vez de saltar de uno a otro a trompicones».

—El Chico necesita un nombre —decidió Ankari. Miró al muchacho y sonrió—. Lo llamaremos Qall. Significa «esperanza de madre» en el idioma de Lindori. Tiene un poco aspecto de lindoriano.

Rielle le tocó el brazo a Qall, que se volvió hacia ella con una mirada llena de confianza. Se le encogió el corazón al recordar cómo había gritado cuando ella lo había arrancado de su sueño forzado.

—¿Te gusta tu nuevo nombre, Qall? —preguntó.

Él parpadeó sin comprender lo que le decía. Ella se señaló el pecho.

—Rielle. Me llamo Rielle. —Luego lo señaló a él—. Qall. Tú eres Qall.

La boca del muchacho se abrió, se torció y un sonido áspero salió de ella.

—All —dijo—. Qall.

Ankari soltó una risita.

—Aprende deprisa.

Rielle asintió. «Tal vez nunca recuerde quién era ni sepa en qué estuvo a punto de convertirse, pero al menos entre los viajeros aprenderá a ser una nueva persona rodeado de gente buena y amable. Tendrá una familia que le enseñará a sobrevivir en los mundos. Eso es más de lo que yo puedo proporcionarle, por el momento». Mientras no pudiera ofrecerle algo más, haría todo lo posible por mantenerlo a salvo.

Incluso si eso significaba irse muy muy lejos.

Agradecimientos

Una vez más, quiero saludar y expresar mi gratitud a mis editores y agentes, que realizan todo el trabajo duro necesario para trasladar mis historias desde mi pequeño ordenador portátil hasta los lectores de todo el mundo. Mando un fuerte abrazo a Fran Bryson, Liz Kemp, Paul Ewins, Donna Hanson y Kerri Valkova, que me ayudaron a pulir los fallos en el relato. Y, por último, dedico un enorme «¡gracias!» a todos y cada uno de los lectores que han comprado, tomado prestado, leído y recomendado mis libros. Es maravilloso saber que personas de todo el mundo disfrutan con mis pequeñas historias, desde lectores nuevos hasta aquellos que me acompañan desde el principio.